CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
PATRONATO «MENÉNDEZ Y PELAYO»
INSTITUTO «ANTONIO DE NEBRIJA»

EMERITA

BOLETIN DE LINGVISTICA Y FILOLOGIA CLASICA

TOMO XVIII.—SEMESTRE 1.°
MADRID, 1950

SUCESORES DE RIVADENEYRA, S. A.—PASEO DE ONÉSIMO REDONDO, NÚM. 28.
MADRID

VOLUMEN XVIII

1.er SEMESTRE.—AÑO 1950

Páginas

LUIS MONTEAGUDO: Casiterides 1
M. MARÍN Y PEÑA: Sobre el *Agricola* de Tácito 18
JOSÉ VALLEJO: Apuntaciones filológicas (IV). (Tácito, *Historias*, I, 23) 31
AMERICO DA COSTA RAMALHO: A questao do género gramatical em grego, e um fragmento de Ferécrates 35
ANTONINO MESSINA: Di alcuni frammenti delle orazioni di Lisia (fine) 45
MARTÍN SÁNCHEZ RUIPÉREZ: El manuscrito de Teócrito del Códice griego núm. 230 de la Universidad de Salamanca. 70
LIDIA MASSA POSITANO: Miscellanea critica 89
JEAN MALLON: Recherches sur les inscriptions à la pointe sèche publiées par le Marquis de Monsalud 104
A. PARIENTE: *Patrare, interpretari* y *pellere* 138
PEDRO PERICAY FERRIOL: Sobre los nombres de *Indica* 150
JOSÉ VALLEJO: Exploraciones ibéricas (III) 174
L. MICHELENA: De etimología vasca 193

Discusiones y comunicados.

A. FONTÁN: Sobre Séneca. *De tranquillitate animi* y *De brevitate vitae* 186
F. R. ADRADOS: Sobre el texto de Teognis, a propósito de la edición de Carrière (París, 1948) 204
JOSÉ VALLEJO: Sobre el ibérico *-(s)ken* y *-en* 215
L. MICHELENA: Sobre el estado actual de la cuestión del genitivo vasco en *-en* 221

Páginas

Reseñas de libros.

ALEXANDER, W. H.: *Seneca's naturales quaestiones*, A. Fontán. 263
ALEXANDER, W. H.: *Seneca's Epistulae Morales*, A. Fontán. 265
ANDRÉ, J.: *La vie et l'oeuvre d'Asinius Pollion*, J. Vallejo.... 266
BACCHYLIDIS *carmina cum fragmentis*, ed. SNELL, M. F. Galiano..... 251
BRANDENSTEIN, W.: *Frühgeschichte und Sprachwissenschaft*, F. R. Adrados..... 225
Catulli Veronensis, Liber, recognovit E. Cazzaniga, A. Ruiz de Elvira..... 268
CARCOPINO, JÉROME: *Les secrets de la correspondance de Cicéron*, M. Marín y Peña..... 259
EARP, F. R.: *The style of Aeschylus*, M. S. Ruipérez..... 242
ERNOUT, A.: *Les adjectifs latins en -osus et en -ulentus*, A. Pariente..... 262
FEVRIER, JAMES G.: *Histoire de l'écriture*, A. T..... 229
FOURNIER, H.: *Les verbes «Dire» en grec ancien*, Adelina M. Etcheverry..... 247
HOENN, KARL: *Artemis. Gestaltwandel einer Göttin*, M. S. Ruipérez..... 136
KRAHE, HANS: *Ortsnamen als Geschichtsquelle*, M. S. R..... 229
KRANZWALTHER: *Empedocles. Antike Gestalt und romantische Neuschöpfung*, F. R. Adrados..... 241
LEONARD, JEAN: *Le Bonheur chez Aristote*, J. Zaragoza..... 249
LEROY, MAURICE: *Sur le concept d'Evolution en Linguistique*, F. R. Adrados..... 226
MONTENEGO DUQUE, ANGEL: *Osco y umbro*, M. Marín y Peña. 235
MONTIGNY, ALAN H. KELSO DE: *How did Language originate*, A. Tovar..... 226
NUNN, REV. H. P.: *A short Syntax of Attic Greek*, M. S. Ruipérez..... 246
PLANQUE, ANEME, LERMINIAUX, GHILAIN Y DETELLE: *Gramática griega*, M. F. Galiano..... 246
POKORNY, JULIUS: *Indogermanisches etymologisches Wörterbuch*, A. Tovar..... 231
PUELMA PIWONKA, MARIO: *Lucilius und Kallimachos*, F. R. Adrados..... 250
RAGNAR HÖISTAD: *Cynic Hero and Cynic King*, A. T..... 238
RUYSSCHAERT, JOSÉ: *Juste Lipse et les Annales de Tacite*, J. Vallejo..... 267
Sancti Ambrosii Mediolanensis Episcopi. De Virginibus libri tres, A. Ruiz de Elvira..... 269

Páginas

SERRA RAFOLS, J. DE C., y FORTUNY, E. DE: *Excavaciones en Santa María de Egara (Tarrasa)*, 1949.
GALIAY SARAÑANA, J.: *Segunda Campaña del Plan Nacional en Los Bañales (Zaragoza)*, 1949.
VILASECA ANGUERA, SALVADOR; SERRA RAFOLS, JOSÉ DE C., y BRULL CEDO, LUIS: *Excavaciones del Plan Nacional en el Castellet de Bañolas, de Tivisa (Tarragona)*, J. Vallejo. 270
STRAKHOVSKY, LEONID I.: *A Handbook of Slavic Studies, edited by* A. T. 234
TOVAR, ANTONIO: *Antiguo eslavo*, F. R. Adrados 235
WEINREICH, OTTO: *Römische Satiren, eingeleitet und übertragen von.* Manuel Marín y Peña 258
WIFSTRAND, ALBERT: *Die Stellung der enklitischen Personal pronomina bei den Setuaginta*, M. F. Galiano 254
Indices de revistas 272
Información 292
Noticias necrológicas 295
Summary of articles 299
Libros recibidos 309

Por una confusión, el primer artículo de la sección «Discusiones y comunicados» (A. Fontán, sobre Séneca, «*de tranquillitate animi*») aparece fuera de su sitio, colocado antes del artículo *De etimología vasca*, del Sr. Michelena.

CASITERIDES

In memoriam et honorem laetae Brigantiae et eximii Iosephi Cornide Brigantini.

«Muéveme a la presente el ver el empeño con que los escritores extrangeros han sostenido la opinión generalmente recibida entre los Ingleses, de que estas islas no son otras que las *Sorlingas*, vecinas a su costa, y la indiferencia con que muchos de nuestros Españoles han mirado esta pretensión, sin tomarse el trabajo de combinar lo que dicen los autores antiguos con la disposición de nuestra costa y qualidades del terreno de Galicia, à cuyos mares me he propuesto restituirlas» (*Las Casiterides o Islas del Estaño, restituidas à los mares de Galicia: Disertación crítica, En que se procura probar que estas islas no son las Sorlingas, como pretende en su Britania Guillermo Cambden; y si las de la costa occidental del Reyno de Galicia; por Joseph Cornide, Honorario de la Real Academia de la Historia, vecino de la Coruña. Madrid: en la imprenta de Don Benito Cano, año MDCCXC*, p. 3). Es un honor para nuestra ciudad y un aliciente para la investigación coruñesa el que a los ciento sesenta años podamos nosotros, «vecinos de la Coruña» como el sabio Cornide, comenzar este trabajo con las mismas palabras con que él comenzó el suyo, sin que éstas hayan perdido nada de su actualidad. Sea éste un modesto pero fervoroso homenaje a la pulcritud científica, amplísima erudición y aguda crítica de nuestro paisano.

Desde hace varios años venimos dedicándonos a escrutar, hasta sus últimas posibilidades, el texto de la *Geografía* de Ptolomeo, basándonos en un nuevo y triple método investi-

gatorio: matemático, geográfico y filológico, y en ocasiones sirviéndonos de la astronomía, geología, arqueología, etc. Perseguimos un doble objetivo: rehabilitar la colosal obra del geógrafo alejandrino y elevar el número y exactitud de las localizaciones de nombres geográficos antiguos al nivel que exigen los recientes estudios históricos; lo que en nuestra tesis doctoral hemos conseguido para Galicia, y, considerando diversas circunstancias favorecedoras nos anima a calcular para el resto de la Península en más del 80 por 100 el número de localizaciones geográficas posibles con absoluta o casi absoluta seguridad.

Dice Ptolomeo en su *Guía Geográfica* II 6, 73: In Occidentale Oceano Cassiterides insulae decem, quarum pars media sita est 4° 45° 30′, las cuales, anticipando la localización, situamos, con tres cuartos de probabilidad, en los 10 islotes y puntas de la costa próxima al cabo Vilaño, en el NW. de la provincia de Coruña.

En esta localización utilizamos nuestra corrección 3.ª, que consiste en aplicar sobre el meridiano 6°, sin corrección ninguna, la latitud rectificada con la 1.ª corrección, es decir, con el paralelo 45° 30′ modificado por haberse hecho girar 12° en sentido negativo los meridianos 5° y 6° con centro en el río Limia. Se puede considerar esta 3.ª como una semicorrección, puesto que permanece la longitud de Ptolomeo.

Con esta semicorrección los datos de Ptolomeo dan un punto adentrado en el mar 18 km. al NNW. del cabo Vilaño, donde no existe, ni en época histórica pudo existir, ningún islote, pero encontrándose este punto a 50, 53 y 67 km. de Carballo, S.ª Comba y Noya, las tres zonas más ricas en estaño de la Península.

La geología demuestra que, debido a la formación agnostozoica de la costa occidental gallega, no hay posibilidad de pensar en hundimientos de islas en nuestra era, y sólo pocas posibilidades de que las 10 Καττιτερίδες hayan sido restos muy bajos de las cadenas de montañas hundidas cuando se formaron las rías, y de que aquéllos en tiempos históricos fuesen reducidos a bajos marinos. Pero precisamente en el sitio

que nos da Ptolomeo las profundidades son de 160 m. (Carta 927 de la Secc. Hidrogr., Madrid 1915, corr. en 1945), lo cual disminuye mucho dichas posibilidades.

Juzgamos, pues, que si no queremos exponernos a contradecir a la geología y a las fuentes clásicas, las Casitérides deben ser buscadas con relación a la costa NW. gallega, y, por tanto, en lugares más o menos cercanos a ella. El calificativo πελάγιαι (de alta mar) que varias fuentes aplican a estas islas, y que indudablemente presentan un pequeño problema a nuestra localización, se puede invalidar considerando que el mismo Marino de Tiro (Ptol. I 2 fin.) dice que los comerciantes (de quienes creemos proceden las noticias de las Casitérides anteriores a P. Craso) no buscaban la verdad, pues estaban absorbidos por el comercio, y a menudo exageraban las distancias por fanfarronería o mala fe. Esta falsa situación de las Casitérides en alta mar pudo constar en una fuente antigua, y luego ser copiada sin crítica por las posteriores.

A las Casitérides pudieron corresponder algunas de las actuales islas, islotes o tómbolos siguientes:

1.° Islote del cabo da Nave.

2.° Insua do Herboso—500 m. al S. del cabo Touriñán—que, según noticias, que recogimos en el cabo, conserva en su cima restos de una casa rectangular de 8 × 5 m. aproximadamente, con tejas antiguas, y es tradición que, como en ella no existe agua potable, los *mouros* (los celtas muy probablemente) iban a hacer aguada a tierra; en la playa de Moreira (Viseo, 3 km. al E. de Touriñán) se encuentran piedras negras muy pesadas, que suponemos tengan estaño; en distintos lugares de la península donde se asienta el faro hemos encontrado restos de cerramientos y muros ciclópeos formando casas, de aspecto muy antiguo (V. nuestra tesis doctoral *Galicia en Ptolomeo* XII 8, próxima a publicarse).

3.° Los dos islotes, uno bastante mayor que el otro, adyacentes al cabo Vilaño.

4.° Isla Forcados, de la punta Forcados.

5.° Las dos Baleas del cabo Tosto o Trece.

6.° La Cagada Grande del cabo Veo.

7.° Las islitas Negra y Lombeiras, al N. de Arou, Camariñas.

8.° La Meán de Traba, al N. de Mórdomo, Laxe, hoy unida a la playa en marea baja.

9.° La Lataín de Soesto, Laxe.

10. Las tres Sisargas (V. nuestra tesis XII 9), al NNW. de Malpica.

11. Los numerosos y extensos bajos de Baldayo, Carballo, con profundidades de 0 a 10 m., que hace dos mil años pudieron emerger 2 ó 4 m. y haber sido posteriormente erosionados por el mar, muy batido en esta costa; aún sobresalen del agua hoy cinco pequeñas crestas de estos bajos, los cuales se encuentran tan sólo a 6 km. al NNE. del monte Neme o Nemio, abundantísimo en volframio y estaño, y procedente del cual hemos visto—y se conserva en las oficinas del Distrito minero de Coruña—un casquete esférico de estaño, probablemente prerromano, de pureza hoy inmejorable.

Es posible que los informadores de Posidonio (ap. Str. II 5, 15 y III 5, 11)—que indirectamente acaso sean los de Ptolomeo—consideraran islas los tómbolos actuales en que se asientan pueblos pescadores, y que entonces estarían muy poco o nada unidos a tierra; p. ej., Muxía, Laxe, Malpica. Precisamente tenemos noticias de que al final del verano de 1926 (?) en Muxía subió el mar unos 3 m., transformándose otra vez el pueblo de península en isla durante varios días.

Arriesgamos incluso la posibilidad de que La Coruña (A Cruña en gallego)—hoy un tómbolo ampliado, consolidado y embellecido por la obra humana—fuera en tiempos prerromanos la más septentrional de las Casitérides. Abona nuestra hipótesis:

1.° La vaguedad de las fuentes, que las sitúan al N. del Puerto de los Artabros, que, según hemos demostrado con tres cuartos de probabilidad, corresponde a la ciudad «asolagada» de Dugium, hoy Duyo, 1 km. al NE. de Finisterre—en gallego Fisterra—*(Galicia en Ptolomeo*, Cuad. Est. Gall. 1947, 625; nuestra tesis XII 7).

2.° El que Ptolomeo ofrece sólo la situación media de las

islas (ὧν τὸ μεταξὺ ἐπέχει μοίρας) sin indicar la separación de las situadas en los extremos.

3.° Que el istmo constituído por el antiguo barrio de la Pescadería, hoy centro de la población, con mucha probabilidad se formó a partir de la época romana, como barra exterior del río Mero, por las corrientes opuestas de las mareas vivas procedentes del Orzán y de la actual bahía, favorecidas éstas por las corrientes, ya atenuadas, del río. En enero de 1949, con motivo de obras de pavimentación en la calle Real, hemos encontrado, por la mitad de la calle, varios ladrillos y tégulas en la arena de playa subyacente a las losas de la calle. En marzo y abril, al principio de la calle, continuaron apareciendo sepulcros de tégulas a doble vertiente *(La Voz de Galicia*, 3 abr. 1949): una casa pavimentada, un ara (?) escalonada y un muro sobre la arena, probablemente el que cerraba la isla por su parte SW.

4.° La muralla superior del castro de Elviña (2 km. a SSW. de la capital, y cuya excavación nos fué encomendada en el verano de 1947 por la Universidad de Santiago), con sus 4,2 a 5 m. de espesor y su entrada fortificada por dos torreones, parece indicar que en su interior se guardaba algo de valor excepcional, que bien pudiera ser el estaño o el oro (del cual se encontró un fragmento de pulsera), objetos ambos de exportación.

5.° Nueve kilómetros al SW. de La Coruña, en las dos playas de Arteixo, se encuentra—conjuntamente con volframio—estaño de aluvión, que probablemente se explotó en época prerromana, lo que tiende a comprobar la proximidad de varios castros célticos. Muy cerca, en los montes próximos a Figueira, existe volframio y estaño filoniano, de donde, creemos, procede el aluvial de dichas playas, y el descubierto en 1949 en el valle inmediato a ellas, al SW. del balneario. Recientemente en Armentón—2 km. al W. de Arteixo—aparecieron 10 hachas de bronce de talón con 2 asas, de tipo nervado y pulimentado, una de ellas con mazarota de fundición, lo que parece indicar fué fundida allí mismo.

6.° Al pie de la Torre de Hércules de La Coruña, en una

escombrera en que se mezclaba cerámica castreña, *terra sigillata*, tégulas, bronces, etc., hemos recogido un pequeño fragmento de cerámica gris con barniz exterior negro intenso, típicamente griega que pudiera ser de los últimos comerciantes griegos que precedieron a los romanos, o coetáneos a los primeros de éstos; y considérese que el nombre de Casitérides ha sido dado a las islas por los griegos.

Καττιτερίδες νήσοι (en dialecto ático, como aparece en los códices de Ptolomeo, o Κασσιτερίδες νήσοι, en jónico, de donde el latín *Cassiterides insulae)* del griego καττίτερος o κασσίτερος, estaño, equivale a islas Estánnicas, no Estanníferas. El sufijo -ίδες indica relación, dependencia, pero no producción, lo cual tendría que ser indicado por el sufijo -φόρος. * Καττιτερόφοροι νήσοι se hubieran llamado en griego las islas en que se beneficiara el estaño; es decir, el topónimo no indica que en las islas se produjera el estaño—si bien no contradice esta posibilidad—, lo cual conviene a nuestra localización; pero en cuanto a ésta, el nombre Casitérides encierra suma vaguedad, y sólo el estudio profundo y comparado de todas las fuentes—en especial Ptolomeo—y de la geología y geografía puede darnos los tres cuartos de probabilidad.

Entremos de lleno en el estudio de las fuentes:

Eratóstenes no sitúa en su Carta las Casitérides, porque para él el W. de la Galia era el punto extremo de Europa; esta exclusión favorece nuestra localización y contradice a los que las sitúan en las Scilly, del cabo Lands End, y, sobre todo, en la Ouessant, del cabo S. Mateo, ya que de corresponder las Casitérides a estas islas, y debido a su proximidad a las costas de Britania y Galia, Aratóstenes no las hubiera dejado sin consignar.

Aunque lo consideramos difícil, podríamos pensar que νήσος, isla, en el caso de las Casitérides, tenía un sentido de península, basándonos en que, aunque en griego una sola vez, tiene este sentido en Sófocles *(Ed. en Col.* 695: ἐν τᾳ μεγάλᾳ Δωρίδι νάσῳ Πέλοπος, que se refiere al Peloponeso, libertad de significación acaso obligada por la métrica, y que repite Avieno, *Ora mar.* 153: Pelopis insulam) y en que el to-

pónimo gallego *A Insua* tiene con frecuencia el sentido de península en la costa coruñesa (Punta da Insua, Lariño, Carnota; Suevos, Arteixo y otros puntos; en Lugo sólo lo hemos encontrado en Xuances, Xove; en Pontevedra, ninguno).

Herodoto, III 115, después de confesar sus dudas respecto al extremo occidental de Europa, es el primer autor que cita las Casitérides: περὶ δὲ τῶν ἐν τῇ Εὐρώπῃ τῶν πρὸς ἑσπέρην ἐσχατιέων ἔχω μὲν οὐκ ἀτρεκέως λέγειν... οὔτε νήσους οἶδα Κασσιτερίδας ἐούσας ἐκ τῶν ὁ κασσίτερος ἡμῖν φοιτᾷ. Pero un profundo análisis del matiz de la frase: «ni sé que existan las islas Casitérides, de las cuales nos viene el estaño» (traducida e interpretada a la ligera por todos los autores que consultamos), muestra que Herodoto desconfiaba de tales Casitérides, pero sólo en cuanto a islas, pues afirma categóricamente que de ellas procedía el estaño que recibían los griegos. Es muy significativo y favorece nuestra ubicación el que ya Herodoto desconfiara de que se tratase de islas propiamente dichas. Sin duda el secreto púnico, del cual nos transmitió un tardío pero palpable testimonio Estrabón, III 5, 11, anduvo por medio, hasta el punto que logró, si no confundir, por lo menos hacer desconfiar a Herodoto, conocedor de tantos lugares, pero también de la psicología semita y comerciante (V. supra), a través de la cual le llegaba esta información.

Str. III 5, 11 (reproducimos íntegro el versículo por constituir la fuente más densa sobre estas islas): Αἱ δὲ Καττιτερίδες δέκα μὲν εἰσι, κεῖνται δ' ἐγγὺς ἀλλήλων πρὸς ἄρκτον ἀπὸ τοῦ τῶν Ἀρτάβρων λιμένος πελάγιαι· μία δ' αὐτῶν ἔρημος ἐστι, τὰς δ' ἄλλας οἰκοῦσιν ἄνθρωποι μελάγχλαινοι, ποδήρεις ἐνδεδυκότες τοὺς χιτῶνας, ἐζωσμένοι περὶ τὰ στέρνα, μετα ῥάβδων περιπατοῦντες, ὅμοιοι ταῖς τραγικαῖς Ποιναῖς· ζῶσι δ' ἀπὸ βοσκημάτων νομαδικῶς τὸ πλέον. μέταλλα δὲ ἔχοντες κασσιτέρου καὶ μολίβδου κέραμον ἀντὶ τούτων καὶ τῶν δερμάτων διαλλάττονται καὶ ἅλας καὶ χαλκώματα πρὸς τοὺς ἐμπόρους. πρότερον μὲν οὖν Φοίνικες μόνοι τὴν ἐμπορίαν ἔστελλον ταύτην ἐκ τῶν Γαδείρων κρύπτοντες ἅπασι τὸν πλοῦν· τῶν δὲ Ῥωμαίων ἐπακολουθούντων ναυκλήρῳ τινί, ὅπως καὶ αὐτοι γνοῖεν τὰ ἐμπόρια, φθόνῳ ὁ ναυκλήρος ἑκὼν εἰς τέναγος ἐξέβαλε τὴν ναῦν, ἐπαγαγὼν δ' εἰς τὸν αὐτὸν ὄλεθρον καὶ τοὺς ἑπομένους αὐτός ἐσώθη διὰ ναυαγίου, καὶ ἀπέλαβε δημοσίᾳ τὴν τιμὴν ὧν ἀπέβαλε φορτίων. οἱ Ῥωμαῖοι δὲ ὅμως πειρώμενοι πολλά-

κις ἐξέμαθον τὸν πλοῦν· ἐπειδὴ δὲ καὶ Πόπλιος Κράσσος διαβάς ἐπ' αυτούς ἔγνω τὰ μέταλλα ἐκ μικροῦ βάθους ὀρυττόμενα καὶ τοὺς ἄνδρας εἰρηναίους, ἐκ περιουσίας ἤδε τὴν θάλατταν ἐργάζεσθαι ταύτην τοῖς ἐθέλουσιν ἐπέδειξε καίπερ οὖσαν πλείω τῆς διειργούσης τὴν βρεττανικήν. καὶ περὶ μὲν Ἰβηρίας καὶ τῶν προκειμένων νήσων ταῦτα. El principio de este versículo dice claramente: «las islas Casitérides son diez, y se encuentran próximas entre sí, adentradas en el mar, al N. del Puerto de los Artabros» (Duyo, Finisterre). Después de interesantes noticias sobre los isleños y la táctica comercial ocultista de los púnicos, Estrabón, al final del versículo, y en un obscuro y difícil pasaje, generalmente mal traducido e interpretado, refiere que «los romanos, después de numerosos intentos, descubrieron la ruta; y una vez que Publio Craso pasó a aquel país, vió que las minas eran trabajadas a poca profundidad, y que los hombres eran pacíficos, mostró que todo el que quisiera podía ya comerciar con seguridad en aquel mar, si bien (este mar) es mayor que el que separa la (isla) Británica». Estos dos últimos renglones, a nuestro parecer, no pueden significar otra cosa que el que las islas Casitérides distaban de tierra más que el ancho del actual canal de la Mancha. Conviene destacar que pudo haber sido el mismo P. Craso el que ocultara al Estado Mayor romano la proximidad de los islotes a la costa coruñesa y la existencia en ésta de abundante estaño, al asegurar que las Casitérides distaban de la costa del Portus Artabrorum más que Britania de la Galia; corrían los tiempos en que los insaciables generales romanos enviados a provincias explotaban la política y la guerra y hasta la buena fe de los hispanos en provecho económico propio. Marco Licinio Craso, el Triunviro, de la familia de Publio, fué, en este sentido, una de las figuras de ambición más repulsiva; a su fabulosa fortuna, hecha en gran parte en España («las Américas» de entonces), acaso no fué ajena la explotación directa del estaño gallego. De esta forma la familia Craso o los romanos—que en astucia igualaron a los púnicos y en previsión los superaron—creyeron oportuno aprovechar la confusión y obscuridad existentes, no publicando la localización exacta de las islas, como tampoco la publicaron exacta de los numerosísimos

yacimientos auríferos de Callaecia y Asturica, a pesar de las repetidas y a veces circunstanciadas descripciones como las de Plinio 33, 67 y 34, 156.

En este mismo pasaje, III 5, 11, Estrabón distingue las Casitérides de las islas del mar de Britania (canal de la Mancha, por tanto la isla Wight y Scilly) al distinguir el mar donde están las Casitérides del que separa la Gran Bretaña, es decir, del canal de la Mancha, en cuyo extremo occidental están las Scilly.

Str. II 5, 15: Τούτοις (τοῖς τῆς Πυρήνης) δὲ τὰ ἑσπερία τῆς βρεττανικῆς ἀντίκειται πρὸς ἄρκτον, ὁμοίως δὲ καὶ τοῖς 'Αρτάβροις ἀντίκεινται πρὸς ἄρκτον αἱ Καττιτερίδες καλούμεναι νῆσοι πελάγιαι κατὰ τὸ Βρεττανικόν πως κλίμα ἱδρυμέναι. «Frente a éstos (los del Pirineo, que en Estrabón abarca también la costa cantábrica), por el N., se extiende el occidente de Britania, al igual que frente a los ártabros, por el N., en alta mar, están las llamadas islas Casitérides, situadas aproximadamente en el mismo paralelo que el de Britania.» El que Estrabón, en este importante pasaje, sitúe concretamente las islas en el mismo paralelo que el de Britania (propiamente solo el paralelo de su costa S.) no se opone a nuestra localización, ni debe extrañar, puesto que en él la latitud de esta isla (Inglaterra) es tan excesivamente meridional que su costa S. llega casi a tocar los Pirineos, retirándose la Céltica (Francia) mucho al E., conforme aumenta la latitud (V. mapa adjunto a la edic. de H. L. Jones, Heinemann, London 1917, I). García y Bellido (España y los españoles hace dos mil años, Madrid 1945, 267) notó también la aparente contradicción, diciendo: «Aquí Strábon ha debido de corregir su manuscrito, rectificando la situación de las Kassiterides, que en el III 5, 11 eran colocadas en parajes todavía peninsulares.»

Str. III 2, 9: Τὸν δὲ καττίτερον οὐκ ἐπιπολῆς εὑρίσκεσθαι φησιν [Ποσειδώνιος], ὡς τοὺς ἱστορικοὺς θρυλεῖν, ἀλλ' ὀρύττεσθαι· γεννᾶσθαι δ' ἔν τε τοῖς ὑπὲρ τοὺς Λυσιτανοὺς βαρβάροις καὶ ἐν ταῖς Καττιτερίσι νήσοις, καὶ ἐκ τῶν Βρεττανικῶν δὲ εἰς τὴν Μασσαλίαν κομίζεσθαι. ἐν δὲ τοῖς 'Αρτάβροις, οἳ τῆς Λυσιτανίας ὕστατοι πρὸς ἄρκτον καὶ δύσιν εἰσίν, ἐξανθεῖν φησιν τὴν γῆν ἀργύρῳ, καττιτέρῳ, χρυσῷ λευκῷ (ἀργυρομιγὴς γὰρ ἐστι), τὴν δὲ γῆν ταύτην φέρειν τοὺς ποταμούς· «El estaño—dice [Posidonio]—no se

encuentra en la superficie de la tierra, como repiten hasta la saciedad los historiadores, sino excavando; lo hay en la región de los bárbaros, situados al N. de los lusitanos, y en las islas Casitérides, y, por otra parte, desde Britania es transportado a Marsella. Se dice que en el país de los ártabros, los últimos lusitanos hacia el NW., la tierra tiene afloramientos de plata, estaño y oro blanco (pues está mezclado con plata) y que los ríos arrastran esta tierra.» En primer lugar, y aunque para nuestro estudio no tiene mayor trascendencia, destaquemos la contradicción de este pasaje al hablar, al principio, de los «bárbaros (entre los cuales tenían forzosamente que contarse los ártabros) situados al Norte (literalmente *sobre)* de los lusitanos» (es decir, bárbaros, no lusitanos), mientras que al final se refiere a los «ártabros, los últimos lusitanos hacia el NW.» Creemos se trata sencillamente de dos fuentes manejadas sin la debida cohonestación y crítica, causa y efecto de la típica y casi constante bruma que envuelve al país y a su geografía antigua.

Este pasaje de Estrabón, como el de Diodoro, que estudiaremos a continuación, proceden de Posidonio, y en ambos se distingue perfectamente el estaño de las Casitérides (que, aunque no se dice, probablemente se exportaría vía Cádiz, como en tiempos anteriores) del explotado en la isla Británica, que con seguridad era el de Cornualles y de la isla de Wight y, como concreta Estrabón, exportado vía Marsella. Extrayendo minuciosamente la gran capacidad expresiva de este pasaje estraboniano, notamos que con la mayor claridad queda patente: 1.°, el acercamiento de los bárbaros que habitan al N. de los lusitanos respecto de las Casitérides, y 2.°, la lejanía entre estos dos lugares y Britania; lo primero, expresado por las conjunciones τε y καί, y lo segundo, acentuando que se trata de cosa aparte, por las conjunciones καί y, sobre todo, δέ; creo que hemos captado este fino pero significativo matiz, traduciendo estas últimas partículas por «y, por otra parte».

Diodoro, V 38, 4 (ex Posid.), dice en un pasaje que juzgamos de relativa precisión respecto a la situación de estas islas: Ὑπεράνω γὰρ τῆς τῶν Λυσιτανῶν χώρας ἐστι μέταλλα πολλὰ τοῦ

καττιτέρου κατὰ τὰς προκειμένας τῆς Ἰβηρίας ἐν τῷ ὠκεανῷ νησίδας τὰς ἀπὸ τοῦ συμβεβηκότος Καττιτερίδας ὠνομασμένας. Πολὺς δὲ καὶ ἐκ τῆς Πρεττανικῆς νήσου διακομίζεται πρὸς τὴν κατ' ἀντικρὺ κειμένην Γαλατίαν, καὶ διὰ τῆς μεσογείου κελτικῆς ἐφ' ἵππων ὑπὸ τῶν ἐμπόρων ἄγεται παρά τε τοὺς Μασσαλιώτας καὶ εἰς τὴν ὠνομασμένην πόλιν Ναρβῶνα· «Exactamente al N. de la Lusitania (por Str. II 5, 15; III 2, 9 y principalmente III 3, 3 y III 3, 4 sabemos que Galicia constituía la parte superior de Lusitania) hay mucho estaño por las islitas (nótese el diminutivo) situadas frente a Iberia, en el Océano, llamadas Casitérides por lo que se encuentra en ellas. Por otra parte, también de la isla Británica es transportado mucho estaño a la Galia, que está en frente, el cual, sobre los caballos de los comerciantes y atravesando el centro de la Céltica, llega a los massaliotas y a la ciudad llamada Narbona.» De nuevo la partícula δέ y la distinta trayectoria seguida por el estaño separa claramente el de las Casitérides del de Britania, el cual lógicamente tuvo que incluir el de las islas Scilly y, en el centro de la Galia, el que se le uniría procedente de la Armórica (Bretaña francesa) y siguiendo la vía del Loira. Obsérvese además que el verbo προκειμένας es el mismo πρόκεινται que Str. III 3, 4 emplea para expresar—según nuestra interpretación, confirmada por la geología y la configuración del terreno—la situación de la isla Insua y los espigones de A Guardia (V. nuestra tesis XII 2), a pocos metros delante de la desembocadura del Miño. Este verbo, en griego, tiene, como la traducción en castellano, el sentido esencial de «estar frente a algo», pero al mismo tiempo el secundario de «estar próximo a algo»; por tanto προκειμένας τῆς Ἰβηρίας implica aproximación a las costas de Iberia y, en consecuencia, remoto alejamiento de Inglaterra y Bretaña. Por otra parte, es altamente significativo el que Diodoro no diga que el estaño se encuentra *en* (ἐν) las Casitérides, como dicen las demás fuentes, sino *por* (κατά con acusativo) las Casitérides, con una vaga idea de aproximación, como queriendo significar que el estaño no se producía en las mismas islas, sino en la costa cercana a ellas, como así es en la realidad; este detalle y el hecho de que a las islas se les apli-

ca el diminutivo acrecienta el valor objetivo de esta fuente.

Respecto a los dos pasajes de Estrabón y Diodoro que acabamos de analizar, debemos añadir que su fuente común, Posidonio, a principio del siglo I a. de C., estuvo haciendo estudios oceanográficos en Cádiz, donde sin duda recogió los datos de las Casitérides de boca de los gaditanos; éstos, como dignos descendientes de fenicios, no dirían a Posidonio toda la verdad; acaso ya no podían negarle la existencia de las islas, que monopolizaban, al N. del Puerto de los Artabros, pero con el fin de despistarlo añadieron que estaban en alta mar (πελάγιαι), cuando en realidad se encontraban adyacentes a la costa. Este despiste, en origen intencionado, se muestra en varias de las fuentes analizadas y, aunque en pequeña escala, todavía lo sufre Ptolomeo.

Mela, III 47: in celticis aliquot [insulae] sunt, quas quia plumbo [albo] abundant uno omnes nomine Cassiteridas adpellant. Estas Casitérides tampoco pueden ser otras que las de la costa coruñesa:

1.° Porque Mela asegura que están en los célticos, que poco antes, en III 10 (totam Celtici colunt), ha situado en la costa desde la desembocadura del Duero hasta el promontorio *Celticum (Nerium*, Touriñán, según hemos demostrado en nuestra tesis XII 8); pero a fin de que este dato coincida exactamente, y sin forzarlo, con las demás fuentes localizantes debemos considerar que estos célticos, en cuya región se encuentran las Casitérides, son los más norteños, los ártabros, puesto que claramente lo concreta el mismo Mela, III 13: in ea (costa que corre al E. del promontorio Céltico) primum Artabri sunt etiamnum Celticae gentis, deinde Astyres. A continuación, y en los mismos ártabros, Mela cita la ciudad de Adrobrica (aún no localizada, pero de seguro en las rías situadas entre La Coruña y Ferrol), en un amplio golfo en el que desaguan cuatro ríos, de los cuales menciona el *Anaris* y el *Iuuia* que creemos haber demostrado corresponden al Eume y Jubia *(Mela, III* 13 *y Ptolomeo, Geog.* II 6, 4. *El nombre antiguo del río Eume y el del cabo Ortegal*, Emérita 1947,

2.° Porque conviene al orden descriptivo que sigue Mela

de S. a N. entre la *Erythia* y otras islas de Lusitania y la de *Sena*, en el mar Británico (canal de la Mancha).

3.° Porque padece el mismo error que Pli., IV 119 y VII 197 (V. infra)—acaso por haber bebido los dos en la misma fuente—de usar *plumbum* (plomo) por *plumbum album* (estaño), y Plinio sitúa claramente las Casitérides en la costa gallega, aunque, por equivocación, considera a Galicia formando parte de la Celtiberia.

Pli., IV 119: Ex adverso Celtiberiae complures sunt insulae, Cassiterides dictae Graecis a fertilitate plumbi, et a regione Arrotrebarum promunturi Deorum VI, quas aliqui Fortunatas appellavere. Varios son los errores del erudito, pero confiado Plinio en este párrafo:

1.° Incluye Galicia en la Celtiberia, siendo ésta, en realidad, una región interior. Sin duda la fuente que sin crítica utilizó era del tiempo en que la parte conocida más extrema de Hispania era la Celtiberia y a ella refirió la situación de las Casitérides, que se encontraban, en efecto, en esta dirección. En la Historia abundan los casos de extensión del nombre de la parte conocida de una región a toda ella (Lusitani, Graeci, Scythae, Medae, Indi, etc.). De todos modos, el hecho de que las Casitérides de Plinio sean referidas sin duda alguna a la costa del NW. hispánico, confirma nuestra localización. La lección de Pinciano *Celti Neria* por *Celtiberia*, aprobada por Flórez (E. S. XV 57), mejoraría la concordancia de Plinio con las demás fuentes, pero en la edición Mayhoff (Teubner, Leipzig 1906), en este pasaje no encontramos la abreviatura *Celt. Ner.* a que se refieren Pinciano y Flórez, sino la variante Cassierdes *(r* o) de Cassiterides (A F^2 E^2 *v)* que no tienen que ver con *Celtiberiae*. Flórez, por otra parte, termina el capítulo contradictoriamente diciendo: «y assi nos despediremos de ellas [las Casitérides] como cosa introducida por los griegos, no bien informados de este fin de la tierra».

2.° Usa, como Mela, *plumbi* por *plumbi albi* (V. supra).

3.° Sitúa en la región de los arrotrebas (ártabros) las seis islas de los Dioses, que Ptol., II 6, 73 (que sólo cita dos) coloca matemáticamente, con nuestra primera corrección geo-

gráfica, en un punto situado en el mar, 30 km. al SW. de la desembocadura del Miño y 25 km. al W. de la del Limia—sin corrección se sitúa 26 km. al WSW. de la desembocadura del Miño—y que posiblemente corresponden a las dos Cíes o Síes en el país (*Siccae* en Pli., IV 112; V. nuestra tesis XIV 45).

4.° Plinio, interpretando confusamente sus fuentes, cree que algunos autores han llamado Afortunadas a las islas de los Dioses. El número 6 (que Plinio atribuye a las de los Dioses) y el nombre de Afortunadas (Μακάρων νήσοι) los presenta Ptol., IV 6, 14, refiriéndose a las islas de Madeira y Porto Santo?, Canarias occidentales?, islas de cabo Verde? (nos inclinamos a las Canarias y Madeira conjuntamente, véase nuestra tesis VII 2).

Plinio toma estos datos de Timeo el Antiguo, quien utiliza a Eforo (siglo IV a. de C.) y éste a geógrafos griegos y cartagineses del siglo VI; esto nos prueba que también Plinio, sólo medio siglo anterior a Ptolomeo se inspira en fuentes anteriores a su época en varios siglos, mientras parece despreciar o desconfiar (mejor que ignorar) de los relatos de los militares referentes a *Callaecia*, que indudablemente debieron llegar a Roma desde el tiempo de las guerras cántabras, que terminaron con la sangrienta derrota de los galaicos en el monte Medulio, en el 25 a. de C.

Pli., VII 197: plumbum [album] ex Cassiteride insula primus adportavit Midacritus. Es cronológicamente interesante esta noticia porque el nombre personal *Midacritus* (por *Midocritus)* corresponde a Μειδόκριτος abundante en Jonia y Atica, lo cual, unido a la antigüedad que se le atribuye, da base para situar este viaje en tiempos de las colonizaciones de calcidios y rodios (siglos IX-VIII), las primeras griegas en España y anteriores a las de los foceos, que comienzan en el siglo VII. (A. García y Bellido, *Los primeros navegantes griegos a Iberia* (siglos IX-VIII), AE Arq. 1941, 100.)

Solino (Polih. 26, 6) no hace más que repetir a Plinio.

Dion. Perieg. 561 (su *Periegesis* o Circumducción del tiempo de Heliogábalo, c. 221, fué muy utilizada por Avieno y traducida por el gramático Prisciano; Cortés y López, I 358):

... αὐτὰρ ὑπ' ἄκρην
Ἰρὴν, ἣν ἐνέπουσι κάρην ἔμεν Εὐρωπείης,
νήσους Ἑσπερίδας, τόθι κασιτέροιο γενέθλη,
ἀφνειοὶ ναίουσιν ἀγαυῶν παῖδες Ἰβήρων.

«A continuación, al pie del promontorio Sacro (cabo S. Vicente), llamado la cabeza (el comienzo) de Europa, donde está la patria del estaño, se encuentran las islas Hespérides (Occidentales), habitadas por los ricos hijos de los famosos iberos.»

Prisciano, 107, traduce el pasaje anterior con algunos errores:

Ad summam contra Sacrum cognomine, dicunt
Quod caput Europae, sunt stanni pondere plenae
Hesperides, populus tenuit quas dives Iberi.

También el Periegeta (y por lo tanto Prisciano) manifiestamente se equivocó, pues al pie del ἄκρην Ἰρήν (cabo S. Vicente) no hay islas ni estaño. Es probable que por confusión puso Ἰρήν por * Νερίην (cabo Touriñán) en cuyos alrededores existen islas y estaño. Κάρην Εὐρωπείης es equivalente a Fisterra *(Finisterrae)*, cabo situado a 20 km. al S. de Touriñán. Es decir, el Periegeta atribuye al promontorio *Sacrum* lo que debiera haber asignado al *Nerium*, confundido porque según los autores es uno u otro el extremo occidental de Europa. Pero lo que no deja lugar a dudas es la relación, una vez más, de las Casitérides (Hespérides equivocadamente llamadas en este caso) con Iberia: «populus tenuit quas dives Iberi».

Steph. Byz., involucrando las Casitérides con las minas de estaño de Drangiana (Khorasán, E. Persia; cf. Str. 724), coloca la Κασσιτέρα νῆσος ἐν τῷ ὠκεανῷ τῇ Ἰνδικῇ προσεχῆς, ὡς Διονύσος ἐν Βασσαρικοῖς.

Con menos probabilidades suponemos que el promontorio Oestrymnio, de Avieno, 91 corresponde al Finisterre (V. nuestra tesis XII 8), y que las cercanas islas Oestrymnides del v. 96 pueden ser las Casitérides de la costa Coruñesa; en efecto, la distancia a la isla sagrada de los Hibernos o Hiernos (Irlanda) es poco menor que la real, y acaso exacta, teniendo en

cuenta la ligereza de las pequeñas embarcaciones de cuero (admitiendo la posibilidad de que tales naves pudieran resistir tan atrevida travesía). No negamos que en este caso también hay probabilidades de que las Oestrymnides sean las islas de la Armórica; pero, insistiendo, es más lógico pensar que los tartesios, los cartagineses y en general las gentes de las Columnas de Hércules (Avieno 113) fueran a buscar el estaño a las islas coruñesas, que suponerlos obligados a ir a buscarlo a la Armórica, dejando muy atrás potentes yacimientos. Sin embargo, confesamos que el resto del contexto exige para las Oestrymnides una localización más norteña, por tanto, en las islas de la Armórica.

Contra casi todas las fuentes y sin apoyo en ninguna son muchos los autores, especialmente ingleses, que refieren las Casitérides a las Scilly del cabo Lands End, errónea opinión que comparte Müller en el comentario de su magnífica edición de la Geografía de Ptolomeo: Cassiterides... recte censent hodiernas esse *Scilly* sive, ut gallice dicitur, *Sorlingues* insulas exiguas supra centum numero, quarum quinque nunc habitantur. Stanno quidem ipsae carent (sicut *Wight* insula in freto Britannico, in qua plumbum album provenire Plinius 4, 104 dicit) ubi stannum *Cornwall* regionis merce Phoenices commutabant...

Después de lo dicho tampoco tiene razón de ser otra teoría muy en boga sobre esta localización, la de la «peregrinación secular de las Casitérides», que consiste en considerar que, antes de la batalla de Alalíe (537 (?) a. de C.), se llamaron Casitérides las costas occidentales de Galicia e islas cercanas, pasando luego a la Armórica y sus islas, y más tarde, en época romana, denominando la Gran Bretaña e islas adyacentes (H. Obermaier, *Impresiones viaje preh. Galicia*, Bol. Orense 1923; Serpa Pinto, *Activité minière et metallurgique pendant l'âge du bronze en Portugal*, Anais Fac. Ciencias, Porto 1933, 5); A. García y Bellido, *Navegantes y geógrafos griegos en España*, Rev. Est. Geogr., II 1941; C. Torres. (*Las Kassiterides*, Cuad. Est. Gall. 1945, 632).

En resumen creemos: haber demostrado que el estudio pro-

CARTA DE GALICIA ROMANA
SIGNOS CONVENCIONALES
CORRECCIONES
+ Lugar sin corrección ptolemaica
con 1ª corr.
2ª
3ª semicorr.
Dirección de la correc. primaria
secund.
PROBABILIDADES
Lugar localizado con 2 probabil.
3
seguridad
LÍMITES
Convento jurídico
Tribu
Provincia moderna
VÍAS ROMANAS
Segura
Probable
Secundaria
Puente romano
LUGARES MODERNOS
Capit. prov.
Part. judic.
Ayuntam.
Parroquia
Lugar
Aguas minerales
Monte
En capital romana, los topónimos ptolemaicos; entre paréntesis, los que proceden de las fuentes indicadas por las siglas (Me = Mela; IA = Itinerario Antonino; ps = parroquial suevo, etc.).
40 millas de 1600 m
50 km
Luis Monteagudo
Madrid 1949
OCEANVS CANTABRICVS
OCEANVS OCCIDENTALIS
46°
45° 30′
45°
44° 30′
44°
43° 30′
43°
LAPATIANCORVM PROM.
Punta dos Aguillóns
C. Ortegal
ALTERVM PROM. IN QVO SVNT SESTII (SOLIS) ARAE
C. San Adrián
NERIVM PROM.
C. Touriñán
ARTABROR. PORTVS
TAMARA FL. OST.
LVCVS AVG. (Ptol, IA)
LVGO
BRACARAVGVSTA
BRAGA
ASTVRICA AVGVSTA
Astorga
ORENSE
PONTEVEDRA
OVIEDO
INSVLAE DEORVM
MINII FLV. OSTIA
LIMII FL. OST.
AQVAE FLAVIAE
Chaves
INTERAMNIO FLAV.
FORVM BIBALOR.
FOR. GIGVRROR.
FOR. LIMICORVM
CAMBAETVM
PINETVM
VENIATIA
PETAVONIVM
ARGENTEOLA
BERGIDO
Ponferrada
Villafranca del Bierzo
Lugo
Mondoñedo
Villalba
Betanzos
La Coruña
Santiago
Padrón
Noya
Corcubión
Vigo
Tuy
Caminha
Ponte de Lima
Barcelos
Esposende
Monforte de Lemos
Verín
Xinzo de Limia
Celanova
Allariz
Lalín
Carballino
Chantada
Sarria
Fonsagrada
Luarca
Tineo
Cangas de Tineo
Belmonte
Avilés
Gijón
Luanco
Pravia
Lena
Bragança
Benavente
Puebla de Sanabria
Alcañices
Miranda
R. Miño
R. Sil
R. Limia
R. Tera
R. Esla
R. Navia
R. Eo
LAPATIANCORVM
ARROTREBAE
ALBIONES
PAESICI
EGOVARRI CAMACI
CELTICI NERII
TAMARICI
BRIGANTIVM
LEMAVI
GRAOVI
BIBALI
LIMICI
TVRODI
INTERAMNICI
QVARQVERNI
AQVIFLAVIENSES
SEVRRI
CILENI
HELLENI
VIA INTERAMNIVM Y TARRACONE, IA 32

fundo y detenido de todas las fuentes, descartando los evidentes errores de éstas, nos lleva a localizar las Casitérides, con tres cuartos de probabilidad y en todo tiempo, en la costa noroccidental coruñesa, y, por exigencia de la geología, en sus inmediatas proximidades. Debido a cierta falta innegable de precisión, reservamos un cuarto de probabilidad para la teoría de nuestro conciudadano Cornide (V. al principio), que hace ciento sesenta años, y contra la opinión de todos los demás especialistas españoles y extranjeros, refirió estas islas a las que defienden las paradisíacas rías de Pontevedra.

LUIS MONTEAGUDO

SOBRE EL «AGRICOLA», DE TACITO

Notas críticas y exegéticas

9, 20. *reuocatus est comitante opinione Britanniam ei prouinciam dari.*

Señala Persson (1) que algunos críticos han propuesto el cambio de *dari* en *datum iri*, innecesario, según él, porque el infinitivo presente puede tener a veces valor de futuro, y también por el paralelo con otro pasaje de *Agricola*, 40, 7: *credidere plerique libertum... missum ad Agricolam... codicillos, quibus ei Syria dabatur, tulisse cum eo praecepto ut, si in Britannia foret, traderentur.* Persson entiende que en este último pasaje *dabatur* no significa «se le daba» (el gobierno de Siria), sino meramente «se le ofrecía». Y con este apoyo, *dari*, en el punto discutido, podrá interpretarse «se tenía el propósito de darle la Bretaña, le estaba destinada la Bretaña».

Parece plausible la interpretación de Persson, en cuanto que con *dari*, sin necesidad de sustituirlo por *datum iri*, se puede designar un proceso futuro; en este caso, añadiremos, un futuro inmediato, inminente: «estaba a punto de atribuírsele el mando de la Bretaña» e incluso puede admitirse, sin pecar de sutil, que la acción se ofrece como actual para la *opinio comitans*, bien por admitir que los actos preparatorios o aun ejecutivos de tal designación estaban ya en curso, bien por no saber exactamente si la designación misma era un propósito o un hecho cumplido. Igual uso se da en español, aunque esto pruebe poco, dado que el romance no ha heredado

(1) Kritisch-exegetische Bemerkungen zu den kleinen Schriften des Tacitus. Uppsala, 1927.

la precisión del latín en la expresión del tiempo relativo.

Nuestra convicción es menos firme en cuanto al paralelo con *Syria dabatur*. Interpreta Persson que aquí el imperfecto (diríamos, con más generalidad, el *infectum)* se ha elegido por tratarse de acción inacabada y en curso, es decir, en vista de un valor aspectal durativo-imperfectivo, y, por consiguiente, *dare* equivale a «ofrecer» o «proponerse dar».

Creemos que entre los dos pasajes hay cierta diferencia. En *Britanniam prouinciam dari* el nombramiento es, efectivamente, mero proyecto; en *Syria dabatur* puede ser hecho consumado por parte del designante, es decir, del príncipe, aunque revocable y condicionado. Es posible, pues, que sea forzar la realidad el interpretar: «se le enviaron letras imperiales en cuya virtud *se le iba a dar* (= se le ofrecía, se le destinaba) el gobierno de Siria». Una ley, un precepto cualquiera como el del pasaje comentado, ejerce unos efectos tan duraderos como su propia vigencia. En español tenemos expresiones como «la ley manda tal cosa» (no sólo la manda, al promulgarse, para el futuro, sino que *la está mandando* mientras se halla en vigor); «está cumpliendo la sentencia que le condena a destierro» (le condenó, al dictarse; sigue condenándole, mientras la pena no se extingue, por cumplimiento o por otra vía). Admitimos, pues, con Persson, el valor durativo e imperfectivo de *dare* en *Syria dabatur*, pero no interpretamos la imperfectividad en el sentido de que la acción de otorgar el gobierno *no se ha consumado*, sino en el sentido de que *no ha dejado todavía de tener efectividad*, aunque condicionada.

Desde otro punto de vista, el proceso de *dari* en 9,20 es evidentemente posterior al de *reuocatus est*, aun cuando esto no excluya la legitimidad del uso del infinitivo presente. En 40, 7 el proceso de *dabatur* no es, en cambio, claramente posterior al de *tulisse* o al de *credidere*.

12, 2. *olim regibus parebant, nunc per principes factionibus et studiis trahuntur.*

Está en lo cierto, a nuestro juicio, Persson, cuando mantiene la lección *trahuntur* de los códices, frente al intento de corrección en *distrahuntur*, propuesto por Heinsius y adoptado por editores modernos, como Draeger-Heraeus y Hedicke. (Gudeman, que Persson incluye entre los que adoptaron *distrahuntur*, vuelve en sus ediciones más recientes a la lección de los códices). Ni el contexto repugna a los valores usuales de *traho*, ni es rara en Tácito la preferencia por los verbos simples frente a los compuestos, como el propio Persson corrobora con ejemplos y testimonios. Lo que parece discutible es el valor que dicho exégeta asigna a *per*. Según su criterio, *per principes trahuntur* significaría «pasan de unos príncipes a otros», «de príncipe en príncipe», y la preposición no tendría su frecuente valor instrumental o causal, sino que expresaría el tránsito de los bretones a través de una serie de cabecillas o dominadores, con sentido semejante al de la expresión *per manus trahere* = «llevar de mano en mano», atestiguada, por ejemplo, en César, B. G. VI, 38.

Creemos posibles otras explicaciones, sin apelar a este sentido local figurado; y de ellas parece la más obvia considerar a *principes* como el agente del pasivo *trahuntur*. Es bien sabido que el acusativo con *per*, en todas las épocas, coexiste con el ablativo con *ab* para expresar el término agente de un proceso verbal pasivo, hasta prevalecer absolutamente en lenguas romances, como el español. Al situar el agente más bien en la posición de instrumento o intermediario que en la de origen del proceso, centra más la atención en el proceso mismo y atenúa levemente la noción de causalidad. No parece, sin embargo, que en el pasaje estudiado exista una razón de fondo para la preferencia por el acusativo con *per*. Es más sencillo y probable suponer razones formales; tal vez se ha evitado el ablativo agente para evitar su concurrencia inmediata con los instrumentales *factionibus et studiis*. Cierto que no es rara en la prosa clásica la acumulación de

casos iguales, y concretamente de ablativos de distinto valor: confróntese Caes. B. C. III, 41, *itaque postero die omnibus copiis magno circuitu difficili angustoque itinere Dyrrachium profectus est.* Pero en el pasaje del *Agricola* la busca de variedad y la evitación de una consonancia cacofónica bastarían para justificar la elección.

Admitida en el pasaje la sinonimia *traho* = *distraho*, la interpretación será: «antes obedecían a reyes; ahora son arrastrados en opuesto sentido por caudillos que los hacen juguete de sus querellas banderizas». (No hay inconveniente en admitir, como es usual en los comentarios, que *factionibus et studiis* constituyen hendíadis.) Y ésta es, en suma, la interpretación que viene a admitir Persson, al proponer la traducción: «jetzt werden sie zwischen (verschiedenen) Häuptlingen unter heftigen Parteikämpfen hin und her gerissen». Insistimos en no ver paridad entre este punto y el citado de Caes. B. G. VI, 38 *aegre per manus tractus seruatur*, que el propio Persson explica: «Sextio, gravemente herido, fué salvado a duras penas, pues hubo de ser arrastrado pasando de mano en mano.»

18, 5. *lectissimos auxiliarium, quibus nota uada et patrius nandi usus, quo simul seque et arma et equos regunt, ita repente immisit, ut obstupefacti hostes, qui classem, qui nauis, qui mare exspectabant, nihil arduum aut inuictum crediderint sic ad bellum uenientibus.*

La tradición es constante en orden a *mare*, pero su interpretación es muy discutida. Examinemos el contenido real del pasaje. Es natural que los habitantes de Anglesey esperasen que su isla, como tal no accesible sino por mar, sería atacada según la técnica usual de la guerra marítima, es decir, mediante una operación de desembarco. No esperaban, por consiguiente, un asalto de jinetes a nado y a vado. Ello explica bien las expresiones *qui classem, qui nauis... exspectabant*, pero no da un sentido satisfactoriamente lógico al *qui mare e.* Los intentos antiguos de solución, aunque varios en detalle,

se orientan en dos direcciones: unos admiten que el término *mare* expresa, en general, los procedimientos de la guerra marítima, en oposición al estilo y modo de guerra terrestre que Agrícola usó en su sorprendente acción. Así Tückning, que interpreta *mare* «algo en el mar», o Knaut, que cree a los isleños obsesionados por la idea de la necesidad, en el enemigo, de ingenios o medios de transporte marítimos (2). Otros modifican *exspectabant* en *spectabant;* así Dräger, que interpreta «escrutaban una flota, barcos, el mar» o Weidner, que lee *respectabant*, en el sentido de «atendían sólo a esto», «no aguardaban otra cosa». Este criterio informa también algunas antiguas traducciones de humanistas, como la de Bernardo Davanzati (1596) «aspettantisi armata, navi e mare...»

Es conocida la conjetura de Phillipson (artículo citado), sugerida, según nos dice, por observación de un alumno de *Unterprima*. Según esta conjetura *mare* significaría «la marea alta», «la pleamar». Desarrollemos el pensamiento de Phillipson. Los isleños esperaban ser atacados durante la marea alta, ya que, por poco que fuera el calado de los barcos enemigos, no podían acercarse para el desembarco en otro momento u ocasión, so pena de varar antes de tiempo. Agrícola, precisamente, escogió la bajamar, especialmente oportuna para las circunstancias de su sorpresa. No cita Phillipson, pero sí otros comentaristas, como Gudeman, el anterior asalto de la misma isla por Suetonio Paulino (Ann. XIV, 29), en el cual la caballería atacó, como en tiempo de Agrícola, a nado o siguiendo los vados, mientras la infantería era transportada en pontones o barcos de suelo plano.

No cabe negar que, desde un punto de vista estrictamente real, la hipótesis de Phillipson es ingeniosa y de aparente verosimilitud, pero si se examina en otros aspectos, fácilmente delata la condición ingenua que corresponde a su origen escolar. Por ello ha sido objeto de ulteriores impugnaciones; sirva de ejemplo la refutación, breve y convincente, de An-

(2) Phillipson, R. Zu Tacitus Agricola 18. Berliner Philologische Wochenschrift, 1914, pp. 508-509.

derson (3). Estimaríamos, en consecuencia, ocioso el tratar de nuevo una conjetura que puede estimarse anticuada y superada, si no fuera porque en ediciones recientes, alguna de ellas de notable difusión y autoridad, se acoge nuevamente tal interpretación, sin conato de discusión ni, al parecer, sombra de duda. Tal ocurre en la de Saint Denis (4). Tradúcese en ella: «les ennemis, qui attendaient une flotte, des navires et la marée». Y en el somero comentario se lee: «Les habitants de l'île ont été surpris d'être assaillis sans voir ni flotte de guerre *(classem)* ni bateaux de transport *(nauis)*; en outre, un débarquement se serait produit à mer haute; or *nota uada* montre que les assaillants sont venus à mer basse...»

Y en la edición de Marcel Renard (5), pág. 42, encontramos: «*Nauis:* ... ils attendaient une flotte de guerre *(classis)*, ou des bateaux de transport.—*Mare:* la marée; les Bretons pensaient que le débarquement aurait lieu à mer haute...»

Creemos que la edición de Renard, dependiente, salvo en detalles, en cuanto a la fijación del texto, y según propia afirmación, de las de Koestermann y Saint Denis, debe también a esta última el criterio sustentado en el comentario que transcribimos, y es indicio de la influencia que tal criterio está llamado a tener en ulteriores ediciones. Ello invita, pues, a un nuevo examen de la cuestión.

Phillipson se limita a argumentar sobre el aspecto real, de seductora claridad. Omite, en cambio, toda consideración de carácter lexicológico. Esto bastaría para argüir de insuficiente su tesis, mientras no se compruebe que efectivamente *mare* pudo significar o significó «la marea», fuera del pasaje discutido.

Las expresiones más frecuentes para designar la marea, en general, son *aestus, aestus maris, aestus maritimus, aestus*

(3) Cornelii Taciti de vita Agricolae, edited by H. Furneaux. Second edition revised and largely rewritten by J. G. C. Anderson, with contributions by the late Professor F. Haverfield. Oxford, 1922.

(4) Tacite. Vie d'Agricola. Texte établi et traduit par E. de Saint Denis. Paris, «Les Belles Lettres», 1942.

(5) Tacite. Vie d'Agricola. Texte établi & annoté par Marcel Renard. Bruxelles, Lebègue et Cie., 1945.

oceani; en ellas se incluye flujo y reflujo. Sin embargo, es de señalar que el uso de la más general, *aestus*, es notablemente más frecuente para designar el reflujo. Como expresión del ir y venir alternativo de las aguas en la sucesión de marea creciente y decreciente, encontramos *aestus reciproci* (Min. Felix, 17, 9); *statis vicibus aestus alternat* (Paneg. 5, 6).

Hay expresiones específicas para designar sólo el flujo o sólo el reflujo. Para el primero: *aestus crescens* (Plin. Nat. H. 2, 219, Virg. Aen. 10, 291); *a. accedens* (Cic. Planc. 15; Sen. Dial. 1, 10, 1; Plin. Nat. H. *passim)*. Y concretamente en Tácito: *aestus adlabens* (Ann. 1, 70 *modice adlabente aestu)* y *mare adcrescens* (Agr. 10), citados los dos últimos por Anderson.

En cuanto al reflujo: *aestus decedens* (Liv. 26, 45, 7); *a. cedens* (Liv. 26, 45, 8); *a. recedens*, constante a través del latín clásico y postclásico (Cic., Sén., Plin, el V., Frontino); *regressus aestus* (Val. Max. 3, 2, 23); *discessus aestus maritimi* (Front. 3, 9, 1), y en Tácito *a. relabens* (Ann. 2, 24) y *a. dilabens* (Ann. 14, 32).

Otro término usado, aunque con menos frecuencia que *aestus*, para designar la marea, es *fretum* o *fretus*. Empléase para designar el mar en cuanto masa móvil: Serv. Aen. 1, 607 *proprie fretum est mare naturaliter mobile ab undarum feruore nominatum*. Dícese también del mar en movimiento actual, sobre todo por el oleaje; los testimonios son copiosísimos y de todas las épocas. Cf., p. ej., *tumida consurgunt freta* (Petron. 89, 30) o *freta ponti incipiunt agitata tumescere* (Virg. Georg. 1, 327). Pero, a veces, *fretum* se dice específicamente de la marea: Sil. 3, 60 *Luna... fertque refertque fretum;* y alterna o coexiste con *aestus:* Cic. Nat. deor. 2, 19 *aestus maritimi fretorumque angustiae ortu aut obitu lunae commoueri.*

Es lo cierto, pues, que no hallamos textos de ninguna época en que *mare*, por sí solo y sin adición de modificativos, signifique «la marea».

Cabría objetar que las expresiones anotadas se refieren concretamente a la marea *creciente* o *decreciente*, es decir, a su variación, mientras que la del pasaje comentado atañe a la *pleamar*, esto es, a la situación de la marea ya crecida, en una

consideración, por decirlo así, *estática*, de su estado o momento de máxima elevación. Pero del uso de *mare* en tal acepción tampoco se halla, hasta donde nuestro examen alcanza, ejemplo aprovechable. Ni se puede hablar de una singularidad tacitea, de un ἅπαξ conceptual, mientras exista y sea viable explicación menos aventurada.

En Saint Denis, como luego en Renard, aparece una contraposición entre *classem* = «flota» y *nauis* = «barcos de transporte». No hay razón positiva para suponer que *nauis* signifique aquí exclusivamente *n. onerarias*, salvo el prejuicio lógico de que la exposición trimembre que aquí vemos es una enumeración cuyos términos se oponen y excluyen. En igual error (de tal lo juzgamos) había incurrido Gudeman en su edición de 1902, que cita Phillipson, y que no hemos podido consultar directamente.

Precisamente esa idea de la oposición entre los términos es la que, a nuestro juicio, vicia la interpretación. Creemos, con Anderson, que la enumeración es, simplemente, una amplificación retórica, de lo que abundan ejemplos en éste y otros autores. Tal amplificación, dice Anderson, tiende a «expresar vivamente los pensamientos de los insulares. Estos esperaban una flota, barcos, un ataque por mar, pero no imaginaban que el mar pudiera ser atravesado como un río». Señala Anderson la frecuente adición, aclaratoria o enfática, de *naues* o *classes* a *mare*, y cita dos ejemplos de las Historias, 2, 12 *possessa per mare et naues maiora Italiae parte*, y 3, 1 *superesse Vespasiano mare, classes, studia prouinciarum*. Añadamos por nuestra parte que este último tiene un color estilístico de notoria semejanza con el estudiado, por la disposición trimembre y el asíndeton que en el pasaje que venimos discutiendo se combina con anáfora del relativo, para mayor sabor de *cliché* retórico. Desde otro punto de vista, reputa Anderson poco verosímil que los romanos pudieran identificar el mar con la marea, dado que *su* mar, el Mediterráneo, no las tiene (más preciso sería decir que las tiene poco sensibles). El argumento es ingenioso, más que convincente, y en cierto modo superfluo.

La traducción que ofrece Gudeman en su última edición (6) no insiste en la diferencia, que Phillipson atribuye a sus ediciones anteriores, entre *classem* y *nauis:* «who expected to see a fleet, or at least ships, or some kind of floating craft». Ha eliminado, pues, el prejuicio lógico, que obscurece en otros la visión del artificio retórico, reconocido, por otra parte, al señalar Gudeman la presencia de recursos estilísticos como el *climax* y la anáfora, y al admitir expresamente el carácter «purely rethorical» de la descripción. Carácter retórico revelado, además, por el afectado asombro ante un procedimiento táctico que ya el propio Tácito ha descrito como usado, e incluso con técnica mejor, por Suetonio Paulino.

Aceptamos, pues, como posible significado de *mare* «una operación marítima», y sospechamos que la reviviscencia de la interpretación de Phillipson se debe, en parte, a que da una traducción, además de verosímil en el aspecto real, de tentadora y atrayente facilidad.

28, 2. *tris liburnicas adactis per uim gubernatoribus ascendere; et uno remigante, suspectis duobus eoque interfectis...*

Es éste un pasaje extraordinariamente controvertido, y resulta difícil a quien estudia el *Agricola* eludir su examen, si no para formular nuevas conjeturas (probablemente la imaginación de los críticos ha pecado por exceso) al menos para intentar una opción razonada entre las existentes.

Los manuscritos dan *remigante*, pero el sentido no es satisfactorio. Se trata de pilotos, *gubernatores*, y no es verosímil que un piloto reme, ni se emplea *remigare* para designar la actividad u operación del timonel, aun en los casos en que éste se sirve de un remo como timón. Por otra parte, aun interpretando «se puso al timón», surge la contradicción con lo que sigue: asesinados los otros dos *gubernatores*, las naves se per-

(6) Tacitus. De vita Iulii Agricolae and The Germania, with introduction, notes, appendices and index by Alfred Gudeman. Revised edition. Boston, 1948.

dieron por no saber regirlas. Nada se nos dice de lo que ocurrió con el presunto *gubernator remigans*, si éste prosiguió la navegación, ni por qué no corrió la mala fortuna de los otros dos. De aquí que los pocos editores que conservan el *remigante* de los códices lo dan como dudoso o corrompido.

Ya el primer editor del *Agricola*, Puteolano, corrigió la palabra en *remigrante*. Desde entonces las hipótesis son muy copiosas y variadas. Prescindimos de enumerarlas y nos remitimos al aparato de ediciones críticas, como las de Furneaux-Anderson-Haverfield, Köstermann o Saint Denis. En esta nota nos limitaremos al examen de algunas de las conjeturas más recientes, no citadas, en general, en dichos aparatos.

J. H. Iliffe (7) propone *rem agente*. Parte de que el contexto sugiere claramente que el *gubernator* que no fué asesinado prosiguió el viaje. Rechaza varias correcciones por carentes de sentido o por alejadas de los manuscritos; defiende su propuesta como paleográficamente fácil y congruente con el texto, y se anticipa a la objeción de que la pérdida de las naves supone la no presencia de los tres pilotos, alegando que el tercero, aunque prosiguiera la empresa, pudo desaparecer después.

La conjetura de Iliffe no suscita objeciones serias de tipo real y es, en efecto, verosímil en el aspecto paleográfico, pero no, a nuestro juicio, en el estilístico: *rem agente* es una locución inexpresiva e incolora que, aunque usada en la prosa histórica, contrasta fuertemente con el estilo animado, vehemente y pintoresco del episodio de la cohorte de usipios. Spilman (8) ha señalado cómo Tácito no suele usar *res* con verbos de sentido vago, como *ago*, *fero* y *gero*, y menos aún cuando no van modificados por un adverbio.

W. Morel (9) aventura la hipótesis *uno repugnante*. Par-

(7) Classical Review, 1927, pp. 175-176.

(8) Some notes on the Agricola of Tacitus. Classical Philology, 1929, pp. 376-393.

(9) Rheinisches Musaeum, 1929, p. 112.

tiendo del comentario de Furneaux-Anderson (que por su parte no sientan ni aceptan conjetura alguna), supone que todos los timoneles fueron asesinados; dos, por sospechosos; el tercero, porque opuso resistencia activa. El sentido es intachable, pero la lección carece de fundamento paleográfico. Esto explica, tal vez, el tono, un tanto despectivo, con que Lundström la elimina de la discusión.

El ya citado Spilman (vid. supra), después de criticar varias hipótesis modernas, propone *uno remigium gubernante*. Juzga poco verosímil que si los usipios carecían de pilotos desde el principio, no naufragasen al comenzar el viaje, sino cuando éste se hallaba ya avanzado, puesto que su ignorancia de la navegación era una circunstancia previa a la iniciación de su aventura. El argumento es endeble. Aun cuando las palabras *circumuecti Britanniam*, concordantes con el testimonio de Dión Casio (66, 20), confirman que el periplo tuvo un desarrollo de cierta amplitud, no es de necesidad que el naufragio fuera inmediato; pudieron navegar, llevados de su intuición marinera, hasta que surgió, en las aguas, en el aire o en las mismas naves, la dificultad que produjo el siniestro. Por otra parte, el fundamento paleográfico es igualmente débil: suponer que la presencia de *uimgubern* ha producido una confusión o una haploscopia imperfecta con *iumgubern* subsiguiente no plantea un imposible, pero no es demasiado probable.

Igual dificultad nos ofrece el *rem <rep>ig<r>ante* de Fritz Walter (10), aunque su sentido no repugne al contenido real de la narración. (Un piloto fué eliminado por retardar voluntariamente la navegación; los otros dos, por sospechas de lo mismo.) Finalmente, el *ut rem negante* de O. Westerwick (11), nos parece reunir en sí todos los inconvenientes de las conjeturas anteriores. Por su parte, el autor se limita a lanzar la hipótesis, sin razonarla.

Dos conjeturas parecen tener, en nuestro concepto, un

(10) Wiener Studien, 1937, pp. 195-196.
(11) Philologische Wochenschrift, 1932, pp. 732-734.

mayor viso de probabilidad. La que supone un *<retro> remigante*, aceptada por Gudeman, y el antiguo *remigrante* de Puteolano. La primera se explica paleográficamente por una simple haplografía y no repugna al contexto. La segunda, abandonada desde largo tiempo por los editores, ha tenido un esforzado valedor en Vilh. Lundström (12). Había mantenido Lundström, en su edición crítica de 1896, el *remigante* de los manuscritos, como también, aunque con vacilaciones, Persson. No obstante, Lundström lo desechó después, por las insuperables dificultades de fondo. El *remigrante* de Puteolano parece al sabio sueco tan verosímil, por lo menos, como las variadas hipótesis modernas, «mausoleo henchido de conjeturas muertas al nacer». Gráficamente, el cambio es fácil de explicar: basta suponer que un escriba omitió una tilde que, colocada sobre una letra o a su derecha y arriba, representa frecuentemente *r* o *er*. Ejemplos concordantes, en el propio *Agricola*, son *exprobaturi* por *exprobraturi*, del cod. Aesinas, en el cap. 32, o la conjetura de Wex, en el cap. 13, *auctor iterati operis* en lugar del *auctoritate operis* de los manuscritos.

Agreguemos que en *remigrante*, como en *exprobraturi*, la omisión de la segunda *r* puede deberse, no meramente a un descuido o error de copia, sino al reflejo de un fenómeno fonético; en ambos se da la pérdida de *r* en un grupo *oclusiva más r*, y después de otra *r*, en *remigrante;* de otro grupo de estructura igual, en *exprobraturi;* la omisión puede ser, pues, la expresión gráfica de una disimilación, forjada en la imaginación auditiva del copista.

Aceptamos, pues, como más probable, la corrección de Puteolano, sin dejarnos influir, como Lundström hace notar, por el sistemático menosprecio de los críticos modernos para la bibliografía y el material de los antiguos. Y en confirmación de este criterio, vemos que la reciente edición crítica de Saint Denis la acepta también, y con ella la ya citada de Renard. Lamentamos no disponer en estos momentos de la pós-

(12) Litet textkritik till Agricola. Eranos, 1938, pp. 108-125.

tuma de Persson (Estocolmo, 1929). La recentísima de Lenchantin de Gubernatis (13), llegada a nuestro conocimiento después de escritas estas notas, vuelve al *remigante* de los manuscritos, que trata de justificar con la hipótesis, ya apuntada, del remo-timón (14). Niedermann, en una excelente y minuciosa crítica (15), excluye la viabilidad de tal hipótesis en términos muy semejantes a los que arriba hemos empleado (16), pero no apunta conjetura propia y considera el pasaje como un *locus desperatus*.

M. Marín y Peña.

---

(13) Cornelii Taciti De vita Iulii Agricolæ liber. Recensuit Maximus Lenchantin de Gubernatis. In ædibus Paraviæ [1949].

(14) Remigante, sc. uno e gubernatoribus remum a tergo nauigii positum regente qui gubernaculi uice apud antiquos fungebatur.

(15) Humanitas, vol. III. 1950.

(16) «... son explication ... est gratuite, *remigare* n'ayant signifié autre chose que «ramer», c'est-à-dire, «faire avancer une embarcation à coups de rames»; en parlant d'un pilote maniant le gouvernail, Tacite n'eût pu dire que *gubernante*.»

APUNTACIONES FILOLOGICAS (IV)

TÁCITO, *Historias*, I, 23.

> *Studia militum iam pridem spe successionis aut paratu facinoris adfectauerat, in itinere in agmine in stationibus uetustissimum quemque militum nomine uocans ac memoria Neroniani comitatus contubernalis appellando: alios agnoscere, quosdam requirere... Labores itinerum... atrocius accipiebantur, cum Campaniae lacus et Achaiae urbes classibus adire soliti, Pyrenaeum et Alpes et immensa uiarum spatia aegre sub armis eniterentur.*

Los comentaristas de Tácito encuentran en el pasaje transcrito una dificultad, que Goelzer, p. ej., nos plantea en estos términos, al mismo tiempo que señala una explicación, que, por cierto, no es original suya, sino que ya venía rodando en bastantes ediciones desde muy antiguo:

«L'escorte de Néron se composait de prétoriens; comme il n'y en avait pas en Espagne on en a conclu que le passage est altéré, mais peut-être un détachement de la garde impériale avait-il été envoyé à la rencontre de Galba.»

Pero en el aparato crítico de esta misma edición, Goelzer, que no debía estar muy convencido de la explicación propuesta, consigna otra solución, ésta de Ferdinand Brunot: «Neronianae comitatis *F. Brunot fortasse recte*».

Heraeus tiene otra opinión sobre el asunto: «Tácito hizo aquí una mezcla de las penalidades de los legionarios que venían con Galba de España y del descontento de los pretorianos con el nuevo régimen» (ed. Teubner, 1929).

Otros anotadores modernos (p. ej., Wolff, Constans, etcétera) pasan sin comentario por este lugar, cuando la verdad es que lo necesita.

Ultimamente (1947), el Sr. Collart inspirado, al parecer,

por la corrección Brunot, nos ofrece otra solución de la dificultad, pero sin modificar el texto. Brunot proponía interpretar: «y les llamaba camaradas recordando la afectuosidad de Nerón»; el Sr. Collart prefiere entender la cosa así: «y les llamaba camaradas para imitar a Nerón y a su escolta» (literalmente, y siempre según el Sr. Collart, «valiéndose de una evocación de la escolta de Nerón») (1).

Esta explicación tiene varias dificultades, y no pequeñas, con alguna de las cuales lucha el propio Sr. Collart (2). Entre

---

(1) *Etudes lingüistiques. Mélanges*, 1945. Publications de la Faculté de Lettres de l'Université de Strasbourg, Paris, Les Belles Lettres, 1947.

(2) Su teoría es algo extensa: «Rien dans la phrase de Tacite, ni dans d'autres documents ne permet de dire que les soldats flattés par Othon aient jamais été des prétoriens, ni qu'Othon *comme eux* ou *avec eux* ait jamais escorté Néron. Mais les mots ne se suffisent-ils pas à eux mêmes sans ces commentaires?

Othon, d'après Tacite, pense déjà à l'empire pour lui-même. Autrefois il a été le favori et le compagnon de Néron. C'est auprès de lui qu'il s'est fait une idée du personnage impérial. Il l'a vu évoluer au milieu des prétoriens. Il a mesuré à ses côtés l'importance de la flatterie auprès de la foule, le prix de la popularité. Devenu empereur en pensée, il reproduit tout naturellement ses attitudes, ses paroles, son comportement. D'autre part, il a, lui aussi, le goût de la comédie jouée à lui-même et aux autres. Comme l'a montré Courbaud, il a même le goût des soliloques dramatiques. Cfr. l'interprétation donnée par Courbaud d'un passage de Tacite *(Histoires*, I, 11, 4) jusque là réputé obscur ou altéré. Il s'agit d'un monologue où Othon par un procédé conforme à celui de la tragédie, s'interpelle lui-même (Courbaud, *Les procédés d'art de Tacite dans les Histoires*, Paris, Hachette, 1918, p. 211). Dès lors ne pourrait-on utiliser ces traits connus du caractère d'Othon pour l'interprétation de notre passage? Il aurait non plus une valeur historique, mais une valeur psychologique. Il ne constituerait pas une problématique allusion à un menu fait insaisissable, mais il ajouterait un élément intéressant au portrait d'Othon. *Memoria Neroniani comitatus* signifierait «par un rappel de l'escorte néronienne», sans plus. Ce rapprochement n'éveillerait aucun souvenir chez les soldats, qui ne peuvent le comprendre. Quoique la scène se déroule devant eux, elle serait pour eux hermétique. Elle ne serait jouée par Othon que pour lui-même, mais elle aurait à ses yeux une valeur singulière. Marchant avec une troupe

ellas podríamos anotar la observación de que si Otón saludaba y llamaba *contubernalis* a los *uetustissimum quemque militum*, «para imitar a Nerón», resulta que este emperador no se mostraba campechano y cariñoso más que con los veteranos.

* * *

Pero ¿es tan difícil ilustrar este pasaje? ¿No sabemos nosotros que la carrera de *los oficiales* pretorianos exigía que estos sirvieran también en las legiones con una distribución reglamentada de servicios en el Pretorio y en el ejército legionario? Abramos, por más reciente y puntualizador, el bonito libro de Durry, *Les Cohortes prétoriennes*, y saquemos la conclusión de lo que se expone en varias de sus páginas (1). El soldado pretoriano ascendido a centurión pasaba con esta categoría a una legión; después volvía a Roma, a servir como centurión de las tres milicias urbanas, sucesivamente, con lo que estaba ya en condiciones de ir de nuevo al ejército legionario como centurión de primera clase—primipilo—. Nuevos servicios aquí le abrían otra vez el camino de Roma, en cuya guarnición volvía a recorrer, ahora como tribuno, las

---

quelconque et obsédé par les possibilités brillantes de son avenir, il joue déjà à l'empereur. Au milieu de soldats qui ne lui sont rien et dont il n'a même pas le commandement, il essaie son personnage, il agit comme Néron agissait avec ses gardes. En somme, *memoria Neroniani comitatus*, c'est-à-dire, au fond, «pour calquer Néron et son escorte», Othon se donne la comédie une fois de plus. Et cette comédie a l'avantage de lui concilier la faveur d'une troupe dont, un jour, il pourra solliciter l'appui.

L'expression *alios agnoscere* qu'on trouve dans la même phrase, n'infirme pas, semble-t-il, cette interprétation. Ce n'est pas forcément parce qu'il aurait autrefois vécu familièrement *avec* ces mêmes soldats qu'Othon les reconnaît. Ou bien par un trait de cabotinage conforme à son caractère et à son dessein, il fait semblant de les reconnaître, comme l'envoyé du Grand Turc reconnaît Monsieur Jourdain, ou bien au cours de ces étapes qui furent longues, il a appris a reconnaître quelques-uns d'entre eux effectivement.»

(1) París, 1938. Páginas 141-142; 191; 367; 379; 401.

tres milicias urbanas. Cumplidos estos servicios, el oficial pasaba nuevamente a las tropas legionarias con la categoría de centurión primipilo bis, que ya no mandaba una cohorte, sino que quedaba adscrito al Estado Mayor. Estos centuriones formaban los cuadros del Estado Mayor legionario. Finalmente la carrera tenía una etapa más en Roma, con el título de prefecto.

Por otra parte, los soldados pretorianos veteranos—los *evocati*—aparecen con bastante frecuencia en las legiones en calidad de instructores.

En fin, como resume el Sr. Durry, «comme officiers ou instructeurs, les prétorienes vont de Rome a travers toutes les provinces, vivifiant, romanisant les légions impériales» (página 379).

¿Qué cosa más natural, pues, que suponer que con las tropas legionarias de Galba vinieran oficiales que antes habían servido en el Pretorio?

Justamente cita el Sr. Durry, sin pensar para nada en el pasaje de Tácito que comentamos, el caso de un tribuno de la XI cohorte pretoriana en tiempos de Nerón, que en los días de Otón figura en una legión. Son bien conocidas las inscripciones de este tipo, en las que se expone una carrera militar con los servicios en Roma y en provincias, en el Pretorio y en las legiones.

La redacción de las frases de Tácito que comentamos da la impresión de que eran muchos los oficiales de estas condiciones que venían con Galba. Pero ya sabemos que este tono exagerado no puede extrañar nada en su estilo.

José Vallejo.

A QUESTÃO DO *GÉNERO GRAMATICAL* EM GREGO, E UM FRAGMENTO DE FERÉCRATES

Na discussão travada durante todo o século V a. C. à volta de Φύσις a *Natureza*, a *Criação Divina* e Νόμος a *Convenção*, a *Criação Humana*, a origem da língua foi atribuída, ora à primeira ora à segunda. Protágoras de Abdera, pelo que das suas opiniões sabemos, deve ter sustentado o segundo parecer. Com efeito, se de toda a sua obra restam escassos fragmentos, sabe-se, todavia, que escrevera um tratado Περὶ ὀρθότητος ὀνομάτων ou Περὶ ὀρθοεπείας, no qual um dos assuntos discutidos era o *género gramatical*. E nada custa admitir que Protágoras teria visto no «género das palavras», nas incongruências que caracterizam esta categoria gramatical, provas do carácter *convencional* ou Νόμος da linguagem.

Aristóteles informa-nos de que Protágoras classificara as palavras, quanto ao género, em *masculinas*, *femininas* e *nomes de coisas* (1). Ao que parece, o Abderita discutira também o género feminino de palavras como μῆνις *cólera* e πήληξ *elmo* que lhe pareciam dever possuir género masculino (2).

Os estudos de Protágoras devem ter conhecido certa voga, a avaliar pelo reflexo das suas doutrinas na bem conhecida

---

(1) Arist. 1407 b (*Rhet.*, III, v, 5): «Πρωταγόρας τὰ γένη τῶν ὀνομάτων διῄρει, ἄρρενα καὶ θήλεα καὶ σκεύη».

(2) Arist. *Soph. Elench.*, XIV, 2: «Σολοικισμὸς δ' οἷον μέν ἐστι εἴρηται πρότερον. Ἔστι δὲ τοῦτο καὶ ποιεῖν καὶ μὴ ποιοῦντα φαίνεσθαι καὶ ποιοῦντα μὴ δοκεῖν, καθάπερ ὁ Πρωταγόρας ἔλεγεν, εἰ ὁ μῆνις καὶ ὁ πήληξ ἄρρεν ἐστιν· ὁ μὲν γὰρ λέγων οὐλομένην σολοικίζει μὲν κατ' ἐκεῖνον, οὐ φαίνεται δὲ τοῖς ἄλλοις, ὁ δὲ οὐλόμενον φαίνεται ἀλλ' οὐ σολοικίζει.»

cena de *Nuvens*, a comédia aristofânica. Sócrates dá a Estrepsíades uma lição περὶ ἐπῶν, levantando problemas sobre o género gramatical que parecem constituir alusão directa ao ensino de Protágoras. O arquisofista das *Nuvens*—Sócrates, na realidade, parece nunca se ter ocupado de tais problemas — discute o género de nomes de animais como ἀλεκτρυών que não é correctamente (ὀρθῶς) masculino, pois serve ao mesmo tempo de feminino; de κάρδοπος *masseira* que é de género feminino, apesar da sua terminação masculina em -ος; do vocativo Ἀμυνία, terminado em -α, não obstante pertencer a um nome de homem; e finalmente, e aqui a nota obscena predomina, do nome Κλεώνυμος dado a um *cinaedus*.

Na comédia *Rãs*, Eurípides ocupa lugar paralelo ao do Sócrates das *Nuvens*, e, como este, tem preocupações de técnica gramatical: quer analisar a tragédia κατ' ἔπος com «réguas», com «esquadros para medir versos», com «formas», com «diâmetros» e «cunhas» (3). O próprio Dioniso, juiz da contenda, mostra-se ansioso por ouvir a ὀρθότης ἐπῶν (4) dos prólogos de Eurípides. Esta ὀρθότης ἐπῶν é demasiado parecida com a ὀρθοέπεια de Protágoras, para que não haja aqui alusão ao sofista e ao seu livro.

Em *Rãs*, não há pròpriamente discussão sobre o *género gramatical*, embora κάρδοπος, uma das palavras discutidas em *Nuvens*, ocorra em *Ran.* 1159 (5) de forma tão expressiva, que a intenção de recordar a famosa cena do *género gramatical* parece evidente.

Voltando a tal cena de *Nuvens*, recordemos que Sócrates se propunha substituir ἀλεκτρυών (ὁ, ἡ), por ἀλέκτωρ para o masculino, palavra que, aliás, já existia em Grego (6), e ἀλεκ-

---

No parágrafo 4 deste mesmo capítulo, Aristóteles chama ao género neutro τὸ μεταξύ: «4. Εἰσὶν δὲ πάντες σχεδὸν οἱ φαινόμενοι σολοικισμοὶ παρὰ τὸ τόδε, καὶ ὅταν ἡ πτῶσις μήτε ἄρρεν μήτε θῆλυ δηλοῖ, ἀλλὰ τὸ μεταξύ.»

(3) *Ran.* 799-802; 956.

(4) *Ran.* 1181.

(5) Χρῆσον σὺ μάκτραν, εἰ δὲ βούλει, κάρδοπον.

(6) Cf. *Vesp.* 1490, etc.

τρύαινα para o feminino. Esta última inovação é a mais audaciosa, porque a língua grega possuía já um feminino para «galo», e esse era ἀλεκτορίς, usado por Hipócrates, Epicarmo e Demócrito. O gramático Frínico (7) dá a palavra como termo genérico, usado tanto pela tragédia como pela comédia. E a este propósito Kock (8) diz em nota a *Nub.* 666: «Da hier zur Unterscheidung das *vorhandene* ἀλεκτορίς nicht benutzt wird, so scheint das fremde ἀλεκτρύαινα eine Neubildung des *Protagoras* zu sein, der sich dann wohl durch die Analogie von λέων λέαινα, θεράπων θεράπαινα hat leiten lassen.»

Não vejo razão para atribuir a Protágoras a criação de ἀλεκτρύαινα. Além do facto de não haver a menor informação de que Protágoras tenha sido o autor da palavra, decerto o efeito cómico seria maior se tal feminino não fosse conhecido anteriormente, se constituisse, afinal, uma criação inesperada do comediógrafo (9). Tais criações, aliás, abundam em Aristófanes, e há mais do que um feminino cunhado còmicamente pelo poeta. Assim, em *Lys.* 184, a heroína chama pelo agente policial que, nesta comédia de mulheres, é mulher também:

Καλῶς λέγεις. Ποῦ 'σθ' ἡ Σκύθαινα; Ποῖ βλέπεις;

Vale a pena citar a nota de Van Leeuwen (10) a este verso, por simultâneamente concisa e informativa: «Quemadmodum magistratus in ore habere solent uerba «ποῦ ἐστιν ὁ Σκύθης» uel «ὁ τοξότης», sic nunc femina, quae publico et uere uirili officio fungitur, Σκύθαιναν aduocat quandam ministram, et in mulierum illa rep. Praxagorae τῇ στρατηγίδι *(Eccl.* 870) praesto est κηρύκαινά τις εὔφωνος *(Eccl.* 713). Nempe nouas res nouaque ministeria decent nouae uoces. Cf. συκοφάντρια uox in Pluto obuia *(Plut.* 970) et ἀλεκτρύαινα

(7) Cf. Liddell-Scott s. v. ἀλεκτορίς.

(8) Kock, *Ausgewählte Komödien des Aristophanes, Die Wolken*, Berlin, 1894.

(9) A prova de que este era um exemplo expressivo está em que Estrepsíades, orgulhoso da ciência adquirida, o repete em *Nub.* 851-2.

(10) Van Leeuwen J. F., *Aristophanis Lysistrata| editit...* Lugduni Batauorum, MDCCCCIII, p. 30.

illa quam e Nubibus (666) nouimus; nec non ἡ γραμματεύς huc facit cuius mentio fit in Thesmophoriazusis (432).»

Aos femininos cómicos aqui enumerados por Van Leeuwen juntem-se ainda: ἀποστερητρίς *Nub.* 730, ἐπικοκκάστρια *Thesm.* 1059, συσκηνήτρια *Thesm.* 624 e συμπαίστρια *Ran.* 411. Para o estudo que estou fazendo aqui, interessam-me particularmente os femininos em -αινα : ἀλεκτρύαινα *Nub.* 666, 667, 851, 852; κηρύκαινα *Eccl.* 713 e Σκύθαινα *Lys.* 184. A estes femininos de Aristófanes podem juntar-se mais dois exemplos contidos no fragmento 64 de Ferécrates (11): μαγείραινα e ἰχθυοπώλαινα.

O fragmento é:

> κᾆτα μυροπωλεῖν τί παθόντ' ἄνδρ' ἐχρῆν καθήμενον
> ὑψηλῶς ὑπὸ σκιαδείῳ, κατεσκευασμένον
> συνέδριον τοῖς μειρακίοις ἐλλαλεῖν δι' ἡμέρας ;
>
> αὐτίκ' οὐδεὶς οὐδὲ μαγείραιναν εἶδε πώποτε,
> ἀλλ' οὐ μὴν οὐδ' ἰχθυοπώλαιναν.

Este trecho é tirado de Ateneu 13, 612 a: Φερεκράτης ἐν Ἰπνῷ ἢ Παννυχίδι φησί· κᾆτα — ἡμέρας. εἶθ' ἑξῆς φησίν αὐτίκ' οὐδεὶς κτλ. ἑκάστῳ γὰρ γένει ἁρμόζοντα δεῖν εἶναι καὶ τᾶ̓τῆς τέχνης.

A expressão de Ateneu «εἶθ' ἑξῆς φησίν» não nos dá ideia muito exacta da forma como os dois últimos versos se ligavam aos três primeiros, e tanto Kock, como já antes Meineke, dividem o fragmento em duas partes. Destas apenas a segunda interessa ao presente estudo:

> αὐτίκ' οὐδεὶς οὐδὲ μαγείραιναν εἶδε πώποτε,
> ἀλλ' οὐ μὴν οὐδ' ἰχθυοπώλαιναν.

«Por exemplo, ninguém jámais viu uma cozinheira, nem ainda uma vendedeira de peixe.»

* * *

(11) Th. Kock, *Comicorum Atticorum Fragmenta* (C. A. F.), vol. I, p. 162. Em Meineke, *Fragmenta Comicorum Graecorum*, editio minor, I, p. 97.

Vimos como nas onze comédias completas de Aristófanes e nos fragmentos numerosos que deste comediógrafo possuímos, só ocorrem três femininos novos em -αινα: ἀλεκτρύαινα, κηρύκαινα, Σκύθαινα. Todos têm intenção cómica.

Passemos agora uma vista de olhos pelo emprego do sufixo -αινα (12). Este sufixo ocorre:

a) num termo nobre da linguagem homérica: θέαινα (empregado na Comédia, por Antífanes, num passo encomiástico, frg. 81, 3);

b) em femininos de tema em -ν-, ou de temas em -ντ- (provenientes do anterior, por ampliação em -τ-, do primitivo tema: -ν- > -ντ-): γείτων γείταινα, τέκτων τέκταινα, θεράπων θεράπαινα, δράκων δράκαινα, λέων λέαινα. Aristófanes estava, portanto, dentro do bom senso linguístico, ao formar ἀλεκτρύαινα sobre ἀλεκτρυών.

c) em nomes femininos de animais, e ainda alguns nomes de pessoas, formados sobre qualquer tema: λύκος λύκαινα, τράγος τράγαινα; κάπραινα, ἀνδροκάπραινα «debochada», μοίχαινα «adúltera».

Este processo comum para nomes de pessoas e de animais deve ter levado a um matiz de sentido pejorativo. Contribuiu para isso também o número de femininos em -αινα que designam animais inferiores ou nauseabundos, doenças, etc.: βολίταινα, φώκαινα, σκυλάκαινα, σκίαινα; φάγέδαινα, γάγγραινα, φλύκταινα.

A tendência para um sentido pejorativo em nomes de pessoas, que é visível nas formações recentes, só tem a contrabalançá-la o homérico θέαινα, como termo de linguagem épica. Não é provável, todavia, que a influência desta palavra isolada, e de emprego pouco frequente, fosse grande (13). Por isso, não

---

(12) A. Debrunner, *Griechische Wortbildungslehre*, § 299; P. Chantraine, *La formation des noms en Grec Ancien*, p. 107 e sgs.; E. Locker, *Rückläufiges Wörterbuch d. griechischen Sprache*, p. 65 Na parte que diz respeito ao estudo do sufixo -αινα, Debrunner é muito incompleto, e Chantraine bastante confuso.

(13) A menos que admitamos, como me parece que faz Chantraine, *op. cit.*, p. 108, a contribuição de δράκαινα e λέαινα para esse sentido nobre: «Quelques mots ont dû exercer une influence décisive sur l'évolution du suffixe: δράκαινα féminin de δράκων, ancien thème

me parece que Chantraine tenha razão, ao afirmar (14): «Lorsque Aristophane forge κηρύκαινα «femme héraut» (*Assemblée*, 713) sur κῆρυξ, et Phérécrate μαγείραινα «cuisinière» sur μάγειρος, le suffixe évoque à la fois le terme noble θέαινα et les noms d'animaux en -αινα; le poète joue sur deux tableaux.»

Contra a opinião de Chantraine, penso que κηρύκαινα é apenas cómico (tal como Σκύθαινα ou ἀλεκτρύαινα), e que μαγείραινα, se, além do seu valor cómico, algum outro matiz psicológico encerra, é simplesmente de valor desfavorável. Com efeito, as mulheres, elogiando o seu sexo (cp. Ar. *Thesm.* 785 e sgs.), negam que alguma vez tenha existido uma μαγείραινα ou uma ἰχθυοπώλαινα...

Que quer, porém, dizer o fragmento? Encontrando-se os dois versos isolados, e pouco conhecendo nós da comédia (15) de Ferécrates de que faziam parte, não é fácil responder. Victor Ehrenberg, preocupado com a sociologia da Comédia Ática, escreveu num livro excelente (16) estas palavras: «It is unintelligible why in Pherekr. 64 the women boast that nobody had seen a μαγείραινα or ἰχθυοπώλαινα. As to the later, the irony seems obvious; women fisher mongers certainly existed. We may also believe that housewives and slave girls

---

en *n* «dragon femelle» (*Hymne à Ap.*, 300), «les Érynies» chez les tragiques; δράκαινα conserve un sens religieux net, en même temps qu'il désigne un animal craint; λέαινα «lionne» (ionien-attique) est le féminin de l'ancien thème en *n* λέων; le lion est un animal noble.»

Todavia, aplicados a pessoas, estes dois termos δράκαινα e λέαινα têm sentido claramente pejorativo. Na tragédia, são ambos usados de Clitemnestra: "Αιδου δράκαινα é a Fúria de Clitemnestra, em Eur. *I. T.* 286; e δίπους λέαινα é a própria Clitemnestra, em Ésqu. *Ag.* 1258. Na comédia, λέαινα ἐπὶ τυροκνήστιδος tem sentido obsceno em Ar. *Lys.* 231, e δράκαιν' ἄμικτος, juntamente com λέαινα, são epítetos de cortesã no frg. 22 de Anaxilas (Kock, C. A. F., II, p. 270).

(14) *Op. cit.*, p. 108.

(15) De Ἰπνός ou Πανυυχίς há em Kock, C. A. F., I, p. 161-2, os fragmentos 58 a 66 inclusive, quase todos constituídos por um só verso.

(16) *The people of Aristophanes*, Blackwell's, Oxford, 1943. O trecho citado pertence à nota 33, a p. 277.

not only cooked (there is no question about that), but also sometimes boiled at least poultry (cf. Pherekr. 22).»

Li mais do que uma recensão crítica ao livro de Ehrenberg, e em nenhuma delas se aludia à dificuldade tida por este autor em face dos dois versos de Ferécrates. Presumo que nenhuma explicação foi oferecida para o passo ou, pelo menos, eu não conheço nenhuma anterior à que vou modestamente apresentar.

* * *

Penso que uma interpretação aceitável dos versos de Ferécrates pode extrair-se do texto, desde que nos preocupemos com o vocabulário da Comédia, mais do que com a sua sociologia, isto é, desde que nos coloquemos, afinal, dentro do espírito com que analisámos os exemplos atrás citados de Aristófanes...

Ora parece-me que, ao afirmarem em tom de auto-elogio que ninguém viu jámais μαγείραινα ou ἰχθυοπώλαινα, as mulheres proclamam principalmente a inexistência dessas duas palavras. Se afirmam ou não, simultâneamente, a inexistência dessas ocupações, não me interessa aqui discutir, mas, com Ehrenberg neste ponto, creio que não.

A palavra «cozinheiro» ou μάγειρος aparece frequentemente na comédia, principalmente na comédia depois de Aristófanes, mais preocupada com bem comer, que com bem pensar ou bem proceder (17).

A prática da cozinha na sua forma elevada constituía uma ciência e uma arte tão *masculinas*, isto é, dignas da actividade dum homem, como a Filosofia ou a Oratória. Num curioso fragmento do comediógrafo Nicómaco (18), faz-se a comparação da arte de cozinheiro, e do aprendizado prévio que ela supõe, com a Pintura, a Astronomia, a Geometria, a Medicina, a Táctica, etc.

---

(17) Alexis, frg. 25 (Kock, C. A. F., II, p. 306). Antífanes, frg. 231 (Kock, C. A. F., II, p. 112).

(18) C. A. F., III, p. 386 (frg. 1).

Por outro lado, toda a Comédia Ática nos mostra que era costume contratar cozinheiros profissionais para a celebração de acontecimentos familiares. É, por isso, natural que a criada que habitualmente cozinhava nas casas de posses modestas, e era geralmente uma escrava, não tivesse nome especial, ou se algum tinha, nunca o prestigioso nome de μάγειρος (19).

O primeiro feminino de μάγειρος, que os dicionários registam, é μαγείρισσα em LXX, *Sam.* 1, 8, 13, onde a palavra é provàvelmente uma forma popular da κοινή helenística. Os compostos de μάγειρος (20) pertencem todos ao grego pós-clássico, mas um deles oferece interesse particular. Trata-se de ἀνθρωπομάγειρος que ocorre em Luciano, *Lucius siue Asinus*, 6. A lasciva Palaestra chama-se a si própria «cozinheira de homens» e, apesar de a palavra ser feminina, termina em -ος, aproveitando-se com certeza Luciano do facto de nos adjectivos compostos em -ος, masculino e feminino serem iguais.

O trecho em questão é: «Τί γελᾷς; Ἀκριβῆ βλέπεις ἀνθρωπομάγειρον· Οὐ γὰρ μόνα ταῦτα φαῦλα ἐδώδιμα κατασκευάζω, ἀλλ' ἤδη τὸ μέγα τοῦτο καὶ καλὸν, τὸν ἄνθρωπον, οἶδα ἔγωγε καὶ σφάττειν, καὶ δέρειν, καὶ κατακόπτειν.»

É curioso notar que tanto Liddell-Scott como Bailly dão a palavra como masculina, o que é manifestamente um daqueles *soloicismoi* de que fala Aristóteles no trecho citado na nota (2).

Parece-me, pois, que μαγείραινα é um feminino cómico, criado por Ferécrates. Este podia, com razão, dizer que «jámais alguém viu uma μαγείραινα...»

* * *

Se estudarmos agora o caso de ἰχθυοπώλαινα, chegaremos a conclusões parecidas.

---

(19) C. A. F., III, p. 386 (frg. 1, vs. 6-7); C. A. F., II, p. 423 (frg. 2, v. 9).

(20) Nomeadamente, ἀρχιμάγειρος, χοιρομάγειρος, ἰσικιομάγειρος, etc.

Os nomes que designavam a actividade dos pequenos vendedores eram geralmente compostos de -πώλης, e a Comédia Ática contém muitos desses nomes. O simples πώλης nunca existiu, a não ser num trecho bem conhecido, de Aristófanes (21).

O feminino habitual dos nomes em -πώλης era em -πωλις: γελγόπωλις «vendedeira de alho», Cratino frg. 48, ἰσχαδόπωλις «vendedeira de figos», Ar. (22) *Lys.* 564, ταινιόπωλὶς «negociante de fitas», Ἐup. frg. 243, etc. Estes nomes ocorrem principalmente nos poetas cómicos, que nos dão o panorama da vida quotidiana em Atenas, nas inscrições, ou nas listas de palavras de Pollux e Hesychius. Dois ou três são adjectivos e servem de epíteto a ἀγορά ou στοά, tanto expressos como subentendidos: σπειρόπωλις ἀγορά «o mercado de roupas usadas» em Poll. 7. 197, ou κρεόπωλις ἀγορά «mercado de carne» em Hesych. s. v. κάπηλα, ou ainda λεκανόπωλις στωῖα «porta onde se vendem pratos» numa inscrição (23). Há-os que são ao mesmo tempo substantivos e adjectivos: ἱματιόπωλις, ἀρτόπωλις, ἀλφιτόπωλις.

Mas a grande maioria é constituída por femininos de nomes em -πώλης: οἰνόπωλις «vendedeira de vinho», fem. de οἰνοπώλης, μυρόπωλις «vendedora de perfume», fem. de μυροπώλης, ἀρτόπωλις «padeira», fem. de ἀρτοπώλης, etc. E só por excepção aparecem formas duplas em -πωλήτρια, como se os masculinos fossem compostos de πωλητήρ: ἀλφιτοπωλήτρια Poll. 6. 37 a par de ἀλφιτόπωλις, λαχανοπωλήτρια Ar. *Thesm.* 387, que coexiste com λαχανόπωλις, στεφανοπωλήτρια Poll. 7. 199 ao lado de στεφανόπωλις.

E para os nomes relacionados com a venda do peixe, aos quais pertence o composto ἰχθυοπώλαινα?

Na alimentação do ateniense dos séculos V e IV a. C., o

---

(21) *Equites*, 131, 133, 140.

(22) Cf. vs. 457-8 da *Lysistrata:*

ὦ σπερμαγοραιολεκιθολαχανοπώλιδες,
ὦ σκοροδοπάνδοκευτριαρτοπώλιδες,

(23) Ver Liddell-Scott, s. v. λεκανόπωλις.

peixe desempenhava um papel importantíssimo, constituindo manjar dos mais predilectos, tanto das classes menos, como das mais abastadas. A diferença dos orçamentos familiares manifestar-se-ia naturalmente na escolha das variedades do peixe (24), umas mais caras e mais apreciadas que outras. Aristófanes e os restantes comediógrafos atenienses referem-se constantemente a esta importância do peixe na vida económica de Atenas (25).

O *vendedor de peixe* chamava-se ἰχθυοπώλης, nome frequente na comédia, mas o nome da *vendedeira de peixe* não ocorre nos dicionários. Em Atenas, aliás, eram geralmente os homens quem ia à praça (26). Não seria o peixe vendido por mulheres? Se era ou não, a verdade é que a reputação de destreza de língua que hoje caracteriza, entre nós, estas negociantes, pertencia então conspìcuamente às ἀρτοπώλιδες (27) ou «vendedeiras de pão».

O *mercado de peixe* chamava-se ὀψόπωλις (ἀγορά) ou ὀψοπωλία e, em Atenas, também οἱ ἰχθύες. É possível que só a um caprichoso acaso deva atribuir-se o facto de não ocorrer nos textos o feminino de ἰχθυοπώλης. Tal feminino seria normalmente ἰχθυόπωλις, e a palavra de facto ocorre como epíteto de ἀγορά, em Plutarco e numa inscrição de Cos (28). Ora, se, como atrás vimos, os femininos em -πωλις podiam utilizar-se indiferentemente como substantivos e como adjectivos, sendo o primeiro emprego o predominante, que impede, pois, que à *peixeira* se chamasse ἰχθυόπωλις? O que se lhe não chamava com certeza era ἰχθυοπώλαινα—a única palavra, de todo o vocabulário do grego antigo que termina em -πώλαινα (29).

---

(24) Cf. Arist. *Ran.*, 1068.

(25) E não só os autores cómicos. Kock *(Die Frösche*, v. 1068) cita Plutarco, *Mor.*, 667 F: «Πολλῶν ὄντων ὄψων ἐκνενίκηκεν ὁ ἰχθὺς μόνον ἢ μάλιστά γε ὄψον καλεῖσθαι. καὶ γὰρ ὀψοφάγους καὶ φιλόψους λέγομεν οὐχὶ τοὺς βοείοις χαίροντας, ἀλλὰ τοὺς περὶ τὴν ἰχθυοπωλίαν ἀναδιδόντας ἑκάστοτε.»

(26) Arist., *Lys.* 556 sgs.

(27) Arist., *Ran.* 858.

(28) Ver Liddell-Scott, s. v. ἰχθυόπωλις.

(29) Cf. *Rücklăufiges Wörterbuch der griechischen Sprache*, p. 65, terceira coluna.

Por isso, Ferécrates podia escrever:

αὐτίκ' οὐδεὶς οὐδὲ μαγείραιναν εἶδε πώποτε,
ἀλλ' οὐ μὴν ἰχθυοπώλαιναν.

«Ninguém viu jámais uma μαγείραινα, nem ainda uma ἰχθυοπώλαινα.»

AMÉRICO DA COSTA RAMALHO.

Lisboa, Junho de 1950.

DI ALCUNI FRAMMENTI DELLE ORAZIONI DI LISIA

(FINE)

FRAMMENTO SECONDO

(F. O. A. II)

Arpocr. s. v. χύτροι.

Λυσίας ἐν τῷ κατ' Αἰσχίνου περὶ τῆς δημεύσεως τῶν 'Αριστοφάνους χρημάτων· «'Επειδὴ τοίνυν τοὺς χύτρους ὁ Δημάρατος ἑάλω προδιδούς.» πόλις ἐστὶ ἐν Κύπρῳ οὕτω καλουμένη, καθά φησι Ξεναγόρας ἐν ταῖς Νήσοις [F. H. G. IV, p. 527]. Ἔστι δὲ καὶ 'Αττική τις ἑορτὴ χύτροι, ἧς μνημονεύει Δείναρχος ἐν τῷ κατὰ Πυθέου [F. O. A. II, pp. 454-56]. Ἦγετο δὲ ἡ ἑορτὴ 'Ανθεστηριῶνος τρίτῃ ἐπὶ δέκα, ὥς φησι Φιλόχορος ἐν τῷ περὶ ἑορτῶν. [F. H. G. I, p. 411].

Lisia nell'orazione «CONTRO ESCHINE PER LA CONFISCA DEI BENI DI ARISTOFANE»: «Poichè dunque fu sorpreso aver Demarato tradito i Chitri...». Chytroi è una città così chiamata nell'isola di Cipro, come dice Senagora nell'opera «περὶ Νήσων». Chytroi è anche una festa Attica (1) che Dinarco ricorda nell'orazione «CONTRO PITEA». E la festa avveniva nel tredicesimo giorno del mese Antesterione (=Gennaio-Febbraio), come dice Filocoro nell'opera: «περὶ ἑορτῶν».

Il Welcker (2) il Sauppe (3) e il Blass (4) nell'esaminare

---

(1) χύτροι (v. χύτρος, χύτρα) = pentola. Era nome di una festa presso gli Ateniesi, nella quale si solevano, come dice Suida s. v., cuocere in una pentola le sementi d'ogni specie e sacrificare a Bacco. Per altro cfr. E. Romagnoli in «Le commedie di Aristofane» Edit. Bocca-Torino, 1909, p. 363 in nota 2 alle Rane.

(2) Cfr. Welcker o. c., p. 418 e Thalheim edit. Lys. orat., p. 383 s. v. Αἰσχ. ὁ Σωκρατ.

(3) Cfr. Sauppe, o. c., pp. 251-252.

(4) Cfr. Blass, o. c., pp. 647-48.

il frammento si sono accontentati solamente di chiarire le dubbiose e malcerte affermazioni del Taylor e del Reiske (5), cioè hanno cercato di dimostrare come l'Esch. di questa orazione non si debba identificare con l'altro menzionato nel frammento precedente. Alle prove da essi addotte posso aggiungere queste considerazioni. Diogene Laerzio (II, 63), parlando del discorso di Lisia περὶ συκοφαντίας contro Esch. il Socratico, non ricorda quest'altra orazione, come avrebbe senza dubbio fatto, se si fosse trattato della stessa persona. Osservo poi che Esch. il Socratico non fu un sicofante di professione, ed è quindi poco probabile che egli, dopo essere stato impigliato una prima volta in un processo ed avere insegnato saggiamente, in seguito alla riabilitazione, presso il tiranno Dionisio (406-386), sia caduto di nuovo in un altro genere di colpa, di cui la causa non si potrebbe ricercare nella ἀπορία e tanto meno nella πονηρία, giacchè dalle testimonianze raccolte per la biografia di Esch. non risulta alcun fatto che abbia potuto dar luogo a questo processo. Ma v'è di più. L'orazione, come si vedrà, fu pronunziata nel 389/88: in tale data Esch. il Socratico non poteva trovarsi ad Atene, essendo ospite fino a tutto il 386 di Dionisio (v. p. 52). Per lumeggiare il nostro frammento e determinarne la natura della causa partiamo dall'orazione XIX di Lisia: ὑπὲρ τῶν Ἀριστοφάνους χρημάτων, πρὸς τὸ δημόσιον (6). Sullo sfondo di questa si profila il seguente momento storico. Dopo l'insuccesso di Egospotami (405), Nicofemo con lo stratega Conone era stato costretto dagli Spartani a rifugiarsi a Cipro, lasciando la cura dei suoi interessi in patria al figlio Aristofane. Questi con l'aiuto del padre e di Conone, dopo la battaglia di Cnido (393 a. C.), in cui gli Spartani furono disfatti, si era acquistata una notevole posizione finanziaria. Imbaldanzito dai primi successi era andato a Siracusa riuscendo a guadagnarsi amici, e fiducioso nelle arti della diplomazia aveva

(5) Cfr. Reiske, l. c.

(6) Cfr. Vianello, o. c., pp. 325-41 e Gernet-Bizos, o. c., pp. 40-54, tomo II.

cercato di concludere un'alleanza tra la città di Atene ed Evagora, re di Cipro, dove avevano preso dimora Nicofemo e Conone (l. c. §§ 19-20). Ma la flotta Ateniese allestita in parte coi suoi mezzi, nella traversata verso Cipro sorpresa in alto mare dagli Spartani, che mal vedevano questa alleanza, guidati da Teleutia, fu colata a fondo. La responsabilità del disastro cadde su Nicofemo e sul figlio Aristofane (390); per la qual cosa furono accusati (per εἰσαγγελία) di alto tradimento (ἀπάτη τοῦ δήμου) e con un procedimento assai frequente in quell'epoca, cioè senza regolare istruttoria (Lys. XIX § 7), mandati a morte, ed i loro beni confiscati (l. c., § 31). Durante le pratiche per la confisca, contro ogni aspettativa, furono rinvenuti quattro talenti in tutto. Allora si sospettò che il suocero di Aristofane (il nome è ignoto), avesse sottratto parte dei beni, e perciò fu presentata contro di lui una denunzia per ἀπογραφή, per cui si chiedeva il sequestro di tutto il suo patrimonio. Da questi precedenti storici e dall'orazione XIX osservo: 1.°) che l'orazione, la quale doveva essere pronunziata dal suocero di Aristofane in quanto accusato, viene invece pronunziata dal figlio di lui (cfr. § 1). 2.°) che il figlio si difese dopo la morte del padre (cfr. § 62). 3.°) che il testo dell'orazione non risponde al titolo: «ὑπὲρ τῶν 'Αριστοφάνους χρημάτων, πρὸς τὸ δημόσιον», come notò il Vianello (7). Infatti, nell'orazione Aristofane non appare se non in maniera del tutto secondaria ed indiretta; in essa nulla è detto circa l'ingiustizia della confisca, anzi è notevole la completa assenza della discussione sulla legalità o meno di tale confisca proprio al contrario di quanto il titolo esigerebbe. Ora da questi dati io sono indotto a credere: *a)* che in un primo tempo vi fu un processo contro il suocero (V. osserv. 1-2); *b)* e, dopo la morte di questo, un altro contro il cognato di Aristofane, cioè contro il figlio dell'accusato (V. osser. 3). Al primo processo io assegno il frammento citato da Arpocrazione; in questa causa il suocero, tutore dei nipoti, o i nipoti stessi

(7) Cfr. Vianello, o. c., p. 324.

(cfr. § 8) assieme al nonno avrebbero impugnata la tesi sulla illegalità della confisca dei beni di Aristofane, come esigerebbe il titolo dell'orazione XIX, la quale tesi poi sarebbe valsa all'accusato principalmente come la sua migliore discolpa. Al secondo processo si riferirebbe l'orazione XIX, la quale sarebbe quindi una continuazione immediata della prima; con essa, ripreso il processo, il figlio dell' accusato avrebbe perorato e la sua causa e quella del padre già morto. Pertanto, nel discorso XIX concetti nuovi sono, a mio avviso, aggiunti a quelli già esposti nel primo, giacchè molti di essi sono appena accennati e quindi presuppongono un precedente, completo svolgimento. Infatti, le parole dei §§ 3, 6, 7, 8, 9 (8) presuppongono l'esistenza d'un processo avvenuto prima dell'orazione XIX, per cui se quest'ultima fu tenuta, come gli studiosi (9) hanno riconosciuto, nel 387 a. C., la precedente orazione, a cui si riferisce il frammento, sarà stata pronunziata nel 389/88, poco dopo la morte di Aristofane e Nicofemo. Determinata così la natura della causa, che il Blass (10) elenca tra quelle di παρανόμων, cerchiamo di identificare l'Esch. che appare nel frammento come accusatore. Se in alcuni passi (§§ 5-9; 13-53) dell'or. XIX si parla «della natura sicofantica degli accusatori, di cui tutti sanno le brighe e gli sforzi che fanno per rovinare l'accusato, e di calunnie terribili che sono state causa di gravissimo lutto», io stimo che Esch. citato nel frammento non poteva essere altro che uno dei tanti denunziatori o sicofanti, di cui Atene era in quel

---

(8) § 3: οἱ μὲν γὰρ (sc. κατηγοροί) ἐκ πολλοῦ χρόνου ἐπιβουλεύοντες, αὐτοὶ ἄνευ κινδύνων ὄντες, τὴν κατηγορίαν ἐποιήσαντο, κτἑ. § 6: ὅτι πάντων δεινότατόν ἐστι διαβολή. μάλιστα δὲ τοῦτο ἔχοι ἄν τις ἰδεῖν, ὅταν πολλοὶ ἐπὶ τῇ αὐτῇ αἰτίᾳ εἰς ἀγῶνα καταστῶσιν. ὡς γὰρ ἐπὶ τὸ πολὺ οἱ τελευταῖοι κρινόμενοι σώζονται. §§ 7, 8, 9: l'oratore accenna *brevemente* alla fine miserevole di Nicofemo ed Aristofane, e *senza indugio* commisera la sventura dei figli di quest'ultimo.

(9) Cfr. Le or. di Lisia curate dal Reiske, Vol. I, p. 614. V. inoltre Vianello, o. c., p. 324.

(10) Blass I², p. 532, o. c. e Gernet-Bizos, Vol. II, 234 (i discorsi su cause pubbliche).

tempo infestata, per natura dialettici e per educazione sofisti (φιλοδικοῦντες), pronti ad intentare liti, a sedere nei tribunali, e che furono anche famosi per i loro intrighi politici. In quanto poi a χύτροι, Arpocr., come si è visto, espone i diversi significati di questo termine. Credo che nel nostro frammento si alluda agli abitanti di Chitri, città di Cipro; infatti dall'or. XIX apprendiamo che Aristofane fece alleanza con Evagora, re di Cipro. Ma chi era Demarato? (11) Di Demarato ne conosciamo undici. E tra i tanti si potrebbe pensare, per motivo cronologico, ma con poca probabilità, a Demarato stratega attico (12) dell'anno 415/414; infatti nelle poche parole del frammento, in cui si fa menzione di Demarato, sembra leggersi il motivo della discolpa della condotta di Aristofane, cioè che non fu egli a tradire i Chitri ma Demarato, per colpa del quale le navi ateniesi furono colate a fondo dagli Spartani. Da qui si potrebbe anche pensare che Demarato fosse un luogotenente di Aristofane. *Conclusione:* In base agli elementi di cui noi disponiamo mi pare sufficientemente provata l'esistenza di due orazioni sul tema dei beni di Aristofane, una pronunziata dal padre e l'altra dal figlio. Che il figlio perorasse di nuovo la causa si può spiegare con l'insuccesso avuto dal padre. Il Kirchner (13) riprendendo una tesi del Sauppe (14) immaginò che il frammento appartenesse ad un'orazione in favore dei rimasti figli di Aristofane e non in favore del suocero; in tal modo si dovrebbe concludere che esistettero tre distinte orazioni, cioè: la *prima* composta per i figli di Aristofane, la *seconda* per il suocero di quest'ultimo, la *terza* per il cognato. Io, invece, credo non necessario procedere ad una tale suddivisione dell'orazione, da me supposta come prima, in due distinte orazioni.

---

(11) Demarato è anche Damarato ion.: "Δημάρητος."

(12) Cfr. Curtius II. 539, 641 e Beloch, Att. Polit. 309 e Tuc. VI, 105, 2. Inoltre Pauly-Wissowa s. v.

(13) Cfr. Kirchner in Pauly-Wissowa s. v. 'Αριστοφάνης N. 2.

(14) Cfr. Sauppe O. A., p. 179: Nostra haec oratio filiis Aristophanis scripta fuerit.

FRAMMENTO TERZO

(F. O. A. III)

Bekker: Anecdota graeca, p. 132, 23:

Δικάζω· ἀντὶ τοῦ ἐγκαλῶ, δοτικῇ... Λυσίας ἐν τῷ πρὸς Αἰσχίνην, βλάβης· «Οὗτος ἐμοὶ βλάβης δεδίκασται.»

Δικάζω in luogo di ἐγκαλῶ, chiamo in giudizio, col dativo... Lisia nell'orazione contro Eschine, della categoria delle accuse di *danno:* «Costui mi ha citato in giudizio per danno (= mi ha accusato di danno).»

Già il Welcker, il Sauppe e il Blass (l. c.) dimostrarono come l'Eschine di questo frammento non potesse identificarsi con Esch. il Socratico. Non vi sono elementi sufficienti nemmeno per illustrare la frase οὗτος ἐμοὶ κτέ, tanto che non si può dire se essa sia stata detta dal cliente di Lisia per discolparsi dell'accusa di danno (βλάβης) o che sia stata messa dall'oratore in bocca ad Esch., secondo il modo comune dell'oratoria. I due editori francesi Gernet-Bizos (o. c., p. 248, n. 1) congiunsero questo frammento col primo dicendo che l'accusa intentata da Eschine il Socratico contro il cliente di Lisia fosse di danno (15). L'ipotesi è infondata e non è coadiuvata da alcun serio motivo.

---

(15) Cfr. anche p. 242, n. 2 che tratta dei discorsi sulle cause private.

LISIA

Pap. Oxyrhyn. 1606.

Πρὸς Ἱπποθέρσην ὑπὲρ θεραπαίνης

Nel 1919 il Grenfell e l'Hunt (1) pubblicarono nel Vol. XIII dei pap. di Oxyrhynchus il n.° 1606, composto di 155 frammenti.

Sono abbastanza mutili i fr. 1-5 coll. I-II ll. 1-6, 20-29, 48-75, 87-113, 125-134. E', invece, in massima parte meno lacunoso il fr. VI coll. I-II-III, ll. 135-167 e 216-235.

In fine alla col. III, ll. 237-8, leggesi: πρὸς Ἱπποθέρσην ὑπὲρ θεραπαίνης, titolo che noi conoscevamo, prima della scoperta del papiro, da una citazione di Arpocrazione (2), il quale, nell'attribuire a Lisia l'orazione, scriveva πρὸς Ἱπποθέρσην senz'altra indicazione.

Gli studiosi (3), naturalmente, hanno esaminato con più accuratezza il fr. VI che gli altri cinque, perchè esso è il più

---

(1) Per la descrizione del papiro, cfr. «The Oxyrhynchus Papiri», part. XIII, ed. by B. P. Grenfell and A. S. Hunt, London, 1919, p. 48 e sgg., n.° 1606.

(2) Cfr. Arpocrazione: s. v. ἀφανὴς οὐσία καὶ φανερά e s. v. Ἱερώνυμος.

(3) Cfr. P. Collart: Rev. de Philol. 1919, p. 47 sg. Fece alcune osservazioni e propose parecchie integrazioni.

Cfr. Th. Reinach: Rev. des Étud. gr. 1919, p. 443 sg., il quale propose altre congetture e riprese in esame il papiro, studiandone e valutandone il contenuto. Le sue conclusioni non sono state finora esaminate.

Cfr. M. Croiset: Journ. des Sav. 1919, p. 147 sg. Si limitò a fare osservare che del nostro papiro la «forme reste obscure» per le numerose mutilazioni del testo.

Cfr. P. Clochè: Rev. des Étud. anc. 1921, p. 28 e sg. Cercò di spiegare i motivi del processo, esaminando in special modo le leggi menzionate nel papiro.

Cfr. Gernet-Bizos: Discours de Lysias, tom. II, 1926, p. 226 e sgg. Riprodussero questi nuovi frammenti proponendo qualche altra

intelligibile e quello che, per quanto si mantenga nei limiti di una perorazione, offre motivi a discussione di carattere giuridico.

Ma noi, invece, che crediamo che il riesame del frammento può spiegare le parti mutili, tentiamo, studiandone il contenuto e valutando le conclusioni dei critici, di reintegrare o ricostruire almeno in parte il concetto di quelle colonne le quali, pur essendo purtroppo in condizioni deplorevoli, presentano un interesse particolare, dato che esse racchiudono nel loro mistero i punti sostanziali della difesa.

L'amnistia in favore degli oligarchici, deliberata dal partito democratico, non tardò a far sentire le sue dolorose conseguenze, quando i fuorusciti trionfalmente ritornarono ad Atene nel settembre del 403 come liberatori e restauratori della libertà. Ma, sebbene la condizione dell'amnistia sancisse la memorabile risoluzione del popolo di Atene di dimenticare quello che non poteva essere ricordato, tuttavia formalmente ogni cittadino reclamava il riconoscimento di tutti i suoi diritti che esistevano sotto la democrazia anteriore ai Trenta.

Infatti molte orazioni (4) ricordano i mezzi astuti, i minimi pretesti di un atto illegale, le occasioni che potevano suscitare indirettamente un ricordo della passata dominazione, a cui ricorrevano gli esiliati, ad onta di ogni patto, per dare sfogo al proprio rancore, o rivangare le offese patite e dar luogo a qualche rivincita (5).

Cosicchè Lisia, spogliato dai Trenta, privo dei beni, aveva cercato un pretesto per comparire in tribunale e rivendicare in parte le cose perdute.

Ora, io credo che uno dei motivi occasionali di Lisia per provocare l'azione, che aveva l'unico scopo di rivendicare parte dei suoi beni (ll. 225-28), sia stato il seguente.

---

integrazione e ripetendo nella prefazione le osservazioni dei due pr*i*mi editori e del Reinach.

(4) Cfr. Lisia, or. VI, XII, XIII § 85, XXV, XXX e Isocr. Or VIII, § 2.

(5) Cfr. N. Vianello: «Le orazioni di Lisia». Torino, Fratelli Bocca, editori, 1914, p. 37 e sgg.; 217 e sgg.

I Trenta, che si erano nella famiglia dell'oratore impossessati di robe muliebri e di 120 schiavi, ὧν τὰ μὲν βέλτιστα ἔλαβον, τὰ δὲ λοιπὰ εἰς τὸ δημόσιον ἀπέδοσαν (or. XII, 19), avendo trafugato probabilmente una schiava senza venderla, nell'epoca della loro decadenza, allontanatisi da Atene, dovettero forse abbandonare in seguito tutte le cose tenute per proprio conto e, fra queste, anche la serva, che fu presa da Ippoterse, il quale insieme con altri aveva comprato a poco prezzo dai Trenta i beni di Lisia, pagando una somma certo di gran lunga minore del valore reale dei beni stessi, perchè i compratori si trovarono solo dopo un lungo periodo di tempo (ll. 31-34) (6), e quindi il prezzo iniziale di offerta dovette subire un notevole ribasso.

Ritornati dunque gli esiliati, la θεράπαινα, come io credo, mal sopportando l'oppressione dei suoi nuovi ed illegali proprietari, potè trovare in un momento di maggiore trambusto l'unico scampo presso Lisia, suo antico padrone, che era tornato dall'esilio nel settembre del 403. Per la qual cosa Ippoterse, saputo il fatto, intenta un processo all'oratore (ll. 181-184) (7), il quale, lieto del pretesto per rivendicare il proprio, risponde dettando un discorso in difesa della serva di fronte ad Ippoterse —motivo occasionale del litigio— e in difesa di se stesso di fronte ai compratori in genere della proprietà —vero motivo della causa—.

Ma se si pensa che la serva era un bene mobile, che Lisia cerca di riacquistare, noi possiamo unificare l'una e l'altra questione, cioè la discussione sui beni mobili ed immobili o accentrare i due motivi in modo che la causa risulti in effetto fatta unicamente da Lisia contro Ippoterse per la rivendicazione degli uni e degli altri beni.

Onde a ragione il discorso da Arpocrazione è intitolato: πρὸς Ἱπποθέρσην e alle ll. 220-22 (8) si prega i giudici di

(6) ἣν (sc. οὐσίαν) οὗτοι (sc. οἱ Τριάκοντα) οὔτ' ἀφ[ανίσ]αι οὔτ' ἀποδόσθαι πολ[λῶν] ἡμερῶν ἐδύνα[ντο.

(7) νῦν δ' ἀνάγκη περὶ αὐτοῦ λέγειν, ὑπὸ τοιούτου (sc. Ἱπποθέρσου) γὰρ φεύγει τὴν δίκ[η]ν.

(8) δέομα[ι οὖ]ν ὑμῶν, ὦ ἄνδρες δικασταί, ἀποψηφίσασθαι Λυσίου...

assolvere Lisia. Da ciò s'intuisce anche come la voce ἀφανὴς οὐσία (beni mobili), citata da Arpocr., possa ricorrere nella prima parte dell'arringa a proposito della serva, e come la voce φανερά (beni immobili) ricorra piuttosto nella seconda parte, giacchè questa tratta solamente dei beni immobili. Ora, noi purtroppo non abbiamo nel papiro conservata che la seconda parte, cioè il motivo vero dell'azione, che si compendia nel riacquisto dei beni immobili, la cui discussione, inserita nell'orazione, non può spiegarsi secondo il titolo, se non ammettiamo che le cose si siano svolte come io ho supposto; mentre i critici finora si sono appagati di constatare che tutto è oscuro ed inspiegabile.

In tal modo, dunque, la serva, dopo avere spiegato il giusto e legale suo atteggiamento sin dall'inizio del discorso secondo la legge anche richiamata alle ll. 38-46, in cui è detto che le cose non vendute dovevano ritornare ai loro primi proprietari, comincia a parlare sulla legalità del riacquisto dei beni del suo padrone.

Concludendo: la poco sicura applicazione della legge, molto elastica, non concedeva a Lisia di accusare direttamente in proprio favore ed infrangere i patti dell'amnistia rivangando i danni sofferti (ll. 10-16); onde egli si servì, per precauzione, della θεράπαινα come motivo per provocare il processo e farsi chiamare in tribunale per via molto più legale e sicura per l'esito della causa. In altri termini, l'applicazione sicura della legge in favore della serva sarebbe stato un punto valido di appoggio per Lisia nella propria difesa e lo avrebbe reso sicuro di non cadere nella illegalità.

In ogni modo da questo rapido mio esame risulta, diremo così, il doppio processo o la comune difesa, il cui passaggio dall'una all'altra è stato da me visto nelle ll. 1-13 (9). Aggiungo, infine, che il passaggio dall'uno all'altro argomento affine in queste linee risulta confermato dall'accenno sintetico fatto dalla serva relativo al furto dei Trenta e alla indignazione contro di loro, uccisori del fratello dell'oratore, al quale ten-

(9) V. infra, p. 65.

tarono di far toccare la stessa sorte, e dal fatto che tale accenno non poteva essere ripetuto nella prima parte perduta, in cui Lisia non poteva essere messo molto in evidenza. Si noti anche, a tal proposito, la connessione tra il rapido racconto dei fatti avvenuti e quelli presenti che a mano a mano la serva va esponendo.

Abbiamo chiarito la posizione della serva nel processo; veniamo ora a spiegare il valore della tesi giuridica sostenuta da Lisia.

Dalle ll. 10-19 si apprende che l'oratore, stando nel Pireo, credeva che si sarebbe potuto querelare, «ma dopo che ritorna non può prendere il suo, anche sborsando il prezzo ai compratori; ed infatti egli è accusato da Nicostrato e Xenocle (?) il venditore».

Nelle ll. 76-88 si legge: «Intanto poi, o signori giudici, egli pretendeva prendere da Lisia la metà del prezzo, raccontando le sue disgrazie, come se questi avesse trovato un tesoro sotto i Trenta, e non avesse perduto la sua proprietà, ed essendosi Lisia indignato ed adirato...»

Nelle ll. 34-46 abbiamo la legge invocata da Lisia in suo favore, che suona così: «Quando Lisia da esule partì con voi e ritornò con la vostra democrazia, allorchè i trattati ingiunsero che i compratori potevano ritenere le cose vendute e che gli esiliati ritornati potevano ricuperare le cose non vendute, costui non avendo potuto avere nè terra nè casa, cosa che anche i trattati concessero agli esiliati ritornati...»

Alle ll. 127-129 si legge: «Conviene adesso giudicare conformemente alle convenzioni ed alle leggi.»

Su questi punti i critici si sono domandati: Come bisogna giustificare l'accusa intentata da Nicostrato e Xenocle (?)?

Se Lisia vuol pagare il prezzo al venditore, perchè Nicostrato e Xenocle gl'intentano un processo impedendogli la compra? Se Ippoterse era padrone legale dei beni, perchè reclama da Lisia la metà del prezzo? E' Ippoterse o Lisia nella illegalità?

I brani papiracei in verità sono abbastanza oscuri per le loro continue e vaste lacune; tuttavia noi possiamo ricostruire

il fatto così: Lisia, non potendo querelarsi al ritorno dall'esilio a causa dell'amnistia, cercò di ottenere i beni immobili sborsandone il prezzo. Ma Nicostrato, Xenocle e ὁ Σωσιάδης δανειστής, come si può ricostruire nelle ll. 92-93, amici d'Ippoterse e stimatori (τιμηταί) della proprietà, non si accordarono con Lisia in quanto al prezzo, giacchè essi pretendevano ottenere forse una somma superiore al valore di tre case, come risulta dall'or. XII, § 18, e d'una terra, secondo le ll. 43-44. Ora, la somma richiesta dai venditori superiore al valore delle sostanze, e il pagamento molto equo offerto da Lisia sembrano potersi ricostruire nelle ll. 19-27 (10).

Che la somma richiesta dai venditori sia stata superiore al valore dei beni, è cosa ovvia. Difatti, mentre tre case e una terra costavano sette talenti (11) = L. 40.000 (a non voler ammettere una terra e una casa secondo le linee 43-44, il cui costo è di L. 30.000), i venditori pretendevano 50.000 dramme e 60 mine = L. 54.000, con la differenza di L. 14.000. Ma Lisia non si accordò nè a patti così duri, nè quando Ippoterse gli chiese la metà del prezzo uguale a L. 27.000 (12). Stavano così le cose, quando avvenne l'occasione che favorì a Lisia il possesso della schiava, per cui Ippoterse subito gl'intentò il processo. L'oratore, poichè seppe che la schiava era invenduta, fu lieto di poterla contestare ad Ippoterse. E allora i soci si unirono con quest'ultimo ed accusarono Lisia, il quale nel rispondere all'attacco esce a discutere anche sul riacquisto dei suoi beni immobili. La difesa dei soci era fondata forse sul fatto che l'oratore voleva la proprietà per un prezzo inferiore a quello fissato dagli stimatori, ciò che era contro la legge sulla restituzione «dei beni fatta dietro pagamento, in cui v'era bisogno dell'accordo del proprietario e di arbitri o stimatori scelti dal venditore e dal compratore» (13), e sul fatto

(10) V. infra, p. 65.

(11) Cfr. Grenfell, note a ll. 9-10.

(12) Lo stesso accadde a Lisia quando venne a patti con Pisone per aver salva la vita, or. XII, § 11, ma allora l'oratore dovette cedere!

(13) Cfr. Aristot. 'Αθ. πολ. cap. XXXIX, 3. Questo articolo di

anche che nessuna costrizione si poteva fare al venditore, giacchè i beni venduti non ritornavano ai loro primi proprietari (ll. 39-41). Lisia invece prova la colpabilità degli avversari, dicendo 1.°) che la schiava era invenduta (e ai beni mobili si riferisce τὰ μὲν πεπραμένα τοὺς ἐωνημένους ἔχειν τὰ δὲ ἄ[π]ρατα τοὺς κατελθόντας [κ]ομίζεσθαι ll. 39-43); 2.°) che egli non avrebbe potuto pagare la proprietà per quanto valeva o per la metà del prezzo richiesto, poichè i Trenta l'avevano venduta per una somma insignificante, non avendo trovato compratori per un lungo periodo di tempo (ll. 33-34) (14); 3.°) che l'eccessiva richiesta dei soci era contraria alla legge sugli arbitrati; 4.°) che avrebbe in ultimo invocata la clausola sui beni immobili: οὔτος οὔτε γῆν [οὔ]τ' οἰκίαν κεκτημένος [ἀ] καὶ αἱ συνθῆκαι τοῖς κα[τε]λθοῦσιν ἀπεδίδοσαν (ll. 43-46), aggiunta alla legge generale testè citata sui beni mobili per cui Lisia avrebbe ottenuto e terra e case. In conclusione si può immaginare che Lisia non potè essere l'accusatore, giusto il trattato sul riacquisto dei mobili, giacchè non poteva sapere se questi fossero stati o no venduti, e potè avvalersi di questo trattato per reclamare soltanto la serva, quando, dopo essere stato querelato, seppe che essa era stata non venduta. Non potè d'altra parte l'oratore far l'accusa per primo, impugnando la legge sugl'immobili, perchè tale legge, come ho detto, era molto elastica e faceva contrasto con quell'altra invocata da Ippoterse e dai suoi soci sugli arbitrati. Cosicchè egli credette opportuno mettersi prima d'accordo con Ippoterse circa il prezzo della proprietà, di guisa che il disaccordo per il prezzo e il pretesto della serva gli sarebbero serviti per far risultare chiara la clausola sugl'immobili e mostrare infondata la tesi degli

---

legge non si riferiva solamente agli abitanti di Eleusi ma anche agli Ateniesi.

(14) L' εβδ[ομηκο]ντα di l. 30 non è sicuro per le prime tre lettere assai mutile e preferisco l'altra congettura del Grenfell ἑξ [καὶ τριάκο]ντα, perchè questo numero ben rappresenta, a mio avviso, il valore giusto dell' οὐσίαν (beni mobili e immobili) venduta dai Trenta, messo in contrapposto all'esagerata somma chiesta dai soci a Lisia per tre case e una terra.

avversari. Infatti ad essi si riferiscono le frasi: «Se costoro prendessero queste cose, parte per forza e parte date da voi... o chi sarebbe più felice di loro, se voi intendete non solo di perdonare i loro passati errori, ma pure adesso di *accettare tutte le loro proposte*, e di votare in favore di tutte le loro domande?» (ll. 226-236). E questi passi, a mio credere, chiariscono meglio quanto ho supposto circa *la proposta di legge* presentata da Ippoterse e dai suoi soci sugli arbitrati e le richieste eccessive fatte a Lisia per il riacquisto dei beni stabili. D'altronde queste mie supposizioni possono essere avvalorate pensando ai cavilli e ai raggiri di cui ogni avvocato si vale per non cadere nella illegalità a causa di leggi contraddittorie. Inoltre non può far meraviglia la dubbia applicazione di un trattato, quando, in un tempo di tante calamità, leggi discordanti si sovrapponevano l'una sull'altra. Infatti, se si dà uno sguardo all'epoca del ritorno degli esiliati, si osserva come nuove proposte di leggi venivano aggiunte a delle altre, le cui difficili applicazioni fecero sospendere le liti e resa necessaria una revisione esatta del codice. Non per nulla il nostro oratore discorrendo di questi avvenimenti nel discorso Contro Nicomaco c'informa del lento lavoro delle leggi dovuto alle varie vicende politiche. Questo periodo confusionario, in cui veramente gli Ateniesi senza conoscerlo misero in pratica il nostro proverbio: «Fatta la legge trovato l'inganno», fu già descritto a vivi tratti nell'orazione «Dei misteri» da Andocide (§§ 81, 82, 87, 88, 89). Ora, dati questi precedenti, si può ammettere che la nostra orazione rispecchi uno degli ultimi momenti più critici della democrazia restaurata, giacchè la nuova legge menzionata alle ll. 36-46, non avendo alcun riscontro in nessuna delle fonti storiche, poteva essere una di quelle tante benevole leggi in favore degli esiliati definitivamente corrette (15).

---

(15) Circa la data dell'orazione non si pronunziano nè il Croiset nè il Collart nè il Reinach; l'Howald e Gernet-Bizos la pongono nel 403, il Grenfell tra il 403 e il 402 e ammise che questo discorso fosse stato pubblicato prima di περὶ τῶν ἰδίων εὐεργεσιῶν per le ll. 177-9:

Il Collart, alla fine del suo breve esame, esce in questa affermazione: «Lisia al suo ritorno cerca di *riacquistare i SUOI BENI MOBILI sborsando il prezzo* ai compratori, ma vuole *rientrare senza denaro in possesso degl'IMMOBILI* (una proprietà e una casa), *conformemente alla convenzione dell'amnistia*. Ippoterse e i cointeressati non aderiscono a questa richiesta e sembrano volersi fare rimborsare prima di tutto la metà della somma che essi hanno dato ai Trenta per la totalità dei beni.»

Le conclusioni del Collart non sono in verità molto convincenti, se in special modo si considerino attentamente le ll. 14-17, in cui è detto che Lisia ritornando dall'esilio οὐδὲ τὴν τιμὴν [ἀποδ]οὺς τοῖς ἐωνημέν[οις [τ]ὰ ἑαυτοῦ] δύναται κ[ομίζεσ]θαι = non può riprendere il suo anche sborsando il prezzo ai compratori. Il [τ]ὰ ἑαυτοῦ] ha in sè il significato generico di ciò che appartiene, e qui in particolare di beni mobili ed immobili, per cui si può intendere al più che l'oratore avesse cercato di riacquistare pagando gli uni e gli altri. Sebbene io abbia dimostrato per altra via che le parti intere del papiro parlino sul riacquisto di beni immobili, posso tuttavia ancora aggiungere altre osservazioni a quelle già fatte. Il [τ]ὰ ἑαυτοῦ], osserva il Grenfell, in ll. 16-17, è sospetto, giacchè le parole nel papiro sembrano probabilmente essere state inserite nel margine delle ll. 12-13. Chi ci vieta di omettere a l. 16-17 il [τ]ὰ ἑαυτοῦ] ed aggiungerlo a ll. 12-13 (dove sarebbe adatto trattandosi di proprietà in genere), mutando il verbo intr. αἰ[τιάσ]εσθαι in αἰ[τήσ]εσθαι, e a l. 16-17 supplire con τὰ φανερά? Infatti tutto parla in favore di questo mutamento, quando si pensa che il prezzo fissato da Nicostrato, o vuoi anche da Lisia—prezzo che ho ricostruito sicuramente nelle ll. 22-24—è inferiore al valore

---

«Ritornato dall'esilio non offese alcuno nè ricordando i suoi servigi, nè rimproverando gli errori degli altri». Non bisogna fare molto affidamento su questo accenno che può essere una millanteria da oratore, poichè alla fine del § 20, per non citare altri punti dell'or. XII, sono menzionati parte dei servigi di Lisia.

che hanno i beni mobili ed immobili o sòlamente i mobili. A tal proposito si ricordi Pisone che rubò a Lisia L. 30.000 (or. XII, § 11) e il χρημάτων [πολλῶν ἀπεσ]τερημ[έ]νο[ς] delle ll. 161-2. Da ciò risulta chiaro che l'oratore al ritorno dall'esilio cerca di pagare ai venditori i beni stabili, e non i mobili, come afferma il Collart. Inoltre, se Ippoterse si umilia chiedendo la metà del prezzo e Lisia è nella piena legalità, perchè quest'ultimo non reclama in tribunale direttamente i beni stabili in forza della convenzione, e si fa intentare il processo da Ippoterse e i suoi cointeressati? La tesi del Collart non sembra diradare le mal certe questioni del papiro. Il Croiset e il Grenfell intuirono che la lite volgeva sull'appropriazione legale di immobili da parte di Lisia, ma non spiegarono l'accusa intentata da Ippoterse contro la serva e quella di Nicostrato e Xenocle contro Lisia (16) e se queste accuse fossero state legali e se il titolo dell'orazione corrispondesse all'insieme della perorazione. Inoltre l'uno e l'altro critico ammettono per la difesa di Lisia che la proprietà era stata usurpata da Ippoterse o apparentemente venduta dai Trenta a quest'ultimo. Io non credo; giacché Lisia stesso nelle ll. 118-126 toglie ogni dubbio dicendo: καίτο[ι] δικαίως ἂν [ὀργίζοι]σθε τοῖς ἐωνημέ[νοι]ς τὰ ὑμέτερα ἐν ταῖς τοι[αύ]ταις συμφοραῖς. πρῶ[το]ν μὲν γὰρ οἱ τριάκον[τα οὐδὲν ἀ]νεπώλουν εἰ οἱ [ὠνησόμ]ενοι μὴ ἦσαν...

Traduco e reintegro secondo il concetto:

«Eppure voi dovreste giustamente essere adirati contro coloro che *hanno comprato* i *vostri beni* in tempi di tante calamità. Infatti in primo luogo i Trenta non *avrebbero venduto nulla* se non ci fossero stati *i compratori* (Ippoterse e i suoi soci), e poscia noi non avremmo perduto nulla (= avremmo ottenuto i...) dei nostri beni usurpati (dai Trenta).

Secondo il Reinach, nulla ci autorizza a credere che Lisia, pur essendo molto ricco, possedesse degl'immobili nè di conseguenza, per giustificare la presenza delle parole οὔτε γῆν [οὔ]τ' οἰκίαν κεκτημένος della l. 43 e sg., si può ammettere il

(16) Il Reinach annotò: non si comprende questo processo intentato all'esiliato, spogliato dal venditore.

privilegio: γῆς καὶ οἰκίας ἔγκτησις (17), che per altre ragioni è inammissibile. Cosicchè non avendo il nostro oratore degl'immobili, Ippoterse non avrebbe potuto comprare o usurpare (18) nessuno di questi e la δίκη ἐξούλης pensata dal Grenfell sarebbe nell'orazione fuori questione. Il critico vuol dimostrare che Lisia non teneva case proprie ma locate perchè le parole «οἴκαδε εἰς τοῦ Πολεμάρχου», le quali si trovano in un passo di Platone (Rep. 328ª), in cui si racconta che Socrate essendo nel Pireo si era recato nella casa di Polemarco, non implicano un diritto di proprietà. La dimostrazione non è per nulla convincente. Infatti dalla frase οἴκαδε εἰς τοῦ Πολεμάρχου non risulta escluso che la casa appartenesse alla famiglia di Lisia. D'altra parte qual significato chiaro possono avere delle parole che nel racconto non hanno nessun rapporto con avvenimenti i quali cerchino di destare nell'autore l'interesse di informarci se la casa appartenesse o no a Polemarco? La cosa invece è chiara ed ha valore per affermare che Lisia sia stato proprietario d'immobili, quando l'oratore inserisce il «τριῶν ἡμῖν οἰκιῶν οὐσῶν» (or. XII, § 18) ricordando la ricchezza della sua casa (gli immobili e l'officina V. da § 8 a § 20) (19). Inoltre il Reinach intese l' ὑπὲρ θεραπαίνης non «per la difesa di una serva» ma «intorno a una serva». Egli fu indotto a questa affermazione perchè Lisia era il citato diretto e legale, il solo che si difende nell'arringa, mentre la schiava era l'oggetto del litigio, essendo i beni immobili fuori questione.

L'uso di ὑπέρ = περί fu messo in rilievo dal dotto filo-

---

(17) V. Daremberg et Saglio. Il privilegio ricordato dal Reinach non può sussistere nel nostro caso, perchè la legge sugl'immobili (ll. 43-46) si riferisce non solamente a Lisia ma a tutti gli esiliati (τοῖς κατελθοῦσιν).

(18) Ho già dimostrato che Ippoterse comprò i beni ma non li usurpò.

(19) Già il Blass, Att. Bereds I², 346, ammise che Lisia fosse proprietario di beni stabili, quando rilevò che l' ἐκφορά del cadavere del fratello di Lisia fu fatta in un tugurio affittato anzichè in una delle case della famiglia.

logo (20) con i confronti dei titoli di alcune orazioni: Es.: ὑπὲρ τῆς εἰς τὸν ἐλεύθερον παῖδα ὕβρεως (Antifonte)-ὑπὲρ τοῦ βατράχου φόνου-ὑπὲρ τοῦ Ἐρατοσθένους φόνου-πρὸς Εὐθύδημον ὑπὲρ τοῦ παιδὸς τοῦ διαφθαρέντος τὸν ὀφθαλμόν-ὑπὲρ τοῦ ἀδυνάτου (nei mss. περὶ τοῦ ἀδυνάτου).

La nuova interpretazione del titolo proposta dal Reinach non è senza difficoltà, e la dimostrazione ha carattere semplicemente formale. Traducendo ὑπὲρ θεραπαίνης = «intorno ad una serva», che è l'oggetto del litigio, si può intendere pure che Lisia sia andato in favore, in difesa dell'oggetto, giacchè l'orazione è contro Ippoterse: πρὸς Ἱπποθέρσην. Anzi, la presenza e la correlazione di πρός e ὑπέρ, dal momento che πρός significa *contro*, dimostra che ὑπέρ deve avere il valore opposto: ὑπέρ è in antitesi a πρός. Se poi la difesa non fosse in favore della serva, chi sarebbe il difensore di Lisia, poichè questi nel papiro è menzionato in terza persona? D'altra parte i confronti addotti dal Reinach non hanno valore, anche perchè l' ὑπέρ in essi si riferisce al MOTIVO dell'accusa, cioè ai genitivi φόνου, ὕβρεως, μοιχείας, βιαίων, epperò non si può naturalmente tradurre «in difesa» ma «intorno a... per l'uccisione di..., etc.». Ciò invece non accade quando l' ὑπέρ si riferisce ad una persona.

Infatti nulla ci vieta di tradurre l'orazione ὑπὲρ τοῦ ἀδυνάτου — e questa interpretazione vale anche per le altre — «in difesa d'un invalido, per un invalido» (21).

Il Gernet ed il Bizos, infine, dopo avere esposto le idee del Grenfell e del Reinach, hanno creduto più verosimile la dimostrazione del primo e si sono dichiarati convinti che l'orazione tratti la questione del riacquisto dei beni immobili da parte di Lisia e che tutto parli in favore di una δίκη ἐξούλης.

Io, infatti, credo che le incertezze derivino dallo stato frammentario delle ll. 17-27 da me reintegrate e delle ll. 34-46 in cui è menzionata la legge. A questo proposito osservo che

---

(20) In verità i confronti gli furono suggeriti dal prof. Mazon, come ammise Egli stesso.

(21) Lo stesso valore ha ὑπέρ nei titoli delle orazioni di Demostene, Iperide, Iseo, etc.

a l. 46 manca il verbo — forse ὀργίζεται — che serve di complemento al senso del periodo privo di un verbo di modo finito.

Infatti si notano parecchi sbagli, generalmente omissioni (22) —come osserva il Grenfell— nella trascrizione del papiro, dovuti al copista.

* * *

Le ricostruzioni che io tento delle ll. 1-13, 17-27, 47-49, sono alquanto ardite, ma, naturalmente, si propongono soltanto di cogliere il senso, non di ridare la frase precisa di Lisia.

Ll. 1-13:

ἵνα γὰρ οἱ Τριά]κ[οντα ἐξ-
ελέγχωνται] ἅμ[α παρ' ὑ-
μῖν καὶ συκ]οφάν[ται καὶ
ἐχθροί, τα]ῦτ[α καὶ ἄλλα
ἐγὼ λέξω·]οὗτος[μὲν τοίνυν
μὴ ἀπόλη]ται, ἀ[δικῶν οὐδέν,
νυκτὸς ἐ]ξέφυ[γε]ν, τὸ[ν δὲ ἀ-
δελφ[ὸ]ν αὐτ[ο]ῦ [ἐκεῖνοι]
ἀπέκτειναν καὶ τὴν [οὐσί-
α]ν ἀφείλοντο. Καὶ [ἕως
μὲ]ν ἐν Πειραιεῖ ὤιχε[το, ἡ-
ξί]ου κατελθὼν αἰ [τιά-
σ]εσθαι, νυνὶ δὲ κτέ (23)

«Infatti, affinchè i Trenta siano dimostrati insieme, dinanzi a voi, sicofanti e nemici, queste ed altre cose io dirò: Questi (Lisia), dunque, perchè non perisse, non avendo fatto nulla di male, di notte fuggì; ma quelli (ἐκεῖνοι?) uccisero suo fratello e depredarono la proprietà. E finchè egli di-

(22) Cfr. ll. 115, 139, 141, 173, 217, 349-356, 536.

(23) Ll.1-7, fino a νυκτός, supplii. A l. 4 preferirei τάδε ἐξ ἀρχῆς, ma il papiro ha]υτ[; però il καὶ ἄλλα, che ho supplito, può giustificare il τα]ῦτ[α.

L' ἀπέκτειναν di l. 9 avrà avuto come soggetto un pronome dimostrativo, per es.: ἐκεῖνοι, che supplisco a l. 8 invece di Πολέμαρχον del Grenfell, aggiunta superflua, tanto che Lisia nell'or. XII non la pone mai accanto ad ἀδελφός. L' ἐκεῖνοι, poi, si riferisce a Τριάκοντα di l. 1, il cui aggettivo può ricostruirsi a l. 3: συκ]οφαντ. Intanto l' ἐ]ξέφυ[γε]ν di l. 7 ha il suo sogg. a l. 5 che è molto lontano, per cui da l. 5 a l. 7 si rende necessaria una incidentale riferentesi sempre a Lisia, perchè chi fuggì dai Trenta fu Lisia, che stava per avere la stessa sorte del fratello Polemarco. Per la ricostruzione del frammento noto che la fuga dell' oratore avvenne di notte, come risulta dall'or. XII, 17. A l. 12-13 supplisco αἰ[τιά|σ]εσθαι; il Reinach dichiarò sospetto l' ἀπ[οφέ|ρ]εσθαι del Grenfell, il quale ammise pure che la π può esser letta: I.

morava nel Pireo credeva che al ritorno si sarebbe potuto querelare, ma ora...»

Ll. 17-27:

...Νικόστρατος γὰ[ρ δι-
κ]άζεται μετὰ Ξ ενοκ[λέους (?)
το]ῦ πωλή[σαντος ἀποδόντι
ἀ]νὰ ἀσπί[δας <numero> ὅτι γ'ὥι-
ετ]ο παρα[νόμως λαβεῖν ὧδε
πε]ντήκον[τα μυριάδας
δ]ραχμῶ[ν καὶ ἑξήκοντα
μ]νῶ[ν τὸ παράπαν καὶ ἀπο-
δι]δοὺς τ[ὰ χρήματα ποι-
εῖ]σθαι ὅ[λως ἀκύρας τὰς δι-
α]ίτας σ[υνθεμένας ὑφ' ὑμῶν(24)

«Difatti Nicostrato con Xenocle il venditore accusa lui (Lisia) che chiede per la vendita circa scudi (?), perchè in tal modo (Nicostrato) credeva di potere illegalmente ottenere 50.000 dramme e 60 mine in tutto e, avendo restituito i beni, fare interamente nulli i giudizi (degli arbitri) stabiliti da voi.»

Ll. 47-49:

[νῦ]ν δ' ἐ[ὰν μὴ] ἀποδῶ[σ]ι
[οὗτοι Λυσίαι] τὰ [φαν]ερά,
[παρανομοῦσι. κτλ. (25)

«Ora se costoro non restituiscono a Lisia i beni (immobili) trasgrediscono le leggi.»

---

(24) Ll. 17-19 fino a πωλή[σαντος, 22 πε]ντήκοντα, 23 δ]ραχμῶν: supplì Grenfell. Gli altri supplementi sono miei.

L. 20, ἀ]νὰ ἀσπί[δας: non è strano pensare che Lisia abbia offerto il prezzo dei beni immobili in scudi anzichè in danaro, giacchè la sua ricchezza era stata quasi tutta rubata. Cfr. Plut., «Vita di Lisia», 835 e sgg. e ll. 163-71: ἐπιθεμένων δὲ τῶν ἀπὸ Φυλῆς τῇ καθόδῳ, ἐπεὶ χρησιμώτατος ἁπάντων ὤφθη, χρήματά τε παρασχὼν δραχμὰς δισχιλίας καὶ ἀσπίδας διακοσίας ... (ciò prima di entrare in Atene)... δύω τ'ἔπεισε τάλαντα δοῦναι Θρασύλαιον τὸν Ἠλεῖον, ξένον αὐτῷ γεγονότα.

Ho fatto notare ciò perchè i filologi sono propensi a credere che dall'accenno agli scudi nel papiro risulti l'intenzione di Lisia di riacquistare i mobili e non gli immobili.

(25) Il Collart annotò: il testo di l. 47: [εα]ν δε {αν δ[ε]} αποδω[σ]ι è manifestamente alterato. Gli editori rigettarono con ragione αν δ[ε], ma d'altra parte [εα]ν δε non corrisponde ad alcuno εαν μεν precedente, nè si può giustificare grammaticalmente. Ἀποδῶ[σ]ι supplì Grenfell. Gli altri supplementi sono miei.

PAP. HIBEH. 14

LISIA κατὰ Θεοζοτίδου

Nel 1906 il Grenfell e l'Hunt (1) pubblicarono nel vol. I dei papiri di Hibeh il n.° 14 del 3.° sec. A. C. composto di 3 colonne, così diviso: fr. *a)* col. I ll. 1-13 e col. II ll. 14-22 (assai mutila), fr. *b)* col. I ll. 23-49 e col. II ll. 50-60 (quasi interamente distrutta), fr. *c)* col. I ll. 61-69 (in cui appaiono che pochissime lettere), col. II ll. 70-82, col. III ll. 83-93 (interamente ricostruita) e un altro piccolo frammento con pochissime lettere superstiti. Queste colonne furono studiate anche dal Fuhr (2), dall'Jander (3) e dal Blass (4). Quest'ultimo, inoltre, diede una lunghissima relazione sulla scoperta dei papiri contenuti nel primo volume del Grenfell e riconobbe Lisia, autore dell'orazione: κατὰ Θεοζοτίδου. Il Gernet e il Bizos (5) hanno dato un riassunto critico dell'orazione; ma di questo discorso nulla si può dire con precisione, dato lo stato molto frammentario. Teozotide, accusato di παρανόμων, come riconobbe il Blass, aveva messo innanzi alcune proposte di leggi: 1.°) escludere gli adottivi, non meno che i figli illegittimi di cittadini caduti in guerra, dai benefizi che a cosiffatti orfani assegnava la città; 2.°) abbassare il soldo degli ἱππεῖς da una dramma a $\frac{4}{4}$ oboli ed innalzare invece quello

(1) The Hibeh Papiry, I ed. by B. P. Grenfell and A. S. Hunt, London, 1906, pp. 49-55, n.° 14.

(2) Fuhr, in Berl. Phil. Woch. XXVI, 1906, p. 1413.

(3) Jander: Oratorum et Rhetorum graecorum fragmenta nuper reperta, Bonn 1913.

(4) Blass, in Lit. Zentralbl. 1906, p. 1078 sgg.

(5) Gernet-Bizos: Lysias discours, tom. II. Paris-Société d'édition «Les belles Lettres», 1926.

degli ἱπποτοξόται da 2 a 8 oboli. Questo è ciò che si sa con molta sicurezza (6).

Fr. *a*)—Col. I . . . . . ἀποστε|ρεῖ μὲν καὶ] τού[τῳ τῷ] νό-
[μῳ] | [τοὺς ἐκθέ]τους, μάλιστα δὲ ‖ [διὰ τῆς γνώμης τα]ύτης
μισ|[εῖ] τοὺς νόθους τε καὶ τοὺς | [ποιη]τοὺς οὔτε νομίμως οὔ|[θ' ὑγιῶ]ς . 'Εμοὶ γὰρ δοκεῖ τῶν ὀρ|[φανῶν ἔτι καὶ μᾶλ]λ ο ν τοὺς
νόθους ‖ [χρῆναι τρέφειν] τὴμ πόλιν ἢ τοὺς | [γνησίους · τοὺς
μὲν] γὰρ γνησίους | [ὁ πατὴρ ἀποθανὼν] καταλεί|[πει κληρονόμους, τοὺς δ]ὲ νόθους | [καὶ τοὺς ποιητοὺς ἀποκλερο]|νόμο[υς . . . . . .

Traduco:

«Priva da una parte anche con questa legge gli esposti (abbandonati), ma specialmente per mezzo di questa proposta avversa gli spuri e i naturali nè secondo la legge nè secondo il giusto. A me infatti sembra che lo Stato debba avere cura tra gli orfani ancor più gli spuri che i legittimi; poichè il padre morendo lascia eredi i legittimi, ma diseredati gli spuri e i naturali.»

Fr. *b*)—Col. I . . . ἀποστερήσας εἴτε | [πατ]ρῴων [χρημάτων εἴ ‖ τε τ]ῆς μισθοφο[ρίας, πάνυ]ο[ὐδὲ| ‖ ν] [ἐκ]ε[ῖνος κατέλιπεν αὐτοῖς. [ὃ δὲ | νῦν] πάντων δεινότατον, εἰ | [τὸ κάλ]λιστον τῶν ἐν τοῖς | [νόμο]ις κήρυγμα Θεοζο|[τίδ]ης διαβαλεῖ καὶ ψεῦδος ‖ καταστήσει · Διονυσίοις γάρ, | ὅταν ὁ κῆρυξ
ἀναγορεύῃ τοὺς | ὀρφανοὺς πατρόθεν ὑπειπών, | ὅτι τῶνδε τῶν
νεανίσκων οἱ | πατέρες ἀπέθανον ἐν τῷ πο‖λέμῳ μαχόμενοι
ὑπὲρ τῆς | πατρίδος ἄνδρες ὄντες ἀγαθοὶ | καὶ τούτους ἡ πόλις
ἔτρεφε μέ|χρι ἥβης, ἐνταῦθα πότερα χωρὶς | περὶ τῶν ποιητῶν
καὶ τῶν νό‖θων ἀνε ρ ε ῖ λέγων, ὅτι τούσδε|διὰ Θεοζοτίδην
οὐκ ἔτρεφεν, | ἢ πάντας ἀ[ναγορε]ύων ὁμοίως | [τοὺς ὀρφανοὺς τῶν] ποιητῶν | καὶ τῶν νόθων [καταψεύσε] ‖ ται, περὶ τῆς τρο-

(6) Il Teozotide, nominato in un altro pap. di Lisia, P. O. 1606, fr. 6 (b), 249 e 300, non sembra potersi identificare col nostro: V. Grenfell-Hunt, n. ad l. 249. Un frammento dell'orazione contro Teozotide è tramandato da Polluce VIII 46 (Thalheim fr. 59).

l. 4 τοὺς ἐκθέ]τους supplii. ll. 5-6 preferirei μισεῖ a μισῶν (Jander), omettendo la virgola di ταύτης. l. 8 è possibile ὅτ'ἀξίως-ὁσίως proposero Gernet e Bizos. ll. 14-15 [καὶ τοὺς ποιητοὺς ἀποκληρο]νόμο[υς supplii.

φῆς ὑ π ο σ ι [ωπῶν]; | Ταῦτα οὐχ ὕβρις καὶ μεγάλη διαβο|λὴ [ἔσ-
ται τῆς πόλεως]; Ἐπειδὴ δὲ Κλε|[ομένης ἐπειρᾶτο, ὦ ἄν]δρες
δικασταί, | [ἀντειπεῖν, τὴν ἀκρόπ]ολιν κατέλαβε ‖ . . .

Traduco:

«(Essendo i naturali e gli adottivi privi, secondo la legge di Teozotide sia) dei beni paterni sia del servizio militare quegli non lasciò nulla ad essi. Ma ora il fatto più vergognoso di tutti è, se Teozotide violerà il bando, il migliore di quelli che sono nelle leggi, e introdurrà uno falso. Infatti nelle Dionisie, quando il banditore chiama a raccolta gli orfani patronimicamente soggiungendo che i padri di questi giovanetti morirono pugnando in battaglia per la patria da uomini valorosi e che lo Stato li educava sino all'efebìa, allora forse bandirà separatamente per gli adottivi e gli spuri dicendo che (lo Stato) non nutriva costoro a causa di Teozotide, ovvero chiamando a raccolta in comune tutti affermerà falsamente (essere) orfani (quelli che sono compresi) tra gli adottivi e gli spuri, tacendo del nutrimento? Non sarà questa un'oltracotanza e una grave accusa contro lo Stato? Ma dopochè Cleomene tentò, o signori giudici, di opporsi, occupò l'acropoli.»

Fr. *c*)—Col. II . . . οὗτος εἰ πρεσ | . . . . . περὶ φυλα-
κῆς | . . . . . σαμ περὶ πο|λέμ[ου θεοζο]τίδης
οὑτοσ|ὶ τὴγ γνώμην ἀγορεύει, ‖ τοὺς μὲν ἱππέας ἀντὶ δρα|χμῆς
τέσσαρας ὀβολοὺς μισ|θοφορεῖν, το[ὺς δ'ἱπ]ποτοξό|τας ὀκτὼ
ὀ[βολοὺς] ἀντὶ δυοῖν | ὀβολοῖν, καὶ ταύτην τὴγ ‖ γνώμην ἐ[πιφέ-
ρων] διὰ κυ<ά>μου, | ἐνίκη σ ε[ν ἐν τῷ δ]ήμῳ. Δι' οὗ καὶ μ[ισεῖ
τὴν γνώ]μην | . . .

ll. 23-25 ἀποστερήσας εἴτε... [χρημάτων εἴ|τε]... [πάνυ] ο[ὐδὲν supplii. L'iato non è sempre evitato. ll. 25-26 [ὃ δὲ | νῦν] supplii ; [ἔ|τι δὲ] G. H. ; [... | [ὃ δὲ] Fuhr ; l. 29 δια-βαλλει pap.: G. H. corressero διαβαλεῖ; ll. 37-38 μέχρι non μέχρις secondo le grafie usuali prima di Isocrate. Cfr. Plat. Hipp. M. 281 e Kühner-Blass I p. 247, c.

ll. 49-50... ἐπειρᾶτο... ἀντειπεῖν... proposi. Cfr. Arist. Ἀθ. πολ. XX, 3.

l. 80 ἐ[πιφέρων supplii: ε[ἰσφέρων Jander; διὰ κυ<ά>μου proposi υαυμ... p.; l. 82 μ[ισεῖ τὴν proposi.

Traduco:

«...Intorno alla guerra questo Teozotide dice la proposta che i cavalieri abbiano la paga di 4 oboli invece di una dramma e gli arcieri a cavallo 8 oboli invece di 2, e avanzando questa proposta per elezione, vinse nel popolo (=nell'assemblea popolare). Per cui avversa la proposta...»

Non è improbabile che a quest'orazione vada riferito il fr. 259 Müller: Ἰσοκράτους πάλιν εἰρηκότος· ὥσπερ τῶν χρημάτων, ἀλλ' οὐκ ἐκείνου συγγενὴς οὖσα', Λυσίας ἐν τοῖς ὀρφανικοῖς λέγει· καὶ φανερὸς γέγονεν οὐ τῶν σωμάτων συγγενὴς ὤν, ἀλλὰ τῶν χρημάτων.

Antonino Messina.

EL MANUSCRITO DE TEOCRITO DEL CODICE GRIEGO NUM. 230 DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA (*)

1. Descripción del códice.—2. Fecha del manuscrito.—3. El copista.—4. Análisis interno del manuscrito.—5. El Salmanticensis y el texto de la Parisina.—6. El Salmanticensis y el texto de la recensión de Moscópulo. 7. Dependencia directa de la familia Vaticana.—8. El Salmanticensis y el problema del códice *B*.—9. Conclusiones.

Siglas.

Para las tres grandes fámilias de *antiquiores* tomamos las siglas de Gallavotti, *Theocritus:* la Ambrosiana (= *K*, sigla del códice del que proceden los demás de la familia), la Laurentiana (= *La.*) y la Vaticana (= *Va.*). Cuando no hay unanimidad dentro de cada familia, se indican las lecturas de los códices que las componen, utilizando las siglas de Gallavotti.

Para otras familias, ediciones o códices, utilizamos:

Mosc. = recensión de Moscópulo (cfr. § 6).
Par. = lección de la familia Parisina (cfr. § 4 fin).
[*N*] = sigla de Ahrens para el *Parisinus graecus 2833*, perteneciente a la familia Parisina.
Med. = edición príncipe de Milán, 1480/1481 (cfr. § 4).
Salm. = códice griego, núm. 230, de la Biblioteca de la Universidad de Salamanca, al que se refiere este estudio.
Pint. = lección dada por Pintianus en las *Emendationes* (cfr. § 8).

(*) Por indicación de don Antonio Tovar hice en 1946 la colación del texto de Teócrito del códice Salmanticensis 230. Fué hecha sobre la edición de U. v. Wilamowitz-Moellendorff, *Bucolici Graeci*, 2.ª edición, Oxford, 1910 (citada Wilamowitz). El estudio ha sido posible gracias a la excelente edición de C. Gallavotti, *Theocritus quique feruntur bucolici Graeci*, Col. de la Accadèmia dei Lincei, Roma, 1946

1. *Descripción del códice.*

Entre los códices griegos que se conservan en la Biblioteca de la Universidad de Salamanca, el número 230 *(olim* 1-2-9), contiene, entre otras cosas, un manuscrito con varios idilios de Teócrito, que aún no ha sido colacionado (vid. Gallavotti, *Theocritus*, p. 323).

El Salmanticensis 230 es un códice en tamaño cuarto, con pastas de pergamino procedentes de un códice musical latino del siglo XI ó XII. Consta de 181 hojas escritas, sin numerar, todas ellas de papel de la misma calidad y sin filigrana transparente.

Contiene: 1.° Αἰσώπου μῦθοι, 51 folios (en seis cuaterniones, más tres hojas), seguidos de un folio en blanco. 2.° Θεόκριτος, idilios I a XVIII, sin escolios, con *subscriptio* (sobre la cual vid. § 2), 68 folios, más dos hojas en blanco (en total, siete quinqueniones). 3.° [Ὀρφέως] Ἀργοναυτικά, 50 folios, (en cinco quinqueniones) y 4.°, *Batracomyomachia*, sin título original ni letra capital inicial, 11 folios seguidos de una y precedidos de dos hojas en blanco (en total, un septenión).

El códice entero parece ser el resultado de reunir en uno sólo tres manuscritos de diferente mano. El tercero contendría *Argonautica* y *Batracomyomachia*, que están escritos con la misma letra.

(citada GALLAVOTTI, *Theocritus)*, que contiene el análisis y clasificación de la mayoría de los 178 códices de TEÓCRITO conocidos, y a la edición de PH. LEGRAND, *Les bucoliques grecs*, Col. Budé, 2 vols., París, 1925-27 (citada LEGRAND), con un prolijo aparato crítico, aunque falto de sistematización y de segunda mano. De gran utilidad nos han sido varios artículos de C. GALLAVOTTI, publicados en diversas revistas italianas, que citamos en los correspondientes lugares, y la obra de U. v. WILAMOWITZ-MOELLENDORFF, *Die Textgeschichte der griech. Bukoliker*, Berlín, 1906 (citada WILAMOWITZ, *Textgeschichte)*. Otros trabajos son citados enteros en el texto. La recentísima edición de A. S. F. Gow, Cambridge, 1950, ha sido publicada cuando nuestro estudio se encontraba ya en la imprenta.

Sólo el copista de Teócrito dejó *subscriptio:*

Δόξα τῷ θεῷ τῷ δόντι ἀρχὴν καὶ τέλος:
ματθαῖος τοὔνομα σεβαστὸς λαμ-
πούδης ὁ πελοποννήσιος γέγραφεν.

Charles Graux, *Notices sommaires des manuscrits grecs d'Espagne et de Portugal*, París, 1892, págs. 171 sg., describe ya este códice. Por Graux conócelo Gallavotti, ya que la numeración antigua que da Graux (252 y 253, los dos números corresponden a este mismo manuscrito), es la que reproduce en su *Theocritus*, págs. 281 y 323.

El códice entero fué adquirido en Bolonia por Hernán Núñez de Guzmán (Pintianus), según rezan dos líneas escritas de su puño y letra sobre las guardas del códice:

Ego fernandus nugnius Commendatarius ordinis divi Iacobi emi hunc codicem bononie pretio duorum aureorum.

El Pinciano lo donó con todos sus libros a la Biblioteca de la Universidad antes de 1552 (1).

2. *Fecha del manuscrito.*

Como hemos indicado en el párrafo anterior, de todo el códice sólo Teócrito lleva *subscriptio* y ésta no nos da ninguna indicación cronológica. La actividad del copista Mateo

(1) Se desconoce la fecha de la donación por haber desaparecido todos los protocolos del notario Francisco Gao, quien inventarió en dicha ocasión la biblioteca de Hernán Núñez, pero hay noticia de dicho inventario en documentos existentes en el Archivo de la Universidad y en el Archivo Histórico Provincial. La fecha de 1552, como *terminus ante quem*, es dada por el segundo testamento de Hernán Núñez, hecho ese año ante el notario Sebastián de Ledesma, quien en una nota hace constar que bajo este testamento falleció el Comendador. Como en dicho documento no hay mención alguna del legado de su biblioteca a la Universidad, se confirma la noticia sobre la donación, mencionada más arriba. A mi colega don Ricardo Espinosa debo esta preciosa información, que rectifica la opinión de que la donación de los libros a la Uni-

Lampudis nos es conocida por otro códice de los primeros años del siglo XVI (vid. § 3).

El papel no presenta filigrana transparente alguna que nos permitiera fecharle con ayuda del conocido repertorio de Briquet, *Les filigranes*, Leipzig, 1923.

La forma de la minúscula sitúa el manuscrito en una época muy reciente, sin que sea posible precisar más.

Por lo tanto, aparte de la cronología de la actividad del copista, sólo la determinación de la fecha en que Hernán Núñez compró el códice en Bolonia nos dará el *terminus ante quem* para la copia del manuscrito en cuestión, lo cual nos plantea un problema de la biografía del Comendador Griego que, ya que no existe ningún estudio sobre él, hemos de intentar resolver previamente: el problema de su viaje o de sus viajes a Italia.

Sobre la vida del comendador, además de indicaciones aisladas en diversos autores, tenemos el artículo de J. Ortega Rubio, citado más arriba § 1, trabajo endeble, sin crítica ninguna, que maneja materiales de segunda mano y que está dominado por un afán panegírico muy del gusto del siglo pasado; otro artículo de P. Groussac en la *Revue Hispanique*, 11, 1904 págs., 164 sgs., a propósito del comentario de Hernán Núñez al *Laberinto* de Juan de Mena; la biografía que da D. Rubio, *Classical Scholarship in Spain*, Washington, 1934, pág. 73, y unos trabajos de Unamuno en el archivo de la Universidad de Salamanca, que aparecen recogidos en un buen artículo de la Enciclopedia Espasa, tomo 39, 1920, pág. 147 sg.

Parece cosa probada que Hernán Núñez de Guzmán, nacido en Valladolid hacia 1475, consigue hacia 1490 una de las catorce becas del Colegio de San Clemente de Bolonia, donde trabaja hasta 1498 en que vuelve a España y, entrando

---

versidad tuvo lugar a la muerte de Hernán Núñez, acaecida en 1553 (así V. Lafuente, *Historia de las Universidades*, II p. 85, y J. Ortega Rubio, «Fernando Núñez de Guzmán (El Pinciano). Estudio bio-bibliográfico», *Revista Contemporánea*, 124, 1902, pág. 521).

como preceptor en la casa de los Mendoza de Granada (hasta 1508 ?), compone su citado comentario al *Laberinto*, que apareció impreso en Sevilla en 1499. Cuando estalla la guerra de las Comunidades de Castilla, le encontramos trabajando en la *Biblia Políglota* de Alcalá, ciudad de la que tiene que salir por razones políticas. Va a Salamanca, en cuya Universidad es nombrado catedrático en el año 1523.

Hasta ahora parece contarse con un solo viaje a Italia de nuestro Comendador. Sin embargo, puedo aducir un texto interesante y de garantía que habla de dos viajes. Se trata de un libro muy raro, impreso en Salamanca en 1517, titulado *Disputatio aduersus Aristotelem aristotelicosque secuaces*, y cuyo autor es Hernando Alonso de Herrera, que en el sexto auto dice:

«Hernan Nuñez que por otro nombre se dice el comendador, ombre nascido para letras y saber, con tanta ansia y quasi rauia dende su ternez asio de la sciencia que escalentado de amor con el platon, dos ueces peregrino a las italias, no para cargar de beneficios como hacen los mas, o para empringarse en rentas, mas la primera uez como abeja acuciosa para cojer primor del latin en su primera floresta do nasce para traerlo de tan lexos aca, la segunda para sacar de cuajo y raiz los cinco lenguajes griegos y su antiguo conoscimiento de cosas, fue a darse un uerde de lo griego, etc.»

La fecha del libro constituye, evidentemente, una garantía de la veracidad de las afirmaciones. Debemos, pues, contar con dos viajes a Italia, de los cuales es el último el que más nos interesa a nosotros porque en él se dedicó preferentemente al estudio del griego y es probable que comprara el códice que estudiamos, aunque no está excluída la posibilidad de que lo adquiriera en el viaje anterior. De dicho viaje tuvo que regresar Hernán Núñez antes de 1514 en que aparece en Alcalá el texto griego del *Nuevo Testamento* (vid. D. Rubio, *loc. cit.)*, probablemente, si damos un margen razonable para la preparación de la edición, en 1512 o antes. El segundo viaje a Italia debe ser, por consiguiente, situado —según los datos que hoy poseemos—, entre el año 1499 (publicación del comentario al *Laberinto)*, y 1512 (prepara-

ción del texto griego del *Nuevo Testamento* que aparece en 1514), a no ser que—hipótesis improbable—supongamos que los dos viajes fueron realizados antes de 1498.

Nada nos ayuda a precisar estas fechas la indicación de don Nicolás Antonio, *Bibliotheca Hispana Nova*, I, pág. 382: «Bononiaeque incredibile contentione animi, litteris tam latinis quam graecis sub Iouiano, Peloponnesi ciue, Philippoque Beroaldo, bonas omnes horas collocauit», ya que Beroaldo—Iouianus es desconocido—falleció en 1505 y don Nicolás Antonio no sabe nada de los dos viajes.

Debiéndose de contar con dos viajes a Italia del Comendador, el *terminus ante quem* para nuestro manuscrito no es 1498, sino 1512, aproximadamente.

3. *El copista.*

Según declara la *subscriptio*, el manuscrito de Teócrito fué copiado por un griego del Peloponeso llamado Mateo (τοῦνομα σεβαστὸς λαμπούδης), el mismo que en Florencia escribió la segunda parte (folios 77 a 96) de otro manuscrito de Teócrito, el *Parisinus graecus*, 2835, del siglo XVI, también sin escolios, que contiene los idilios I a VIII y que, según deduzco de las indicaciones de Gallavotti, *Theocritus*, págs. 281 y 274, toma el texto de la recensión de Moscópulo, y luego—seguramente en la parte correspondiente a nuestro copista—copia del *L (Parisinus graecus 2831*, de comienzos del siglo XIV, de la familia vaticana, acéfalo), probablemente a partir de v. 55 en que comienza este último códice.

Después habremos de tratar la cuestión de si este códice *L* sirvió también de modelo a Mateo Lampudis para la copia del Salmanticensis, que estudiamos.

4. *Análisis interno del manuscrito.*

Tres son los criterios que se aplican para determinar el lugar que corresponde a un códice cualquiera en el complicado *stemma codicum* de la tradición manuscrita de los bucólicos griegos.

Los dos primeros son el número de idilios que contiene y el orden en que los presenta. Estos dos criterios, cuya importancia ha sido reconocida desde Ahrens (cfr. Wilamowitz, *Textgeschichte*, pág. 6 sgs., y Gallavotti, *Theocritus*, página XVI sgs.) son, en efecto, los que permiten establecer una clara distinción, en principio, entre las tres grandes familias más antiguas (Ambrosiana, Laurentiana y Vaticana; el número y ordenación de los idilios pueden verse en Gallavotti, *loc. cit.*), familias que también determinó C. Wendel, mediante el estudio de los escolios (vid. C. Wendel, *Scholia in Theocritum uetera*, Leipzig, 1914, Colección Teubner, y del mismo autor, «Überlieferung und Entstehung der Theocrit-Scholien», en las *Abhandlungen der Götting. Gesellch., Phil.-hist. Klasse*, Neue Folge XVII, 2, Berlín, 1920.

Por contener los idilios I a XVIII en el orden correlativo, que es considerado tradicional desde la edición de H. Stephanus (Basilea, 1566), el Salmanticensis está evidentemente relacionado con la antigua familia Vaticana, que presenta los mismos idilios y la misma ordenación.

El análisis del texto—que es el tercer criterio y justamente el decisivo—confirma esta primera conclusión al comprobar la presencia en nuestro códice de algunos errores que son característicos de la Vaticana y la oponen a la Ambrosiana y a la Laurentiana. Así:

I 63: πω *Salm. Va.:* πᾳ *K La.*
87: βατεῦντι *Salm. Va.:* βατεῦνται *K La.*
V 45: τούτω *Salm. Va.:* τουτεί *K La.*
94: ὁριμαλίδες *Salm.* ex ὁρυμαλίδες *Va.:* ὁρομαλίδες *K La.*
102: Κυναίθα *Salm. Va.:* Κιναίθα *K La.*
127: τὰν κλάπιδα *Salm.*, τὰν κάλπιδα *Va.:* τᾷ κάλπιδι *K La.*
VIII 24: γε *Salm. Va.:* με *K La.*
25: ἡμῶν *Salm. Va.:* ἀμέων *La.:* ἡμέων *K.*
63: τῶν (bis) *Salm. Va.:* τᾶν (bis) *K La.*
92: Δάφνις παρὰ ποιμέσι πρᾶτος (πρῶτος *Va*) *Salm. Va.:* πρᾶτος παρὰ ποιμέσι Δάφνις *K La.*

XV 20: ῥύπος *Salm. Va.*: ῥύπον *K La.*
38: καλὸν εἶπας *Salm. Va.*: κα εἶπες *K La.*
106: θνατῶν *Salm. Va.*: θνατᾶς *K La* (praeter *L*).

Sin embargo, hay varios hechos que hacen, por de pronto, difícilmente admisible el que nuestro códice sea un apógrafo de un códice de la Vaticana. Por la fecha, el lugar de la copia y la carencia de escolios (a diferencia de los códices de la Vaticana que los contienen) es mucho más probable que el Salmanticensis esté emparentado con alguna de las familias de *recentiores*, salidas de la Vaticana, directa o indirectamente, que tanto proliferaron en Oriente a partir del siglo XIV y en Italia desde el XV, como han evidenciado los estudios prolijos y exhaustivos de Gallavotti.

De esas familias de *recentiores*, la que contiene los idilios I a XVIII, y los conserva en el mismo orden, es la llamada del Anónimo Parisino que definió C. Wendel, «Überlieferung und Entstehung der Theocrit-Scholien», en las *Abhandlungen Götting. Gesellsch., Phil.-histor. Klasse*, Neue Folge XVII, 2, Berlín, 1920, pág. 26, por llevar una compilación especial de escolios, de sello marcadamente bizantino, y cuyo texto ha estudiado detenidamente Gallavotti en *SIFC* 13, 1936, pág. 45 sgs., y *Theocritus*, pág. 279 sgs. Una rama de esa familia Parisina presenta sin escolios el texto de los dieciocho primeros idilios, desprovistos también de los prolegómenos. Esta rama de la familia Parisina es la que Gallavotti llama *genus Vallianum*, y a ella atribuye el códice Salmanticensis por el contenido que da la somera descripción de Graux, por más que no se pueda establecer distinción entre el texto de la Parisina y el del *genus Vallianum*.

El problema que plantea la filiación de un códice no puede ser sólo resuelto por la aplicación de este criterio externo, sino que exige una colación completa de su texto y el estudio detenido de sus lecciones.

La familia Parisina parece haber surgido en Creta y su texto procede del de la recensión bizantina de Moscópulo en I-VIII, de la de Planudes en los idilios siguientes, y mues-

tra una fisonomía totalmente particular en XV-XVIII. El *genus Vallianum*—que toma su nombre del humanista italiano Giorgio Valla, quien se supone copió el *Ambrosianus 631* (vid. Gallavotti, *SFIC* 13, 1936 págs. 56 sgs.)—está representado principalmente para nosotros por la edición príncipe de Milán, aparecida en 1480-1481 (2), y que no es más que la copia de un códice valliano (3).

5. *El Salmanticensis y el texto de la Parisina.*

Para el esclarecimiento de la relación existente entre el texto del Salmanticensis y el de la familia Parisina, si bien no contamos con colaciones completas de los códices de ésta última y del *genus Vallianum*, y aunque, por su calidad de *deteriores*, no son registradas sus lecciones en los aparatos críticos de las ediciones, conocemos la lista de lecciones particulares que nos da Gallavotti, *SIFC* 13, 1936 págs. 45 sgs., la colación de la Mediolanense, que recoge Legrand en su aparato crítico, y las lecciones del códice *D* que—colacionado por Ahrens, del que pasa al aparato de Legrand—, pertenece a la familia Parisina en los idilios XV, XVII y XVIII, que son, precisamente, aquellos en que dicha familia presenta rasgos más característicos.

La dependencia del Salmanticensis queda probada por la presencia en nuestro código de lecciones que son típicas de dicha familia y la oponen a la Vaticana y a la recensión de Moscópulo:

---

(2) Se trata de un incunable que contiene TEÓCRITO I-XVIII y HESÍODO Ἔργα καὶ ἡμέραι, sin título ni fecha ni lugar de impresión. Los bibliógrafos lo fechan en 1480-1481 y consideran que procede de las prensas de Bono Acursio. Vid. R. PROKTOR, *An index to the early printed books in the British Museum* I, 1 (1892), pág. 386, núm. 5.957, y J. G. T. GRAESSE, *Trésor des livres rares et précieux* VI (1922), pág. 113.

(3) GALLAVOTTI, *SIFC* 13, 1936, págs. 56 y sg., insinúa la posible relación de la estancia de Giorgio Valla en Milán en 1481-1482—adonde fué llevado por Giangaleazzo Sforza desde Génova—con la aparición de la edición príncipe de Milán.

II 65: ἄρξωμαι *Salm. Par. Med.:* ἄρξομ' ἐγὼ *AG Mosc.:* ἄρξομαι [*N*].
146: τᾶς γε ἐμᾶς *Salm. Par. Med.:* τᾶς ἐμᾶς *codd. Mosc.*
III 12: ἐμὶν *Salm. Par. Med.:* ἐμὸν *codd. Mosc.*
IX 6: ἄλλωθεν δέ γ' *Salm. Par. Med.:* ἄλλο(σ)θε(ν) δὲ (δ' αὖτις *L*) *codd.*
6: ὑποκρίνοιτο *Salm. Par. Med. LM.:* ποτικρίνοιτο *codd.*
32: δ' ἁ *Salm. Par.* [*N*] *Med.:* δὲ *ALU.*
32: μῶσα *Salm. Par. N:* μοῖσα *ALU.*
XIV 1: τοὶ αὐτῷ *Salm. Par. Med.:* τυ αὐτὰ (αὐτό *A*) *codd.*
34: ἴσης *Salm. Par.* (et *Med.* ?): ἴσαις *codd.*
XV 4: ἀδεμάτου *Salm. D. Med.:* ἀδαμά(ν)του *Va.*
10: ἐμεῖο *Salm. D H* (in margine) *Med.:* ὁμοῖος *codd.*
15: πρῶαν *Salm. D Med.:* τὰ πρόαν *codd.*
23: θασοῦμαι *Salm.* (etiam θασσόμεναι et θασόμεναι in margine altera manu) *Par.* (ubi quoque θασσόμεθ' ἄρ, θασοῦμες), *Ambrosianus 631*, qui ab ipso Georg. Valla exaratus putatur.
25: εἴδες χ' ὧν *Salm. Par. Med.:* (ε)ἴδες ὧν *codd.*
25: εἶπας (κα omisso) *Salm. D Med.:* εἶπαις καί *Va.*
32: παῦσαι *Salm. Par. Med.:* παῦσ' *Va.*
32: ταύτη γε *Salm. Par.* (et *Med.* ?): ταῦτα *Va.*
37: προτέθηκα *Salm. Par.* (et *Med.* ?): -θεικα *codd.*
38: ναί *Salm. D* [*N*] *Med.:* τοῦτο *Va.* (τουτί HS^2).
60: ὦ τέκνα *Salm. D Med.:* ὦ τέκνα εἶτα *Va.* (sed ὦ omittunt SH^1 E^1).
72: φυλαξοῦμαι *Salm. Par. Med.:* -ομαι *codd.*
73: ὥστε ῥύες *Salm. D Med.:* ὥσπερ ῥύες *Va.*
76: θλίβεται *Salm. D Med.:* φλίβεται *Va.*
81: ζωογράφοι *Salm. D Med.:* ζωγ- *codd.*
100: γολγόν *Salm. D Med.:* -ώ *Va.*
112: φέροντι *Salm. M Med.:* -νται *codd.*
115: ποιεῦνται *Salm. D Med.:* πονέονται *codd.*
119: βρίθουσαι *Salm.* (vel -οισαι) *D Med.:* βρίζοντες *codd.*

120: ὑπερποτόωντκι *Salm. D Med.*: -ποτῶνται *Va.*
121: ἐφεζόμενοι *Salm. D Med.*: ἀεξομένων *codd.*

XVI 1: εἴ τοι τοῦτο *Salm. Par.* (et *Med* ?): ἀ(ι)εὶ τοῦτο *codd.* (ubi, omisso 'A-, rei metricae causa τοι positum est).
106: ἔγωγε μένοιμι *Salm. Med. Vallianum genus* (vid. Gallavotti, *Theocritus*, ad. loc. et pag. 313) unde et in D^2 et in *Med.*: ἔγωγε γένοιμι *D.*: ἐγὼ μένοιμι *AU* (ἐγὼ μίμνοιμι *S*).

XVII 36: τῆς *Salm. D Med.*: τῇ *Va.*
37: ἐπεμάξατο *Salm. D Med.*: ἐσ- *codd.*
42: βαῖνεν *Salm. D Med.*: βαίνει *codd.*
48: κατενθεῖν *Salm. D Med.*: -ελθεῖν *Va.*
126: ἐπὶ *Salm. D Med.*: ὅτε *codd.* (ὅγε *R* corr.: ὅδε *SM*).

XVIII 5: κατελέξατο *Salm. D Med.*: -εκλάγετο *AU*, -εκλίνετο *S*, alii alia.
12: χρῆν αὐτόν τυ *Salm. D Med.*: ἐχρῆν αὐτόν τυ *Va.*
17: ὅποι *Salm. D Med.*: ἅπερ *codd.*
34: καλεόντων *Salm. D Med.*: κελεόντων *codd.*
55: μήτι λάθησθε *Salm. D* (-ησθαι *Med.*): μὴ' πιλάθησθε *codd.*
58: ἡμὰν *Salm. D Med.*: ὑμῖν *AU*, ἡμῖν *S* (Ὑμήν S^b).

Al hecho de que la Parisina no tuviese un texto bien fijado, en los catorce idilios primeros sobre todo, y al no diferenciarse fundamentalmente de ella el texto del *genus Vallianum*, se debe la vacilación del Salmanticensis en seguir a la Parisina o a la edición Mediolanense, cuando no coinciden las lecciones de ambas (4).

(4) Debe descartarse la hipótesis de que el Salmanticensis sea un apógrafo de la edición Mediolanense—con toda probabilidad es posterior a ella (cfr. § 9)—como es el caso del *Marcianus* 619 (siglo XVI) y del *Vaticanus Ottob. graecus* (siglo XVII). La discrepancia de lecciones que encontramos aquí y en los §§ 6 y 7, así como la presencia de XV, 22 y sg., desde Πτολεμαίῳ hasta ἀκούω, que es omitido en la Mediolanense, son argumentos contundentes en contra de tal dependencia.

Así, el Salmanticensis va con la Parisina contra la Mediolanense en:

II 29: ἀδάμαντα *Salm. Par.:* ϱ' ἀδάμαντα *Med.* (et *Mosc.* et *Va.).*

IX 2: ἐφεψάσθω *Salm. Par.* (et *U):* ἐφαψ- *Med.* (et *Va* praeter *U).*

XV 115: πλαθάνω (-ν suprascriptum ut saepe) *Salm. D* (et *Va.):* -ᾷ *Med.*

Por el contrario, va con *Med.* contra Parisina:

II 80: λιπόντων *Salm. Med.* (et *codd.):* λιπόντι *Par.:* λιποῦσι *Mosc.*

IX 35: ὁρῶσαι *Salm. Med.:* ὁρῶντι *Par.* (ex Planude): ὁρῆντε *Va.*

XIV 23: ἄψας *Salm. Med.* (et *Va.):* ἄψαις *Par.* (ex Planude).

XVI 106: ἔγωγε μένοιμι *Salm. Vallianum genus* (cf. supra) unde et in D^2 et in *Med.:* ἔγωγε γένοιμι *D:* ἐγὼ μένοιμι *AU* (μίμνοιμι *S).*

6. *El Salmanticensis y el texto de la recensión de Moscópulo.*

La recensión de los ocho primeros idilios de Teócrito que hacia 1300 hizo en Bizancio Manuel Moscópulo (cfr. Gallavotti, *Theocritus*, pág. 273 sgs.) proliferó en una serie de códices recientes y fué tenida en cuenta, según hemos visto en § 4, para la constitución del texto de la familia Parisina. Aparte de este parentesco indirecto del Salmanticensis con la recensión moscopúlea, que a nosotros no nos interesa directamente, se advierte que nuestro copista tuvo a la vista un códice moscopúleo (o que su original tenía lecciones interlineales o marginales procedentes de Moscópulo), a juzgar por aquellas lecciones en que, rechazando una lección de la Parisina y del *Vallianum genus* y haciendo caso omiso de la de la Vaticana, sigue a Moscópulo en errores manifiestos.

De gran valor probatorio son:

V 70: Μόρσων (omisso φίλε) *Salm. Mosc.*: ναὶ Μόρσων (ναί rei metricae causa) *Par. Med.*: Μόρσων φίλε *codd.*

I 65: ἀδ' ἁ *Salm. Mosc.*: ἀδέα *Par. Med.* (et *Va.*).

Aunque no conocemos la lección de la Parisina, es probable que podamos añadir:

I 36: γελῶσα *Salm. Mosc.*: -εῦσα *Med.*: -οῖσα *Va.* (praeter *S*).

II 70: Θευχαρίλα *Salm. Mosc.*: Θευμαρίδα *Med.* (et *Va.*).

7. *Dependencia directa de la familia Vaticana.*

Independientemente del parentesco que une al Salmanticensis con la familia Vaticana a través de la recensión Parisina, se observa que en cierto número de lecciones importantes y características de esta última familia y del *Vallianum genus*—precisamente en los últimos idilios, que son los que presentan en la Parisina un texto más original—el Salmanticensis sigue la lección de la Vaticana. Ello prueba, de un modo indudable, la utilización de un modelo de dicha familia (o la existencia de lecciones vaticanas, interlineales o marginales, en el modelo de Mateo Lampudis).

Así, el Salmanticensis sigue a la Vaticana (cuya lección coincide, a veces, con *K* o con *La* o con ambas a la vez):

XVI 44: εἰ μὴ κεῖνος *Salm. Va.* (et *K*): εἰ μὴ δεινός *Par. Vallianum genus Med.*: εἰ μὴ ὁ θεῖος *La.*

XVII 26: ἄμφω *codd. Salm.* (ex *Va.* ut alibi): ἄμφοιν *D Med.*

112: ἱερεύς *Salm. Va.* (*AEU* sed ἱερούς *S*) *K*: ἱερούς *D Med.* (et *RW* sed ἱερές *L*).

Muy interesantes son ciertas lecciones mixtas que prueban contaminación simultánea de la Vaticana y de la Parisina:

XVIII 2: θάλλονθ' ὑακίνθινον κόσμον *Salm.* (solus).

ex { θάλλονθ' ὑακίνθω κόσμον *Par. D Vaticanus 1380 (Vallianum genus) Med.*
θάλλοντα κόσμον ὑακίνθινον *Va.* (et *R).*

XVIII 48: ἂν εἰδῇ *Salm.* (solus).

ex { ταῦτ' εἰδῇ *D Med.*
ἂν νείμῃ *Va.* (et *R).*

XVIII 55: ἔγρεσθε *Salm.* (cum *E* et *HX*; fortasse fortuito).

ex { ἔργεσθε *D Med.*
ἔγρεσθαι *SU* (et *R.)*

Una conjetura del Salmanticensis arroja luz sobre su modelo:

En XVII 20 el texto correcto es

ἀντία δ' Ἡρακλῆος ἕδρα κενταυροφόνοιο
ἵδρυται

La buena lección la da *R* κενταυροφόνοιο. Luego κεταυροφόνοιο *KLW*. La Vaticana se divide: κεταυρόφονοιο *U:* τεταυροφόνοιο *AE:* τοῦ ταυροφόνοιο es conjetura de *S*. La Parisina trata de enmendar el texto con otra conjetura: ἕδρα σφιν ταυροφόνοιο *D Med.* en que σφιν = Πτολεμαίῳ (cfr. σφιν referido a un singular en *hymn. ad Panem* 19, *hymn. hom.* XXX 9, Aesch. *Pers.* 759, Soph. *Oed. Col.*, 1490; σφι Lycophr. 1242) que da perfecto sentido. El Salmanticensis hace, por su cuenta, una conjetura trivial con una partícula: ἕδρα θην ταυροφόνοιο.

De aquí se sacan varias conclusiones. Es posible que en este punto nuestro copista no tuviera delante el modelo de la Parisina o del *Vallianum genus*, ya que la lectura σφιν daba sentido y no tenía por qué corregirla. Ahora bien, las lecciones que estudiamos en el párrafo 5 nos demuestran en este mismo idilio XVII la utilización de un modelo de la Parisina o del *Vallianum genus*. Por lo tanto, hemos de pensar que lo que movió a nuestro copista a conjeturar fué

la lectura sin sentido que pudo ver en *U* o en *AE* (no en *S)* o, mejor dicho, la duplicidad de variantes κεταυροφόνοιο (o τετ-) y σφιν ταυρόφονοιο, de las cuales ninguna, tal vez, le satisfizo.

Que estas lecturas no proceden de *R* (a pesar de XVII 26, XVIII 2, 48 y 55), es cosa evidente por XVII 112 y XVII 20, en que nuestro copista hubiera aceptado, sin lugar a dudas, la excelente lección κενταυροφόνοιο de *R*. Contra *L*, que, como vimos en § 3, utilizó Mateo Lampudis para copiar el *Parisinus graecus 2835* y que a partir de XIV pertenece a la Laurentiana, deponen no sólo XVI 44, sino también XVII 112. Que estas lecturas tampoco proceden de la Ambrosiana *(K)*, a pesar de XVI 44, XVII 26, 112, se prueba por la falta del idilio XVIII en dicha familia, en el cual nuestro códice muestra una contaminación muy clara.

De los códices de la Vaticana, *S* se excluye, sobre todo, por XVII 112 y también por XVII 20, cuya lección τοῦ ταυροφόνοιο hubiera sido aceptada. Precisar más es imposible con los datos que nos suministran los aparatos críticos. En todo caso, no parece probable que *E* sea el modelo, ya que contiene la *Syrinx*, además de I-XVIII.

Lo que más llama la atención en esta contaminación del Salmanticensis con la familia Vaticana es que sólo hemos podido probarla para los idilios XVI, XVII y XVIII, especialmente para este último.

Es cierto que para sacar conclusiones hemos de tener en cuenta que no hemos tenido a nuestra disposición colaciones completas de los códices que nos interesan. Así, el testimonio detallado de la Parisina sólo lo hemos tenido en XV, XVII y XVIII, gracias a que el códice *D* pertenece en esos idilios a esta familia y sus lecciones están recogidas en el aparato crítico de Legrand. Para la edición príncipe Mediolanense —que no nos ha sido accesible—hemos tenido que atenernos también a la mención expresa de sus lecciones en Legrand, renunciando a argumentar cuando no las conocíamos con seguridad. A pesar de estas limitaciones impuestas a nuestro trabajo, creemos haber estudiado el material suficiente para

seutar conclusiones válidas sobre la filiación de nuestro códice.

Así, no obstante las salvedades que hemos hecho, el que en el idilio XV—para el cual conocíamos por *D* las lecciones de la Parisina—no hayamos podido encontrar huellas de contaminación con la Vaticana (5), prueba que Mateo Lampudis sólo utilizó lecciones de la Vaticana a partir del idilio XVI, y no de un modo exclusivo, sino en combinación con las de la Parisina o el del *Vallianum genus*, que aparecen en dichos idilios, según puede apreciarse en la lista, intencionadamente prolija, que hemos dado de las mismas en § 5.

8. *El Salmanticensis y el problema del códice B.*

Aunque nuestro estudio determina con precisión el puesto que corresponde al Salmanticensis dentro del *stemma codicum* de la tradición manuscrita de los bucólicos griegos, el hecho de que, en la misma Biblioteca de la Universidad de Salamanca, otro códice griego, el 295 *(olim* 1-2-21), contenga en los folios 46r a 56r unas *Emendationes in nonnulla loca Theocriti depravata ex codice antiquissimo*, las cuales, según un artículo del Sr. Tovar en EMERITA, 13-1945, págs. 40, sgs., están escritas de puño y letra del mismo Hernán Núñez de Guzmán *(Pintianus)*, que adquirió en Italia nuestro códice, nos obliga a aludir, siquiera sea brevemente, al problema, que fué el móvil de este estudio, de si el Salmanticensis tendría alguna relación con el códice antiquísimo del que proceden las lecciones que recoge el Comendador. Porque, al demostrar el Sr. Tovar la frecuente coincidencia de dichas lecciones con las que se encuentran en las ediciones de Eufrosino Bonino (en las prensas de Filippo Giunta, Florencia, 1516), y de Zacarías Calliergis (Roma, 1516), y que, general-

(5) En XV 30 el Salmanticensis lee εἰς νᾶμα con *D* y todos los códices frente a ὡς νᾶμα de *Med.* Probablemente tenemos una conjetura de *Med.* o de su modelo, conjetura que pasó a todas las otras tres ediciones antiguas: la Aldina, la de Giunta y la de Calliergis.

mente, se atribuyen—desde el prólogo de la misma edición de Bonino—a un códice antiguo supuesto (sigla *B* de Wilamowitz) emparentado con *K* e identificado hipotéticamente con el que poseyó en la época en que salen dichas dos ediciones el erudito paduano Paolo Capodivacca, y que desapareció—probablemente en el incendio de su casa de campo—, era evidente que no se podía descartar *a priori* la posibilidad de que el Salmanticensis fuese un apógrafo, total o parcial, del *Patauinus (B)* desaparecido, que Wilamowitz, *Textsgeschichte*, pág. 7, considera manuscrito de primer orden, y del que, según el Sr. Tovar, parecen proceder, directa o indirectamente, las lecturas recogidas por el Comendador en sus *Emendationes*. Bien es verdad que Gallavotti, *Rivista di Filologia Classica*, 18, 1940, págs. 241 sgs., zanjaba la cuestión del códice *B* negando la antigüedad y el valor del códice de Capodivacca y señalando las contaminaciones y conjeturas que dieron lugar a las nuevas lecciones de Musuro representadas por las dos ediciones en cuestión, al mismo tiempo que señalaba los códices de donde procedían los poemas que, por primera vez, se publican en dichas ediciones. Sin embargo, no cabe duda de que la publicación de las *Emendationes* del Comendador griego introduce en el problema del códice *B* un nuevo elemento de juicio que obliga a revisar por completo la cuestión y que hace que tuviera razón el plantearse—antes de conocer la filiación precisa, claro es—el problema de la relación de nuestro Salmanticensis con el hipotético códice *B* (6).

No hace falta decir que la contestación a ese problema ha de ser forzosamente negativa, después del estudio que

(6) Por otra parte la tesis de Gallavotti no es aceptada por K. LATTE, «Zur Textkritik Theokrits», *Götting. Nachrichten*, 1949, 8 pág. 225 sgs., aunque no conoce las *Emendationes* de Hernán Núñez, considerando antiguas las coincidencias de las lecciones de papiros con las de las ediciones romanas. A. TOVAR en «Aún sobre el texto de los Bucólicos», *Anales de Filología Clásica*, Buenos Aires, 4, 1949 pág. 15 sgs. ha insistido en su punto de vista, precisando sus ideas y tomando posición respecto a Gallavotti.

hemos hecho en los párrafos precedentes de la filiación del códice Salmanticensis. En efecto, si no son pruebas en contra de la relación del Salmanticensis con las *Emendationes* ni el número de idilios (pues si es cierto que éstas abarcan varios poemas más, también es cierto que nuestro códice puede sólo copiar una parte del contenido del *B)* ni el orden en que aparecen (pues los lemas de las *Emendationes* están tomados de la edición Aldina, la cual presenta I-XVIII en el mismo orden correlativo que nuestro códice), la disconformidad de lecciones importantes y de gran valor probatorio constituye un argumento decisivo en contra de toda relación entre nuestro códice y las *Emendationes* del Comendador. He aquí algunas de ellas:

I 62: κοὔτι τυ κερτομέω *Pint.*: κοὔτοι τοι φθονέω *Salm.*
103: ἔρωτι *Pint.*: ἔρωτος *Salm.*
II 65: ἄρξομ' ἐγὼ *Pint.*: ἄρξωμαι *Salm.*
118: κεν ἐγώ *Pint.*: κἠγώ *Salm.*
IV 28: ἔπαξας *Pint.*: ἔπαξα *Salm.*
61: μάκτραν *Pint.*: μάνδραν *Salm.*
V 21: ἐσσί *Pint.*: ἐντί *Salm.*
IX 6: ἔν ποθ' ἕν siue ἔκποθεν *Pint.*: ἔμπροσθεν *Salm.*
XI 62: ὡς εἰδῶ *Pint.*: ὥς κεν ἴδω *Salm.*
XIII 40: χώρῳ *Pint.*: χόρτῳ *Salm.*
48: ἀμφεδόνησεν siue ἀμφεφόβησεν *Pint.*: ἀμφεκάλυψεν *Salm.*
51: ἑταίροις *Pint.*: ἑταῖρος *Salm.*
XIV 17: κοχλίας *Pint.*: κολχίας *Salm.*
XV 36: καθαρῶ *Pint.*: καθαρᾶν *Salm.*
XVI 9: ἀλιθίαν *Pint.*: ἀλητείην *Salm.*
23: ἅδε *Pint.*: ὧδε *Salm.*
102: μέλοι *Pint.*: ἴκοι *Salm.*
XVII 41: ἐπιτρέποι *Pint.*: -τρέπει *Salm.*
48: νᾶα *Pint.*: νᾶμα *Salm.*
XVIII 2: κόμαις *Pint.*: κόσμον *Salm.*
5: κατεκλάζετο *Pint.*: κατελέξατο *Salm.*
41: τεῦ ὦ *Pint.*: τεά *Salm.*

Por el contrario, las coincidencias nunca son exclusivas de ambos textos. Podemos, pues, afirmar que no existe relación directa ni indirecta alguna entre el manuscrito Salmanticensis de Teócrito y las *Emendationes* de Hernán Núñez.

9. *Conclusiones.*

Además de rechazar la posibilidad de relación entre el Salmanticensis 230 y las correcciones al texto de Teócrito, atribuídas al Comendador Griego, del códice 295 de la misma biblioteca y, a través de ellas, con el hipotético *B*, el estudio de nuestro manuscrito nos ha permitido:

Fechar el manuscrito: el Salmanticensis hubo de ser escrito antes de 1512 (aprox.) y después de 1460-1470, pues por estos años parece constituirse el *genus Vallianum* (vid. Gallavotti, *SIFC* 13, 1936, págs. 52 sgs.). Entre dichos dos términos, el que la actividad de Lampudis se sitúe con la copia del *Parisinus graecus 2835* en el siglo XVI invita a suponer una fecha más bien retrasada. La copia se hizo, naturalmente, en Italia.

Determinar la filiación: el Salmanticensis es un manuscrito contaminado. Junto a un texto de la familia Parisina, o más bien del *genus Vallianum*, que le sirve de base, el copista ha tenido a la vista un códice moscopúleo para los idilios I-VIII —que son los que contenía la recensión de Moscópulo—y otro, de la familia Vaticana solamente, al parecer, para los idilios XVI, XVII y XVIII. O más bien—dado el modo típico de producirse la contaminación : cfr. P. Maas, *Textkritik* § 10, en Gercke-Norden, *Einleitung*$_3$—es de suponer que el original fué un códice del *genus Vallianum* con lecciones interlineales o marginales procedentes de Moscópulo y de la Vaticana en los lugares indicados, que Lampudis—o el copista de su modelo (?)—contaminaron.

MARTÍN SÁNCHEZ RUIPÉREZ
UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

MISCELLANEA CRITICA

I. SOLONE, I 34

I vv. 33-35 della celebre elegia soloniana suonano: θνητοὶ δ' ὧδε νοεῦμεν ὁμῶς ἀγαθός τε κακός τε | ΕΝΔΗΝΗΝ αὐτὸς δόξαν ἕκαστος ἔχει, | πρίν τι παθεῖν κτλ.

Le prime sette lettere del v. 34 sono prive di senso ed invano gli studiosi han tentato di correggerle, con impegno tanto più fervido in quanto quel verso costituisce il perno di un passaggio che, a sua volta, deve reggere e giustificare lo svolgimento ulteriore dell'elegia. Bisogna, tuttavia, riconoscere che allo stato attuale nessun tentativo appare veramente riuscito (1). E debbo convenire che una certa insoddisfatta perplessità permane in me circa la stessa correzione da me proposta: ἐνδεῖν ἦν αὐτὸς δόξαν κτλ., *custodire quam quisque habet opinionem*, per quanto conveniente dal punto di vista paleografico essa possa essere (2), nonchè, quanto al senso traslato da attribuire ad ἐνδεῖν, giustificabile con il confronto

---

(1) Nel mio studio *L'elegia di Solone alle Muse*, Napoli (1947), pp. 54-59, ho discusso le correzioni proposte dai dotti, indicando i motivi per cui nemmeno le più felici sembrano accettabili. Mi limito, pertanto, a ricordarle: ἓν δήειν e poi δηνεύειν BERGK; εὐθηνεῖν AHRENS; εὖ δεινὴν BUECHELER; ἀνδάνει ἦν SITZLER; ἔρδων ἦν ZIEGLER; εὖ ἔρδειν FRIEDLAENDER; σπεύδειν ἦν REINHARDT; ἔρδειν ἦν ROEMISCH; ἐντείνων αὐτὸς... ἔχειν LINFORTH; ἐν δὴν ἦν KALINKA.

(2) In nota davo anche una variante della mia stessa correzione: ἐνδεῖ δ' ἦν, *et quam quisque habet opinionem custodit*, meno ortodossa paleograficamente, ma stilisticamente più scorrevole.

di altri luoghi soloniani, in cui appaiono consimili ed anche più arditi traslati (1).

In realtà, non v'è studioso, a mio avviso, che non abbia talvolta provato un senso di sospetto di fronte ad una congettura troppo aderente all'elemento paleografico. Così quella insoddisfazione data, p. es., dalla lezione del Kalinka ἐν δὴν ἦν, che mantiene fedelmente le lettere tràdite, perdura in me anche rispetto alla mia stessa congettura ἐνδεῖν ἦν (ο ἐνδεῖ δ' ἦν), che é, Kalinka appunto eccettuato, fra tutte le altre paleograficamente la più attendibile.

Invero, le congetture finora proposte si possono raggruppare, *grosso more*, in due categorie. Alcuni critici, infatti, (Reinhardt, Roemisch, ecc.) si valgono della corruzione per introdurre nel testo quel concetto che la loro interpretazione personale dell'elegia suggerisce. Le congetture in tal modo escogitate *nimium a litteris traditis recedunt.*

La seconda categoria comprende quelle congetture (p. es. ἓν δήειν del Bergk, quella del Kalinka, la mia, ecc.) che muovono, invece, proprio dalle lettere tramandate e mirano soprattutto a serbare fedeltà paleografica, contentandosi di inserire locuzioni che press'a poco si adattino al contesto generale, e, se non tradiscono il pensiero soloniano, tuttavia non lo colgono nella sua precisa formulazione. Il fatto è che, mentre l'elemento paleografico costituisce una traccia o almeno una indicazione che non deve essere trascurata, d'altra parte non è men vero che «una congettura non divien migliore perché la si può motivare paleograficamente, e certo non divien giusta, perché essa è tutt'al più possibile paleograficamente» (2). È forse difetto comune a quasi tutte le congetture é che esse subiscono, sia pure inconsciamente, l'influenza del Wilamowitz. Questi, pur non volendo pro-

(1) Cfr. soprattutto il v. 33 della terza elegia, dove il poeta rappresenta l'Eunomia che τοῖς ἀδίκοισ' ἀμφιτίθησι πέδας.

(2) L. TRAUBE, *Vorles. u. Abh.* III, 113, cit. da G. PASQUALI *Storia della Tradizione e Critica del Testo*, p. 137, n. 3 (cfr. anche, p. 114).

porre alcun emendamento, segnò quasi la strada agli studiosi scrivendo: «ενδην ἣν: non ancora si é riusciti a restituire la prima parola; sicuro é soltanto che il pentametro in proposizione indipendente dà ciò che era annunziato con ὧδε νοεῦμεν, e che ἣν é relativo, *quam quisque habet spem*. Si potrebbe sanare con un infinito futuro *ratam fore* o un indicativo *laudat*» (1). Ed infatti quasi tutti i critici tentarono di ricomporre con le prime lettere appunto un verbo, seguito da ἣν relativo; ma non pensarono che qui ciò che é veramente necessario é un attributo qualificante la δόξα. Come, infatti, ho già osservato nel mio saggio, appaiono nella elegia soloniana ambedue le accezioni fondamentali del termine δόξα, *bona fama* e *opinio*, la prima nel verso 4, l'altra in questo v. 34. Secondo l'arcaico sentire dell'epoca soloniana, soltanto la δόξα per così dire oggettiva ha valore di verità (l'assenso, il riconoscimento da parte di tutti é la condizione imprescindibile che determina la verità della δόξα e la piega infine al senso di *laus*); fallace, al contrario, é la δόξα soggettiva (l'*opinio* del singolo, che non ha radici nella realtà esteriore é, per Solone e i suoi contemporanei, senz'altro falsa). Ed ecco infatti che nel v. 4 il πρὸς ἁπάντων ἀνθρώπων chiarisce già da solo il valore oggettivo e buono della δόξα, laddove, in chiara contrapposizione con questo concetto, la δόξα del v. 34, che preannuncia le vane opinioni dei vv. 37 sgg., appare come quella che αὐτὸς... ἕκαστος ἔχει. Ma non basta. All'indifferente voce δόξα Solone ha aggiunto nel v. 4 l'aggettivo ἀγαθή; invece, nel v. 34 manca l'attributo che senza possibilità di equivoco chiarisca il valore antitetico dell'altra δόξα, quella fallace nutrita dal singolo. Orbene, le lettere corrotte non possono, a mio avviso, che celare proprio quell'attributo.

Al riguardo è significativo che l'unica congettura la quale,

---

(1) *Sappho und Simonides*, p. 260. Tuttavia la parafrasi dello stesso WILAMOWITZ (p. 262) non corrisponde pienamente a tali premesse: τῶν δὲ ἀνθρώπων οἵ τε σοφοὶ καὶ οἱ ἀμαθεῖς ἀσφαλῆ νομίζουσιν ἣν ἂν ἕκαστος ἐπινοήσῃ βουλήν, μέχρι ἄν τι πάθωσι.

invece del verbo, inserisca all'inizio del v. 34 appunto una qualificazione della δόξα, sia proprio quella oggi generalmente accettata: εὖ δεινήν del Buecheler. Ma il δεινήν non appare assolutamente conveniente, non solo per le giuste obiezioni del Setti, ma soprattutto perchè indica soltanto indirettamente e per così dire in un secondo tempo la vanità della δόξα. Se si legga: «Noi così pensiamo tutti e ognuno ha di sè un'eccellente opinione prima che gli accada sventura», è evidente, sì, che quell'eccellente opinione è fallace e falsamente nutrita, ma è anche chiaro che il valore della δόξα non si ricava se non per induzione, mentre è assai più probabile e confacente allo stile soloniano che la vanità di quella *opinio* sia semplicemente e direttamente indicata fin dal principio.

A conferma di ciò si noti che nel passo in questione il poeta menziona la δόξα e le vane speranze che illudono gli uomini, e che immediatamente, dal v. 37 al v. 42, segue una esemplificazione in cui si presentano intrecciate in una figura a chiasmo le opinioni, appunto, e le vane speranze. Ci vorrà dunque nel v. 34 un attributo simmetrico per il senso al κοῦφαι che qualifica le ἐλπίδες nel v. 36.

A questo punto Euripide ci viene in aiuto. Nell'*Ifig. Taur.* l'antistrofe 407 sgg. è tutta desunta da Solone; anzi in essa è quasi condensata, nei suoi motivi essenziali, l'elegia, e in particolare proprio la seconda parte di questa (1). Occorre aggiungere che v'è, addirittura, concordanza anche formale e che Euripide ripete da Solone alcune espressioni caratteristiche per sottolineare appunto quelli che si possono chiamare i concetti fondamentali. Così, l'ὄλβος, l'ἐλπίς vana e la δόξα fallace appaiono e in Solone e in Euripide. L'ἐλπίς, che in Solone è κούφη, in Euripide, che ama il colorito più intenso, è ἄπληστος; analogamente, l'ὄλβος appare come βάρος ὄλβου. Quanto alla δόξα, l'attributo con cui Euripide la qualifica oscilla nella tradizione manoscritta: nel v. 418 LP hanno κοιναὶ δόξαι, *l* κεναὶ δ. Pertanto alcuni editori scri-

(1) Per l'analisi del passo euripideo in rapporto a SOLONE, cfr. il mio saggio, p. 55 sgg.

vono κοινᾶ δόξα, altri κεινᾶ δόξα, oppure κενᾶ δ., ma κενᾶ sembra escluso dalla metrica, essendo il *colon* composto di due spondei (1). Il concetto generale (2) e soprattutto il confronto con Solone mi inducono a preferire per Euripide senz'altro la lez. κεινᾶ δόξα (3). Io avevo già osservato che «Euripide... con κενή indica quale sia il vero senso da attribuire alla δόξα» e, a proposito del v. 34 di Solone, che, «semmai si dovesse specificare la δόξα, l'unico attributo conveniente sarebbe κενή». Mi sembra, pertanto, di poter ora cogliere la vera restituzione del tormentato verso soloniano:

κεινὴν δὴν αὐτὸς δόξαν ἕκαστος ἔχει.

Le due lezioni, la soloniana κεινὴν δόξαν e l'euripidea κεινᾶ δόξα, si confermano a vicenda: evidentemente Euripide ha adoperato la forma κεινᾶ e non quella κενᾶ proprio perchè aveva presente il verso di Solone, e forse la forma ionica fu una delle cause della corruzione del testo in ambedue i poeti.

Per quanto riguarda l'altro termine della lezione da me proposta — fermo restando l'attributo κεινήν come l'unico veramente conveniente —, potrebbe forse qualcuno domandarsi se non sia preferibile magari la restituzione εὖ κεινήν, la quale avrebbe il vantaggio di porre in spiccato rilievo il valore soggettivo di δόξα. Ed εὖ sembra migliore di δήν che potrebbe apparire, a prima vista, poco opportuno per il seguente πρίν τι παθεῖν e soprattutto per il v. 16 οὐ γὰρ δὴν θνητοῖσ' ὕβριος ἔργα πέλει. Ma se in questo v. 16 è detto che le opere della ὕβρις vengono disperse da Dike dopo non molto tempo, tuttavia, nei vv. 25 sgg. — cioè nel passo che immediatamente precede il v. 34 e al quale il v. 34 si riattac-

(1) Cfr. SCHROEDER, *Eur. Cant.*²; WILAMOWITZ, *Griech. Versk.* 566.

(2) Osserva il DEL GRANDE, *Eur. Ifig. Taur. comm.* (Milano, 1941), p. 57, che κενᾶ δόξα va preferito a κοινᾶ δ., in quanto ribadisce il parallelismo e l'opposizione concettuale: κενός, *vuoto*, contro ἄπληστος e βάρος.

(3) Il WILAMOWITZ, *Gr. Versk.*, p. 568, preferisce κοινᾶ δόξα che spiega col τί κοινότατον; ἐλπίς di PLUTARCO (*Sympos.* 153 d) e anche con Pind. *Nem.*, I, 32: ma il confronto mi sembra lontano e poco opportuno.

ca—Solone chiarisce che questo tempo può perfino trascendere una vita mortale: Dike, talvolta, colpisce i figli o addirittura il γένος ἐξοπίσω. Il concetto espresso da δήν nel v. 34 appare dunque necessario in grazia del v. 32, ma anche in sè e per sè (1): occorre il persistere nell'errore perchè l'ὕβρις si configuri, cioè il limite giusto sia superato. Inoltre, se è pur vero che qui si tratta della δόξα soggettiva, cioè dell'opinione che il singolo ha, l'εὖ verrebbe ad interiorizzare troppo modernamente questo concetto e a designare quasi una riflessione introspettiva che non è di Solone nè dell'epoca sua. Per quest'ultima, a mio avviso, essenziale osservazione—oltre che per gli altri motivi altrove esposti—l'emendamento del Buecheler εὖ δεινήν non appare accettabile (2).

II. Solone, III 4.

L'immagine di una divinità che tiene le mani sopra la sua città,

Παλλὰς Ἀθηναίη χεῖρας ὕπερθεν ἔχει,

in segno di protezione non è originale di Solone, ma appare già in Omero, Δ 249

ὄφρ' ἴδητ' αἴ κ' ὔμμιν ὑπέρσχῃ χεῖρα Κρονίων

e si ripete poi con maggiore compiutezza formale in Teognide, 757 sg.:

Ζεὺς μὲν τῆσδε πόληος ὑπειρέχοι αἰθέρι ναίων
αἰεὶ δεξιτερὴν χεῖρ' ἐπ' ἀπημοσύνῃ.

Ma, mentre Omero e Teognide adoperano la locuzione ὑπερέχειν χεῖρα, Solone preferisce scindere il verbo composto

(1) Il δήν, come si è visto, appare anche nella restituzione del Kalinka.

(2) Cfr. per εὖ il mio saggio cit., p. 57, e per δεινήν anche Ugolini-Setti, *I Lirici Greci*, n. ad l.

in ὕπερθεν ἔχειν. Quest'ultima locuzione s'incontra anche in Omero ma con un significato diverso, come nota il Diehl: «χεῖρας ὕπερθεν alio sensu Hom. passim», ed infatti si può ricordare, p. es., N 75

μαιμώωσι δ' ἔνερθε πόδες καὶ χεῖρες ὕπερθε.

Tuttavia, vale la pena di rilevare che, se Teognide, come ho detto, preferì rifarsi ad Omero Δ 249 più che a Solone, a quest'ultimo, invece, s'ispirò con assoluta fedeltà formale un epigrammatista del 3.° sec. a. C., Teodorida di Siracusa, il quale scrisse (Anth. Pal. VI 155, 5 sg.=Olivieri, *Epigrammatisti Greci della Magna Grecia e della Sicilia*, p. 182):

Ὄλλον, θείης τὸν Κρωβύλον εἰς τέλος ἄνδρα,
οἴκου καὶ κτεάνων χεῖρας ὕπερθεν ἔχων.

III. Ancora sui vv. 631-32 dei *Persiani* di Eschilo.

Ho già altrove (1) cercato di dimostrare che questo tormentato passo di Eschilo non abbisogna di alcuna correzione ma soltanto di essere rettamente inteso. Il Coro dei vecchi Persiani, dopo aver pregato gli dèi inferi di voler essere benigni e di rimandare alla luce l'anima di Dario, esclama:

εἰ γάρ τι κακῶν ἄκος οἶδε πλέον,
μόνος ἂν θνητῶν πέρας εἴποι.

«Se infatti (Dario) conosce un rimedio dei mali più efficace (dei sacrifizi che ora facciamo), egli solo tra i mortali potrà dirci il termine (di questi nostri mali).»

Invero, lo «stimolo a congetturare» che punse tanti studiosi non sarà più avvertito se a πέρας si sottintenda κακῶν facilmente desumibile dal verso precedente, e soprattutto qualora si dia a πλέον—così sconcertante a prima vista—il significato di «più efficace», nel senso già acutamente indi-

(1) «Dioniso» XII (1949), pp. 64-65.

cato da Demetrio Triclinio nella sua glossa: οὗ νῦν ἡμεῖς ποιοῦμεν, ἤγουν τῶν θυσιῶν.

Che πλέον abbia un tale valore, non può apparir strano qualora si ricordino le frasi usuali τί πλέον; πλέον ἔχειν, ποιεῖν ecc. In queste locuzioni il significato corrente di πλέον facilmente e naturalmente assume quello affine, quasi sostantivato, di «vantaggio, utile». Eschilo da un tale uso può essere stato indotto a porre πλέον come attributo di ἄκος col valore di «più vantaggioso, più utile, più efficace».

Questa interpretazione mi sembra sicuramente confermata dalla seconda parte della parodos dell'*Alcesti* euripidea e in particolare dai vv. 134-36.

Il Coro ricorda che Admeto si è adoperato in tutti i modi per stornare la sorte di Alcesti; rileva che non vi è a quale altare più rivolgersi poichè ogni tentativo è stato già compiuto dal re, e conclude:

πάντων δὲ θεῶν ἐπὶ βωμοῖς
αἱμόρραντοι θυσίαι πλήρεις,
οὐδ' ἔστι κακῶν ἄκος οὐδέν.

E'evidente che—sia pure nelle divergenze imposte dalla diversa situazione drammatica e dalla diversa sensibilità dei poeti—questa parte della parodos euripidea comprende e ripete alcune note tematiche proprie del corale eschileo. Infatti i tentativi compiuti da Atossa per stornare la sciagura incombente consistono in libagioni e sacrifizi a Dario e agli inferi e corrispondono ai tentativi compiuti da Admeto, consistenti anch'essi in libagioni e sacrifizi: nell'un caso e nell'altro i tentativi son rimasti vani e non si vede un κακῶν ἄκος.

Nella coincidenza del concetto informatore, la coincidenza dell'espressione κακῶν ἄκος, la quale per di più in ambedue i poeti è collocata nella medesima sede centrale del verso, non deve essere ritenuta casuale.

E quindi ogni congettura che, come quella del Wecklein, modifichi nel v. 631 di Eschilo l'ordine delle pa-

role deve essere, anche per il confronto con Euripide, respinta.

Inoltre, quel che più conta, proprio dal confronto con Euripide la suddetta interpretazione di πλέον appare con sicurezza confermata. Chè in Euripide la successione dei versi, per cui il v. 136 si oppone ai due precedenti, dimostra che mezzo per ottenere rimedio ai mali sono considerati proprio i sagrifizi. Va pur aggiunto che, quando nello stesso canto il Coro dice che dopo i sagrifizi di tante vittime non sa più a chi rivolgersi (vv. 119-21), in sostanza riecheggia il concetto dei versi in questione dei *Persiani*, dove pure il Coro afferma che dopo le compiute libagioni può rivolgersi soltanto all'ombra del morto re.

Infine, un'ulteriore conferma della genuinità della lez. πλέον in Eschilo è data, a mio avviso, anche da un verso di Sofocle. Infatti nell'*Aiace*, 362 sg., leggiamo:

εὔφημα φώνει· μὴ κακὸν κακῷ διδοὺς
ἄκος πλέον τὸ πῆμα τῆς ἄτης τίθει.

E'vero che qui il senso è del tutto diverso e πλέον è unito con πῆμα e non con ἄκος e ha il valore di «maggiore»; ma la posizione stessa delle parole e specialmente il susseguirsi immediato dei due termini ἄκος πλέον induce a pensare che Sofocle avesse presente la frase eschilea e la leggesse appunto con la lez. ἄκος πλέον.

IV. Euripide, *Alcesti* 360-62.

Recentemente (1), E. L. B. Meurig Davies ha pubblicato una serie di note ad Eschilo, Sofocle, Euripide. Una nota riguarda *Alcesti* 360-62:

(1) «Revue des Etudes Grecques». Tome LXI, n. 286-288 (1948), p. 359 sg.

καί μ' οὔθ' ὁ Πλούτωνος κύων
οὔθ' οὐπὶ κώπῃ ψυχοπομπὸς ἂν Χάρων
ἔσχον, πρὶν ἐς φῶς σὸν καταστῆσαι βίον,

e suona così: «Cobet objected: 'neque enim Χάρων suo nomine appellari debebat, neque βίον sanum est... pro σέ non poterat dicere σὸν βίον. 'But cfr. Paus. 10, 28, 2 ἔστι γὰρ δὴ ἐν τῇ Μινυάδι ἐς Θησέα ἔχοντα καὶ Πειρίθουν· ἔνθ' ἤτοι νέα μὲν νεκυάμβατον, ἦν ὁ γεραιὸς πορθμεὺς ἦγε Χάρων κτλ.; *Bacch.* 1339, σὸν καθιδρύσει βίον.»

Sennonchè, per dimostrare infondati i dubbi del Cobet, non occorre citare a confronto nè Pausania nè le *Baccanti*: basta, invece, richiamarsi proprio all'*Alcesti*. Invero, il nome di Caronte è stato già fatto nel v. 255:

ὁρῶ δίκωπον ὁρῶ σκάφος ἐν λίμνᾳ, νεκύων δὲ πορθμεὺς | ἔχων χέρ' ἐπὶ κοντῷ Χάρων μ' ἤδη καλεῖ κτλ.,

dove la locuzione νεκύων πορθμεύς corrisponde perfettamente a ψυχοπομπός e l'altra ἔχων χέρ' ἐπὶ κοντῷ a οὐπὶ κώπῃ . La stessa immagine, pur senza il nome di Caronte, ritorna ancora nei vv. 438-39.

A proposito di σὸν βίον, già il Weber (1) ha citato il verso delle *Baccanti*, e ha visto che la locuzione è uguale a σὲ βιοῦσαν. Ma neppur egli ha osservato che σὸν βίον trova esatto riscontro nella locuzione analoga ἀμὸν βίον, la quale, col valore appunto di ἐμὲ βιοῦντα, (2) ricorre nell'*Alcesti* poco dopo, v. 396:

προλιποῦσα δ' ἀμὸν
βίον ὠρφάνισεν κτλ.

V. Euripide, *Alcesti* 529.

Nella sticomitia fra Admeto ed Eracle, nella quale il primo con un continuo girare e rigirare su giochi di parole e con un arzigogolare sofistico, che a noi talvolta giunge a dare quasi

(1) *Euripides Alkestis* (Leipzig-Berlin, 1930), p. 124.

(2) Oppure ἡμᾶς βιοῦντας, se si preferisca intendere, come è pur possibile, che Eumelo alluda anche alla sorella.

un senso di fastidio, cerca di nascondere ad Eracle la notizia luttuosa della morte di Alcesti, a un certo punto Admeto dice:

σὺ τῇδε κρίνεις, Ἡράκλεις, κείνῃ δ' ἐγώ.

Questa frase ha sapore proverbiale: il che viene confermato non solo dal fatto che il concetto ritorna altrove, nello stesso Euripide, *Suppl.*, 466:

σοὶ μὲν δοκείτω ταῦτ', ἐμοὶ δὲ τἀντία,

quanto soprattutto dall'affermazione esplicita che si legge in un'elegia di Eveno (1), fr. 1:

πολλοῖσ' ἀντιλέγειν μὲν ἔθος περὶ παντὸς ὁμοίως,
ὀρθῶς δ' ἀντιλέγειν, οὐκέτι τοῦτ' ἐν ἔθει·
καὶ πρὸς μὲν τούτους ἀρκεῖ λόγος εἷς ὁ παλαιός·
«σοὶ μὲν ταῦτα δοκοῦντ' ἔστω, ἐμοὶ δὲ τάδε».

Si tratta, dunque, di un modo di dire corrente in Atene nell'età classica; anzi forse possiamo addirittura determinare con precisione il vago riferimento contenuto nel παλαιός di Eveno. Non è improbabile, infatti, che il poeta si richiami a un passo dell'*Aiace* di Sofocle, che costituisce per noi la più antica testimonianza del concetto in questione, vv. 1038 sg.:

ὅτῳ δὲ μὴ τάδ' ἐστὶν ἐν γνώμῃ φίλα,
κεῖνός τ' ἐκεῖνα στεργέτω κἀγὼ τάδε.

Ed è notevole che lo Scoliaste a questo luogo annoti: γέγονε δὲ τοῦτο καὶ παροιμιακόν: del resto si può agevolmente supporre che anche al tempo di Sofocle la frase fosse già proverbiale.

---

(1) Il WILAMOWITZ, *Hellen. Dicht.*, I, 97, n. 1, scrive: «1, 4 verweist er (Euenos) auf eine Wendung, die auch bei Euripides *Hik.* 466 auftritt».

VI. Crizia Fr. 8 Diehl.

E' noto che i Greci non ebbero mai cura di evitare la ripetizione, a breve distanza, della stessa parola (1), anzi la disinvoltura per cui lo scrittore non teme di adoperare ogni volta che lo reputa opportuno il termine appropriato, è indice in genere di naturalezza e spontaneità di stile. Tuttavia la ripetizione che s'incontra nel fr. 8 di Crizia costituisce un caso ben diverso:

τὸν δὲ γυναικείων μελέων πλέξαντά ποτ' ὠδὰς
ἡδὺν Ἀνακρείοντα Τέως εἰς Ἑλλάδ' ἀνῆγεν,
συμποσίων ἐρέθισμα, γυναικῶν ἠπερόπευμα,
αὐλῶν ἀντίπαλον, φιλοβάρβιτον, ἡδύν, ἄλυπον.
οὔ ποτέ σου φιλότης γηράσεται οὐδὲ θανεῖται,
ἔστ' ἂν κτλ.

La ripetizione di ἡδύν non può, infatti, essere in nessun modo giustificata, perchè tale attributo ricorre due volte per qualificare lo *stesso* nome nella *stessa* frase. Ch'io mi sappia, due editori soltanto hanno avvertito la difficoltà, il Bergk e l'Hiller; quest'ultimo propose, dubbiosamente ed in nota, di correggere l'ἡδύν del v. 4 in αἰέν; il Bergk, anch'egli dubbiosamente ed in nota, pensò ad ἠΰν. Tali correzioni non sono accettabili, ed infatti non sono state più ricordate dagli editori posteriori. L'ἠΰν non si accorda con i due attributi che precedono e seguono (2), non trova riscontro in nessuno dei caratteri della poesia anacreontea; è suggerito solo da un'esteriore e speciosa verosimiglianza paleografica. L'αἰέν

(1) Cfr. la mia *Unità dell' Aiace di Sofocle*, p. 140 sg.

(2) Questo evidentemente vide il Michelangeli (*Anacreonte e la sua fortuna nei secoli*, Bologna, 1922, p. 71) quando tradusse: «amico della cetra (bravo), senza tristezze»: l'uso della parentesi dimostra che egli non era per nulla soddisfatto della lez. ἠΰν ma sentiva la difficoltà del doppio ἡδύν.

si dimostra un mero riempitivo, a cui con tutta probabilità neppure lo stesso Hiller credette (1).

Se, pertanto, la ripetizione dei due ἡδύν è insostenibile, deve essere considerato corrotto il primo di essi, giacchè il secondo mi sembra giustificato dalla gradazione delle immagini e dal seguente ἄλυπον. Non sarebbe difficile pensare, per il primo ἡδύν, ad una correzione quale πρηΰν, che pare, a prima vista, convenire bene come attributo di Anacreonte. Ma πρηΰν potrebbe forse essere opportuno nella climax del v. 4 (sebbene il concetto da esso espresso sia in realtà compreso e nell'ἡδύν e nell' ἄλυπον), dove è insostenibile per la metrica; d'altra parte, nel v. 2, accanto al nome proprio occorre un termine ben più significativo.

Questa di Crizia è cronologicamente la prima testimonianza in cui si tenti di delineare i caratteri della poesia di Anacreonte e la sua figura: ed è già, come risulta da quel che il poeta dice nonchè dall'enfasi alquanto retorica che vizia il passo (pur se questo non sia privo di un certo slancio e di una certa freschezza), una caratterizzazione «tipica», che in realtà potrebbe bene avere aperto la via a quanto di convenzionale e di astratto è nell'idea che l'antichità si fece di

---

(1). Due critici, che recentemente hanno avuto occasione di tradurre il fr., ripetono lo stesso aggettivo (B. GENTILI, in «Maia», I, pagina 265, *dolce;* C. DEL GRANDE, *Storia della Lett. Gr.*, Napoli, 1950, 8.ª ed., p. 85, *soave);* così pure CH. BURTON GULICK *(Athenaeus*, VI, p. 235): «delightful... full of delight». Altri, invece, hanno preferito, con un certo arbitrio, rendere i due ἡδύν con due aggettivi diversi, come il ROMAGNOLI *(I Poeti Lirici*, III, p. 136): «soave... gentile» e l'EDMONDS *(Lyra Graeca*, II, p. 129): «sweet... the delightful»; oppure non solo hanno usato due agg. diversi ma hanno inoltre aggiunto al secondo un sostantivo che nel testo greco non c'è, come il PASCUCCI *(Storia della Lett. Gr.*, Firenze, 1949, p. 94): «il dolce Anacreonte... soave cantore»; oppure hanno ripetuto, come il BERGOUGNAN *(Hésiode et les poètes élégiaques et moralistes de la Grèce.* Trad. nouvelle, Paris, 1940, p. 254), il nome proprio «le doux Anacréon... le doux et joyeux Anacréon», dando alla seconda locuzione un valore di frase finale riassuntiva, che il testo greco non ha; o addirittura, come il FRACCAROLI *(I Lirici Greci. Elegia e Giambo*, p. 278), hanno omesso il secondo ἡδύν.

Anacreonte. I versi di Crizia segnano e rivelano un punto decisivo nel processo di formazione del modello, che presto diventerà del tutto stereotipato, della figura di Anacreonte. Le rappresentazioni posteriori di Anacreonte, soprattutto gli epigrammi, riecheggiano, invero, sebbene con una intensificazione di colorito in cui va perduta l'originaria grazia e che giunge perfino al comico e al lascivo, la caratterizzazione criziana. Orbene, un motivo quasi immancabile della rappresentazione negli epigrammi è la qualifica di «vecchio». L'epigramma XXVIII Olivieri (Anth. Plan. 307) di Leonida comincia appunto: ἴδ' ὡς ὁ πρέσβυς κτλ.; l'epigr. adespoto Anth. Plan. 309 ha, all'inizio del v. 2, πρέσβυν; l'epigr. di Antipatro Anth. Pal. VII 27 ha del pari, all'inizio del v. 10, il voc. πρέσβυ; un altro epigr. Anth. Pal. VII 24 presenta alla fine del v. 9 ὁ γεραιός; e in genere il riferimento alla vecchiaia è uno dei motivi delle anacreontee. Ma soprattutto notevole è l'epigr. XLII Olivieri (Anth. Plan. 306) di Leonida, che comincia così:

> πρέσβυν 'Ανακρείοντα χύδαν σεσαλαγμένον οἴνῳ
> θάεο κτλ.

Vien fatto, quindi, di pensare che anche nel v. 2 di Crizia sia da leggere, proprio come in Leonida, πρέσβυν 'Ανακρείοντα (inv. di ἡδὺν 'Ανακρ .). Col πρέσβυν vi è anche più stretto legame e formale e logico tra i due gruppi di versi, cioè tra i vv. 1-4, nei quali è delineata con tutti gli attributi della sua arte la figura di Anacreonte, e i vv. 5 sgg., che affermano l'immortalità della sua poesia. Tale immortalità viene posta in maggior rilievo mediante il susseguirsi di due negazioni in climax: οὔ ποτε... γηράσεται οὐδὲ θανεῖται. Il γηράσεται, che in realtà per se stesso sarebbe in certo senso superfluo, lascia supporre un richiamo in forma antitetica a qualcosa detta prima, cioè, come io suppongo, all'attributo πρέσβυν.

Se si accetta πρέσβυν, la caratterizzazione tipica di Anacreonte, fissatasi poi stabilmente nella tradizione, risale a Crizia in tutti i suoi particolari.

La mia correzione è, in certo modo, confermata dal passo

di Crinagora, Anth. Pal. IX, 239, βίβλων... πεντὰς... 'Ανακρέοντος ἃς ὁ Τήιος ἡδὺς πρέσβυς ἔγραψεν ἢ παρ' οἶνον ἢ σὺν ἰμέροις, se, come a me pare, Crinagora tenne presente appunto Crizia (1).

LIDIA MASSA POSITANO.

Napoli.

(1) A prima vista, contro la correzione da me proposta, si potrebbe obiettare anzitutto che l'evocazione di Anacreonte determinata con πρέσβυν, per cui il poeta appare già fin dal principio come «il vecchio Anacreonte», non sembra al suo posto come oggetto della espressione «Teo addusse all'Ellade»; e, in secondo luogo, che le altre qualificazioni date al poeta in questi primi quattro versi sono piuttosto volte a delineare i caratteri della sua poesia. Ma al riguardo va subito rilevato che πρέσβυν appunto a uno dei motivi della poesia di Anacreonte si riferisce; e occorre pensare anche che al tempo in cui scrive Crizia, dopo tre generazioni, la figura di Anacreonte si presentava ormai spontaneamente alla fantasia di Crizia e di tutti come quella del 'vecchio poeta'. In altri termini, come ho sopra detto, la caratterizzazione 'tipica' di Anacreonte era già in formazione sulla base sia dei motivi più frequenti e più popolari della sua poesia, sia di un dato di fatto esteriore: che cioè Anacreonte visse fino a tarda età e quindi rimase nel ricordo della generazione seguente come un vecchio poeta, anzi, si potrebbe quasi dire, il vecchio poeta per antonomasia. Tutto ciò dimostra anche che dei due ἡδύν quello genuino, proprio per il posto in cui si trova, è l' ἡδύν del v. 4. Che la ripetizione di ἡδύς si giustifichi perchè il primo ἡδύς si riferirebbe alla dolcezza della poesia anacreontea, il secondo invece alla vita del poeta, che ἡδέως καὶ ἀλύπως ἐβίω, come pensa il Wilamowitz, *Sappho u. Simonides*, p. 109 n., non mi sembra affatto verosimile.

RECHERCHES SUR LES INSCRIPTIONS A LA POINTE SÈCHE PUBLIÉES PAR LE MARQUIS DE MONSALUD (1897-1908)

I. On n'insistera jamais assez sur l'intérêt que présentent pour la paléographie latine les inscriptions à la pointe sèche des cinq premiers siècles de notre ère dans les régions occidentales du monde romain où l'on ne trouve pas de papyrus et où les monuments écrits à l'encre n'apparaissent pas avant le cinquième siècle, en Italie, pas avant le septième siècle en Gaule et pas avant le huitième en Espagne. Ces inscriptions sont très rares; aussi, on ne laisse pas d'être impressionné, en feuilletant le *Boletín de la Real Academia de la Historia* de Madrid, par le nombre relativement grand d'inscriptions de cette sorte que, il y a un demi-siècle, un amateur, le marquis de Monsalud, a publiées, collectionnées ou simplement reconnues en quelques années dans une région très circonscrite, située immédiatement au sud de Mérida, région qui nous apparaît ainsi comme une sorte de «Fayoum» de ces monuments graphiques: sur les vingt-deux inscriptions à la pointe sèche publiées par Monsalud, une seule est étrangère à ce canton d'Estrémadure.

Depuis quelques mois, nous procédons, le P. Marin et moi (1), à la révision des notices épigraphiques publiées dans

(1) MALLON y MARIN, *Las crónicas epigráficas del marqués de Monsalud*. Madrid, 1951, in 4.° Les références à cet ouvrage sous presse sont indiquées dans le présent article avec l'abréviation «Mons». Autres abréviations: BRAH pour *Boletín de la Real Academia de la Historia;* CLA pour LOWE *Codices latini antiquiores*, Oxford, 1934; EE pour *Ephemeris epigraphica;* ICERV pour VIVES *Inscripciones cristianas de la España romana y visigoda*, Barcelona, 1942.

le *Boletín* par Monsalud de 1897 à sa mort, arrivée en 1910. Ce travail a pour objet de rétablir, dans toute la mesure du possible, le contact entre les notices et les originaux, afin de permettre l'utilisation critique d'une oeuvre qui concerne quelque trois-cents inscriptions de toute nature apparues en Espagne aprés la publication du Corpus, et qui reste, même à la suite de notre enquête, le seul témoignage qui subsiste pour une bonne partie de ces monuments.

J'ai examiné de nouveau, dans le cadre de ce travail d'ensemble, le problème particulier qui, précisément, en avait fait naître l'idée et que j'avais touché accessoirement en 1948, à propos d'une inscription d'Estrémadure que je publiai alors (2): cette nouvelle recherche m'a conduit, de fil en aiguille, à des résultats qui étaient imprévisibles. Tout s'est passé un peu comme dans une enquête policière où, à propos d'un incident isolé, des développements inattendus amènent la découverte d'une série de délits restés pendant longtemps, non seulement impunis, mais ignorés. En l'espèce, les conclusions auxquelles cette enquête a abouti intéressent l'ensemble des vingt-deux inscriptions à la pointe sèche publiées par Monsalud, dont dix-huit ne nous sont plus connues que par son témoignage, complété, avant 1900 et pour deux inscriptions seulement, par un contrôle de Hübner à qui il avait envoyé des calques à Berlin.

II. Véritable casse-tête, le problème particulier dont je suis parti (3) et qui a conduit finalement à découvrir le «pot aux roses» est posé par la notice que Monsalud a publiée sous le numéro 15 de sa chronique du 10 mai 1906 (BRAH 48, pp. 485-491). Cette notice concerne une pièce dont il donne les caractéristiques suivantes: elle portait un texte très exceptionnel, alliant à un chrismon le premier vers du cinquième livre

(2) *Filumene Asiana (Diehl ILCV 2794)*, dans *Archivo español de arqueologia 71*, Madrid 1948, pp. 110-142 (cfr. pp. 110-120).

(3) Cfr. *op. cit. loc. cit.* à la note précédente.

de l'Eneide *interea med[i]um eneas iam classe tenebat*, écrit en lettres que Monsalud qualifie, dans son langage, «d'onciales», parmi lesquelles il note l'intercalation de formes qu'il appelle «cursives», texte qu'il nous montre réparti entre cinq lignes: ligne 1, *interea med*; ligne 2, *[i]um eneas iam*; ligne 3, *classeten*; ligne 4, *ebat*; ligne 5, *(chrismon)*. On peut constater aujourd'hui (cfr. pl. III) que, sauf un détail de composition (le rejet du second *E* de *tenebat* au début de la ligne 4), toutes les données que nous venons de relever, dans cette notice de 1906, concernant le texte, la composition et l'écriture, sont exactement celles d'une brique du quatrième siècle qui, au jour dès 1901, a quitté la maison d'un habitant d'Aceuchal, où elle se trouvait alors, pour entrer directement, plusieurs années avant 1910, au musée de Mérida, où elle a été conservée jusqu'à nous, sans avoir jamais passé par la collection Monsalud. Or, Monsalud nous dit, en 1906, que la pièce qu'il publie alors, trouvée à Solana de los Barros, est, non pas une brique, mais une ardoise, et qu'il la conserve dans sa collection à Almendralejo. Il ne nous reste plus aujourd'hui, sur cette pièce, comme dans beaucoup d'autres cas, que le témoignage de Monsalud.

Deux choses sont absolument sûres. D'abord, la lecture que Monsalud a faite en 1906 de l'inscription qu'il publia alors sous le n.° 15 de sa chronique du 10 mai, était bonne: le hasard d'une de ses lectures fantaisistes aurait pu le conduire à tout, sauf à un texte rare, conforme, par sa structure interne et par sa répartition matérielle, comme par son écriture, à celui qui existe bien, en effet, sur une pièce du musée de Mérida. Ensuite, il est certain que Monsalud n'a absolument pas reconnu le texte de la brique qu'il avait défiguré cinq ans auparavant en le publiant (4) avec une mauvaise lecture *interi(it) fam(ula) dei filumene asiana c(a)l(end)as seten(bres) era T*, sans chrismon, où *Eneas* se cachait dans *Filum*ene *Asiana*: sa notice de 1906, dénonçant involontairement ses

(4) Numéro 6 de la chronique du 7 juin 1901 (BRAH 38, pp. 474-479).

fautes d'alors (5), exclut catégoriquement l'hypothèse d'une tromperie de sa part, qui aurait consisté à indiquer une fausse référence et une fausse matière; elle atteste son entière bonne foi.

La seule question est de savoir sur quelle matière subjective et en quel lieu Monsalud a fait en 1906 sa bonne lecture d'un texte qui ne lui a rappelé aucun souvenir. A-t-il pu, en 1906, en publiant une seconde fois, sans s'en apercevoir, la pièce du musée de Mérida qui n'a jamais, à aucun moment, appartenu à sa collection, et qui est une brique, se méprendre au point d'écrire qu'il s'agissait d'une ardoise et qu'il la possédait dans sa collection? Il faudrait qu'en 1906 il eût pris des notes au musée de Mérida et qu'il les eût mélangées avec d'autres notes prises dans sa collection d'Almendralejo, de telle sorte qu'en rédigeant sa notice du 10 mai, il ait fait un lapsus à la fois sur le lieu de conservation et sur la matière subjective de l'inscription *interea*. C'est la seule explication à laquelle puisse conduire l'idée, d'où sont partis jusqu'ici tous les commentateurs, qu'il n'a jamais existé qu'une seule pièce portant *interea*... (6) Moi-même, quand je publiais en 1948

---

(5) En 1940, M. Moñino a pu, sans connaître la pièce du musée de Mérida et par un simple rapprochement entre les notices de 1906 et de 1901, établir que Monsalud avait publié deux fois le même texte et s'était trompé une fois. M. Moñino a déterminé avec beaucoup de perspicacité que la lecture de 1901 était la mauvaise (RODRÍGUEZ MOÑINO, *Una supuesta inscripción sepulcral y un verso de Virgilio* dans *Revista del Centro de Estudios extremeños*, t. XIV, cuaderno I, Badajoz, 1940, p. 52). Le Dr. Vives en 1942 (ICERV 48) n'a pas fait état de la conclusion de M. Moñino, mais l'identification postérieure de la brique du musée de Mérida (cfr. *op. cit.* n. 2) a donné raison à M. Moñino sur la question du texte.

(6) Déjà avant l'identification de la brique d'Aceuchal, on était passé trop vite de l'évidence du texte unique à la croyance en la pièce unique. Cette thése de la pièce unique a été celle de M. Moñino en 1940 (*op. cit.* note 5), et fut trouvée trop évidente par M. Vázquez de Parga quand il rendit compte en 1943 du travail de M. Moñino (*Archivo español de arqueología*, XVI, 1943, p. 252). Je n'en envisageai point d'autre quand j'identifiai la brique du musée de Mérida (cfr. *op. cit.* note 2, p. 118, note 23).

la brique du Musée de Mérida, je croyais avoir trouvé la pièce unique qui, aussi bien qu'à la notice de 1901, avait donné lieu à la notice de 1906 où je pensais que, par suite d'un mélange de notes, deux grosses erreurs involontaires avaient été commises par Monsalud, et sur le lieu de conservation, et sur la matière subjective. Je me trompais.

III. La révision générale de l'oeuvre de Monsalud permet de constater maintenant que, si notre auteur commet parfois des inadvertances dans les lectures, en aucun cas on n'observe qu'il se soit jamais trompé ni sur le lieu de conservation ni sur la matière subjective d'une inscription (7). En ce qui concerne notamment les pièces qu'il publie comme de sa collection, toutes celles qui ont été retrouvées sont aujourd'hui conservées soit encore au palais d'Almendralejo, soit en des lieux où nous avons la certitude qu'elles sont arrivées en provenance dudit palais; et elles sont toutes portées par la matière subjective qu'il indique.

Il convient en outre de noter que Monsalud a très peu travaillé dans les musées, et seulement jusqu'en 1900 pour étoffer sa production littéraire à l'époque de sa candidature à l'Académie; notamment, au musée de Mérida, on n'a aucune trace d'un travail de lui après 1899 (8), date à laquelle il étudia deux pièces dans ce musée où la brique d'Aceuchal n'est entrée qu'après 1901. Après juin 1900, date de sa réception à l'Académie, Monsalud se consacra uniquement à son activité favorite: en dehors de quelques calques et communications qu'on lui envoya en 1902, 1903 et 1908, il ne s'occupa que des «nouvelles» inscriptions qui apparaissaient soit chez des particuliers soit sur le terrain, et dont, dans toute la mesure du

(7) Cfr. *op. cit.* note 1. On se réfèrera à cet ouvrage pour toutes les remarques générales qui suivent.

(8) Plusieurs pièces qu'il a reconnues postérieurement à cette date sont aujourd'hui au musée de Mérida, mais aucune d'elles n'y était encore entrée lors de sa publication par Monsalud.

possible, il enrichissait sa collection. Parmi toutes celles qu'il a alors reconnues et publiées, huit seulement restèrent sur le terrain, au Cerro de San Albin, à Mérida, dont la dernière a été publiée par lui en 1904. A partir de ce moment, sauf trois calques qu'il reçut de l'extérieur en 1908, il ne publia plus, jusqu'à sa mort, que des inscriptions qu'il avait fait entrer chez lui et dont il avait les originaux à portée de la main: ses chroniques ne furent, alors, que l'inventaire de cinquante six pièces entrées pendant cette période dans sa collection. Il n'y a donc aucune chance pour qu'aucune note prise au musée de Mérida, ni ailleurs hors de la collection, ait pu s'interférer en 1906 au cours de la rédaction de la chronique du 10 mai.

Il est donc trop violent de ne pas accepter les renseignements que Monsalud donne alors sur le lieu de conservation et sur la matière subjective de l'inscription *interea*... Il a existé une pièce, autre que la brique du musée de Mérida, portant ce texte. Mais, du même coup, il est nécessaire que cette inscription «de Solana de los Barros» ait été fausse.

En effet, l'inscription sur brique, rencontrée à Aceuchal en 1901, méconnue de Monsalud qui alors n'avait pas su la lire, et conservée au musée de Mérida sous le numéro 492, est incontestablement authentique (9); et déjà la structure interne du texte, rare et spéciale, alliant à un chrismon sur un monument funéraire un vers de Virgile qui ne paraît avoir aucune relation avec l'idée de la mort, rendrait assez étonnant qu'on en ait retrouvé une autre édition (9 bis), faite dans

(9) Brique carrée d'hypocauste; exécution de l'inscription avant cuisson; ductus du *B* inconnu au début du vingtième siècle; identité des écritures qui se trouvent mêlées sur la brique avec celles de papyrus du troisième siècle découverts postérieurement à 1901 en Egypte et en Syrie etc., cfr. *op. cit.*, n. 2.

(9 bis) Certes, le début de l'Enéide *arma virumque*... se retrouve sur plusieurs inscriptions à la pointe sèche, briques ou graffites. Mais il n'y a aucune apparence pour que le premier vers du livre V ait eu le même succès, surtout pour être associé à un chrismon, et, quelle qu'ait été la popularité de Virgile dans l'Antiquité chrétienne, l'emploi de ce texte pour un monument funéraire chrétien n'est pas sans présenter une grande singularité. On n'aperçoit pas à première

l'Antiquité sur ardoise, pour un autre monument funéraire chrétien, d'après quelque manuel de sentences.

Mais, dans ce cas déjà surprenant, les caractères graphiques de l'inscription sur ardoise seraient nécessairement différents de ceux, très exceptionnels et très particuliers, de l'inscription portée par la brique d'Aceuchal. Il n'y aurait eu aucune raison pour qu'on eût encore réparti le texte entre cinq lignes coupées de la même manière, à un détail près (le second *E* de *tenebat)*. Il n'y aurait eu aucune raison pour que se fussent produits, au cours de l'exécution, les phénomènes graphiques très accidentels et très personnels que Monsalud signale sur l'ardoise et qui font la singularité de l'inscription authentique du musée de Mérida, c'est à savoir l'intercalation de formes appartenant à une écriture étrangère à celle de l'inscription.

Monsalud ne s'est même pas mépris quant à la place du second *E* de *tenebat* sur l'ardoise: le rejet de cette lettre au début de la ligne 4 était une liberté —la seule —que le faussaire avait prise avec son modèle; il se trouve justement que la surface de la brique est endommagée à la fin de la ligne 3 de telle sorte qu'il ne subsiste plus qu'une faible partie de l'*E*; cette trace a pu échapper au faussaire qui aura reporté l'*E* au

---

vue quelle allusion il peut y avoir dans ce vers à l'idée de la mort. On notera que le vers qui, dans le poème, précède *interea*, contient le mot *recessit*. Le livre IV se termine en effet par le récit de la mort de Didon sur les mots...*in ventos vita recessit*. On peut se demander si, tout bêtement, l'auteur de l'inscription ne s'est pas trompé de ligne sur un exemplaire de Virgile qu'on lui avait remis où les livres n'étaient pas aussi nettement séparés que dans les éditions modernes. Si au contraire le vers *interea medium* est bien celui que l'on a eu l'intention de citer sur le monument, l'allusion à la mort est nécessairement tirée par les cheveux, et c'est aussi une explication tirée par les cheveux que j'ai proposée en 1948: l'allusion à la mort serait contenue dans le mot *interea* qui «enchaîne» avec la mort de Didon, et il s'agirait de la mort d'une jeune femme dont le sort aurait paru, aux lettrés locaux, comparable à celui de la princesse carthaginoise. De toute manière, l'utilisation de ce texte sur un monument funéraire chrétien n'est évidemment dû qu'à une circonstance très accidentelle ou très particulière (cfr. *op. cit.*, note 2, pp. 138-140).

début de la ligne 4. Le faussaire n'a même pas pris la liberté de rétablir l'*I* de *medium*: la brique porte en effet *med|um* sans qu'aucune détérioration permette ici d'admettre que l'*I* ait disparu depuis l'exécution de l'inscription; le scribe l'avait tout simplement oublié entre la fin de la ligne 1 et le début de la ligne 2; la transcription de l'ardoise par Monsalud porte des hachures au début de la ligne 2 comme si on avait détérioré à cet endroit la surface de l'ardoise pour expliquer cette absence d'une lettre qui, en réalité, n'a jamais été écrite par le scribe du modèle authentique. Autre détail à noter: le *D* de la ligne 1 porte, dans la transcription de l'ardoise par Monsalud, un petit trait perpendiculaire au trait vertical; or, il y a justement, à cet endroit, un petit sillon dans la surface de la brique, qui n'est ni un trait du scribe ni une injure du temps, mais un défaut de fabrication auquel le faussaire a attribué une valeur paléographique et qu'il a religieusement reproduit sur l'ardoise.

C'est seulement sur la provenance que Monsalud ne nous a pas dit la vérité dans sa notice de 1906: on l'avait trompé lui-même en lui remettant une imitation, qu'on venait de faire sur ardoise, de l'inscription portée par la brique du musée de Mérida, inscription dont il ignorait le véritable texte, l'ayant lu autrefois tout de travers; on lui avait dit que cette «nouvelle» inscription à la pointe sèche sur ardoise avait été trouvée à Solana de los Barros. Sauf en ce qui concerne l'authenticité de la pièce, qui ne posa même pas pour lui de question, la notice numéro 15 de la chronique du 10 mai 1906 est de celles où Monsalud n'a pas commis la moindre erreur, même de détail.

IV. Monsalud indique fréquemment dans ses notices les circonstances des trouvailles, surtout quand il y a pris part. Aucun détail de ce genre n'est mentionné dans aucune des notices de sa chronique de 1906, ce qui indique pour le moins qu'il n'a pas participé à la découverte des pièces. Ces pièces, au nombre de dix-huit, se répartissent en deux

groupes. Le premier est constitué par dix marbres (n.° 1 à 7 et 16), neuf de Mérida et un de La Alconera, dont huit sont aujourd'hui conservés au Musée archeologique national de Madrid pour lequel ils ont été achetés en 1930 avec tout un ensemble provenant du palais d'Almendralejo; les notices que publie Monsalud à leur sujet n'appellent aucune remarque particulière. Les huit notices qui restent (n.° 8 à 15) forment l'autre groupe dont l'homogénéité réside en ceci: elles concernent toutes des inscriptions à la pointe sèche (trois ardoises et cinq tuiles ou briques), pour lesquelles on nous donne sans aucun détail une même origine: Solana de los Barros. Sauf un débris dont il sera question plus loin, ces huit piéces qui étaient entrées, comme les dix marbres, dans la collection d'Almendralejo, ont aujourd'hui toutes disparu.

L'attention de Cagnat, rendant compte, dans l'«Année épigraphique» (1906, n.° 118), de la chronique de Monsalud, n'était spécialement attirée par aucune des notices qui y sont contenues, si ce n'est par le texte de l'une d'entre elles, texte qui le surprit: *D(is) m(anibus) s(acrum) Matidiae Q(uinti) Traio fil(iae) uxor(i) d(ecore) et castis(ima)e Caesaris libertae m(aritus) fecit an(norum) LVI S(it) t(ibi) t(erra) l(evis)*. Cagnat, se bornant à signaler la chronique en des termes plus que généraux («inscriptions diverses d'Espagne»), faisait seulement mention de cette «tombe de Matidia» comme étant «pour le moins mal copiée, sinon fausse». Or ce texte correspond justement à l'une des briques (n.° 11) faisant partie du groupe des huit inscriptions à la pointe sèche dit «de Solana de los Barros» publiées en 1906.

C'est aussi à ce groupe de huit inscriptions «de Solana de los Barros» qu'appartiennent des piéces de terre cuite que M. Gómez Moreno a reconnues à la lecture des textes de la chronique que je lui ai soumis. Il se rappelle avoir vu ces piéces arriver a l'Institut Valencia de Don Juan en provenance de la collection d'Almendralejo, et elles lui sont apparues alors comme des faux manifestes. Il s'agit de tout ou partie des numéros 10 à 14 de la chronique de Monsalud. De ces piéces, on n'a pu aujourd'hui retrouver, à l'Institut, qu'un

fragment, dont la cassure est fraîche, du n.° 13 (cfr. planche IV, n.° 5). Ce fragment porte *d. m* [.] | *terenc* [.....] | *d. m* [.....]. Son complément et les autres briques ou tuiles du même lot ont été négligés et se sont trouvés éliminés comme faux. Seule épave du lot, ce fragment du n.° 13 nous est extrêmement précieux: il suffit de le voir un instant, et notamment d'observer ses caractères graphiques, pour que la supercherie, grossière, saute aux yeux. La brique *D(is) m(anibus) s(acrum) Terencia Evinia D(omitia?) mater et Caecilius? et Manci, an(n)orum XVI m(ensium) VII d(ierum) III S(it) t(ibi) t(erra) l(evis) De S(uo)* était un faux, et l'opinion de M. Gómez Moreno sur le lot de terres cuites parvenu a l'Institut Valencia de Don Juan n'était que trop fondée.

Enfin, la notice numéro 15 concernant l'ardoise *interea*, appartenant au même groupe «de Solana de los Barros», ne peut s'expliquer que si cette inscription a été la contrefaçon, exécutée par un faussaire, de l'inscription portée par la brique numéro 492 du musée de Mérida (cfr. § III).

Pour toutes ces raisons indépendantes les unes des autres, l'ensemble du groupe d'inscriptions à la pointe sèche, dites de Solana de los Barros, publié dans le tome 48 du *Boletín* par Monsalud en 1906, nous apparaît déjà comme extrêmement suspect. Ce groupe, sur lequel nous reviendrons (§ VII), contenait certainement plusieurs faux; c'est le moins qu'on puisse dire dès maintenant.

V. Dès lors, il est suffisamment établi qu'au moins en 1906, notre collectionneur accueillait sans méfiance les productions d'un faussaire qui lui procurait des inscriptions à la pointe sèche. Il nous faut donc ouvrir l'oeil sur toutes les inscriptions à la pointe collectionnées et publiées par le marquis de Monsalud, car rien ne nous garantit qu'en 1906 le faussaire en ait été à son coup d'essai, ni à son dernier coup.

Comme par hasard, nous rencontrons, dans les chroniques postérieures à 1906, un problème qui n'est pas sans analogies avec celui que posait l'ardoise *interea*. Dans sa chronique du

26 juin 1908 (BRAH 53, p. 36), Monsalud publiait, sous le numéro 3, comme provenant de Solana de los Barros, une tuile plate de sa collection mesurant 42 cm. de hauteur sur 56 de largeur qui portait un texte de trois lignes où il lisait: *(chrismon) allius bebius | famulus dei | annus XXVII.* Les termes, comme les silences, de cette notice montrent qu'il a complétement oublié une autre de ses notices qui avait paru trois ans plus tôt: dans sa chronique du 26 mai 1905 (BRAH 46, p. 495) en effet, il avait publié sous le n.° 5, comme provenant de Villafranca de los Barros, exactement du lieu dit Villargordo, une tuile plate de sa collection mesurant 42 cm. de hauteur sur 56 de largeur qui portait un texte de trois lignes où il avait lu *(chrismon) aelius bebius | famulus dei | anus XXVII.*

La première hypothèse qui vient a l'esprit est que Monsalud a publié une seconde fois en 1908 sans s'en apercevoir une piéce qu'il avait déjà publiée en 1905. Toutefois, l'absence de mémoire, qui est une donnée sûre et qui nous est attestée par la notice de 1908, a pu tout aussi bien se produire, et sans doute plus facilement, si la publication de cette notice a été déclenchée par l'entrée dans la collection d'une nouvelle inscription dont Monsalud ne s'est pas aperçu qu'elle était presque en tous points analogue à une piéce qu'il possédait déjà. Ainsi notre auteur aurait encore dit la vérité en présentant comme nouvelle, en 1908, la tuile *allius bebius*. C'est cette hypothèse, inspirée du cas de l'ardoise *interea*, que nous allons examiner. Mais ici, tout original ayant disparu, nous devons raisonner uniquement sur les notices: il aurait existé deux piéces distinctes correspondant, l'une, à la notice de 1905, l'autre, à la notice de 1908; comme la formule chrétienne qui leur est commune est très exceptionnelle (elle suscite d'ailleurs de la part de Monsalud dans l'un et l'autre cas des commentaires analogues sur son antiquité probable qui la fait remonter au quatrième ou au cinquième siècle), l'une de ces deux piéces, n'ayant pu être inventée, aurait été authentique, et l'autre aurait été une imitation de l'inscription authentique, imitation exécutée par le faussaire qui, à cette époque, s'attachait à travailler pour Monsalud.

Cette hypothèse qui, cadrant avec les données générales de l'approvisionnement de la collection et de la rédaction des chroniques à cette époque, rend assez bien compte, comme on le verra, des légères divergences entre les deux notices, n'est exclue par aucune de leurs ressemblances très étroites: la seule de ces ressemblances qu'on pourrait être tenté d'invoquer à l'encontre est l'identité des dimensions 42 × 56; mais il s'agit de tuiles romaines, c'est à dire d'objets fabriqués en grande série et dont on sait qu'il est courant de rencontrer des spécimens ayant exactement un même format. Il n'y a aucune difficulté à admettre que le faussaire ait eu à sa disposition une tuile romaine anépigraphe ayant exactement les dimensions d'une autre tuile portant une inscription authentique, et qu'il ait imité cette inscription sur ladite tuile anépigraphe.

Un fait est extrêmement symptomatique à cet égard. Très fréquemment Monsalud prend soin d'indiquer les caractéristiques graphiques des inscriptions; et, notamment, quand les terres cuites ont été écrites avant la cuisson, il lui arrive très souvent de le mentionner expressément. Ainsi, la notice qui précède immédiatement, en 1905, celle de l'inscription *aelius bebius*, et qui concerne l'épitaphe sur tuile d'un Marcus Ulpius, spécifie que les lettres ont été «profundamente grabadas en el barro crudo». Pour cette raison et pour d'autres, l'authenticité de cette piéce disparue est incontestable. Or, voici que dans le cas de la tuile *aelius bebius* que Monsalud publie en même temps que l'épitaphe de Marcus Ulpius et qui aurait été trouvée au même lieu de Villargordo, il note au contraire que les lettres ont été gravées «con instrumento agudo como la punta de un cuchillo, *y poco profundas*». Ce manque de profondeur de la gravure est la caractéristique des inscriptions exécutées après la cuisson, et, parmi elles, de celles qui ont été exécutées tant et si bien après la cuisson qu'elles ont été portées sur la matière subjective au vingtième siècle.

Notre hypothèse se précise: la piéce authentique aurait été celle qui a été publiée la seconde, en 1908: or, la notice de cette piéce donne la «lectio difficilior» *allius* contre *aelius* en 1905. Autre «lectio», si l'on ose dire, tout aussi «difficilior»

pour un faussaire très ignorant en paléographie: les *A*, nous révèle la notice de 1908, sont dépourvus de «traverses» et un type spécial leur est affecté dans la transcription, alors que, sur la piéce de 1905, rien de pareil n'est signalé, et les *A* sont représentés, dans la transcription, par des capitales typographiques ordinaires. Autre particularité de la notice de 1908: alors que, dans la notice de 1905, une seule hauteur de lettres, huit centimètres, est signalée pour toute l'inscription, au contraire, dans la notice de 1908, Monsalud remarque que cette hauteur diminue aux deux dernières lignes et passe à sept centimètres: c'est là un phénomene spontané qui est courant dans les inscriptions authentiques de la même sorte.

Prises isolément, les raisons que nous venons d'indiquer seraient peut-être insuffisantes pour emporter la conviction, encore que l'argument *allius* paraisse très fort. Leur convergence ne permet pas de douter que la piéce publiée en 1905 par Monsalud ait été un faux, fait en copiant le texte de l'inscription authentique publiée plus tard en 1908. Celle-ci était au jour dès 1905 et avait été trouvée a Villafranca de los Barros au lieu dit Villargordo, comme l'épitaphe de Marcus Ulpius. Le faussaire s'était emparé d'une tuile anépigraphe du même format, qu'il avait rencontrée au même endroit où il y en a des «multitudes» (BRAH 28, p. 430). Il avait pris la mesure des lettres de la première ligne de l'inscription authentique *allius*, sans s'apercevoir de la légère différence de hauteur avec les lignes suivantes; il avait inscrit avec la pointe de son couteau sur la tuile, cuite depuis quelque quinze siècles, et en lettres par conséquent «peu profondes», la mauvaise leçon trop facile *aelius* et la suite, en donnant artificiellement le même calibre aux trois lignes et en pourvoyant tous les *A* de traverses, soit parce qu'il croyait que cela faisait plus «capitale romaine», soit parce qu'il ne lui venait pas à l'idée, ni à la main, d'écrire la capitale autrement qu'elle n'était imprimée dans le titre du journal local: il avait fait ainsi un faux raide, soigné, géométrique, à qui il avait attribué la provenance du modèle —et de la matière subjective elle-même —, à savoir le lieu dit Villargordo à Villafranca de los Barros. Il

avait gardé le modèle par devers lui, et porté l'inscription fausse à Monsalud en l'accompagnant de l'épitaphe authentique de Marcus Ulpius trouvée au même lieu. Monsalud avait accueilli les deux pièces dans sa collection et avait inséré leurs notices dans sa chronique du 26 mai 1905.

Trois ans plus tard, la provenance de Solana de los Barros devait être attribuée, dans une autre chronique, à la fois à la tuile authentique *allius bebius* et à une autre tuile publiée en même temps (n.° 4) qui, comme par hasard, porte un texte analogue *(chrismon) cunde martianus famulo dei annoru XXI*. On croit pouvoir savoir à quoi s'en tenir concernant cette dernière pièce, la tuile *allius bebius* étant nécessairement parvenue à Monsalud par l'intermédiaire du faussaire qui l'avait prise en 1905 comme modèle, et qui mentait en 1908 sur sa provenance pour lui assimiler et pour accrediter la pièce *cunde martianus*, «de Solana de los Barros», qui était un faux.

VI. La supercherie de 1905 avait été le coup d'essai du faussaire avec Monsalud. Car, si nous étudions les cas des sept inscriptions à la pointe sèche publiées par notre collectionneur avant cette date, non seulement nous constatons qu'on ne peut relever à leur sujet aucun motif de suspicion, mais encore nous recueillons, sur chacune d'elles, au moins un indice positif d'authenticité. Il y a d'abord les trois pièces dont on peut encore examiner les originaux: la tuile d'Alcalá de Henares retrouvée chez les héritiers du collectionneur qui la possédait quand Monsalud l'a vue en 1899, et qui est déposée aujourd'hui au Consejo Superior de Investigaciones Científicas (10); la tuile de Villafranca de los Barros découverte par Monsalud lui même en 1899 et qui appartient aujourd'hui à M. Gómez Moreno (11); enfin la brique d'Aceuchal elle-même, mal lue par Monsalud en 1901, et qui est

(10) Cfr. plus loin, § XIII B.
(11) Cfr. plus loin, § XIII C.

aujourd'hui au musée de Mérida (12). Au sujet de ces trois piéces, Monsalud avait su toujours noter, en termes souvent impropres, mais clairs, un ou plusieurs des caractères qui garantissent leur incontestable authenticité, et, entre autres, le fait qu'elles avaient été écrites avant de passer au four. Si l'on examine les notices des quatre piéces disparues, on voit que Monsalud fait la même remarque au sujet de la tuile qui, publiée en 1903, a appartenu à sa collection et avait été trouvée au lieu dit «Cabezo de las Pilas» entre Almendralejo et Torremejía (13). Il nous dit avoir lui-même sorti de terre au même lieu l'ardoise qu'il publia en 1897 (14), où il a soin de noter que les *A* manquent de «traverses» et que la «boucle» des *R* est extrêmement réduite, caractéristiques qui l'étonnent, mais qui sont aussi celles de la capitale écrite à l'encre de la manière la plus classique. Sur l'ardoise mutilée de Mérida qu'il publie en 1899 (15), il note la couronne de laurier qui entoure l'inscription et qui aurait constitué, pour un faussaire, un travail inutile et très difficile; quant au fragment d'ardoise de Barcarrota publié en 1904 (16), et qui ne porte que quelques lettres, il est trop insignifiant pour avoir pu être un faux. Toutes les inscriptions à la pointe sèche publiées jusqu'en 1904 inclusivement, c'est-à-dire ayant le faux *aelius bebius*, sont authentiques. Nous pouvons donc préciser que le mystificateur, qui a fourni à Monsalud de fausses inscriptions à la pointe sèche, a commencé à opérer en 1905.

Or, justement à partir de cette date, on remarque un afflux insolite d'inscriptions à la pointe sèche au palais d'Almendralejo. Les exemples que Monsalud en avait rencontrés auparavant dans la province de Badajoz étaient tous authentiques, mais seulement au nombre de six, sur un total de plus de cent cinquante inscriptions reconnues par lui dans cette province: à partir de 1905, Monsalud n'a publié que trente-

(12) Cfr. plus loin, § XIII E.
(13) Cfr. plus loin, § XIII F.
(14) Cfr. plus loin, § XIII A.
(15) Cfr. plus loin, § XIII D.
(16) Cfr. plus loin, § XIII G.

cinq inscriptions de la même province, qui sont toutes entrées dans sa collection; sur ces trente cinq inscriptions, il n'y en a pas moins de quinze qui sont écrites à la pointe sèche sur ardoises et sur tuiles ou briques; et, à côté de ces quinze piéces, il faut encore signaler la présence de deux petites plaques de bronze, les deux seuls monuments de ce genre que Monsalud ait jamais publiés. Enfin, les chroniques ne nous disent pas tout, car elles s'arrêtent en Juin 1908, et vingt mois devaient encore s'écouler avant qu'une mort subite vînt surprendre notre collectionneur à l'âge de cinquante ans. Par un témoignage partiel de Fita (17), nous avons une lueur sur les acquisitions de Monsalud pendant cette période: il s'agit encore d'inscriptions à la pointe sèche. Fita a en effet raconté, tout à fait incidemment, que Monsalud lui avait montré en 1910 «plusieurs» inscriptions sur métal dont il s'était rendu acquéreur, qu'il donnait comme provenant d'Arroyo de San Servan et qu'il devait laisser inédites. Enfin, une inscription sur bronze, qui a échoué au musée de Barcelone (18) et qui est un faux manifeste, a également été laissée inédite par Monsalud (cfr. pl. V n.° 8).

Dans les vicissitudes qu'a connues la collection après la

(17) BRAH 62 (1913), p. 480. Voir plus loin, note 19.

(18) Musée archéologique de Barcelone, 613 D(Inv 5795). Hauteur: 0,169. Largeur: 0,204. On en trouvera, à la planche V, n.° 8, une reproduction que je dois à l'amabilité de M. Serra Rafols. Ce bronze, qui a passé par la collection Mateu (à laquelle se réfère sans doute la mention à l'encre blanche «M. Mérida 2049» placée au revers), a certainement appartenu auparavant à la collection Monsalud: une photographie s'en trouve parmi les clichés exécutés au palais d'Almendralejo quand la collection Monsalud y était encore en place, clichés obligeamment communiqués par M. Casulleras, acquéreur du palais en 1930. Récement, M. Almagro, directeur du Musée de Barcelone, a procédé au nettoyage de la face postérieure de la plaque: il a fait ainsi apparaître une autre inscription également fausse, qui avait été barbouillée au moyen d'acides et de fausses patines. M. Almagro a bien voulu me faire tenir deux photographies de cette face postérieure; l'une faite avant le nettoyage (planche VI, n.° 9), l'autre faite après (planche VI, n.° 10); on remarquera, dans l'inscription qui y avait été portée par le faussaire, le nom *Matidia* et les mots *populi moerore extinctae* qui se rencontrent

mort de son propriétaire, la plupart des piéces petites, légères, ou fragiles, ont disparu; parmi elles, sauf le fragment de brique de l'Institut Valencia de Don Juan et le bronze de Barcelone, on doit considérer comme perdues toutes les ardoises, briques, tuiles, et inscriptions sur métal acquises par Monsalud dans les cinq dernières années de sa vie. Leur nombre, à lui seul, prend toute sa signification inquiétante maintenant que nous savons, d'autre part, que, précisément, cinq ans avant la mort de notre collectionneur, un faussaire à commencé à le mystifier en fabriquant des inscriptions de cette sorte.

VII. En 1913, le P. Fita publiait (19) dans le *Boletín* sous le titre *Una tesera romana de plomo extremeña que posee Don Antonio Vives*, une pièce qui venait d'être «apportée de Badajoz à Madrid». Ce plomb portait *D(is) m(anibus) s(acrum) Varinia Serena e(x) t(estamento) f(ecit) Luoretia*

---

dans d'autres falsifications acquises par Monsalud (10 mai 1906, n° 11 et 14). Enfin, à la liste des, faux collectionnés par Monsalud, il convient d'ajouter une autre pièce inédite qui ne m'est connue que par l'un des clichés de M. Casulleras dont une épreuve est donnée ici à la planche V, n.° 7.

(19) Cfr. plus haut, note 17. Voici le texte de Fita: «Traída recientemente de Badajoz a Madrid, esta lámina de plomo tiene grabado sobre su faz delantera un epígrafe de cinco renglones, comparable por su lenguaje y paleografía a los que grabados sobre pizarra y cerámica descubiertas en Solana de los Barros, villa del partido de Almendralejo, publicó en nuestro Boletín el señor marqués de Monsalud; el cual pocos días antes que falleciese (6 febrero 1910) me enseñó varias láminas de metal que obraban en su poder, halladas en término de la no muy distante villa de Arroyo de San Serván, cerca de la ermita de Nuestra Señora de Cillana. Con estas láminas de metal que juntó el noble marqués y dejó inéditas, habían aparecido de antemano algunas que tomaron el portante hacia las ciudades de Mérida y Badajoz y Sevilla, y presumo que una de ellas es la de plomo, objeto de esta breve noticia. La forma anormal y modernizada de su *T* y su *E* y sus puntos separativos de vocablos, pueden achacarse a temerarios retoques de un presuntuoso dueño.»

an(norum) XXXII mater optima h(ic) s(ita) e(st) s(it) t(ibi) t(erra) l(euis), et Fita en donnait heureusement une photographie (cfr. pl. IV n.° 6).

L'idée que cette inscription pouvait être fausse venait si peu à l'esprit de Fita que, relevant quelques indices d'apparence peu catholique, il les expliquait par des «retouches» modernes: «la forma anormal y modernizada, écrivait-il, de su *T* y su *E*, y sus puntos separativos de vocablos pueden achacarse a temerarios retoques de un presuntuoso dueño». Il suffit de jeter un coup d'oeil sur la photographie du *Boletín* pour s'apercevoir que l'inscription n'a pas été «retouchée», mais fabriquée d'un seul coup au temps de Fita: toutes les lettres, et pas seulement les *T* et les *E*, dénoncent une supercherie moderne très grossière. Il s'agit d'un de ces faux massifs et imposants qui découragent l'analyse, tant il y aurait à dire. La mystification sautait d'ailleurs aux yeux de Cagnat qui tranchait tout net dans l'«Année épigraphique» de 1914: «Fita, plaque de plomb avec épitaphe. L'inscription est fausse.»

Or, Fita apparente ce faux, qu'il croit authentique, à d'autres inscriptions à la pointe sèche qu'il avait vues et dont l'authenticité ne posait même pas de question à ses yeux, pas plus qu'elle n'en avait posé aux yeux de son ami Monsalud: ces inscriptions ne sont autres que celles «de Solana de los Barros» et «d'Arroyo de San Servan», acquises par le collectionneur d'Almendralejo entre 1905 et 1910.

Fita avait vu quelques jours avant la mort de Monsalud les inscriptions sur métal «d'Arroyo de San Servan», restées inédites et aujourd'hui perdues, mais il se les rappelle assez bien pour penser qu'elles avaient la même origine que la plaque de plomb qu'il publie en 1913 avec une photographie.

En ce qui concerne les inscriptions «de Solana de los Barros», il se réfère concrètement à celles que Monsalud avait publiées dans les tomes 48 et 53 du *Boletín*, c'est-à-dire aux n° . 8 à 15 de la chronique du 10 Mai 1906, et aux n.° 3 et 4 de la chronique du 26 Juin 1908, soit en tout dix pièces, parmi lesquelles nous avons déjà pu déterminer quelques faux (cfr. § IV). Cinq de leurs textes (n.° 9 à 13 de la chronique de 1906) ex-

pliquent le rapprochement établi par Fita entre leur «langage» et celui de sa plaque de plomb. Mais Fita précise que ces inscriptions «de Solana de los Barros» ressemblaient à sa plaque de plomb aussi par leur «paléographie».

De ce point de vue, les notices consacrées par Monsalud à ces dix inscriptions se divisent en deux groupes: 1.° celles, au nombre de deux, où l'auteur fait des remarques touchant la paléographie; 2.° celles où il n'en fait aucune, et qui sont au nombre de huit.

Examinons d'abord les deux seuls cas où Monsalud parle «paléographie». Le premier est celui de l'ardoise *interea* (numéro 15 de la chronique de 1906). Cette inscription était, on l'a vu, la contrefaçon sur ardoise de l'inscription authentique portée par la brique conservée encore aujourd'hui au musée de Mérida sous le n.° 492: l'écriture appelée «onciale» par Monsalud était, par conséquent, la capitale écrite à l'encre sur un papyrus du troisième siècle, découvert en 1930 à Doura Europos (Syrie), et les formes, appelées «cursives» par Monsalud, qui se mêlent à cette capitale par apparition spontanée sur l'inscription espagnole, appartiennent à l'écriture tracée, également au calame, sur le papyrus d'un livre vulgaire également du troisième siècle découvert en 1903 à Oxyrhynchus (Egypte) (19 bis). Le second cas est celui de la tuile portant l'épitaphe d'*allius bebius;* Monsalud remarque que les *A* sont dépourvus de «traverse». Ces deux pièces qui appellent des remarques paléographiques de la part de Monsalud sont évidemment à excepter de la comparaison instituée par Fita avec la «paléographie» de sa plaque de plomb que nous connaissons par la photographie du *Boletín*. Mais on notera aussi que, de ces deux pièces, l'une était authentique (sans qu'il soit vrai qu'elle ait été trouvée à Solana de los Barros), et que l'autre —l'inscription *interea* sur ardoise— était la copie figurée moderne d'une inscription authentique.

Dès lors, le silence absolu de Monsalud sur la «paléographie» des huit autres pièces «de Solana de los Barros», est im-

---

19 bis. Cfr. op. cit. n. 2, pp. 129-136.

pressionnant, d'abord quand on songe qu'il s'agit d'inscriptions à la pointe sèche, ensuite quand on rapproche ce mutisme du témoignage de Fita et quand on connaît les critères personnels de Monsalud.

Comme la plupart des épigraphistes de son temps, Monsalud ne connaissait guère que les caractéristiques des lettres gravées au ciseau. Etant donné l'état qui était alors celui de la documentation et des études paléographiques, il ne connaissait pas, et pouvait difficilement connaître, les caractéristiques de l'écriture à l'encre dans l'Antiquité romaine, caractéristiques qui sont aussi celles de l'écriture à la pointe sèche qu'on retrouve sur de trop rares ardoises, briques, tuiles et plaques de métal. Quand il rencontrait ces caractéristiques sur des inscriptions de cette sorte, il prenait soin de les noter, un peu comme des anomalies, et en des termes souvent impropres (*A* sans «traverse», «boucles» des *R* réduites, «cursives», «onciales», etc...), mais faciles à traduire. Inversement, une capitale fausse, qui ne choquait pas assez Fita pour le faire douter de l'authenticité de sa plaque de plomb, choquait encore beaucoup moins Monsalud: les *A* avaient bien leurs «traverses», les *R* de grandes «boucles», les *S* étaient bien contournés, les *M* et les *H* bien géométriques, il n'y avait ni «cursives», ni «onciales», enfin tout était dans l'ordre, et Monsalud ne remarquait absolument rien. Ainsi, une capitale, telle que les passants la tracent aujourd'hui sur les murs, n'appelait aucune observation de la part de Monsalud quand il la rencontrait sur une ardoise, sur une tuile, ou sur une plaque de métal qu'on lui apportait: c'est cette capitale fausse que nous montre le seul fragment conservé des huit inscriptions à la pointe sèche publiées en 1906 et 1908, sur la paléographie desquelles Monsalud est strictement muet; c'est la même capitale fausse qu'on retrouve sur le bronze inédit de Barcelone, ainsi que, comme le note inconsciemment Fita, sur la plaque de plomb qu'il publie en 1913. Si Monsalud n'a rien signalé concernant la «paléographie» des huit inscriptions à la pointe sèche dont nous examinons ici les notices, c'est parce qu'il n'a rien remarqué, et, s'il n'a rien remarqué, c'est parce

que, comme le note Fita, ces inscriptions «de Solana de los Barros» avaient la même «paléographie» que l'inscription sur plomb publiée par le même Fita en 1913, qui est fausse. Sans s'en douter, Fita nous apporte un témoignage qui, recoupé par les silences de Monsalud, nous permet d'affirmer que ces huit inscriptions à la pointe sèche étaient toutes fausses et avaient été fabriquées la veille de leur publication, tout comme la copie figurée de l'inscription portée par la brique du musée de Mérida.

Aucune des dix inscriptions «de Solana de los Barros» publiées par Monsalud en 1906 et 1908, dans les tomes 48 et 53 du *Boletín*, n'avait été trouvée à Solana de los Barros. La tuile *allius bebius* qui avait été glissée parmi elles, et qui était la seule pièce authentique, avait été découverte ailleurs. Parmi les neuf autres pièces, la tombe de *Matidia* déjà jugée par Cagnat en 1906, la tombe d'*Evinia* partiellement conservée à l'Institut Valencia de Don Juan, la tombe de *Cunde Martianus*, inspirée de celle d'*Allius Bebius*, et la copie figurée de l'inscription *interea*, qui achevait de valoriser le tout, n'étaient pas seules fausses; ces neuf inscriptions avaient toutes été fabriquées par le mystificateur qui fournissait alors Monsalud en pièces écrites à la pointe sèche.

VIII. Un seul exemple, qui est perdu dans le tome 50 du *Boletín*, a échappé à Fita. Il s'agit d'une ardoise publiée par Monsalud dans sa chronique BRAH 50, p. 248, du 22 février 1907 (n.° 6), parmi un lot de quatre pièces attribuées encore à Solana de los Barros. C'est le seul lot de cette «provenance» qui nous reste à examiner.

Ce lot se composait d'une enseigne de bronze (n.° 4) qui est perdue, mais dont une photographie subsiste et qui n'a pu être fabriquée par le faussaire, lequel lui a seulement attribué la provenance de Solana de los Barros, comme il le fera l'année suivante pour la tuile authentique *allius bebius*.

Les trois autres pièces sont un marbre (n.° 5), qui a disparu, et deux ardoises également perdues, dont l'une porte

une inscription latine (n.° 6), et l'autre une inscription grecque (n.° 7). Encore qu'on puisse trouver de la difficulté à admettre que le faussaire se soit donné la peine de travailler sur le marbre, d'écrire à la pointe sèche en grec, et d'entourer le texte de l'ardoise latine de «un recuadro grabado... con su plinto y cornisaje», on reconnaîtra que le texte latin de l'ardoise est du même type que celui de nombreux faux de 1906, que sa «paléographie» inspire le même mutisme à Monsalud, que Monsalud se montre surpris par la formule du marbre, que la notice de l'ardoise grecque n'est pas sans contenir bien des inconséquences ni sans soulever bien des difficultés (ICERV 424), et qu'il est malaisé de penser que ces trois pièces «de Solana de los Barros» aient été toutes trois aussi authentiques que l'enseigne qu'elles accompagnaient. Enfin et surtout, on reconnaîtra, après tout ce que nous avons établi dans le présent travail, qu'en ce qui concerne des pièces «de Solana de los Barros» collectionnées et publiées par Monsalud dans les cinq dernières années de sa vie, la preuve est à la charge, non de l'accusation, mais de la défense.

IX. Même remarque concernant les deux petites plaques de bronze publiées en 1907 (BRAH 50, p. 358) et qui ne sont pas attribuées à Solana de los Barros, mais à Alanje. Le texte de la première est de la même conception que de nombreux faux sur ardoise et sur terre cuite, publiés pendant cette période, et nous savons assez, par l'inscription de Barcelone, que le faussaire qui fournissait Monsalud travaillait non seulement sur ardoise et sur terre cuite a la pointe sèche, mais aussi sur bronze.

Enfin, la parenté que le P. Fita a relevée entre sa tessère et les inscriptions sur métal «d'Arroyo de San Servan», que Monsalud n'a pas publiées, enlève tout regret quant à leur perte.

X. Toutes les inscriptions à la pointe sèche publiées par Monsalud se sont trouvées passées en revue dans les pages qui précèdent, sauf une: il s'agit d'une ardoise que notre col-

lectionneur a publiée dans sa chronique de 1905 (BRAH 46, page 495, n.° 3). Comme on le sait, cette chronique est la première où l'on voie apparaître une pièce fausse: la tuile *aelius bebius* (n.° 5), dont le texte avait été copié sur celui de la tuile authentique *allius bebius*, trouvée dès cette date au lieu dit Villargordo à Villafranca de los Barros, et qui devait être livrée plus tard à Monsalud comme provenant de Solana de los Barros. Ce faux *aelius bebius* était publié en 1905, en même temps que l'épitaphe authentique sur tuile de Marcus Ulpius (n.° 4), trouvée au même lieu de Villargordo, deux marbres, l'un de Salvaleón (n.° 1) l'autre de Mérida (numéro 2), tous deux conservés aujourd'hui, et l'ardoise en question (n.° 3), qui est naturellement perdue. Elle nous est donnée comme provenant d'Alanje; l'inscription nous est dite enfermée en un cercle entouré de festons, le tout d'un travail soigné. Le texte très banal ne prête à aucune observation; on nous indique le lieu précis du territoire d'Alanje où la pièce a été découverte: «el Palacio». La place que la notice occupe dans l'oeuvre de Monsalud ne nous offre pas un recours bien sûr: elle est à la lisière de l'époque des faux, puisqu'elle est publiée dans la chronique où Monsalud a commencé à en donner un; on peut prétendre qu'il n'est pas vraisemblable que le faussaire ait risqué, dans son coup d'essai, plus d'une forgerie, pour laquelle, au demeurant, il s'était entouré de précautions particulières, comme l'existence d'un modèle trouvé au lieu indiqué pour le faux. Seule une remarque de Monsalud, qu'il n'a pas faite, sur l'écriture de l'ardoise, aurait pu dissiper les doutes, et il vaut mieux s'abstenir de présenter comme authentique cette inscription dont il ne reste que le texte imprimé, lequel d'ailleurs ne paraît comporter en lui-même que peu d'intérêt.

XI. Récapitulons.

Sur les vingt-deux inscriptions à la pointe sèche publiées par Monsalud, une seule est étrangère à l'Estrémadure, la tuile authentique d'Alcalá, conservée d'abord à Alcalá, puis à

Madrid, et vingt et une sont données comme provenant de la région d'Estrémadure située au sud de Mérida, région dont Almendralejo occupe sensiblement le centre; seule, de ces vingt et une inscriptions, est restée en dehors de la collection Monsalud la brique authentique qui était au jour à Aceuchal en 1901 et qui est entrée au musée de Mérida.

Parmi les pièces qu'il a publiées, vingt inscriptions à la pointe sèche sur ardoises, tuiles ou briques, ont donc été recueillies par Monsalud dans la collection qu'il avait formée à Almendralejo: toutes ont aujourd'hui disparu, sauf une tuile épistolaire et un morceau de la brique qui portait l'épitaphe d'Evinia. Le but du présent travail a été d'établir que parmi ces vingt pièces, il y avait des faux, et de séparer le bon grain de l'ivraie, dans la mesure où le permettent encore les notices imprimées qui, pour dix huit cas, sont tout ce qui reste aujourd'hui d'une aussi abondante récolte: sept pièces seulement sur vingt (dont la tuile épistolaire) peuvent être données comme authentiques.

Parmi les treize pièces qui restent (n.° 3 et 5 de la chronique du 26 Mai 1905, BRAH 46, p. 495; n.° 8 à 15 de la chronique du 10 Mai 1906, BRAH 48, p. 485; n.° 6 et 7 de la chronique du 22 Février 1907, BRAH 50, p. 248; n.° 4 de la chronique du 26 Juin 1908, BRAH 53, p. 36), on a pu déterminer dix faux, et les trois autres pièces (n.° 3 de 1905, n.° 6 et 7 du 22 Février 1907) sont tellement suspectes qu'on doit les présumer fausses, tant qu'un fait nouveau ne surviendra pas, apportant un indice positif en faveur de leur authenticité. Sont à joindre, comme étant dans le même cas, deux petites plaques de bronze (n.° 2 de la chronique du 3 Mai 1907, BRAH 50, p. 357), et un marbre (n.° 5 du 22 Février 1907).

On dira que, sauf un débris de la brique d'Evinia (n.° 13 de 1906), toutes ces pièces ont disparu, vraisemblablement pour toujours, et qu'elles ne risquent plus de faire de nouvelles dupes (20). Mais les notices restent imprimées, éparses dans

(20) On peut regretter la disparition presque totale des faux de la collection Monsalud quand il correspondaient à des notices du Bo-

le *Boletín de la Real Academia de la Historia*; outre Mélida qui en a reproduit six dans son *Catálogo monumental* de la province de Badajoz (n.° 1535, 2181, 1912, 1913, 2177, 2179), le docteur Vives a recueilli sans la moindre méfiance, parmi elles, les n.° 64 B, 65 et 424 de ses *Inscripciones cristianas de la España romana y visigoda*, et l'une d'elles a été apparentée aux graffites de Pompei par M. Diehl, dans ses *Pompeianische Wandinschriften und Verwandtes* (n.° 1144). Si l'on ne crie gare, ces notices continueront à s'offrir aux érudits et aux auteurs de recueils d'inscriptions, d'autant plus qu'elles ont le plus souvent, à l'état isolé, l'air innocent, et ne contiennent rien qui appelle les soupçons: une seule, la notice de la tombe de Matidia, a attiré les foudres de Cagnat dans «l'Année épigraphique». Il fallait un regroupement des chroniques de Monsalud pour rendre possibles les remarques critiques qui accusent toutes les pièces en question de la manière la plus probante.

XII. On retiendra aussi que toute inscription, surtout à la pointe sèche, que l'on rencontrera échouée dans un musée ou dans une collection, devra être soupçonnée et soumise à un examen spécial dès l'instant qu'on saura que, bien que non publiée par Monsalud, elle a appartenu à sa collection. Si, en effet, Monsalud l'a laissée inédite, c'est qu'il l'a acquise dans les derniers mois de sa vie, à une époque où il ne cessa pas de se laisser mystifier par un faussaire. Il est possible qu'on voie ainsi «rebondir» l'affaire des faux acquis par Monsalud.

XIII. Je ne prétends pas non plus avoir épuisé la question des faux auxquels notre épigraphiste a consacré des no-

---

letin. Leur conservation aurait singulièrement facilité le travail de détection que nous avons dû faire uniquement d'après le texte imprimé des notices.

tices, et il est fort probable que, l'alarme étant donnée, d'autres critiques feront à leur sujet des remarques plus avisées que les miennes. D'autre part, un roman policier doit se terminer par la découverte du criminel, et il est douteux qu'on parvienne à identifier, après si longtemps, le faussaire qui opérait en Estrémadure entre 1905 et 1910. Tout ce que l'on peut dire, c'est que ce n'était pas Monsalud lui-même. C'était un homme assez cultivé, ayant une teinture de latin et de formules épigraphiques, sachant manier le Corpus pour y trouver des inspirations et aussi des noms que Monsalud rapprochait ensuite avec soin. Il était aussi ignorant en paléographie que sa victime. Il semble avoir eu les coudées franches au musée de Mérida. Il n'est pas obligatoire qu'il ait travaillé dans un dessein de lucre. Il a pu seulement vouloir se moquer de Monsalud. Enfin, sa prédilection marquée pour Solana de los Barros est peut-être susceptible de fournir une piste, et nous laissons la parole aux enquêteurs locaux.

XIV. Le plus important est de pouvoir dégager une liste de neuf inscriptions authentiques à la pointe sèche publiées par le marquis de Monsalud de 1897 à 1908: sept de sa collection, dont une seule a été sauvée, plus la tuile d'Alcalá et la brique d'Aceuchal, toutes deux conservées. Nous les rangerons dans l'ordre de leur publication:

A) 1897, 28 Mai (BRAH 30, p. 493 = Mons. 19).

Ardoise appartenant alors à la collection d'Almendralejo et aujourd'hui perdue, sur laquelle le témoignage de Monsalud est complété par celui de Hübner (EE IX 171) qui a connu un calque.

Monsalud mentionne qu'il l'a trouvée au cours de fouilles pratiquées par lui au lieu dit Cabezo de las Pilas entre Torremejía et Almendralejo, qu'elle mesurait 0,42 de hauteur sur 0,21 de largeur, que les *A* n'avaient pas de traverses et que les boucles des *R* étaient extrêmement réduites. Il lit, avec des suppléments pour le moins inutiles: *Eratusa | an(n)oru(m) | III m(e)ns(ium) V | si(t) tibi ter | (r)a levis.* Hübner donne

la hauteur des lettres: 0,05, et représente les *E* par deux traits verticaux. Il date l'inscription du deuxième ou du troisième siècle et donne la transcription *eratusa | anoru | III mns V | si tibi ter|a leuis.*

B) 1898, 2 Décembre (BRAH 34, p. 60, n.° 13 = Mons. 129).

Tuile appartenant alors à la collection José Demetrio Calleja à Alcalá de Henares (province de Madrid), aujourd'hui déposée à Madrid au Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Instituto Enrique Flórez).

Voir planche I. Hauteur: 0,24, largeur: 0,40, épaisseur: 0,02. Écrite avant cuisson. On y lit: *ex offic an* [.] | [.]*i utere filix* . | [.] . *enti*. Au dos, se croisent des diagonales tracées avec les doigts. L'écriture est la même que celle des papyrus de Flavius Abinneus, trouvés en Égypte, qui sont du milieu du quatrième siècle (voir EL 35).

Monsalud rapporte que cette tuile a été trouvée le 26 Février 1898 à Alcalá de Henares «en el camino del Juncal, en una tierra de labor situada en frente del resto del muro romano conocido por el *paredón del milagro*». Il mentionne ses «caracteres cursivos trazados sobre el barro tierno» et donne la lecture suivante, comportant, avec une faute sur *filix*, des interprétations arbitraires: *Ex offi(cina) Can | ti utere felix | Senti*, lecture d'où il tire des commentaires quelque peu inattendues sur les origines de la métrique espagnole.

C) 1899, 28 avril (BRAH 34, p. 416 = Mons. 138).

Tuile appartenant alors à la collection Monsalud, aujourd'hui conservée à Madrid dans la collection particulière de M. Gómez Moreno.

Voir planche II. Hauteur: 0,41. Largeur: 0,52. Écrite avant cuisson. On y lit, en séparant les mots et en ajoutant des points avant les conjonctions *et* qui marquent les divisions du discours: *Maximus Nigriano.* | *Et hoc fuit prouidentia* | *actoris ut puellam qui iam* | *feto tollerat mitteres* | *illam at tale labore ut* | *mancipius dominicus* | *periret qui tam magno* | *labori factus fuerat.* | *Et hoc Maxima fecit* | *Trofimiani filia. Et casti*|*ga illum quare somni*|*closus est...*, et, aux lignes 13 à 15, écrites à droite perpendiculairement du bas vers le haut:

e. tum tegla | *m... inget super* | *tegala...* On sent que la ligne 6 représente, par les proportions comme par les formes de ses lettres *manoipiusdominicus*, l'écriture normale de l'expéditeur, écriture qu'il a généralement voulu grossir pour rédiger son épitre sur tuile, voire en l'entremêlant, aux premières lignes, de quelques formes capitales. Cette écriture est une écriture commune du troisième siècle très voisine de celle du papyrus trouvé en 1917 en Égypte, qui est conservé à la John Rylands Library de Manchester sous le n.° 472.

Monsalud rapporte qu'il a découvert lui-même cette tuile à Villafranca de los Barros «cerca de las últimas casas al lado del saliente». Il mentionne que «la inscripción hállase trazada en letra cursiva... sobre el barro todavía húmedo». En ce qui concerne les douze premières lignes sa lecture *ga illum quasi ex omni|closus est* a déjà été corrigée par Dessau (EE IX 176); il convient en outre de signaler les autres fautes suivantes de Monsalud qui se sont perpétuées jusqu'à nous: *ac* au lieu de *at* à la ligne 5, *domnicus* au lieu de *dominicus* à la ligne 6, et *fota* au lieu de *filia* à la ligne 10 (le mot *fota* a beaucoup intrigué les commentateurs). Quant aux lignes 13 à 15, Monsalud avait proposé une lecture fantaisiste *fig ? e limites l(atifundii?) a monte Tanceti cipos, termes a Lacipiha* repoussée par Hübner (EE IX 176) qui renonça à donner une interprétation. La lecture qui a été proposée depuis (20 bis) *et tum tegla* | *minui fingi et scindi* | *te salaci pilos* est rendue impossible par le mot *super* qui se voit très clairement à la fin de la ligne 14. Je n'ai aucune interprétation complète à proposer pour ces trois lignes; encore que très difficile, le problème ne semble pas devoir être insoluble.

D) 1899, 30 juin (BRAH 35, p. 222 n.° 1 = Mons. 162).

Ardoise appartenant alors à la collection d'Almendralejo et aujourd'hui perdue sur laquelle le témoignage de Monsalud est complété par celui de Hübner (IHC 524) qui a vu un calque.

(20 bis) Gómez Moreño *Las lenguas hispánicas* dans *Boletín del Seminario... de Arte*, Valladolid, curso 1941-42, pp. 12-13.

Monsalud la place sous la rubrique de Mérida, sans donner aucune précision sur le point ni sur les circonstances de la trouvaille. «De 0,34 de alto por 0,42 de ancho... contiene el principio de una inscripción fúnebre que ocupa el centro de una corona de laurel de 0,30 de diámetro cuya mitad inferior ha desaparecido.» Lecture de Monsalud: *Isidorus | Ursicinus*, Hübner donne la hauteur des lettres: 0,02; il note le *D* par un type triangulaire, date la pièce, par l'écriture, du sixième siècle, et lit: *...dorus | u. cinus* (cfr. NAVASCUES, *Losas y coronas sepulcrales en Mérida* dans *Boletín del Seminario de estudios de arte y arqueología de la Universidad de Valladolid*, fasc. 49-50, curso 1948-49, pp. 1-42).

E) 1901, 7 juin (BRAH 38, p. 476, n.° 6 = Mons. 200).

Brique appartenant alors à D. Abdón Gutiérrez de Salamanca, habitant d'Aceuchal, aujourd'hui conservée au musée de Mérida sous le numéro 492 de l'inventaire Macías.

Voir planche III, n.° 1. Pavé carré de 0,19 de coté; épaisseur: 0,04. Ecrite avant cuisson. On y lit: *interea med | um eneas iam | classe tene | bat | (chrismon)*. L'écriture des groupes *eten* à la ligne 3 et *at* à la ligne 4, est l'écriture normale du scribe: c'est aussi celle de l'«Epitome Livii» (CLA 208, troisième siècle) trouvé à Oxyrhynchus (Egypte). Elle apparaît spontanément vers la fin de l'inscription que le scribe avait voulu exécuter dans une capitale qui n'est autre que celle du «Feriale Duranum» (troisième siècle) trouvé en Syrie à Doura Europos (cfr. MALLON, *Filumene Asiana* dans *Archivo español de arqueología*, n.° 71, 1948, pp. 129 a 136). Il paraît difficile, en raison du chrismon, de remonter la brique d'Aceuchal plus haut que le quatrième siècle. En tout état de cause, il faut la compter parmi les plus anciens monuments de l'Espagne chrétienne. Elle a été certainement exhumée en un lieu très proche de celui où elle se trouvait en 1901.

Monsalud ne dit rien et ne sait manifestement rien sur les circonstances précises de la trouvaille. Il note que l'inscription est tracée «sobre el barro húmedo», que les lettres «de carácter uncial, en el principio, van gradualmente convirtiéndose en cursivas», et il lit *interi(it) fam(ula) dei f | ilumene asiana |*

c(a)l(end)as seten(bris) | *era T*, sans chrismon. C'est de cette brique qu'une copie figurée a été faite plus tard par un faussaire sur une ardoise aujourd'hui perdue que Monsalud devait accepter pour sa collection et publier sous le numéro 15 de sa chronique du 10 mai 1906.

F) 1903, 26 juin (BRAH 43, p. 248, n.° 14, Mons. 223).

Tuile appartenant alors à la collection d'Almendralejo et aujourd'hui perdue sur laquelle nous n'avons que le témoignage de Monsalud.

Monsalud dit qu'elle a été trouvée au lieu dit Cabezo de las Pilas, entre Torremejía et Almendralejo (cfr. plus haut l'ardoise A). Ne donne pas les dimensions de la tuile, mais seulement celles des lettres: 0,045. Ces lettres sont «grabadas sobre el barro antes de pasar al horno aun cuando trazadas con bastante esmero no presentan mayor corrección que la corriente en epígrafes de escritura vulgar». Les *S*, «en forma tendida, recuerdan las de la inscripción italicense... CIL II 1112 (= HÜBNER, *Exempla* n.° 1187)». Soulignant la rudesse du style et la pauvreté du monument, Monsalud lit: *Rufo Ulpius tritiensi* | *allecto Emerita* | *excussato Traiani* | *decuriali.* | *S(it) t(ibi) t(erra) l(euis).*

G) 1904, 21 octobre (BRAH 45, p. 447, n.° 4 = Mons. 238).

Fragment d'ardoise appartenant alors à la collection d'Almendralejo et aujourd'hui perdue, sur laquelle nous n'avons que le témoignage de Monsalud.

Monsalud nous dit qu'elle a été trouvée à Barcarrota, que l'ardoise était brisée de trois côtés au haut, au bas et à droite, et mesurait 0,38 de haut sur 0,34 de large avec des lettres de 0,08 de hauteur. Il lit avec sa désinvolture habituelle en matière de suppléments: *Bell[icus* | *Bla?]ndi f(ilius)* | *an(norum) X...*

H) 1905, 26 mai (BRAH 46, p. 497, n.° 4 = Mons. 243).

Tuile appartenant alors à la collection d'Almendralejo et aujourd'hui perdue sur laquelle nous n'avons plus que le témoignage de Monsalud.

Il nous dit qu'elle a été trouvée à Villafranca de los Barros, au lieu dit Villargordo. Tuile plate. Hauteur: 0,44. Lar-

geur: 0,57. «Letras monumentales de 0,05 de altura, profundamente grabadas en el barro crudo; los vocablos respectivamente acompañados de hojas de hiedra en el primer renglón y de puntos triangulares en el segundo, tercero y cuarto, no existiendo en los tres últimos.» Il lit: *D(is) m(anibus) s(acrum)* | *M(arco) Ulpio Reginensi* | *an(norum) XXXIII* | *Veneria Aug(usti) lib(erta)* | *uxor m(arito) f(ecit)* | *S(it) t(ibi) t(erra) l(euis)*.

Cette tuile provenant, comme la suivante, de Villargordo, où elle avait été mise au jour en même temps, a passé en 1905, comme elle, par les mains du faussaire: il est très notable que, par leur «langage», beaucoup de faux remis dans la suite à Monsalud lui ressemblent. Cela devient encore plus notable quand on remarque que Monsalud dit que les lettres profondément gravées dans la terre crue sont «monumentales», ce qui paraît indiquer que les *A* ont leur traverse et que d'une manière générale toute l'écriture a les formes habituelles aux «bonnes» lettres gravées au ciseau. On peut donc penser que cette tuile a inspiré le faussaire qui l'a eue en mains, à la fois pour le «langage» et pour la «paléographie» de ses fabrications (comme la brique d'Evinia et le plomb publié par Fita) où il a imité maladroitement ces lettres «monumentales».

I) 1908, 26 juin (BRAH 53, p. 37, n.° 3 = Mons. 289).

Tuile appartenant alors à la collection d'Almendralejo et aujourd'hui perdue sur laquelle nous n'avons plus que le témoignage de Monsalud.

Il la donne comme provenant de «Solana de los Barros». Dimensions: 0,42 sur 0,56. Lettres: 0,08 (ligne 1); 0,07 (lignes 2 et 3). Il note que les *A* n'ont pas de «traverse» et il lit: *(chrismon) allius bebius* | *famulus dei* | *annus XXVII*. Monsalud note la haute antiquité de cette formule chrétienne qu'il attribue au quatrième siècle.

Cette tuile provient, non de Solana de los Barros, mais, comme la précédente, de Villargordo à Villafranca de los Barros, et, comme la précédente, elle était au jour dès 1905. Sur une autre tuile, anépigraphe, le faussaire avait copié le texte

(chrismon) aelius bebius | famulus dei | anus XXVII, et remis le faux à Monsalud qui l'avait publié en 1905 avec la tuile H. La lecture *aelius* est manifestement une faute du faussaire; la variante *anus* (1905) contre *annus* (1908) peut être due, soit à une faute de copie du faussaire en 1905, soit à une faute de lecture de Monsalud en 1908. La tuile authentique *allius bebius* avait, en 1905, été gardée en réserve par le faussaire qui l'avait remise plus tard à Monsalud avec la fausse provenance de Solana de los Barros pour accréditer l'authenticité des pièces fausses à qui la même origine était attribuée. Cette tuile disparue était sans doute l'une des plus anciennes inscriptions de l'Espagne chrétienne.

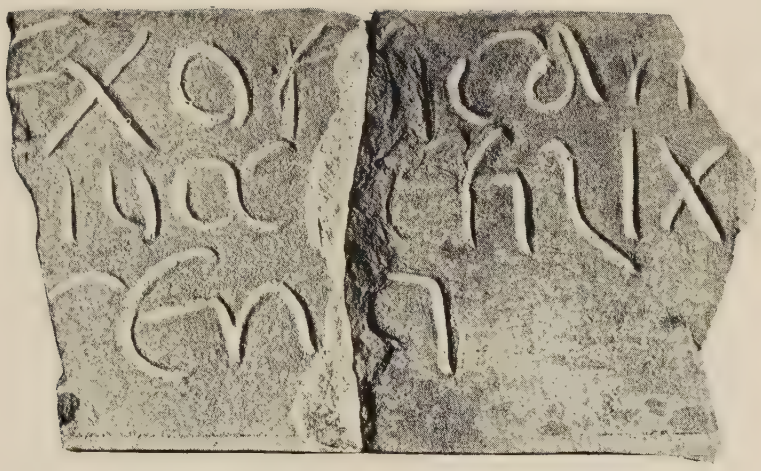
XV. L'ensemble de ces pièces a manifestement un très grand intérêt. Du point de vue des caractères internes, plusieurs d'entre elles appelleraient bien des commentaires, entre autres l'épitaphe virgilienne avec chrismon (E) et la lettre sur la mort d'une esclave enceinte (C). Malheureusement quatre pièces ont disparu sans laisser d'autre trace que le témoignage de Monsalud et on ne saurait accorder une confiance aveugle à ses lectures quand elles ne sont pas recoupées d'une manière quelconque. Il suffit, pour s'en convaincre, de confronter les textes qu'il donne pour A B C D E avec les originaux ou avec les révisions de Hübner sur calques.

Du point de vue des caractères externes, la même confrontation montre assez combien les remarques de Monsalud sont pauvres, incomplètes et souvent impropres. Celles qu'il consigne au sujet des six pièces disparues ne permettent guère que d'aviver le regret de leur perte: le sauvetage de la tuile d'Alcalá, de la brique d'Aceuchal et de la tuile de Villafranca portant la lettre de Maximus à Nigrianus nous a conservé des monuments paléographiques qui, comparés aujourd'hui avec les papyrus d'Orient, présentent un intérêt tout à fait exceptionnel que Monsalud ne pouvait même pas soupçonner.

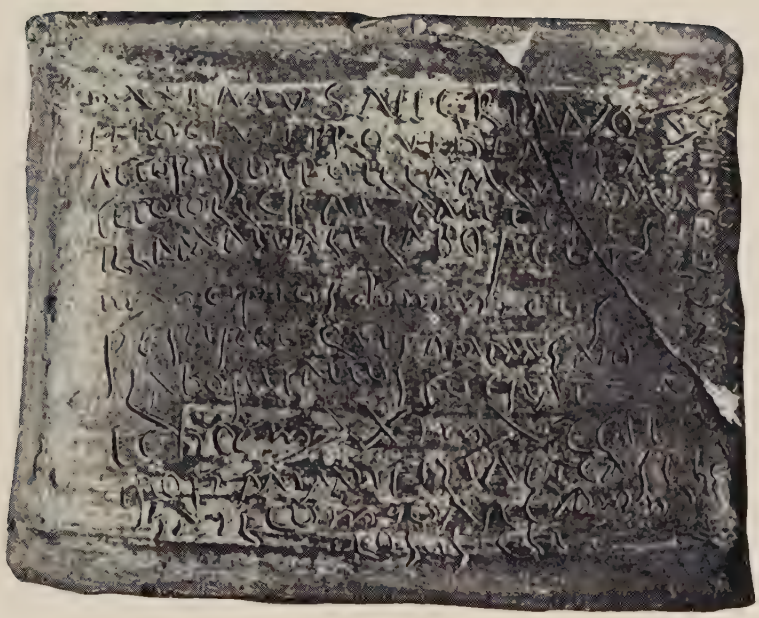
XVI. Enfin une conclusion pratique et d'intérêt actuel est à tirer de cet essai critique où l'on a cherché à dégager dans l'oeuvre de Monsalud les éléments sains et valables.

Sans doute les environs d'Almendralejo ne sont-ils pas aussi fertiles en inscriptions à la pointe sèche que le donneraient à penser les notices de Monsalud, puisque, sur vingt et une pièces indiquées par lui comme ayant cette provenance, huit seulement sont à considérer comme authentiques. Mais, même réduite à ces proportions, la récolte est encore très belle si l'on songe qu'elle a été faite en quelques années dans une région très circonscrite, que ces pièces sont ailleurs extrêmement rares et que des zones immenses de l'Occident n'en ont jamais livré aucune. Une question alors se pose: se pourrait-il que, depuis 1905, c'est-à dire depuis que le marquis de Monsalud a cessé de leur faire personnellement la chasse, on n'en ait pas mis au jour dans la même région? Si l'on décompte l'ardoise de Barcarrota apparue un peu à l'écart, sept ardoises, briques ou tuiles écrites à la pointe sèche ont été trouvées entre Mérida et Villafranca de los Barros, de 1897 a 1905, et les points de trouvaille les plus précis que nous connaissons se situent sur quelques kilomètres le long de la voie romaine qui, de Mérida, se dirigeait vers Séville; le zèle du cinquième marquis de Monsalud, candidat heureux à l'Académie d'Histoire, y a suffi. Pour la plupart, ces inscriptions semblent avoir été rencontrées par hasard, et deux tout au plus ont été exhumées au cours de fouilles pratiquées par Monsalud, fouilles qui ne paraissent pas avoir jamais eu une grande envergure ni avoir été bien méthodiques. Nous sommes en 1950: serait-il possible qu'en quarante cinq ans il n'en ait pas apparu une seule dans les mêmes parages?

L'intérêt de la question est proportionné à celui de ces pièces. D'une manière générale, jamais on ne soulignera assez le tort qu'on a fait à l'épigraphie comme à la paléographie en élévant entre elles une cloison étanche. J'ai appuyé ailleurs sur cette idée qu'il n'est pas une seule catégorie d'inscriptions qui n'ait son intérêt pour la paléographie; mais il est particulièrement évident que l'écriture à la pointe sèche, par sa pa-



1.—Tuile d'Alcalá de Henares. Coll. particulière, Madrid. Cfr. § XIV B.



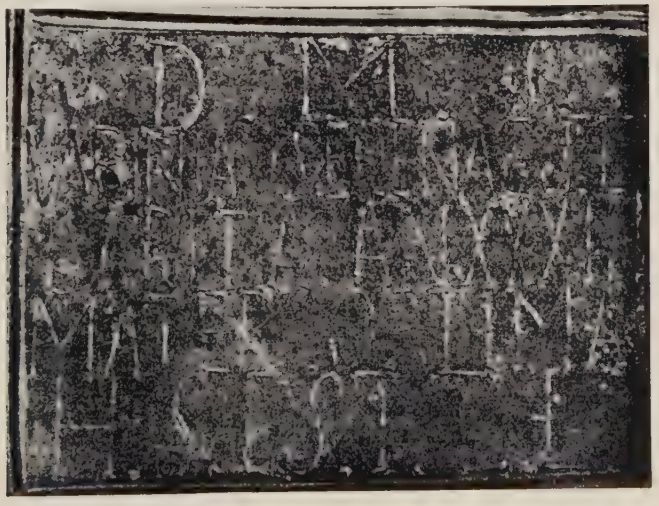
2.—Tuile de Villafranca de los Barros. Coll. Gómez Moreno, Madrid. Cfr. § XIV C.

3.—Brique d'Aceuchal. Musée de Mérida. Cfr. § XIV E.

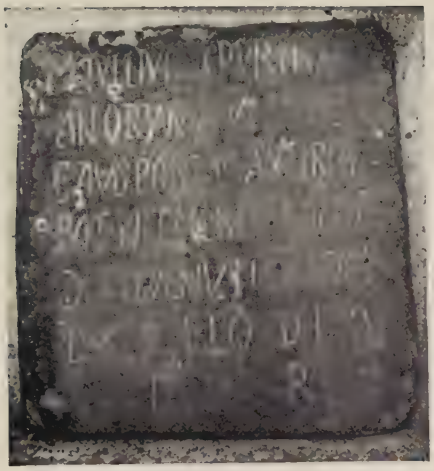
INTEREA MEÐ
VM ENEAS IAM
CLASSETEN
EBA T

4.—Transcription publiée par Monsalud d'une inscription fausse, auj. perdue, imitation sur ardoise de l'inscription portée par la brique cidessus. Cfr. §§ II-III.

5.—Débris d'une brique de la coll. Monsalud publiée par le même et portant une inscription fausse soi-disant de Solana de los Barros. Institut Valencia de Don Juan, Madrid. Cfr. § IV.



6.—Plomb portant une inscription fausse publiée par Fita en 1913 comme authentique, apparentée par lui aux inscriptions d'Arroyo de San Serván et de Solana de los Barros collectionnées par Monsalud. Photo du *Boletín*. Cfr. § VII.



7.—Inscription fausse inédite jadis photographiée dans la coll. Monsalud et aujourd'hui perdue. Cliché Casulleras. Cfr. § VI, n. 18 *in fine*.

8.—Bronze de la coll. Monsalud portant une inscription fausse, auj. au Musée de Barcelone. Chiché Serra Rafols. Cfr. § VI.

9.—Revers du même bronze avant nettoyage. Cliché Almagro.

19.—Inscription fausse ayant apparu après nettoyage du même revers. Cliché Almagro.

renté étroite avec l'écriture au calame, mérite une attention toute particulière de la part des paléographes. Or, en 1939 encore, M. Battelli qui est l'auteur du traité de paléographie actuellement le plus complet et le plus à jour, voulait bien admettre dans le ressort de cette science les tablettes de cire et les graffites, mais rejetait dans les ténèbres extérieures les inscriptions sur terre cuite. La paléographie latine peut-elle rester indifférente à des tuiles et briques trouvées en Lusitanie qui nous font apparaître, en Occident, les écritures qu'on trouve en Egypte et en Syrie sur les papyrus d'Oxyrhynchus et de Doura Europos? Ne doit-elle pas chercher à tirer tout le parti possible d'un «Fayoum» occidental de cette espèce, que l'expérience Monsalud semble nous faire entrevoir au Sud de Mérida le long de la route qui conduisait à Séville?

Certes on n'en tirera pas des tomes de textes nouveaux. Du moins des «témoins» très importants peuvent-ils y être recueillis par une paléographie qui rapprocherait ses méthodes de celles de l'archéologie. Dans cette direction, les conséquences de la présente étude sont sans doute très loin d'être épuisées.

JEAN MALLON

Madrid, septembre 1950.

PATRARE, INTERPRETARI Y PELLERE

En mis *Notas al Voc. Jur. Lat.*, pág. 20 y sigs., indiqué mi opinión de que *patrare* y *pater patratus* tuvieron como base un verbo **partare*, formado sobre *partus* (p. p. p. de *parere*), al que debió corresponder un sentido originario como de «parir con esfuerzo, gestar con dolores como en un parto difícil, tramar, urdir, fraguar, producir, llevar algo adelante con trabajo, hacer algo grande o importante, que por su misma importancia exige trabajo». Sentidos todos que, como se ve, se compaginan perfectamente con el carácter intensivo del verbo. Y desde luego en lo esencial no tengo por qué modificar en nada mi primera hipótesis. Para el caso importa poco que *patrare* a veces se especificase en determinados usos de la lengua religiosa, y que otras veces, por tratarse de cosas importantes, pero moralmente reprobables, tendiese a teñirse con un matiz peyorativo. Lo cierto es que todos los posibles valores que con el tiempo adquirió este verbo (y sus derivados *impetrare, expatrare, propetrare, perpetrare*), están contenidos como *in nuce* en el valor general por mí indicado. Y en cuanto a *(pater) patratus* me parece claro que, si *patrare* significó, entre otras cosas, actos como el de concluir las alianzas *(patrare foedus)* y el de hacer los juramentos que las sellaban *(patrare iusiurandum)*, no tiene nada de extraño que la palabra se aplicase a uno de los *fetiales*, que eran los sacerdotes a quienes incumbían aquellas misiones sagradas. Desde luego que la forma pasiva del participio parece compaginarse mal con el sentido activo que por fuerza hay que atribuir a *patratus* en esta expresión: *pater patratus* = *pater qui patrat aut patrauit foedus, iusiurandum*, et-

cétera, «el senador que concluía las alianzas y hacía los juramentos sagrados con este fin. Pero no hay que olvidar que los part. en *-tus* en sus orígenes no tuvieron necesariamente sentido pasivo. Y la prueba es que en latín quedaron una multitud de part. en *-tus* de verbos transitivos, activos o deponentes, con sentido activo; así, p. ej., *pransus, potus, scitus, iuratus, cenatus, consideratus* «circunspecto», *ausus, lautus* «el que ha tomado un baño», *uectus, uersus, uersatus, adeptus, commentus, confessus, oblitus*, etc.; y así, en particular, *parta* «la que ha dado a luz» (forma esta en relación con nuestro caso especialmente significativa, puesto que tuvo la misma raíz y el mismo sentido por mí supuesto en *patratus* < **partatus)*. Por lo tanto, si *parta* significó «la que ha dado a luz» y *scitus* «el que sabe algo», y *iuratus* «el que ha jurado», y *pransus* «el que ha comido», no veo qué inconveniente puede haber en suponer que *patratus* significase «*qui patrat aut patrauit (foedus, iusiurandum*, etc.)» Lo cual, como se ve, hace innecesarias todas las hipótesis, a cual más inverosímiles, que sobre la palabra se han forjado (cfr. Walde-Hofmann, *Wb.*[3] y mis observaciones en *Notas al Voc. Jur. Lat.*, pág. 20 y sigs.).

Sin embargo, he de reconocer que en esta etimología hay un punto que en mi anterior explicación no quedó aclarado. Me refiero al hecho de la metátesis de la *r*. Pues yo entonces supuse que ese cambio se había originado en la expresión *pater *partatus* > *patratus, patris * partati* > *patrati*, de donde se habría extendido a todo el paradigma verbal. Pero, claro está, que con independencia de si el cambio se produjo en esa expresión (cosa perfectamente posible), sería a todas luces excesivo suponer que sólo una expresión como ésa hubiese tenido fuerza para imponer la forma metatizada a todo el paradigma. Sin embargo, tampoco creo que esto debilite en nada mi hipótesis. Pues lo cierto es que prescindiendo de esa expresión, *partare* dió origen a un grupo de compuestos que ofrecían las condiciones más favorables para la metátesis. Así, por ejemplo, **perpartare* > **perpatrare* > *perpetrare*, y así **propartare *propatrare* > *propetrare* (atestiguado por P. F. 253, 23 L: *propetrare: mandare quid perficia-*

tur. En estos, al menos, se ve que la tendencia a la metátesis no podía ser más natural. Tendencia que, por supuesto, debió verse reforzada por la que también se daba en la expresión *pater *partatus, patris *partati*, etc.

Desde luego que al lado de éstos había otros compuestos de *patrare*, que aunque hubiesen procedido de **partare*, no ofrecían las condiciones para la metátesis. Pero, prescindiendo del aislado *expatrare* (sin duda tardío por la falta de apofonía y del que fuera de las glosas no conocemos más testimonio que Catul. 29, 16), resulta que los otros dos compuestos claros de *patrare*, *impetrare* y el arcaico *impetrire*, tuvieron que presentar formas primitivas como **impartare, *impartire;* formas que naturalmente se confundían o se prestaban a confusión con *impartiri* > *impertiri*, compuesto de *partiri* < *pars, partis*. Luego no tiene nada de extraño que surgiese el deseo de diferenciar estas dos clases de formas (las de **impartare, *impartire* y las de *impartiri)*, y que, por consiguiente, se tendiese a asimilar los dos primeros verbos a los otros compuestos de *patrare*. Es decir, que por las circunstancias especiales del grupo no tiene nada de extraño que en todos los compuestos de **partare* se produjese una metátesis que les convirtiese en *perpetro, propetro, impetro, impetrio*. Ahora bien, es evidente que el conjunto de los compuestos esos suministraron un grupo de formas más usadas que las del simple *patrare*. Luego tampoco tiene nada de extraño que bajo el influjo de ese grupo se llevase la metátesis al simple **partare*, convirtiéndole en *patrare* (de donde luego se sacó *expatrare)*. Por lo menos el hecho en sí de que compuestos o derivados de mucho uso influyesen sobre la forma del simple, no creo que pueda discutirse; así, por ejemplo, *gressus* (y no **grassus)*, por *ad-, con-, e-, in-, pro-, regressus; fessus* (y no **fassus)* por *defessus, Capitolium* (y no **Capitonium)* por *Capitolinus* < **Capitoninus* (cfr. EMERITA IX, 1 y sigs. y Niedermann, *Mélanges Ernout*, pág. 267); *caelum* «cincel» (y no **caellum)* por *caelare* < **caelare* (cfr. mis *Estudios de Fonética*, pág. 20 y sigs.); *uēlum* (y no **uellum)* por *uēlare* < **uellare* (cfr. mis *Estudios de Fonética*, pág. 33); y

así la conservación del grado *-er-* < *-es-* en los casos oblicuos en nombres como *Veneris, oneris, sideris, sceleris, generis,* etcétera, frente a *corporis, pectoris, temporis, nemoris, aequoris,* etcétera (fenómeno que, sin duda, no pudo tener más razón que el hecho de que los primeros tenían derivados frecuentes y antiguos, y por lo mismo construídos sobre el grado antiguo de los casos oblicuos, y los segundos no; cfr. mis *Notas al Voc. Jur. lat.* págs. 35 y 66) (1).

Y en todo caso, el fenómeno por mí supuesto se da en una serie de verbos; por ejemplo, en el *clūdo* (al lado de *claudo)*, sin duda sacado de compuestos como *con-, dis-, ex-, in-, inter-,*

(1) Sobre las aparentes excepciones de este principio ya indiqué en el pasaje citado que *tempero* al especificarse en el sentido de «mezclar, amansar, domar», debió desvincularse de *tempus*, y que por lo tanto no tiene nada de extraño que escapase al influjo de éste. Y en cuanto al *stercero* y *stercerarius* de algunos mss. de Catón, ya dije también *(Estudios de Fonética*, pág. 159 y sigs.) que a mi juicio no pueden ser más que una mala lectura de *stercoro* y *stercorarius*. El que algunos gramáticos tardíos recogiesen esas formas (Cassiod. de gramm. página 2323; Beda, *G. L.* VII, 289, 26 *K*) debió ser una consecuencia de que la gramática antigua no llegó a establecer una teoría segura sobre los en *-us, -eris*. La vacilación sobre *pignoris, -eris, fenoris, -eris, facinoris, -eris* hizo creer a algunos que también en *stercoris* pudo producirse un fenómeno igual; y de ahí que no sintiesen reparo en aceptar como auténticas las grafías con *-ero*, sin duda resultado de una mala lectura. En cambio, sí me interesa hacer constar que mi explicación de las otras dos aparentes excepciones *(pignerare* y *fenerare)* tal vez necesite una pequeña rectificación. Y no es que en nada esencial haya cambiado de opinión. No; puesto que en todos los demás casos fuera de estos dos a un verbo con el grado *-er-* corresponde siempre el grado *-er-* en los casos oblicuos del substantivo correspondiente, entiendo que la discrepancia *pignoris: pignerare* y *fenoris: fenerare* no puede explicarse más que considerando a *pignerare, fenerare* transformaciones de *pignorare* y *fenorare*. Formas estas últimas que sin duda tuvieron que crearse después que en *pignus* y *fenus* se había generalizado el grado *-or-* del sufijo en todo el paradigma; y desde luego ya antes del comienzo de la tradición literaria. Para el caso importa poco lo que los gramáticos latinos digan sobre la existencia en latín arcaico de formas como *pigneris, feneris* (Prisc. *G. L.* II 273, 19; III 433, 28; Velio Longo VII 72, 22, etc.). Como tampoco importa que de hecho esas formas en *-eris* aparezcan algunas veces en los mss. de autores

oc-, re-clūdo; y en el *luo* de la época imperial (al lado de *lauo)*, sin duda sacado de compuestos como *ab-, al-, col-, di-ē-, inter-, prō-, sub-luo;* y en *sculpa* > **sculpīre* > esp. esculpir, ital. scolpire, *sculptura* > esp. escultura (al lado de *scalpo)*, sin duda formados sobre compuestos como *exsculpo, insculpo*, etc.

Y puesto que se ofrece ocasión, quiero advertir que a mi juicio otro caso idéntico a los anteriores es *pello, is, ere, pepuli, pulsum.* Y ya sé que actualmente se suele dar a esta palabra como derivada, o de un **pel-d-o* (así Persson, *Ger.* 12; Marstrander, *Prés. à nas. inf.* 36; Ernout-Meillet, *DEL*[2]), o

posteriores. En realidad se ve que en los mss. las grafías con *-er-*, aun en los nombres esos, son más raras que las con *-or-*; y eso aun en *pigneris*, mucho más en *feneris* y *facineris* (cfr. Neue-Wagener, I 175 y sigs.). Se ve también que en los gramáticos la noticia de las formas en *-eris* va siempre asociada con la referencia a los verbos correspondientes en *-ero*. Así Prisc. II 273, 19: *quod tamen antiqui feneris dixerunt, unde et fenero uerbum et fenerator; et pignus pignoris, et pigneris, unde pignero pigneras;* y lo mismo aproximadamente los demás pasajes citados. Lo que demuestra que a los antiguos les chocó vivamente esa diferencia entre *pignoris: pignero* frente a la uniformidad de otros casos: *ueneris: ueneror, oneris: onero*, etc. Por lo tanto debemos suponer que esas grafías como *pigneris, feneris*, etc. fueron, no supervivencias del estado *i-e*, sino desviaciones ocasionales del *-or-* normal, producidas bajo el influjo de los verbos correspondientes en *-ero*. Por lo menos a mí me parece que esta es la única manera para compaginar la evolución de estas formas con el desarrollo general del sufijo *-us/-es*. Lo que ya dudo más que pueda justificarse es mi explicación anterior del paso *pignoro* > *pignero*. Pues yo entonces me inclinaba a pensar aunque sin darlo como seguro, que ese cambio se verificó por asimilación de la *-o-* interior a la vocal de la sílaba inicial. Pero claro está que este efecto debería haberse ejercido de manera igual en los casos oblicuos de los nombres correspondientes, y además en otros parecidos como *frigoris, temporis, decoris*, etc., en los que, sin embargo, vemos que no se ejerció. Por eso hoy, aun manteniendo la hipótesis fundamental (es decir, el que *pignero, fenero* son grados posteriores de *pignoro, fenoro)*, creo que el cambio de *o* en *e* tuvo que estar motivado por otra causa. Causa que me parece entrever, aunque por la naturaleza misma del fenómeno sea difícil precisarla con seguridad. En efecto, es indudable que entre los verbos con tema en *-ra-re* eran con mucho más frecuentes los en *-erare* (con sus diversas clases) que

de un **pel-n-o* (así, entre otros, Vendryes, *MSL* XVI 301; Pisani, *KZ* LXVIII 121; Walde-Hofmann, *Wb.*[3]). Pero a mí me parece que la primera hipótesis está excluída por la forma primitiva del part. p. p. **pultos* (conservado en *pultare, pultatio*, etc.). Pues naturalmente un tema **pɛld-* debiera haber dado desde el principio **peld-tos* > *pulsus*. Y no vale citar el caso de *tendo* con *tentus*, porque *tendo* tuvo al lado un *teneo*, de sentido muy parecido y sin duda anterior a *tendo* (que se formó sobre la misma raíz), y en el que era natural el partic. *tentos:* gr. τατός. Por lo tanto, no tiene nada de extraño que el derivado pudiese quedarse con el partic. del primitivo (como se quedó *nītor* < **nĭuĭtor* < **neig̑ʰ-* con *nixus*). Fenómeno que en *pello* < **peldo* no tendría razón de ser. Y en cuanto a la hipótesis que deriva *pello* de **pelno*, a mí me parece, a pesar de lo que hoy se diga (por ej., Sommer *Hb.*[2] pág. 231, y Stolz-Leumann, *Lat. Gr.*[5] pág. 166), que en

---

los en *-orare: accelerare, adulterare, iterare, liberare, lacerare, properare, superare, tolerare, recuperare, temperare, uerberare, scelerare, considerare*, etc., mucho más que *decorare, stercorare*, etc. A lo cual se añadía que entre los verbos derivados en *-os-/-es-* con *-n-* ante el sufijo había un grupo numeroso con el grado *-er-*, sin duda por ser derivados antiguos: *funerare, generare, onerare, remunerare, uenerari, uolnerare*, mientras que con el grado *-or-* en esas mismas circunstancias sólo había dos: *pignorare, fenorare*. Por lo tanto, no creo que tenga nada de extraño que bajo el influjo de estos dos factores *fenorare* y *pignorare* terminasen convirtiéndose en *pignerare, fenerare*. Como no tiene nada de extraño que el cambio no pudiese propagarse a los substantivos correspondientes; puesto que el *-er-* verbal para lo que tuvo fuerza fué para mantener el *-er-* heredado en los casos oblicuos, pero no para desplazar al *-or-* una vez que éste se había generalizado. Aunque por lo demás ya hemos visto que la tendencia a propagar el *-er-* de los verbos a los substantivos produjo aisladamente sus efectos. Y lo mismo que de los anteriores hay que decir del raro *frigerare* y de sus compuestos *refrigerare* y *de-, per-frigerare* frente a *frigus, -oris*. Indudablemente, una de las causas principales de discrepancia entre las formas verbales en *-er-* y las nominales en *-or-* debió ser la analogía de los numerosos verbos en *-erare*. Aunque aquí probablemente esta causa debió cruzarse con otra, a saber: el influjo de verbos como *frigēre* y *frigescere* con *e* tras la raíz. Y con esto creo que quedan disipados los puntos más oscuros de mi anterior hipótesis.

latín no hay ningún argumento decisivo para aceptar que *-ln-* hubiese nunca evolucionado a *-ll-*. Pues la geminada de casos como *fel/fellis, pellis, collis, -cellere,* y *tollere* (que son las pruebas que se aducen del cambio) pudiera explicarse perfectamente como una geminada expresiva de carácter popular. Para el caso importa poco que en lit. exista *kálnas* «colina»; pues esa forma presupone un originario **kolən*, y en latín tras la síncopa de la vocal resultante de la *ə* no se hubiese producido el cambio *-ln-* > *-ll-* (cfr. *uolnus, ulna,* etcétera). Es decir, que el latín *collis* y *lit. kálnas* no pueden reducirse a una forma común. Como tampoco significa nada el que en ant. irl. hubiese un *tlenaid* «él levanta» < **tl̥-nā-ti*. Pues el infijo y el sufijo *-n-* se desarrollaron en cada lengua según tendencias propias y con independencia de las demás lenguas emparentadas. Y en todo caso es claro que un derivado como *tŏlerare* presupone un tema de presente **tol-*, ya que sobre *tollo* o **tolno* con simplificación posterior de la *-ll-* debía haberse producido un **tōlero* como *cēlare* < **cellare, uēlocis* < **uellocis* < **uellācis, sōlari* < **sollari* (cfr. mis *Estudios de Fonética,* pág. 288). Luego es evidente que de haber existido un **tolno* tendría que haber sido como formación latina independiente del irlandés *tlenaid*. Pero si la *-ll-* de *tollo* tuvo que ser de origen latino y si en latín no hay otros ejemplos de *-ln-* > *-ll-*, me parece que cae por su base la hipótesis del **tolno*. Hipótesis por lo demás innecesaria, puesto que la *-ll-* de *tollo* se puede explicar como una geminación expresiva, que se armoniza perfectamente con el carácter intenso y dinámico del verbo (cfr. tal vez un fenómeno análogo en *uellere,* «arrancar, arrebatar, herir», frente a *uolare* < **uelare* «arrancarse con ímpetu, hacer una arrancada, echarse a volar»; y de ahí el sentido de «robar», arrebatar» que conservó en el lenguaje popular, de donde Catul. 25,6 *involasti* «robaste»; Petron., *Sat.* 43,4: *inuolauit* «robó», y frz. *voler voleur*). Es decir, que en latín no hay ninguna prueba segura de que *-ln-* se convirtiese nunca en *-ll-*. Y en estas circunstancias me parece que carece de base el suponer un **pelno*, del que tampoco se han podido señalar correspondencias en

otras lenguas. Pues el supuesto **(p)el-nā-mi* > irl. *ellaim* «yo voy», en primer lugar contendría un tema en *-nā-* distinto del latino, y además, y sobre todo, por su sentido queda muy alejado del verbo latino.

En cambio, a mí me parece que al menos por el sentido *pellere* «empujar, lanzar, rechazar» presenta un gran parecido con hom. πάλλω «agitar, sacudir, remover, blandir», en media «lanzarse, saltar de gozo», etc. Desde luego que el verbo latino presenta en la sílaba inicial *e* frente a la *a* del griego πάλλω. Pero esta diferencia creo que puede explicarse sencillamente si se tiene en cuenta que **pallo/pello* sirvió de base a una multitud de compuestos, en los que la *a* interior tenía que convertirse en *e: ad-, com-, de-, dis-, ex-, im-, pro-, re-pello* (y además los derivados de éstos con *ā: ad-, com-, interpellare*). Luego no creo que tenga nada de extraño que bajo el influjo de éstos se propagase la *ĕ* al simple y que en consecuencia el **pallere* terminase convirtiéndose en *pellere.*

Claro está que frente a éstos hubo otros verbos sobre los que no influyeron los compuestos, aun siendo numerosos: *gradior, iacio, facio, capio, ago, rego, teneo,* etc. Pero esto pudo deberse, en primer lugar a que los simples tuvieron una frecuencia de uso respecto a los compuestos mayor que la de *pello* o *lauo, claudo, scalpo* respecto a los suyos; y en segundo lugar a que la forma de esos simples estaba reforzada por una multitud de formas nominales de uso frecuente: *gradus, iactus, iactura, factum, captus, captiuos, rex, regula, rectus, actus, actio, tentus,* etc. Así es que no tiene nada de extraño que los resultados fuesen distintos en unos y otros.

Por lo demás puede notarse que el influjo de los compuestos en *patrare* no fué más que parcial; produjo la metátesis de la *r,* pero no el cambio de la *a* en *e.* Lo cual indica que *patro,* al constituirse en esa forma, recibió un refuerzo que le permitió resistir el influjo de los compuestos. Refuerzo que en concreto es difícil precisar de dónde provino, pero que podemos suponer le viniese de *pater* y del grupo de formas con él emparentadas, que sin duda fueron de uso frecuentísimo. En todo caso lo que no admite dudas es que las formas de

los compuestos de *patro* fueron mucho más frecuentes que las del simple, y que el influjo de los verbos compuestos tuvo muchas veces fuerza para alterar la forma de los simples. Hemos visto, además, que los valores de todo el grupo se pueden derivar sencillamente del sentido que en un **partare* habría que suponer. Luego no veo qué inconveniente puede haber en aceptar esa etimología.

Y una última observación. En mis *Notas al Voc. Jur. Lat.* página 17 yo sostuve la opinión de que *interpres, -etis* no pudo proceder de *pretium*, según han pretendido, entre otros, Vaníček, *Etym. Wb.* pág. 158; Ebel, *KZ* I 305; Bréal, *MSL* III, 163; Walde, *Wb.*[2]; Klingmueller en *PW*, y con dudas Walde-Hofmann, *Wb.*[3] y Ernout-Meillet, *DEL*. Y por lo que se refiere a este punto he de confesar que mantengo íntegramente mi actitud anterior. En cambio, en lo que sí me veo obligado a modificar un poco mis ideas es en la hipótesis que yo entonces defendí; es decir, la que deriva a *interpres* de un compuesto **interpars*. Hipótesis sugerida ya por San Isidoro, *Orig.* X, 124, y defendida modernamente, entre otros, por Bergk, *Phil.* XIV, 185; Usener, *Fleckeisens Jahrbuch f. klass. Phil.* 117 (1878) 73 y Niedermann, *IA* XXIX, 34. Y no es que me hayan conmovido las objeciones que contra esta hipótesis se habían presentado. No; como entonces sigo creyendo que en latín no hay pruebas decisivas para admitir que *pars* contuviese un tema (1) en *i*, y menos aun para suponer que ese tema hubiese tenido ya en *i-e* una forma **p$_e$rətis* (así Walde, *Festschrift Streitberg*, 163; Walde-Hofmann, *Wb.*[3]).

(1) Que *pars* no pudo ser formación *i-e* lo deduzco: 1.°) de que no tiene correspondencia en ninguna de las lenguas emparentadas, y 2.°) de que una formación *i-e* en *-tis* debería haber tenido como grado radical, no **p$_e$r-*, sino **pr̥* (cfr. *mors, sors, fors, gens, mens*, etc.). Claro está que aunque no remontase al *i-e*, *pars* podría explicarse como una formación en *-tis* de época latina (por ej., sobre la raíz **par-* de *pār/păris*). Pero en latín se ve que el sufijo *i-e -tis* fué suplantado por su alargamiento, el *-tio: ratio, oratio, natio, tactio*, etc. Así es que, ya en principio, me parece muy dudoso que en latín pudiera justificarse una formación en *-tis* como la indicada. Y, desde luego, yo tampoco creo que los argumentos que en favor de esa hipótesis pu-

Y en cuanto a que en *expers* no se diese la metátesis, me parece que las circunstancias fonéticas de esta palabra eran completamente distintas de las de *interpres, interpretari* (con un grupo oclus. mas *er* repetido de dos sílabas contiguas). Por lo tanto, no tiene nada de extraño que en *interpres* se produjese la metátesis, sin duda provocada por la tendencia disimiladora, y en *expers* no.

Pero hay un punto en la historia de la palabra, del que no creo que dé razón suficiente esa hipótesis. Me refiero al aspecto semántico. Pues indudablemente hay que suponer, como se admite de ordinario, que el sentido originario de *interpres* no pudo ser más que el de «intermediario en un trato,

---

dieran aducirse, sean convincentes, pues *partim* pudiera ser, o una transformación analógica de *partem* por influjo de *statim, affatim*, etcétera, o evolución fonética normal en posición átona (como *undecim, duodecim*, etc.). Y sobre ese *partim* pudo construirse el ablativo *partī* Plaut. *Men*, 478; Lucr. I, 1111, según modelos como *febrim: -ī, turrim: -ī, Tiberim: -ī*, etc. Como el genit. plur. en *-ium* pudo ser un influjo de formas como *art-ium, sortium, gentium, mentium*, que indudablemente tuvieron su tema en *-ti-*. Por lo demás, puede recordarse que el *-ium* tendió a invadir desde la época de Cic. hasta los temas en *-tās/-tātis*, que, según parece, originariamente fueron temas en consonante, y que desde luego en Plaut. no tuvieron más genitivo plur. que el en *-tātum*. Así es que por mi parte me inclino a creer que *pars*, en el que debemos suponer un sentido originario como de «parte igual» (conservado en las lenguas técnicas), no fué más que un derivado con el sufijo itálico *-ts* > *-s/-tis* sobre el tema (probablemente también itálico, a pesar de Walde-Hofmann, *Wb.*[3]) de *pār/părĭs;* es decir, una formación del mismo tipo que *eques, pedes, miles, caeles, diues*, etc. Por lo menos en el terreno semántico me parece que la hipótesis se justifica sencillamente. Y ya he dicho que los aparentes indicios morfológicos de un tema en *-tis* se pueden explicar también de manera natural. Desde luego que en *pars/partis* se perdió la vocal presufijal en contra de lo que pasa en los otros casos análogos. Pero esto pudo ser una consecuencia de que en estos otros casos se restauró la vocal, que de suyo debería haber caído, bajo el doble influjo del sentimiento etimológico y de la analogía *(caeles* por *caelum, miles* por *mille, diues* por *diuos, pedes* por *eques, miles*, etc.), mientras que en *pars* esos factores no pudieron actuar (el uno porque *par* era tema consonántico, y el otro porque *pars*, por su sentido, quedó algo alejado del grupo).

agente comercial», o cosa parecida. Sentido que ya en Plauto es el más frecuente (cfr. *Curc.* 434: *quod te praesente istic egi, teque interprete)*, y que se conservó todavía en Cic (por ej. *Verr.* V 84: *quo interprete, non ad linguam graecam, sed ad furta et flagitia uti solebat)*, y en Virgil. (por ej. *Aen.* IV 608: *tu harum interpres curarum et conscia Iuno)*. El que con el tiempo sobre ese valor se desarrollase el de «traductor, intérprete», con el sentido que nosotros damos a esta palabra (de donde luego el de «comentarista, exégeta» de un texto), es un fenómeno completamente natural, y que debió producirse en los tratos o relaciones internacionales entre pueblos de distinta lengua. Pues desde luego para que las partes contratantes se entendiesen era necesario que un mediador o intermediario tradujese a la lengua de cada una de las partes las razones de la parte contraria. Es decir, que en esos casos la función del mediador se identificaba y confundía con la del traductor. Se comprende, pues, que *interpres* pudiese asumir indistintamente esos dos sentidos, y que con el tiempo, al ir adquiriendo importancia social la idea de traducir, tendiese a especificarse en este último y en el de «comentarista» derivado de él, con detrimento del originario. De cualquier forma es claro que los compuestos del tipo morfológico de *interpres (Cistiberes, Aborígenes, obuius, deuius, auius, sedulus, securus, proconsul, exlex*, etc.) no suelen entrañar más relación entre las ideas de sus elementos componentes que la de «ser» o «estar». Y claro está que una relación como ésas no bastaría a definir ni a caracterizar al *interpres*, cuya función, como acabo de decir, era no «estar entre dos partes», sino «actuar como intermediario entre dos personas que concluían un trato, conseguir que dos personas concluyesen un trato o realizasen un acto jurídico». En cambio a mí me parece que esta función típica y esencial del *interpres* corresponde exactamente al sentido que deberíamos suponer en un verbo como **interpartare* o **interpatrare*. Verbo que naturalmente, en virtud de sus elementos constitutivos, tenía que entrañar, por una parte la idea de «tramar, urdir, conseguir algo con esfuerzo» *(patrare)*, y por otra la indicación de que «lo tramado,

urdido o conseguido» decía relación a dos partes contrapuestas *(inter)*. Que es, como puede verse, lo que por esencia significaron *interpres* e *interpretari*. Luego desde el punto de vista semántico no creo que haya la menor dificultad en relacionar a *interpres* con **interpartari* o **interpatrari*. Claro está que frente a esto, en el terreno fonético *interpretor* representa una desviación de la línea seguida por los demás compuestos de *patro*. Pero tampoco hay que olvidar que las circunstancias fonéticas del grupo **parto-* no eran idénticas en **interpartari* y en los otros verbos. Había, desde luego, un hecho fundamental común, a saber: la repetición del grupo oclus. más *ar/er* en sílabas contiguas. Repetición que sin duda produjo un tétanos, y consiguientemente la tendencia a la metátesis. Esto lo mismo en **interpartari* que en **perpartare* o **propartare*. Pero la cosa es que en **interpartari* la formación del grupo metatizado *-tr-* hubiese dado origen a otro tétanos, sin duda menos fuerte que el de **interpartari*, pero no menos real; a saber, el resultante de la repetición a corta distancia de la *t* inicial de sílaba asociada a una *r* con sonido vocálico. Para el caso importa poco que los grupos repetidos no fuesen exactamente idénticos. Lo cierto es que uno y otro exigían un complejo de articulaciones muy parecidas, y que por lo tanto se hubiese producido un tétanos. Tétanos que, en cambio, en *perpetrare* no tenía razón de ser, puesto que el cambio de la oclusiva cambiaba esencialmente la naturaleza de los dos grupos. Por lo tanto, no tiene nada de extraño que la tendencia a la disimilación y a la metátesis se resolviese en **interpartari* de forma ligeramente distinta que en **perpartare*. Pero que la lengua, en un primer impulso, debió tender a llevar a **interpartari* por el mismo camino que a **perpartare*, me parece evidente. Y la prueba es que aun después de cristalizada y arraigada la forma *interpretari*, se produjeron a veces vacilaciones entre ésta y la variante *interpetrari*. Vacilaciones de las que se ven muestras en las inscripciones, y a mi juicio en el discutido pasaje de Cosencio *(Gr. Lat.* V 392,24*K)*, donde el *Monacensis* seguido por Keil de *interpertor*, pero donde el *Basiliensis F.* descu-

bierto por Lindsay y en general más correcto, da *interpetror*, que es a mi juicio la lectura verdadera (cfr. mis *Notas al Voc. Jur. Lat.*, pág. 18). Lo cual quiere decir que aun suponiendo originaria la forma **interpartari* yo no creo que ese pasaje constituye ninguna prueba de la misma (contra Bergk, *loc. cit.*). En todo caso, se ve que tanto en el orden fonético-morfológico como en el semántico *interpres* e *interpretari*, se explican perfectamente a partir de **interpartari*. Luego creo que el grupo de compuestos de *patro* hay que considerarle ampliado con esa nueva forma. Por lo demás, se comprenderá que esta etimología presupone que lo originario fué el verbo, y que el substantivo *interpres* no pudo ser más que un regresivo de aquél.

A. PARIENTE.

SOBRE LOS NOMBRES DE ÍNDICA

LA CIUDAD HISPANA JUNTO A EMPORION

Del nombre de la ciudad indígena de Índica ha quedado sólo una huella y aun tardía en las fuentes antiguas, la referencia que bajo el vocablo Ἰνδική aparece en Esteban de Bizancio: Ἰνδική, πόλις Ἰβηρίας, πλησίον Πυρήνης, τινὲς δὲ Βλαβέρουραν αὐτὴν φασιν· Τὸ ἐθνικόν, Ἰνδικῖται. «Índica, ciudad de Iberia, cerca del Pirineo; algunos la llaman Blaberura. Sus habitantes son los indicetes» (1).

Schulten apuntó la idea de que la noticia viniera de Hecateo (2). Si bien ello está por demostrar y contando sólo con la fecha tardía de la única fuente conocida, es notable la buena fortuna que ha acompañado al primero de estos dos nombres de la misma ciudad, debido quizá a su conexión con el étnico *indigetes* y a que correspondió a su capital. Aun cuando es abordar siempre un delicado problema ver en qué relación se dan ciertos entronques lingüísticos entre denominaciones de tribu y de ciudad, el caso de Índica con su doble toponomástica ofrece una vertiente favorable para plantear la cuestión del origen de sus nombres.

Existen aquí razones para estudiar Ἰνδική prescindiendo de considerarlo una refección analógica sobre el término *indigetes*. Primero, la entidad de la ciudad indígena que se trasluce de Estrabón III 4, 8 y principalmente de Livio XXXIV 9. Pocas ciudades hispanas cuentan con una descripción tan pormenorizada como esta δίπολις ampuritana. Y, en segundo

(1) Ἐθνικά *Westermann. Leipzig, 1835*, pág. 146.

(2) *Butll. As. Cat. Antrop. Etnol. Prehist. Barcelona, 1925, 26.*

lugar, el contenido completo de la cita de Esteban de Bizancio.

Cierto es que Esteban, que dispuso de materiales de varia procedencia y trabajó especialmente sobre Hecateo y Estrabón (3), pudo acuñar la palabra Ἰνδική sobre Ἰνδικῖται, pensando en la lección Ἰνδικῆται del étnico (4), que con gutural sorda dan únicamente Estrabón, *loc. cit.*, el verso 532 de la transmisión latina del Periplo de Avieno (5) y una inscripción de reciente hallazgo en Ampurias (6); cierto también que no se puede soslayar una fuerte evidencia de etimología popular, como ya advirtió Schulten (7). Pero no es menos cierto que en tan corta cita nuestra fuente contó para Ἰνδική con una realidad lingüística de primera mano, y dejó transparentar un complejo histórico-cultural que, según veremos, es posible reconstruir con precisión.

En el fragmento transcrito, Esteban de Bizancio consignó dos nombres de la misma ciudad indígena. Este caso de doble toponomástica, que no es raro en la costa sudfrancesa y en la nuestra, presenta aquí la particularidad de ser un mismo texto el que reúna los dos términos. De ambas denominaciones, Índica ha tenido más difusión que Blaberura, y el carácter minoritario de ésta quizá fué notado ya por Esteban (τινὲς... φασίν). No obstante, como el tema puede ser abordado con relativa facilidad arrancando de Blaberura, este nombre será por razones de método nuestro punto de partida.

Βλαβέρουρα es la versión griega de un vocablo de la lengua rústica. Aunque se ha reconocido que los griegos dejaron relativamente pocas huellas de su lengua en la Península, en este caso por lo menos tendremos ocasión de comprobar la influencia, en la toponomástica de este sector, del segundo nombre de la ciudad indígena junto a Emporion.

---

(3) *B. Niese De Stephani Byzantii auctoribus Kiel, 1873, passim.*

(4) *Thesaurus H. Stephani s. u.* Ἰνδική.

(5) *Fontes Hispaniae Antiquae I Avieni O. M. Barcelona-Berlín, 1922, 122, 173.*

(6) Vid. infra, pág. 11, n. *65.*

(7) *Ampurias, Sonderabdruck aus den Neuen Jahrbüchern Jahrgang, 1907, I Abteil. XIX Bd. 5 h. Teubner Leipzig, 338.*

Phillips, Othmer, Sanpere y Schulten cuentan entre los que han fijado su atención en Blaberura. Mientras el primero creía que podía ser nombrado ibérico (8) y el segundo lo juzgaba «del todo incomprensible y quizá una corrupción de los copistas» (9) a los últimos no se les escapó su contextura jónica (10). Hoy es posible aportar más información y acopio de materiales. ¿Qué luz puede verse en Blaberura?

Ante todo, conviene acudir a un precedente histórico-cultural. La riqueza de este suelo ha sido tradicionalmente encomiada por los historiógrafos de las últimas centurias. Botet y Sisó dice que «este magnífico territorio llano o ligeramente ondulado en su mayor parte, apto para todas las producciones por la buena calidad del terreno y la abundancia de aguas que riegan sus espaciosas llanuras y propio para toda clase de comercio marítimo por los buenos puertos que ofrecen sus costas, llamó la atención del hombre desde la antigüedad más remota y fué sucesivamente codiciado por todas las razas pobladoras» (11). A Schulten el Ampurdán le recuerda Toscana y Provenza, y, por su carácter de llanura al borde del mar y

---

(8) *George Phillips, Ueber den iberischen Stamm der Indigeten und seine Nachbarn. Sitzungsberichte der phil.-hist. Classe der Akademie der Wissenschaften Wien LXVII (1871) 769:* «Blaberura der speciell iberische Name der Schwesterstadt von Emporium» y *770:* «Der Name Blaberura könnte ganz wohl ein iberischer sein».

(9) *W. Othmer, Las tribus de la Hispania Tarraconensis. Bol. R., Acad. Buenas Letras. Barcelona, VI (1911-12), 392, n. 2.* Mucho antes (1836) *Cortés y López. Dic. III, 83,* había dicho: «voz en que yo creo estar indicado el río Fluviá y que Blaberura es nombre errado por Fluberura».

(10) Sin embargo, en *R. E. s. u. Indike, Schulten* se limita a decir: «Der zweite Name Blaberura sonst nicht bezeugt». Cf. *S. Sanpere, Toponomástica catalana. Barcelona, 1880, 75.*

Entregado el presente artículo, llega a nuestras manos un reciente trabajo del Prof. *Nino Lamboglia, Ipotesi sugli Indicetes e sugli Intemeli, Riv. St. Lig.* XV jul.-dic. 1949, 184-194, que, en lo que respecta a *Blaberura,* le considera también un «appellativo enigmatico» (v. infra).

(11) *J. Botet y Sisó, Noticia histórica y arqueológica de la antigua ciudad de Emporion. Madrid, 1879, 14.*

casi cerrada por montañas, Campania y la «Conca d'Oro» de Palermo (12). Sin duda este rasgo agrícola tan acusado se hubo de reflejar en la toponomástica. Muchos nombres de las fuentes antiguas no son sino términos de la lengua rústica y su continuidad se puede proyectar hasta la alta Edad Media. En una carta medieval del año 848 figuran juntos tres toponímicos, cuyo mayor interés radica en el hecho de estar en el extremo «moderno» de una cadena de denominaciones que arranca en sus primeros eslabones de estados prerromanos. Son *Uduagro, Foniliaria* y *Savarto*, y P. de Marca, en el índice de su *M. Hispanica*, precisa *iuxta Emporias*. El texto habla del *stagnum de Castilione cum tribus insulis sibi adjacentibus, quarum una vocatur Uduagro, alia vero Foniliaria, tertia autem Savarto* (13), refiriéndose a tres «islas» destinadas a caza en el condado de Castellón de Ampurias (14). Su eco remoto puede ser percibido. Conocemos el término antiquísimo Σάμβροκα utilizado por Ptolomeo como hidronímico (15), que tiene sus secuencias en el galorromano *savart* y en el *Savarto* de nuestro texto. El Μαραθῶνος πεδίον de Estrabón III 4, 9 es simple traducción del *Campus Foenicularius* de Cicerón *ad Att.* 12, 8 (16), y es la misma voz que aparece en el medieval *Foniliaria*. Sobre el tercer término *Uduagro* que in-

(12) *A. Schulten, Ampurias, 334.*

(13) *Marca M. H., 870.* Cf., además, *892.*

(14) *J. Botet y Sisó. Las Medas. La Renaxensa, 1872, 16.*

(15) *Geogr. II 6, 19.*

(16) La cita es: *Scribe quid... referat Celer, egisse Caesarem cum candidatis, utrum ipse in Foenicularium an in Martium campum cogitet. A. Schulten Fontes V* (1940) *98* sitúa el *Campus Foenicularius* al S. de Gerona, «por donde César pasó en su viaje a Andalucía en diciembre del 46». En vista de la identidad *Foenicularius* = *Foniliaria* (toponímico cerca de Ampurias en el siglo IX), creemos que hay que colocar a aquél en las proximidades de Emporion, base de operaciones de Roma en España, y que Cicerón contrapuso la ciudad griega amiga, lugar habitual de desembarco en la Península, al Campo de Marte en que se celebraban los comicios, buscando en *Campus Foenicularius* una expresión simétrica a *Campus Martius*.

terpretábamos como *udus ager* (17), estamos hoy en situación de dar más precisiones.

Por de pronto parece insinuarse este hecho: en las tierras que rodean Emporion existen restos lingüísticos de un estado de «civilización agrícola» que legaron poblaciones dedicadas de mucho tiempo a los cultivos del campo y la ganadería. La viejísima tradición del sistema binario que dejaba una tierra yerma todo el año y la trabajaba tres veces antes de cultivarla, está unida a un remoto estrato de indoeuropeos que conocían las ventajas de esta regularización. Tal es el contenido cultural que tiene Σάμβροκα (18), forma «perdida» en el Ampurdán de acusado arcaísmo centroeuropeo en vivo contraste con la supervivencia de otros términos que son meras traducciones latinas o griegas, y con su misma continuación gala *savart.*

Cuando a mediados del siglo VI a. de J. llegaron a estas costas los focense masaliotas, se encontraron con una tradición agrícola en el «hinterland» inmediato al lugar escogido para su refugio o factoría y conocieron unos campos fértiles, ya de mucho tiempo sometidos al sistema de cultivo binario. Es tópico, sin embargo, el retrato de los *indigetes*, «*asperi... gens dura... ferox venatibus*» que ha dejado Avieno (19), utilizando aquí su fuente del siglo VI (20). Las mismas fuentes del siglo I, sin abandonar estas notas de dureza y belicosidad al referirse a las tribus de nuestras vertientes pirenaicas (21) revelan, no obstante, una contrapartida «cultural». Así Livio XXXIV 9, utilizando informes directos de Catón, distingue frente al modo de vida mercantil de los griegos, el terrícola de sus vecinos indígenas. Las mercancías extranjeras importadas por mar *(quae externa navibus inveherentur)* son contrapuestas a los productos de los campos *(agrorum... fructus)* de los españoles. Se

(17) *Ampurias IX-X (1948), 124.*
(18) *Ibid., 125.*
(19) *Fontes I Avieni O. M. , v. 523-24.*
(20) *Ibid.*, pág. 1 y 46.
(21) La exageración de Avieno ha sido ya observada. Cf. *Botet. Noticia... 19,* y *J. Caro Baroja. Los pueblos de España. Barcelona, 1945, 146.*

puede citar el hecho acaecido en la campaña militar que tuvo por base Ampurias (195), en la estación del año en que los hispanos tenían el trigo recogido en los graneros *(ut frumentum in areis Hispani haberent)*. Esta contingencia permitió a Catón prescindir de comprarlo y despachó a sus proveedores a Roma con las palabras: «La guerra se aprovisionará a sí misma» *(bellum se ipsum alet)*. Fueron los campos de esta comarca *(agros... hostium)* los que Catón arrasó al salir de Ampurias. Estrabón III 4, 9 habla de tierras que poseen en el interior (χώραν τὴν μεσόγαιαν ἔχουσι) los que él llama Ἐμπορῖται (22). Pues bien, a estas tierras y a la ciudad indígena a que pertenecían, los griegos las llamaron Blaberura.

Con Βλαβέρουρα estamos, efectivamente, ante un nombre de sentido agrícola. Su naturaleza compuesta permite más de una hipótesis. El primer análisis que se intuye es aislar una forma ἄρουρα, «tierra de labor». Ἄρουρα es una palabra antigua que tenemos en jonio, en el Epiro y en Chipre (23). Pero se trata de una forma reduplicada ἀρ-ορϝ-α como consignó ya Misteli (24), recogió Kretschmer (25), y ha visto últimamente Otrebski (26). La verdadera entidad del término está en el elemento -ορϝ-. El paso -ορϝ- > -ουρ es precisamente jonio (cf. con el jón. οὖρος el ático ὅρος). Más bien, pues, sobre el análisis Βλαβερ-ουρ-α debe basarse con pleno rigor nuestra búsqueda.

Misteli, al estudiar ἄρουρα y relacionar su tema con el del latín *aruum*, «tierra laborable», veía el simple -ουρ-α (< -ορϝ-α) en ciertos términos geográficos que enumera Herodiano Π. μον. λεξ. 13, 15, tales como Κόλουρα, Ἄργουρα, Ὄλουρα. Así Ἄργουρα, por ejemplo, vale tanto como «campo blanco». Sin duda, el mismo Esteban de Bizancio, conocía otros toponími-

---

(22) Un problema de precisión análogo en Livio al referirse a los indígenas de Ampurias, cuando les llama *Hispani* y *Barbari*.

(23) *Bechtel, Die Griechische Dialekts II (1923), 85.* Cf. *A. Tovar Emerita XII (1944), 316.*

(24) *Kühns Zeitschrift XVII, 178.*

(25) *Ibid., XXXI, 449.*

(26) *Zeitschrift f. Vergleichende Sprachforschung Göttingen, LXVI (1939), 246.*

cos de este tipo. Βλαβέρουρα es a nuestro juicio uno de ellos.

¿Y el otro elemento del compuesto? El léxico griego ha inducido fácilmente aquí a recurrir a las palabras relacionadas con βλάβη (27), las cuales, al no hacer sentido la idea de «daño» propia de ella, dejan la cuestión en un punto muerto. La solución creemos que debe buscarse sin salir del mismo complejo histórico-cultural. Existe una glosa de Galeno, p. 448, βλαβεραί· ὑγραί, μυξώδεις (28), por la cual, dado que ὑγρός significa lo mismo que el latín *udus*, «húmedo», se llega a la interesante ecuación βλαβερός = *udus*. La consecuencia de esta identificación es importante, ya que el término Βλαβέρουρα se superpone exactamente al medieval *Udyagro*, que definido como *udus ager*, «pantano, marisma» (29), queda insertado en este conjunto ampurdanés de *polders* y tierras feraces. El conocimiento de esta realidad natural en la antigüedad fué tan preciso como en épocas posteriores. Βλαβέρουρα es una palabra rústica más que da Esteban de Bizancio en este sector (30); con Μαραθών (Estrabón) y Σάμβροκα (Ptolomeo), dos voces espigadas en distintas fuentes, tenemos los primeros avances del estado de cosas medieval que representan *Uduagro*, *Foniliaria* y *Savarto*, reunidas en un mismo documento y con evidencia de contigüidad geográfica. Se estaba, pues, en lo cierto al atribuir carácter jónico a Βλαβέρουρα, pero no al pretender corregirla, como se ha hecho, en una hipotética forma participial βλαβεροῦσα (31). Y por supuesto Phillips erraba a su vez al conjeturar un nombre «ibérico».

Después de la conexión establecida entre Βλαβέρουρα y lo que es su versión latino-medieval *Uduagro*, es forzoso preguntar qué suerte cupo a este término griego en un ambiente que

---

(27) *Sanpere, loc. cit.*

(28) *Thesaurus H. Stephani II, 266.*

(29) *Ampurias*, IX-X (1948) 124.

(30) *Schulten Butll. As. Cat. Antrop. 36*, se basaba en las medidas de Livio para afirmar que la ciudad «ibérica—es decir, Blaberura—comprendía, no sólo la colina contigua a la Neápolis, sino también parte del llano».

(31) Así Schulten, Fita, Pella, entre otros.

fué cada vez más latino desde el siglo III, sin olvidar el factor indígena. Hemos de partir del sentido de «húmedo» propio de βλαβερός por sus glosas ὑγρός y μυξώδης, y de su afinidad morfológica y semántica con lat. *labidus* (32), *labilis* (33), que tienen también la significación de «mucosidad», «viscosidad». Existen en otras zonas nombres como *Labeates*, que da Plinio (34) para un pueblo de Iliria, una de cuyas marismas es llamada *Labeatis palus* (35). En cuanto a las tierras que rodean el Montgrí, ¿puede verse un eco de Βλαβέρουρα en toponímicos medievales como *Labiano* (siglo XI) (36), actual Llaviá, que Balari presenta, sin que ello suponga dificultad, como derivado de un personal *Labeo?* (37). Más claro resulta el nombre *Laberas* atestiguado en un cartulario del año 878 (38) y generalmente considerado como una variante del conocido oronímico *Alberas*. Y aquí entra en concurrencia el por varios conceptos problemático término *Alba*. Desde luego es curioso el estrecho contacto geográfico de formas *lab-*, cuyo específico contenido semántico ha quedado bien establecido, con derivados de *alb-*. Junto a formas como *Labiano*, *Laberas*, existen *Albaniano* (957) (39), *Alberas*, *Albornis* (255), actual Albons (40), *Valle Albaniana* (41) y sobre todo *Alba*, el hidronímico con que Plinio NH III 22 designa al Ter, que antiguamente desembocaba junto a Βλαβέρουρα-Emporion. Pero aun en otras regiones se da esta conexión. Así en Oviedo coexisten *Albiniana* (*Aubiniana* en 980) y *Laviana*, nombre de su partido judicial (42). Incluso para un río tan relacionado

(32) *Ernout Meillet, Dict. Etym. Langue Latine. Paris, 1932, s. u.*
(33) *Ibid., s. u.*
(34) *III, 26, 3.*
(35) *Livio XV IV 31.*
(36) *Archivo de la Curia Episcopal de Gerona, Cartulario de Carlomagno, fol. 19.*
(37) *Orígenes de Cataluña. Barcelona, 1897, 8.*
(38) *Marca M. H., 800.*
(39) *Villanueva. Viaje literario, XIII, 58.*
(40) *Ibid., 329.*
(41) *Marca M. H., 875.*
(42) *R. Menéndez Pidal, Orígenes del español. Madrid, 1926, 115.*

con *Albis* (que según Lebel es «la forma galorromana del prototipo de varios cursos de agua») (43) como el Elba germánico, hay una versión *Labe*, que da J. Malir (44), idéntica a nuestros *Labiano* y *Laberas*.

Si postulamos, pues, siguiendo nuestro razonamiento, la autonomía de *lab-* frente a los derivados de *alb-*, hemos de considerar las identificaciones que se han producido, por ejemplo, la de *Laberas* = *Alberas*, como un caso de simplificación semántica, de incorporación a un nuevo concepto, a lo que a oídos romanos sonaba como *albus*. La extensión del concepto de «albura» en este territorio ampurdanés es obvia. Además de los nombres citados la evidencia el toponímico medieval aplicado a Rosas y recogido por Pujades, *Armen-Roda* (45), pensando en la glosa de Hesiquio ἄρμη · λευκή (46).

Sin pretender entrar en la cuestión que suscita *Alba*, ¿debe verse, entre Βλαβέρουρα-nombre de la parte indígena de Ampurias y *Alba*-hidronímico de Ampurias, algo más que una simple contaminación a oídos romanos? En todo caso resulta evidente la conexión de ambos términos: Βλαβέρουρα, que hemos considerado griego y responde a un estado anterior, y *Alba*, probablemente prerromano (47).

Sobre los *Albiones* de Asturias como «ligures», cf. *Hubert, Los Celtas..., I. Barcelona, 1941, 247.*

(43) *Les noms de rivière de la Gaule chez l'anonyme de Ravenne REA, XLI (1939), 126.*

(44) *Congrès International de Géographie. Amsterdam, 1938. II. Travaux de la sect. IV, 129.* Cf., además, *Labicanus ager* en la pendiente de los montes Albani.

(45) *Crónica General de Cataluña, t. IV, l. V, 187.* (Cito por la edición de 1829.)

(46) Cit. de *F. Specht, Der Ursprung der idg. Deklination. Göttingen, 1944, II.*

(47) *J. Caro Baroja. Materiales para la historia de la lengua vasca... Salamanca, 1945, 227,* dice de *Alba:* «Parece también probable que estamos ante un nombre celta y no «ibérico» ni «vasco» primitivo. *Alba*, en nombres de río, surge con cierta frecuencia en el dominio celta; a veces el río da nombre a una ciudad como aquella en que murió Aníbal.»

Llegados a este punto no puede menos que causar sorpresa ver cómo la erudición histórica de los pasados siglos postulaba la existencia del nombre *Alba* para Índica. Beuter (48), Tarafa (49), Pujades (50), Balaguer (51) y Maranjas (52), al decir que *Alba* e Índica eran dos nombres de la misma ciudad indígena, se apoyaban en el «único» testimonio del río *Alba* de Plinio, pero entraba sin duda en su sentir la poderosa influencia que ejercía sobre los historiógrafos el afán de ennoblecer los orígenes de las ciudades bárbaras, ya que el nombre del *Alba* ampuritana quedaba así unido nada menos que a Alba Longa, la ciudad del Lacio de la que Roma se decía era una colonia y que fué fundada por el hijo de Eneas Julo Ascanio. Naturalmente la fundación del *Alba* indigete se revestía con el ropaje de una colonización de nuestro territorio por Julo desde el Lacio, explicación esta por el estilo de las que relacionaban en estos últimos siglos los nombres de Roma y nuestra Valencia, basándose en la identidad ῥώμη = *ualentia*, o como la que llamaba a Siracusa la «Zaragoza de Sicilia».

La reacción se produjo con Marca y el P. Flórez, que arremetieron contra «los falsos cronicones que tanto han contribuído a embrollar los primeros orígenes de nuestra historia» y consideraron desde luego este relato «pueril e indigno de ser tomado en serio» (53). Fué asimismo rechazado por los continuadores de la *España Sagrada* (54), y es curioso que Botet y Sisó que en esta cuestión del doble nombre de Índica siguió naturalmente la posición más científica de Marca y *España Sagrada*, al citar la fuente de Esteban, Ἰνδική, no mencionara para nada Βλαβέρουρα (55). Y, sin embargo, el contenido

(48) *Primera parte de la Corónica General de toda España y especialmente del reyno de Valencia. Valencia, 1563, fol. XIX.*

(49) *Chronica de España. Barcelona, 1562, 25.*

(50) *Crónica General de Cataluña, t. I, l. II, 125, 145, 155.*

(51) *Historia de Cataluña. Barcelona, 1860, I 16, n. 1.*

(52) *Compendio histórico, resumen y descripción de la antiquísima ciudad de Empurias. Barcelona, 1803, 1.*

(53) *Marca M. H., 172.*

(54) *España Sagrada, t. XLII, trat. LXXX, c. 1.*

(55) *Noticia..., 20.*

semántico de Blaberura, apoyado sobre todo en su confrontación con *Uduagro*, y el del grupo de nombres que hemos examinado, es de mucha importancia para determinar la índole agrícola de la toponomástica de este territorio. G. Bonfante dice, simplificando acaso con exceso, que «las culturas prerromanas de Europa, excepto Grecia, son fundamentalmente agrícolas, están basadas en las tribus o poblaciones y carecen de ciudades», y cita para España las tribus mediterráneas, entre ellas la de los *indigetes* (56). Pues bien, se puede alegar aquí el caso de Blaberura, nombre de ciudad según Esteban, y a la vez término de la lengua rústica, como hemos tratado de demostrar.

De esta conclusión sobre el especial valor semántico de Βλαβέρουρα se desprende el afincamiento geográfico del término. Para el neolítico, L. Pericot (57) ha descrito esta parte ampurdanesa como un dominio del terreno bajo y pantanoso del que emergen algunos tómbolos, sobre los que se han asentado más tarde poblaciones. En las épocas siguientes esta «facies», en lo esencial, no fué alterada. Los aportes de los ríos Ter y Fluviá fueron rellenando estas zonas bajas y las convirtieron en tierras feraces. Nuestros resultados, desde el punto de vista lingüístico, coinciden con los anteriores asertos. Y es, en definitiva, el concepto de términos como Βλαβέρουρα lo que transparece en el complejo «cultural» que evoca Livio XXXIV 9, al hablar del territorio ampuritano.

* * *

Afincada la voz Βλαβέρουρα en estos *agri* indicenses que conoció Catón, podremos apreciar el verdadero valor de la cita de Esteban por las consecuencias que permite extraer la

(56) *El nombre de Cataluña. Rev. de Filol. Hisp. Buenos Aires 1944, 385, n. 4.*

(57) *L. Pericot. Cuevas sepulcrales del Montgrí. Ampurias I (1939), 125.*

referencia a una misma ciudad de los dos nombres Ἰνδική y Βλαβέρουρα.

En primer lugar, la existencia misma de Índica ha sido puesta en litigio. Su ubicación se ha discutido mucho desde el siglo pasado y a los arqueólogos corresponde haber planteado el problema con más delimitación. M. Almagro (58) cree encontrar parte de sus murallas en la base de las romanas de César. Desde luego es muy difícil no pensar en los diversos tómbolos que jalonan este sector, próximos a la costa. Un tómbolo es en efecto la loma donde César asentó a sus voluntarios, probablemente sobre la antigua población indígena (59).

Y en relación con este problematismo está el de la propia palabra, dada su condición de ἅπαξ y su fecha tardía, que pueden hacer suponer que Ἰνδική no sea más que una refección de Esteban sobre Ἰνδικῖται (60), quien habría tomado este étnico, con itacismo, del de Estrabón III 4, 8 Ἰνδικῆται. Con esta suposición se enfrenta la opinión de la mayoría de los comentaristas desde Henricus Stephanus, fundamentada en el propio texto de Esteban, en el sentido de que de Ἰνδική recibieron su nombre los Ἰνδικῖται. Con todo, existe una base segura de donde partir: la de su afinidad etimológica.

En cuanto a la cronología de ambos términos, la lección Ἰνδική de Esteban es del siglo VI d. de J. (61). La versión *indigetes* más antigua es la de Salustio (62) y Livio (63) (siglo I a. de J.). La del periplo masaliota, que étnicamente corresponde a un supuesto estado de cosas del siglo VI a. de J. (64),

---

(58) *M. Almagro. Ampurias, Guía de las excavaciones. Barcelona, 1943, 27, y Arch. Esp. Arqueol., 68, jul.-sept. 1947, 198-99.*

(59) *Botet. Noticia..., 24,* refiere que Pujades y Maranjas, por muy otras razones, pretendían situarla en Albons.

(60) *Thesaurus H. Stephani s. u.* Ἰνδική.

(61) *Schmid-Staehlin. Gesch. d. Griechische Literatur II, 2 (1913)$_5$, 888.*

(62) *Epist. Pomp. 5.*

(63) *Loc. cit.* La versión *indigetes* de Plin. *N. H. III* 3, 21 es del siglo I a. C.

(64) *Schulten Fontes I, Avieni O. M. 1, 46.*

debe ser considerada en el aspecto de la lengua como de la época de su transmisión latina *(litus indiceticum*, Avieno, siglo IV d. de J.). Las versiones de los geógrafos son de los siglos I y II d. de J. y las griegas son transcripciones bastante fieles de las latinas (Ἐνδιγετῶν, Ἐνδιγέται, entre otras variantes, de Ptolomeo, y la tantas veces citada de Estrabón Ἰνδικῆται). A estas fuentes podemos ahora añadir el primer testimonio epigráfico de nuestro étnico en una «tabula defixionis» hallada por M. Almagro en una tumba ampuritana de la época de Augusto. En ella se mencionan además de unos *legati Augusti*, unos *aduocati indicitani* (65). La importancia de este documento, desde nuestro punto de vista, estriba en confirmar las lecciones con gutural sorda de Estrabón, del Periplo y aun del toponímico de Esteban, y, además, en el hecho de presentar una formación con doble sufijo *t-ani*, distinta de la versión corriente *indigetes*. Cf. la mención Ἰλεργετανοί de Dión Casio fr. 56, 46 frente a la conocida *ilergetes* de la mayor parte de las fuentes.

De todo ello resulta que Ἰνδική es la voz más moderna, por lo menos a juzgar por la fecha del autor que nos la transmite. Pero no hay que excluirle una antigüedad remota, que puede retrotraerse a Hecateo (siglo VI a. de J.), sobre cuyo material operaba Esteban. La atribución del texto estefaniano a Hecateo no pasa, sin embargo, de ser una conjetura analógica. Jacoby, en sus *Fragmente* se abstiene de poner bajo esta rúbrica la cita de Ἰνδική, que el compilador bizantino nos legó sin ninguna referencia a su fuente de origen.

Al margen de esta revisión textual, de la que se desprende una conexión íntima entre Ἰνδική e Ἰνδικῆται, tenemos otro sólido punto de arranque en nuestro estudio de Βλαβέρουρα. Por él hemos visto que la denominación de la ciudad respondía a un contenido real; que su mención no es una ficción ana-

(65) *Martín Almagro. Plomos con inscripciones del Museo de Ampurias. Memoria de los Museos Arqueológicos provinciales. Madrid, 1947, 123* y ss.

lística; que hay, en suma, una «motivación» del nombre (66). ¿En qué medida pueden ser investigados los motivos que condujeron a la formación de Ἰνδική? Tal cuestión es evidentemente inseparable de la que puede plantearse con *indigetes*.

Para nosotros el problema de Ἰνδική e Ἰνδικῆται o *indigetes* consiste en ver si estas palabras recubren en forma latina o griega una realidad lingüística indígena y cuál sea ésta. Es evidente que en tales voces la realidad aparece deformada como producto de una *Volksetymologie* (67). La tradición grecolatina seguramente sintió la parte inicial de la palabra como preverbio *(indi-*, Ἰνδε-, Ἰνδο-, Ἐνδη-, Ἐνδι-) (68), y es posible que tuviera lugar una contaminación con *dii indigetes*. ¿Qué era, sin embargo, lo que a oídos griegos y latinos sonó como Ἰνδική e *indigetes?*

Este es el momento de aportar otro testimonio: el de las lecturas monetales, las cuales permiten un nuevo enfoque al darnos una versión del étnico desde el lado indígena: la forma *unt/dikesken* (69), que corresponde supuestamente a Ἐνδιγετῶν, Ἰνδιγετῶν o *indigetum* de las fuentes clásicas. Y lo primero que se ofrece es la novedad de la lectura *und-*, respecto de la que presentan los autores griegos y latinos *ind-*. J. Vallejo ha planteado la cuestión en sus justos términos al aceptar esta dualidad *ind-/und-*, que entraña ciertamente una dificultad, y al advertir que su explicación requiere haber resuelto una cosa previa, la etimología de *Undica* e Ἰνδική (70). No es posible ciertamente zanjar aquella dificultad con aducir un simple cambio *Indica* > *Undica*, «ya que en las fuentes siguientes [a la monetal] continúa la forma *intiketes* o *indigetes*» (71). Conviene situarse en un plano de ideas más gene-

(66) Cf. *P. Kretschmer. Introducción a la Lingüística Griega y Latina, C. S. I. C. Madrid, 1946, 96.*

(67) *Schulten Ampurias, 336.*

(68) Variantes respectivamente de los códices de Ptolomeo Σ, Φ; Ψ; X, A, L (citados según la sigla de Müller) y *Ur* (Fischer).

(69) *A. Vives. La moneda hispánica. Madrid, 1924, II,* 5 y ss.

(70) *J. Vallejo. De re iberica Emerita, XV (1947) 211.*

(71) *Ibid.*

ral, para lo cual nuestro autor recuerda el hecho conocido y frecuente de ciertas alternaciones, que Trombetti ilustró en un amplio ámbito mediterráneo con abundante documentación. El lingüista italiano estableció una alternación *i/u/a* y siguiéndole por este camino, J. Vallejo insinúa la hipótesis de que nuestras formas sean dos manifestaciones de una familia en que entran numerosos toponímicos de Asia Menor y desde luego ibéricos, hipótesis atrayente, pues Trombetti dejó consignado en su trabajo de 1926 (72) un considerable material del que no excluyó a Ἰνδική y a una de las primeras lecturas monetales, defectuosas, de Delgado, *untga* (73), que le sirvió para documentar el vocalismo *u*. Así pudo presentar una base común con triple alternación *ind/und/and* en un vasto campo que abarca las penínsulas e islas mediterráneas y la orla costera minorasiática. Pero el carácter «mediterráneo» de esta base aplicado a nuestro tema no pasaría del terreno más o menos peligroso de las construcciones teóricas, si las precedentes conclusiones sobre Blaberura no ofrecieran cierta seguridad para orientar nuestra búsqueda etimológica de Ἰνδική, nombre igualmente insertado en el mismo complejo cultural. Trombetti, en su trabajo, se limitó a una aportación de materiales, sin apenas comentario. No obstante, una de las voces de su elenco permite un singular desarrollo en relación con nuestro estudio: el prehelénico ἀνδη-ρο-ν, al que Fick comparaba dos toponímicos del Egeo (74).

Nuestro punto de partida es la idea de Trombetti de que el término ἄνδηρον contiene la base *ande-* de tipo «mediterráneo». Ἄνδηρον es una voz rústica. Para los gramáticos y lexicógrafos antiguos significaba la tierra excavada de una fosa, que quedaba en su margen. Más concretamente, referida a los ríos, eran las márgenes de las corrientes fluviales, la tierra de acarreo que iba acumulándose en las orillas, es decir, τὰ χείλη

(72) *Saggio di antica onomastica mediterranea*, reimpreso en *Riv. St. Etr. XIII (1939), 263.*

(73) *Nuevo Método..., 1873, III, 467 tab. 114.*

(74) *Trombetti, loc. cit. 279.*

ἢ τὰ ἀναχώματα τῶν ποταμῶν, *labra seu aggeres fluviorum.* De Hesiquio es la glosa ἄνδηρον · ἄκρον ἢ τὰ χείλη τῶν ποταμῶν (75). Harpocración decía que la denominación ἄνδηρα la tenían τὰ χείλη τῶν ποταμῶν, διὰ τὸ ἀεὶ ἔνικμα καὶ διερὰ εἶναι, (76), debido a ser siempre húmedas. La misma idea en el *Etymolog.*: τὰ ἀναχώματα τὰ ἀνέχοντα τὸν ποταμόν, παρὰ τὸ ἄνω εἶναι τῶν διερῶν τουτέστι τῶν διύγρων. Un carácter «hortícola» marcado, en Suidas: μέρος τι τοῦ κήπου, ὥσπερ πρασιὰ καὶ ὁ ὀχετός (77). En todos estos textos la aplicación del término a terrenos húmedos, a *udi agri* es dominante. El escoliasta de Teócrito dice taxativamente que se llama ἄνδηρον a un «lugar húmedo», ἔνυγρος τόπος (78), cita que permite reproducir casi con los mismos términos la ecuación crucial de nuestro estudio de Blaberura y Uduagro, ἔνυγρος = βλαβερός.

¿Estamos sobre la vía que conduce a una identificación semántica de Blaberura e Índica? Las tres formas alternantes de nuestra base, cuya existencia hemos admitido como hipótesis de trabajo, están documentadas en nuestro territorio. Es conocida la mención de los ἀνδοσίνοι de Polibio (79), al referirse a los pueblos con que se encuentra Aníbal a su paso por esta parte del Pirineo, de modo que no es improcedente unir a *Indica* y *Undica* otra forma *and-* de la misma base. Pero lo más importante sea acaso constatar que la extensión de cuanto significa el «mediterráneo» ἄνδηρον a *Indica/Undica*, la apoya el mismo concepto agrícola-cultural de Blaberura con lo que la cita de Esteban, sobre ser bastante explícita por el hecho de la doble toponomástica, parece que en lo etimológico nos da justamente los dos términos de una ecuación. Los colonizadores griegos habrían hecho más que reflejar en la voz Βλαβέρουρα una visión agraria del medio ampuritano; habrían sencillamente «traducido» el nombre de su capital, que

(75) *Lexicon Schmidt.*

(76) En *Hyperidis Fragm. 142 (Oratores Attici II. Paris Didot, 1858).*

(77) *Suidae Lexicon*, ed. *Ada Adler. Leipzig Teubner, 1928-33.*

(78) *Schol. in Theocr. V, 93. Paris Didot, 1849.*

(79) *III, 35, 2.*

hemos de suponer autóctono o ibérico en su elemento esencial *ind/und/and* (79 bis).

Nuevas precisiones aportan los siguientes versos de Nicandro, μάλα δ'ἂν καὶ ἀμάρακος εἴη χραισμήεις πρασιῆς τε καὶ ἀνδήροισι χλοάζων (80), donde el poeta bucólico evoca los ἄνδηρα llenos de ἀμάρακος. El ἀμάρακος es el nombre regional (Asia Menor, Chipre y Sicilia) (81) de una planta identificada con el hinojo, según Dioscórides y Teofrasto. Por su parte los autores clásicos no son parcos en darnos fitonímicos de nuestro sector. El hinojo en su nombre μάραθον (82), está precisamente bien documentado en el Μαραθῶνος πεδίον de Estrabón *loc. cit.*, que Cicerón *loc. cit.*, traduce por *Campus Foenicularius*, de ubicación indudable en las márgenes bajas de los ríos Ter y Fluviá. Estos son, con sus acarreos, los verdaderos creadores del perfil de esta costa, el *litus indiceticum*, en realidad una extensión de ἄνδηρα. *Undica/Indica* es la ciudad de los terrenos húmedos—ἔνικμα καὶ διερά—del Ter, de los ἔνυγροι τόποι propicios al μάραθον o ἀμάρακος, que nos han revelado las glosas y los escoliastas. La alusión al carácter, bueno o malo, de sus tierras es frecuente en los escritores, como lo prueban los fragmentos de Estrabón y Livio citados al hablar de Blaberura. En tal marco agrícola y considerada la cuestión desde el lado religioso, es un eco del mismo esta-

---

(79 bis) Lamboglia en su reciente artículo (v. nota 10, final), desecha la forma alternante *and*, propugnada por Trombetti y recogida en esta revista por J. Vallejo, pretextando el temor a caer en lo que él llama «omonimie a largo raggio» (pág. 191, n. 1). Emplea, sin embargo, las formas *int (ind)*, *ent*, que ilustran principalmente nuestro *Indigetes*, el hidronímico medieval *Hentica*, de Provenza, y el étnico norteitaliano *Intemelii*. Sobre ellos extiende, en amplio ámbito, sus puntos de vista no exentos de un «parti pris» ligur.

No aborda el problema semántico ni cuenta con Blaberura y con la luz que, a mi juicio, proyecta su estudio sobre la onomástica del sector.

(80) Θηριακά *577-8 (Poetae Bucolici et Didact. Paris Didot, 1862.*

(81) Cf. con ἄνδηρα e Ἰνδική otro toponímico de Sicilia, Ἴνδαρα, citado por Esteban.

(82) Cf. *A. Tovar, Emerita XII (1944), 320.*

do de cosas el culto que los jonios dieron en la Paleápolis de la islita de San Martín, a la gran diosa de Éfeso identificada con Ártemis (83). La Ártemis que propagaron los focenses era una divinidad sincrética, que ocultaba bajo los atributos popularizados de las flechas y el ciervo su verdadero carácter de diosa de la fecundidad (84).

Pero nuestro estudio no sería completo sin reconocer otros elementos que inciden sobre este estrato básico indígena, de los que son indicio el sufijo *-k-*, de tradición ide. (85), de Ἰνδική y el sufijo *-t-* del étnico. No puede dejar de tenerse en cuenta, en el aspecto arqueológico, el hecho de que procedentes de Centroeuropa llegan a este sector gentes que se superponen a un fondo de población pirenaica (86). Phillips, siguiendo a Becker (87), creía ver en la terminación *-tes* un rasgo de celtización de la base ibérica (88) y advertía la existencia de una *Keltisierung* en los étnicos en *-tes*, a diferencia de la *Romanisierung* que acusaban los nombres de tribus en *-ani* (89). Del valor que hay que conceder al sufijo demótico *-t-* se han ocupado posteriormente D'Arbois de Jubainville (90), Jokl (91), Ribezzo (92), Krahe (93) y Bonfante (94), acentuando los

---

(83) *Estrabón III 4, 8; IV 1, 5.*

(84) Sobre la identificación de la diosa efesia de la fecundidad con Ártemis, cf. *M. Sánchez Ruipérez. El nombre de Ártemis dorio-ilirio. Emerita XV (1947), 55.*

(85) Cf., p. ej., *Krahe Altillyr. P. N. 148.*

Sobre el valor de *-ka* en celta, con el sentido de «tierras de», confróntese *J. Loth, Rev. Celt. XL (1923) 384.*

(86) *J. Maluquer de Motes. Las culturas hallstátticas de Cataluña Ampurias VII-VIII (1946), 155-56. S. Vilaseca. El campo de urnas de Les Obagues, Arch. Esp. Arqueol., 66 (1947), 44-45.*

(87) En KÜHN U. SCHLEICHER, *Beiträge z. Vergleich. Sprachforschung III, 119.*

(88) *Phillips, op. cit., 776.*

(89) *Ibid.*

(90) *Les prémiers habitants de l' Europe. Paris, 1889 II, 154.*

(91) En *Reall. Ebert VI, 46.*

(92) *RIGI IV (1920), 67.*

(93) *Balkanillyr. Geogr. Namen, 1925, 52, 62 ss.*

(94) *RIGI XIX (1935) 161, n. 2.*

últimos su carácter «ilirio». En las tribus de esta costa lo encontramos casi siempre unido al sufijo *-ani* en la forma *-t-ani*. En relación con su presencia en España, Hernando Balmori apoyándose en Krahe, Bonfante y Ribezzo lo cree traído por los «ligures» (95). Notemos de paso que la recién conocida versión *indicitani* de la época de Augusto extiende esta formación mixta hasta el mismo extremo NE. del Pirineo.

Un punto de vista especial ofrece la supuesta «declinación ibérica» del monetal *unt/dikesken*. De esta forma, tenida por genitivo plural de un étnico (96), parece desprenderse la no existencia del sufijo *-tes* en el hipotético nominativo que le correspondería. O sea que arrancando del esbozo de «declinación ibérica» que han permitido en parte los letreros monetales (97) y de las variadas formas de una probable flexión que presenta Vives en la serie 6 de sus cecas (98), se podría pensar en una oposición *undikes-indigetes*, parecida a la que hay entre el epígrafe monetal ilerdense *iltirkes* y «la forma indudablemente relacionada con el nombre de Lérida *il(t)ergetes*» (99), y también análoga a la que presenta Pokorny entre la forma Οὐέννωνες de Estrabón y la que él llama *celtisiert, Uennonetes*, de Plinio (100).

---

(95) *Emerita IV (1936), 84:* «Dadas las estrechísimas relaciones de ligures e ilirios, nada tiene de particular el préstamo hecho a los primeros, que son los únicos posibles portadores a España que puedo imaginar.»

(96) *J. Vallejo. En torno a Arsesken. Emerita XIV (1946), 244.*

(97) *J. Caro Baroja. Sobre la hipótesis del vasco-iberismo... Emerita XI (1943), 7:* «Hay que advertir, en primer término, que la base de la demostración de Schuchardt [sobre la «declinación ibérica»] está en parte en las inscripciones monetales».

(98) *Ibid.* 24: «El examen ceñido del material reunido por Vives en la serie 6 de sus cecas permite sostener que hay epígrafes escritos en formas variadas: p. ej., *Bentia y Bentian, Iltircen, Iltirces e Iltircescen...* Las monedas hispánicas con epígrafes latinos de la última época no tienen variaciones correspondientes y es así imposible hallar en ellas el nombre indígena en otro caso que en nominativo, al parecer.»

(99) *J. Vallejo. La escritura ibérica. Emerita XI (1943), 466.*

(100) *J. Pokorny. Zur Urgeschichte der Kelten und Illyrier, Halle, 1938, 151.*

Otros hechos, que revelan la existencia de un estrato europeo sobre el fondo de población indicética, hacen justificable una digresión cuya pauta puede marcar el prerromano Σάμβροκα varias veces mencionado. A nuestro juicio, el valor del ampurdanés Σάμβροκα es el de permitir apreciar el grado de arcaísmo de lo que penetra desde Europa por esta parte del Pirineo. Probablemente responde al elemento «celto-ligur» que a comienzos del primer milenio puebla nuestro territorio y sigue evolucionando del lado de acá de la cordillera, al margen de la Céltica ultrapirenaica. Σάμβροκα, de cuya evolución es posible recorrer las distintas fases y por así decir reconstruir su «historia» ubicada en gran parte en nuestro sector, se puede relacionar con el nombre de los *beribraces*, que según Bosch entraron por el Perthús en el siglo IX (101). No es un azar que aquí coexistan Σάμβροκα y beribraces, que en Bélgica se encuentre el río Sambre, próximo a la antigua ciudad de Bibrax, y que análogamente en Francia los *bebrices* ocupen la zona bretona típica del nombre *savart*. La curva evolutiva del vocablo tiene un momento cercano a su forma teórica en España, y una más distanciada en Francia, el bretón *havrek*, que estudió J. Loth (102). Un eco de la palabra se vuelve a encontrar en el Ampurdán, el galo *savart*, coincidiendo con las penetraciones galas del siglo IV. La importancia, pues, de Σάμβροκα estriba en la posibilidad de rehacer su estratigrafía, con las consecuencias que de ello derivan para la base autóctona de nuestra Ἰνδική.

Sobre Σάμβροκα no será vano añadir algunas cosas más. Primero, pertenece a una lengua que no es la típica del territorio «ibérico» que estudiamos. Una sola fuente lo dió transcrito al griego como hidronímico, enmascarando su verdadero carácter «agrícola». En segundo lugar, presenta una estructura muy íntegra. Cuando Loth quiso restituir la forma ide. del bret. *havrek*, sinónimo y morfológicamente análogo, en-

(101) *La formación de los pueblos de España. México, 1944, 124.*

(102) Para cuanto concierne a la cuestión de *havrek y savart*, confróntese *Ampurias IX-X (1948), 125.*

contró *samarika*, forma teórica casi idéntica a Σάμβροκα (< *Samaroka*). Su contextura material está intacta, con la conservación del sufijo *-k-* y de la nasal. No está afectada por el paso *s>h* propio del británico y parece reflejar con esto, según autoriza Vendryes (103), un momento anterior a la evolución *s>h* del celta. Ello denotaría que el término que los nuevos pobladores introducen es un arcaísmo. La forma que dejaron en España no participó en la evolución que tuvo en la Galia su próximo *havrek*.

¿Representa esto, en el campo lingüístico, la etapa europea, celto-ligur o como se llame, de Índica, que parecen indicar las excavaciones? Es de gran ayuda aquí la opinión de los arqueólogos. Se está de acuerdo en que los alrededores de Índica fueron desde muy antiguo un lugar de interferencias. Bosch afirma que «en la costa N. se cruzaron elementos de los distintos pueblos que en ella coincidieron. El de los pirenaicos era sólo uno de tantos y quizá uno de los menos importantes numéricamente» (104). Y en otro lugar añade que el colonizador griego «aprovechó todos los sedimentos culturales de los elementos étnicos que allí se cruzaron: los prehistóricos pirenaicos y capsienses, los celtas y los iberos» (105). (Nuestro estudio de Blaberura e Índica puede contribuir, desde el lado filológico, al conocimiento de lo que fué la aportación indígena a la colonización griega.) Castillo, por su parte, afirma que «layetanos, ausetanos e indicenses habían sido muy influídos cultural y racialmente por los celtas invasores que habían entrado por el Perthús en el siglo IX» (106). Y Almagro, acentuando el aspecto europeo, expresa substancialmente lo mismo al decir que lo de Índica es un producto «del elemento antiguo de la cultura megalítica pirenaica y de los invasores indoeuropeos que con el nombre genérico

---

(103) En *Hubert. Los Celtas... I. Barcelona, 1941, 63 y n. 3.*

(104) *Etnología de la Península Ibérica. Barcelona, 1932, 139.*

(105) *La Costa Brava primitiva (1932).*

(106) *La Costa Brava en la antigüedad. Ampurias I (1932), 205.*

de celtas llegan a España en el siglo IX y VIII a. de J.» (107).

A la dominación «ibérica» de los siglos VI-IV sucede la oleada gala. La estratigrafía de Σάμβροκα registra este hecho. Los galos que en el siglo III realizan penetraciones más o menos profundas por Perelada, dejan aquí el término *savart*, unido a aquél por afinidad etimológica. Loth relacionó *savart* y *havrek*, y de ello así como de su conexión con Σάμβροκα se habló ya en otra ocasión (108). La forma *savart* es la última de este estado de cosas que penetra en nuestro país, y se conserva en la etapa galorromana hasta el medieval *Savarto*.

Volviendo a nuestro tema, el contenido del «mediterráneo» ἄνδηρα y la constatación de la base *ind/und/and*, en esta margen occidental, correspondiendo a un fondo de población pirenaica, hacen posible pensar en otras conexiones. En todo tiempo se ha tendido a relacionar nuestro étnico con elementos lingüísticos autóctonos; sólo queremos aquí consignar que a últimos del siglo pasado, Phillips, lo refería al vasco *indar*, «fuerza», con lo que *indigetes* venía a ser algo como *uiri fortes* (109), y que Sanpere propugnaba la voz *aintzira*, «pantano», «laguna» (110), cuya semejanza semántica y hasta morfológica con ἄνδηρα no deja de ser curiosa. Modernamente Pokorny se ha ocupado del nombre de Indíbil en sus formas *Indibilis* y Ἀνδοβάλης, aunque sin extender el paralelo a nuestra Ἰνδική. Según él, el primer elemento es el vasco *enda*, «linaje», «familia», cuya vocal inicial sería asimilada a *i* por influjo céltico (111).

Llegamos con estas consideraciones al final de nuestro trabajo: la búsqueda etimológica que nos habíamos propuesto parece resolverse en el hecho general de una alternación *i/u/a* de alcance mediterráneo. Por ella, el nombre Ἰνδική queda afincado, como Βλαβέρουρα, en un territorio cuyas caracte-

(107) *Excavaciones en Ampurias. Ultimos hallazgos y resultados. Arch. Esp. Arqueol. LVIII (1945), 66.*

(108) V. nota 102.

(109) *Loc. cit., 764.*

(110) *Loc. cit., 75.*

(111) *Loc. cit., 173.*

rísticas ilustran una verosímil etimología. Existe una conexión bastante estrecha entre una realidad geográfica y otra onomástica, entre el complejo «cultural» del llano del Ter y el Fluviá y los nombres Ἰνδική y Βλαβέρουρα de su capital. En *Indica* o *Undica* se refleja una realidad de ἄνδηρα, de terrenos de aluvión y extensiones pantanosas. También ello demuestra que Índica es nombre básico y no una refección de Esteban sobre Ἰνδικῖται. Además, los indicenses se sitúan, por nuestro estudio, como tribu llanera (al menos en su origen) aledaña a las inmediatas alturas del Pirineo, hacia donde irradian. Berthelot habla de los «montagnards indigètes, dont le territoire commençait à la limite des sables» (112). Bosch los hace explícitamente pobladores del Ampurdán y de la Costa Brava (113), y en cierto sentido el *litus indiceticum* de Avieno equivale al Ampurdán medieval y moderno. Sobre este escenario, nuevos pobladores de varia procedencia dejan huellas lingüísticas. Los focenses edifican su ciudad en tierra firme, junto a la vieja Índica, cuyo nombre y también su medio ambiente traducen en el término Βλαβέρουρα. Y así, en los nombres de las dos ciudades, la hispana y la griega, que una misma muralla un tiempo reunió, quedan enfrentadas dos formas de vida: la de los indicenses de Índica-Blaberura, vuelta hacia su «hinterland», dependiendo de los productos de sus tierras, y la de los griegos de Emporion, comercial y orientada al mar.

PEDRO PERICAY FERRIOL.

---

(112) *Festus Avienus O. Maritima. Paris, 1934,* 107-8.
(113) V. nota 105.

El signo y v.

En mi artículo sobre la *Escritura Ibérica* (Emerita, 1943), apunté las dificultades de lectura que presentaba el signo **y** (1). El señor Gómez Moreno, amablemente, estimó mi observación digna de tenerse en cuenta, y en *Digresiones Ibéricas* (= *B. R. Academia Española*, 1945), propuso $\overline{m}$ como transcripción provisional y hasta cierto punto convencional, repitiendo la misma idea en su *Misceláneas*, 1948, si bien aquí, para los casos más dificultosos, propone la corrección de los textos en que figuran, sustituyendo el signo **y** por el correspondiente a *i*. Y alguna que otra vez transcribe *a*.

También al señor Tovar le preocupó la cuestión, y en *Las inscripciones ibéricas y la lengua de los celtíberos* (= *B. R. Academia Española*, 1946), sugiere la hipótesis de una lenición, de forma que este signo podría tener también un valor vocálico.

En este mismo artículo da cuenta también el señor Tovar de que, en comunicación particular, el señor Beltrán opina asimismo que el signo debió tener doble valor y que el vocálico, de *u*, obedecería probablemente a influencia del romano *V*.

Más tarde, el señor Tovar ha vuelto sobre la cuestión (en *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, de Valladolid, 1948-1949), y manteniendo su idea de la lenición céltica, añade ahora que en las inscripciones donde aparecen en una misma palabra el signo corriente de nasal *n* y el que estudiamos,

---

(1) Para abreviar, cuando me refiero al signo objeto de esta nota empleo sólo la forma más corriente **y**.

debemos leer este segundo como *n* y el otro como *m*: así, en *No***y***iduucoos*, la verdadera lectura sería *Monitucos*. Pero, si no estamos seguros de que tal sea la debida lectura, ¿qué objeto tiene aquí leer como *m* lo que siempre se lee *n*? Porque las verdaderas dificultades que presenta el signo **y** no se resuelven así, como reconoce líneas después el propio señor Tovar.

Con ocasión de otro estudio sobre puntos ibéricos, he considerado de nuevo el asunto, y creo poder aportar alguna claridad a la dificultad que plantea el signo de que tratamos.

Parto, desde luego, del valor *n* que reveló la moneda de Clunia. Estudiado atentamente todo el material no hay razón alguna que obligue a negar dicho valor, y, en cambio, se ve confirmada la correcta escritura del nombre de dicha ceca, cuando hago ver que lo típico de este signo es ir seguido precisamente de la vocal *i*.

Creo que hay otro ejemplo claro en *edukenos*, de la inscripción de Albalate, *Oppia Meducena* del CIL, II, 3076 y el nombre *Meducenos* con *n* corriente comparados con *redukeno*, de Langa de Duero, con **y**. En otro caso sería mucha coincidencia. Esta lectura favorece mejor la hipótesis del señor Tovar de interpretar *Rectugenos* o *Retogenes* que su propia lectura *retugewo* (2).

En las inscripciones de Enserune es muy frecuente el grupo **y***i* de que hablaremos en seguida. Pues una de las doce inscripciones publicadas (3) dice *ni* con la *n* corriente (4). Probablemente, entre las casi 200 inscripciones inéditas de Enserune este hecho, decisivo para el valor de **y**, se repetirá alguna vez más, a pesar del tradicionalismo gráfico de este

(2) *Léxico de las inscripciones ibéricas*, tirada aparte de *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, II, 1951.

(3) En *Corpus Vasorum Antiquorum*, Enserune, Collection Mouret, y después por el señor Gómez Moreno en *Misceláneas*, pág. 323, *d*).

(4) En realidad, en el dibujo del *Corpus Vasorum* mejor que *ni* se lee en este caso *nn*, pero la corrección del señor Gómez Moreno parece oportuna. Como es sabido, los signos de *n* corriente y de *i* son parecidos.

grupo y*i*. Como el señor Gómez Moreno posee dibujos de todas estas inscripciones, tal vez pudiera ilustrarnos sobre este punto.

En fin, aunque el valor de *n* se deduce mejor del conjunto de los hechos que expongo que de estos escasos ejemplos comparados, no parece justo despreciar indicios como los siguientes:

*tica*y*e*, escrito así, con y, de manera poco normal, y donde, sin duda, está el sufijo muy corriente *-ane*. (Para la base, cf. *tico- be- ke* de la estela de Vich);

y*urbai* comparado con *nuruca*

*bite*y*bar* con una terminación *-te*ybar bien conocida, frente a *bitinba* (el vaso correspondiente de Liria dice, en realidad, *bitiiba*, pero lo anormal en las inscripciones de Liria de un signo silábico acompañado de otro vocálico y lo raro de la forma *bitiiba* o, en último caso, *bitiba*, justifican bien la corrección del señor Gómez Moreno en *bitinba*)

y*abaun* y *urtinabar* de Enserune y *naba* de Liria LII

Los casos seguros de su empleo son sesenta y uno, y los dudosos unos tres. Se entiende del material que inspira confianza (Cabré, *Azaila;* Gómez Moreno, *Misceláneas;* Vives, *Moneda ibérica;* Ballester, *Liria);* el de Hübner aquí no presenta problema, pues casi todos los casos que no se recogen posteriormente en las otras obras citadas, él mismo los declara dudosos.

El primer dato que surge es que, de los sesenta y un ejemplos seguros, en treinta y siete la vocal que acompaña al signo es *i*. En casi todos los demás casos y va seguido de consonante, pues es más bien raro que nuestro signo vaya seguido de otra vocal.

Precisando más, hay que decir que y, seguido de vocal que no sea *i*, casi no existe fuera de la Celtiberia: no registramos más que un ejemplo de *ne* y otro de *nu*. En la Celtiberia, el empleo presenta un aspecto algo diferente, pues, si bien *ni* sigue siendo lo predominante, además de tres casos de *ne* y uno de *nu*, encontramos aquí lo que falta fuera de esta región: *na* (cuatro ejemplos) y *no* (dos ejemplos).

Contamos, pues, con elementos para establecer unas primeras conclusiones: el signo **y** debió tener en fecha antigua un valor silábico *ni*. Resto de este estado anterior es su empleo dominante con la vocal *i*, y este empleo se observa más puro en el territorio no celtibérico. En la Celtiberia, donde la escritura ibérica se emplea a veces con cierta torpeza, el signo **y** se usa bastante con otras vocales.

Que el empleo de **y** con *i* debe responder a una tradición parece apoyado por el hecho de que tal empleo se nos ofrece (salvo en Celtiberia) con un carácter muy formulario, como supervivencia petrificada: su presencia tiene lugar de modo predominante, como hemos dicho, en el grupo *ni*, tanto en España como en el sur de Francia (Enserune), grupo que se repite mucho en las inscripciones como un título o fórmula, o al menos como una desinencia muy frecuente. Alguna vez puede emplearse como palabra aislada: así, en inscripción de un plato de Enserune. (Cf. Gómez Moreno, *Misceláneas*, página 323.)

Esta nota típica del uso de **y** solamente quedaría desvirtuada si se llegara a probar que el grupo *ni* representara un numeral o grupo de dos siglas.

* * *

De los sesenta y pico de casos, solamente un número pequeñísimo ofrecen dificultad para transcribir *n*. Son ocho que vienen a quedar probablemente en seis.

Porque dos ejemplos presentan, al parecer, en inicial o elemento de composición de palabra el grupo *nn*, es decir, *n***y**. Son *icon***y***keini* de la lápida de Iglesuela del Cid y *n***y***kei* de una estela de Barcelona, perdida. Pero recientemente, en su *Misceláneas* (pág. 322), el señor Gómez Moreno dice «que una nueva copia de la inscripción de Iglesuela da forma de *i* a su tercer signo, permitiendo leer *igoi***y***keini* sin ninguna dificultad». Queda como ejemplo aislado el de la estela perdida de Barcelona; pero pudiera tratarse también de una deficiente lectura por *i*. Se podría objetar la coincidencia de las

formas *keini* y *kei*, pero también son muchas las probabilidades de confusión entre los signos de *n* y de *i*. De todas formas quedaría aislado el caso de Barcelona, en una estela que ya no podemos examinar.

En cambio, es completamente claro el grupo de los seis ejemplos restantes. Reunidos, una curiosa igualdad de estructura nos salta en seguida a la vista: en todos ellos **y** precede a la sílaba *-bar* (una sola vez *-ba)*:

bartebortebara
bartiagis
barni
barcus
bar
basi (este ejemplo de Enserune) (5).

Y esto coincide con el hecho de que en *casi todos* los ejemplos de **y** delante de consonante (pero precedido de vocal), la sílaba es igualmente *-bar: banitenbar, banatenbar, bitenbar, ar:tenbarese, labanibanbar, balkebereinbar*. Este empleo restringido y especialísimo no puede, por lo tanto, invalidar el valor general de *n* del signo **y**, y la dificultad de los seis letreros indicados no puede ser sino una dificultad *particular* de ellos.

Lo común en todos los casos que acabamos de registrar es la presencia de la consonante labial. La elección en ellos de un signo especial de nasal podría atribuirse, bien a la simplificación fonética de un antiguo *-*y*iba(r)*, quedando como recuerdo la nasal **y** ante *b* con el mismo apego tradicional que en el ya comentado grupo y*i*, bien a un deseo de indicar mediante esta nasal la asimilación a la labial siguiente, una vez formado el grupo *nb* después de la simplificación. Como quiera que ello sea, la dificultad para nosotros queda localizada en aquellos casos (ya solamente tres o cuatro) en

(5) En su *Léxico de las inscripciones ibéricas*, el señor Tovar, sin pensar para nada en la cuestión del signo **y**, anota (pág. 312) el grupo y*bar*, que él transcribe *wbar*.

que la transcripción *n* produce un grupo impronunciable. Digo tres o cuatro, porque excluyo por no seguro a *bonantite: n***y***bartebortebara*, pues, si bien en el vaso de Liria se marca tal vez puntuación, no es segura la cosa, si tenemos en cuenta la frecuencia del grupo *tenbar*, y podría tratarse simplemente de un caso de grafía con doble nasal, como ocurre quizá también en ... *tin***y***bar*. Y, por otra parte, **v***basi* de Enserune no lo conozco más que por referencia del señor Gómez Moreno *(Misceláneas*, pág. 322), y no sé el texto precedente, aunque el testimonio parece referirse bien a inicial de palabra.

Contando con esta última, tenemos, pues,

ybartiagis
vbarni
vbasi

barcus ban barcus en el calco del texto de *Investigación Prehistórica*, de Ballester (1942), lleva el signo **v** las dos veces, pero en el calco de la figura VI la primera vez pone **y**.

Es posible que sea casualidad, pero llama la atención esta coincidencia del signo **v**. Signo que ordinariamente es equivalente del otro **y**, pero que en alguna ocasión hace pensar en un valor *u*. Me refiero concretamente a ciertas inscripciones de Azaila recogidas por Cabré en su *Corpus vasorum*, figuras 19, 92, 132, 100. Es verdad que el carácter de estas inscripciones de Azaila no permite saber en la mayoría de los casos, si se trata de palabras más o menos abreviadas o si los signos representan solamente siglas.

Pero he observado un detalle que puede ser significativo. Una inscripción de Azaila (fig. 20, 191) dice *Piur***v**. Además de *Piurtite* conocemos otros personales de la misma base: *Piurno* y *Piuru*. (Para el sufijo *-no*, cf. en el bronce de Ascoli *Gurtar-no.) Piuru* está en el plomo de Castellón. Si todas las letras de la inscripción se refieren al nombre personal, la conclusión es clara: el signo tiene que valer *n* o *u*. Obsérvese que también aquí se trata de la forma **v**.

Y si a este indicio se une el que una transcripción *uba(r)*

da un principio de palabra muy ibérico, la hipótesis se hace mucho más viable: *ubar* sería el mismo grupo *umar* que conocemos en los nombres personales *Umargibas* y *Umarilun*. *Uba* es tal vez inicial de nombre de persona en Azaila, número 84, fig. 18. *Uba* alternaría, además, fonéticamente con *uda*, y así nuestro *Ubarni* sería en realidad el mismo *Udarni* de Liria LV.

En cuanto a la plabra inicial del plomo de Castellón, el señor Gómez Moreno, guiándose por lo muy característico que es en ibérico el principio *Abar-*, transcribe con mucha discreción *Abartiagis*. Entonces, el signo **y** sería aquí un caso raro de *a* ibérica muy mal hecha. (¿Se trata de esto o estamos ante otro ejemplo de *Ubar-*, aquí escrito con **y**)?

Pero, a pesar de lo expuesto, se podrá objetar, y con fundamento, que si la presencia del grupo *bar* da una nota común a todos ésos ejemplos, común debería ser también la interpretación del signo de nasal, por lo menos para los casos con *bar*, sin dar importancia a la presencia que hemos subrayado de la variante **v**.

En este caso, **y** o **v** tiene que valorarse, naturalmente, como una abreviatura, signo especial o grafía rara, cuya interpretación la dará un mejor conocimiento de la lengua ibérica. Se entiende de su presencia en grupo impronunciable.

De todas maneras, dos conclusiones creo que se deducen de los hechos que hemos reunido y analizado:

1.ª Las dificultades de transcripción de los signos en cuestión quedan, a nuestro entender, tan reducidísimas, que el valor general de *n* puede mantenerse perfectamente.

2.ª Para los tres o cuatro casos dificultosos que ahora tenemos, la solución tiene que venir guiándose por la estructura *bar* que aparece siempre en ellos.

* * *

«-BAN» CON NOMBRES PERSONALES.

Parecía chocante que ibérico *ban* y *eban(en)* fuesen dos cosas completamente distintas siempre, es decir, que *ban* no se pudiera emplear como *eban* con nombres personales. El señor Gómez Moreno sospechó ya lo contrario en sus *Digresiones ibéricas* (pág. 282) (6). Creo que en este punto se podrían señalar algunas precisiones.

Con el material de que disponemos, estamos en condiciones de establecer tres empleos de *ban:*

1) Como inicial de palabra.
2) Como sufijo o palabra pospuesta.
3) Como elemento o palabra sobre cuyo empleo antepuesto o pospuesto no tenemos datos decisivos.

1) *Inicial de palabra.*

En los vasos de Azaila encontramos algunos ejemplos en palabras cuya significación desconocemos, p. ej.: *banite.* En el mismo material registramos con cierta frecuencia aislada la forma *ban,* como si fuera abreviatura de *banite* o *banitu.*

---

(6) El trabajo de Bähr, *Baskisch und Iberisch,* no se ha publicado hasta recientemente, y algunos no conocemos todavía de él sino unas cuantas citas. Por ello no es justo decir (v. A. Tovar, *Léxico,* s. v.) que la interpretación de *ban* por «hijo» o «de» se le ocurrió primeramente al malogrado vascólogo, ya que el señor Gómez Moreno, *loc. laud.,* y yo (EMERITA, XIV) habíamos pensado así, erróneamente o con acierto, hace tiempo.

Por otra parte, en su *Léxico de las inscripciones ibéricas* (pág. 314), el señor Tovar dice: «Caro confunde... *ban* y *eban* con el valor «de», y lo mismo Vallejo», lo que llevaría a pensar que ambos hemos cometido una buena pifia, cuando precisamente creo haber sido yo el primero que (EMERITA, XIV) puntualicé diferencias de empleo de *ban, eban, ebanen* en inscripciones y monedas. Lo que no admitimos, tanto Caro como yo, mientras no vengan pruebas consistentes, es que *ban, eban* y *ebanen* no tengan nada que ver en absoluto, y este artículo tiene justamente por objeto reunir casos en que, a falta de

2) *Como elemento o palabra pospuesta.*

Tenemos que distinguir el uso en monedas y en inscripciones. Vamos a empezar por el segundo, dejando para después el volver sobre *ban* en los epígrafes monetales, cuestión que ya abordamos en EMERITA, XIV.

Previamente examinemos el empleo de *eban(en)*. El de la forma *ebanen* parece bien claro: se pospone a dos nombres personales:

Balkeatin Isbetartiker ebanen.

De *eban* tenemos también ejemplos de tal uso. El más dudoso es *aiuniba iskeakete ban* (7), donde parece haber dos personales, pero no sabemos si el elemento pospuesto es *ban* o *eban*, con supresión de la *e* por la final anterior *-te*, o si se trata de un sufijo compuesto, *-teban*, del que hablaremos luego. En cambio, en *Icoinkeini Ildubeles eban*, *Ico* recuerda a los personales *Icorbeles* y *Ecosonar;* y, finalmente, en *Alorildui Balkeatin eban* (estela de Fraga), la primera palabra es, sin duda, nombre de persona: cfr. *Alortigis* por un lado y *duidui* (núm. 4 de *Liria*, 1934), por otro (8).

Pero que no encontremos para *ebaiten* ejemplos de uso tras un nombre personal sólo, puede atribuirse muy bien a la casualidad, dado lo exiguo del material a nuestra disposición.

Y entremos ahora en las inscripciones con *ban*. Su empleo con nombres personales lo consideramos indubitable. En los tiestos de *Liria* encontramos:

?barcus ban ?barcus
Abardan ban Balkeuni
Eriatu ban Balketi.

---

otra cosa más concluyente, la impresión es que sí hay algo común a las tres formas.

(7) Gómez Moreno sigue a Hübner en la lectura *iseaceteban*, pero yo encuentro preferible *iskeacete ban*. (M. L. I. XXVI y *Digresiones*, página 282.)

(8) En Azaila también *gudui*.

De los personales *Balketi* y *Balkeuni* no hay duda. De *?barcus* se trata más arriba. *Abardan ban* se justifica bien por *Abararban*, que, por figurar en una pesa, tiene todas las probabilidades de ser un personal, y por *Abar-ildur*, topónimo.

No parece que debamos tener duda sobre el carácter de nombre personal de la palabra a que acompaña *ban* en estos otros casos:

1) *Belarban:* Cfr. *Belas-ba-iser* y, para la alternancia r/s, *Bilus-tibas / Ilur-tibas; Bardar / Bastartine; Alor- tigis / Alostibas.*

2) Por el nombre y por el elemento pospuesto, *Asker-tiban:* Cfr. *Isker-beles, Isker-aten; Sacar- isker; Atan-sker* (en Ascoli); *Esker*, nombre personal en Azaila; *Aiun- esker*, que ya hemos citado, y tal vez también el topónimo *Askerris* de los Jacetanos, registrado en Ptolomeo.

El elemento *-tiban* es, indudablemente, una variante de *-tibas*, cuya presencia en nombres personales la acredita el Bronce de Ascoli con su *Ilurtibas* y su *Bilustibas.*

3) *Tibiserbas-tiban*, del gran vaso de *Liria;* si la terminación es la misma *-tiban*, entonces va agregada a otra unión de elementos característicos de nombres personales: *(i)ser- bas;* o también leer mejor *Bertibiser Bastiban.*

4) No está clara la terminación de la inscripción, XV de *Liria, Teutin Antorba*[*n*]; pero sobre el carácter de los dos vocablos, cfr. *Tautindals*, nombre personal del Bronce de Ascoli, y para *Antor, Antu*, personal en Azaila y acaso también el topónimo *Antorgis urbs* de Livio, XXV, 32.

Terminación *-tebanen.* Figura en un ejemplo muy pobre y, acaso también, en la forma *-teban*, en el caso ya visto de *Iskeaketeban.* Nos faltan datos para saber si se trata de una simple variante, *-teban(en)* de *-tiban*, o si esa terminación se ha formado con *-t-* de otra procedencia. El ejemplo de *-tebanen* es una estela borrosa de Sagunto (M. L. I., XXXI *a): itir:tebanen ogo.*

Ante el tipo de construcción *?barcus ban ?barcus* nos preguntamos si *ban* se refiere al primer nombre o al segun-

do. Que *ban* se pospone está demostrado en algunos ejemplos, como *Bertibiserbastiban*, ya citado, y *ustaio Abararban*, de la pesa catalana. Posposición que es lo normal en *ebanen* y que vemos también con *eban* en algunos casos seguros.

Con todo, no parece que tengamos datos decisivos, dentro del material ibérico, para excluir una posible construcción en la que el nombre del padre fuera el segundo con *ban* antepuesto.

Con *-eban* también tenemos casos en los que este elemento parece estar entre dos nombres personales; pero en ellos, por falta de seguridad en el carácter de los supuestos personales, no podemos afirmarlo como en *?barcus ban ?barcus* y análogos. Así:

sikedunin eban nereildun.

Cfr. *Nerseatin Ilkeatine* de M. L. I., XXXVIII, relación ya observada por Hübner. Las terminaciones *-atin* y *-dun* son propias de nombres personales.

«BAN» EB LAS MONEDAS.

En Emerita, XIV, intenté un primer desbroce de los datos que ofrecían las acuñaciones. Sobre ello, un examen detenido y cuidadoso permite ahora poner las cosas más en su punto. La primera presencia de *ban* en monedas la encontramos en denarios de Lérida, que ostentan una leyenda *Iltirdasalirban*. Otros denarios rezan solamente *Iltirdasalir*. Podemos figurarnos que *ban* sirve aquí, como en los personales vistos, para indicar la atribución, la pertenencia. Pero no podemos pasar de una suposición. De todas suertes, este *ban* monetal, a juzgar por el material que ha sobrevivido, apenas se usó; prácticamente queda reducido a esos denarios de Lérida, pues si bien volvemos a encontrar *ban* en monedas de Ausa, Lakine y Abarildur, se trata de una de tantas imitaciones mecánicas como ofrecen las monedas ibéricas: una de las acuñaciones de Lérida separó *ban* de *Iltirda-*

salir y lo llevó al anverso; pues justamente en el anverso y aislado es como las tres cecas citadas ostentan *ban*.

De *eban* no conozco ejemplo alguno en monedas. Existe, sí, *eba* en las cecas de Ampurias y Játiva, pero su carácter de marca de valor parece indudable. Y ya sólo queda *etaban*, que registramos por vez primera en dracmas ibéricas con ese solo epígrafe. Como se sabe, estas monedas suelen llevar o un topónimo o un nombre de persona, pero a veces también son simples letreros ibéricos tomados de otra moneda para dar carácter a la acuñación. Pero en ases viejos de Indica también encontramos *etaban*, sin que podamos saber si se trata de una variante de la marca de valor ya citada, *eba*, o de alguna palabra. *Etaban* también termina aquí su breve vida monetal.

* * *

Esta revisión que hemos hecho de las formas *ebanen*, *eban*, *ban*, apurando el material de que disponemos, refuerza la suposición de un empleo de *ban* con nombres personales, y perfila algo más nuestra idea de este empleo, por cuanto lo vemos pospuesto a un nombre personal, y tal vez a dos, y usado también entre dos palabras que tienen todo el aspecto de ser personales.

Pero, por otra parte, no pasa de confirmar nuestra conclusión de EMERITA XIV: «En los vasos de Liria la forma dominante es *ban;* en las inscripciones en piedra, *ebanen* y *eban*. En los segundos, lo típico es su posposición a dos nombres».

J. VALLEJO.

SOBRE SÉNECA, «DE TRANQUILLITATE ANIMI» Y «DE BREVITATE VITAE»

L. Castiglioni es uno de los más ilustres filólogos que han consagrado sus desvelos al estudio del texto de Séneca, principalmente de los Diálogos. La continuidad de sus esfuerzos es, por sí sola, una garantía de seriedad y eficiencia. Desde sus artículos en *Athenaeum* (1913), a la edición —con traducción italiana del tratado IX (1930)—, y esta crítica de 1948 (1), pasando por el comentario a la edición de Barriera *(De Ira)*, la reimpresión de ésta en 1930, los comentarios a otras ediciones, etc. (2).

En el prólogo de esta última edición de los Diálogos IX-X, Castiglioni aporta datos muy interesantes para la historia de la transmisión del texto. Ha releído los códices A y DE (a los que sigue designando con siglas distintas a las que usan los demás editores, ahora CB) y además ha estudiado un códice de Bolonia, *Bon*, y otro de Venecia, *Ven.*

Bourgery (REL 1933), al estudiar la genealogía de los mss. del tratado de Ira, precisó claramente la afinidad interna de varios grupos de códices. Al estudiar unos códices de los Diálogos del Escorial y de la Biblioteca Nacional de Madrid, yo he tenido ocasión de confirmar (3) en lo fundamental las conclusiones de Bourgery, subrayando su validez para los

---

(1) L. A. SÉNECA: Diálogos IX, X (De tranquillitate animi. De brevitate vitae) rec. L. Castiglioni, Corpus Script. lat. paravianum 1948.

(2) Reseñas de Castiglioni a ediciones y comentarios de Séneca en *Athen.* y *RF.*

(3) Cf. mi artículo EMERITA 1949, volumen 1 y 2. Allí se explican las siglas de los códices a que hago referencia en este trabajo.

otros Diálogos; y ahora las noticias de Castiglioni sobre *Bon* y *Ven.* vienen a encajar perfectamente en nuestros esquemas.

Así, FKV (4)—yo los llamo códices Z—forman un grupo distinto de los otros códices modernos. Como F y K son códices perdidos, estudiados por el Pinciano y Gruter en el siglo XVI, resulta que de esta familia no teníamos otro testimonio—allí donde callan los viejos humanistas—que las imperfectas noticias de V que nos da el aparato crítico de Fickert (5). Pero *Ven.*, según Castiglioni, es un códice cuasigemelo de V, ambos del siglo XIV. Probablemente la afinidad V-*Ven.* es del tipo de la GQ señalada en mi trabajo. Sería muy interesante concretar ciertos extremos, v. gr., el índice completo de los dos códices V*Ven.*, que pueden haber salido con poca diferencia de tiempo de un mismo scriptorium copiados de un mismo modelo.

Yo he indicado que después de un siglo, el XIV, de intenso trabajo sobre el texto de los Diálogos, los problemas críticos de los códices tardíos—siglo XV—son muy distintos y no cabe encajarlos en los mismos grupos que establecemos para los ejemplares del 1300. P3 y *g* tienen, a pesar de su mayor afinidad con los códices del otro grupo-Y-, algunas lecciones Z. Recuerdo esto a propósito de una de las variantes anotadas por Castiglioni en el prologo: X, 2, 5 *cum aliquo* ABGD EHOQSsP2 P4; *cum alio* A^2 V P3 *g*K*Ven.* (6).

Otras veces, la lección de Castiglioni confirma la separación que yo establezco entre los códices Y' (BGQ) e Y'' (DEs), por ejemplo: X, 3, 2 *discursatio* AV*Ven.* P3 BGQ); *discursitatio* DEs*Bon.*HP2P4.

Una prueba más de este intercambio de lecciones y correcciones del texto se halla en pasajes como los siguientes:

---

(4) F. es el «vetustissimum exemplar coenobii divorum facundi et primitivi» monasterio de Sahagun, del Pinciano. K. es el Codex Colomiensis de Gruter. V el Vratislav. Reg. IV.

(5) Edición de Leipzig, 1842-1847.

(6) P3 es el Palatinus tertius de Gruter; *g* el códice de Greifxwald (cf. ed. Fickert). Para las otras siglas véase la misma edición de Fickert o Hermes y O Q S en mi trabajo.

X, 3, 1 *discurrunt* [*et in aliorum caedem suaeque vitae dispendium properant*]. Estas palabras las añaden V*Ven.*FS y G al margen, o sea que nos hallamos ante un lugar en que un códice Y' ha sido corregido según un texto Z.

IX, 1, 10 una mano, D^3, ha corregido en *compositus*, como V*Ven.*K, la lección de D, probablemente *positus*, según el texto de E.

De otras muchas lecciones quizá se podría extraer provisionalmente la conclusión de que la lección Z ante un texto ininteligible omite palabras, mientras que Y' e Y'' tienden a corregir en busca de un sentido aceptable.

Pasemos ahora a comentar la edición.

Alexander (7), el infatigable enmendador del texto de Séneca, ha publicado recientemente unas notas a los Diálogos I, II, VII, VIII, IX, X (o sea todos, excepto De Ira y las Consolationes) en 1945 (8), que no han sido utilizadas por el editor italiano, cuyo trabajo, aunque publicado en 1948, estaba concluído totalmente en 1944. Aunque Castiglioni es un editor conservador, sumamente respetuoso con el texto de A, lo hubiera sido más en algún lugar con este trabajo de Alexander a la vista. Siguiendo la vieja teoría de la haplografía, de la que Alexander dice irónicamente que quiere ver una haplografía detrás de cada palabra, el texto de Castiglioni en algunos puntos, representa un retroceso con respecto al de Hermes, Waltz o Bourgery.

IX, 5, 1 *poteratne illa civitas conquiescere, in qua tot tyranni erant quot <satis> satellitas essent?*

<*satis*> es de Lipsio y Gertz, pero estaba eliminado ya del texto de Waltz con suficiente explicación en la traducción francesa, como confirma Alexander.

IX, 16 4 *ego Herculem fleam quod vivus uritur... aut Catonem quod volnera <volnerat> sua.*

---

(7) Seneca's Dialogues. The text Emmended and Explained. Univ of California Publications on Class. Philology.

(8) Notas análogas a *Seneca, De Ira*, ib. 1943.—A las *Consolationes*, ib. 1944. He comentado algunos de estos trabajos de Alexander en EMERITA, 1949 (Vol. XVI), págs. 382 y ss.

<volnerat> es de Rossbach; *<iterat>* es una conjetura de Haase aceptada por Waltz, probablemente apoyada en *iteratum* de V*Ven.*, que se halla ya en el aparato crítico de Fickert; *fortiter tulit* A Y" es una explicación fácil; *retractat* propuesto por Castiglioni en las notas tiene, efectivamente, a su favor el testimonio de *Ep. mor.* 71, 17, pero en contra suya está el que no construye cláusula. O sea, que se trata de un pasaje sin explicación satisfactoria hasta ahora, pero en el que, desde luego, es rechazable la lección haplográfica de Rossbach, *volnerá <volnerat>*.

IX, 10, 1 *At ad [aliquod] genus vitae difficile incidisti.*

Castiglioni, con los editores en general, suprime *ad* y no acepta *in* como edd. vg., con lo cual resulta una frase dura: *incido* con acusativo, sin preposición. Es otro lugar en el que una diligente comparación—con pasajes paralelos del autor, ¡qué falta nos hace un Léxicon o un Index de Séneca!—puede resolver ¿suprimir *at?* ¿Aceptar *at ad aliquod*, con toda su aliteración?

X, 15, 1 *quantum <cum> coeperis.*

Este pasaje está resuelto en Axelson, *quantum ceperis*, y a él compara el filólogo sueco un texto de las epístolas morales. Cf. Alexander, pg. 8, 9.

IX, 1, 1 *quaedam vitia apparebant <Seneca> retecta.*

Séneca es de Gertz, pero Waltz ha demostrado en 1927 [2] que *retecta, reteta, reiecta*, no son más que corrupción de *Séneca*. No hay, pues, que pensar con Castiglioni en una repetición de ambas palabras.

IX, 1, 16 *non est enim quod magis aliena iudices adulatione perire quam nostra.*

Para explicar el texto suelen añadir *<nos>* los editores, según el texto de D y otros códices modernos; pero es probable que este pronombre sea una lectio facilior y el texto genuino, aunque resulte un poco obscuro, no lo tenga. La colocación del *<nos>* en uno u otro lugar (Castiglioni ante *iudices)* es arbitraria.

IX, 2, 7 *nec dolent prava se <sed> frustra voluisse.*

se A? *sed* unus dett. (Waltz); nos parece más aceptable la

lección de Waltz *prava sed frustra*, ya que el sujeto de *voluisse* está suficientemente explicado en el texto precedente y una construcción concertada no repugna.

IX, 2, 10 nos parece más aceptable el *mille fluctus* que el *ille* por que, tímidamente, se decide Castiglioni.

IX, 3, 4 donde el texto de A es difícil de interpretar y, sin embargo, está apoyado por V *Ven.*, y casi por D *quantum gratuitorum hominum sit bona conscientia.* Castiglioni escribe *quam gratuitum homnibus bonum sit bona conscientia*, lo cual supone una corrupción total del texto de A y de los códices citados y es la más audaz de las conjeturas hechas. Yo no sé si Alexander, al defender el texto de A, lleva razón en todo; pero lo que no cabe duda es que cualquier conjetura ha de estar más pegada al texto.

IX, 9, 2 *etiam si multos pudebit eius plus.*

Castiglioni elimina esta frase del texto; sin embargo, se halla en los códices, con distintas variantes; pero es evidente que en este lugar no se trata de una glosa como *iunctas* al lado de *copulatas* (IX, 11, 7) o *festinam, festinatam* junto a *praecoquem* (lección Z en X, 6, 2). O nos quedamos con Rossbach: *etiam si multos pudebit eius plus*, o con Alexander: *etiam si multos pudebit eius exempli.*

IX, 9, 3 *quidni consulatur ei, si* [*et*] *paupertas et ignominia et rerum eversio adhibetur, malo malum opponitur?*

Este es el texto de Castiglioni. Yo leería más bien así: *quidni consulitur ei, si ei paupertas* [*et*] *ignominia rerum eversio adhibetur? Malo malum opponitur.*

Así se respeta el *consulitur* común a todos los códices, eliminado de las ediciones desde Madvig, *et* de los códices, [*et*] de Castiglioni, lo leemos *ei*, como hizo Haase en *consulitur et*, apoyado en DE; [*et*] *ignominia* y [*et*] *rerum eversio* se eliminan como lectio facilior; el último falta en A y otros códices. Por otra parte, el trasladar la interrogación a *opponitur* es un retroceso crítico después de Waltz y Ammendola.

IX, 10, 3 no es necesario suprimir [*alio/um*] *laxa*, como demuestra Alexander (op. cit.): como tampoco añadir <*non*> ante *inornata* en 17, 2, según el mismo Alexander.

X, 1, 2. La frase que Séneca atribuye a Aristóteles está indiscutiblemente corrompida en los códices. Castiglioni acepta la corrección de Gertz:

lis: aetatis illam animalibus tantum ibdulsisse.

¿Por qué no leer?:

lis exstat: istam (illam?) animalibus tantum indulsisse.

Con lo cual estaríamos más cerca del texto común de los códices: *lis e at ist iam,* etc.

X, 2, 1 y 2, 2. El texto de Bourgery, tomado de Haase, resulta mejor que el que adopta Castiglioni siguiendo en 2, 1 a Gertz y en 2,2 a Madvig. *alium insatiabilis tenet avaritia.* Bourgery, Haase

<*sed* > *alium,* etc. Gertz, Castiglioni

aut suae qu- <erell > a detinuit, Madvig, Castiglioni

aut suae cu <r > a, etc., Haase Bourgery.

Lo mismo podemos decir (IX, 6, 4) de *nec velocissimae,* adición hecha siguiendo a DE, innecesaria desde Schultess.

IX, 7, 9 *quod nec desiderat <et > capit* Madvig, Castiglioni, corregido por Bourgery y otros, sin añadir ninguna palabra.

X, 16, 3 *id disponant aut extrahant,* cuando la lección de los códices, *ut,* hace sentido y mejor sentido.

Muy acertadamente elimina el editor conjeturas de Waltz en IX, 1, 9 y 10; deja la frase *in opere esse,* sin añadir otras palabras (8), aunque haya que eliminar *non* de A y los otros códices en IX, 3, 1. Conserva *ore instinctus* de los códices frente a las conjeturas *<fur > ore* de Muret y *<horr > ore* de Bourgery, etc.

Hay todavía pasajes cuyo texto no está suficientemente explicado en estas dos obritas (IX, 1, 10; 5, 1; 7, 4; X, 9, 1; 10, 1, etc.), en algunos de los cuales corrige libremente el editor italiano como los otros críticos. Pero es lo único que puede hacer quien ha de enfrentarse con todo el texto de una obra y reproducirlo en una edición, sin la amable facilidad con que el autor de unas notas críticas puede permitirse to-

(8) Vol. IV de la edición de los Diálogos de la Coll. des Universités de France, pg. 66. París 1927.

car solamente aquellos lugares en que tiene algo que decir.

Los problemas planteados en esta nueva y cuidada edición, junto con los antiguos problemas no resueltos del texto de Séneca, vienen a hacer más imperiosa la exigencia de un léxico y de un estudio de la lengua y el estilo del autor tal como lo reclama Axelson (9).

A. FONTÁN.

Universidad de Granada.

(9) Axelson. *Neue Senecàstudien*. Lund. 1939. Einführung. pg. 3.

DE ETIMOLOGIA VASCA

En estos últimos tiempos se han multiplicado tan prodigiosamente las etimologías de palabras vascas, que me he sentido inclinado a exponer una somera explicación y defensa de mis convicciones en materia de métodos en ese campo concreto de investigación.

Me refiero ahora, principalmente, a los trabajos de Charles Bouda, meritísimos, sin duda, y que han prestado un gran servicio a la vascología. Ha propuesto un enorme número de paralelos vasco-caucásicos que forman un conjunto impresionante. Hay entre ellos hallazgos notables, quizá decisivos.

Pero tal vez por su misma cantidad pueden contribuir a crear una cierta confusión en la materia. Yo por lo menos pienso, quizá con un escepticismo exagerado, que es preferible la precisión a la abundancia, o dicho en otras palabras, que juzgo mejor un reducido número de ejemplos razonablemente seguros que una cantidad ilimitada de meras posibilidades. Pensando que una discusión sobre principios podría ser conveniente, era mi intención expresar con alguna extensión mi opinión acerca de sus trabajos, pero sin conocer su «Baskisch und Kaukasisch» y sus «Baskisch-kaukasische Etymologien», y sin que haya salido a la luz su anunciado trabajo en el «Homenaje a Don Julio de Urquijo», no he podido intentarlo. Me limito, pues, a algunas observaciones fragmentarias (1).

---

(1) Los artículos de Ch. Bouda a que hago referencia, son:
«Les sifflantes initiales basques», *Eusko-Jakintza*, III, pgs. 113-131.
«Les prefixes nasaux basques», *Eusko-Jakintza*, III, pgs. 132-138.
«Remarques sur les consonnes épenthétiques», *Eusko-Jakintza*, III, pgs. 325-332.

Quiero, ante todo, insistir acerca de la importancia del elemento latino-románico en el léxico vasco. Puede tomarse esto, si se quiere, como un intento de autojustificación: pudiera parecer extraño que alguien siga tratando de recoger briznas en el campo trillado en vez de buscar las ubérrimas cosechas de la nueva tierra de promisión. Como no soy romanista, no creo ser demasiado sospechoso de deformación profesional en ese sentido. Estoy conforme en que, como decía Dumézil, «*les romanistes..., en l'absence de tout contrôle, ...ont exagéré parfois*». Pero es el caso que en el grano caucásico que nos ofrece Bouda no falta la paja románica.

Citaré algunos ejemplos, creo que sin agotarlos. Como ha advertido Mgr. Saint-Pierre, *azai* «becada», procede del latín *accĕia* (REW, 66); la existencia de una variante *akai*, labortana antigua según Azkue, lo confirmaría si hubiese necesidad. El mismo ha mostrado que *alaga*, «trigo candeal», tiene un paralelo más próximo en esp. *álaga*, su probable origen, que tiene relaciones conocidas en la Romania (REW, 337).

Bouda ha encontrado correspondencia caucásica a *matoi*, *mat(h)oin*, «leche cuajada», que es románico (REW, 5424) y fué reconocido como tal por Meyer-Lübke, con la inadvertencia de separar la variante suletina *mathu*, que corresponde exactamente por la forma (cfr. sul. *arrątu*, *arrązu*, frente a *arratoi(n)*, *arrazoi(n)* de los otros dialectos). También propo-

---

«Traces basques en Sardaigne?», *Eusko-Jakintza*, III, pgs. 333-335.

«Nouvelles étymologies basques», *Boletín de la R. Sociedad Vascongada de los Amigos del País*, V, pgs. 411-420.

He sabido de algunas de sus aproximaciones vasco-caucásicas que no me eran directamente conocidas por MGR. SAINT-PIERRE, «A propos des éléments. Réponse à M. Bouda», *Eusko-Jakintza*, III, pgs. 347-352, que menciono expresamente cada vez que hago referencia a ellas.

Utilizo en lo que sigue las abreviaturas:

REW, W. Meyer-Lübke. «Romanisches Etymologisches Wörterbuch», 3ª ed.

RIEV, *Revista Internacional de los Estudios Vascos.*

BSVAP, *Boletín de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País.*

ne la ecuación de vasc. *motz*, «corto» (dividido *m-otz)*, con el tabasaran *udz*, «couper, frapper, jeter». También en este caso el origen románico de la voz vasca fué indicado por Meyer-Lübke (cfr. esp. *mocho)*. Resulta más extraño esto por el hecho de que el trabajo de Meyer-Lübke acerca de los préstamos románicos con *m-* inicial en vasc. («Romanobaskisches», RIEV, XIV, págs. 463-485), es citado expresamente como «interesante» por Bouda en el mismo artículo en que se proponen las dos últimas ecuaciones, sin que se tome la molestia de discutir la atribución.

Dos ejemplos finales. Según St.-Pierre, Bouda ha comparado un caucásico *san* con vasc. *zango*, «pierna». Si digo que *zanko* es variante de *zango*, creo que todo español lo asociará inmediatamente con alguna palabra familiar. Y *atomau*, «atreverse», cuya relación con *atondu*, «disponer, preparar», no es clara ni por la forma ni por el sentido, ¿no tendrá parientes más próximos en Castilla que en el Cáucaso?

Tocaré la cuestión del análisis de los elementos formativos de las palabras. Ya hemos visto que Bouda descompone *m-otz*. ¿Por qué? La única respuesta razonable que se me ocurre es que la comparación con *udz* exigía esa división. *Mats*, «uva», se divide en cambio *ma-ts* («... *et à dédoublement de voyelle ma(h)ats*») porque hay que ponerlo en relación con kuri *č'ere* «vigne», «*dont la racine peut bien être tch' (e)*». Y encontramos el sorprendente *i-rizi-gi*, vizc. de Lequeitio, «s'enhardir», puesto en relación con el georgiano *lizgh-i*, «hardi, effronté» (advirtamos que Azkue, hijo de Lequeitio, traduce, en el único ejemplo que da *s. u.*, *irizigita dagoz* por «están satisfechísimos»). Bouda necesitará algo más que una mención pasajera para convencer a nadie de que *irizigi* no es una variante de *irazeki*, *irazegin*, «encender(se)», y de que éste no es un causativo de *izeki*, *izio* y del *izioqui* de las Glosas Emilianenses. La *r* de *irizigi* no pertenece, por tanto, a la raíz: es un afijo que Bouda no desconoce, pues, como bien sabe, se le encontró hace tiempo una correspondencia en abxaz.

Pasando a otro terreno, expondré, ante todo, mi opinión sobre un extremo que estimo fundamental. Creo que quienes

se han ocupado de la evolución de lenguas cuya historia es conocida en largos períodos o cuyas formas antiguas pueden al menos ser restituídas hasta cierto punto por métodos comparativos, han comprobado en todas partes los efectos del desgaste fonético: en todas partes hay sonidos que desaparecen y palabras que se acortan. Desde luego, las lenguas tienen medios de reparar ese desgaste, pero esa es otra cuestión. No creo ser injusto al afirmar que Bouda piensa, respecto al vasco, en términos opuestos. Habla, sí, alguna vez de pérdidas, pero muchas, demasiadas a mi juicio, propende a considerar que los sonidos de una palabra vasca, por una especie de generación espontánea, proliferan y se multiplican.

De acuerdo con esta manera de pensar, si tenemos, poniendo un ejemplo esquemático, una palabra tal como **kaz*, podemos esperar el «desdoblamiento vocálico», por el que nos encontraremos con un **kaaz*. Aquí hay vocales en hiato, situación molesta que se evita intercalando una consonante antihiática, p. ej.: g: **kagaz*. Ahora pueden aparecer, y son casi inevitables, los «sons abondants», es decir, epentéticos, y tendremos quizá **kangaz*. No necesito insistir en los innumerables sufijos, algunos no documentados, que la palabra puede recibir. Aparecen prefijos, p. ej., *a-*, de cuya función nada se sabe, y que aparentemente sólo se agregan para aumentar el volumen de la palabra. A **akangaz* aún se le puede anteponer un número indefinido de consonantes en condiciones que no se tratan de determinar, y así sucesivamente. Uno se asombra únicamente de encontrar tantas voces breves en un diccionario vasco.

Las diferencias entre ambos puntos de vista son relativas, un problema de mayor o menor frecuencia: lo comprendo. Así, no niego la posibilidad del desdoblamiento; se conoce *algún* caso seguro. Pero ante *mats* y *ma(h)ats* como variantes, prefiero pensar en una reducción antes que en un aumento. Y en el terreno de las puras posibilidades, podría ofrecer formas hipotéticas que expliquen las variantes actuales de acuerdo con lo que sabemos de la evolución fonética de la lengua; en este caso, por citar una, **bana(t)s*. Tampoco niego

la existencia de epéntesis en vasc. en algunos casos. Hay también nasal epentética en esp. *alondra, mancha* o *ponzoña*. Pero el que los «*sons abondants*» sean particularmente frecuentes en mingrelio no justifica su extensión inmoderada a voces vascas.

Si se anteponen vocales o consonantes, debemos tratar, a base de ejemplos seguros, de precisar su función o, por lo menos, de determinar las circunstancias en que aparecen. El no intentar hacerlo supone introducir un factor de indeterminación, una especie de nube de humo que sólo puede tener efectos perturbadores en una labor científica.

Con esto llego a las correspondencias fonéticas. Bouda las ha establecido, y precisas por añadidura, y en esto estriba el interés de su tentativa. ¿Será demasiado decir que son aparentemente precisas? Esta es, sin embargo, expuesta sin reservas, mi opinión. Creo—y sin duda mi creencia no es más que el lugar común más trillado entre comparatistas—que la fonética es el principal elemento de control en todo intento de establecer ecuaciones etimológicas, y que su misión es precisamente la de reducir en lo posible los factores de indeterminación a que antes he aludido. Claro que no pueden suprimirse por entero. Algunas ecuaciones presentan particularidades soprendentes, a pesar de lo cual no pueden ser descartadas. Pero siempre debe tratarse de reducir a sistema las anomalías y de anotar su campo de aparición.

Tomando la palabra hipotética antes indicada en un grado cualquiera de crecimiento, digamos **kagaz*, podemos suponerla provista de un sufijo y de un prefijo: **akagazi* Veamos ahora algunas de las cosas que, según Bouda, pueden suceder a sus fonemas, considerando—por simplificar la cuestión—que no hay variación en el timbre de las vocales. La oclusiva dorsal sorda puede conservarse (caso de *e-ku-n* : cauc. *ko)*, perderse sin dejar rastro (o quizá una aspiración como en *(h)uru*: cauc. **kun*, **kur-)* o puede aparecer en su lugar una «voyelle intervocalique médiatrice» *(a iotz*: cauc. *k'oss)*. Podría también sonorizarse, no se sabe si antes o después de tomar el

prefijo (caso de *adar*, con oclusiva apical), aparte de que hay una alternancia entre sordas y sonoras. Además de con *g-*, *k-* puede alternar con *z-*, *s-*, *l-* y *n-* por lo menos *(kapar)*. No faltan ejemplos para demostrar que *-g-* alterna con *-r-*, *-l-*, *-h-*, *-d-*, *-b-*, *-m-*, *-n-* y cero. En vez de *z* podría haber una africada *tz*, y en algún caso alterna con *(t)s (kozu, kutsatu)*. Pero puede también pasar a *r* por el «*rhotacisme connu en basque*» *(j-arra-i-tu)*, y como no se admite una distinción fonológica original de *r* y *rr*, el resultado puede ser cualquiera de ambos fonemas. Hago gracia al lector de las alternancias secundarias posibles. Sólo advierto que la palabra puede todavía recibir un número indefinido de prefijos o consonantes protéticas *(m-, n-, g-, l-, b-*, una silbante), a cuya lista podría uno añadir *k-* (hay *kaltzairu, kide* junto a *altzairu, ide)*, *t-* *(tegi, turki* junto a *(h)egi, urki)*, *p-* *(papur* junto a *apur)* y *d-* *(darte, durduri* junto a *arte, urduri)*. Sólo he hablado, por otra parte, de consonantes simples, pues como el vasc. «europeíza» el primitivo sistema fonémico, cada consonante vasca puede corresponder a un número bastante crecido de grupos caucásicos de *n* consonantes.

No puedo menos de pensar que éste es, en el fondo, un método bastante parecido al que aplicó F. Castro Guisasola, en un conocido libro. Quizá la principal diferencia esté en que en los artículos de Bouda los portillos de escape no están señalados de antemano, sino que se van abriendo a medida que lo exigen los apremios del momento. Basta con que haya *un* caso de alternancia, p. ej., de *t* y *l (leka* y *teka*, «vaina» *<thēca)*, para que siempre que nos hace falta y en cualquier posición podamos poner *t* en vez de *l* o *l* en vez de *t*. Incluso se puede aducir, para justificar una correspondencia vasc. *l*: cauc. *d*, «*le développement régulier d'iran.* d *à afghan* l, *p. e. iran.* dasa, *afghan* las «*dix*». Ahora bien: para demostrar que «*l'on regarde des idiomes qui présentent des formes plus proches que p. e. grec* λέλοιπε, *sanscrit* rireca *ou sanscrit svādīyas-, grec* ἡδιοσ- *et que l'on ne voudra plus parler des langues différentes* (sic)», habrá que precisar mejor las condiciones de alternancia y las circunstancias en que se cumplen los

cambios de sonidos. Uno quisiera saber, y no es una exigencia desmesurada, por qué ha habido rotacismo en *jarraitu* (čecen *-az)* y en la misma posición se conserva la silbante en *ma-ze, i-ra-zi* (abxaz *ra-dza*, circasiano *zə)*. Para que no se pueda pensar que estoy fabricando un maniqueo a mi medida, citaré algunos claros ejemplos.

Bouda compara vasc. *a-i(h)er* con küri *qäl*, tabasaran *qel* y dice: «*Bsq.* r *résulte de la liquide* l *comme dans* aingeru *de* angelum, *etc.*» «Como», no: hay la apreciable diferencia de que en *angelum* era intervocálica, única posición en que se cumple el cambio, y en este caso no.

«*Bsq.* a-dar «*branche* : *kuri* t'al «*verge*», *ingouche* t'oro «*branche*». *L'occlusive sourde est sonorisée dans cette position en basque comme bsq.* dembora *de lat.* tempora, *etc.*» Pero ¿cuál es «cette position»? Si era inicial en el momento de la sonorización, el prefijo se ha añadido en fecha relativamente muy reciente, hipótesis perfectamente gratuita y muy poco verosímil. Aun así, resulta raro que no estén atestiguadas variantes como **atar* o **dar*.

La arbitrariedad no se limita a los casos, subjetivamente justificables, en que hay paralelos vasco-caucásicos que defender. Se supone que *ametz*, «quejigo», procede del latín vulgar **abētr*. El cambio *b* > *m* es frecuentísimo en posición inicial, pero muy raro en posición interior, de no estar condicionado por una nasal en la misma palabra. El ejemplo corroborativo «*kable* «*chameau*» *de camelu*» está particularmente mal elegido. Dentro de la fonética vasca, es imposible que *kable* —que no sé si ha sido usado más que por Lițarrague— proceda de *camelu* (la forma normal *gamelu, kamelu* procede de *camellu*, con *-ll-*, cfr. esp. *camello)*. Habrá que admitir como origen alguna rara forma románica (que conservaba la acentuación griega: κάμηλος?) y que el grupo *-ml-*, inexistente en vasc., fué sustituído por otro más familiar, aunque tampoco muy frecuente. Para sostener esa etimología hay además que suponer un cambio *t* > *tz* que por sí sólo basta a descartarla. Bien es verdad que Bouda supone que *multzo*, «tropel», procede del lat. *multum*, pero esta hipótesis se sos-

tiene a sí misma en un equilibrio tan precario que no está en condiciones de apoyar ninguna otra.

Supone que en *imutxa*, etc., *tximitxa*, etc., «chinche», «*l'emprunt à voyelle initiale est donc plus vieux qu'à sifflante initiale, comme pareillement* bakhe, «*paix*», *est plus ancien que* zeru, «*ciel*», *etc.*» Creo que esto debe entenderse en el sentido de que cuando *imutxa*, etc., se tomaron del latín, la oclusiva inicial no se había asibilado todavía (supongo, aunque no lo dice, que en vasc. se perdería «par la suite»). Pero ¿qué razón hay para pensar que en latín la dorsal interior se asibiló antes que la inicial? Porque en el supuesto de que parte, en lugar de *imutxa* debiéramos tener **imike*, **imika* o algo parecido.

Sería injusto, sin embargo, no hacer constar que en algún caso Bouda aplica con todo rigor los criterios fonéticos, sin holguras ni tolerancias. Pero es a teorías ajenas. Así, a M. L. Wagner, que compara el sardo *golost(/)i*, «acebo», con vasc. *gorosti*, «id.», se le dice: «*Le mot basque... est, autochtone, issu de la forme primitive* korosti *Bn, R, dont il y a la variante* khooste *S. ... Les formes à occlusive initiale sourde ne permettent aucun doute que le mot basque ne soit antérieur à l'emprunt sarde.*» Y bien: ahí van algunos casos en que la forma vasca con sorda inicial no es fiel a la etimología: *kisu*, «yeso»; *pelena*, «hueco entre casas»; *pazi, paziña*, «caldera»; *titare*, «dedal»; *tolare*, «lagar»; *taillu* «dalle». Cfr. también alavés *piquero*, «el que tiene parte o *pique* (< *vĭce*) en un molino harinero»; *pistia*, «bicho en sentido figurado»; *puchica*, «vejiga del cerdo».

Ante este alud de comparaciones masivas, uno no puede menos de hacerse algunas preguntas que quisiera ver contestadas. Según el testimonio de René Laton, decidido partidario del parentesco lingüístico vasco-caucásico, las lenguas llamadas caucásicas son una cuarentena, con sistemas fonológicos y morfológicos, así como vocabularios muy diversos. En estas condiciones, si para una palabra vasca podemos elegir arbitrariamente correspondencia en una lengua caucásica cualquiera, ¿no se amplía demasiado el margen de coincidencias puramente casuales? Si las dos coinciden sorpren-

dentemente (vasc. *i-korzirin*, «callo» : georg. *kordzi*, «id»), ¿prueba esto que ambas continúen una misma base proto-vasco-caucásica? ¿No será más bien un indicio de que se parecen por pura casualidad? ¿O es que estas lenguas, por rara excepción, no han evolucionado fonéticamente desde la época de «Urgemeinschaft»? Además, ¿no hay, no tiene necesariamente que haber, en las lenguas caucásicas, mucho elemento léxico extraño? ¿Se cuida alguien de separarlo?

Si antes de que se establecieran correspondencias rigurosas entre los vocabularios de las diversas lenguas indoeuropeas hubiera podido alguien comparar a su placer las voces vascas con las de cualquiera de ellas, ¿no hubiera obtenido también resultados sorprendentes? Sin citar ninguno de los que me parecen más defendibles, enumero algunos paralelos que recuerdo y algunos que se me ocurren: vasc. **eka* (en *amaika*, *ameka*, «once») : a. i. *eka* ; *bi*, «dos» : lat. *bis*; *iru*, «tres»; *ere-n*, «tercero» : arm. *ere-kh*; *sei*, «seis» : a. irl. *sé*; *ogei*, «veinte» : galés *ugeint*; *e-(h)un*, «cien» : gót. *hund*; *ai-n-tz*, «cabra» (variante que se puede suponer anterior a *auntz* por la misma razón que Bouda supone que *gitxi*, *guzur* son anteriores a *gutxi*, *gezur*), con la conocida epentética, : arm. *ayc*, gr. αἴξ; *ate*, «pato» (y con desdoblamiento *a(h)ate*) : a. i. *āti-h*, «especie de ave acuática»; *adar*, «cuerno» : a. irl. *adarc* (paralelo bastante más satisfactorio que el propuesto por Bouda); *m-ingain*, «lengua», con el conocido prefijo, : a. irl. *t-eng(a)e*, lat. *l-ingua*; *gara*, «elevación, cráneo» : gr. κάρα, κάρηνον; *a(h)-o*, «boca» : a. irl. *á*; *arao*, «imprecación» (y *bi-rao*, «blasfemia») : gr. ἀράομαι, κατ-άρα; *udare*, «pera» : gr. ὑδαρής «acuoso» (cfr. para el sentido esp. «pera de agua»); *uturr-i*, *iturr-i*, «fuente» : umbr. *utur*, «agua»; *erreka*, «arroyo, río» : esl. *reka*, «río», etc. Si tuviera tiempo y humor para dedicarme a este entretenimiento y, sobre todo, si poseyera el maravilloso talento combinatorio de que Bouda hace gala en sus trabajos, no creo aventurado suponer que conseguiría una lista impresionante por su número.

Y, sin embargo, alguna de estas ecuaciones, propuesta por Mgr. St.-Pierre, ha sido rechazada con razón por Bouda.

Es más: sin ser un lingüista famoso, cualquiera con una mediana iniciación y disponiendo de un manual como la «Introduction» de Meillet hubiera podido hacer lo mismo. ¿Por qué? Porque en el estudio comparativo de las lenguas indoeuropeas pasó hace bastante tiempo la época del flotamiento y de las tolerancias. ¿Se ha hecho algo semejante, aunque sólo sea en menor grado, en el estudio de las lenguas caucásicas? Los profanos quisiéramos saberlo. Desearíamos también que, de una manera breve y sencilla, al alcance de nuestros escasos conocimientos, se nos indicara por lo menos el sistema fijo de correspondencias fonéticas que se ha establecido para *todas* las lenguas caucásicas.

Pero hay en Bouda una discusión que no puedo indicar sino de la manera más esquemática, que hace concebir sospechas. Compara vasc. *e-zmurti*, «tithymale marin», con mingrelio *ckmu(n)t'-uri*, etc., lazo *ckirmunt'uir*, etc., y georgiano *zghmart'-li*, «nèfle», y dice: «*La voyelle radicael existe partout, en géorgien elle est régulièrement* a *comme p. e. mingrél. laze* xudji, *géorg.* m-xari «*épaule*», ...» (siguen tres ejemplos más). De esto parece deducirse que nos encontramos ante una correspondencia mgr.-laz. *u* : georg. *a* comparable a gr., a. esl. *o* : gót., lit., a. i. *a*. Las cosas no son, sin embargo, tan simples. Cualquiera que haya recorrido con la vista las páginas 57-130 de la «Einführung», de Dirr, y la lista de numerales al final de la obra, sabe, en efecto, que, p. ej., a georg. *sami*, «tres», corresponde mingr. *sumi*. Pero ve también que (¿no será ésta la correspondencia regular?) a georg. *xuti*, «cuatro», corresponde mingr. *xuti*, laz. *xu(t)*, a georg. *guli*, «corazón», mingr. *guri*, etc. Hay más. La correspondencia que sorprende inmediatamente al lector es georg. *a* : mingr.-laz. *o* (de la que *u* podría fácilmente proceder en la vecindad de determinadas consonantes): georg. *k'aci* : mingr.-laz. *k'oči*, «hombre», georg. *da* : mingr. *do*, «y», etc. No falta tampoco la correspondencia georg. *a* : mingr.-laz. *a*: georg. *tma* : mingr.-laz. *toma*, «pelo», etc. (¿tal vez en final absoluta, por lo menos en los nombres?) ¿Qué lenguas han conservado el vocalismo original y cuáles lo han modificado? En el caso de *a* : *o* hay

un indicio que mueve a pensar que habrá que postular para el kartvélico común el vocalismo del georg. El svano, que ocupa una posición excéntrica en ese grupo de lenguas, tiene *a*, como el georgiano, p. ej., en *ara*, «ocho», georg. *rva* (*t-vra-meti*, «diez y ocho») : mingr. *ruo*, laz. *ovro*; *čxara*, «nueve», georg. *cxra* : mingr., laz. *čxoro*; *ašir*, «cien», georg. *asi* : mingr. *'oši*, laz. *osi*. Esta es también la opinión de R. Lafon con respecto al elemento interrogativo «*gé. et sv. -a, mgr. -o (d'un plus ancien* -a)» («Le système du verbe basque au XVIe siècle», I, pg. 533). Pero si en este caso el vocalismo mingrelio-lazo no es el del kartvélico común, ¿por qué lo sigue el vasco? ¿Hay razón para suponer que nuestras relaciones de vecindad con los mingrelios hayan sido más estrechas que con los georgianos?

Si no se contesta a preguntas análogas, habrá razón para pensar que los caucasólogos tienen tarea urgente en el Cáucaso. No basta con dar extensión lingüística a una denominación geográfica, ni con poner a un conjunto de lenguas una etiqueta común para poderlas comparar sin discriminación con otras cualesquiera.

L. Michelena.

SOBRE EL TEXTO DE TEOGNIS A PROPOSITO DE LA EDICION DE CARRIERE (París, 1948).

El autor de esta edición lo es también de un importante estudio sobre Teognis, que reseñaremos próximamente, y conoce a fondo su tema. Su edición representa un notable avance sobre las anteriores: por ejemplo, la de Edmonds, demasiado recargada de conjeturas arbitrarias o la de Diehl (1), en quien se deja ver la tendencia a regularizar dialectalmente el texto. Además va acompañada de una traducción cuidadísima y muchas veces con interpretaciones nuevas (generalmente acertadas), y de extensas notas interpretativas. Nos parece digna de todo encomio. Si vamos a hacerla aquí una serie de objeciones, más que contra esta edición en particular—que es sólo el pretexto—, van contra una tendencia general en la mayoría de los editores, aunque esta edición es prueba de que disminuye cada día más: regularizar gramaticalmente los textos aunque sea chocando con las lecciones que el *stemma* de los códices nos haría preferir o bien introduciendo correcciones innecesarias. Sin duda, esto ocurre menos en esta edición de Teognis que en otras anteriores, como digo; pero aun así, podemos presentar una nutrida colección de ejemplos en que nosotros opinamos por la conservación de las lecciones de la tradición manuscrita.

Los códices de Teognis se ordenan en dos ramas: una, representada por A (Parisinus Suppl. gr. 388, s. x.), y otra, cuyo arquetipo se ha perdido y que a su vez se subdivide

(1) Desconozco aún la tercera edición (Léipzig, 1950), por lo que todas mis citas se refieren a la segunda (1936).

en dos: una representada por O (Vaticanus gr. 915, s. XIII), y otra integrada por una serie de *recentiores*, cuya relación no establece Carrière muy claramente, pero cuyas divergencias internas generalmente no tienen mucha importancia para el texto (1).

De este *stemma* se deduce, naturalmente, que si A está frente al resto de los Ms., hay duda sobre la lección a seguir; que si A O van contra los *recentiores*, prevalece la lección de aquéllos; que si las tres ramas principales de la tradición difieren entre sí, hay dudas sobre cuál seguir, y no prevalece A, como dice Carrière. Por lo demás, este último caso es poco frecuente y muchas veces las tres lecciones pueden reducirse a dos mediante una combinación previa.

En vista de ello, organizaremos estas notas en tres secciones: casos en que, generalmente buscando una regularización del texto, C. va contra lo que recomienda el estudio de la tradición manuscrita; casos en que interviene una conjetura a nuestro ver innecesaria o equivocada; y, finalmente, casos en que C. demuestra una estima exagerada por A por su calidad de manuscrito más antiguo.

1.—*Proceder no sistemático en el establecimiento del texto.*

No hay duda de que cuando coincide A con O o con *rec.*, esta lección es la válida. Claro que en algún caso excepcional la lección del arquetipo así reconstruída puede corregirse mediante una conjetura que coincida con la lección divergente. Por ejemplo: en 997 C. lee acertadamente ἦμος *rec.* frente a τῆμος A O Ath.; efectivamente, τῆμος es absolutamente insólito en este empleo, y todos los editores están de acuerdo en sustituirlo por ἦμος. Sin embargo, este proceder debe ser excepcional y no admitirse más que donde es absolutamente imprescindible.

(1) Carrière desconoce la existencia del códice 243 de la Biblioteca de la Universidad de Salamanca, que sin ofrecer grandes novedades no deja de tener algunas cosas curiosas y del que pienso ocuparme algún día.

Ahora, he aquí algunos casos en que C. prefiere sin necesidad la lección de *rec.* frente a la de A O:

125 Οὐ γὰρ ἂν εἰδείης ἀνδρὸς νόον οὐδὲ γυναικός.

La lección de A O es οὐδὲ γὰρ εἰδείης; bien es verdad que con *rec.* coincide Aristot. Pero el potencial sin ἄν se halla en el mismo Teognis según C. en el v. 1187 (οὔτις ἄποινα διδοὺς θάνατον φύγει). Cfr., además, Schwyzer *Griech. Gram.* II, 325 con citas de Hes. *(codd.)*, Pind. y trágicos, además de las conocidas de Homero. C., Diehl y Edmonds deben ser rectificados en este pasaje, leyéndose οὐδὲ γὰρ εἰδείης.

678 δασμὸς δ'οὐκέτ' ἴσως γίνεται ἐς τὸ μέσον

donde ἴσως es la lección de algunos de los *rec.*, dando A ἴσος y O ἶσος. Hay, pues, que elegir entre ἴσος y ἶσος, que no difieren más que en la acentuación; Edmonds y Diehl prefieren ἶσος y yo la forma jónica ἶσος. Por lo demás, ἴσως no haría más que repetir el sentido de οὐκέτ', mientras que con esta otra lección el sentido sería: «y ya no se realiza a la luz del día un justo reparto de trabajo».

809 Οὔτε τι γὰρ προσθεὶς οὐδὲν κ'ἔτι φάρμακον εὕροις
οὔτ' ἀφελὼν πρὸς θεῶν ἀμπλακίην προφύγοις.

Representando el οὔτ' de 810 la lección de los *rec.*, seguida por C., y οὐδ' la de A O. No es necesaria la regularización aceptada por C. (y E., no por D.); cf. Liddel-Scott-Jones *s. v.* y Kühner-Gerth, II, 290. Así como οὐδέ se usa con valor enfático después de un οὔτε.... οὔτε, de igual manera algunas veces detrás de un simple, citándose entre otros ejemplos Od. θ 563 *(v. l.)*, Pind. *Pit.* VIII, 83, *Ist* II, 44, Soph, *Oed. Col.* 1139, 1141 *(v. l.)*, 1279 *(cj.)*, Plat. *Ap.* 19 D, *Lach.* 182 B; también hace ver el valor enfático que tiene οὐδέ después de οὔτε el hecho de que con frecuencia antecede a las partículas μήν (Xen. *An.* VII, 6, 22, *Cyr.* IV, 5, 27, etc.) y αὖ (Plat. *Leg.* 840 A, etc.).

Casos enteramente comparables, pero de signo contrario (C. sigue a O frente a A *rec.)*, son los siguientes:

670 πολλῶν γνούς περ ἄμεινον ἔτι.

En vez del περ de O que sigue C., A *rec.* dan ἂν (seguido por E. D.), que da un texto inobjetable.

733 θ' O (C.): δ' A *rec.* Esta última lección da un sentido mucho mejor, pues el contexto pide aquí una partícula adversativa y no copulativa.

Todavía hay algunos casos en que la falta de sistema en el establecimiento del texto es más chocante. En ellos C. sigue a algún manuscrito aislado de entre los *rec.* frente a todo el resto. No dudo que en algún caso sea esto justificable por la razón dada arriba (por ejemplo, en 119 ἄνσχετος *i* frente a ἄσχετος *ceteri*: el sentido varía completamente); pero, en general, no lo es.

381 Οὐδέ τι κεκριμένον πρὸς δαίμονος ἐστι βροτοῖσιν,
οὐδ' ὁδὸν ἥν τις ἰὼν ἀθανάτοισιν ἄδοι

Es el texto de C., que toma ἥν τις del cod. reciente *l* frente al ἥντιν' de todos los demás (aceptado por D.). Con ello sigue una *lectio facilior* destinada a buscar un sujeto para ἄδοι, sujeto innecesario cuando el verbo se apoya en un participio en nom., incluso en ático (cf. Wackernagel, *Vorl. über Syntax*, I, 112).

476 Ὕπνου λυσικάκου μνήσομαι οἷκαδ' ἰών,
δείξω δ' ὡς οἶνος χαριέστατος ἀνδρὶ πεπόσθαι
οὔτε τι γὰρ νήφω οὔτε λίην μεθύω.

Aquí la lec. δείξω de C. procede de *c g* frente a ἥξω del resto, que es igualmente aceptable por el sentido. Anotemos de paso que el cod. de Salamanca presenta una curiosa lección δήξω, sin duda una confusión secundaria por δείξω.

997 Ἥμος δ' ἠέλιος μὲν ἐν αἰθέρι μώνυχας ἵππους
ἄρτι παραγγέλλοι μέσσατον ἦμαρ ἔχων
δείπνου δὴ γευόμεθ'...

Παραγγέλλοι procede de *dghn* frente a -ει de los demás, y aunque lo acepta también D. (E. παραλλάσσοι) es preferible el indicativo con el sentido «cuando el sol... aguija en el cielo a sus caballos... cesemos...» (1). El optativo apenas si podría interpretarse como atraído por el optativo voluntativo de la principal.

2.—*Correcciones de los MS. inútiles o discutibles.*

127 ἐς ὦριον A, ἐσώριον O *rec.* Ambas lecciones son ininteligibles (aunque D. acepta ἐς ὦριον) y C. adopta ἐς αὔριον (conj. de Ellis). Hay que leer ἐς ἄριον, lo que en realidad no representa una conjetura y que es la forma jónica de αὔριον. Cf. Allen *R. Ph.* 1950, 142 (ya antes en *Cl. Q.* 1930, 188).

235 Οὐδὲν ἐπιπρέπει ἥμιν ἅτ' ἀνδράσι σῳζομένοισι,
ἀλλ' ὡς πάγχυ πόλει, Κύρνε, ἁλωσομένῃ.

Ἐπιπρέπει es una conj. de Bergk (aceptada por D.), pues A da ἐπιτρέπει (evidentemente imposible) y los demás οὐδ' ἔτι γε πρέπει, también imposible en comienzo de poema. La conj. de Berk es un término medio de ambas lecciones; pero la traducción que da C. («Nul espoir de salut ne luit pour nous, Cyrnos: c'est la ruine total de notre cité qui s'anonce») es confusa, y el único sentido del verbo que podría dar una buena no existe en ἐπιπρέπω y sí en πρέπω en usos como Aesch. *Pers.* 247 τοῦδε γὰρ δράμημ' περσικὸν πρέπει μαθεῖν. Considero preferible la conj. οὐδὲν ἔτι πρέπει (Ahrens, Edmonds), de donde sale ἐπιτρέπει por la simple confusión de un copista que intercambia

(1) Cfr. pg. 210.

π y τ (viéndose obligado a hacer una palabra única). En cuanto a οὐδ' ἔτι γε πρέπει se trata de un salto de ε a ε en οὐδὲν ἔτι y de la intercalación de un γε necesario ahora métricamente. La traducción es: «En nada somos ya semejantes a... sino a...» (lit.: «nada tiene para nosotros un aspecto tal como el que tiene para... sino como el que tiene para...»).

340 κίχοι Hermann, C. E. D.: κίχῃ MS. Se trata de una regularización destinada a evitar εἰ con subjuntivo sin ἄν. Pero este uso se halla admitido por el propio C. en Teognis v. 121-2, y además se halla, por no hablar de Homero, en Píndaro, trágicos y Heródoto, más algunos ejemplos discutidos en prosa ática (cf. Schwyzer, II, 684).

521 ὥσθ' ἕνα μὲν ξεῖνον πατρώϊον οὔκ ἀπολείπειν,
ξείνια δὲ πλεόνεσσ' οὐ δυνατὸς παρέχειν.

Aquí C. sigue a Bergk (y Edmonds) en πλεόνεσσ', mientras que los MS. dan πλέον' ἐστ' (aceptado por Diehl.). Con ello pretende hacer depender παρέχειν de ὥσθ', cosa a todas luces innecesaria, y deja οὐ δυνατὸς inexplicable sintácticamente.

553 Οὐ πολλὴν τὸ μεσηγὺ διαπρήξουσι κέλευθον,
εἰ μὴ ἐμὴν γνώμην ἐξαπατῶσι θεοί.

Aquí πολλὴν es conj. de Brunk contra πολλὸν en los Ms. (y D.), que es perfectamente defendible:

Οὐ πολλὸν τὸ μεσηγύ· διαπρήξουσι κέλευθον,
εἰ μὴ ἐμὴν γνώμην ἐξαπατῶσι θεοί.

711 κακεῖθεν *codd.*: καὶ κεῖθεν Bergk, E. D. C. Es innecesario atribuir este jonismo a un poema que todo indica ser reciente.

823 ἐπ' ἐλπίσι κέρδεσιν εἴκων *codd.*: ἐπ' ἐλπίδι... Bekker, E. D. C. Sin duda, Bekker creyó que la -σ- de ἐλπίσι es una confusión ocasionada por κέρδεσιν; pero esto no es seguro,

aunque en general el plural se usa sobre todo con un adjetivo calificativo; cf., sin embargo, Aesch. *Agam.* 1668 ἄνδρας ἐλπίσι σιτουμένους, Eur. *El.* 352 ἐν ἐλπίσι ταῦτα, etc.

997 Ἥμος δ' ἠέλιος μὲν ἐν αἰθέρι μώνυχας ἵππους
ἄρτι παραγγέλλει μέσσατον ἦμαρ ἔχων
δείπνου δὴ γευοίμεθ' ὅσον τινὰ θυμὸς ἀνώγοι (1)
παντοίων ἀγαθῶν γαστρὶ χαριζόμενοι·
χέρνιβα δ' αἶψα θύραζε φέροι, στεφανώματα δ'εἴσω
εὐειδὴς ῥαδιναῖς χερσὶ Λάκαινα κόρη.

En el v. 999, C. conjetura γευοίμεθ' por el λήγοιμεν de los MS., con lo que hace comenzar ahora la comida de que se trata; pero él mismo dice en nota que las coronas se las ponían los convidados después de la comida para entregarse a la conversación y el canto (y a la bebida, añadamos). Además, el aguamanos se da también al final de la comida. La única dificultad es que λήγοιμεν (conservado por D.; E. δηὖτ' ἀλήγοιμεν) presenta una doble construcción con gen. y con participio (que no hace más que explicar el primero). Pero la construcción se suaviza siguiendo, como es justo, a los MS. también en la palabra siguiente y leyendo en consecuencia ὅπου «cuando» (Brunck y C. ὅσον, Athen., Hudson-Williams, E. ὅσου, Mein. ὅτου).

Para terminar con este difícil pasaje diremos que al final hay una grave contradicción: ¿están «fuera» o «dentro» de la casa los comensales? La lección sospechosa es δ' εἴσω, que C. toma de A (y Athen.), mientras que los demás manuscritos dan δήσοι. Creo que hay que leer δ' ἔσσαι (conj. de B.); una falsa lectura δεισαι en un manuscrito en uncial (2) dió lugar a las dos interpretaciones δ' εἴσω (particularmente fácil en la minúscula) y δήσο (por el constante intercambio que entre η y ει impone el iotacismo).

---

(1) Para estos dos versos doy el texto propuesto en pg. 208.

(2) O uno en minúscula antigua del siglo IX, en la que se conservan a veces formas unciales de la Σ muy alargadas.

1310 μηδὲ σε νικήσῃ παιδαΐδη κακότης,

dan los MS., y C. adopta el παΐδα ἴσῃ de Hartung, en que el ἴσῃ alude al fracaso amoroso del autor, de que se habla antes. Pero κακότης difícilmente puede tener el sentido que se pretende («no seas la víctima de un mal semejante») y es mejor seguir de cerca a los MS. leyendo (con D.) παΐδ' ἀιδῆ y traduciendo «guárdate de esto y que no se adueñe de ti la ingratitud, como de un niño inexperto que eres».

Claro está que todo esto trata de algunos casos más bien excepcionales, aunque testimonian una tendencia a la corrección excesiva con fines de regularización gramatical. Otras veces las correcciones que C. acepta de sus predecesores y las suyas originales son necesarias (y es lo más frecuente); y en otros casos aún yo sería partidario de introducir alguna corrección, o sobre todo una distinta de la de C. (véase arriba v. 1001). Me refiero, sobre todo, a:

203 οὐ γὰρ ἐπ'αὐτοῦ, donde C. toma ἐπ' de *cegl* (ἔτ' *cet.*) y αὐτοῦ de Jacobs (αὐτοὺς *codd.*). Cf. Allen *R. Ph.* 1950, 144, quien propone, creo que con acierto, ἔτ' αὖτως.

251 πᾶσι γὰρ οἵσι μέμηλε καὶ ἐσσομένοισιν ἀοιδή
ἔσσῃ ὁμῶς

Aquí los MS. se reparten entre la lección de arriba *(recentiores)*, πᾶσι διὸς (A) y πᾶσι (O). A mi ver, A y O forman grupo, porque los *recentiores* no hacen más que introducir una conjetura para salvar algo que A no entendió y que O no entendió tampoco, pero en vez de introducir un arreglo violento eliminó algo contra la métrica. A conservó un διὸς poco inteligible, pero partiendo de él podemos interpretar (ya E. D.) πᾶσι δ' ὅσοισι μέμηλε, donde δὲ presenta tan buen sentido como γὰρ.

674 ἢ μάλα τις χαλεπῶς
σώζεται, οἱ δ' ἔρδουσι· κυβερνήτην μὲν ἔπαυσαν

La lección οἳ δ', que no da un sentido satisfactorio (haría falta un primer miembro οἳ μὲν ο τινές, que falta) y acepta también D., es difícilmente admisible, además, porque está sólo en los *rec.* contra οἵδ' de A O, menos explicable aún. Aquí la corrección preferible parece ser la de Bekker (y Edmonds) σώζεται, οἳ' ἔρδουσι· κυβερνήτην μὲν ἔπαυσαν, con una elisión completamente normal que, no entendida, hizo surgir la corrección οἵδ', y luego, a partir de ésta, οἳ δ'.

1185 Νοῦς ἀγαθὸν καὶ γλῶσσα· τὰ τ' ἐν παύροισι πέφυκεν

El τ' está apoyado por todos los MS., pero quizá fuera mejor leer δ' (así D.), pues no se comprende aquí el τ' y la confusión de τε y δέ es muy frecuente en los manuscritos. La objeción de Edmonds, de que esto introduce en el texto un cambio de sujeto, carece de valor.

3.—*Casos de duda entre A y el resto de la tradición.*

Aun estando de acuerdo en que, en general, es mejor A que la otra rama de la tradición (su mayor antigüedad lo hacía *a priori* suponible), el problema que se plantea al elegir entre una y otra lección no siempre es fácil y a veces la misma antigüedad de A le hace ser preferido un tanto arbitrariamente. Claro que en muchos casos hay que decidirse un poco al azar en uno y otro sentido, y sólo en este concepto son justificables lecciones como

365 Ἴσχε νόῳ, γλώσσης δὲ τὸ μείλιχον αἰὲν ἐπέστω

de A (y C.), frente a

Ἴσχε νόον, γλώσσῃ δὲ τὸ μείλιχον αἰὲν ἐπέσθω

de los demás (o a νόῳ... γλώσσῃ... ἐπέσθω de E. D.). O bien,

1121 βίον A (C.): δίκῃ *cet.* (E. D.). Igualmente insegura es la elección contraria en 755 αἰεί A (E. D.): ἀεί *cet.* (C.).

Sin embargo, otras veces se puede presumir con probabilidad de acierto que la preferencia por A pasa de lo justo. Caso terminante: cuando un mismo verso se repite en dos pasajes distintos (cosa frecuente), a pesar de que a veces hay alteraciones evidentes de uno a otro, es claro que cuando en la *lectio prior* los MS. dan unánimemente una lección, si en la *lectio altera* hay dos grupos, A y *ceteri*, de los cuales uno concuerda con la *lectio prior*, hay que aceptar ésta aquí también. Así:

1082 *c* ἄλλας A (D. C.): -η *cet.* (E.), lección única en 87 *(lec pr.)*.
1104 *b* ἀγαθοὶ A (E. D. C.): -ῶν *cet.*, lección única en 571 *(lec. pr.)*.

Inversamente:

1082 *a* ἔθ' οἵδε A: ἔασι *cet.* (E. D. C.). En este caso, ἔθ' οἵδε no sólo es único en la *lec. pr.* (v. 47), sino que es lo original en el texto de Solón, autor de este pasaje.

Pero dejando aparte este caso sorprendente, la preferencia por A lleva a otro aún más extraño:

1164 *h* νόος *codd*: λόγος D. C., quienes se basan en la lección de A (γόος *cet.)* en 418 *(lec. pr.)*.

Digamos de paso que las lecciones que defendemos presentan siempre verosimilitud interna. Aquí, por ejemplo, C. traduce ὑπερτερίης ἄμμιν ἔνεστι λόγος por «je vois bien que je suis de meilleur nature», lo que no entiendo bien; en cambio, con νόος será «tengo conciencia de ser un espíritu superior».

Basado ya únicamente en razones de verosimilitud interna, prefiero la lección que no está en A en algunas otras ocasiones. Por ejemplo, por razones formales:

499 ἐμ πυρί A (D. C.): ἐν πυρί *cet.* E. Jamás en prosa literaría se han cometido estas asimilaciones, que hay que atribuir a una distracción del copista.
582 ἀλλοτρίαν A(C.): -ην *cet.* (E. D.).
644 πράγματος A (D. C.): πρήγματος *cet.* (E.).

¿Por qué buscar artificialmente un barniz ático?
Por el sentido, me parece menos aconsejable la lección de A., por ejemplo, en

441 Οὐδεὶς γὰρ πάντ' ἐστι πανόλβιος· ἀλλ' ὁ μὲν ἐσθλός
τολμᾷ ἔχων τὸ κακὸν κοὐκ ἐπίδηλος ὁμῶς.

Aparte de que O *rec.* dan en 441 un τοι que parece preferible, más claramente lo es aún su ὅμως por ὁμῶς en 442. Sin embargo, aquí pueden entrar ya las preferencias subjetivas, lo mismo que en la aceptación o no aceptación de ciertaz lecciones de la tradición indirecta. Por ejemplo, en

637 Ἐλπίς καὶ κίνδυνος ἐν ἀνδρώποισιν ὁμοῖα

tal vez sea preferible al ὁμοῖα de Estobeo el ὁμοῖοι de los MS., que es una *lectio difficilior* y acepta Diehl. En cambio, yo elegiría en 963 no σαφηνῶς *codd.*, sino σαφηνέως *Estob.* y *Flor. Monac. (Estob.* ἀφανέως), *lectio difficilior* por la métrica y el dialecto que aceptan Edmonds y Diehl.

F. R. Adrados.

SOBRE IBERICO «-(S)KEN» Y «-EN»

Que sepamos, fué el numismático francés Longpérier, en 1841, el primero que relacionó la terminación -(*s*)*ken*, que aparece en monedas ibéricas, con el genitivo vasco -*ken*. Lo mismo han pensado después otros numismáticos y filólogos: Delgado, Hübner, Schuchardt, Trombetti. Más recientemente nos hemos adherido a esta manera de ver el señor Caro Baroja y yo (1) y, últimamente, G. Bähr, en *Baskisch und Iberisch* (2).

Pero semejante relación no merece la aprobación del notable vascólogo señor Bouda, quien ya la ha combatido por dos veces:

Primeramente, en la revista *Eusko-Jakintza*, II, 1948, página 4, en uno de sus comentarios al trabajo de G. Bähr, *Baskisch und Iberisch*, dice lo siguiente: «Da ich den Text unverändert gelassen habe, will ich hier nur einige Bemerkungen von vielen, die zu machen wären, mitteilen. Das iberische Suffix -*cen* kann mit dem Suffix des bask. Gen. Pl. nichts zu tun haben, da das bask. Pl. Suffix -*k* aus -*g*, dieses zum Kollektiven -*aga*- entstanden ist, S. (77). Der Verfasser deutet das S. (113) an: genau so ist im Ungarischen, Türkischen usw. das Plural Suffix kollektiven Ursprungs (3).

Y, posteriormente, en el vol. III de la misma revista *Eusko-Jakintza*, pág. 338, dice también: «M. Pokorny compare le

---

(1) *Boletín de la Real Academia Española*, XXVI, 1947, 232, y EMERITA XIV, 1946, 244, respectivamente. El Sr. Caro Baroja, sin embargo, con cierta reserva a que nos referimos más adelante.

(2) En *Eusko-Jakintza*, II (1948), 447 sgs.

(3) Ein solches, wenn auch nur fragend, fur das Iberische zu postulieren entbehrt jeder Berechtigung (S. 113 f.).

suffixe bsq. *-en* et cite M. Tovar qui l'a retrouvé dans l'ibère *eban-en* «pierre de...». *Bol. de la Sociedad Vascongada*, II, 1946, pág. 46 sigs. et pág. 149 y sig. Je regrette de ne pas avoir cette publication non plus, mais il est impossible d'établir cette coincidence ibéro-basque. En basque le suffixe du génitif est *-e* et rien d'autre. Le nasal final n'est qu'un élément général accesoire d'annexe, de jonction, de subordination et ne comporte jamais d'autre position qu'à la fin d'une forme nominale ou verbale».

Con los respetos debidos, queremos exponer:

I) Que el vasco *-ken* proceda de una etapa anterior *-gen*, y que la terminación vasca *-en* deba descomponerse en *-e-n* son datos que interesan a la *historia* de la lengua vasca, pero de ningún modo son obstáculos a que podamos relacionar una terminación vasca *-ken* con otra ibérica *-(s)ken*, si hay algún fundamento para ello.

II) Este fundamento lo encontramos sencillamente en estos hechos:

1) Ciertas monedas ibéricas, casi siempre del NE. y E. de España, ostentan un epígrafe en el que el nombre de la ceca se termina con la final *-(s)ken*; el mismo epígrafe en una serie relativamente abundante de cecas celtibéricas ostenta una terminación indoeuropea de genitivo plural *-(o)om*: así, tenemos, de un lado, *laiesken* en las monedas layetanas, de otro, *carpicom* en las de *Carpi(a)* o *Carpica*.

Con esto, naturalmente, no se demuestra que *-(s)ken* represente una desinencia de genitivo plural, equivalente exacto de *-com*; entre otras razones, son también frecuentes las monedas celtibéricas que presentan en los epígrafes correspondientes terminaciones que seguramente son de nominativo.

Ahora bien, esta consideración no puede invalidar la relación ibérico *-(s)ken* *-(sk)en* vasco *-(k)en*. Si no tenemos idea del carácter preciso del ibérico *-(s)ken*, sí sabemos algo esencial sobre su valor: este elemento alterna con la terminación *-dar* (*-tar*, *-etar*): *Arseta/ | Arsesken*.

En *-dar* & ya Giacomino reconoció su identidad con la terminación actual vasca de, p. ej., *Irundarra*, o sea, termina-

ción de étnicos, y en ibérico también de personales, como *Urkestar*.

-ban & parece tener también igual misión, como se apunta en una *Nota* que figura en otro lugar de este mismo número de EMERITA.

(s)ken, por consiguiente, es lo más probable que en los testimonios monetales valiese lo que *-dar* (y *-ban*?) es decir, que fuese terminación de étnicos. Su empleo en personales nos ofrece la particularidad de que no se encuentra en la forma *-(s)ken*, sino en la de *-en* (con gran frecuencia en *-ten*, *-den*, *-tin*, *-din*): p. ej., *Bolenn-es*, *Sosinaden*, *Suisetarten*, *Balkeadin*, *Cacususin*, *Nerseatin*.

-(s)-ken indica, pues, «procedencia de», «pertenencia a», valor que, naturalmente, entra en la esfera del genitivo; por ello no nos parece tan condenable, como al señor Bouda, establecer una relación entre el vasco y el ibérico, aun en el caso de que se demostrara la no superposición de ambas formas.

Se debe tener en cuenta, además, que así como las monedas citadas de la Celtiberia llevan el genitivo de plural, las monedas griegas de Ampurias lo llevan igualmente, y hasta se da el caso de que las monedas ibéricas clásicas del jinete tuvieron su modelo en unas acuñaciones de Panorme que presentan el epígrafe *Hispan(orum)*, genitivo que tomaron de las monedas que imitaron, o sea unas primeras emisiones campanianas con el epígrafe *Romanorum*. (G. Moreno, *Anuario del Cuerpo de Archiveros Bibliotecarios &*, II, pág. 180.) Ello no quiere decir, naturalmente, que los epígrafes en *-(s)ken* procedan de tales monedas, pero sí son datos expresivos de la extensión de la costumbre numismática de inscribir el genitivo plural.

2) El señor Menéndez Pidal ha demostrado (4), sin ningún género de duda, que los topónimos hispanos con el sufijo *-en-*, designando el fundo o villa *propiedad* de una persona, aparecen predominantemente en el Conventus Caesaraugustanus,

(4) *El sufijo «-en»: su difusión en la onomástica hispana*. EMERITA VIII, 1940.

común a vascones e iberos. Hasta el punto que, si bien no lo afirma explícitamente, el gran maestro parece inclinarse a ver en el empleo de este *-en* vasco un rasgo de iberización.

Sobre la cuestión del elemento *-k-* en vasco y en ibérico, aún se puede decir algo más, y es lo que hacemos en el apartado siguiente:

LAS FORMAS DE LA TERMINACION IBERICA -«KEN»

Ultimamente, el Prof. Lamboglia, en la *Rivista di Studi liguri* XV, 3-4, 1949, en un artículo muy interesante, *Ipotesi sugli Indicetes e sugli Intemeli*, dice:

«E non sarà del resto l'area di diffusione del suffisso *-sken* contrapposto a *-ken* il parallelo esatto di *-ascum* rispetto ad *-acum*, come indice della fascia mediterranea, ligure o liguriz zata, in cui, fino all'estremo limite degli *Helvii* e degli Albigesi, il substrato pregallico mantenne sino alla conquista romana una particolare vitalità?»

Y luego, en nota, añade: «Tale possibilità, affacciata già da J. Vallejo, *Exploraciones ibéricas*, è stata pero scartata ammettendo piuttosto che la *s* faccia parte del tema in *Untikesken* come in *Ausesken* (di *Ausa*...), in *Laiesken*... Essa mi sembra per lo meno da riprendere in esame, perché, contrapposta a *Neronken*, *Selonken*, *Oskonken*, e forse alle piu numerose formazioni in *-con* del tipo di *Varacon*, *Ocalacon* (cf. CARO BAROJA, *La geografía lingüística en la España antigua)* ci disegna un area nettamente limitata al Levante mediterraneo e ci potrebbe fornire un nuovo prezioso parallelo fra la Liguria e l'Iberia, ammettendo il vocalismo *a* nella prima ed *e* nella seconda, come nel suffisso etnico *-ates* (di *Genuates*, *Sabates*, etc.) ed *-etes* iberico» (pg. 189) (5).

(5) En las palabras transcritas del Prof. Lamboglia se registran algunas imprecisiones: como nombre tipo para la producción de la final *-esken* se debería citar, p. ej., *Otobesa* (> *Otobes-ken*), y

El señor Lamboglia, pues, se inclina a ver en *-sken/-ken* mejor un elemento sufijal paralelo al que se encuentra en el conocido sufijo *-ascum -acum* que un indicador vasco de genitivo plural *-ken-* con una *-s-* generalizada, pero que procedía del tema; es decir, la explicación primera en que yo pensé, pero que deseché por la fuerza que tiene el paralelismo de los epígrafes monetales *combinado* con el testimonio vasco.

El señor Caro Baroja, por otra parte *(loc. laud.)*, se expresa así: «la relación de esta desinencia [*-ken*] con un genitivo plural vasco es posible, aunque la aparición de la *-s* es rara».

Por lo expuesto, es importante saber el carácter de la doble forma *-sken/-ken*: si *-sk-* es un sufijo, o si la *-s-* procede simplemente de la generalización de una *-s-* perteneciente a la base: *Otobesa > Otobes-ken*. Por lo pronto, hay la circunstancia—no observada que, yo sepa, hasta ahora—de que la terminación adopta la forma *-sken* (casi siempre *-esken)* o *-ken*, según que el topónimo termina en vocal o en *-s*, o, por el contrario, en consonante. Así:

Otob-esken, Otobesa.
Sete-isken, Seteis.
Iltirk-esken, Iltirca.
Aus-esken, Ausa.
Untik-esken, Untica.
Ars-esken, Arse.
Lai-esken, Lai.
Urk-esken, Urki.

Y en consonante:

	Nerbon- ken		(Narbon).
	Oscon-ken	*	Oscon.
o	Boscon-ken	o *	Boscon.
	Salir ken		Salir.

---

no los que presenta el autor; *Varacon* y *Ocalacon* son distracciones por *Varacos* y *Ocalacom*; *Selonken* es mala lectura en lugar de *Nerbonken*, y *Neronken* debe ser leído mejor *Nerbonken*, si atendemos a *Narbona*.

El contraste *-sken/ -ken* presenta, pues, todas las apariencias de ser no una cuestión geográfico-histórica, como piensa el Prof. Lamboglia, sino un simple hecho de derivación gramatical. Ello no obstante, la posibilidad de que *-k-* sea elemento de un sufijo *-sk-/-k-* y no un signo de plural, por ahora, no puede excluirse.

Precisamente tenemos la satisfacción de insertar a continuación una nota del joven y ya sabio vascólogo señor Michelena, en la que con la mayor objetividad se expone el estado actual de la cuestión por lo que al vasco se refiere. De ella se deduce que la estimación de *-aken* como forma antigua del genitivo plural vasco es una opinión que, en realidad, no tiene sólida base de apoyo, si bien tampoco hay argumento decisivo en contra.

Pero si nos decidimos a prescindir de esta forma *-ken*, siempre nos queda como verdadero genitivo común vasco la forma en *-en*, que es perfectamente comparable con la terminación monetal en cuestión.

Y una última observación a propósito de este mismo punto: Hemos visto que *-dar*, *-ban* y *-ken* desempeñan fundamentalmente en los epígrafes monetales el mismo papel, y que lo propio ocurre en los personales, pero con esta diferencia: que entonces no se usa *-ken*, sino *-en*, o una forma muy generalizada, *-ten* (*den*; *-tin*, *-din*). ¿Quedaba excluída *-ken* por tener *-k-* valor de plural? ¿O simplemente *-(s)ken* es una forma casualmente generalizada en los epígrafes monetales, como *-ten* parece serlo en los patronímicos?

Como quiera que ello sea, también es justo conceder a la crítica del señor Bouda, aceptada por el señor Tovar (6), el valor de obligarnos a precisar las expresiones a los que nos inclinamos a establecer la relación discutida, puesto que, como ya hemos dicho, no se puede asegurar que *laiesken* sea rigurosamente un genitivo plural (7).

JOSÉ VALLEJO.

---

(6) En *The Journal of Celtics Studies*, I, 1 (1949), pág. 22.

(7) Mucho más que la oposición del Sr. Bouda llama la atención el hecho de que la terminación *-(s)ken* no se encuentre, o al menos yo

SOBRE EL ESTADO ACTUAL DE LA CUESTION DEL GENITIVO VASCO EN *-EN*

«En cuanto a que el sufijo vasco de genitivo sea *-e* mejor que *-en*, yo también sostuve la mayor antigüedad de la primera, basándome principalmente en los pronombres posesivos *(gu-r-e*, etc.) y, además, en el sociativo de la declinación nominal *(adiskideare-kin*, «con el amigo»), por el hecho de que ese sufijo se ha explicado con bastante verosimilitud como procedente de *-*kide-n*, literalmente «en compañía de». Pero ni esto es más que una presunción, ni nadie, que yo sepa, ha explicado de dónde procede la *-n* de la forma *-en* ni su probable fecha de introducción en la lengua».

La opinión de que el sufijo vasco de genitivo plural *-en* procede de *-ak-en* está apoyada por una absoluta mayoría, tanto cuantitativa como cualitativa, de autoridades.

La hipótesis procede, al parecer, de Bonaparte, que fué el primero en señalar las formas *-aken*, *-aki* de Irún y Fuenterrabía, que consideró como las más antiguas. Su opinión ha sido seguida en general por los tratadistas vascos (por lo menos Campión y Azkue).

Schuchardt la expuso en *Die Iberische Deklination* (página 39), aplicándola precisamente a la comparación con ib. *-(s)ken*. Por lo que yo sé, siempre se mantuvo fiel a esta idea.

Uhlenbeck escribía *(Caractère de la grammaire basque, RIEV*, II, 522): «Le gén. et le datif pluriels *gizonen* et *gizonei* se ramènent de la même manière aux formes plus anciennes *gizonaken*, *gizonaki*, qui s'emploient encore dans les environs

---

no la he visto, en las inscripciones ibéricas no monetales. Las terminaciones que hemos citado antes en *-en* parece como si estuvieran reservadas para los nombres de persona.

de Fuenterrabia et d'Irun, fait sur lequel le prince Bonaparte a le premier attiré l'attention». Años más tarde *(Contr. à une phonétique comparative des dial. basques, RIEV*, IV, 105): «Entre voyelles *k* est maintes fois tombé dans tous les dialectes. Ainsi aux cas pluriels des noms et pronoms comme l'act. basq.-esp. *gizonak*, basq.-fr. *gizonek*, de **gizona(k)ek*, gén. *gizonen* de **gizona(k)en*, etc. (comp. à ce propos Linschmann-Schuchardt XCII)» (la cita se refiere a la introducción de estos autores a su reedición de las obras de Liçarrague). Que yo sepa, nunca ha rectificado por escrito esa opinión.

G. Bähr, que había nacido en el país vasco, y aparte de su formación científica hablaba vascuence, dice *loc. laud.* «Dagegen haben die beiden anderen Suffix *-ce* und *-n* [los ibéricos] genaue Entsprechungen in den bask. *-k* und *-n*, also *gizon-a-k-en* «der Menschen» in den meisten Dialekten heute verkürzt zu *gizonen*».

Con una idea particular sobre el origen de la *k*, y con reservas sobre toda la cuestión, se expresa Gavel *(Phonétique basque, RIEV*, XII, pág. 339): «... d'après Mr. Léon, il serait possible qu'il y eût identité entre l'élément *ag* du suf. *-aga* qui exprime une idée d'abondance, et la désinence *-ak* caractéristique du nom. pl. ... Dans le cas où cette hypothèse... serait exacte, nous pourrions en déduire une seconde, ainsi conçue: la désin. primitive de l'actif pl. n'aurait pas été *-akek*, mais **-agek;* celle du gén. pl. n'aurait pas été *-aken* mais **-agen*», etc.; (pág. 340) *dans certaines variétés du haut-navarrais, on rencontre des formes qui... paraissent être la conservation pure et simple des désinences primitives supposées plus haut:* actif. pl. *-akek* [creo que aquí se ha deslizado un error, porque esa desinencia, a lo que sé, no existe en ninguna parte], *gén. pl. -aken, datif pl. -aki, etc.* Cependant l'existence de ces types n'est pas une preuve absolue en faveur de la première des hypothèses..., car ils auraient pu être refaits à une date relativement récente, en adaptant simplement à la forme en *-ak* du nom. pl. les caractéristiques ordinaires et générales des divers cas de la déclinaison basque: *-k* pour l'actif, *-en* pour le gén., *-i* pour le datif, etc.».

Resumiendo, la cuestión está muy lejos de haber quedado decidida. Es más: probablemente no podrá serlo nunca sin más medios que los vascos. La hipótesis Léon-Gavel se funda exclusivamente en posibilidades y verosimilitudes: por lo que sabemos de la evolución fonética vasca, parece más fácil que se haya perdido *g* en posición intervocálica que *k;* por otra parte, parece probable que *-g* se haya convertido en *-k,* pues ninguna oclusiva sonora puede acabar una palabra vasca. Los adversarios podrían objetar, con razón, que hay al parecer casos de pérdida de *k* en esa posición, y que, partiendo de ella, no hay necesidad de suponer cambios en posición final, puesto que *-k* es igual a *-k.*

Ahora bien, el apoyo adicional de que *-ak,* sufijo de plural, puede estar relacionado con el abundancial *-aga,* tan frecuente en toponimia, tropieza con una dificultad gravísima. En efecto, ¿el sufijo de plural es *-ak* o es sólo *-k,* siendo en este caso *-a* el artículo? La segunda explicación parece la única aceptable. En vascuence no hay un plural indefinido. Para más claridad, aunque quizá con menos exactitud, no se puede decir *hombres,* sino sólo *los hombres.* El indefinido lo es también en cuanto al número: puede considerarse indiferentemente como singular o plural. Así, *seme-a-ren,* sing., es «del hombre»; *seme-en,* plural, «de los hombres», y el indefinido *seme-ren* es algo así como «de hombre», nunca propiamente plural. A esto puede añadirse que junto al artículo *-a,* originalmente demostrativo de tercera persona, existe otro, menos usado, que es un demostrativo de primera o segunda persona. Si comparamos ahora *bi-a-k* «los (aquellos) dos» con *bi-o-k* «los (estos) dos», algo así como «nosotros dos», se ve claramente que lo que caracteriza al plural es sólo *-k.*

Si admitimos, pues, como es difícil evitar, que el sufijo de plural, en el nominativo, es *-k* y que la *-a-* de *gizon-a-k* «los hombres» es el mismo de *gizon-a* «el hombre», entonces de la comparación entre plural *-ak* y colectivo *-aga* queda muy poca cosa en pie. Este indicador del plural *k* se encuentra en caucásico.

Dentro de estas ideas, se podría admitir que en el caso

aislado *azken* se haya conservado un arcaísmo. Es decir, que la *k* (o *g*) del plural se haya conservado tras consonante (Azkue, p. ej., supone que en *atze* la *-e* no pertenecía originalmente al tema o bien se puede admitir que la *-e* original cayó tempranamente). Copio aquí lo que dice Gavel sobre *azken* (*Grammaire basque*, I, pág. 126): «... en basque les mots *lehen* «premier» et *azken* ou *azten* «dernier» ont d'abord été des superlatifs et, par conséquent, des génitifs pluriels...»

Esto, naturalmente, no pasa de ser una hipótesis: es un ejemplo, a lo que sé, completamente aislado.

En resumen: 1) el sufijo vasco común actual—y atestiguado—de genitivo plural es *-en;* la forma *-aken* no se usa más que en Irún y Fuenterrabía; 2) esta formación podría, en efecto, ser analógica, pero podría también muy bien ser la forma antigua conservada: las opiniones se han inclinado mejor a esta última hipótesis; 3) *azken*, forma común, podría quizá representar este antiguo genitivo plural.

LUIS MICHELENA.

Reseñas de libros.

W. BRANDENSTEIN.—*Frühgeschichte und Sprachwissenschaft, herausgegeben von...* Graz, 1948, 190 págs.—Se trata del primer cuaderno de los Trabajos del Instituto de Lingüística General y Comparada de la Universidad de Graz, y contiene una serie de interesantísimos estudios en que la Lingüística ayuda a resolver importantes puntos de protohistoria. Buen augurio para la Colección, que esperamos se continúe con buen éxito.

El campo tratado es muy amplio, y me limitaré a dar una visión general de los trabajos que el volumen contiene. Sobre la cuestión etrusca hay varios estudios: uno, de Brandenstein, en que rechaza el testimonio de Dionisio de Halicarnaso sobre la autoctonía etrusca, que está frente a toda la tradición antigua; otro, de W. Muster, en que se buscan indicios de schamanismo en este pueblo, y dos de M. Falkner, el primero no muy convincente, en que se trata de probar que en D. Hal, *Arch.*, I, 30, 'Ρασένναι se debe interpretar como nombre del pueblo y no del héroe epónimo, y el segundo, muy importante, relativo a la estela de Lemnos, sobre cuya posición intermedia entre Asia Menor y los etruscos da nuevos datos arqueológicos y epigráficos. Esto nos lleva a un tercer artículo del mismo autor sobre la prehistoria del alfabeto griego, en el cual se hace verosímil que los etruscos tomaran ya el alfabeto en Asia Menor. El origen del alfabeto griego y la introducción de los signos Χ y Ψ se localiza en Rodas; el préstamo del alfabeto se haría entre 900 y 865 a. C., y de allí emigraría primero a Corinto, donde este alfabeto «verde» no subsistió. Otro estudio de interés es el de Brandenstein, que aparte de interpretar como indios muchos nombres propios minorasiáticos, da un nuevo indicio para la cronología del Rig-Veda al sentar que no puede ser muy anterior al año 1000, pues en Mitani *asura-* aún se refería a una divinidad benéfica y podía formar parte de nombres propios.

A campos muy distintos se refieren los artículos de Kronasser, negando el parentesco indoeuropeo-finoungrio, de Passler, que reduce a *bhāgó-s* la forma indoeuropea de «haya» y demuestra que el nombre de este árbol no puede ser argumento para sentar un origen nórdico de los indoeuropeos, y otro de M. Falkner, que busca rastros

ilirios en el territorio celta del Noricum y Panonia a base de antropónimos femeninos en *-u*, admitiendo además que la romanización afectó primero a los hombres, ya que los masculinos correspondientes suelen darse helenizados en las inscripciones. Todavía hay un artículo del Schilcher localizando en la zona de Kraniburg la Noreia en que se dió la batalla contra los cimbrios, y otro de Kern sobre un manuscrito de Graz del siglo XV que da ciertos datos sobre los gitanos en el sur de Rusia, los godos de Crimea y el petróleo del Cáucaso en aquella época.

Como puede verse, nos hallámos ante una colección de artículos variada y rica en nuevos puntos de vista y conclusiones interesantes, aunque algunos de los artículos dejen la puerta abierta a posibles objeciones.

F. R. ADRADOS.

LEROY, MAURICE.—*Sur le concept d'Evolution en Linguistique (Revue de l'Institut de Sociologie*, 1949, n.° 3, pgs. 337-376).—El autor pasa revista a los problemas que plantea el hecho de la evolución lingüística y a las respuestas que históricamente ha recibido. La teoría de la evolución-decadencia, la de los ciclos de la evolución lingüística, la del perfeccionamiento de Scheleicher, son expuestas y criticadas sucesivamente. También se habla, con la debida prudencia, de las tendencias de la evolución lingüística—centrándose en el paso de la expresión concreta a la abstracta—, y de sus modalidades —fuerza de la imitación, ritmo de la evolución, etc.—. Acaba con consideraciones sobre la relación entre lingüística y estética. En todo el trabajo se impone el punto de vista social de la lingüística francesa. La brevedad del trabajo hace que suenen un poco dogmáticamente algunos puntos: censuras del método de Möller y Cuny (pg. 11), debate sobre la falta de excepción de las leyes fonéticas (pg. 13), distinción entre la «langue elle-même» y «la tournure d'esprit de celui que l'utilise» (pg. 25) en el problema del valor de la lengua para determinar la psicología nacional. En conjunto, se trata de una buena introducción al problema de la evolución lingüística.

F. R. ADRADOS.

ALAN H. KELSO DE MONTIGNY: *How did Language originate*, Dr. Kelso's Science Series n° 1. Havana, Cuba, March 1949. Price US $ 0,50. 14 pgs.—En este folleto se tratan problemas de la mayor importancia y es lástima que el autor se haya visto limitado en espacio. Desde luego, tiene el trabajo el interés de plantear el tema del origen del lenguaje desde el punto de vista de un lingüista, más que de un filósofo o psicólogo, que son los que desde hace ya casi cien

años se han ocupado del tema exclusivamente. En efecto, sabido es que desde que en la lingüística se impuso el rigor metodológico—y la limitación de horizonte—del positivismo, el tema del origen del lenguaje quedó excluído de nuestros estudios. Es un síntoma que ha de ser recordado el que, a la vez casi, la Sociedad de Lingüística de París, en sus estatutos, y un maestro como Johannes Schmidt, proscribieran del dominio de la ciencia lingüística esta cuestión. Con ello quedaba definitivamente cancelada una época que había tenido muestras espléndidas de curiosidad sobre este punto: recordemos a Humboldt y a Grimm, a Schlegel y a Renan. Después del anatema positivista, sólo gentes ajenas a la lingüística o, cuando más, especialistas en lingüística general preocupados con temas psicológicos, se han atrevido a enfrentarse con el problema.

Por eso, el breve trabajo del Dr. de Montigny presenta el interés de representar una opinión basada en la lingüística «empírica», es decir, en el conocimiento de las lenguas en su desarrollo histórico y en su estructura presente. De la mayor importancia nos parece en el escrito del autor una afirmación que quizá está basada en la duplicidad que tantas veces muestra el inglés con sus raíces latinas y sajonas. Domina a veces entre los lingüistas un espíritu lógico y «cartesiano» que les lleva a afirmar que en cada lengua cada signo lingüístico tiene un valor, y a cada valor corresponde un signo. Diríase que el estructuralismo reducido a estos límites «cartesianos» equivaldría a eso. Pero la «estructura» de una lengua se va imponiendo en un difícil equilibrio que la lengua consigue más o menos por completo en cada momento de su evolución histórica. En esa continua lucha por el equilibrio, y sobre todo cuando la lengua no está trabajada por un impulso reflexivo como el que guiaba a César o a Cicerón, o a los escritores franceses del siglo XVII, los signos que proceden de un estadio antiguo y los que luchan por su existencia como novedades, así como los procedentes de las diversas capas sociales o centros geográficos con personalidad lingüística, coexisten y compiten, a veces con el mismo valor, contradiciendo el principio de la correspondencia lógica de un signo para cada necesidad expresiva, y nada más que un signo.

De Montigny utiliza para explicar el origen del lenguaje la tendencia de cada lengua a lograr una «estructura» mediante la diferenciación de los signos que compiten inútilmente para expresar lo mismo. «The result of this tendency to differentiate the meaning of two morphemes with identical meanings (which is nothing else but the human tendency to find a specific use [or simply a «use»] for every word) was, that finally by *earnest* we expressed one meaning and by *serious* another, *slightly different* meaning» (p. 6).

El mismo hecho que este de léxico lo señala el autor igualmente

en ciertos rasgos gramaticales, como la superposición de signos de plural en el inglés *child-r-en.*

Este «préstamo de sinónimos» es señalado por De Montigny como un factor muy importante en la creación del lenguaje. Y creemos que esta afirmación tiene trascendencia, puesto que ahora alcanzamos a descubrir que el modo de relacionarse las lenguas más primitivas que las nuestras (que las grandes familias, como indoeuropeo, semítico, fino-ugrio, etc.) se basa en el intercambio no sólo de palabras, sino de toda clase de signos lingüísticos, en una especie de promiscuidad inevitable en territorios que no son unilingües (ya que el unilingüismo es un resultado de la política y la cultura de épocas avanzadas y supone una organización «estatal» fuerte y cerrada).

El otro aspecto de la teoría de De Montigny, la importancia de la onomatopeya para la creación del lenguaje humano, es menos original, y el lado flaco de ella ha sido señalado muy acertadamente por G. Révész en su *Ursprung und Vorgeschichte der Sprache,* Berna 1946, página 54 ss., siguiendo a A. Marty en su crítica de Steinthal. En realidad, la onomatopeya está *por debajo* del lenguaje propiamente dicho, sin llegar plenamente a ser palabra y privada de lo característico de ésta, que es, en la terminología de Révész, el «sentido simbólico» *(symbolische Sinnbedeutung).* Recordemos que el genial Schuchardt equiparaba *(Brevier*$_2$, p. 204) *Ursprung der Sprache* con *Ursprung des Satzes.*

También los ejemplos que aduce De Montigny para probar la importancia de la onomatopeya son a veces dudosos y necesitan de una interpretación fonética bastante laxa para ser utilizados.

Pero su indicación de los préstamos con tendencia a la diferenciación de sentidos y consiguiente enriquecimiento del pensamiento es muy interesante y sirve para definir su posición más bien dentro de las teorías favorables a un origen antiteleológico y fortuito del lenguaje (así se interpretaría en el orden de consideraciones que Révész, página 103, hace sobre el significado en una teoría de la *Aufnahme fremden Sprachmaterials).*

El interés principal, a nuestro juicio, del trabajo que nos ocupa está en plantear, desde el punto de vista empírico, un aspecto importante del origen del lenguaje, tal como la vida de las lenguas de la humanidad primitiva nos es ahora accesible, es decir, en las zonas donde perviven las lenguas preindoeuropeas, presemíticas, prefinougrias, etc. En cuanto a la promesa del autor de ocuparse de demostrar el origen europeo de todas las lenguas conocidas, que de creación exclusivamente europea han sido «adopted and denatured by innumerable speechless peoples of low creative capacity» (pg. 14), nos parece sumamente arriesgada y desaconsejable como proyecto.

A. Tovar.

HANS KRAHE.—*Ortsnamen als Geschichtsquelle.* Vorträge und Studien zur idg. Sprachwissenschaft, Namenforschung und Altertumskunde. Heidelberg 1949, Carl Winter. 32 pgs.—El autor hace una exposición de los métodos de trabajo de la toponimia y de su utilidad para el historiador y el prehistoriador, ilustrándola con abundantes y bien escogidos ejemplos de la toponimia europea antigua y germánica medieval. A tres puntos se atiende principalmente: aplicación de la toponimia a la determinación de la extensión geográfica de un pueblo, al análisis de los estratos sucesivos en una misma región y al establecimiento de una cronología de los mismos, deduciendo siempre consecuencias de orden histórico-cultural.

Se trata de un opúsculo que, por su sistematización y los ejemplos interesantes que utiliza en su desarrollo, resultará de lectura agradable y útil, incluso para el especialista.

M. S. R.

JAMES G. FÉVRIER.—*Histoire de l'Ecriture,* avec 135 figures et 16 planches. París, Payot, 1948. 608 pgs., 1.200 francos.—Este excelente libro de conjunto viene a situarse en la línea de algunos manuales que recogen la historia de las diferentes escrituras y alfabetos de todo el mundo recientemente: Jensen, Diringer, y antes, en Francia, Berger. El autor, director de estudios en la Ecole Pratique des Hautes-Etudes de París, tiene sobre los pasados la ventaja de poder utilizar descubrimientos recientes, con una nueva visión total después de ellos.

El plan de la obra es el admitido en este género, a partir de los métodos más primitivos de la escritura mnemotécnica y sintética (esta última es para Février la que los alemanes llaman *Ideenschrift),* pasando a los balbuceos ya de escritura entre los Mayas, y siguiendo por las escrituras ideográficas o analíticas. En éstas es especialmente nueva la parte correspondiente a las escrituras cuneiformes.

En el capítulo siguiente, que bajo el rótulo de escrituras ideográficas aún no descifradas agrupa los signos cretenses, los protoindios y los de la desconocida cultura de la Isla de Pascua, quizá es donde el autor no ha recogido, en lo referente a la escritura cretense, los últimos resultados, que tienden a hacerla pasar al grupo siguiente, de las escrituras silábicas, si bien se conservan aún en ella ideogramas. Por nuestra parte, nos atrevemos a creer que la escritura cretense tuvo una decisiva influencia en la formación del alfabeto propiamente tal, y aun hemos sostenido en otra parte *(Minos,* I,) que las influencias del silabismo cretense son perceptibles como algo directo en ciertos signos que sobreviven en Asia Menor, especialmente en el cario, y en algún caso en el licio, y de otra parte, también en la escritura tartesio-ibérica y en el alfabeto líbico. El corte cultural que se señala entre las culturas del segundo milenio y las del primero,

creemos que se percibe en esta importancia y pervivencia del silabario cretense, y no fué tan absoluto como suele creerse. Por consiguiente, la escritura minoica debe ser situada a la cabeza de los sistemas silábicos y en una relación decisiva con los orígenes del alfabeto propiamente dicho.

Después de considerar los silabarios hetita jeroglífico, de Persépolis y chipriota, el autor pasa al alfabeto. Esta parte es del mayor interés en el libro que nos ocupa, porque utiliza los descubrimientos de Ras Shamra con las investigaciones más recientes. También señalaremos la importancia de la sección dedicada al «protofenicio», que está situado entre la escritura seudojeroglífica de Biblos y las inscripciones sinaíticas de una parte, y la escritura propiamente fenicia de otra. Justamente el enlace entre las escrituras silábicas del segundo milenio en el Mediterráneo oriental y los alfabetos del primero hay que buscarlo por aquí. Inscripciones ya alfabéticas parece que pueden atribuirse al siglo XVI antes de nuestra era. El enlace preciso con el silabismo es lo que se muestra problemático. Recojamos del libro de Février que hay quien encuentra la derivación de la inscripción de Biblos en la escritura silábica que antes se había usado en esta ciudad, mientras que otros piensan en las inscripciones sinaíticas (página 185). Señalemos por nuestra parte la importancia de las indicaciones hechas por Gómez-Moreno *(Misceláneas*, pg. 261 ss.) a este respecto. La presencia de elementos del ciclo cultural egeo en las costas de Siria favorece cada vez más la tesis de la importancia del silabario minoico en este asunto.

El capítulo de la escritura líbica e ibérica presenta algunas deficiencias. No en la parte líbica, donde han trabajado siempre epigrafistas franceses que pueden presentar estudios recientes de primer orden, como los de Marcy y Chabot, sino en la cuestión de los alfabetos hispánicos. Aunque conoce el nombre de Gómez-Moreno, no ha llegado el autor a estudiar sus publicaciones, con lo que desconoce el valor silábico de ciertos signos y todo el sistema mixto a que obedece esta escritura, que es uno de los testimonios más claros de la supervivencia de sistemas del segundo milenio.

Acertado parece llamar neosilabismo al sistema silábico (como en la India o en etíope) que se forma a partir de un verdadero alfabeto. La consideración del alfabeto griego y de sus derivados completan este utilísimo libro. Muy detallado e interesante es el estudio de los diferentes sistemas rúnicos. Entre los breves apéndices que cierran esta obra es particularmente importante el que recoge la historia del desciframiento de alfabetos desconocidos.

A. T.

JULIUS POKORNY.—*Indogermanisches etymologisches Wörterbuch.* 1, 2; 3 Lieferungen (pgs. 1-288, comprendiendo desde *ā* hasta *ēdes-*), A. Francke, A. G. Verlag, Berna, 1949.—La reedición del Walde-Pokorny sería de por sí un acontecimiento, ya que hasta el día no ha sido superado y constituye un monumental acopio de materiales para el indoeuroepeísta. Mas el acontecimiento es mayor al haberse decidido el ilustre celtista e indoeuropeísta Prof. Pokorny a hacer no tanto una nueva edición, como una refundición total, cambiando el orden alfabético sánscrito por el del alfabeto latino, suprimiendo mucha bibliografía y reorganizando los materiales todos a fondo. Naturalmente que muchas doctrinas modernas no han hallado aún cabida en este inmenso repertorio, sin duda porque la prudencia de Pokorny en este punto le ha aconsejado no comprometer ya en favor de ellas un trabajo llamado durante mucho tiempo a servir a los indoeuropeístas y lingüistas y filólogos en general como fundamental auxiliar en sus investigaciones etimológicas. Es lástima que la teoría de las laringales no haya obtenido cabida en este diccionario, pues, a nuestro juicio, desempeña un papel decisivo en la explicación del vocalismo indoeuropeo. En cambio, el autor ha acogido las novedades muy importantes que resultan de los más recientes trabajos sobre el hetita y el tocario (Pedersen, Friedrich, Sturtevant, Van Windekens, etc.), y ciertos libros fundamentales aparecidos en los últimos veinte años (Schwyzer, Walde-Hofmann, Feist, Trautmann, Specht, Wackernagel-Debrunner, etc.) le sirven para modernizar y asegurar muchos puntos antes discutibles y hoy más seguros gracias al progreso de la lingüística. De mucha importancia es que el autor haya incluído en este diccionario los resultados por él mismo logrados sobre la toponimia del centro y occidente de Europa, lo que permite ahora apreciar la importancia de los sustratos indoeuropeos en el extremo occidente y explicar satisfactoriamente muchos nombres de lugar o restos de lenguas indoeuropeas anteriores a la romanización. Sólo hemos de lamentar que entre estos topónimos o restos lingüísticos occidentales tengan poca cabida los procedentes de nuestra Península; sin duda, que una razón decisiva es la de que el autor ha cerrado en 1947 su trabajo, y de este modo no han llegado a tiempo los estudios más recientes que van aclarando la parte indoeuropea en el legado lingüístico de Hispania antigua. Faltos de espacio aquí, nos proponemos, en otro lugar, ocuparnos de este aspecto del diccionario etimológico.

Para apreciar la novedad de este diccionario de Pokorny, tomaremos como prueba la comparación con los artículos correspondientes del antiguo Walde-Pokorny. El autor, obligado en la edición del Walde (1927-1930) a atenerse a los criterios fijados por el etimologista que planeó la obra, considera ahora la pasada publicación como

repertorio de materiales, y de acuerdo con sus ideas, en vez de hacer comparación de raíces, prefiere hacerla de palabras concretas.

Por ejemplo: comenzando por la pg. 1, *ab-* se separa de la raíz *ap-*, y sólo bajo esta última (pg. 52) da ahora Pokorny la explicación de Johansson, según la cual ambas raíces pueden unificarse; muy interesante es que en este artículo *ab-* hallamos una referencia al *Glossaire des Patois de la Suisse Romande*, lo que habla bien claro del interés con que Pokorny ha atendido no sólo a la toponimia, sino a los restos prerrománicos del Occidente. En cuanto a la extensión del nuevo diccionario comparado con el antiguo Walde-Pokorny, nos la da, por ejemplo, la comparación del artículo *abel- abol- ab̥l-* (pg. 1 s.) con el antiguo *abel-* 'manzana' (I, pg. 50 s.): las 52 líneas de éste se han convertido en 31, sin que el material comparativo haya sido disminuído, sino al contrario (lo mismo que en el artículo anterior mediante la suma de material moderno románico, debido en este caso a Wartburg), pero prescindiendo de vieja bibliografía (por ejemplo, 15 líneas de controversia etimológica sobre el nombre de la ciudad de *Abella* se reducen a tres y media, y en vez de Schrader, Helm, Hoops, Meillet, Corssen, Vaničcek, Von Planta, el *Thesaurus*, Schulze, Stokes, basta una única y precisa referencia a Virgilio), o también dando por resuelta la presencia de la raíz en germánico, sin plantear, como en el libro anterior, el problema insoluble de si el germánico lo tiene sólo mediante préstamo del celta. El espacio que en Walde-Pokorny, I, pg. 52, ocupa la raíz *abh-*, en el nuevo libro, pg. 2, se emplea en explicar los elementos seguros de ella, prescindiendo de los dudosos, y además se incluye una ampliación de la misma, *abhro-*, representada en celta, germánico y traco-ilirio.

De esta manera, comparando la nueva con la anterior redacción, podría el lector darse cuenta del nuevo sistema de este libro. En él acaece ese hecho doloroso, pero fatal, que es la desaparición gradual del nombre de los investigadores a medida que sus resultados, plenamente aceptados, se convierten en bien de propiedad comunal. Los nombres de las generaciones de lingüistas que se pueden considerar cronológicamente como nuestros padres y abuelos, ya no se citan casi. Brugmann, Persson, Collitz, Schulze, Osthoff, no digamos Curtius, Fick, Zupitza, J. Schmidt, han desaparecido casi del todo. Ello no quiere decir que Pokorny haya renunciado a los resultados logrados por pasadas generaciones de científicos, sino que, al contrario, esos resultados han pasado a ser cosa sabida y común. Lo único de lamentar en la desaparición de las viejas referencias, aparte estas consideraciones casi sentimentales sobre la brevedad de la gloria científica, es que hay el peligro de que alguien vuelva a «inventar» hipótesis que en el antiguo Walde-Pokorny estaban no sólo reseñadas, sino también criticadas. Es en este sentido en el que el nuevo libro

no desplaza del todo al viejo, y por ello es conveniente recordar aquí al lector que una ojeada al Walde-Pokorny le podrá evitar el riesgo de nuevas hipótesis que no resulten al cabo nuevas.

En cuanto a las novedades admitidas, Pokorny ha preferido no salirse del cuadro clásico. Ya hemos señalado su expresa repugnancia por el problema de las laringales. Igualmente parece rechazar la teoría de las raíces de Benveniste, así como la explicación de este autor del sufijo *-ter-* (así hallamos en la pg. 25 la explicación de *alter* como comparativo). Tampoco la doctrina de Specht sobre la formación de palabras (expuesta principalmente en su *Ursprung der idg. Deklination)* es aprovechada sistemáticamente por Pokorny, quien, sin embargo, se apoya en esta teoría, con lo que aclara a veces muchísimo el material que en el viejo Walde hallábamos mezclado, y distingue así distintas ampliaciones en la raíz. Sin embargo, a veces (véase, por ejemplo, pg. 133) el autor habla de «verwandte Wurzelformen», sin entrar con rigor científico a fijar si hay relación o no, y en caso afirmativo, cuál es precisamente esa relación.

En realidad, el autor, con un concepto que podríamos bien llamar «positivista», intencionadamente se ha limitado a lo que se pueden considerar «hechos», sin sujetarse a ninguna teoría rígida. Ha renunciado así a componer una obra revolucionaria, pero, en cambio, suministra abundante material, con toda la seguridad que consiente el estado actual de nuestra ciencia (en cuanto ese estado actual se refleja en lo que podríamos llamar «consenso unánime»), y ha modernizado y rehecho a fondo el ingente trabajo que Walde y él mismo realizaron hace poco más de veinte años.

Terminemos esta nota con algunas observaciones surgidas en la lectura de estos tres primeros fascículos: Pokorny explica resueltamente (pg. 18 n.) como casos de sustrato ilirio los tratamientos de **ḱ'* ide. como *ḱ* en báltico y en eslavo. No da cabida en ningún caso a las teorías de Georgiev, que dan etimologías indoeuropeas seguras para muchos términos «prehelénicos» (aunque no sea para todos): por ejemplo, en la pg. 20 no hubiera estado de más, al lado del apers. *aθanga-* 'piedra', la mención de las etimologías propuestas por Georgiev para el monte Ἄθως y para la ciudad de Ἀθῆναι y la diosa Atena. Los problemas del sustrato no indoeuropeo los trata el autor con gran prudencia, y sin perderse en hipótesis las más de las veces inseguras, v., por ejemplo, en la pg. 30 la exposición en seis líneas sobre nombres como *Albion, Alba, Alpes.* A veces, la timidez del autor es excesiva, y la prudencia «positivista» de las pasadas generaciones limita sus explicaciones: por ejemplo, en el caso de la segura relación del -φι griego con el *bi* germánico (cfr. esta misma revista, IX, p. 175 ss.), Pokorny prefiere (pg. 34) sencillamente silenciar lo que en el Walde-Pokorny, I, pg. 55, es aludido malévolamente como

«glottogonische Spekulationen». Mantiene en algún caso el autor etimologías mandadas retirar: así, por ejemplo (pg. 36), la de *amicus* y *amare* en relación con el infantil *am(m)a*. Sorprende un tanto hallar considerado como hecho ide., y no puramente dialectal griego, el eolio-aqueo ἀπὐ (pg. 55). Pokorny presta su autoridad (pg. 324) a la etimología tradicional de lat. *cedō*, a pesar de Walde-Hofmann, I, pg. 193 (y cfr. Niedermann, EMERITA, XIV, pg. 399).

Terminaremos salvando algunas erratas: pg. 11, lín., 13 de abajo: αἴθοψ, pg. 46, lín. 6 de abajo: vgl., pág. 223, lín. 7 de abajo: esto.

A. TOVAR.

A. Handbook of Slavic Studies, edited by LEONID I. STRAKHOVSKY, Harvard University Press, Cambridge, Massuchusetts, 1949, XXII + 754 pgs.—De este útil manual, compuesto para informar al público del hecho formidable del crecimiento eslavo que desequilibra a la Europa de la postguerra, no nos interesan sino los primeros capítulos, y a ellos vamos a limitar nuestra reseña, estando los restantes (del IV al XXVIII) dedicados a la historia de los pueblos y naciones eslavas, a sus literaturas y a la actual situación política, con sus inevitables referencias económicas, todo ello con abundante documentación bibliográfica sobre obras y artículos escritos predominantemente en lengua inglesa.

Nos interesa como lingüistas particularmente el cap. III, debido a un especialista tan conocido como Alfred Senn. Contiene este trabajo una breve referencia al desarrollo de los estudios de eslavística, en la que se ve la transferencia de la dirección en manos de sabios alemanes, a la de estudiosos y academias de las nuevas nacionalidades creadas en 1918. Después hace el autor una clasificación y caracterización de las distintas lenguas eslavas, dentro de las líneas generales conocidas, pero con indicaciones que son particularmente bien venidas en momentos de dispersión bibliográfica como los presentes. Así, lo de la crisis del concepto de arcaísmo en el acento báltico y eslavo (pg. 54 s.), que se sospecha no se parecen tanto como se creía al que se imagina en griego antiguo. Así también la ruina de otra de las unidades que subsisten como resto del árbol genealógico de Schleicher, la balto-eslava (pg. 54), y que es sustituída por la tesis de una eslavización, bien justificada históricamente, de la lengua lituana. Muy claro es el resumen que ofrece el autor del aspecto en ruso.

También hemos de señalar aquí los dos primeros capítulos de este manual, debidos a Samuel Hazzard Cross. En el I se trata de los orígenes y migraciones de los eslavos. En algunos puntos de doctrina general, Cross no ha modernizado sus opiniones de acuerdo con los resultados de investigaciones recientes; así, por ejemplo, piensa

que los indoeuropeos son «a group of languages whith begin to appear about 1000 B. C.» (pg. 2). En realidad, los hititas surgen en la historia unos cuantos siglos antes, y de fechas muy adentradas en el II milenio nos consta la presencia de elementos indios en el Asia anterior; también los griegos se muestran ya en su patria histórica en la segunda mitad del II milenio y hasta en el Occidente, donde la llegada de los indoeuropeos es muy tardía, parece que lo que los arqueólogos llaman «bronce atlántico» a fines del II milenio no se explica sin la presencia de elementos indoeuropeos preceltas.

También nos parece criticable la sencillez con que Cross identifica el término *Venedi* o *Venedae* con el de eslavos (pg. 3 s.). Todo el problema de los ilirios se escamotea, en benefício de los eslavos.

Una vez que el autor entra en la cuestión del origen de cada pueblo eslavo, su exposición es clara y segura, y recoge los resultados de la ciencia actual. Y lo mismo puede decirse del II cap., debido al mismo autor, y dedicado a los aspectos culturales de los eslavos antiguos.

A. T.

Tovar, Antonio.—*Antiguo eslavo.* (Cuaderno IX del *Manual de Lingüística Indoeuropea*, dirigido por el autor.) 76 pgs. Ediciones Nueva Epoca. Madrid, 1949.—El nuevo cuaderno del *Manual de Lingüística Indoeuropea* presenta características muy semejantes al de Lengua Gótica, ya comentado en esta sección. Como allí, los paradigmas gramaticales van acompañados de breves explicaciones de tipo lingüístico y son muy completos. Al hablar del adjetivo determinado (pg. 22), hubiera sido conveniente dar algún ejemplo. Las doce páginas de textos están tomadas de varios códices diferentes, cuya ortografía se mantiene. Se completa la obra con un vocabulario etimológico. Lástima que por razones de orden tipográfico se use en dos o tres casos una transcripción un poco extraña, a la que, por lo demás, el lector se habitúa pronto. Creemos que esta obra ha de resultar muy útil y tener aceptación.

F. R. Adrados.

Montenegro Duque, Angel.—«Osco y Umbro». En el *Manual de Lingüística Indoeuropea*, dirigido por Antonio Tovar. Cuaderno VII. Madrid, 1949, 115 páginas.—Es difícil encontrar hoy, fuera de bibliotecas muy especializadas, las obras que se han hecho clásicas sobre dialectos itálicos, como la de von Planta o la de Buck. Por ello, la publicación de un manual de osco-umbro tiene, por lo menos, la utilidad de los sucedáneos. Es evidente que un libro que, en ciento quince páginas de no muy amplio formato, contiene gramática, textos

y vocabulario, no pretende ser un instrumento básico de trabajo para el indoeuropeísta, pero puede ayudar últimamente a quien no necesite del osco o del umbro sino una noción general y esquemática que permita, al menos, servir de comparación con el latín e ilustrar documentalmente las inevitables referencias a esos dialectos que exige todo estudio, aun elemental, de gramática histórica latina.

Para la edición de su obra ha utilizado el señor Montenegro, principalmente, la de Buck, que llega al lector, a través del manual que reseñamos, en bien seleccionado resumen, modernizado con hábiles injertos de reciente bibliografía.

Si algún reparo nos ofrece este libro es el que nace de algo que le es connatural e inevitable, dado el propósito y plan de la colección de que forma parte: su propia brevedad. En materias como ésta, la esquemática concisión puede hacer difícil la consulta u obscurecer la doctrina. Sirva de ejemplo el tratamiento, más que indistinto, algo confuso, de la flexión de temas en consonante y temas en *-i*, o la explicación que en el número 51 *e)* se da del acusativo plural de la tercera declinación, no muy inteligible para quien no disponga de gramáticas más extensas.

Los textos han sido objeto de cuidadosa transcripción. Señalemos, no obstante, en la del *cippus Abellanus* la omisión de la línea 18 del texto osco y de la 17 de la traducción latina.

Aunque es detalle sin importancia real, nos agradaría ver citada la obra de Brugmann y Delbrück por su verdadero título de *Grundriss*, etcétera, y no *Abriss*, etc., en la nota de presentación de la colección que figura en la cubierta. Por lo demás, la parte tipográfica de éste, como de los demás volúmenes de la colección, es pulcra y cuidada.

M. MARÍN Y PEÑA.

HOENN, KARL.—*Artemis. Gestaltwandel einer Göttin*, Zürich, 1946. Artemis-Verlag. 224 pgs., XVI láminas.—En mi trabajo publicado en esta Revista, XV, pgs. 1-60, sobre el origen dorio-ilirio del nombre de Artemis, en el que, apoyándome en una base más que nada lingüística, hice un bosquejo de la historia—o más bien prehistoria o protohistoria—de la figura y concepción de esta diosa, no fué utilizado el nuevo libro de K. Hoenn, consagrado precisamente a trazar la evolución histórica de esta divinidad, del cual, aparecido en Suiza cuando yo había ya preparado mi estudio, no tuve noticia hasta después de publicado éste, por causa de las difíciles circunstancias de la postguerra.

En las abundantes y nutridas páginas dedicadas a la Artemis griega (pgs. 17-131) no he encontrado, sin embargo, nada que constituya un anticipo de mi tesis ni nada tampoco que la debilite. Antes

bien, la suma ingente de material literario y arqueológico, así como bibliográfico, que recoge Hoenn, ofrece a mi interpretación nuevos y no despreciables puntos de apoyo. La relación de Artemis con el oso—que era en lo religioso la piedra angular de mi argumentación—está notablemente subrayada por Hoenn en comparación con otras exposiciones anteriores. La observación hecha por Bachofen y recogida por Hoenn, pg. 18, de que las tribus de cazadores y de pastores suelen dar a sus divinidades la figura de oso, es del mayor interés porque explica de un modo plenamente satisfactorio este teriomorfismo en una diosa como Artemis que, por lo demás, tiene una relación mucho mayor con otros animales. En cuanto a la innegable identidad de la diosa Reitia en el país de los Vénetos con la Orthia de Esparta, Hoenn no parece tener una opinión claramente formada: de un lado (pg. 36) parece contar, siguiendo a Borgeaud, con un probable modelo ilirio para las danzas de máscaras atestiguadas en el culto de la Orthia, mientras que por otro (pg. 45) sorprende su afirmación de que «als Göttin Reitia gelangte die Orthia, wahrscheinlich durch illyrische Auswanderer, nach Venetien», hipótesis que ya resulta insostenible. Que el culto de la Orthia en Atenas fuese llevado de Esparta en tiempos de prestigio político espartano, es ciertamente una hipótesis plausible; pero admitir lo mismo para la Orthia de Elis no se impone en ningún modo, porque, al contrario, no se puede descartar la explicación mucho más verosímil de que fuese una fundación doria antigua e independiente de la de Esparta.

Mérito especial de Hoenn es el haber reunido un riquísimo material de toda índole, lo mismo literario que epigráfico, numismático y arqueológico en general, completado con una bilbiografía, lo que hace de este libro la más completa compilación de datos sobre la diosa Artemis (pues el artículo de Wernicke en *RE* está ya anticuado).

Hay, no obstante, que lamentar que el autor presente este material sin apenas elaboración, las más de las veces sin crítica y que, en general, el libro se resienta de una falta de estructuración histórica que se debe exigir al autor después de que en el prólogo ha profesado su intención de trazar la evolución histórica de Artemis desde los tiempos pregriegos.

Para los tiempos plenamente históricos la línea evolutiva se presenta de un modo claro, no sólo porque para esta época la inmensa mayoría de nuestros datos tienen mayor validez y son susceptibles de utilización directa, sino también porque hay un par de concepciones—la Artemis homérica y la diosa de Efeso—que se generalizan hasta un grado que permite considerarlas panhelénicas.

Pero para la otra época anterior a esas corrientes unificadoras, que cae en la plena prehistoria, o por lo menos en la protohistoria, y para la cual los datos son escasos y exigen una laboriosa interpre-

tación previa, Hoenn, a decir verdad, tras los dos eslabones minoico y micénico, bien conocidos por la abundante documentación plástica que de ellos se posee, se limita a enumerar cultos y leyendas locales sin idea directriz bien marcada, de modo que la exposición de Hoenn puede producir la falsa impresión de que en tiempos antiguos existió en Grecia una concepción y un culto casi homogéneos de Artemis.

Sin entrar en detalles minuciosos, hay que señalar, por ejemplo, la ausencia total de un estudio geográfico sistemático de los cultos o, por lo menos, de una ordenación geográfica, que hubiera tenido un interés especial en una monografía histórica como la que reseñamos. Sorprenden a veces afirmaciones tan simplistas como la que encontramos en las páginas 81 y siguiente: después de que Homero ha fijado el canon de la figura de la diosa —lo que para Hoenn es como una solución de continuidad de la línea evolutiva de la πότνια θηρῶν que arranca de los tiempos minoicos (!)—reaparece de nuevo la diosa minoica en las representaciones plásticas del siglo VII. Al pensar así, el autor parece creer que en toda la Hélade se impuso súbitamente la concepción homérica de la diosa. El mismo estudio de la Artemis homérica se resiente de una excesiva consideración en bloque y de un afán también excesivo de simplificar lo complejo. Pues si bien es cierto que la hermanación con Apolo es el rasgo más nuevo con que se nos aparece Artemis en Homero, había que haber advertido que esta novedad es casi exclusiva de la *Theomachia* y que la diosa de la Odisea no puede ser confundida, sin más, con la de la Ilíada.

Los argumentos lingüísticos no parecen merecer tampoco consideración por parte del autor. Sin detalle ni crítica alguna, las etimologías propuestas para el nombre de Artemis aparecen relegadas a una nota (pg. 182, 9), y cuando en la pg. 27 considera a Laphria como un simple epíteto de Britomartis, omite la base lingüística en que se ha querido fundar la filiación pregriega de esa divinidad, cuya geografía, interesante en extremo, no merece tampoco consideración.

Algún acierto hay que reconocer a Hoenn, sobre todo al subrayar la importancia de la hermanación de Artemis y Apolo y al extraer las ricas consecuencias que ese hecho tuvo para el culto y concepción de la diosa en tiempos post-homéricos.

Pero, por encima de todo, la utilidad de la monografía de Hoenn está en la completísima documentación que contiene, si bien hubiera sido de desear que, pensando en esa misma utilidad, se hubiese dado la bibliografía y los testimonios de todas las afirmaciones que se leen en el texto.

M. S. RUIPÉREZ.

RAGNAR HÖISTAD.—*Cynic Hero and Cynic King. Studies in the Cynic conception of Man.* Uppsala, 1948, 234 pgs. in 8°. 10 coronas

suecas ó 12 chelines.—El presente estudio, como indica su subtítulo, está dedicado a fijar algunos puntos fundamentales sobre la concepción del hombre dentro de la filosofía cínica. Dada la desaparición de, puede decirse, todas las fuentes directas, cabe señalar que el método empleado en este trabajo, de fijarse en ciertos puntos capitales, siguiendo su rastro en toda la literatura posterior, hasta el fin de la antigüedad, resulta el más adecuado para penetrar en la historia del pensamiento cínico. En efecto, en este libro puede apreciarse cómo nuestro conocimiento fragmentario de esta doctrina se vuelve mucho más coherente cuando seguimos el desarrollo histórico de ciertas cuestiones durante siglos.

El libro que nos ocupa plantea la cuestión en los términos siguientes: después de F. Dümmler, que llamó la atención de los filólogos sobre el problema que representan los cínicos en relación con la historia de las ideas en la Antigüedad, y después de la importancia dada a Antístenes suponiendo que Platón polemiza con él (así en el libro de K. Joël), se hacía necesario tomar una posición que, por otra parte, se distanciara del criticismo de un Wilamowitz, negador de toda importancia de la personalidad de Antístenes, y, por otra, determinara la verdadera característica de este socrático, así como la que en relación con él puede atribuirse como propia a Diógenes. Con mucha cautela, R. Höistad escribe (pg. 20): «This book, which attempts to bring out certain positive aspects of Cynic doctrines, and to set this movement in its idea-historical frame-work, does not claim to be anything more than a contribution to the discussion of an interesting and difficult subject. On many points the author would have wished to adduce more extensive material and to widen the scope of his discussion, but considerations of time and space made this impossible».

Concentrar la atención sobre algunos temas, seguramente que es el mejor método para resolver el problema de la obra y la personalidad de filósofos cuya vida y obra se pierden, habiéndonos dejado sólo el rastro de una porción de anécdotas más «típicas» que individuales, y de credibilidad siempre discutible.

De esta manera, el presente libro, al estudiar algunos puntos concretos en la historia de las ideas antiguas, no se atreve, con Dudle, a negar, por ejemplo, la historicidad de la acreditada relación de discipulado entre Diógenes y Antístenes, ni a señalar algunos caracteres diferenciales entre ambos, atribuyendo a este último citado rasgos de ascetismo socrático, mientras que el otro introduce los rasgos más indecentes en el cinismo (p. 10). Höistad, considerando también insuficientes las deducciones cronológicas que puede permitir la interpretación numismática del παραχαράττειν τὸ νόμισμα, que las fuentes atribuyen maliciosamente al filósofo, y que, en realidad, podría re-

ferirse a una reacuñación de monedas persas con tipos griegos por el padre de Diógenes, se niega a modernizar demasiado la fecha, de modo que quedara establecido un lapso suficiente para alejar a Diógenes de Antístenes en el tiempo.

Más fuerte es todavía la oposición que hallamos en el libro contra la teoría de Sayre, que va más allá de Dudley, hasta negar todos los datos tradicionales que nos han llegado sobre Diógenes y reducir la figura de éste a un vagabundo sin personalidad en la historia de la filosofía.

En realidad, al plantear el tema del «héroe» y el «rey» en la literatura cínica antigua, Höistad examina toda la bibliografía existente sobre la línea de pensamiento cínica hasta Luciano y Dion Crisóstomo, lo que expone en una especie de árbol genealógico en la pg. 21 (añádase en este cuadro, al lado de Onesicritus, la llamada 8, omitida por errata).

Toda la literatura antigua es examinada en los capítulos I y III, sobre los temas del héroe y del rey, respectivamente. Los héroes Hércules, Ciro, Ulises, se examina cómo aparecen desde la literatura precínica hasta ser transformados en verdaderos «santos» de la secta. Ciertas observaciones que hallamos en este libro merecen ser consideradas como modelos de crítica filológica: por ejemplo, la polémica contra von Fritz sobre la autenticidad de la doxografía transmitida por Diógenes Laercio sobre Diógenes acerca de Heracles, o la demostración de que la figura de Heracles pervive en definitiva con marcados caracteres cínicos, o la descendencia de la doctrina antisténica sobre Sócrates en diversas oraciones de Dión Crisóstomo, o la síntesis en un árbol genealógico de las distintas ramas que transmiten la leyenda de Ciro, en el cual ocupa un puesto importante, por cierto, Antístenes.

El capítulo II se ocupa de ciertos puntos políticos y pedagógicos que conocemos fragmentariamente de la tradición cínica. También en este punto la obra que nos ocupa fija ciertos detalles sobre Antístenes, por ejemplo: el concepto cínico de la ὁμόνοια, que se halla reflejado en Jenofonte, *Banq.* 4, 64, *Mem.* IV 4, 5 ss.; o también sobre la contraposición entre φύσις y νόμος, que Antístenes aplica a la política. Höistad se inclina resueltamente a admitir la historicidad fundamental de las anécdotas sobre la desvergüenza de Diógenes y estudia diversos aspectos de la pedagogía y la ética de este filósofo. Los fragmentos que nos quedan de Crates son utilizados para reconstruir algunos rasgos de esta figura.

Los ecos de la tradición cínica sobre Hércules, tal como se reflejan en Dión Crisóstomo forman el contenido del capítulo último, en estrecha relación con el primero, como hemos indicado, mientras que en el intermedio se fija la postura de varios maestros cínicos sobre ciertos temas fundamentales.

El trabajo de Ragnar Höistad, lo repetimos, resuelve, entrando más por el estudio de los temas que por el de las figuras históricas, varios problemas fundamentales en la creación y pervivencia del cinismo, y con ello aporta una contribución valiosa a la historia del pensamiento helénico en uno de sus aspectos peor conocidos.

A. T.

KRANZ, WALTHER.—*Empedocles. Antike Gestalt und romantische Neuschöpfung.* 392 pgs. Artemis-Verlag, Zürich 1949.—Walther Kranz, conocido por sus estudios sobre la filosofía presocrática, nos ofrece aquí un nuevo estudio sobre Empédocles y su influjo sobre el mundo posterior, especialmente en Hölderlin. Se acompaña una traducción con notas de los fragmentos de Empédocles y una nueva edición de las varias obras de Hölderlin que tratan el tema de Empédocles. El filósofo de Agrigento es encuadrado cuidadosamente en su época y en la filosofía contemporánea, destacándose sus rasgos órfico-pitagóricos, su teoría psicofísica de la materia y la naturaleza y su carácter de precursor del atomismo y de gran parte de la medicina griega. El estudio del influjo que ejerció en época griega y romana—sobre todo en Lucrecio—y luego en la moderna es interesante, aunque abarca una serie de temas que a veces no son exclusivos ni originales de Empédocles. Si hasta el Romanticismo el influjo se centra de preferencia en diversas partes de su doctrina, en éste es la misma figura de Empédocles, rodeada de un nimbo sobrenatural que culmina en la leyenda de su muerte en el Etna, la que atrae y recibe un matiz trágico. Si las notas de Nietzsche para un drama sobre Empédocles le enlazan con el culto del autor por lo pánico y lo dionisíaco, Hölderlin, aun desarrollando una concepción propia, está más cerca del autor antiguo. A través de los sucesivos ensayos de dar forma poética a la figura de Empédocles—el plan de Frankfurt, el drama «La muerte de Empédocles», en dos redacciones, y el apenas empezado titulado «Empédocles en el Etna»—, Kranz sigue las vicisitudes de los datos antiguos (sobre todo los de Diógenes Laercio, cuya biografía de Empédocles incluye Kranz en su libro) a través de la obra de Hölderlin, cada vez más original e independiente. Pero siempre subsiste el nexo, ya visible en poesías de la juventud, entre la doctrina de la divinidad de los elementos y de la comunidad de la naturaleza toda, y la muerte en el Etna, que Hölderlin considera histórica e interpreta como odio y cansancio de las circunstancias particulares de la vida y búsqueda de la unión con el todo, con desarrollo netamente romántico. La comparación constante son la verdadera doctrina de Empédocles, a fin de descubrir lo original de Hölderlin, da novedad e interés a esta parte, como a la primera se

lo presta el estudio de la relación entre Empédocles y las corrientes del pensamiento de su época.

F. R. ADRADOS.

EARP, F. R.—*The style of Aeschylus*, Cambridge, 1948. At the University Press. 175 pgs.—Después de su obra sobre el estilo de Sófocles (vid. EMERITA XV, 1947, pgs. 234 ss.), el autor publica, con cuatro años de intervalo, esta monografía sobre el estilo de Esquilo. El objeto que se propone el autor en este nuevo estudio y los puntos de vista desde los cuales lo realiza continúan siendo sensiblemente los mismos. Earp no se propone dar una visión de conjunto sobre el estilo de Esquilo, sino sólo enfocar algunos de sus aspectos con el mismo criterio cronológico. De paso, el estudio de la evolución nos lleva a un conocimiento más profundo del autor mismo y de su estilo. «Sin comparar las variaciones no puede haber una verdadera inteligencia del estilo y del espíritu de un autor, pues las variaciones nos llevan a buscar su porqué. La causa puede ser un cambio gradual de método, como es el caso de algunas de las variaciones de Sófocles, o alguna intención especial. Cuando hayamos averiguado esto, estaremos en posesión de una valiosa clave para conocer los métodos y el espíritu del autor» (pg. 4).

La necesidad de operar principalmente con cifras—con lo cual queda excluído el peligroso subjetivismo de que adolecen muchos de los estudios de estilo—impone al autor la limitación de su estudio a aquellos aspectos del estilo que por ser más tangibles son susceptibles de ser inventariados: compuestos, términos raros y épicos, epítetos, metáforas.

No hace falta decir que para nosotros son plenamente lícitos los métodos estadísticos de Earp y que por nuestra parte no hubiera sido precisa la justificación que da de ellos en la introducción para acallar ciertas críticas que suscitó su obra sobre Sófocles.

De los elementos estilísticos, el más tangible es la lengua, y dentro de la lengua, el que mejor se presta al inventario es, sin duda, el vocabulario, que es estudiado en los dos primeros capítulos (*Chap. I: The use of compound words in Aeschylus. II: Rare and epic words*). Para quien conoce el libro de Earp sobre Sófocles es evidente la reducción que se ha impuesto ahora en Esquilo. No realiza un estudio cronológico del léxico esquíleo como hizo con el de Sófocles, sino que se concreta a aquellos elementos lexicológicos más palpables, como son los compuestos y las glosas. En esta limitación tal vez haya influído cierto escepticismo en cuanto a la posibilidad de separar los términos poéticos y dialectales y de precisar los matices de su cualidad estilística. Pero también hay que tener en cuenta que en Esquilo se está en este punto en una posición más incómoda. Si en Sófocles

existe un término de comparación anterior respecto al cual se puede estudiar la evolución—Esquilo, principalmente—en el propio caso de Esquilo, la pérdida total de la lírica coral del siglo VI y la casi completa de la yambografía, así como el papel de creador de la tragedia que comúnmente se le asigna desde la Antigüedad, obligan a prescindir de toda referencia anterior, si bien siempre queda como posible la consideración del vocabulario de la literatura posterior con las debidas precauciones. Por esto, la ausencia en el libro de Earp de un estudio de la masa del léxico esquíleo en función de la cronología creo que es debido principalmente a otra causa decisiva: el no poder señalar evolución notable ni siquiera en los elementos lexicográficos más conspicuos que estudia los compuestos y las glosas. El primer capítulo, dedicado a los compuestos, es una excelente muestra de cómo las listas y las cifras no son para Earp más que un instrumento y a veces sólo un punto de partida para consideraciones más amplias y profundas. El número de compuestos (excluídos los de preverbio y los términos corrientes) no muestra variación cronológica, así como tampoco la muestran los *hapax* y los términos confinados a Esquilo en el griego clásico. Considerados en sí, se aprecia que la proporción de compuestos en Esquilo es alta y casi igual en el diálogo que en las partes líricas. No existe, pues, en Esquilo el deseo de diferenciarlas. Considerados los compuestos por su ὄγκος, se observa una tendencia hacia los tipos más complicados y hacia un uso más especial y definido. Tampoco el uso de términos épicos parece obedecer a una evolución. El problema del empleo de los términos raros exige una cuidadosa consideración de los factores y un estudio detenido de cada pasaje para llegar a la conclusión de que la proporción cada vez menor de los mismos obedece en parte a evolución y en parte también al carácter de cada obra y de cada escena y a la longitud de las partes líricas.

El capítulo III, dedicado al epíteto ornamental (pgs. 54 ss.), sirve para confirmar la impresión corriente de su escasez en la tragedia en general, y en Esquilo en particular, y para señalar una interesante evolución en su técnica estilística. De 50 epítetos ornamentales en las *Suppl.*, a cuatro solamente en las *Eum.*—a través de un escalonamiento uniforme—, la evolución general es clara y significativa, si bien su proporción está ligada al carácter de cada pasaje, siendo mayor en los reposados y ampulosos. Pero la variación cronológica es significativa de un cambio profundo en la mente del poeta en el sentido de que renuncia gradualmente a la ornamentación externa al ganar profundidad en ideas. Y esto lo confirma Earp en un «Excursus» mediante un análisis del estilo de *Supl.*

La estructura de la frase (Chap. IV, pgs. 84 ss.) es uno de los aspectos del estilo que no es apto para la estadística y que Earp ha

de estudiar únicamente mediante comparación de pasajes. Pero este método revela plenamente su eficacia, pues denuncia claramente una evolución también interesante y que se relaciona íntimamente con la observada en los epítetos. A la construcción apositiva de las primeras obras—en las que las amplificaciones son muchas veces repeticiones innecesarias para el sentido y actúan siempre sobre el movimiento de la frase haciéndolo más lento y menos vigoroso—se contrapone en las obras posteriores el período bien estructurado, flexible y variado, sin nada que delate un afán de hinchazón.

El estudio de símiles y metáforas (Chap. V, pgs. 93 ss.), tan interesante para conocer el alma de un poeta, sirve también a Earp para llegar a conclusiones importantes. Y no precisamente por la cantidad de estos tropos—ya que no se aprecia evolución sensible en la proporción de ello que contiene cada tragedia—, sino por la variación del fin con que los emplea y de las esferas sensibles de que proceden las imágenes. Mientras que en las primeras obras son destinados a la descripción de cosas externas, en la *Orestiada*—que es el último hito en la evolución—describen objetos de índole más bien espiritual. De ahí su empleo más «piquant». Y de ahí también que en esta última etapa sean más frecuentes aquellos tipos de metáforas que se prestan mejor a describir estados emotivos (caza, carreras, viento, tiempo, caballos) y que, por otra parte, revelan en Esquilo la observación personal que se echa en falta en las imágenes de las primeras obras.

El último capítulo del libro de Earp (Chap. VI: *Some qualities of Aeschylus)* se sale de lo que es propiamente el objeto de la obra, aunque no por ello deja de ser interesante y de mostrar las dotes de atento observador que posee Earp en alto grado. Los mismos epígrafes dan una idea de su contenido: *A. Aeschylus vivid.—B. Aeschylus natural.—C. Aeschylus humane.*

Aunque no están reunidas en un capítulo especial, las observaciones que hace Earp sobre el estilo del *Prometeo* son del mayor interés para el historiador de la literatura por los nuevos datos que aportan al problema de la autenticidad de esta tragedia, datos que, por otra parte, no hacen más que aumentar el desconcierto. Situado el *Prom.* entre los *Siete* y la *Orest.*, encaja bastante bien dentro de la evolución cronológica del estilo de Esquilo en general. Así, por el número de compuestos y de epítetos ornamentales, se aproxima al *Agam.*, y también en un rasgo tan personal como el uso de los compuestos para describir cualidades espirituales (pg. 17). Pero en lo referente a la construcción de la frase, el *Prom.* se sale de la línea evolutiva que muestran las demás tragedias: la estructura de la frase y el orden de palabras son de una sencillez desconocida en Esquilo. Hay un notable incremento de los períodos sencillos y del uso de partículas y también una abundancia de figuras retóricas extraña a

Esquilo, que llevan a Earp a situar el *Prom.* en una fecha posterior a la *Orest.*, lo cual tiene en contra el hecho de que la muerte de Esquilo tuvo lugar poco después de la representación de ésta, de suerte que, aun admitiendo que hubiera tenido tiempo de escribir la tetralogía del *Prom.*, es totalmente inverosímil que se produjera en el anciano dramaturgo una evolución estilística tan acentuada. Entonces, Earp—que, como otros filólogos ingleses, quiere salvar a toda costa para Esquilo la paternidad del *Prom.*—recurre a la hipótesis formulada por Robertson, según la cual sería una tragedia dejada sin terminar por Esquilo y que fué preparada y representada por su hijo o sobrino. Esto es una hipótesis totalmente indemostrable y que, además, es poco verosímil, ya que—dado que el elemento estilístico que considera Earp es la estructura de la frase y que no se circunscribe a una parte de la obra, sino que la afecta a toda ella—habría que admitir que Esquilo dejó sólo una especie de guión con arreglo al cual compuso la obra su hijo o su sobrino. Lo cual equivale a negar la autenticidad del *Prom.*, conclusión a la que se opone el carácter esquíleo de los otros rasgos estilísticos. Pero, por otra parte, la acentuada retorización de la dicción remite más bien a una época sensiblemente posterior. Los datos que aporta Earp, como se ve, no resuelven el problema, pero deben ser tenidos en cuenta.

Objeciones sustanciales no tenemos ninguna que hacer. En general, Earp procede con la más limpia objetividad científica, pesando bien las conclusiones antes de darlas por seguras. En puntos de detalle sólo alguna observación: al establecer proporciones para dar una idea de la abundancia relativa de ciertos elementos (p. ej., los compuestos, pg. 8) respecto al número de versos líricos o hablados, Earp deforma un poco la realidad, ya que si se tiene en cuenta que un verso lírico tiene la mitad o dos tercios de la extensión de uno del diálogo, la proporción de tales elementos es mucho mayor en la lírica de lo que indica Earp. El estudio de la relación del compuesto con los demás elementos de la frase hubiera, sin duda, llevado a conclusiones valiosas para la evolución cronológica, sobre todo en lo referente a la *abundantia* del segundo elemento. Earp no hace más que rozar este punto (pgs. 15 ss.), y su propia indicación de que en las primeras obras algunos compuestos son meras ampliaciones (por ejemplo, Αἰγυπτογενής, etc., en *Supl.*), nos confirma en nuestra suposición. En el inventario de metáforas tradicionales y chocantes hemos creído observar alguna omisión que, dada la parte inevitable de apreciación personal, sería improcedente reseñar aquí.

En contacto directo con los textos, Earp prescinde de todo aparato erudito, sin que su libro pierda nada de rigor científico. Los resultados a que llega son ciertamente interesantes. Por ello, tras este estudio sobre Esquilo y el anteriormente publicado sobre Sófocles,

esperamos ansiosamente el de Eurípides, que seguramente está preparando.

M. S. RUIPÉREZ.

REV. H. P. V. NUNN.—*A short Syntax of Attic Greek*. Cambridge, 1948, W. Heffer & Sons Ltd. 175 pgs.—El autor de un conocido y útil manual de Sintaxis del griego del Nuevo Testamento da ahora a la luz pública este otro manual destinado a transmitir un conocimiento empírico de la sintaxis del dialecto ático de los autores que constituyen las primeras lecturas del estudiante. No se trata, pues, de una sintaxis presidida por un criterio histórico, como corresponde al fin a que se dirige y al modo típicamente inglés de concebir el estudio de la lengua. Ni tampoco podemos esperar—sin perjuicio de lo personal de la exposición—material nuevo sobre cuestiones de detalle. Los ejemplos, abundantes, no van acompañados de la cita exacta y, con fines pedagógicos, están tomados de la tragedia porque, piensa el autor, en verso son mejor retenidos en la memoria.

Con todas las simplificaciones y esquematizaciones que impone el fin didáctico a que se destina el libro, tiene la gran ventaja de recoger en un razonable número de páginas prácticamente todos los hechos sintácticos del ático literario más leído. Y si dentro de su elementalidad, el orden y la claridad de la exposición han de ser considerados como un mérito en este tipo de manuales, no hay duda de que este que reseñamos del P. Nunn ocupa un puesto aventajado.

M. S. RUIPÉREZ.

PLANQUE, ANÈME, LERMINIAUX, GHILAIN Y DETELLE.—*Gramática griega*, traducida de la 3.ª edición por Antonio Planas, C. M. F. Textos «Palaestra». Barcelona, 1949. 272 pgs. en 4.°—La Editorial nos envía para su recensión esta gramática escolar recién publicada, irreprochable en cuanto a presentación y pulcritud tipográfica, si se exceptúa alguna errata grave, como el part. fut. δειρῶν. La parte sintáctica es muy completa, y el breve resumen de gramática homérica, utilísimo. Nuestras mayores objeciones recaen sobre el intento de «aplicación de la fonética a la morfología», como dicen los autores: ni es preciso meter a los alumnos demasiado pronto en honduras fonéticas, ni se debe confundirles al mezclar evoluciones indoeuropeas con otras griegas, ni menos procede mezclar moneda falsa con la buena información lingüística de que dan muestras los autores. Señalar una evolución *παιδευε-τι > *παιδευεσι > παιδεύει es tan erróneo como suponer *ἐσ-μι > ἐμ-μι > εἰ-μί; en ningún lugar se habla de los falsos diptongos ει, ου; y un alumno al que no se le ha dicho sino que

«de los sonidos ε, α en hiato prevalece el que precede», sin informarle de la transformación $\bar{\alpha} > \eta$ ni de las contracciones pregriegas, creerá siempre que el caso de γένεα > γένη es igual al de *ἐαγόρευον > ἠγόρευον, ni tampoco se explicará por qué ποιέομεν da ποιοῦμεν, mientras que de *ἐομοίοον sale ὠμοίουν. En esto, a nuestro parecer, no hay términos medios: o ignorancia casi absoluta del principiante en materia fonética con una enseñanza memorística, o aleccionamiento fonético racional, omitiendo lo que es superfluo, pero no falseando los hechos para simplificarlos. Por otra parte, que conste nuestra opinión de que se trata de una de las mejores gramáticas editadas durante los últimos años en España. Lástima grande que, desgraciadamente, sobren por lo menos las dos terceras partes de estas páginas para lo que hoy, dada la posición especial del griego en el Bachillerato, pueden hacer los Institutos.

M. F. GALIANO.

H. FOURNIER.—*Les Verbes «Dire» en Grec Ancien*. Collection Linguistique publiée par la Société de Linguistique de París, 1946, 233 páginas.—Libro de abundante contenido es éste, que nos da una visión muy clara y detenida de los verbos de decir en Homero y en griego ático. Se ha enfocado el asunto de una manera didáctica, separándolo en cuatro partes bien delimitadas, y se pueden sacar de cada una de ellas varios conceptos fundamentales y precisos.

En la 1.ª parte se estudia el «subjetivo φημί» y sus relaciones con los objetivos εἰπεῖν/ἐρεῖν; destaca los sentidos religiosos y, sobre todo, la conservación del *tono enfático* «pretender» (partiendo de su raíz **bhā-*). Es interesante, por otra parte, el capítulo que dedica al pretérito ἔφη φάτο, que para los gramáticos modernos es un imperfecto por la forma, pero dejan pendiente el aspecto; Fournier lo resuelve así: ἔφη φάτο en incisos y fórmulas de referencia tiene sentido objetivo y aspecto puntual *(aoristo)*, delante de infinitivo tiene sentido subjetivo; por lo tanto, aspecto durativo *(imperfecto)*.

En capítulos sucesivos continúa estudiando los múltiples aspectos de φημί: intransitivo, en fórmulas de referencia homéricas, en incisos áticos, y concluye que unida a todas las características anteriores, la flexión defectiva de φημί le impide ser el presente homólogo de εἰπεῖν ἐρεῖν.

En la 2.ª parte expone los sentidos oratorios y expresivos de ἀγορεύειν, y se refiere también a los otros verbos de decir homéricos, defectivos, que tampoco pueden ser supletivos de εἰπεῖν/ἐρεῖν, como αὐδάω, φωνέω, φθέγγομαι, ἀμείβομαι, ὑποκρίνομαι, etc., y sus compuestos.

La 3.ª parte, más extensa y compleja, tiene como núcleo esencial el examen de los diversos sentidos de λέγειν, supletivo de εἰπεῖν/ἐρεῖν. Comienza analizando los valores subjetivos racionales de λέγειν, que

lo independizan de εἰπεῖν/ἐρεῖν (valor etimológico racional y distributivo de la raíz **leg-* «recorrer, pasar revista según un plan»), valores racionales de intención «querer decir», expresivos de un sentido declarativo, físicos, «pronunciar, divulgar, cantar, leer», racionales enunciativos «tener razón, hablar bien», morales y prácticos «hablar convenientemente», etc.

Hace resaltar, asimismo, la influencia subjetiva de λέγειν sobre εἰπεῖν/ἐρεῖν, comunicándoles sus valores racionales, retóricos y didácticos de intención y expresivos de afirmación debilitada. Llega a la conclusión de que λέγειν por su flexión completa y regular, por sus sentidos *objetivos* y por su dirección completiva es supletivo de εἰπεῖν/ἐρεῖν.

De interés es el apartado sobre la evolución y declinación de la construcción infinitiva de sentido subjetivo y objetivo y expansión de la completiva con ὡς y ὅτι. Señala a este respecto, tres épocas fundamentales:

1) Heródoto, los trágicos, Píndaro y Tucídides: predominio del infinitivo y empleo vacilante de ὡς, ὅτι.

2) Jenofonte y Aristófanes: empleo predominante de ὡς, ὅτι.

3) Oradores: desaparece casi totalmente la construcción infinitiva.

Hay en este estudio de las completivas dependientes de verbos de decir, exceso de detalles sutiles; pero de todas maneras la confusión se salva por la abundancia de ejemplos y la visión sintética que proporcionan las tablas al final del párrafo.

Culmina la 3.ª parte con un resumen preciso, destacando lo fundamental: λέγειν, reemplazando al enfático φημί, y ἐρεῖν desarrollando el sentido futuro de un antiguo presente, resulta así, frente al dispositivo homérico: φημί-εἰπεῖν-ἐρεῖν- el ático: λέγω-ἐρῶ-εἶπον-εἴρηκα. Pero insiste, afortunadamente, el autor en la persistencia de la corriente subjetiva y la conservación de los sentidos racionales etimológicos de λέγειν, así como el desarrollo de una conjugación secundaria, expresiva y de aspecto indeterminado: λέξω, ἔλεξα, etc.

La 4.ª parte contiene una lista y análisis de las palabras relacionadas con los verbos de decir: ἔπος (aspecto determinado y abstracto) μῦθος (aspecto indeterminado, durativo y concreto), λόγος (sentidos distributivos puros racionales, enunciativos y banales). Con acierto señala la oposición entre λόγος y ἔργον (Hom. ἔπος/ἔργον), de la que se encuentran algunos ejemplos en la literatura.

Debemos reconocer que el autor ha logrado ampliamente su propósito: darnos un detenido análisis de la evolución y significados, con sus múltiples matices, de los verbos de decir en griego. Y esto manejando innumerables conceptos que pudieron convertir el contenido en una masa confusa e ininteligible; pero ha encontrado la forma

acertada de exposición que lo convierte en un texto de consulta preciso.

ADELINA M. ETCHEVERRY.

JEAN LEONARD, S. J.—*Le Bonheur Chez Aristote.* Academie Royale de Belgique. Mémoires. Col. in 8.° T. XLIV. Fasc. 1.°, 1948.— Es una memoria póstuma del P. Leonard, fallecido en 1945, presentada como tesis doctoral en 1941 y refundida para su publicación. En la nota preliminar trata algunas cuestiones de cronología aristotélica; en ella afirma que la Etica a Nicómaco es del último pensamiento de Aristóteles, motivo que le decide a utilizarla para su estudio: «¿Cómo el aristotelismo responde a la exigencia humana de felicidad?» En el capítulo I se nos muestra la noción aristotélica de felicidad basada en la naturaleza de las cosas, igualmente distanciada del idealismo platónico que del relativismo de los sofistas. Aristóteles busca el elemento específico y absoluto de la naturaleza humana, la razón contemplativa. A través de una serie de puntos de contacto con Platón, analiza los caracteres de la dicha y descubre que sólo podrá lograrse en la medida en que el hombre sea idéntico a su espíritu; por consiguiente, nunca será perfecta, sino siempre móvil de una tendencia y un esfuerzo. En el capítulo II se perfila más claramente esta aporía en la necesidad de los bienes exteriores, sometidos a los azares de la fortuna. Se plantea la relación entre bienes materiales y virtudes, bienes materiales y contemplación, el conflicto entre el pensamiento y la virtud y la cuestión de la autarquía de la dicha. Como no depende de la voluntad humana el adquirir ni conservar dichos bienes materiales, la autarquía que Aristóteles da a la dicha no podrá ser absoluta. A continuación, el autor establece las relaciones que tienen para Aristóteles placer y felicidad, a través de la Etica a Nicómaco H 11-14 y K 1-5. Refuta a Platón y a Eudoxio, identifica primero el placer con la felicidad y luego los diferencia al rechazar el hedonismo. Al fin, expone la teoría de la connaturalidad del placer y la disposición moral, teoría que plantea un problema de cronología textual. Como en el libro K se expone la última expresión de la doctrina de las relaciones entre placer y virtud, el P. Leonard trata de establecer que el libro H de la E. N. había pertenecido con anterioridad a la Etica a Eudemo y luego se incorporó a la de Nicómaco.

El capítulo VI empieza precisando el sentido de φρόνησις, discutiendo las tesis de Jaeger y Margeritte y haciendo la evolución de esta palabra, para llegar a la conclusión de que tiene un sentido flotante entre sabiduría práctica y sabiduría teórica. Luego estudia la relación entre sabiduría y prudencia, que plantea nuevos problemas. En el capítulo VI muestra la indecisión de Aristóteles en punto a la Providencia divina y la inmortalidad. La imitación de lo divino es

una de las ideas fundamentales del aristotelismo, pero esta imitación no llega a la unión con Dios. Al llegar a este punto culminante de la moral aristotélica se pierde su fin supremo: la dicha. Aristóteles no se ha hecho materialista; mantuvo su idealismo hasta el fin. Pero para llegar a la posesión íntegra y definitiva de la felicidad divina por la contemplación había que recorrer un camino infinito, para el que no podía tener fuerzas suficientes un solo hombre. La contemplación aristotélica es un fracaso glorioso. Su moral es terrestre; después de esbozar las exigencias de la dicha tiene que reconocer que se ha propuesto una utopía.

Siguen las conclusiones del P. Leonard. Según él, Aristóteles es el primero que convierte la investigación de la dicha en disciplina sistemática. Hay lagunas importantes: ¿Qué papel tienen los bienes exteriores? ¿Qué son las virtudes en la moral contemplativa? La moral aristotélica no es definitiva, sino que está en proceso evolutivo. Hay contradicciones entre idealismo y realismo; Aristóteles, en cierto sentido, fué platónico hasta el fin, pero cada vez más aristotélico.

A continuación incluye el P. Leonard tres apéndices: el primero glosando y estudiando las diversas interpretaciones dadas a la frase «La dicha no hace número con los bienes», que contribuye a aclarar el sentido de la autarquía de la felicidad. Los apéndices II y III tratan dos cuestiones de cronología textual, la del libro VI de la E. N. que queda planteado pero sin resolver, y del libro X de la E. N. Para éste se basa en M. Nuyens, que lo sitúa en el segundo período de Aristóteles (contemporáneo de E. Eudemo), apoyándose en la evolución psicológica. El P. Leonard lo analiza y descubre en él un hilomorfismo trascendente que le inclina a adoptar la opinión de Mansion y Ross, que consideran esta coronación de la E. N. como testamento espiritual de Aristóteles.

La obra es un análisis minucioso de todos los pasajes aristotélicos relacionados con el título de la tesis. Para los lectores de Aristóteles constituye indudable utilidad el análisis y comentario semántico de los numerosos términos filosóficos que tanto se prestan a distintas interpretaciones.

J. ZARAGOZA.

PUELMA PIWONKA, MARIO.—*Lucilius und Kallimachos. Zur Geschichte einer Gattung der hellenistisch-römischen Zeit.* Vittorio Klostermann, Frankfurt a. M. 1949. 411 pgs.—Nos hallamos ante un detenido estudio de la obra luciliana en sus valores propios y en su relación con los modelos helenísticos, sobre todo Calímaco en sus *Yambos*. El problema está planteado desde un doble punto de vista: al estudiar el *sermo* de Lucilio como expresión de un ideal lingüístico, un ideal humano y un ideal de estilo, se atacan todos estos aspectos his-

tóricamente; y al estudiar la sátira romana anterior a Lucilio y, sobre todo, los yambos de Calímaco, todas estas obras son consideradas como integrantes de un mismo género, de origen helenístico y desarrollo romano, como tantas otras cosas. De esta manera queda desechada definitivamente la tesis de Quintiliano de la originalidad romana de la sátira; pero al tiempo se construye una clara línea de evolución sin la interpretación simplista de una mera imitación de lo griego.

F. R. ADRADOS.

BACCHYLIDIS *carmina cum fragmentis* post Fr. BLASS et Guil. SUESS sextum edidit BRUNO SNELL. Lipsiae in aedibus B. G. Teubneri MCMIL. Un volumen en 4.° menor de 142 páginas.—La vieja editorial Teubner, esa verdadera institución venerable para los cultivadores de las Letras clásicas, parece en camino de superar totalmente el terrible bache de la guerra, que, según creemos, constituyó una verdadera catástrofe para sus instalaciones materiales. Hoy, a los cinco años del fin de la contienda, son ya varios los volúmenes de la colección teubneriana que han salido a luz para seguir siendo los guías certeros y valiosísimos de siempre. El primero que ha llegado a nosotros es la sexta edición de Baquílides, preparada, como la quinta, por el profesor de Hamburgo Bruno Snell.

Al comparar esta edición con la quinta, de 1934, se observa, ante todo, la persistencia en el nuevo formato, algo más oblongo, con que ya había aparecido antes de la guerra, por ejemplo, el Menandro de Körte. No cabe duda de que, para textos con extenso aparato crítico, este formato resulta más práctico; sin embargo, quizá resultara más simpático para el lector el tamaño antiguo, tan manejable. También se advierte claramente una notable diferencia, y no precisamente en favor de la nueva edición, en cuanto a calidad del papel y materiales de encuadernación. *Quantum mutatus ab illo!* En este aspecto, el libro recién aparecido se revela como un hijo genuino de su calamitosa época. No tiene, en cambio, nada que envidiar a su antecesor en cuanto a corrección tipográfica, lo cual dice tanto de la gran calidad de los impresores lipsienses como del cuidado y esmero que se ha puesto en la meticulosa corrección de pruebas de un texto muy difícil. La única serie grave de erratas que contiene (salvadas en una hoja volante inserta entre las páginas 32 y 33) no puede imputarse al autor: son de esos errores tipográficos que se producen cuando, dado ya el tírese, se procede a la impresión definitiva.

Pero, pasando ya al fondo del asunto, bastará indicar que la sexta edición no desmerece en nada de la quinta para que sepan nuestros lectores que se trata de otro modelo de erudición, mesura y saber crítico. No diremos nada nuevo acerca del profesor Snell—uno de los

más claros y eficaces cerebros que hoy trabajan en nuestro campo—si hacemos notar que los textos están escrupulosísimamente tratados, sin concesión ninguna al agnosticismo demasiado prudente en las restituciones con que operan, tal vez con razón en parte, algunos editores de papiros—citemos, con todo respeto y admiración, las ediciones sáfica y alcaica de Lobel—, pero tampoco al optimismo algo fantástico que han desplegado, al rellenar una tras otra las lagunas de sus originales, editores como el Diehl de la *Anthologia lyrica*. Snell se atiene rigurosísimamente—como debe ser—a la letra de los papiros, que ha examinado siempre con meticulosidad absoluta: si hay errores manifiestos, no vacila en corregir o admitir emendaciones ajenas; pero, en caso de duda, prefiere dejar en pie la *crux* de la perplejidad—cfr. V 142, XI 119-120, XVII 38, XIX 5, fr. 23 y 26, lugares en que tampoco esta vez quedan resueltos los difíciles problemas—antes que ceder a un impulso caprichoso que tal vez pudiese atentar contra la verdad paleográfica (cfr. la gran lección que, con lacónica sencillez, dió el mismo Snell en *Philol.* XCVII 1948, 336; otro ejemplo de gran prudencia es esta vez el no admitir, en el texto de XVIII 48, el tentador y genial ἐλεφαντόκωπον de Desrousseaux). Esto por lo que toca a los métodos críticos; poner de relieve la espléndida muestra de prodigiosos conocimientos lingüísticos, métricos, históricos, estilísticos que revela esta edición—una de las mejores, sin duda, de la colección de Teubner—sería inútil para quien conozca la manera de trabajar de Snell y la labor realizada ya en la fijación del texto de 1934, con respecto al cual no hay aquí muchas novedades, pero sí algunas, de que daremos cuenta.

Poco después de publicar la anterior edición, Snell volvió a examinar escrupulosamente los famosos rollos londinenses (Pap. Brit. Mus. Inv. Nr. 733, llamado aquí A), inspección de la cual dió los principales resultados en *Hermes* LXXI 1936, 124-6. Las lecturas modificadas no son muchas, pero resultan metodológicamente interesantes. A veces confirman alguna conjetura (I 138, ἄλ]υξαν, de Edmonds, lo cual ha movido a Snell a aceptar también en 139 πόλ[ιν ἐς νέα]ν, del mismo, cfr. K 348; VII 10, 'Αρι[στομ]ένε[ι]ον, de Blass; VIII 15, IX 30; IX 56, Ζην]ὸς, de Blass; IX 69; X 6, παντὶ χ]ώρωι ξ[υν]όν, de Blass y Kenyon; X 9, 'Α[γλ]αῶι, de Blass; X 11, ἐγ ειρὲς, del propio Sn.; XI 23; XIII 70, ἀνθ]έ[ων], de Kenyon, pasaje sobre el cual aporta Gallavotti, *Riv. Fil. Istr. Class.* XXVIII 1950, 265-7, el paralelo de Safo fr. 98 A; XIII 91, φοιν]ικέων, de Headlam; XVII 23, θυμ[όν], 28, [σ]ὺ y 66, με]δ[έω]ν, de Kenyon, etc.). Otras ganancias más o menos importantes hallamos en I 50, III 72, XIII 9 (Κλειώ), XIII 163, XV 2. Snell es muy parco en dar nuevas restituciones; sólo hallamos X 54, αὐλῶν [δὲ; X 55, μείγν[υτ, remitiendo a Safo fr. 55 *b* 4; XI 1, en nota, [κλυτὰν γὰρ] σοὶ πατ[ὴρ

τιμὰν ἔδωκεν] ὑψίζυ[γος Οὐρανίδας (cfr. XIII 80); XIX 40, οἰ[στρο (Blass y Festa proponían ο[ἰστροπλάξ, dudoso en 1934 porque sólo se leía ο[). Observamos también lecturas modificadas en I 9 (ya no cabe [πό]λιν, εἰ, de Blass); X 3; XIII 167, ἐρειψιτοί̣χ̣[οις; y lagunas completadas de distinto modo en III 44 ([ἐρεύθεται], de Kenyon, en vez de [φοινίσσεται], de Blass) y XI 4 (<τ'> por el <δ'> de Neue). No faltan, por último, lugares en que se renuncia sincera y noblemente a los resultados erróneamente alcanzados en otras ediciones por falsas lecturas del papiro: así, VII 11 (desaparece una τ y con ello pierde autoridad [εὖ]τ', de Edmonds; Gallavotti recomienda [παῖδ]', de Maas); XIII 97 (ya es imposible τὸ[ν ἱππευτ]ὰν, de Headlam, o τὸ[ν αἰχματ]ὰν, de Jebb, si la buena lectura, como parece, es το[..]ʿ[..]ων; dichas palabras son demasiado largas y se oponen al acento claramente legible; pero, ante la casi completa imposibilidad de un -ων en este lugar, ¿no podría admitirse el ἀγρότ]αν de Edmonds o quizá un ἱππότ]ᾱν, cfr. Π 33 y Eur. *Héc.* 710?); XIII 127, donde se vuelve al ἀναπ[-υυ- de Kenyon, renunciando al ἀνατ[ελλομένας de Blass (nosotros hemos pensado en ἀν' ἀπ[είρονʼ ἄλα, en vista de que no hay ningún verbo en ἀναπ- que dé sentido aceptable; ἀνὰ con ἄνεμος en V 66; ἁλός en I 54, V 25, XVII 62 y 122, las más veces en fin de miembro y con epíteto, y cerca de πόντος en el último de estos casos; Ἑλλήσποντος ἀπείρων en Ω 545; no creemos que sea obstáculo la doble elisión, que podría obviarse con ἄπειρον; la imagen del viento encontrándose con la noche a lo largo del mar resulta muy poética; en cuanto a la prosodia, ἅλᾶ λῆξεν sería un homerismo, cfr. I 191, ὁπότε̄ λήξειεν, y, en Baquílides, XIII 96, τε̄ ῥοδό-[παχυν, XVI 34, ἐπὶ ῥοδόεντι, fr. 4, 16, ἀπὸ ῥίζας, etc.); XVI 5 (]νειτ.. en vez de]ν, εἶτ' ἄρ'), etc. Notemos, finalmente, una errata en VII 8 (léase ὥι δὲ).

En IV aparecen ya insertos los fragmentos del rollo londinense que, por sorprendente azar, fueron a parar a manos de Medea Norsa más de cuarenta años después del hallazgo de aquél: fragmentos no muy claros en su interpretación ni aun después de los artículos de la citada papiróloga (*Ann. R. Scu. Norm. Sup. Pisa* X 1941, 156-61), el propio Snell (*Herm.* LXVI 1941, 208-19) y Gallavotti (*Riv. Fil. Class.* XXII 1944, 1-15, *Belfagor* 1946, 242-6, *Lira ellenica*, Milán, 1949, 235-7 y *l. c.*). El editor, manteniéndose en su tesis sobre los discutidos versos 9-14 (Baquílides se lamenta amargamente de que no le haya sido encomendada la celebración oficial de la victoria, que correrá a cargo de Píndaro con su P. I), no prodiga las restituciones (pero ἀ[ναξιφόρ]μιγγος de Maas para 7-8). En cuanto a la otra aportación florentina (XII 34-43), no hay aquí novedades apreciables con respecto a los trabajos citados y el de Oellacher, *St. It. Fil. Class.* XVIII 1941, 109-12.

Es, en cambio, totalmente nuevo un fragmento oxirrinquita (llamado aquí papiro L) cuya primera edición ha sido amablemente permitida por Edgar Lobel. Las líneas iniciales (con una cita de Dioniso y quizá de las Musas) pueden ser el final de XIV o, más probablemente, el de un poema casi íntegramente perdido (XIV A). En el resto, suplido por los frs. 11 y 22 de Kenyon, se lee el principio de una nueva oda (XIV B) dedicada al tesalio Aristóteles, de la familia de los Agatocléadas, que fué dos veces vencedor a caballo en los Píticos (es probable, con todo, que la oda celebre especialmente un triunfo obtenido en algún certamen menor, que podría ser, según sugiere Gallavotti, el tesálico de los Petreos). Contiene pequeños escolios marginales, referente uno de ellos a la invocación a Hestia con que comienza el canto.

También hay novedades (ya parcialmente anunciadas en *Herm.* LXXI *l. c.*) en la colocación de los fragmentos del papiro de los *Encomios* (P = Pap. Oxy. XI 1361 y XVII 2081 *e*): los frs. 19 (3-8), 41, 10, 11, 15, 17, «new fr.» 2, 42 y, tal vez, 34 y «new fr.» 1 vienen a encajarse en el cuerpo del encomio fr. 20 A, sin que, por otra parte, el texto gane mucho con ello. Aparecen asimismo variantes de lectura como σ̣τ̣[υ]γερόν (9) y λέ̣γ̣ουσι (14). Hemos visto con satisfacción que, independientemente, Snell ha llegado a la misma restitución que nosotros *(Emerita* XVI 1948, 192) para el escolio del «new fr.» 2: καὶ Π[ίν]δαρο̣[ς. El fr. 20 B gana también en coherencia al hallar lugar definitivo los frs. 25, 23 y quizá 39, mientras que aún no es posible encajar del todo los frs. 37, 40, 36, 14, 16 y 21, que pertenecen probablemente a la columna 6.ª. También quedan ahora en contacto los frs. 9, 7, 8, 28 y 32, formando los vs. 28-46 de fr. 20 C.

Hallamos, como nuevo fr. dudoso, el 53 *a*, de Plut. *Quaest. conv.* 646 *a* (cfr. Wilamowitz, *Herm.* LX 1925, 305); y más allá, el 64 (Pap. Berol. 16.140, sobre el cual cfr. bibliografía en *Emerita l. c.* 194). También en este último caso ha dado resultados la diligente inspección de Siegmann y del propio editor.

Y con ello, y con hacer notar que la casa Teubner adopta de nuevo en este volumen un alfabeto griego del tipo tradicional, ponemos punto final a la reseña de tan preciosa edición.

M. F. GALIANO.

WIFSTRAND, ALBERT. *Die Stellung der enklitischen Personalpronomina bei den Septuaginta* (tirada aparte del *Bull. de la Soc. Roy. des Lettres de Lund*, 1949-50, II, págs. 44-70). Lund, Gleerup, 1950, 27 págs. en 4.°.—Tenemos ante nosotros un folleto muy breve, pero repleto de enjundiosos datos para el recto enjuiciamiento de los distintos libros que constituyen la versión griega del Antiguo Testamento

conocida con el nombre de los Setenta. Como es de todos sabido, existen tales diferencias entre unos libros y otros, que, si no es probable que en la obra hayan intervenido las setenta y dos plumas de que hablaba la tradición, no cabe, sin embargo, la menor duda de que lo llegado a nosotros procede de una pluralidad de autores, cada cual con rasgos peculiares de orden lingüístico y estilístico. Existe, pues, la posibilidad de utilizar estas peculiaridades como medios para obtener conclusiones certeras sobre el reparto de la versión—o incluso de algunos libros de ella—entre determinados autores, o al menos, sobre la mayor o menor fidelidad o independencia que, con respecto al original hebreo, se observe en uno u otro libro o grupo de libros. Ya Thackeray, gran conocedor de los Setenta, nos había dado *(A Grammar of the Old Testament in Greek,* I, Cambridge, 1909, 13) una clasificación esquemática, que, dejando a un lado los libros primitivamente escritos en griego *(Sabiduría, Carta de Jeremías,* fin de *Baruc, II-IV Macabeos* y *Tobías,* este último en lengua vulgar) y las paráfrasis y traducciones libres en griego literario *(I Esdras,* el *Daniel* de los LXX, *Ester, Job* y *Proverbios),* distinguía las traducciones en «good κοινή Greek» *(Pentateuco,* parte de *Josué, Isaías* y *I Macabeos),* las redactadas en «indifferent Greek», es decir, griego medianamente correcto (principio de *Jeremías, Ezequiel,* los XII Profetas, los *Paralipómenos, I Samuel* y el principio de *II Samuel,* la parte central de *I Reyes, Salmos, Eclesiástico* y *Judit)* y las versiones literalmente serviles del hebreo (fin de *Jeremías,* principio de *Baruc, Jueces, Rut,* fin de *II Samuel,* principio y fin de *I Reyes, II Reyes, Cantar, Trenos,* el *Daniel* de Teodoción, *II Esdras* y *Eclesiastés).* Pero Thackeray no fundamenta esta clasificación, y ello es lo que ha dado a Wifstrand la idea de establecer una primera base para la solución del problema mediante el estudio de la colocación de los pronombres personales enclíticos en los distintos libros de los LXX. Como nadie ignora, la lengua griega clásica y en particular el ático tienden a situar las palabras átonas o débilmente tónicas después de la primera palabra de la frase (cfr. Schwyzer-Debrunner, *Griechische Grammatik,* II, Munich, 1950, 692). Tal ocurre especialmente con los pronombres personales enclíticos. En hebreo, por el contrario, las relaciones pronominales no son en tal caso expresadas por medio de elementos aislados, sino de sufijos adheridos a los sustantivos o verbos correspondientes. Es, pues, evidente que el traductor servil colocará el enclítico tras de la palabra a que está más íntimamente ligado, mientras que el buen estilista o, sencillamente, el traductor correcto modificará el orden de palabras del original para adaptarlo al genio de la lengua helénica; es decir, escribirá ὑψώθη σου ἡ καρδία en vez de ὑψώθη ἡ καρδία σου.

Pues bien, Wifstrand ha repasado todos los pronombres de esta

clase que aparecen en los LXX, comparándolos con el texto hebreo, y llegado a las siguientes conclusiones:

1.ª Hay un grupo de libros en que no ocurre ni un solo ejemplo de alteración del orden de palabras hebraico, esto es, cuyos autores se han limitado a traducir literalmente el original sin ninguna preocupación estilística *(Rut, Eclesiastés, Cantar,* ocho de los Profetas menores y los *Salmos de Salomón).*

2.ª Otro grupo en que el orden griego sólo aparece en proporción escasísima, que oscila entre el 0,2 por 100 en *I Reyes* (un solo caso entre 475 pronombres enclíticos) y el 1,4 por 100 en los *Jueces* (también pertenecen a este grupo *Samuel, II Reyes, Paralipómenos, II Esdras, Salmos, Abdías, Habacuc, Jeremías, Trenos* y *Daniel* de Teodoción; Wifstrand incluye aquí a *Josué,* pero en este caso la proporción sube al 2,5 por 100; anotaré que los porcentajes son míos, pues el autor se limita a dar el número de excepciones y, no siempre, el total de los pronombres, y que estas cifras han de ser tomadas de modo aproximativo).

3.ª Un grupo de transición en el que figuran *Oseas, Jonás, Ezequiel,* el *Daniel* de los LXX y *Ester* (con 2, 3, 13, 6 y 3 «helenismos» respectivamente; pero si se tiene en cuenta los tantos por ciento, la cosa varía mucho, pues, dejando aparte los dos Profetas, para los que Wifstrand no da el total, nos resulta un 1,4, un 2,3 y un 8,5 por 100, respectivamente, de modo que *Ester* habría de pasar al último grupo).

4.ª Aunque Wifstrand no lo dice claramente, habría que considerar como pertenecientes al grupo tercero o muy afines a él, al *Levítico* (tres excepciones entre unos 155 casos, esto es, un porcentaje algo inferior a dos) y *Deuteronomio* (2,3 por 100).

5.ª Un último grupo en que se advierte un mayor afán de adaptar el texto a las exigencias estilísticas del griego, al que pertenecen *Isaías* (5,5 por 100), *Exodo* (6,9), *Números* (7,1), *Génesis* (7,6), *Eclesiástico* (9,3), *Job* (10,4) y *Proverbios* (12,5).

Quedan los libros de que no se conserva la correspondencia semítica y que, por tanto, son traducciones de originales perdidos u obras directamente escritas en griego. Aquí los resultados son más dudosos y menos importantes: anotaremos, sin embargo, que *I Macabeos* se confirma como una traducción muy literal del hebreo (un solo caso seguro entre 85) y que los demás libros oscilan entre un 5 y un 8 por 100 de «excepciones» *(I Esdras, Judit, Tobías, Baruc, Susana* y *Bel* de Teodoción) para remontarse a un 12 a 15 en *II-III Macabeos* y hasta a un 25 por 100 en la *Sabiduría (Susana* y *Bel* de los LXX, con un 40 y 50 por 100 respectivamente, no deben contar, en buena ley estadística, por lo exiguo del número total de casos).

En seguida se ve cuáles son las principales divergencias entre este esquema y el de Thackeray. Ante todo, parece exagerado el hablar

de «buen griego de la κοινή» para referirse a *Génesis, Exodo, Números* e *Isaías;* mucho menos puede aplicarse tal expresión—excepto quizá en lo referente a la morfología—a *Levítico, Deuteronomio, Josué* y, como arriba hemos dicho, *I Macabeos.* En cambio, el *Eclesiástico* merece pasar del grupo «mediano» al primero de Thackeray. En dicho grupo «mediano», *Oseas, Jonás, Judit* y *Ezequiel* deben adquirir cierta preeminencia sobre los demás; y en el de «griego literario» (la expresión resulta también algo optimista), es injusto no distinguir a *Job* y *Proverbios.*

También pueden extraerse ciertas deducciones acerca de las eventuales diferencias entre distintas partes de un libro, lo cual permitiría suponer dos o más traductores para el mismo. En este sentido, Wifstrand anuncia que no hay nada en sus datos que confirme las ideas expuestas por Thackeray *(Journ. Theol. Stud.* IV 1903, 245-66 y VIII 1907, 262-78) sobre varios traductores de *Jeremías, Samuel* y *Reyes.* En cuanto a *Ezequiel,* debería habernos advertido el autor que ya el propio Thackeray (ibid. IV 1903, 398-411, especialmente página 403) había reparado en la colocación «griega», que él atribuía al traductor de la porción β (XXVIII-XXXIX) frente a los de α y γ (I-XXVII y XL-XLVIII respectivamente); que Herrmann y Baumgärtel *(Beiträge zur Entstehungsgeschichte der Septuaginta,* Stuttgart, 1923, 1-19, sobre todo pág. 17) apoyaron esta afirmación con nuevos ejemplos, y que, por último, Ziegler *(Zeitschr. Alttest. Wiss.* LXI 1945/8, 76-94, sobre todo pág. 88) confirma el hecho curioso de que los casos de colocación «griega» no empiezan hasta XXVI 11 y terminan en XXXVIII 14, pero, como el papiro 967 conserva, frente a otros manuscritos, seis «hebraísmos» en dicho trozo, es de suponer que los casos de anteposición del pronombre no se deban al traductor, sino a un corrector que modificó ocasionalmente el orden de palabras primitivo (por otra parte, hay grandes indicios de que el *Ezequiel* pueda deberse a un solo traductor, según demuestra Ziegler: del texto de 967 se desprende, como hizo notar ya Kase, *The John H. Scheide Biblical Papyri: Ezekiel,* Princeton, 1938, que la lección primitiva es en todos los casos κύριος, y que no es probable, por tanto, que, como quería Thackeray, tal lección sea exclusiva de α frente a κύριος κύριος de β y κύριος (ὁ) θεός de γ; también las lecciones βόθρον en XXXI 16 y στυγνάσουσιν en XXVI 16, que da el mismo manuscrito, muestran que el traductor ¿único? de *Ezequiel* empleaba siempre idénticas palabras, en contra de todo el resto de los LXX, para traducir los mismos vocablos hebreos). Wifstrand anota en *Ezequiel* doce o trece «excepciones», todas las cuales pertenecen al grupo β (o a los dos últimos capítulos de α, en los que también señaló Thackeray el mismo fenómeno), menos V 11 y IX 10, que serían fatales para la tesis tripartita.

Wifstrand hace notar igualmente la coincidencia de sus resultados con los de Herrmann y Baumgärtel, *o. c.* 32-9, que suponen dos traductores diferentes para los doce Profetas menores. En efecto, los seis que, según aquéllos, fueron traducidos por una de las dos manos *(Oseas, Amós, Miqueas, Joel, Abdías* y *Jonás)*, presentan ocho casos de aproximación al orden de palabras griego, mientras que en los otros seis no hay más que un caso, y éste dudoso *(Habacuc* I 3, en que BS se atienen al orden hebreo).

Resultan particularmente propensos al empleo del orden griego el *Salmo* XXII (con tres casos), *Ex.* XXXIII, *Núm.* XXII-XXIV y *Bar.* IV-V. Ello podría ocasionar interesantes deducciones.

En la tradición textual se hace patente, en la mayoría de los casos, cierta tendencia a restituir el orden hebreo. Tal se observa en A (que sin embargo, en *Jueces* es menos literal que B) y en los códices hexaplares y luciánicos. S es más libre en *Tobías* que BA.

Se ve, finalmente, que hay también ciertos modismos que se resisten más que otros a la ordenación «griega»; así, σου en plegarias aparece siempre inmediatamente después de la palabra de que depende, excepto en *Dan.* III 34 (según los LXX), un lugar que no podemos enjuiciar con seguridad porque no se halla en TM.

Hemos expuesto con bastantes pormenores lo más fundamental del artículo del profesor Wifstrand porque lo consideramos como una aportación positiva al conocimiento de los LXX. No quiere esto decir que nos hagamos demasiadas ilusiones acerca de su infalibilidad. En primer lugar, la complicada cuestión de las recensiones septuagintales tiene que haber enturbiado forzosamente en alguna medida los hechos primitivos, como ya se ha apuntado en varios casos. De otra parte, un solo fenómeno no es suficiente para que, apoyados en él, podamos dictar veredictos inapelables. Pero si futuras investigaciones fueran estudiando otros aspectos sintácticos del A. T. griego, y si los resultados coincidieran en lo esencial con los de Wifstrand, tendríamos ya un módulo que nos permitiera enfocar las cuestiones textuales a una luz distinta según el grupo a que tal o cual libro quedara definitivamente adscrito. En todo caso, el profesor Wifstrand, esforzado roturador de un campo tan fértil como agreste, merece todos nuestros plácemes.

M. F. GALIANO.

Römische Satiren, eingeleitet und übertragen von OTTO WEINREICH. Die Bibliothek der Alten Welt. Artemis Verlag. Zurich, 1949. CIV-432 pgs.—Otto Weinreich ofrece, en un volumen de presentación y ejecución tipográfica estéticamente perfecta, una amplia colección de muestras de la sátira latina, traducidas en verso alemán. El libro se abre con un estudio preliminar que, teniendo en cuenta la clase de

lectores a que se supone destinado aquél, no peca de breve ni de superficial. La etimología y acepciones de la palabra *satura/satira*, los orígenes del género en Roma, sus posibles precedentes y entronques griegos, el carácter y significación históricoliteraria de cada uno de los grandes cultivadores, se tratan con amenidad, erudición e información bastante moderna. El autor muestra amplio criterio y visible deseo de ser completo. Divide el conjunto de sus textos en tres partes: en la primera (orígenes) recoge fragmentos de Enio, Lucilio y Varrón; en la segunda (la sátira de la mejor época) transcribe todos los *Sermones* de Horacio y varias sátiras de Persio y Juvenal; en la tercera (la sátira menipea de la época de Nerón) presenta la *Apocoloquintosis* y fragmentos del *Satiricón*.

Las composiciones ofrecidas en fragmentos están hábilmente engarzadas con explicaciones y comentarios. Predominan las traducciones del propio Weinreich, bien por tratarse de autores no traducidos antes al alemán, o a lo menos no traducidos con finalidad poética, bien porque las traducciones existentes están anticuadas y superadas, como ocurre con la de Lucilio por Düntzer. Para las sátiras horacianas, Weinreich transcribe la traducción de Wieland, la más satisfactoria, según su propio criterio, en el aspecto artístico, salvo para la segunda sátira del libro I *(Ambubaiarum conlegia...)*, que Wieland, por consideraciones fáciles de imaginar, sólo tradujo en una pequeña parte. Dos sátiras de Persio proceden de la traducción de Blümner (1897), en pentapodias yámbicas rimadas; una de las de Juvenal está traducida por Alfred Maisack, discípulo de Weinreich. Tanto éste como su maestro usan el verso libre y procuran adaptar sus esquemas métricos a los de los originales respectivos; predomina, pues, el hexámetro, de noble tradición (recuérdese a Goethe) en la poesía alemana. No es necesario decir que se mantiene la prosa en los originales prosados, como parte de la *Apocoloquintosis* y los fragmentos de Petronio.

Cierra la obra una bibliografía relativamente copiosa (medio centenar de obras) y de actualidad, pues cita libros como el de Willi *(Horaz und die Augusteische Kultur)*, aparecido en 1948.

MANUEL MARÍN PEÑA.

CARCOPINO, JÉRÔME.—*Les secrets de la correspondance de Cicéron*. París, L'artisan du livre, 1947. Dos vols. 446 y 494 pgs.—Parécenos un poco chocante el título de esta obra, compendio de historia seria y fruto de sólida erudición. De una parte tiene aspecto de halago al gran público, o anuncio de satisfacción de extracientíficas curiosidades. De otra, no vemos en él un reflejo exacto del contenido. Sin negar a la obra de M. Carcopino originalidad ni sello personal, es

algo distinto de una serie de revelaciones. En realidad es un nuevo examen de la correspondencia ciceroniana; examen detallado, sagaz, habilísimo en la concatenación de hechos, penetrante y al mismo tiempo audaz en las inferencias psicológicas, y puesto, en su totalidad, al servicio de una tesis.

Esta tesis viene a ser la siguiente: las cartas de Cicerón, en la forma en que han llegado hasta nosotros, constituyen para el Arpinate una formidable pieza acusatoria. Todos los defectos que como hombre privado y como político afearon la figura moral de Tulio aparecen reflejados en el epistolario; unas veces, con inmediata evidencia; otras, basta un leve esfuerzo interpretativo para descubrirlos. Por eso M. Carcopino subtitula así el primero de los dos volúmenes de su obra: «La correspondencia de Cicerón contra Cicerón», y dentro de él sistematiza los cargos, en capítulos con epígrafes no menos llamativos que el del conjunto.

Pero al mismo tiempo que acusan a Tulio, las Cartas constituyen un precioso testimonio a favor de ambos Césares y de sus partidarios, y una fuente de terrible descrédito para los anticesarianos. Estos testimonios a favor de César y de Octavio y en contra de los enemigos de ambos integran la materia del segundo tomo.

Ahora bien: por espontáneo que sea el sentir que reflejan las Cartas, no es natural que sean casi exclusivamente una prueba de confesión, una colosal «absolución de posiciones», en términos procesales, una acusación contra el autor y sus amigos y un alegato a favor de sus enemigos, incluso del autor de su propia proscripción. Carcopino explica el hecho así: el epistolario fué publicado por iniciativa de Octavio y con una finalidad de propaganda política; buscaba infamar la memoria del propio Cicerón para justificar, en cierto modo, el crimen de estado de que éste fué víctima; arrojar, de paso, el cieno de la detracción sobre el partido senatorial y evitar una póstuma glorificación que elevase al proscripto a la dignidad, fecunda en prosélitos, del martirologio político. Esta finalidad explica algunos silencios y lagunas de la correspondencia. No existe un positivo falseamiento, pero sí una intervención censora que separó de la colección lo que pudiera oponerse al fin perseguido. Bastaría esta censura imperial para justificar, por ejemplo, la ausencia o escasez de cartas de la época de más activa y gloriosa vitalidad política de Cicerón, como es la de su consulado, el *annus mirabilis*; según la hipótesis de la intervención censora de Octavio se explicaría por la existencia de una abundancia de datos comprometedores para César y su memoria.

Tal parece ser la fuerza de convicción de estos puntos de vista, que las conclusiones a que llega Carcopino reaccionan sobre sus propias premisas, hasta hacer vacilar la exactitud de ellas. Toda la inter-

pretación que M. Carcopino da a las Cartas es intensamente anticiceroniana. No es sólo el destacar lo inequívocamente peyorativo; es también el dar alcance de motivo de descalificación social o de desconceptuación moral a datos y hechos que en sí son leves, indiferentes o innocuos. Sirva de ejemplo la importancia que da Carcopino a la presencia simultánea de Cicerón y de la actriz de mimos Citeris, amante de Antonio, en una cena en casa de Volumnio Eutrapelo, presencia suficiente y limpiamente explicada por Tulio, a pesar de lo cual M. Carcopino proclama que tal explicación une a la disipación la hipocresía; o la morosa insistencia con que se trata una presunta confesión de embriaguez, con ocasión de otra cena en casa del jurisconsulto Trebacio. En la misma línea puede ponerse la acogida que se da a las conjeturas de Frank Olivier al identificar a Cicerón con el Drances de Aen. XI, 340-341, o con el padre incestuoso de Aen. VI, 623, bien que tampoco en Carcopino pasen de tímida hipótesis.

Las citas de las Cartas, en buena parte procedentes de la edición Constans, presentan a veces en su traducción francesa matices y trazos subjetivos que, sin perjudicar en lo esencial la fidelidad de la versión, cambian un tanto el tono de su afectividad. Señalemos un caso en que la desviación es mayor, pues la supresión de una interrogación o de una admiración en un *infinitivum indignantis*, o en una serie de ellos, puede, no ya modificar, sino invertir llanamente el sentido. Dice Carcopino (II, pg. 98): «Il prête au commandant en chef (Pompée) un horrible langage: «Moi à qui l'on a conféré les noms de père et de sauveur de la patrie, j'y amènerai les Gètes, les Arméniens et les Colques, je viendrai affamer Rome et ravager l'Italie», donde el texto latino dice: *Me, quem nonnulli conseruatorem istius urbis, quem parentem dixerunt, Getarum et Armeniorum et Colchorum copias ad eam adducere? Me meis ciuibus famen, uastitatem inferre Italiae...*»

Aparentemente, pues, la obra de M. Carcopino se halla en el frente anticiceroniano que, autorizado por nombres de otros grandes historiadores, Mommsen, Drumann-Groebe, etc., ha tenido sus más modestas expresiones en los escarceos semicultos de la novela histórica o del periodismo de información general. Aparentemente, decimos, pues el lector, al acabar la lectura de la obra, se ve sorprendido por una conclusión que la tónica general del trabajo convierte en inesperada. El autor se justifica en ella del tono de diatriba que a veces adopta y, en cierto modo, reivindica a Cicerón, insistiendo sobre los bastardos móviles de la publicación de las Cartas. Conclusión «reconfortante», en frase del autor, «no sólo para los admiradores de Cicerón, sino para todos los que conservan su fe en la historia». El apasionamiento, el subjetivismo del resto de la obra no es, según esto, sino mera apariencia, pero tan viva que quien no llegue a leer la conclusión puede sufrir error sobre la posición espiritual del autor, y quien la lea puede

juzgarla, más que consecuencia lógica de los antecedentes expuestos a todo lo largo de los dos tomos, retractación o atenuación.

Con las precauciones de lectura y crítica que se deducen de estas observaciones, la obra de M. Carcopino abre horizontes, plantea problemas, interesa vivamente al especialista y tiene, en su dramática vitalidad, en su animado estilo, servido por un francés de léxico rico y vario, en su vivaz amenidad, grandes alicientes para el lector no especializado. El eminente biógrafo de Sila y de César ha dado con esta nueva producción una muestra de sus portentosos conocimientos sobre la historia de Roma y de sus excelentes dotes de expositor.

M. MARÍN Y PEÑA.

A. ERNOUT.—*Les adjectivs latins en* -osus *et en* -ulentus. París-Klincksieck, 1949, 122 pgs.—Por el método y por los principios que le informan, el nuevo libro del señor Ernout se parece mucho a otros trabajos anteriores suyos, y en particular a su art. «*Senex* et les formations en *-k-* du latin» (*BSL* XLI, 1940, 92 ss.). Más que las cuestiones sobre el origen de los dos sufijos, lo que al autor le interesa es dar una historia de su desarrollo dentro de los textos latinos conocidos. Y en este aspecto hay que reconocer que la obra representa una aportación valiosa al estudio del léxico y de la derivación latina (terreno éste, como se sabe, un poco atrasado en relación con otras partes de la Gramática). El inventario de voces con esos dos sufijos que Ernout reúne, y que comprende desde las palabras del latín arcaico hasta las formas de los glosarios y del latín medieval, puede admitirse que prácticamente es completo; aunque según el mismo autor confiesa (pg. 9): «comme il s'agit d'une formation qui a toujours été vivant, il est toujours possible de découvrir dans un texte ou dans un glossaire inconnu ou mal étudié un adjectiv nouveau». De todas formas creo que nadie tendrá inconveniente en suscribir sus palabras siguientes, cuando afirma que «esos descubrimientos nunca serán muy numerosos, ni podrán cambiar el aspecto general del tipo y los modos de su empleo». Pero lo que sin duda constituye el principal valor de ese inventario son las indicaciones que acompañan a cada palabra. Indicaciones rapidísimas, que recuerdan por su concisión el estilo telegráfico, pero siempre interesantes y llenas de contenido científico; indicaciones que en unas breves líneas suelen dar resumido todo lo más saliente de la historia de cada palabra: datos sobre la fecha y lugar de su aparición, estadísticas sobre la frecuencia de su empleo en los diversos autores, observaciones de los antiguos lexicógrafos sobre su sentido o carácter, formas griegas a las que traducen o corresponden, sinónimos o dobles latinos, etc. Por lo demás, no necesita decirse, tratándose de un trabajo de Ernout, que

los materiales están ordenados y presentados de acuerdo con las exigencias de la técnica más depurada.

Es decir, que como fuente de información, y a pesar de sus reducidas dimensiones (100 pgs. de texto en total), la obra tiene un valor indiscutible, que los años no han de menoscabar.

En cambio, es mucho más dudoso que puedan resistir a la crítica algunas de las interpretaciones del autor sobre los hechos por él manejados, y en particular todo lo que dice sobre el origen de los sufijos. Ernout, por ejemplo, parece creer, todavía a estas alturas, que el *-ōsus* pudo proceder de un *-ouent-tos/-ount-tos* (pgs. 5-6), según la vieja hipótesis de Bopp y Osthoff. Pero claro está que el descrédito en que esa explicación había caído últimamente no es más que una prueba de su incompatibilidad con los principios de la gramática latina, y me parece muy dudoso que la autoridad de Ernout baste para revalidarla. Para el caso importa poco la actitud que adoptemos frente a la hipótesis hoy corriente sobre este punto. Cuestión en la que por cierto yo no tendría ningún inconveniente en suscribir la crítica de Ernout. Lo que nadie admitirá es que esto atenúe en nada los obstáculos insuperables de la hipótesis por él propuesta.

Dice también Ernout (pgs. 99-100) que el *-ulentus* parece haberse formado por la aglutinación de dos sufijos distintos: un *-ul-* (que él relaciona con el sufijo de agente *-ulus*, cfr. *tremulus, querulus, figulus*, etc.) y un *-entus* (que se ve en *cruentus*); a pesar de que a continuación da como probable la hipótesis de Leumann sobre este sufijo. Pero claro está que esta hipótesis, que considera al *-olentus/-ulentus* como un sufijo desprendido de *ui-olentus*, donde se habría originado por cruce de *uiolans* con *cruentus*, hace innecesaria la suposición de un *-ul-* independiente, que, por lo demás, en latín sería muy difícil justificar en las formaciones en *-ulentus*. Así es que, por mi parte, prefiero atenerme a la hipótesis de Leumann, a mi juicio la más probable de las hasta ahora propuestas (para algunas aclaraciones complementarias, cfr. mis *Estudios de Fonética*, pg. 253 ss.).

De todas formas ya he dicho que Ernout no concede más que un interés muy secundario al problema etimológico de los sufijos. Se comprenderá, pues, que estas ligeras objeciones en nada aminoran el mérito de su obra.

A. PARIENTE.

ALEXANDER, W. H.—*Seneca's naturales quaestiones*. The Text Emended and Explained. Univ. of California Publications in Classical Philology. Vol. 13, n° 8, pgs. 241-332, 1948.—W. H. Alexander, autor de importantes notas críticas sobre el texto de otras obras de Séneca, toca en esta publicación las *Quaestiones naturales* del filósofo hispanorromano, en orden a la corrección del texto de algunos pasajes y la ex-

plicación de muchos más. En la introducción hace el autor una breve historia del trabajo de editores y críticos sobre esta obra de Séneca, cuyas más importantes manifestaciones en tiempos modernos han sido las ediciones de Gercke (Teubner, 1907) y Oltramare (Coll. des Universités de France, 1929). Una especial atención le merecen los trabajos de Axelson (1933 y 1939), que aunque el último no se refiere directamente a esta obra de Séneca, ilustra como pocos el texto y el estilo de las obras en prosa de este autor e incluyen importantes sugestiones sobre ciertos pasajes de las mismas *Quaestiones naturales*.

A partir de Axelson se han reconocido y clasificado los tipos de cláusula rítmica en que concluyen las frases senecanas, y este elemento no ha sido tenido en cuenta nunca hasta ahora en ninguna edición de las *Quaestiones naturales*. En tiempos de Gercke estaba muy reciente aún el descubrimiento del ritmo clausular en los autores de la latinidad de la Edad de Plata, y Oltramare al preparar su edición de las *Quaestiones naturales*, como Beltrami en su edición de las *Epístolas morales*, no creyeron necesario estudiar seriamente este problema. Pero ahora, después de los estudios de Axelson, es preciso ir aplicando su método y sus conclusiones al texto de las distintas obras en prosa de nuestro autor. Este es uno de los principales elementos del método de trabajo de Alexander.

Alexander parte de que el estudio de nuevos códices, después del trabajo fundamental de Gercke, es muy difícil que venga a decirnos nada nuevo. El método para enmendar los lugares que lo necesiten es para este autor el mismo que señalábamos en la reseña de su trabajo sobre los Diálogos de 1945: el conocimiento de las formas de expresión de la prosa latina del siglo I, y especialmente de Séneca, adquirido con la lectura atenta y repetida del autor; la confrontación del texto en cuestión con pasajes paralelos de otras o de la misma obra, y la aplicación a los finales de frase de los principios de la cláusula rítmica tal como han sido expuestos por Axelson y recoge Alexander en la Introducción a este trabajo. Ahora bien, creemos que no se ha de hallar infaliblemente cláusula en todos los finales de frase de Séneca, menos en una obra científica, aunque en nuestro autor no haya una sola línea desprovista de reflexiones morales y de intención literaria. Cuando una simple trasposición de lugar de las palabras finales de la frase nos da con precisión una de las cláusulas de Axelson, Alexander se inclina generalmente a proponerla. En algunas de estas ocasiones un lugar semejante de la misma u otra obra favorece la trasposición, y entonces no cabe duda de que debemos aceptarla; en otros lugares, si la corrección tiene en contra el testimonio unánime de la tradición manuscrita, no nos inclinaríamos tan fácilmente en favor de la propuesta trasposición de Alexander. Las familias de códices de las *Quaestiones naturales* están tan clara-

mente diversificadas, que la fuente común a ambas se halla probablemente en una época harto lejana, lo bastante para garantizar la fidelidad del testimonio común de los principales códices. Estimamos que en conjunto el trabajo de Alexander es un paso importante en el conocimiento del texto de Séneca, al que sin duda deberán incorporarse muchas de las sugerencias del autor, sobre todo cuando vayan siendo depuradas por la discusión y el comentario de los otros filólogos senequistas.

A. FONTÁN.

ALEXANDER, W. H.—*Seneca's Epistulae Morales.* The Text Emended and Explained. University of California Publications in Classical Philology. Vol. 12, n° 5, pgs. 57-88; n° 8, pgs. 135-164; n° 12, pgs. 175-216.—Estas publicaciones son anteriores a otras del mismo autor sobre el texto de los Diálogos y de las *Quaestiones naturales* del propio Séneca. Alexander pone a contribución todas las ediciones, traducciones (por ejemplo, con especial predilección la de Gummere en Loeb) y estudios críticos sobre el tema, sin desechar las más antiguas conjeturas erasmianas en alguna de las cuales se descubre la misma que ha propuesto algún crítico en los tiempos modernos. A partir del segundo de estos trabajos es utilizado el libro de Axelson *(Neue Seneca Studien,* Lund, 1939), con lo cual entra en juego la consideración de las cláusulas y del aspecto rítmico de la prosa senecana.

Leitmotiv de toda la labor crítica de Alexander es «que la lección de los manuscritos suele ser con frecuencia correcta cuando es debidamente interpretada», con lo cual hay algunos pasajes, como XXIX, 2, definitivamente eliminados de ulteriores discusiones de la crítica. El otro elemento esencial puesto en juego por el autor es la aportación de textos paralelos del mismo Séneca (cfr. XVI, 2), que si bien en algunos lugares no es tan completa como sería de desear (IX, 2, donde propone *s <i> ibi* en lugar del *sibi* de los códices, *si* de los editores), le cabe la disculpa de la falta de un índice léxico de las obras de Séneca que facilitaría extraordinariamente esta labor.

El crítico americano, aplicando valientemente los principios de su trabajo, suprime ciertas conjeturas universalmente aceptadas, como, por ejemplo, *fit via <vi>* de Gruter en XXXVII, 3; *eodem loco <conloco>* (Hermes) o *<loca>* (Rossbach, Beltrami); *<ego>* (Alexander); otras veces admite una lección difícil de comprender, proponiendo una nueva interpretación del pasaje en cuestión: LXV, 15 *ego quidem peiora illa ago ac tracto, quibus paratur animus, et me prius scrutor, deinde hunc mundum...* en donde Alexander entiende que hay un sentido irónico.

A veces nos parece que este crítico va en contra de sus propios principios, como en LII, 5, donde propone una larga conjetura sobre

la hipótesis no muy fundamentada de sueño o agotamiento del copista (¿de cuál?, ¿piensa Alexander en un arquetipo único?, ¿y en qué fecha lo sitúa?). En XLII, 4, en vez de eliminar las palabras *si subaudis*, parece lógico que se haga un esfuerzo mayor para interpretar este «locus maxime corruptus». En LII, 5, yo me inclinaría a leer con los códices *puta enim duo aedificia excitata esse, ambo disparia, aeque excelsa et magnifica...*, entendiéndolo así: «imagínate que se han levantado dos edificios del todo distintos entre sí, pero igualmente elevados y magníficos».

Una vez más resulta evidente con el trabajo de Alexander que el texto de Beltrami (1916 y 1931), en algunos lugares, ha supuesto un retroceso con respecto al de ediciones anteriores (por ejemplo, Hense); de Beltrami (1916) depende totalmente el texto de Cardó en la colección Bernat Metge de Barcelona (1929, 1930 y 1931), que solamente altera, con respecto a la edición del italiano, algún lugar (XLIX, 4, *defecturam*, según una conjetura de Joh. Mueller tomada del mismo aparato crítico de Beltrami). Es lástima que la edición de Préchac, en *Les Belles Lettres* (por lo menos el 2.° vol., de 1947), no tenga noticias de estos trabajos críticos de Alexander ni los haya utilizado para nada.

A. FONTÁN.

ANDRÉ, J.—*La vie et l'oeuvre d'Asinius Pollion*. París, 1949. Klincksieck (Colección *Etudes et Commentaires* VIII).—Se imponía ya la necesidad de poner al día en un libro de conjunto los conocimientos sobre la figura de Pollion y las discusiones que plantea. Tal es el trabajo llevado a cabo con notorio éxito por el señor André, que ya con anterioridad había dedicado al tema excelentes estudios parciales. En sus capítulos se exponen la carrera de Pollion y sus aspectos de poeta, historiador, orador, crítico; la lengua y el estilo y, finalmente, su actividad como propulsor de las letras y de las artes.

Como la personalidad de Pollion es tan atrayente, la erudición y el arte de expositor del señor André encuentran campo favorabilísimo y el resultado es un libro que se lee con el mayor gusto.

Ello aparte, el autor domina su asunto, y nos es grato encontrar muchas veces en sus conclusiones bien juicios equidistantes, ya rectificaciones convincentes a viejas opiniones más o menos rutinarias sobre esta personalidad política y literaria.

Seguramente por ser de fecha poco anterior—1947— al libro del señor André, no fué conocido por este investigador el artículo del señor Mazzarino en *Studi italiani di Filologia classica*, en el cual se da la debida importancia en relación con la *patavinitas* de Livio al pasaje de Quintiliano I, 7, 24 (que, desde luego, conoce el señor André), y a la alusión a Pediano en él contenida.

J. VALLEJO.

RUYSSCHAERT, JOSÉ.—*Juste Lipse et les Annales de Tacite. Une méthode de critique textuelle au XVI siècle* (Université de Louvain. Recueil de travaux d'Histoire et de Philologie, 3ª série, fasc. 34). Louvain, 1949.—Como Justo Lipsio «ocupa un lugar privilegiado en la historia del texto de Tácito», el autor se propuso mostrar «las razones del éxito de su edición crítica tantas veces reimpresa» componiendo este libro que trata «de los principios generales de la crítica textual [de Lipsio], su edición de Tácito en particular y la historia del Humanismo».

El esfuerzo del autor se comprende bien cuando se tiene presente que Lipsio, en su crítica textual, nunca teoriza y, por tanto, sus principios y su método hay que extraerlos de la observación y estudio de sus notas a cada pasaje de su explicación de Tácito. Encabeza el libro una interesante bibliografía de ediciones y comentarios de Tácito (impresas y manuscritas) y de obras relativas al Humanismo más especialmente tocantes a Lipsio. En la primera sección nos ha llamado la atención no encontrar las ediciones comentadas de Wolff y de Heraeus, esta última, sobre todo, muy superior a la francesa de Goelzer, ni la edición crítica de Giarratano, si bien ésta se cita luego en el curso del libro.

Siguen después los capítulos de la biografía de Lipsio y de las ediciones y manuscritos utilizados por él. Dato muy importante de este segundo es la información de que a causa de una aparente identidad de dos de las ediciones más antiguas de Tácito (1533 y 1544 de *Beatus Rhenanus)*, desde hace mucho tiempo se vienen atribuyendo (y así incluso ahora en editores modernos) ciertas lecciones a Lipsio que corresponden a Rhenanus.

Una muy útil contribución de este mismo capítulo es la identificación exacta y completa de los manuscritos romanos colacionados por el humanista.

Conclusión principal de este apartado es que Lipsio, «si no tuvo la ocasión de colacionar el manuscrito principal o *Mediceus* II, tuvo en cambio la suerte de disponer del manuscrito que más se le acerca».

Cap. 3°: Comentarios utilizados por Lipsio. Magnífico capítulo que nos ofrece la historia crítica de los comentarios impresos entre 1515 y 1604, más las varias listas manuscritas de notas que le comunicaron a Lipsio sus amigos. Esta historia crítica prepara el camino para darnos una idea perfecta del valor propio de la obra lipsiana. En una segunda parte se estudia con erudición admirable la obra de los grandes humanistas contemporáneos Muret y Chifflet.

Y entramos ahora en la obra de Lipsio. En el libro II estudia el autor los pormenores de la crítica textual del humanista; en el III da la visión total del «valor y originalidad del método lipsiano». Los

pormenores de las correcciones y conjeturas muestran que el método de Lipsio era predominantemente conservador y que concedía el máximo valor a los manuscritos.

Nota interesante es la comprobación rotunda de que Lipsio fué el primero en observar la gran influencia de Salustio sobre Tácito.

Como fué también el primero en adoptar para la crítica de Tácito un método de crítica textual basado en la colación y valoración de los manuscritos y otros testimonios, sin que por ello se apartara del procedimiento usual de los humanistas de su tiempo y siguientes, hasta principios del XIX, de partir de una edición anterior impresa y anotar variantes de los manuscritos.

Expone también el señor Ruysschaert otros aspectos importantes del método lipsiano y dedica un capítulo a la originalidad de este humanista en comparación con sus grandes contemporáneos Muret y Chifflet.

Como contrapartida hay que atribuirle las malas consecuencias de su demasiado apego al texto corriente, que da por resultado, cuando se le presentan nuevos testimonios y nuevas variantes, un criterio excesivamente conservador: así de las variantes que le ofrecieron los dos manuscritos capitales *Medicei* rechazó muchísimas «que eran excelentes», como observa el señor Ruysschaert, no dándose cuenta de la superioridad de estos códices.

El capítulo siguiente, sobre los plagios de Lipsio, se lee con grandísimo interés y gusto. El último es un perfectísimo índice de las correcciones de Lipsio al texto de los *Anales*, demostrador del trabajo imponente desarrollado por el señor Ruysschaert.

Es este un libro magnífico que puede servir de modelo para trabajos de la misma clase. Conocimiento agotador de la materia, ordenación clara y atractiva, imparcialidad, observación fina: tales son sus cualidades más sobresalientes.

J. VALLEJO.

CATULLI VERONENSIS Liber, recognovit Egnatius Cazzaniga (Corpus Scriptorum Latinorum Paravianum). In aedibus Io. Bapt. Paraviae et sociorum. Aug. Taurinorum. Seconda Edizione, 1945.—Viene a añadirse esta nueva y cuidada edición de Catulo (reimpresión, con pocas correcciones, de la primera, publicada y desaparecida en la guerra), a las numerosas ediciones y estudios que, como ya observaba G. Lafaye en la suya de 1922 (y citaba una observación análoga de M. Bonnet en 1890), se han venido consagrando a Catulo, aumentadas aun, después de la de Lafaye, por las de Merrill, Kroll, y Lenchantin de Gubernatis.

En la presente edición, preparada en plena guerra, se ha renunciado a hacer un nuevo examen de los manuscritos, sobre todo en

cuanto concierne a la afinidad entre los dos principales, el *Sangermanensis* y el *Oxoniensis*. En algunos lugares se han empleado las lecciones del *Romanus Vaticanus Ottobonianus* y del *Marcianus Venetus*, si bien Cazzaniga no comparte la opinión de los que atribuyen gran valor a estos últimos.

El aparato crítico es abundante. El texto es conservador y sólo incluye conjeturas para los versos más deteriorados en la tradición manuscrita, relegándose al aparato crítico algunas conjeturas y enmiendas de editores, pero rechazándose la mayoría de las numerosas propuestas últimamente.

En la ortografía el criterio seguido por Cazzaniga es el de atenerse a la atestiguada por el acuerdo entre los dos códices principales, en lo referente a la aféresis y a la grafía *-ei(s)* por *-ī(s)*. Allí donde no coinciden, el criterio seguido es ecléctico y no pretende una uniformidad por la que, como observa acertadamente Cazzaniga, no debió preocuparse el mismo Catulo.

El volumen lleva al final unas útiles notas sobre particularidades métricas, prosódicas, morfológicas y ortográficas de Catulo, e índices de poemas y metros.

A. RUIZ DE ELVIRA.

S. AMBROSII MEDIOLANENSIS EPISCOPI De Virginibus libri tres, edidit Egnatius Cazzaniga (Corpus Scriptorum Latinorum Paravianum). In aedibus Io. Bapt. Paraviae et sociorum. Aug. Taurinorum, 1948. *INCERTI AUCTORIS De lapsu Susannae (De lapsu virginis consecratae)*, edidit Egnatius Cazzaniga (Corpus Scriptorum Latinorum Paravianum). In aedibus Io. Bapt. Paraviae et sociorum. Aug. Taurinorum 1948.—Son dos pulcras ediciones, precedidas ambas de extenso estudio de los códices correspondientes, por más que el editor, por las circunstancias de postguerra, no haya podido utilizar directamente más que unos pocos *(Modoetianus, Ambrosianus alter* y *Mantuanus* para el tratado *De virginibus; Ambrosianus, Modoetianus, Laurentianus* y *Venetus Marcianus* para el *De lapsu Susannae)*.

Ambos volúmenes, además del rico aparato crítico, tienen al final unos índices muy útiles: un *Index nominum*, un pequeño repertorio sintáctico, otro sobre las cláusulas, y en el *De lapsu Susannae*, además, un *Thesaurus verborum* y un excelente *Index verborum et locutionum notabilium*.

A. RUIZ DE ELVIRA.

J. de C. Serra-Rafols y E. de Fortuny, Barón de Esponella, *Excavaciones en Santa María de Egara (Tarrasa)*, 1949.

J. Galiay Sarañana, *Segunda Campaña del Plan Nacional en Los Bañales* (Zaragoza), 1949.

Salvador Vilaseca Anguera, José de C. Serra-Rafols y Luis Brull Cedo, *Excavaciones del Plan Nacional en el Castellet de Bañolas, de Tivisa (Tarragona)*.

Estas tres publicaciones son los números 18, 19 y 20 de los *Informes y Memorias* de la Comisaría general de Excavaciones arqueológicas. Con ellas se ha enriquecido últimamente esta espléndida serie arqueológica en la que, como ya hemos registrado en otras ocasiones, se tratan a menudo aspectos de la antigüedad griega y latina.

Así ocurre ahora especialmente con dos de las *Memorias* arriba citadas. En la relativa a las excavaciones de los Bañales se pone de manifiesto por la importancia de las construcciones—termas, acueducto, templo—y por los numerosos restos de *villas*, que allí debió existir una ciudad populosa, que no tendría nada de extraño fuese la *Clarina* que viene rodando en vieja tradición. Anteriormente, desde la Edad del Bronce, hubo un poblado.

Hay que señalar también en esta *Memoria* la aportación de datos interesantes para las vías romanas de la región.

Una observación quisiéramos permitirnos: en la página 18 dice el autor que la presencia de determinadas monedas «quizá pudiera servir de confirmación a la sospecha apuntada oportunamente de haber estado ocupada *Clarina* hasta comienzos del siglo XII, en cuya *(sic)* fecha sus habitantes... pasaron a fundar... la primitiva *Sádaba* que hubo junto al castillo, cuyos restos todavía se mantienen erguidos». Ahora bien, *Sádaba* es nombre típicamente ibérico (el mismo de *Játiva)*, de suerte que la expresión la «primitiva Sádaba», referida a una población del siglo XIII, tiene que parecer chocante.

Aunque la *Memoria* es continuación de la n.° 4 de la misma serie, hubiéramos agradecido la repetición de los mapas con que habitualmente se encabezan estos cuadernos para localizar cómodamente el sitio excavado.

Excelente trabajo se contiene en la segunda *Memoria*. Su mayor interés reside en la circunstancia de que los restos hallados son puramente indígenas, prerromanos.

Y como, por otra parte, está fuera de duda que el poblado en cuestión fué destruído por un incendio consecutivo a una acción bélica, resulta que estamos en presencia de las ruinas de un poblado ibérico tal como existía en los primeros momentos de la romanización, si, como parece muy probable, fué con ocasión de las luchas en la Península entre romanos y cartagineses cuando el poblado fué incendiado por uno de los dos bandos.

Aun en la hipótesis—que el señor Serra-Ráfols ni siquiera se representa—de una destrucción anterior a la llegada de los romanos, que ella no tuvo lugar mucho antes de este hecho quizá lo demuestra la circunstancia de que la fundación del poblado debió ser moderna, tal vez a principios del siglo IV, puesto que no hay rastro de la civilización de los campos de urnas. Los restos descubiertos son ibéricos y célticos, estos últimos correspondientes a la invasión céltica que los autores no fechan en Cataluña sino hacia el siglo V. Las gentes de los campos de urnas en España no son célticas, según el señor Vilaseca, sino «ligures, aunque arqueológicamente tengan raíces lusacianas y representen una aportación ilírica hacia Occidente». Pero, en fin, por ahora podemos dejar aparte este juicio personal del señor Vilaseca, ya que no es necesario para el asunto de Tivisa.

En la última parte de la *Memoria*, el señor Serra-Ráfols, que, como hemos dicho, piensa en las primeras luchas entre cartagineses y romanos en España como fecha del incendio de Tivisa, comenta los correspondientes textos polibianos y de Livio. Para el autor la relación de Livio es «menos autorizada», juicio del que no le reprochamos, ya que son tantos los especialistas filólogos —y no arqueólogos— que siguen adheridos a esta idea.

Menos excusa tiene la afirmación de que «Kissan se ha identificado hasta con Tarragona y por lo menos era una ciudad de los cosetanos». No parece que nadie dude ya de que *Cese* es la propia Tarragona, capital de los cesetanos. *(Cosetanos* es mala lectura de Ptolomeo, preferida aquí, no sabemos porqué, a la del mismo Polibio *Kissan*, la cual, en cambio, es preferida a la más aproximada de Livio—*Cissis*—y a la exacta de Plinio *Cesse.)*

Reparos son éstos de muy escasa importancia en el conjunto de tan interesante y rica *Memoria*. Tanto ella como las que llevan los números 18 y 19 van ilustradas con el primor y tino característicos de la Colección.

J. VALLEJO.

INDICES DE REVISTAS

AEGYPTUS

ANNO XXX, FASC. 1
Gennaio=Giugno 1950

Silvio Giuseppe Mercati: *L'anafora di S. Marco riconosciuta in un frammento membranaceo del Museo Britannico.*—Silvio Giuseppe Mercati: 'Οριάριος = *Horrearius.*—Rita Calderini: *Gli ἀγράμματοι nell' Egitto greco=romano.*—Rosamaria Rossi: Υιλοὶ τόποι.—Julien Tondriau: *Tatouage, lierre et syncrétismes.*—Luigi Alfonsi: *Echi protrettici in un passo del Papiro Amburghese delle* Πράξεις Παύλου.—Luigi Alfonsi: *Sull'epigramma del P. CCLVI del Museo Britannico.*—Marcello Gigante: *Una fonte antiromana sulle trattative romano=cartaginesi del 203 a. C.*

AEVUM

ANNO XXIII. FASC. 3=4
Luglio=Dicembre 1949

Benedetto Riposati: *Varrone e Cicerone maestri di Umanità.*—Bruna Mori Bezzi: *Resti della centuriazione romana nell'agro modenese.*

ANNO XXIV, FASC. 1
Gennaio=Febraio 1950

A. R. Natale: *Note paleografiche. Singula littera: Le origini sacrali dell'abbreviazioni per sigla.*—A. Pertusi: *Intorno alla tradizione manoscritta degli scolii di Proclo ad Esiodo. I.*

ANNO XXIV, FASC. 2
Marzo=Aprile 1950

Ch. Mohrmann: *Le latin langue de la Chrétienté occidentale.*—Hanssen Jens S. Th.: *A note on Pindar. Pyth. XI 38 FF.*

ANNO XXIV, FASC. 4
Luglio=Agosto 1950

H. Drexler: *Caesur und Diaerese.*—Joanne King et Julien Tondriau: *La linguistique aux États=Unis et au Canada.*

AMERICAN JOURNAL OF PHILOLOGY
VOL. LXXI, 1
January 1950

Philip Whaley Harsh: *Penelope and Odysseus in Odyssey XIX.*—G. B. Townend: *Oxytone Accentuation in Latin Elegiacs.*— Lloyd W. Daly: *Roman Study Abroad.*—Luigi Alfonsi: *Lesbia.*—James W. Poultney: *Umbrian Anderuomu.*—Lillian B. Lawler: *Ladles, Tubs. and the Greek Dance.*

VOL. LXXI, 2
April 1950

Hermann Fränkel: *Problems on Text and Interpretation in Apollonius' Argonautica.*—Truesdell S. Brown: *Clitarchus.*—H. Ll. Hudson=Williams: *Conventional Forms of Debate and the Melian Dialogue.*—James H. Oliver: *Three Attic Inscriptions Concerning the Emperor Commodus.*—Herbert Galton: *Indo=European ǒ and ŏ*

ANNALI DELLA SCUOLA NORMALE SUPERIORE DI PISA
SERIE II. VOL. XVI. FASC. 1=2
1947

Alessandro Vigevani: *Ricerche intorno agli Aratea del poeta Avieno e alle loro fonti.*

FASC. 3=4

Ettore Paratore: *Il fondamento religioso della metafisica epicurea.*—Luigi Alfonsi: *Protagora «adulator».*—Sebastiano Timpanaro jr.: *Il Carmen Priami.*—Tristano Bolelli: *Note glotologiche.*

SERIE II. VOL. XVII. FASC. 1=2
1948

Alessandro Setti: *Schilo satirico.*—Tristano Bolelli: *Il valore semasiologico delle voci* ἦτορ, κῆρ *e* καρδίη *nell'epos omerico.*

FASC. 3=4

Giusseppe Vidossi: *Pro e contro la teoria di M. Bartoli.*—Scevola Mariotti: *Note a PSI. 1305.*

SERIE II. VOL XVIII. FASC. 3=4
1949

Sebastiano Timpanaro jr.: *Note a Livio Andronico, Ennio, Varrone, Virgilio.*—Carlo Alberto Mastrelli: *Sulla traduzione dei verbi composti con εἰς nei Vangeli.*—Giusto *Monaco: Note su alcuni fatti espressivi del latino.*—Alessandro Perosa: *Testi umanistici (I).*

ACTA LINGUISTICA

VOL. V. FASC. 2
1945=49

L. H. Gray: *Mécanisme et mentalisme en langage.*—A. Rosetti: *Langue mixte et mélange de langues.*—V. Tauli: *Morphological Analysis and Synthesis.*—J. Vachek: *Some Remarks on Writing and Phonetic Transcription.*—A. C. Gimson: *Implications of the Phonemic/Chronemic Grouping of English Vowels.*

VOL. V. FASC. 3
1945=49

Alf Sommerfelt: *Le point de vue historique en linguistique.*—Kenneth L. Pike: *A Problem in Morphology=Syntax Division.*—C. E. Bazell: *On Some Asymmetries of the Linguistic System.*

VOL. VI, FASC. 1
1950

Alfons Nehring: *The Problem of the Linguistic Sign.*—Svend Johansen: *Glossematics and Logistics.*—Wilhelm Brandenstein: *Phonologische Bemerkungen zum Altgriechischen.*

L'ANTIQUITÉ CLASSIQUE

TOME XIX, FASC. 1
1950

L. Herrmann: *Quelques fables de Démétrios de Phalère.*—M. Ruch: *A propos de la chronologie et de la genèse des «Academica» et du «De Fini=*

bus».—M. Orban: *Réhabilitation de la parole dans le «De Oratore» de Cicéron.*—R. De Coster, S. J.: *La Fortune d'Antium et l'Ode I, 35 d'Horace.*—P. Lambrechts: *Épone et les Matres.*—R. Marichal: *L'Écriture latine et l'Écriture grecque du Ier au VIe. siècle.*—A. J. Van Windekens: *L'Origine de gr.* πηλός,-πλάθος *et* πλίνθος.—P. Van De Woestijne: *Les Scolies à la «Thébaide» de Stace.*—W. Vollgraff: *Deux Inscriptions romaines trouvées près de Lobith.*—*P.* Lambrechts: *Traces de croyances au Kriemhildenstuhl (Bad-Darkheim).*

ANZEIGER FÜR DIE ALTERTUMSWISSENSCHAFT
III. Band, 1. Heft
Janner 1950

Hugo Rahner: *Christliche Antike.*

III. Band, 2./3. Heft
April-Juli 1950

Viktor Pöschl: *Virgil.*—Richard Pittioni: *Neue Ergebnisse der Steinzeitforschung, I: Paläolithikum.*

ATHENAEUM
Nuova serie. Vol. XXVIII, Fasc. 1-2
1950

M. Sordi: *I caratteri dell'opera storiografica di Senofonte nelle Elleniche.*—I. Calabi: *I proedroi nella lega di Corinto e la carica di Adimanto di Lampsaco.*—F. Castagnoli: *Roma nei versi di Marziale.*—A. Colonna: *L'assedio di Nisibis del 350 d. C. e la cronologia di Eliodoro Emiseno.*—E. Manni: *Note di cronologia ellenistica.*—A. Barigazzi: *Note critiche alle orazioni Corinthiaca e de fortuna di Favorino.*—G. Meneghetti: *Probabile natura e sopravvivenza delle divinità celtiche Adganae.*

THE CLASSICAL REVIEW
Vol. LXIII, Ns. 3, 4
December 1949

A. Y. Campbell: *Aristophanes Thesmophoriazusae 855-7 and Euripides Helena 1-3.*—J. D. Beazley: *A Passage in Ion of Chios.*—D. M. Jones: *The Sleep of Philoctetes.*—J. G. Milne: *Herodotus i. 94:* ΝΟΜΙΣΜΑ.

H. D. Westlake: *The Aftermath of the Lamian War.*—W. S. Watt: *Cornelius Nepos XXV. 18. 5.*—P. T. Stevens: *In Summa.*—P. Fraser: *Zeus Seleukeios.*—A. R. Burn: *Mare Pigrum et Grave.*—G. D. Kilpatrick: *A Fragment of Musonius.*

VOL. LXIV, N. 1
April 1950

J. S. Morrison: *Euripides, I. T. 1390 ff. and Pindar, Pythians iv. 202.*—K. J. Dover: *Plato Comicus:* Πρέσβεις *and* Ἑλλάς.—G. B. Kerferd: *The First Greek Sophists.*—F. W. Walbank: *Naval Triarii (Polybius i. 26. 6).*—J. L. Myres: *Dryoscephalae.*—C. Macdonald: *Herodotus and Aristotle on Egyptian Astronomy.*—H. J. Rose and G. H. Poyser: *Obliquo Rivo.*

VOL. LXIV, N. 2
September 1950

R Hackforth: *Immortality in Plato's Symposium.*—J. H. Kells: *Demosthenes lv. 21.*— E. A. Thompson: *Julian's Knowledge of Latin.*— H. J. M. Milne: *An Emendation in Sappho.*—Gertrude Hirst: *Martial ii. 14. 14-18.*

DIONISO
VOL. XIII. NUOVA SERIE. FASC. 1-2
Gennaio-Aprile 1950

U. Scatena: *Contributo ad una ricostruzione dell' «Ipsipile» euripidea, p. 3.*—G. Traversari: *Tetimino e Colimbétra, ultime manifestazioni del teatro antico.*—A. Colonna: *Testimonianza aristotelica su Neofrone?*— Fritz C. Gorschen: *Ergänzungsvorschläge zu den neuen Aeschylus-Papyri.*—L. Alfonsi: *Un frammento di Pacuvio?*

VOL. XIII. NUOVA SERIE. FASC. 3
Luglio 1950

A. Olivieri: *Dionisio I tiranno di Siracusa e Patrocle di Turi, poeti drammatici.*—G. Caputo: *Curia, castellieri e terminologia della cavea greca a pianta centrale.*—V. Fossati: *Il mito nelle tragedie di Crizia.*

DOXA
ANNO II. FASC. 3
Settembre-Dicembre 1949

Alessandro Pratesi: *Paleografía latina.*—Secondina Lorenza Cesano: *Numismatica antica.*—Andrea Ferro: *Storia della filosofia antica.*

LES ÉTUDES CLASSIQUES

Tome XVII, N.° 4.
Octobre 1949

R. Allain: *Le merveilleux dans un épisode crucial de l'Énéide.*—A. Wankenne, S. J.: *L'hypallage dans l'oeuvre de Virgile.*—P. Cloché: *Sur le rôle des rois de Sparte (Suite).*—J. Doucet, S. J.: *Le phénomène poétique.*

Tome XVIII, N.° 1.
Janvier 1950

A. Zwaenepoel: *La politique orientale d'Antoine.*—A. Noirfalise: *Horace, chevalier romain.*—P. Moraux: *Cléarque de Soles, disciple d'Aristote.*

Tome XVIII, N.° 2.
Avril 1950

H. Bardon: *Q. Lutatius Catulus et son «cercle littéraire».*—A. Salmon: *Une particularité de l'aoriste et de l'imparfait chez Hérodote.*—M. Fiévez: *Les cavaliers trévires.*

GIORNALE ITALIANO DI FILOLOGIA

Anno II, N. 1
Febraio 1949

E. Castorina: *Da Levio a Virgilio.*—A. Salvatore: *L'unitá del carme LXVIII di Catullo.*—P. Frassinetti: *Le confessioni agostiniane e un inno di Mario Vittorino.*—C. Nardi: *Due questioni liviane.*—L. Pepe: *Varietà petroniane.*

GNOMON

21. Band, Heft 7/8
1949

W.-H. Schuchhardt: *Buschor, Vom Sinn der griech. Standbilder.*—W. Kraiker: *Stevens, The setting of the Periclean Parthenon.*—C. Fensterbusch: *Anti, Teatri Greci Arcaici da Minosse a Pericle.*—A. Heuss: *Bengtson, Die Strategie in der hellenistischen Zeit.*—G. Klaffenbach: *Robert, Les gladiateurs dans l'Orient grec.*—W. Ensslin: *Vogt, Constantin der Grosse und sein Jahrhundert.*—W. Marg: *Norwood, Pindar.*—

L. Castiglioni: *Xénophon Économique ed. Chantraine.*—E. Käsemann: *Percy, Die Probleme der Kolosser- und Epheserbriefe.*—M. Pohlenz: *Soury, La démonologie de Plutarque.*—*Aperçus de philosophie religieuse chez Maxime de Tyr.*—F. Bömer: *Wagenvoort, Roman dynamism.*—F. Wieacker: *Thormann, Der doppelte Ursprung der Mancipatio.*

HISTORIA

JAHRGANG 1. HEFT 1

1950

Kurt von Fritz: *The Reorganisation of the Roman Government in 366 B. C. and the so-called Licinio-Sextian Laws.*—Lily Ross Taylor: *The Date and the Meaning of the Vettius Affair.*—Johannes Straub: *Christliche Geschichtsapologetik in der Krisis des römischen Reiches.*—André Piganiol: *L'État actuel de la Question Constantinienne 1939/49.*—A. Monheim: *Von den russischen Ausgrabungen im Jahre 1947.*—Herbert Nesselhauf: *Die neue Germanicus-Inschrift von Magliano.*

LANGUAGE

VOL. 25, N.° 2

April-June 1949

Rulon S. Wells: *Automatic Alternation.*—W. K. Matthews: *The Ukrainian System of Declension.*—Vernam Hull: *Miscellanea Linguistica Hibernica.*—Yakov Malkiel: *Studies in the Hispanic Infix -eg-.*—Edgar G. Polomé: *A West Germanic Reflex of the Verschärfung.*

VOL. 25, N.° 3

July-September 1949

Herbert Penzl: *Umlaut und Secondary Umlaut in Old High German.*—Ernst Pulgram: *Prehistory and the Italian Dialects.*—Dwight L. Bolinger: *Discontinuity of the Spanish Conjunctive Pronoun.*—Einar Haugen: *Phoneme or Prosodeme?*

VOL. 25, N.° 4

October-December 1949

George S. Lane: *On the Present State of Indo-European Linguistics.*—Edgar H. Sturtevant: *An Indo-European Word for 'Woman'.*—E. Ade-

laide Hahn: *The Non-Restrictive Relative in Hittite.*—Louis H. Gray: *Four Indo-Iranian Etymologies.*—George Melville Bolling: ΟΦΡΑ *in the Homeric Poems.*—Joshua Whatmough: *Gaulish uimpi.*—Henry M. Hoenigswald: *Antevocalic u-Diphthongs in Latin.*—James W. Poultney: *Intervocalic l in Umbrian.*—Alfred Senn: *Verbal Aspects in Germanic, Slavic, and Baltic.*—Otto Springer: *New High German -el- in Nominal Compounds.*

LATOMUS

TOME VIII. FASC. 3-4

Juillet-Décembre 1949

V. Basanoff: *Nonae caprotinae.*—H. Bardon: *Les élégies de Cornélius Gallus.*—W. C. McDermott: *Sextus Afranius Burrus.*—M. Lavarenne: *Note sur un passage du «Peristephanon» de Prudence.*—A. *Boutemy: Recherches sur le «Floridus Aspectus». III.*—Jean Gessler: *Une survivance antique contestable.*

TOME IX, FASC. 1

Janvier-Mars 1950

V. Londres da Nóbrega: *A nouveau «pāricīdas».*—V. Basanoff: *M. Caedicius de Plebe... et... Q. Caedicius Centurio.*—N. J. Herescu: *Les médisances de Lesbie.*—L. Herrmann: *Reconstruction du livret de Sulpicia.*—J. Hammer: *Note sur Juvénal.*

TOME IX, FASC. 2

Avril-Juillet 1950

L. Alfonsi: *Su un tema del «Somnium Scipionis».*—E. de Saint Denis: *Alésia fut-elle incendiée par César?*—J. Gessler: *«Panis»: un instrument de supplice en Angleterre?*

PAIDEIA

ANNO V, N.° 1

Gennaio-Febbraio 1950

A. Colonna: *Tucidide.*—V. Pisani: *Glottologia e antropologia.*—Scevola Mariotti: *Ancora di varianti d'autore.*

ANNO V, N. 2-3

Marzo-Giugno 1950

G. Scarpat: *Una testimonianza di Dionigi d'Alicarnasso.*—J. Endzelins-V. Pisani: *Le lingue baltiche.*

ANNO V, N. 4
Luglio=Agosto 1950

P. Scazzoso: *Il problema della magia nelle Enneadi di Plotino.*—C. Grünanger: *Didattica della lingua e della letteratura tedesca.*—F. Cupaiuolo: *L'epistola di Orazio ad Pisones. Studi e pubblicazioni recenti.*

PHILOLOGICAL QUARTERLY
VOL. XXVIII, N.° 4
October 1949

Robert H. West: *Milton and Michael Psellus.*—Henry J. Webb: *English Translations of Caesar's Commentaries in the Sixteenth Century.*

VOL XXIX, N. 1
January 1950

Harry J. Leon: *Classical Sources for the Garden Scene in Richard II.*

REVISTA DE DIALECTOLOGIA Y TRADICIONES POPULARES
TOMO V, CUADERNO 4.°
1949

Víctor de Olano Silva: *Toponimia gallega.*

TOMO VI, CUADERNO 2.°
1950

Alfredo García Suárez: *Contribución al léxico del asturiano occidental.*—Alfredo Carballo Picazo: *Algunos derivados españoles del latín mĭnare.*—Alfredo Carballo Picazo: *Algunos derivados de sērus y sērōtĭnus.*

NUEVA REVISTA DE FILOLOGIA HISPANICA
AÑO IV, N. 2
Abril=Junio 1950

Max Leopold Wagner: *El sufijo hispanoamericano «=eco» para denotar defectos físicos y morales.*

REVUE DES ÉTUDES BYZANTINES

TOME V

1947

Gustave Bardy: *Le Florilège d'Étienne Gobar.*—V. Laurent: *La Notitia d'Antioche. Origine et tradition.*—R. Guilland: *Le décanos et le référendaire.*—V. S. Salaville: *Une lettre et un discours inédits de Théolepte de Philadelphie.*—J. Gouillard: *Supercheries et méprises littéraires: L'oeuvre de saint Théodore d'Édesse.*—V. Laurent: *Un acte grec inédit du despote serbe Constantin Dragas.*—Constantin Danguitsis: *Le problème de la version originale de l'épopée byzantine de Digénis Akritas.*—J. Deny: *Une inscription en langue proto-bulgare découverte à Preslav.*

TOME VI, FAS. 1

1948

H. Grégoire: *Le problème de la version «originale» de l'épopée byzantine de Digénis Akritas.*—V. Grecu: *Autour du De Signis de Nicétas Choniate.*

TOME VI, FASC. 2

1948

V. Laurent: *Les fastes épiscopaux de l'Église de Chypre.*—R. Guilland: *Autour du Livre des Cérémonies. L'Augusteus, la Main d'Or et l'Onopodion.*

TOME VII, FASC. 1

1949

M. Jugie: *Un opuscule inédit de Néophyte le Reclus sur l'incorruptibilité du corps de Christ dans l'Eucharistie.*—J. Darrouzès: *Les catalogues récents de manuscrits grecs.*

UNIVERSITY OF CALIFORNIA PUBLICATIONS IN CLASSICAL PHILOLOGY

VOL. 13, NÚM. 12, PÁGS. 389-406

Berkeley and Los Angeles, 1949

HELMBOLD, W. C.: *Nugae Propertianae.* I.

Algo más que *nugae* contiene este opúsculo, docta colección de observaciones críticas sobre más de una veintena de pasajes de Propercio. Advierte el autor con laudable moderación, que sólo en una mi-

noría de casos su estudio le ha llevado a conclusiones que él mismo pueda tener por ciertas; en los más no ha pasado de aventurar hipótesis o suscitar inquietudes, pero aun en éstos el plantear problemas es meritorio y útil.

Helmbold, de quien ya reseñamos otro estudio sobre Propercio, pone al servicio del esclarecimiento de tan difícil autor una fina sagacidad y un excelente método. No siempre nos deja, naturalmente, convencidos sin reservas. La lección «litora nativis *praestant sua* picta lapillis», aunque dé un sentido inteligible y cuente con el apoyo del *splendent sua* de Barber, en lugar del enigmático *persuadent* de los códices, es un tanto difícil de justificar, por la rareza del fenómeno de transposición silábica, complicado todavía con el error del copista en el desarrollo de una sigla. En la interpretación de II, 8, 23 «et sua *cum* miserae permiscuit ossa puellae» parece admisible, con Helmbold y MacKay, admitir una elipsis de *ossibus*. Aunque Helmbold dice que el uso de *cum* preposición con objeto no expreso carece de paralelo, suponemos que esta afirmación se limita al uso properciano, pues se hallan ejemplos, para evitar una repetición, aun en la prosa clásica (... conferre vitam Trebonii *cum Dolabellae*, Phil. 11, 9) explicables sin recurrir al grecismo. Tal vez, por otra parte, ciertas apreciaciones, como las iniciales sobre la necesidad de un correcto establecimiento de los textos como labor previa para una exégesis acertada, o las de la página 391 sobre la *relatividad* de la sintaxis, aunque exactas y sin objeción posible, tienen, en su misma evidencia, un leve sabor de trivialidad.

Con estas y otras observaciones de detalle que pudieran formularse, el trabajo de Helmbold es una meritoria aportación al conocimiento del apasionado y apasionante elegíaco latino.—*M. Marín y Peña.*

UNIVERSITY OF CALIFORNIA PUBLICATIONS IN CLASSICAL PHILOLOGY

VOL. 13, NÚM. 11, PÁGS. 371-388

Berkeley and Los Angeles, 1949

FONTENROSE, JOSEPH.: *Propertius and the Roman Career.*

Partiendo de una interpretación fina, aguda y muy personal sin dejar de ser objetiva, de los versos iniciales de la primera elegía del libro primero de Propercio, estudia el autor la influencia del amor hacia Cintia en la vida entera del poeta. A dos consecuencias aberrantes conduce ese amor, expresadas en los citados versos con estas palabras: *castas odisse puellas; nullo vivere consilio.* Difícil es la interpretación de la primera frase. Fontenrose la entiende en el sentido de que Cintia no era *casta*, en la acepción tradicional romana: mujer honesta, perte-

neciente además a buena familia, y de que la absorbente pasión indujo a Propercio a rechazar a aquellas mujeres cuya unión sería deseable por un joven romano y laudable para la buena sociedad de su época. En cuanto a *nullo vivere consilio* no denota, como algunos han interpretado, vivir de una manera aturdida o disoluta, sino vivir fuera de la norma social romana *(consilium = ratio vitae)* establecida por la costumbre para un varón de las condiciones y clase de Propercio. La dedicación a la poesía es una manera de vivir «no romana». Si es cierto que Roma cultivó poesía y filosofía, lo es también que las puso, en gran parte, al servicio de la oratoria, de la política, de la vida pública, en suma. Cintia priva, pues, a Propercio, de la carrera normal en un romano, y lo polariza en una ocupación que, en sí misma, es exótica y malquista. Como contraste presenta el autor la vida de Julio Agrícola, romano típico, militar y magistrado, a quien la prudencia de su madre apartó de una dedicación excesiva a la filosofía, como menos propia de un romano y de un senador. Pudo Propercio, aun siendo poeta, cultivar la poesía en los ratos libres de una vida activa, como Cicerón o Galo, o dedicarse a la épica o, de ser lírico, tratar, como Horacio, más altos y nobles temas que sus propios amores con una *amica*, a los que, con irreverencia cívica, llama su *militia*. Los pasajeros entibiamientos de su pasión, o las crisis de desdén por parte de su amada, unidas a ciertas presiones de Mecenas, determinan en él momentáneas inclinaciones hacia asuntos elevados y patrióticos, pero de nuevo vuelve a Cintia, y sólo cuando un definitivo enfriamiento de su amor, tal vez consecuencia de la natural pérdida de los encantos de su amada, produce en él una suerte de liberación, sus ideas cambian: admira la gloria militar y la *castitas*. Pero es demasiado tarde para adoptar rumbos enteramente nuevos. No se atreve a ensayar la épica, ni abandona la elegía, pero la aplica a fines más nobles, y de ahí la colección de poemas etiológicos que integran el libro IV, aunque alternados con episodios a los que Cintia no es totalmente ajena.

Sólo Propercio y Catulo se vieron tan hondamente influídos por una mujer, y sólo por una, entre los poetas latinos, y en ambos la ruptura definitiva supone el retorno a las ideas y al género de vida de un auténtico romano.

A medida que se avanza en su lectura, el opúsculo de Fontenrose va adquiriendo vuelos y elevación, y compensa de la morosidad erudita de las primeras páginas, en que se investiga con alguna prolijidad si Cintia es *casta* o *incesta*, y en qué sentido. Es notable la amplitud de los conceptos que surgen de algo al parecer tan tenue de contenido como los versos eróticos cuya transcripción inicia el trabajo.—*M. Marín y Peña.*

RIVISTA DI STUDI LIGURI

ANNO XV, N. 3-4
Luglio-Dicembre 1949

N. Lamboglia: *Ipotesi sugli Indicetes e sugli Intemeli.*—M. Almagro: *Ligures en España (continua).*—G. Alessio: *L'inquadramento di Bodincus e Padus nel lessico mediterraneo.*

DIE SPRACHE

I. BAND (FESTSCHRIFT FÜR PROF. W. HAVERS)
1949

Hermann Ammann: *Zum Gebrauch des Duals bei Homer.*—Karl Ammer: *Tvastar, ein altindischer Schöpfergott.*—Émile Benveniste: *Euphémismes anciens et modernes.*—Pierre Chantraine: *Les verbes grecs signifiant «tuer».*—Wilhelm Czermak: *Vom Sinn der vokallosen Schriften.*—Albert Debrunner: *Vedisch mā̆... īśata 'er soll nicht Macht haben'.* Otto Haas: *Aus Sprache und Religion der Festlandkelten.*—Friedrich Kainz: *Sprachpsychologisches zum Thema 'Religion und Sprache'.*—Wilhelm Koppers: *Zum Rassen- und Sprachen-Problem in Indien.*—Hans Krahe: ΣΑΤΥΡΟΣ.—Wilhelm Krause: *Gott und Christus in Jahresbezeichnungen deutscher Inschriften.*—Paul Kretschmer: *Wem waren die raetischen Täfelchen von Magrè geweiht?.*—Manu Leumann: *Schwer erkennbare griechische Wörter im Latein.*—Alfons Nehring: *Die Wortsippe von griechisch* καβάλλης.—Elpidius Pax: *Zur Deutung des Wortes missa 'Messe'.*—Vittore Pisani: *Zur Chronologie der germanischen Lautverschiebung.*— Julius Pokorny: *Zum nichtindogermanischen Substrat im Inselkeltischen.*—Louis Renou: *Langue et religion dans le Ṛgveda: quelques remarques.*—Hans Rheinfelder: *Confiteri, confessio, confessor im Kirchenlatein und in den romanischen Sprachen.*—Alfred Senn: *Zu litavisch dievas 'Gott' un finnish taivas 'Himmel'.*—Anton Sieberer: *Schicksalsglaube und Zukunft. Aus der Frühzeit des englischen shall-Futurums.*—Ferdinand Sommer: *Altindisch dhur.*—Franz Specht: *Zum sakralen u.*—Max Vasmer: *Warägisch-Russisches.*—Joshua Whatmough: ΠΑΡΕΡΓΑ.

J. POKORNY: *Zum nichtindogermanischen Substrat im Inselkeltischen.* En primer lugar, el autor refuerza aquí con nuevo ejemplo su ya anteriormente expuesta teoría de un substrato camítico en el celta insular. Se trata del sistema irlandés de pronombres infijados, el cual, según expone el señor Pokorny no se puede explicar por el indoeuropeo y sí, en cambio, por el bereber. La demostración, muy brillante, parece

convincente. A continuación nos dice el autor que cuando él empezó a examinar fenómenos de substrato en irlandés, no había llegado a noticia suya la afirmación de los prehistoriadores de que en el Bronce Medio tuvo lugar una fuerte inmigración, procedente de Britannia, de una gente seguramente braquicéfala, de carácter armenoide, cuyo último centro de expansión reconoscible está en España, en el vasco. Por consiguiente, concluye el señor Pokorny, «debemos contar en la investigación del substrato precéltico con una *segunda capa*, además de la mediterránea»; esta segunda capa encontrará su explicación en el vasco y en su pariente el caucásico.

Desarrolla después el autor, también con notable brillantez, los varios puntos que caen bajo este segundo concepto. Uno de ellos se refiere a las partículas relativas infijadas del irlandés y en él se cita a don Antonio Tovar por su trabajo sobre la identificación del bereber *en* con el sufijo vasco *=en*, conclusión a la que se adhiere.—*J. Vallejo.*

STUDI ITALIANI DI FILOLOGIA CLASSICA

VOL. XXII. FASC 1=2

1947

F. Munari: *La composizione dell'Asinaria.*—S. Timpanaro jr.: *Per una nuova edizione critica di Ennio.*—N. Terzaghi: *Ampeliana.*—G. Perrotta: *Sofrone poeta in versi.*—L. Righini: *L'ode saffica dell'ostrakon ed Orazio.*—B. Gentili: *Alceo, POxy, 2165, Col. I, v. 21.*—V. Ussani, jr.: *Enea traditore.*—A. Mazzarino: *Per la protostoria del testo liviano.*—A. Mazzarino: *Sul titolo di una «Praetexta» di Persio.*

MAZZARINO: *Per la protostoria del testo liviano.*

Patavinitas no puede significar sino formas particulares dialectales. El señor Mazzarino, al igual que otros muchos filólogos, también considera como tales *sibe* y *quase* del conocido pasaje de Quintiliano I, 7, 24: «*sibe* et *quase* scriptum in multorum libris est, sed an hoc uoluerint auctores nescio. T. Liuium ita his usum ex Pediano comperi, qui et ipse eum sequebatur».

Pero sobre lo que el autor llama ahora especialmente la atención es sobre el hecho de que para Asconio Padiano, paduano, el texto de Livio era aún el texto originario con las formas dialectales usadas por Livio *sibe* y *quase*.

Por otra parte, Quintiliano, I, 5.56 da a entender claramente que la *patauinitas* que Asinio Polión notaba en Livio se refería a particularidades dialectales: *peregrina porro ex omnibus prope dixerim gentibus... multa uenerunt [Romam]; taceo de Tuscis et Sabinis et Praenestinis*

quoque (nam ut eorum sermone utentem Vettium Lucilius insectatur quem ad modum Pollio reprehendit in Livio patauinitatem). Polión, pues, «tenía por delante la edición original de Livio, de quien era contemporáneo». Asconio, en cambio, era de 54-57, pero, como paduano, podía poseer ms. más cercanos a Livio. Mazzarino sostiene, por consiguiente, que a mediados del siglo I corrían dos ediciones de Livio: la paduana (conocida de Asconio y no de Quintiliano) y la romana.

Vol. XXII. Fasc. 3-4
1947

A. Segrè: *Note sull'economia di Atene nel IV secolo av. Cr.*—A. Mazzarino: *Sulla personalità di Sulpicio Apollinare.*—S. Timpanaro, jr.: *Per una nuova edizione critica di Ennio (VI).*—S. Timpanaro, jr.: *Dativi in -āi in Ennio ed in Lucrezio?*—S. Mariotti: *De Synesii hymnorum memoria.*—A. Colonna: *Un antico epilio di Ero e Leandro.*—G. Rambelli: *La scena della Perikeiromene.*—G. Corsi-G. Pascucci: *Un frammento del De Oratore ciceroniano al Liceo «Michelangiolo» di Firenze.*—I. Mariotti: *Un passo di Sallustio falsamente attribuito a Cicerone.*—G. Pasquali: *Ancora Ero e Leandro.*

Vol. XXIII
1949

S. Timpanaro, jr.: *Per una nuova edizione critica di Ennio (VII-XI e Appendice).*—C. Diano: *Lettere di Epicuro agli amici di Lampsaco a Pitoclene a Mitre.*—A. Peretti: *Ottativi in Luciano.*—C. A. Mastrelli: *Il κισσύβιον di Teocrito.*—F. Munari: *Sugli «Amores» di Ovidio (I-III).* L. Gestri: *Due frammenti di Luscio Lanuvino e la cronologia terenziana.* A. Barigazzi: *Note critiche alla lettera a Pitocle di Epicuro.*—E. Grassi: *La prima ode di Saffo.*—A. Ardizzoni: *Ancora sul nuovo Alceo.*—B. Gentili: *Ancora sul nuovo Alceo.*

Nuova serie, Vol. XXIV, Fasc. 1-2
1950

A. Barigazzi: *Sul fr. 9 Powell di Euforione.*—A. Barigazzi: *Ad Verg. ecl. VII, 25 et Euphor. 140 P.*—A. Barigazzi: *La μονή della terra nei frammenti ercolanesi del lib. XI del* Περὶ φύσεως *di Epicuro.*—R. del Re: *Il pensiero metafisico di Plutarco: Dio, la natura, il male.*—L. Righini: *Saffo e Alceo in Efestione.*—G. Monaco: *Ancora sul frammento 1 Diehl di Archiloco.*—B. Lavagnini: *Theocr. II, 27-31.*—S. Mariotti

Adversaria philologa. I.—T. Bolelli: *Raporti fra intonazione e valore morfologico e semantico nei nomi d'agente e nei nomi d'azione in =ā e in =o= in greco.*—G. Alessio: *Lat. būteō* «τριόρχης».—G. Pasquali: *Un verso oraziano, Cicerone ed Ennio.*

WORD
Vol. 6, N.° 1
April 1950

Anna Granville Hatcher: *The English Construction A friend of mine.*—André Martinet: *Some Problems of Italic Consonantism.*—Yakov Malkiel: *The Hypothetical base in Romance Etimology.* —Herbert Penzl: *On the Cases of Afghan (Pashto) Noun.*—Walter L. Magee: *The Pronunciation of the Prelingual Mutes in Classical Arabic.*—Zdeněk Salzmann: *A Method for Analysing Numerical Systems.*

Vol. 6, N.° 2
August 1950

Émile Benveniste: *La négation en Yuchi.*—G. Bonfante: *The Prepositions of Latin and Greek.*—Dwight L. Bolinger: *Rime, Assonance, and Morpheme Analysis.*—Ephraim Cross: *Some Features of the Phonology of a Four-year-old Boy.*—Leo Spitzer: *Romanian un prieten al mieu 'A friend of mine'.*—N. Trubetskoy: *Polabian Metrics.*—Joseph H. Greenberg: *The Patterning of Root Morphemes in Semitic.*

ACME
Vol. II. Fasc. 1-2
Gennaio-Giugno 1949

A. Banfi: *Per una sistematica del sapere.*—G. E. Barié: *L'esigenza dell'unità. Da Talete a Platone.*—E. Paci: *La concezione mitologico-filosofica del «logos» di Eraclito.*

Vol. II. Fasc. 3
Giugno-Dicembre 1949

L. Castiglione: *Note Lucreziane.*—G. W. Avanzini e M. L. Visani: *Il testo della Ciropedia nel Codice Ambrosiano G 92 sup.*—C. Gatti: *Uso dello scettro presso i Greci visto attraverso le opere Omerico Esiodee.*

Lo scettro presso Egiziani e Babilonesi.—C. Albizzati: *Ad abundantiam.*—G. Belloni: *Un frammento di Euphronios.*—C. Santoro: *Note sparse di Paleografia.*

STUDI ETRUSCHI
VOL. XIX
1946=1947

G. Alessio: *Un' oasi linguistica preindoeuropea nella regione baltica?* U. Coli: *Formula onomastica romana nelle bilingui etrusco=latine.*—G. Devoto: *Agli inizi della storia etrusca.*—A. Minto: *Per le origini della «curia».*

VOL. XX
1948=1949

M. Pallottino: *Erodoto autoctonista?*—V. Georgiev: *L' origine degli etruschi come probleme della storia delle tribù egee.*—G. Alessio: *Vestigia etrusco=mediterranea nella flora toscana.*—G. Devoto: *Ausa «la fonte».*—F. Rittatore: *Recenti scoperte del periodo eneolitico e dell'età del bronzo nella valle del fiume Fiora.*—F. Castagnoli: *La centurazione di Lucca* (Tav. XVIII).—G. Guicciardini: Corsi Salviati: *La centuriazione romana e un'opera attuale di bonifica agraria.*—G. Alessio: *Indoeuropei e Mediterranei in Italia.*

REVUE DE PHILOLOGIE, DE LITTERATURE ET D'HISTOIRE ANCIENNES
Année et tome XXII
FASC. I
1948

M. Niedermann: *Iotacismus, Labdacismus, Mytacismus.*—J. Guey: *Encore la «Plueie» miraculeuse.*—P. Louis: *Sur le sens du mot AHP chez Homère.*

FASC. II

É. Benveniste: *Notes de vocabulaire latin.*—L. Lacroix: *L'image de «frelon» dans la République de Platon.*—A. J. Festugière: W. Chase Greene: *Moira, Fate, God and Evil in Greek Thought.*

Année et tome XXIII
Fasc. 1
1949

N. M. Gondeléon: *Inscriptions de Chios.*—Luigi Alfonsi: *Ps. Esiodo in Properzio?*—R. Schilling: *Le temple de Vénus Capitoline et la tradition pomériale.*—E. Laroche: *Hittitica.*—J. Tondriau: *Alexandre le Grand assimilé à differentes divinités.*—P. Fournier: *Notulae Plinianae.* A. La Penna: *Une Interpolation de L'* Ασπὶς Ἡρακλῆος.

REVUE DES ÉTUDES LATINES

Tome XXVI
1948

R. Charra: *Problèmes relatifs à la Consolation à Livie.*—M. de Gandillac: *Note sur «De finibus» III,* 49-50.—R. Aigrain: *Une phrase mal éditée de Fortunat.*—L. L. B. Meurig-Davies: *Notes sur le texte d'Ammien Marcellin.*—P. d'Hérouville: *«Altus equo» (En. XII,* 295).—J. Marouzeau: *La leçon par l'exemple (suite).*—R. Waltz: *Ῥυθμός et numerus.*—J. Couissin: *La notion et l'expression de l'indefini.*—R. Poncelet: *Précision et intensité dans la prose latine.*—M. Ruch: *La composition du «De republica».*—M. Rambaud: *Salluste et Trogue-Pompée.*—A. Guillemin: *L'unité de l'oeuvre virgilienne.*—E. Bréguet: *Les Élégies de Gallus.*—J. André: *Asinius Pollion et la «propagande» prooctavienne.*—L. Herrmann: *L. Antistius Vetus et le pomoerium.*—S. Jannacone: *Le Par.* 8084 *de Prudence et la recensio de Mavortius.*—J. Marouzeau: *La construction des particules de liaison.*—J. Andrieu: *Procédés de citation et de raccord.*

Tome XXVI
1949

J. Heurgon: *Sur un édile de Térence.*—Fr. Novotny: *«Favete linguis».*—J. Marouzeau: *Une interjection méconnue: «uah» chez Térence.*—I. M. Ruch: *La véracité du récit de Cesar dans la B. C.*—J. Andrieu: *La división en livres dans le Corpus Césarien.*—Mlle. A. Guillemin: *Le poeme 63 de Catulle.*—J. André: *Virgile et les Indiens.*—H. Bardon: *Trois écrivains du temps d'Auguste.*—P. Grimal: *Est-il possible de «dater» un traité de Sénèque?*—Mlle. B. M. Marti: *L' Hercule sur l'Oeta» dans le corpus des tragédies de Sénèque.*—M. Hubert: *Le latin philosophique aux XII et XIII siècles.*

MNEMOSYNE

VOL. II. FASC. 2

1949

W. Vollgraff: *Elementum.*—W. J. Verdenius: *Parmenides' Conception of Light.*—H. J. Scheltema: *De codice Sophocleo Lugdunensi.*—Michiel Van den Hout: *Studies in Early Greek Letter-Writing.*—W. Wiersma: *A Note on Psellus' De Omnifaria Doctrina.*—P. J. Enk: *De codicibus Propertianis Daventriensi (D) et Ottoboniano-Vaticano (V).*

VOL. II. FASC. 3

1949

H. Bolkestein: *Varia tragica.*—J. C. Kamerbeek: *Quelques notes à propos d'une nouvelle édition de Théognis.*—C. J. de Vogel: *Problems concerning Later Platonism* I.—Luigi Alfonsi: *Il termino* νεώτεροι *in Cicerone.*—J. H. Waszing.: *De Aetnae carminis auctore.*—A. R. A. van Aken: *Later Roman Domus Architecture.*

FASC. 4

A. J. Roos: *The Peace of Sparta of 374 B. C.*—Ad. Wilhelm: *Lg. I.* 26.—W. J. Verdenius: ΚΑΛΛΟΣ ΚΑΙ ΜΕΓΕΘΟΣ.—C. J. de Vogel: *Problems Concerning Later Platonism,* II.—H. Wagenvoort: *Profanus, profanare.*—Philip Whaley Harsh: *Adjective and Genitive in Plautus.*

Profānus, profānare.

Después de una crítica de las hipótesis anteriores, el autor de este bello artículo desarrolla la suya propia. Parte de un *pro-* con valor adverbial ya visto y establecido por Wackernagel para designar «desaparición, pérdida, carencia de»: *Pro-fundus*, «sin fondo», «cuyo fondo no se ve», *pro-fana*, «lugares sin *fanum*».

La interjección latina *pro* no es sino esta misma partícula. Como ya lo había advertido Lindsay, su construcción verdadera es con acusativo, significando entonces un giro como *pro indignum scelus!*, «fuera, apartad ese crimen indigno». Su empleo con vocativo es el resultado de una mala interpretación de construcciones como, v. gr., Ter. *Ad.* 447.

Pro, dii immortales, facinus indignum!

que originó

Pro dii immortales, facinus indignum!

Pero el autor se aparta de Wackernagel en el caso de *profanus, profanare*. Como en latín antiguo *profanus* se emplea referido a cosas y no a lugares, no puede aceptarse la explicación *profana*, «lugares sin *fanum*». *Profanus* procedería, según el autor, del giro *pro fano*, «fuera del templo», «apartado del templo», «non iam sacer», y *profanare*, en efecto, significó antiguamente «tollere consecrationem», como si dijéramos, «desconsagrar». De esta manera el pasaje de Catón, *de agr.* 50:

Ubi daps profanata comestaque erit, verno arare incipito

en que traductores y comentaristas interpretan «sacrificadas», «consagradas», lo entienden justamente al revés. Lo que sabemos de la religión romana y de sus ritos impide, por su parte, admitir que *daps profanata* (entendiendo «consagrada») sea *comesta*.

Por la misma razón en el pasaje, también de Catón, *de agr.* 132, que la mayoría de los editores y comentaristas presentan:

profanato sine contagione

debe restituirse la lección de la edición princeps *sua contagione* y entender «desconsagradas mediante el contacto que le corresponda ritualmente».

En el sacrificio de la *decuma* a Hércules, una parte de la víctima, parte ya «desconsagrada», se entregaba al pueblo. Y se comprende perfectamente que una frase, v. gr., «hodie ad Aram Maximam profanabitur», de su primer sentido, «hoy se hará la ceremonia de repartir carne desconsagrada», se pasase a entender «hoy hay sacrificio». Así se explica que ya en Varrón *profanare* sea palabra equivalente a la ya desusada *pollucere*, «sacrificar, consagrar», con lo que se resuelve la dificultad que había hecho a Ernout-Meillet suponer dos palabras distintas para los dos sentidos opuestos de «profanar» y «consagrar»/«sacrificar».

Otras muchas observaciones de interés contiene el artículo que acabamos de resumir.—*J. Vallejo.*

REVISTA UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
Núm. 100 (1950).

Interesante número extraordinario para celebrar el alcanzamiento del número 100. En su sección de Filología figuran:

Julio C. García, *Columbianismos históricos*, y R. Jaramillo, *Versión de Odas de Horacio.*

Esta versión (de 11 composiciones) es en verso.

SOBRE EL «CORPUS CHRISTIANORUM»

Entre las actuales empresas europeas de resonancia en el campo de la filología, figura la edición del llamado «Nuevo Migne», cuyo primer esbozo fué presentado hace dos años por la revista belga *Sacris erudiri*, una breve noticia del cual hizo en *Estudios Eclesiásticos* el P. J. Madoz. El anuncio provocó numerosos comentarios en pro y en contra del proyecto, éstos basándose en el hecho de que para la mayor parte de los textos todavía debe uno servirse de Migne—con lo que se debía llegar solamente a un complemento de las Patrologías—, o bien en lugar de gastar energías en esta edición, continuar aceleradamente el *Corpus* de Viena *(CSEL)*. Poco a poco los argumentos de los editores fueron convenciendo de la conveniencia de su proyecto y de las grandes dificultades, al menos para la Serie Latina, de encontrar una colección a que servir de complemento. Un silencio de dos años hizo creer a muchos que el plan se había reducido a la nada.

Los editores han preparado, entre tanto, una *Manuductio ad Litteraturam Patristicam*, que planeada como Introducción general a la edición del *Corpus Christianorum* (CC), prestará indudables servicios a la Filología en general. Esta obra, escrupulosamente trabajada, ofrece un índice total de los autores cristianos con sus obras respectivas—en un grupo las auténticas por orden cronológico si es posible, y en otro las espurias o simplemente dudosas—, pero, además, de todos los textos cristianos, sean de tipo documental, histórico, litúrgico, etc. A cada texto va unida la mención de la edición más

moderna y crítica, así como un apéndice en que se citan los trabajos posteriores a ésta interesantes por aportaciones: a la autenticidad, a los manuscritos, a la fecha, a la crítica del texto, a la lengua y a las fuentes. El todo resulta ser así una puesta al día de toda la época cristiana hasta el año 750, topes en los que se moverá la nueva colección de textos.

Estos se agruparán en tres series: latina, griega y oriental. Por ahora se trabaja sólo en la primera. Las obras se darán con sumarísimas introducciones, citando los principales trabajos sobre ellas y observaciones sobre el texto, que será dotado de un pequeño aparato crítico, reducido a lo esencial. Las reediciones tendrán en cuenta, en todos los casos, las mejoras introducidas en estudios de todo tipo, por lo que se puede decir que, en su mayor parte, se tratará de verdaderas nuevas ediciones. Es interesante ver, como se desprende de la *Manuductio*, que aparecerá dentro del año 1951, la gran cantidad de textos latinos recientemente descubiertos y publicados en los libros y revistas más diversos e inaccesibles.

La serie griega parece ahora posible que se reduzca a un complemento a las ediciones de la Academia de Berlín, que, como se sabe, reducida primitivamente a los Padres de los tres primeros siglos, ha sido recientemente muy ampliada a épocas más tardías. Además, en este campo, los editores reconocen que las novedades no son demasiado grandes, y que los adelantos tampoco.

De la magnitud del plan cabe sólo decir que se planean 120 volúmenes en cuarto, que serán lanzados, según contrato firme con los talleres encargados de la edición, en diez años.

Interesante para todos los filólogos es saber que el cuidado lingüístico de los textos ocupará un lugar principal, y esperamos que resulte interesante saber que las reediciones se harán con colaboradores especialistas, cuyo concurso es especialmente deseado, habiendo actualmente ya muchos.

Por la importancia de esta empresa y por su indiscutible utilidad, el día que sus volúmenes estén a la disposición de los estudiosos, no podemos por menos de desearle una marcha próspera en sus trabajos, con una sola petición, y es que se

cuiden realmente los textos, no sólo en su preparación, sino lo que es casi más necesario en el proceso de publicación, y que para aquéllos, desgraciadamente aun muchos, que hayan de ser simplemente tomados de Migne, no se reimprima éste sino las ediciones que le sirvieron de base para que aun, en estos casos, tengamos siempre las obras limpias de erratas, defecto lamentablemente tan frecuente en las Patrologías.

Damos a continuación la dirección de los editores y preparadores de esta gran colección: R. P. Dom Eligius Dekker, St. Pietersabdij, STEENBRUGGE, Bélgica.—*M. C. Díaz y Díaz.*

† DON JULIO DE URQUIJO E IBARRA

Tras una larga enfermedad ha fallecido en San Sebastián don Julio de Urquijo e Ibarra.

Su muerte supone para los estudios vascos, más que una pérdida dolorosa, la desaparición de la figura que los simbolizaba, del hombre que consagró a ellos su vida entera.

Nacido en Bilbao en 1871, licenciado en Derecho por la Universidad de Salamanca en 1892, se dedicó pronto, llevado por sus aficiones de bibliófilo, a estudios de filología vasca.

Estos últimos tiempos se le oía con frecuencia la afirmación, hecha con toda sencillez, de que su obra personal no tenía importancia. Era éste un tópico corriente en su conversación. La larga lista de sus escritos bastaba, claro está, para desmentirle. Ellos constituyen un guía indispensable para quien quiera adentrarse en el estudio de la bibliografía y de la historia de la literatura vasca.

Pero su afirmación, en cierto sentido más profundo, no dejaba de encerrar una verdad. Consagrado a su obra con olvido de su propia persona, se ocupó, ante todo, en poner al alcance de todos los materiales de trabajo. Sus reimpresiones de textos antiguos, para los cuales no ahorró esfuerzo ni sacrificios—ediciones facsímile del Dechepare, del *Gvero*, de las obras de Oihenart; ediciones comentadas de los *Refranes y Sentencias* de 1596 y de los de Garibay—, sus publicaciones de textos inéditos, como las obras completas del Dr. Etcheverry, son un instrumento precioso para los investigadores. Y por encima de todo está su fundación, en 1907, con Georges Lacombe, de la «Revista Internacional de los Estudios Vascos», a la que consiguió mantener, con un inflexible sentido crítico, en un alto nivel de revista científica especializada, y en la cual colaboraron, entre tantos investigadores naciona-

les y extranjeros, algunas de las más altas figuras de la lingüística europea.

Correspondiente de la Real Academia de la Historia, Académico Fundador de la Academia de la Lengua Vasca, Doctor Honoris Causa por la Universidad de Bonn, refrendado por W. Meyer-Lübke, Académico de número de la Real Academia de la Lengua Española, dos veces diputado a Cortes, había sido honrado últimamente con la Gran Cruz de Alfonso el Sabio. Su muerte ha sobrevenido antes de que apareciera el tercero y último tomo de los trabajos que en su homenaje ha publicado la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País, de la cual era presidente.

Su desinterés, la generosidad con que ponía en manos ajenas los tesoros de su biblioteca, su noble fidelidad—fidelidad a las exigencias del rigor científico, a sus ideales políticos, a la memoria y a las ideas del gran Hugo Schuchardt con quien mantuvo una larga amistad—constituyen rasgos de su figura que difícilmente serán olvidados. Como dice el profesor C. C. Uhlenbeck, «c'est une grande perte pour la linguistique, pour son peuple, pour ses amis, auxquels j'ai eu l'honneur de me compter».—*Luis Michelena.*

† FRANZ SPECHT

El 13 de noviembre de 1949 ha fallecido repentinamente el Profesor Franz Specht, sin disputa uno de los más notables indoeuropeístas con que contaba la ciencia alemana.

Nacido en 1888, enlaza directamente con la generación de grandes maestros, a los que pudo escuchar en Berlín y Leipzig (Brugmann, Leskien, sobre todo Schulze, con el que mantuvo siempre un estrecho contacto), Specht ha sido un digno continuador de la labor de los dos grandes lingüistas de la escuela de Berlín, Johann Schmidt y Wilhelm Schulze, con esa atención al trabajo filológico dentro de cada lengua que

les caracteriza y de la que Specht dió buena prueba en sus *Litauische Mundarten*, dos tomos, Leipzig 1920-22, edición, elaboración y estudio gramatical de los textos recogidos el siglo pasado por el obispo Baranowski. Profesor en Halle desde 1923, pasa a Breslau en 1937 y a Berlín en 1943, encontrándose últimamente en el «Indogermanisches Seminär» de la recién fundada Academia de Maguncia.

Su labor científica se ha desarrollado en el campo de la Gramática comparada indoeuropea, especialmente en la morfología y en la fonética del balto-eslavo, del germánico, del indio, del griego y del latín, en unos cuantos libros (*Lit. Mundarten*, ya citado; *Lett.-lit. Volksmärchen*, editado en colaboración con M. Boehm, 1924; un diccionario lituano y polaco, 1929; *Der Ursprung der idg. Deklination*, Göttingen, 1944, y *Die Ausbreitung der Indogermanen*, Berlín, 1944) y en una serie de artículos publicados desde 1924 en la *Kuhn's Zeitschrift* (los últimos en el tomo de 1948 y en la nueva revista *Lexis*, I).

Desde 1935 Specht publica trabajos sobre Paleontología lingüística y Arqueología de los indoeuropeos, que culminan en su monumental obra sobre el origen de la declinación indoeuropea, citada más arriba. En ella, sobre una base arqueológica, se plantea el problema del mundo material del indoeuropeo desde el mesolítico y encuentra que los nombres que expresan conceptos correspondientes a ese mundo material primitivo presentan una formación arcaica y el tipo heteróclito en la flexión, a cuyo conocimiento hace Specht aportaciones esenciales. Pasando al origen de la flexión, Specht cree demostrar que ésta es el resultado de la aglutinación de temas puros nominales con elementos pronominales. Metodológicamente esta teoría de Specht presenta varios fallos: al sentar la existencia de tantos elementos pronominales casi como fonemas se dan en los sufijos casuales, el aspecto formal de la teoría es indemostrable (además, Specht se niega a ver en las desinencias flexivas elementos que no sean pronominales); por otro lado, Specht mismo se revela incapaz de explicar el sentido de esas formaciones, lo que resta todo va-

lor a su explicación exclusivamente formal. Por ello conviene puntualizar que el libro de Specht no significa una vuelta a Bopp (aglutinación formal y aglutinación del sentido de los componentes), sino más bien a Ludwig (también aglutinación formal, pero adaptación de sentido). Mas cualquiera que sea la opinión que se tenga de esta teoría, ahí quedan, como un modelo de acopio de información y de datos y, al mismo tiempo, de análisis penetrantes, las numerosas y densas páginas del *Ursprung* dedicadas a la Morfología y a la Paleontología lingüística y a la Prehistoria y Arqueología de los indoeuropeos (sobre lo cual también publica en 1944 la ya citada *Die Ausbreitung der Indogermanen)*, que asignan definitivamente a Specht un puesto destacado en la historia de la Lingüística indoeuropea.—*M. S. R.*

Summary of articles

CASITERIDES

According to the opinion of Cornide, who placed them on the West coast of Galicia, and following a triple method: mathematic, geographic and philological, we have examined comparatively all the sources, trying to get out of them the maximum of their expressive possibilities and to explain their errors and apparent contradictions.

Strabo mentions the tin of the Casiterides, which he situates «in front of the artabros, towards the N» (3°), distinguishing this tin from the one coming from the isle of Britannia.

Diodor repeats the citation referring to the Casiterides, concreting that they are near the coast, and gives them the diminutive «little islands»; he also makes a distinction between this tin and the one proceeding from Britannia, which is destined to the masaliotas and Narbonne via Galia.

Ptolemy mathematically establishes the *Artabrorum Portus* (Duyo, Fisterra) and in the North of this the centre point of the 10 Casiterides in the coordinates 4° 45° 30′, which interpreted with our semicorrection 3° give a point situated at about 18 km to the NNW of Cape Vilaño. At this point there is no island at all, but near it are small barren islands belonging to the coast, particularly at about 50, 53 and 57 km from Carballo, 5° Comba and Noya, the three richest tin zones of the peninsula, with plenty of Roman (or still older) dumping places for dross.

We are of the opinion—with a possibility of 3/4ths, leaving 1/4th to the islands on the W. of Pontevedra—that the 10 Casiterides islands correspond to 10 of the small barren islands belonging to the coast near Cape Vilaño in the NW of the province of Corunna.

SOMETHING ABOUT THE «AGRICOLA» BY TACITUS

9, 20. The change, proposed by some people, of *dari* into *datum iri*, is not necessary, as *dari* can have a signification of future, and moreover, as it has here, of immediate, nearly actual, future. The parallel of this passage to 40, 7 *Syria dabatur*, proposed by Persson, is not convincing: *dabatur* does not look to the future, and the use of the durative-imperfective is explained through the permanence of the obligatory force of the precept, so long as it is not abrogated.

12, 2. We admit Persson's thesis of not accepting the substitution of *trahuntur*, which some editors replace with *distrahuntur*. Yet we find it discussible that *per principes* should indicate transit and think it more probable that it should have the meaning of agent, similar to an ablative with *ab*. The parallelism to Caesar B. G. VI, 38, seems indefensible.

18, 5. Some modern editors (Saint Denis, Renard) reproduce the interpretation *mare* = «the tide», pointed out by some anterior commentators. But in view of the lack of concordant attestations for the use of *mare* in this conception we prefer the interpretation: «An operation according to the normal proceedings of the maritime war». At the same time *classem* is not opposed here, as some people have pretended, to *nauis*, and the whole sentence seems to be a rhetorical amplification.

28, 2. From among the innumerable hypotheses to explain the *remigante* of the manuscripts, we accept the correction in *remigrante*, already suggested in the edition of Pu-

teolanus, and recently defended by Vilh. Lundström, which is probable as to its meaning, and easily explainable from the paleographical point of view.

PHILOLOGICAL ANNOTATIONS. TACITUS *HIST.* I, 23

The passage 'memoria Neroniani comitatus contubernalis appellando' is explained taking in consideration that the career of the pretorial officials demanded their service in the legion, and therefore it is not strange that with the legionary troops of Galba came officials who beforehand had served in the Pretorium. The wording of Tacitus sentences under comment makes the impression that there were many officials of this class coming with Galba; but it is known well enough that the exaggerated tone is somewhat frequent in the style of Tacitus.

A QUESTAO DO GENERO GRAMATICAL EM GRECO, E UM FRAGMENTO DE PERECRATES

At the same time as it ridiculed Protagoras' doctrine about the *grammatical gender*, the Antique Comedy showed a predilection for the comical feminines. In Aristofanes, for instance, appear feminine *hapax legomena* in occupations which habitually were exercised by men: Σκύθαινα, κτρύκαινα, στρατηγίς, συκοφάντρια, συσκηνήτρια, etc.

One of the suffixes of the formation of these professional names, as well as of other rare feminine ones, is the suffix -αινα. The meaning of this suffix is analysed, insisting on the contemptuous tone it confers to the nouns which indicate *persons*. Two words in -αινα of the fragment 64 by Pherekrates (Kock, *Comicorum Atticorum Fragmenta*, vol. I, p. 162) have been a matter of conjectures and discussions. Prof. Victor Ehrenberg wrote about this fragment (in *The people of Aristophanes*, Oxford 1943, p. 277): «It is unintelligible why

in Pherekr. 64 the women boast that nobody had seen a μαγείραινα or ἰχθυοπώλαινα.»

The social importance of the μάγειρος is pointed out, after the texts of the Antique Comedy and the Half Comedy, and the suggestion is made to consider the feminine μαγείραινα as comical, assuming that the woman who cooked in the houses of little supplies generally was a slave, and probably had no special name. (The feminine μαγείρισσα is late.)

This conclusion is further strengthened through the presence of the feminine ἰχθυοπώλαινα, the only compound of -πώλαινα, which is a visibly comical word which does not appear in any other part, not even in composition.

In conclusion: both the feminine occupations, viz., the one of cooking and the one of selling fish, certainly existed. All the same, the designations given to them by Pherekrates are probably comical ones.

ALCUNI FRAMMENTI DI LISIA

At the end of the first part it is proved that the Esquines mentioned in the last two fragments (fr. II by Harpocr. s. v. χύτροι and fr. III from F. O. A. p. 132 s. v. δικάζω) is not the same Esquines the Socratic of fr. I of Lisias, quoted by Ateneo.

Furthermore a date has been sought for the fr. II, and to determine the nature of the cause through its relations with the speech XIX of Lisias.

The second part consists of fragments of papyrus from the same orator.

Some pieces of the Pap. from Oxyrhyn. 1606 form part of a speech entitled Πρὸς Ἱπποθέρσην ὑπὲρ θεραπαίνης; others of the Pap. from Hibeh 14 have the title Κατὰ Θεοζοτίδου.

From the first papyrus the nature of the cause is examined, the juridical value of which is discussed by means of the intelligible parts in order to reconstruct the mutilated ones, which, in the opinion of the author, would be of special in-

terest, as they contain the essential points of the defense.

From the second papyrus it has been attempted to reconstruct some words and sentences.

EL MANUSCRITO DE TEOCRITO DEL CODICE GRIEGO N.° 230 DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

The study of our manuscript has enabled not only to reject the possibility of a relation between the Salmanticensis 230 and the corrections of the text of Teocrito, attributed to the Greek Comendador and included in the codex 295 of the same collection and therefore of a relation between the Salmanticensis 230 and the hypothetic B, but also:

To date the manuscript: The Salmanticensis must have been written before 1512 (approx.) and after 1460-1470, because in those years seems to have been constituted the genus Vallianum (vid. Gallavotti, SIFC 13, 1936, p. 52 sgs.). But the fact that the activity of Lampudis is placed with the copy of Parisinus graecus 2835 in the XVI century invites the supposition that the date of the manuscript is nearer to the years 1460-70 than to the year 1512. The copy was of course made in Italy.

To determine the filiation: The Salmanticensis is a contaminated manuscript. Together with a text of the «Paris family» or rather of the genus Vallianum, which gives the basis, the copyist has had at hand a codex of Moscopulo for the idyls I-VIII—which contain the recension of Moscopulo—and another codex only of the Vatican family, for the idyls XVI, XVII and XVIII. But if we take into consideration the typical manner through which the contamination is produced: cfr. P. Maas, Textkritik.10 in Gercke, Norden, Einleitung (Introduction), it is rather possible that the original was a codex of the genus Vallianum, with interlineal or marginal notes due to Moscopulo and to the Vatican family in the places indicated, which Lampudis—or the copyist of his version, contaminated.

MISCELLANEA CRITICA

I. A new restitution of Solon I 34 is proposed.
II. Teodoridas *Anth. Pal.* VI 155, 5, is inspired in Solon III 4.
III. The passage by Esquilo *Pers.* 631-32 should not be corrected, as the comparison with Eurip. *Alc.* 134 and Sophocles *Ai.* 362 s shows.
IV. The passage by Eurip. *Alc.* 360-62 is clarified by means of a comparison with other parts of the same tragedy.
V. In reference to Eurip. *Alc.* 529 are remembered other passages in which the same idea reappears, and the earlier testimony is marked in Soph. *Ai.* 1038 s.
VI. An Amendment to Critias fr. 8, 2 is proposed.

RECHERCHES SUR LES INSCRIPTIONS A LA POINTE SECHE PUBLIEES PAR LE MARQUIS DE MONSALUD

Entre 1897 et 1908, le *Boletín de la Real Academia de la Historia* de Madrid a publié sous la signature du marquis de Monsalud vingt-trois notices cossacrées à autant d'inscriptions latines à la pointe sèche sur ardoise comme sur brique et tuiles (écrites avant cuisson), dont dix-huit sont aujourd'hui perdues. Une étude critique de ces notices du *Boletín* permet de discerner les falsifications assez nombreuses dont Monsalud avait été la dupe. Les pièces authentiques ont été toutes recueillies, sauf une, dans une région située immédiatement au sud de Mérida, région qui se révèle particulièrement féconde en monuments de cet ordre, très importants du point de vue paléographique.

PATRARE, INTERPRETARI, PELLERE

Insisting on a former idea of his (Notas al Voc. Jur. Lat. pág. 20), the author affirms that *patrare* «to realize something with an effort, to realize something difficult and important, to obtain something important», etc., is only the evolution of a denominative *partare partus*, a, um «to bear, to give birth with an effort, to form or create, to plot, to scheme, to bring forth something important which needs working», through a metathesis—a metathesis which in the author's opinion must have its origin in the compounds: *propetrare, perpetrare, impetrare* and in the expression *pater patratus*, from which later on would have been propagated the simple form (as *sculpo* instead of *scalpo* for *insculpere*, etc.; *cludere* instead of claudere for *in-, con-, re-cludere*, etc., *luere* instead of *lauere* for *illuere*, etc.).

Among the compound words of *partare* the author also includes *interpretari* (from which comes *interpres, -etis)*. The author believes that the deviation the metathesis suffers in it can be explained by the different phonetical circumstances of the same with respect to the other derivatives.

The word *pellere* is also explained by the author as the result of a *pallere* = gr. παλλεῖν, which would have acquired phonetically the form *pellere* in the compounds: *ad-, de-, dis-, com-, im-, pro-, re-pellere*, and from which later on it was transported to the simple form.

SOMETHING ABOUT THE NAMES OF INDICA, THE SPANISH TOWN NEXT TO EMPORION

The author offers an analysis of the two names of the indigenous town situated near the Greek colony Emporion, which appear in the single reference by Stephanus Byz. «Ἰνδική», which is the wider known, and the other less popular is Βλαβέρουρα. He parts from the study of the second name,

and after stating the negative aspect of the opinions exposed about it he interprets it as a compound of βλαβερός (in its meaning as ὑγρός, recollected in Galeno's gloss βλαβεραί· ὑγραί, μυξώδεις) and -ουρα an element with which many toponimics quoted by Herodian end, and which are related to οὖρος. So Βλαβέρουρα has the same value as u d u s a g e r and is therefore a term of the rustic language, to the explanation of which contributes the comparison with the middle aged term *Uduagro*, located in the neighbourhood of Ampurias. With these results he starts the problem of «Ἰνδική». For this name he counts with the extension of the basis i n d / u n d / a n d to this part of the Western Mediterranean, which Trombetti illustrates with «Ἰνδική», the monetal u n d i c e s c e n and another material one from which is specially analysed the preHellenic ἄνδηρον (Fick), explained as τὰ χείλη τῶν ποταμῶν διὰ τὸ ἀεὶ ἔνικμα καὶ διερὰ εἶναι (Hapocration). We find plenty of this perception of «wet lands of the rivers» in the writing of the scholiast of Teocrito, who, in glossing them as ἔνυγρος τόπος, permits to reproduce with nearly the same terms the equation arrived at in the study by Blaberura: ἔνυγρος = βλαβερός. Furthermore there are quotations by Nicandro which present the grounds of ἄνδηρα qualified for plants like ἀμάρακος or μάραθος. Considering the alluvial grounds of the rivers of Ampurias real ἄνδηρα, and basing it upon a toponomastic evidence (Μαραθῶνος πεδίον by Estr., C a m p u s F o e n i c u l a r i u s by Cic., etc.) quite a close connection can be postulated between the geographical reality and the onomastic of Ἰνδική and Βλαβέρουρα.

IBERIAN EXPLORATIONS. THE SIGN y v

There is no reason to deny the Iberian sign y v its value as *n*; this sign probably might have a syllabic value anterior as *ni*. In three or four cases the sign at issue is unpronounceable, attaching to it said value of *n*, but here we are treat-

ing a particular difficulty which certainly is related to the presence of the group *-bar* in continuation of the sign.

«BAN» WITH PERSONAL NAMES.

We examine the use of *ban* with personal names, and its application as a suffixed element seems to be clear in certain examples. In others it is seen between two personals, but it cannot be decided about its anteposition or postposition. The differences are also determined with the use of *eban* and *ebanen*.

SOMETHING ABOUT BASQUE ETYMOLOGY

These notes attempt to establish some fundamental observations on the Basque-Caucasian etymological equations proposed by Ch. Bouda. The critic, without denying the possibility that some valuable results might have been obtained from this comparative work, mainly grasps the following aspects:

1) Bouda proposes Caucasian parallels to Basques terms, which are generally acknowledged as of Latin-Romanesque origin; 2) in the election of Euskarian discrepancies as primitive or ancient forms he starts from the idea of the phonetical evolution of the language, which is far from being unattackable; 3) the phonetical relations he establishes are more apparent than real, and 4) being able to elect a parallel to a Basque term in any one Caucasian language, without discrimination, amplyfies the margin of the purely casual coincidences excessively. All this seems to indicate that a previous work of specification in the Basque and above all in the Caucasian field is indispensable, before it is possible to try and establish with some precision the relationship between both the linguistic groups.

Libros recibidos.

AUBRETON, ROBERT: *Demetrius Triclinius et les Recensions Medievales de Sophocles*. Paris, «Les Belles Lettres», 1949.

AVALLONE, RICCARDO: *Catulliana. Note di Letteratura Latina. Recensioni. Pompeiana.* (Estratti dalla Rivista *Antiquitas*, anni I, II, III, 1946-1948.)

BRAGA, DOMENICO: *Catulo e i Poeti Greci*. Firenze, G. D'Anna, 1950.

BUFFA, MARIO: *Elementi di Grammatica Etrusca*. Pescia, Benedetti, 1950.

CICERAM, MARCO TULLIO: *Livro dos Oficios o qual tornuo em linguagem o Ifante D. Pedro*. Ediçao critica por Joseph M. Piel. Coimbra, Acta Universitatis Coninbrigensis, 1948.

CICERÓN, MARCO TULLIO: *Epistularum ad familiares*. Libri sedecim edidit Humbertus Moricca. 2 vols. Torino, G. B. Paravia, 1950.

DÍAZ Y DÍAZ, MANUEL C.: *Antología del Latín vulgar*. Madrid, Editorial Gredos, 1950.

DÜRING, INGEMAR: *Notes on the History of the transmission of Aristotle Writings*. Göteborg Högskolas Arsskrift, LVI, 1950, 3. Göteborg, 1950.

FRIDH, AKE J: SON: *Études critiques et sintaxiques sur les Variae de Cassiodore*. Göteborgs Kungls. Vetenskaps-och Vitterhets-Samhälles Handlingar, Sjätte Följden, Ser. A. B. 4. No. 2. Göteborg, 1949.

GENTILI, BRUNO: *Metrica Greca Arcaica*. Firenze, G. D'Anna, 1949.

GRANT, MICHEL: *Roman Anniversary Issues*, Cambridge, University Press, 1950.

GRIES, KONRAD: *Constancy in Livy's Latinity*. New-York, King's Crown Press, 1949.

HANSSON, NILS: *Textkritischen zu Juvencus*. Lund, C. W. K. Gleerup, 1950.

HOIJER, HARRY: *An analytical Dictionnary of the Tonkawa Language*. University of California Publications in Classical Philology, vol. 5, número 1. Berkeley and Los Angeles, 1949.

KLOSTERMANN, R. A.: *De slavische Uberlieferung der Makariusschriften*. Göteborgs Kungls. Vetenskaps- och Vitterhets-Samhälles Handlingar, Sjätte Följden, Ser. A. Band. 4. No. 3. Göteborg, 1950.

LUCRECIO CARO, TITO: *De la Naturaleza de las cosas.* Traducido por Lisandro Alvarado. Caracas, Avila Gráfica, 1950.

MALLON, JEAN: *L'Inscription d'Hermenegilde au Musée de Seville.* (Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales, 1948-49. Vols. IX-X.) Madrid, 1950.

MAZZARINO, ANTONIO: *La Milesia e Apuleio.* Torino, Chiantore, 1950.

MINUCIO FELIX, M.: *Octavius* recensuit Michael Pellegrino. Torino, G. B. Paravia, 1950.

MOOREN, G. E. J.: *Plutarchus' Leven von Pericles en Eukele Gestalten uit Pericles' omgeving.* Nijmegen, Centrale Drukkerij N. V., 1948.

ODELSTIERNA, INGRID: *Invidia, Invidiosus, and Invidiam facere.* Uppsala, A.-B. Lundequistka Bokhandeln, 1949.

PEPE, LUIGI: *Marziale.* Napoli, Casa Editrice Armanni, 1950.

PEPE, LUIGI: *Si vitam puriter egi sul carme 76 di Catullo.* Napoli, Casa Editrice Armanni, 1950.

PERRET, JACQUES: *Recherches sur le texte de la «Germanie».* Paris, «Les Belles Lettres», 1950.

POP, SEVER: *La Dialectologie.* Gembloux, J. Duculot, 1950.

ROCHA PEREIRA, MARIA HELENA: *Reflexos horacianos nas Odes de Correia Garçao e Fernando Pessoa (Ricardo Reis).* Porto, Centro de Estudos Humanisticos, 1950.

TOVAR, ANTONIO: *Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas.* Buenos Aires. Universidad de Buenos Aires, 1949.

TURYN, ALEXANDER: *The Sophocles Recension of Manuel Moschopulos.* (Extrated from Transactions of the American Philological Association. Vol. LXXX, 1949.) Lancaster, 1949.

VÁZQUEZ DE PARGA, LUIS: *Latín Medieval.* (Ensayo de Orientación Bibliográfica.) *Revista de Archivos y Bibliotecas.* Madrid, 1950.

VÁZQUEZ DE PARGA, LUIS: *Literatura Latina Medieval.* Oviedo. Universidad de Oviedo, 1950.

WAELE, F. J. DE: *De Hellenisering van de Antieke Wereld.* Nijmegen, Eigen Uitgave, 1950.

WAELE, F. J. DE: *Het Gustelijk en Wereldlyk Lied in Hedendaags Hellas.* Nijmegen, Eigen Uitgaven, 1949.

WAELE, F. J. DE: *Titus Livius als Geschiedschrijver van Rome's Grootheid.* Nijmegen, Eigen Uitgave, 1950.

WALSER, GEROLD: *Rom, das Reich und die fremden Völker in der Geschichtssreibung der frühen Kaiserzeit.* Baden-Baden, Verlag für Kunst und Wissenschaft, 1951.

La Universidad de Estocolmo ha donado generosamente a este Instituto 16 volúmenes de sus *Studier i modern Språkvetenskap.*

PUBLICACIONES «EMERITA»

MANUALES Y ANEJOS DE "EMERITA"

I. P. KRETSCHMER y B. HROZNY: *Las lenguas y los pueblos indoeuropeos.* Traducción de M. Sánchez Barrado y A. Magariños. Un volumen en 4.°, de 109 págs. y dos mapas en colores, 8 ptas.

II. W. KROLL: *La sintaxis científica en la enseñanza del latín.* Traducción de la 3.ª edición alemana, por A. Pariente. Un volumen en 4.°, de 118 págs., 9,50 ptas.

III. J. CANEDO: *Resumen de literatura sánscrita.* Un volumen en 4.°, de 136 págs., 10 ptas.

IV. P. KRETSCHMER: *Introducción a la lingüística griega y latina.* Traducción de S. Fernández Ramírez y M. Fernández-Galiano. Rúst., 28; tela, 32 ptas.

V. P. BATLE HUGUET: *Epigrafía latina.* Un vol. en 4.°, de 242 páginas; tela, 45 ptas.; rúst., 40.

VI. ALVARO D'ORS: *Introducción al estudio de los documentos del Egipto romano.* Un vol. de 210 págs.; rúst., 33 ptas.

VII. FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS: *El sistema gentilicio decimal de los indoeuropeos occidentales y los orígenes de Roma* (con un resumen en inglés). Un vol. de 188 págs.; rúst., 30 ptas.

CLASICOS "EMERITA", CON NOTAS

CICERÓN: *Defensa del poeta Arquias,* por A. d'Ors. 4 ptas.
— *Defensa de A. Cecina,* por A. d'Ors. 9 ptas.
— *Defensa de Murena,* por M. Marín Peña. 19 ptas.
— *Sueño de Escipión,* por A. Magariños. 10 ptas.
ESOPO: *Fábulas escogidas,* por M. del Socorro Andújar. 5 ptas.
HOMERO: *Ilíada,* canto I, por Daniel Ruiz. 12 ptas.
JENOFONTE: *Apología de Sócrates,* por el Seminario clásico de la Universidad de Salamanca. 5 ptas.
LIVIO: *Libro XXI,* por J. Vallejo, 23 ptas.
LUCRECIO: *De la naturaleza,* libro I, por E. Valentí. 44 ptas.
PERSIO: *Sátiras,* por M. Dolç. 49 ptas.
PÍNDARO: *Olímpicas,* por M. Fernández-Galiano. 2 vols., 20 y 18 ptas.
PLATÓN: *Fedón,* por A. Alvarez de Miranda. 36 ptas.
PLINIO: *Cartas,* I, por V. Blanco. 12 ptas.
— *Cartas,* II, por V. Blanco. 5 ptas.
PRUDENCIO: *Himnos a los mártires,* por M. J. Bayo. 24 ptas.
QUINTILIANO: *Institución oratoria,* libro X, por M. Dolç. 35 ptas.
SALUSTIO: *Conjuración de Catilina,* 2.ª edición revisada, por J. M. Pabón. 15 ptas.
SÓFOCLES: *Antígona,* por A. Tovar. 5 ptas. (agotado).
TÁCITO: *Historias,* libro II, por M. Bassols. 25 ptas.
TERENCIO: *Adelfos,* por B. Alemany. 20 ptas.
TIBULO: *Elegías escogidas,* por J. Crecente. 15 ptas.
TUCÍDIDES: *Libro II,* por J. M. Pabón. 21 ptas.
VIRGILIO: *Eneida,* VI, por H. Fuentes, S. J. (Agotado.)
— *Eneida,* VIII, por H. Fuentes, S. J. 10 ptas.
— *Eglogas,* por A. Tovar. 5 ptas. (En reimpresión.)

CLASICOS "EMERITA", SIN NOTAS

I. TITO LIVIO: *Libros XXI y XXII,* 2.ª edición revisada (con mapas y otros grabados), por J. Vallejo. 20 ptas.

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
PATRONATO «MENÉNDEZ Y PELAYO»
INSTITUTO «ANTONIO DE NEBRIJA»

EMERITA

BOLETIN DE LINGVISTICA Y FILOLOGIA CLASICA

TOMO XVIII.—SEMESTRE 2.°
MADRID, 1950

LIBRERIA
CRUZ DEL SUR
•
CARACAS

Emérita
2° 1950

SUCESORES DE RIVADENEYRA, S. A.—PASEO DE ONÉSIMO REDONDO, NÚM. 26.
MADRID

OBSERVACIONES AL TEXTO DE LA ORATIO DE PRETIIS GLADIATORUM MINUENDIS

Esta famosa inscripción de Itálica, descubierta en 1888 y conservada actualmente en el Museo Arqueológico Nacional, ha sido repetidas veces editada desde que Hübner la dió a conocer en *Ephem. Epig.* 7,385, y la comentó (ibid. 388, cfr. *Ges. Schrif.* 8,499 y el amplio resumen en italiano de Bonfante, en *Bull. Ist. Dir. Rom.* 3,182) Teodoro Mommsen, a los que sigue nuestro M. Rodríguez Berlanga en su libro *El nuevo bronce de Itálica* (Málaga, 1891); así, viene figurando en las colecciones epigráficas (CIL. II Suppl. 6278; Dessau, 2,1, 5163) y en las de fuentes jurídicas (Bruns [7], p. 207, n.° 63; Riccobono, *Fontes-Leges* [2], p. 294, n.° 49). Como suele ocurrir, los editores se limitaron a reproducir el texto dado por los editores anteriores sin hacer una comprobación auténtica; sin percatarse de que Hübner no pudo muchas veces leer en debidas condiciones las inscripciones que iba copiando en sus viajes por España y que, tanto él como Mommsen, debían contentarse para su trabajo, una vez en Alemania, con calcos defectuosos. Los epigrafistas españoles saben bien que siempre es conveniente comprobar las lecturas del CIL. II. En el caso de nuestro bronce de Itálica la revisión es tan aleccionadora que hemos creído oportuno hacer aquí un adelanto de los resultados que obtuve con vistas a una obra general sobre las inscripciones hispanorromanas de interés jurídico. Las correcciones al texto de los editores me parecen interesantes también desde el punto de vista literario, ya que se trata de

una pieza oratoria bastante típica del estilo retórico imperante en la época de Marco Aurelio a que pertenece, y de tales correcciones derivan diferencias de índole estilísticas.

Sospecho que este aspecto retórico, así como el de la influencia de la Filosofía estoica (a lo que no deja de aludir el mismo texto, lín. 25), fué el que interesó al Prof. J. Stroux, de Berlín, y le incitó a un estudio sobre el texto italicense, que tuvo ocasión de ver directamente durante su estancia en España en 1943. Fracasadas todas las tentativas que habíamos hecho para conseguir una información sobre el estado actual del proyectado estudio del Prof. Stroux, la diligencia, que mucho agradezco, de la infatigable Juliette Ernst y del Prof. Walter Marg, de la redacción de *Gnomon*, me han confirmado en la noticia de que el Prof. Stroux no ha publicado todavía su estudio, por lo que me decido a publicar esta nota, que, por lo demás, afecta tan sólo a la corrección del texto.

Dejando más amplio comentario del texto para el anunciado libro que vengo preparando, recordaré tan sólo que la inscripción italicense, conservada en un fragmento, una columna entera, de una tabla más amplia, quizá de tres columnas (una anterior y otra siguiente a la conservada), nos presenta un senadoconsulto de Marco Aurelio y Cómodo, que aparecen como correinantes vivos, si bien el nombre del segundo fué objeto de la reglamentaria *damnatio memoriae*, lo cual quiere decir que, siendo la *oratio* posterior al 176 (en que empieza a reinar Cómodo) pero no al 178 (en que Marco Aurelio se ausentó de Roma para no volver), la copia es anterior al 192 (en que muere Cómodo) y aun al 180 (en que muere Marco Aurelio), probablemente del mismo 178.

Más exactamente: el texto del *consultum*, esto es, en esta época, el de la misma *oratio Principis*, no se nos conserva, así como tampoco la decisión final del Senado, sino la parte intermedia, constituída por la *prima sententia*, es decir, el discurso del primer senador (de nombre perdido) que habló para defender el proyecto imperial. Aún este discurso no se halla íntegro en la única columna conservada; pero el trozo es lo suficientemente amplio para que, a través del comenta-

rio de ese senador, nos enteremos de las disposiciones que contenía la *oratio*. Gracias a él vemos que se trata de remediar un abuso de alcance social: los gastos desproporcionados que suponían los *ludi* de gladiadores, que celebraban los magistrados locales y, sobre todo, los *flamines* provinciales al recibir el cargo. Eso contribuía a que tales cargos fueran rehuídos, y se acelerase así el proceso degenerativo de la vida provincial. Por otro lado, tales *ludi* no podían ser suprimidos, porque constituían ya una diversión establecida, a la que el pueblo no podía renunciar con la misma voluntad con que lo hubiese hecho el Emperador, imbuído como estaba del humanitarismo estoico. Para poner remedio a dicho abuso, Marco Aurelio (su hijo era demasiado joven entonces para que supongamos una participación consciente en la medida) establece una verdadera ley de tasas para la venta de gladiadores, a la que los *lanistae*, responsables del abuso, debían someterse. Para evitar posibles pretextos por parte de éstos, se suprime al mismo tiempo el impuesto que gravaba a los *ludi*, por más que proporcionara al Fisco unos ingresos anuales muy saneados.

Probablemente, como suele ocurrir con medidas de ese tipo, el mal que se trataba de remediar no fué remediado; no sólo cabe sospechar que la tasa fué inobservada, sino que resultaba todavía demasiado alta para las ciudades *tenuiores*, en las que se dejaba el arbitrio para reducir adecuadamente los precios a los mismos gobernadores. Ahora bien; éstos no sólo debían, según dispone el senadoconsulto, atender para dicha reducción a la costumbre de los últimos diez años, en la que debemos suponer infiltrado el abuso alcista, sino que, probablemente, tampoco debieron de empeñarse mucho en una política que necesariamente había de resultar impopular.

Fragmentos, en latín, de otra versión de nuestro senadoconsulto o de un texto muy similar se hallaron en Sardes (vid. Keil y v. Premerstein, *Reise in Lydien*, 1906, n.° 26 y Dessau, *ILS*. 3, 2, n.° 9340), pero resultan sin utilidad para la reconstrucción de la parte perdida y no coinciden exactamente en la parte común (líns. 42-46).

Las correcciones que debemos señalar como consecuencia de nuestra revisión son de distinta importancia; en algunos casos se reducen a precisiones sobre una restitución; otras, sobre todo en la segunda parte del texto, resultan de más monta; en algunos puntos tiene también especial importancia el cambio de la puntuación introducida por los editores. También hubiese tenido interés el señalar con rigor epigráfico los puntos de separación que aparecen en el bronce, pero ello obligaba a adoptar una doble forma de transcripción (no sólo sintáctica, sino también epigráfica), y por eso hemos renunciado a ese pormenor, no exento de interés por lo demás. Aunque sólo demos explicaciones (al final) sobre algunos lugares especiales, en los que conviene destacar la nueva lectura, creemos no será superfluo transcribir el texto íntegro de nuestra inscripción, introduciendo todos los resultados de la revisión efectuada. Los párrafos, que se señalan en el bronce por un comienzo que sobresale en el margen izquierdo, van numerados por nosotros con una numeración entre ( ). Los números marginales deben referirse a un comienzo de línea en el bronce; la separación de líneas se señala con una /. Las letras suplidas se indican entre [ ]; la solución de abreviaturas, entre ( ); las letras olvidadas por el lapidario; entre ⟨ ⟩; otras erratas del mismo van corregidas en el texto, pero señaladas en nota.

(1) Tantam illam pestem nulla medicina sanari posse. Nec poterat; verum nostri principes, quibus omne studium est quanto li/bet morbo salutem publicam mersam et enectam refovere et integrae valetudini reddere, in primis anima adverterunt quae / causa illi morbo vires daret, unde foeda et inlicita vectigalia ius haberent: quis auctor et patronus esset usurpandis quasi /legitimis quae omnibus legibus et divinis et humanis prohibentur./

(2) Fiscus dicebatur. Fiscus non sibi sed qui lanienae aliorum praetexeretur tertia vel quarta parte ad licentiam foedae rapinae invi/tatus. Itaque fiscum removerunt a tota harena. Quid enim Marci Antonini et Luci Commodi caven-

dum fisco cum hare/na? Omnis pecunia horum principum pura est, nulla cruoris humani adspergine contaminata, nullis sordibus foedi quaes/tus inquinata, et quae tam sancte paratur quam insumitur. Itaque facessat sive illut ducentiens annum seu trecenties / est. Satis amplum patrocinium imperio parati[s] ex parsimonia vestra; quin etiam, ex reliquis lanistarum quae HS (sestertium) quingenties su/pra sunt, pars lanistis condonetur. Ob quae, oro vos, merita? Nulla sane, inquiunt, merita, set prohibiti talibus grassaturis sola/cium ferant et in posterum tanto pretio invitentur ad opsequium humanitatis./

(3) O magni impp(eratores), qui scitis altius fundari remedia quae etiam malis consulunt qui se etiam necessarios fecerint! Etiam fructus tan/tae vestrae providentiae emerget. Legebatur etiam nunc aput nos oratio, sed ubi rumore delatu⟨m⟩ est questus lanistarum recisos, fis/cum omnem illam pecuniam quasi contaminatam reliquisse, statim sacerdotes fidelissimarum Galliarum vestrarum / concursare, gaudere, inter se loqui.

(4) Erat aliquis qui fortunas suas creatus sacerdos, qui auxilium sibi in provocatione ad principes facta constituerat. Sed / ibidem ipse primus et de consilio amicorum: «Quid mihi iam cum appellatione? Omne onus quod patrimonium meum opprimebat sanc/tissimi impp(eratores) remiserunt. Iam sacerdos esse et cupio et opto et editionem muneris, quam olim detestabamur, amplector»./

(5) Itaque gratiae appellationis, non solum ab illo, verum et a ceteris petitae, et quanto plures petentur! Iam hoc genus causarum diversam formam / habebit, ut appelle⟨n⟩t qui non sunt creati sacerdotes, imo populus./

---

6 a *sobre la línea.* et Luci Commodi, *aunque borrado, legible.* 7 cura *en el bronce y Huebner;* pura *Buecheler y otros editores.* nulli o a *inacabada en el bronce.* 7/8 quaes/stus *en el bronce.* 8 sanctae *en el bronce.* annuum *corr; Buecheler y Hirschfeld.* 13 emergit *corr. Hirschfeld.* 18 sacerdos, *la últ.* s *sobre la línea.* 20 imo, *la* o *en nexo con la* m; *corr.* immo.

(6) Quae igitur tantis tam salutarium rerum consilis vestris alia prima esse sententia potest quam ut quod singuli sentiunt, quod universi / de pectore intimo clamant, e⟨t⟩ ego censeam?

(7) Censeo igitur in primis agendas maximis impp(eratoribus) gratias, qui salutaribus remedis, fisci ratione post habita, labentem civitatium statum et prae/cipitantes iam in ruinas principalium virorum fortuna⟨s⟩ restituerunt, tanto quidem magnificentius, quod, cum excusatum esset reti/nerent quae ali instituissent et quae longa consuetudo confirmasset, tamen illi peraeque nequaquam sectae suae congruere arbitra/ti sunt male instituta servare et quae turpiter servanda essent instituere.

(8) Quamquam autem non nulli arbitrentur de omnibus quae ad nos maximi principes rettulerunt una et succincta sententia censendum, / tamen, si vos probatis, singula specialiter persequar, verbis ipsis ex oratione sanctissima ad lucem sententiae translatis, ne qua ex parte pravis in/terpretationibus sit locus. Itaque censeo uti munera quae assiforana appellantur in sua forma maneant nec egrediantur sump/tu HS (sestertium) xxx (milia). Qui autem supra HS (sestertium) xxx (milia) ad lx (milia) usque munus edent, is gladiatores tripertito praebeantur numero pari. Summum pre/tium sit primae parti quinque milia, secundae quattuor milia, tertiae tria milia. A HS (sestertium) lx (milibus) ad c (milia) usque trifariam coetus gladiator(um) divisus / sit: primi ordinis gladiatoris summum pretium sit viii (milia), mediae classis vi (milia), deinde quinque. Porro a centum milibus ad cl (milia) quinque sint mani/puli, cuius primi pretium sit xii (milia), secundi x (milia), terti viii (milia), quarti vi (milia), postremo quinque. Iam hinc porro a cl (milibus) ad cc (milia) et quidquid supra susum versum / erit, infimi gladiatoris pre-

---

21 *Parece haber una corrección de un defectuoso* sententententia. 24/25 retinere ‹e›t quae *Hirschfeld.* 25 illi, *pero* olli *también es posible en el bronce.* 26 institueret *en el bronce;* 29 locis *en el bronce.* 30 lx, *la* l *casi imperceptible.*

tium sit vi (milia), super eum vii (milia), terti retro viiii (milia), quarti xii (milia), adusque xv (milia). Et haec sit summo ac formonso gladiatori defi/nita quantitas. Utique in omnibus muneribus, quae generatim distincta sunt, lanista dimidiam copiam universi numeri promisqu⟨a⟩e multitu/dinis praebeat exque his, qui gregari appellantur, qui melior inter tales erit duobus milibus sub signo pugnet, nec quisquam ex eo numero / mille nummum minore. Lanistas etiam promonendos vili studio: Questus nec eam sibi copiam dimidiae partis praebendae esse ex nu/mero gregariorum. Uti sciant inpositam sibi necessitatem de ceteris quos meliores opinabuntur transferre tantisper plendi nu/meri gregariorum gratia. Itaque is numerus univ:rsae familiae aequis partibus in singulos dies dispartiatur, neque ullo die minus quam / dimidia pars gregariorum sit qui eo die dimicabunt. Utque ea opservatio a lanistis quam diligentissime exigatur, ⟨arbitrium⟩ iniungendum / his qui provinciae praesidebunt et legatis vel quaestoribus vel legatis legionum vel iis qui ius dicunt c(larissimis) v(iris), aut procuratores maximorum / principum quibus provinciae rector mandaverit; is etiam procurator(ibus) qui provinciis praesidebunt. Trans Padum autem perque omnes Italiae / regiones arbitrium iniungendum praefectis alimentis dandis, si aderunt, vel viae curatori, aut, si nec is praesens erit, iuridico vel / tum classis praetoriae praefecto./

(9) Item censeo de exceptis ita opservandum: ut praecipuum mercedis gladiator sibi quisque paciscatur eius pecuniae quae ob hanc causam excipi/ebatur, quartam portionem

---

35 promisque *en el bronce, Berlanga, Bruns.* 36 inter, *la* t *es cierta, aunque presente la curva de una* c. 37 eam, *la* a *parece estar en nexo dentro de la* m. 39 atque ullo *en el bronce, si bien* ne-, *en nexo, no es imposible.* 40 opservatio, vat *pueden verse, enlazadas.* 41 praesidebunt, *la* t *casi como* c. procuratoribus *corr. Mommsen y otros editores.* maximorum, um *enlazadas.* 43 alimentorum dandis *en el bronce;* dandis *om. Mommsen;* alimentorum dandorum *Hirschfeld; sic Riccobono.* 45 quisquis *corr. Buecheler.* 46 serus, *la omisión de una* u *no es insólita; cfr. Flaus por Flavus.*

liber, serv⟨u⟩s autem quintam accipiat. De pretis autem gladiatorum opservari paulo ante censui secundum praescrip/tum divinae orationis, sed ut ea pretia ad eas civitates pertinea⟨n⟩t in quibus ampliora gladiatorum pretia flagrabant. Quod si quibus civitatibus / res publica tenuior est, non eadem serventur quae ap[ut] fortiores civitates scripta sunt, nec supra modum virium onerent, sed hactenus in eundem / ut qu⟨a⟩e in publicis privatisque rationibus repperientur pretia summa ac media ac postrema, si quidem provinciarum eae civitates
50 sunt, ab eo / qui praesidebit provinciae opserventur; ceterarum autem iuridico vel curatore viae vel classis praetoriae praefecto vel procuratori / maximorum principum, vel cuiusque civitatis potestas qu⟨a⟩e ibi prima erit. Atque ita rationibus decem retroversum annorum inspectis, exemplis / munerum in quaque civitate editorum consideratis, consti[t]uantur ab eo cuius arbitratus erit de tribus pretis, vel, si melius ei videbitur, / ex eo modo quem peraequ[e] fi[er]i legit et trifariam pretia diducantur, eaque forma etiam in posterum servetur. Sciantque v(iri) c(larissimi) qui procon/sules paulo ante profecti sunt intra suum quisque annum it negotium exsequi se oportere, ⟨e⟩t ii etiam qui non sortito provin-
55 cias / regant intra annum./

(10) Ad Gallias sedet princeps. Qui in civitatibus splendidissimarum Galliarum veteri more et sacro ritu expectantur ne ampliore pretio / lanistae praebeant quam binis milibus; cum maximi pr[i]ncipes oratione sua praedixerit fore ut damnatum ad gladium / procurator(ibus) eorum non plure quam sex aureis lui, sic servi[s si]t./

(11) Sacerdotes quoque provinciarum, quibus nullu[m cum] la[nist]is nego[t]ium e[s]t, gladiatores a prioribus sa-
60 cerdotibus su[s]/ceptos, vel si placet auctoratos, recipiunt, at

---

48 virium, *la primera* i *parece* t. 50 curatore *(la* e *quizá inacabada; edd.* -i) provinciae *en el bronce.* 51 potestasque *en el bronce; Berlanga, Bruns.* 52 edito erunt *en el bronce; corr. Buecheler; Hübner y otros,* ‹quae› in quaque civitate edita erunt. 58 plure, *las dos últimas letras forman como una* s *irregular.* 60 vel si pla-

post editi[o]n(em) pl[u]re ex pr[e]tio in succedentes tran[sf]e-[r]unt. Ne quis singulatim aliquem / rei gladiatoriae causa vendat plure quam lanistis est pretium pers[olu]tum./

(12) Is autem qui aput tribunum plebei c(larissimum) v(irum) sponte ad dimicandum profitebitur, cum habeat ex lege pretium duo milia, s[i] liberatus discri/men instauraverit, aestimatio eius post hac HS (sestertium) xii (milia) non excedat. Is quoque qui sen[i]or atque inabilior operam suam denuo // ...

* * *

Por el simple cotejo de nuestro texto con el de otros editores pueden resaltar ya las diferencias de lectura; también en las notas hemos observado algunas particularidades del bronce; pero conviene ahora hacer resaltar y explicar las diferencias más importantes que creemos obtener de nuestra revisión. Dejaremos pequeñas correcciones del tipo del *sed* (lín. 5), que se venía leyendo *set* a consecuencia de montar un poco la *d* indiscutible sobre la *q* siguiente, y, al revés, el *aput* (lín. 13), que leían *apud;* así también el claro *maneant* (lín. 29), donde no veían la segunda *a*, que daban por suplida; igualmente la corrección del número *(viii* y no *vii)* en la línea 33, que Hübner puso bien en su edición (pág. 1032) y mal en su transcripción y comentario (pág. 1036), y pasó así a los demás editores (Bruns omite la lista de precios, y por eso no incurre en el error); así también algunas palabras que fueron mal leídas, como *vel* (lín. 51), que se leía *uti; arbitratus* (lín. 52), que se leía *arbitrium; diducantur* que se leía *deducantur* (lín. 53); *si liberatus* (lín. 62) que se leía incomprensiblemente *liberatus si; illi* (lín. 25), que me parece se puede leer en vez del *olli*, aunque no haría mucho hincapié; tampoco

---

cet, el *reducidas a puntos que podrían pertenecer a otras letras;* plaret o blaret *en el bronce; edd.* vel sibimet. Ne quis *es claro, aunque para la* n *se aproveche un trazo como de* o *inacabada de la palabra anterior.* 62 dlebei *en el bronce;* cretium *en el bronce.* 63 *corr* inhabilior.

insistiré en el abuso cometido por los editores al figurar como párrafo aparte el comienzo de la línea 29 *(Itaque censeo...)*, que aparece en el bronce separado, sí, de lo que antecede, por medio de un espacio y un signo, pero no como los demás párrafos con la primera línea sobresaliendo en el margen. Finalmente, me he permitido conjeturar la caída de una palabra: ⟨*arbitrium*⟩ *iniungendum* (lín. 40), que parece requerir el sentido (cfr. lín. 43 y 52) y que pudo caer por confusión de finales.

Dejando estas observaciones a un lado, porque creo que se explican simplemente por la lectura del bronce, debo detenerme ahora en aquellas otras correcciones que, no sólo pueden parecer más problemáticas, sino que también resultan de mayor importancia para la interpretación del texto.

* * *

Línea 9: *Satis amplum patrocinium parati*[*s*] *ex parsimonia vestra*. Contra Bücheler y la mayoría de los editores, creo que no se debe corregir *patrocinium* por *patrimonium*. El orador se dirige a los senadores. Como es sabido, al Senado correspondía la *aerarii dispensatio*, de suerte que ningún gasto podía hacerse sin su autorización; ni los mismos *quaestores* podían sacar dinero del *aerarium Saturni* sin permiso senatorial, salvo por necesidad de los cónsules presentes. Así, pues, de la buena administración senatorial, de la *parsimonia* de los senadores, se derivaba la fuerza económica del Imperio, sin necesidad, dice el orador, de buscar exacciones inhumanas: la ganancia que procedía de las luchas gladiatorias puede retirarse *(facessat)*, sea cual sea su importancia *(sive ducentiens annum seu trecenties est)*. En esta relación no sería absurdo decir que los senadores proporcionan con su ahorro un *patrimonium*, pero tampoco veo inconveniente en que se diga que proporcionan un *patrocinium*. Antes bien: lo que quiere subrayar el orador es la falta de codicia del Emperador, y, en este sentido, quizá resulta más congruente que no hable de «que ya tienen bastante dinero», sino de que «sus intereses ya

están bien defendidos» gracias a la prudente política financiera del Senado.—La palabra *parati*[*s*] me parece así aceptable, por más que también se podría pensar en un *paratum*, dado que a lo largo de todo el discurso se mantiene la tendencia al estilo indirecto. Si me inclino por la forma personal es sobre todo porque supone una menor alteración del bronce.

* * *

Línea 13: *sed ubi rumore delatu⟨m⟩ est questus lanistarum recisos...* Me parece pacífico el suplir la *m* como hacen todos los editores. En cambio, creo innecesaria la corrección de los editores (excepto Bruns): *qu*[*a*]*estus*. Ya veremos que tampoco debe admitirse tal corrección en la línea 37, donde *questus* tiene pleno sentido. También aquí. Lo que se elimina con la reforma no es toda «ganancia» de los *lanistae*. Obsérvese, por lo demás, que el orador todavía no ha hablado de la reducción de precios, sino que por ahora tan sólo habló de la supresión del impuesto y de la remisión parcial de deudas a los *lanistae* lo que indirectamente contribuiría a reducir el coste de los juegos; pero, por de pronto, proporcionaba también una ventaja a los *lanistae*. Así, de lo que se trata en este párrafo es del júbilo que ocasionó, precisamente por la repercusión que respecto a los organizadores de los juegos iba a tener la medida, el que hubiese desaparecido el motivo de «queja» para los lanistas: ya no podrían éstos quejarse de que se les gravaba excesivamente con aquel vectigal. Así, lo que se elimina son los *questus* de los *lanistae* y no su ganancia; eliminación de *questus* precisamente por supresión del impuesto, lo que se dice a continuación: *fiscum-reliquisse*.—Cuando el escriba quiere decir ganancia, como en la línea 7/8, no deja de escribir correctamente *quaestus*.

Observo de pasada, a propósito de ese júbilo de las Galias al tener noticia de la *oratio*, que no veo la razón para afirmar, como se suele hacer, que entre la *oratio* imperial leída ante los senadores y la *prima sententia* que nos conserva parcial-

mente nuestro bronce hubo de transcurrir algún tiempo, para que la noticia de la *oratio* leída pudiera llegar a las Galias, y volver la noticia del júbilo que aquella había ocasionado allí. Francamente, lo que dice nuestro senador no obliga a suponer tal interrupción. Este dice: «Acabáis de oír también vosotros la *oratio*, pero tan pronto empezó a correr el rumor... *(statim)* inmediatamente se pusieron los sacerdotes de las Galias a...». Me parece que está claro que la noticia llegada a las Galias no fué la de la *oratio* leída en el senado, sino un rumor que en este caso resultó ser cierto; un anticipo oficioso de la resolución del Emperador.

* * *

Línea 19: *et quanto plures petentur!* No hay aquí dificultad de lectura, pero conviene aclarar este futuro, que causa a veces alguna sorpresa. El apelante en cuestión pidió la *gratia appellationis*. Esta era, como vió bien Mommsen, la dispensa para no perder la fianza que debía depositarse al entablar el recurso, del que ahora desistía por haber sido suprimida la razón del mismo; no sólo él, pues otros apelantes habían hecho otro tanto al tener noticia de la *oratio* que iba a proponer el Emperador. Esto ya antes de que el Senado diera su aprobación formal a la propuesta. Pero una vez que ésta hubiese recaído, otros muchos recurrentes actuales desistirían también y tendrían que pedir igualmente la *gratia appellationis*. Por eso dice el Senador que hay que esperar todavía muchas peticiones de ese tipo. No debemos olvidar que, al menos formalmente, el Senado tenía que discutir y aprobar aquella medida; por lo tanto, todas las consecuencias de que puede dar noticia el orador son consecuencias, no del senadoconsulto, sino del rumor anticipado del proyecto imperial; así, había que esperar todavía muchas consecuencias. Si el orador diera por agotadas todas las consecuencias, ello hubiera sido, en cierto modo, un desprecio para la autoridad del Senado. De hecho, ya se sabe que el Senado no hacía más que aclamar la

oratio imperial, pero había que respetar las formas. Las referencias que se hacen a los primeros efectos de la *oratio* son para subrayar su popularidad, pero no para descubrir la insignificancia del refrendo senatorial.

* * *

Línea 36: *qui melior inter tales erit duobus milibus sub signo pugnet.* Desde Bücheler se tomó este pasaje como documento de una insólita palabra, pero que no dejaba de tener cierto aire de posible: *acertas.* En efecto, se leía: *qui meliori⟨s⟩ acertatis erit,* supliendo una omitida *s.* Esto no parece quizá muy firme. Mommsen pensaba en *qui melior lacertatus erit* o *melior lacertis erit;* es decir, como si se tratase de un premio al que hubiera luchado mejor. Revisando bien el texto, el enigma se aclara sin dificultad. Nada hay que suplir ni corregir. Todas las letras están y se leen perfectamente; lo único que pasa es que la *t* de *inter* está algo borrosa en su extremo inferior izquierdo, de suerte que tiene apariencia de *c.* La confusión entre *-les* y *-tis* no es difícil, dada la semejanza, a veces identidad, entre *t, l, e, i.* Pero, en cambio, sólo por una falta de sosiego se pudo confundir la clara *n* con una *a,* pues siempre sobraba un trazo. Así, pues, entre los gladiadores de peor calidad, *gregarii,* pertenecientes a la *promiscua multitudo* (creo, con algunos editores y contra otros, que no debemos dejar la forma *promisque* de línea 35 como si se tratase de un adverbio), los mejores, es decir, los menos malos, no pueden exceder del precio de dos mil sestercios.

Aquí el Emperador fija, por excepción, una tasa mínima: la de mil sestercios. ¿Por qué? La razón de ese mínimo está en que, de no fijarse, resultaría imposible la aplicación de la obligación que tenían los *lanistae* de suministrar siempre la mitad de *gregarii.* Pero esto se verá más claramente en el punto siguiente.

Debemos preguntarnos todavía qué es eso de *pugnare sub signo.* Mommsen pensó en la posibilidad de que en la arena

figurase un letrero con el precio de cada gladiador, para conocimiento del público. Esto me parece un poco aventurado; en todo caso, no se explicaría del todo la expresión. También insinuaba que ésta estuviese aquí tomada del lenguaje militar. Esto es más acertado, por cuanto que también se habla en el ejército de *milites gregarii*. Así, sería una expresión para designar simplemente el enganche como gladiador (cfr. «banderín de enganche»). Con todo, el hecho de que esta expresión se use tan sólo respecto a los gregarios y no respecto a los gladiadores mejores puede hacer pensar en una forma especial de luchar. En este sentido me atrevería a insinuar, con cierta timidez, que *pugnare sub signo* se dice de la lucha en banda, no en combate singular; estos gladiadores lucharían *gregatim*.

* * *

Líneas 37/38: *Lanistas etiam promonendos vili studio: Questus nec eam sibi copiam dimidiae partis praebendae esse ex numero gregariorum. Uti sciant...* Las dificultades que se presentaron en este pasaje provenían de dos causas: de querer corregir *questus* en *quaestus* y de no haber leído *nec eam*. Lo primero ya vimos que había ocurrido también en la línea 13, como si el escriba no supiera poner *quaestus* (líns. 7/8). Sin duda que era tentador enlazar *studio quaestus*, el ánimo de lucro, pero la verdad es que el orador no tenía que decir de qué *studium* se trataba, tanto más cuanto ya lo calificaba de *vile*. Por lo demás, prevaleció la lectura *promovendos* contra *promonendos*, a pesar de que Hübner las daba como alternativas y Hirschfeld se decidió por la segunda. La segunda es la verdadera, ya que, aunque el primer trazo de la *n* no se conserva íntegro, sí se conserva el extremo inferior del mismo.

Así, pues, nos encontramos nuevamente aquí con una breve frase que introduce una nueva idea, y también en estilo indirecto: «Una cosa hay que advertir a los lanistas contra su codicia». Se trata de lo siguiente: la *oratio* ha dispuesto en las líneas anteriores que en cada *ludus* aparezcan gladiadores ca-

ros y baratos en igual número, igual número de *meliores* y de *gregarii*. Ahora bien: podía ocurrir que la codicia de los *lanistae* les llevara a simular que «se les habían acabado los baratos», para forzar a los *editores* a presentar como baratos los que realmente habían pagado como caros. Esto es cabalmente lo que nos dice el bronce, con su habitual estilo indirecto y conciso, en la oración que sigue: «Pueden ocurrir quejas *(questus...)* de no tener *(nec sibi esse...)...*» De una manera inexacta, ya los editores se habían dado cuenta de que se trataba de esa alegación, pero buscaban un giro demasiado redondo, y no vieron el aclarador y sencillo *nec eam*, que leían como absurdo *negem*. El error es en cierto modo excusable porque, en efecto, tenemos ahí una *a* enlazada dentro de la *m*, de suerte que, la primera impresión es de un *necem*, siendo posible la confusión *c-g*, aunque aquí no aparece el rasgo típico de la segunda. Acertado el *nec eam*, donde el *nec* matiza el tono de «nueva» argucia de los *lanistae*, en relación con el *etiam* de la oración anterior, la construcción se aclara, sin necesidad de tener que corregir *praebendae* en *praebendam*, ni de acudir a la trasposición arbitraria de Bruns: *sibi copiam dimidiae partis praebendae negantes!* El infinitivo depende ahí de la manera más natural del *questus*: *Questus nec eam sibi copiam esse.*

Ya dijo el orador que había que preadvertirles *(promonendos)* contra esa posible escapatoria de su codicia. Que sepan los tales *(Uti sciant*, cfr. línea 54: *Sciantque)* que, si no tienen gladiadores baratos, han de llenar el cupo de los mismos con los que tengan, pero al precio de los baratos. Con eso se acabaron los *questus;* ya no tienen escapatoria. Pero la medida era tan enérgica que podía redundar en un abuso de los *editores*. En efecto, éstos podían aprovechar la ventaja legal para regatear hasta el punto de que los *lanistae*, obligados a dar siempre la mitad de gladiadores *gregarii*, tuvieran que darlos por un precio excesivamente bajo. El Emperador sabía que, si se estiraba demasiado la cuerda por ahí, acabaría por romperse, y por este motivo dispuso prudentemente aquel precio mínimo que vimos antes, el de mil sestercios. He ahí

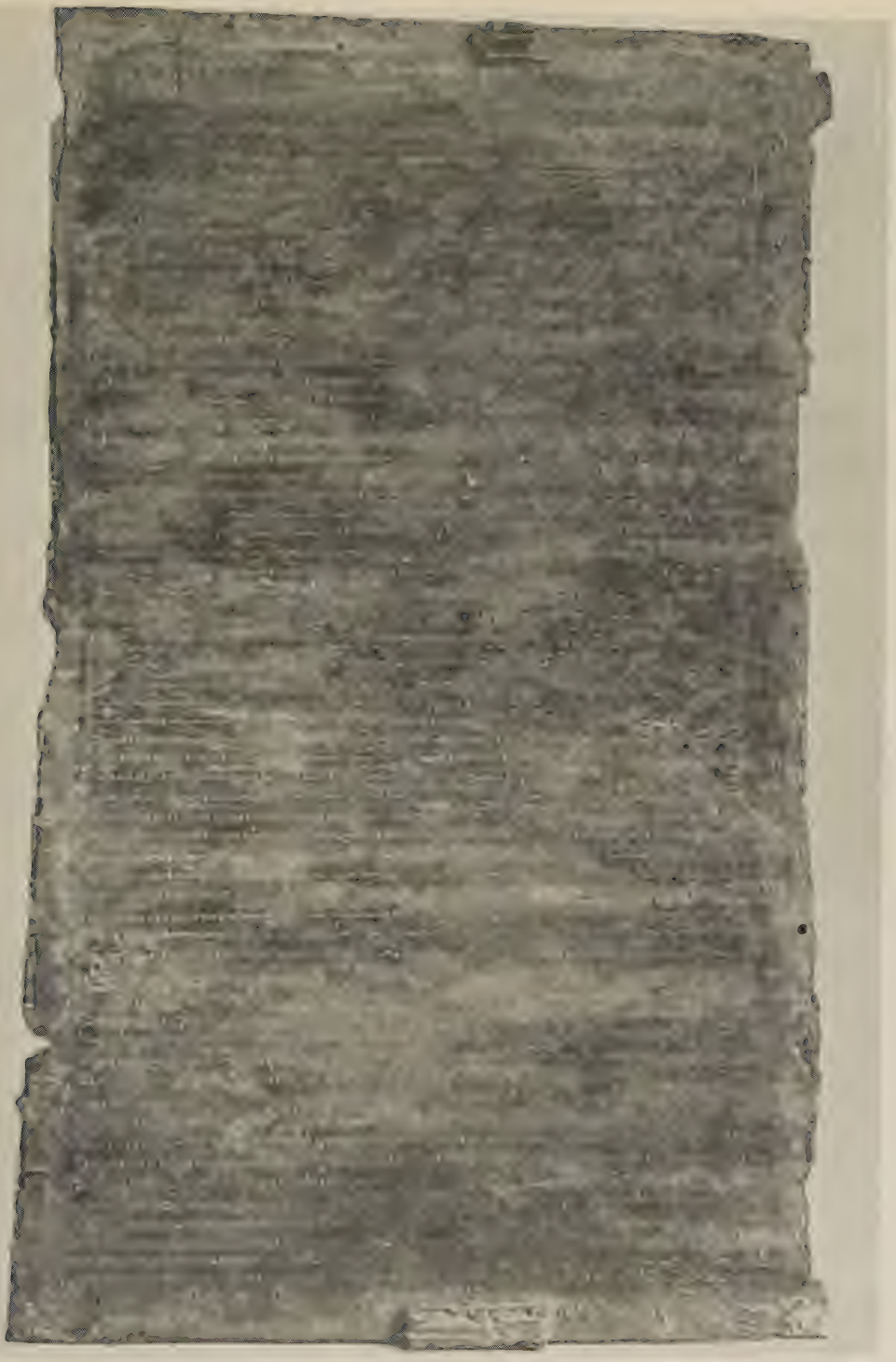
la razón de lo que a primera vista parecería extraño: que en una ley de tasas se fijara también un precio mínimo. Esto era precisamente para hacer posible la aplicación de la coacción establecida en favor de la tasa de los *gregarii*.

* * *

Líneas 41/42, 50/51 y 58: Se trata de la mención que se hace en esos tres pasajes de los *procuratores maximorum principum*.

Tanto en 41/2 como en 50/1 nos encontramos esta mención en un caso distinto del que requiere la serie enumerativa de magistrados en que se halla inserta. Allí como nominativo *(procuratores)* en una invariable serie de dativos; aquí como indiscutible dativo *(procuratori*, con la *i* notoriamente prolongada) en una invariable serie de ablativos *(curatore* tiene la *e* clara, contra la *i* que leen los editores, sin duda atraídos por la *i* de *procuratori)*. Por lo demás, en ambos casos la mención es inoportuna. En 41/42 se incluye al *procurator* como mandatario del *rector* (término que ha de tener difusión en época posterior) *provinciae*, lo mismo que los *quaestores*, etcétera, siendo así que se trata de un magistrado de autoridad imperial. En 50/51 se incluye el mismo *procurator* dentro de la serie de magistrados de Italia, siendo así que de los magistrados provinciales no se hace aquí una enumeración detallada, sino tan sólo una referencia general mediante la designación genérica (cfr. Dig. 1, 18, 1) de *qui provinciae praesidebit*. Evidentemente, en ambos casos nos encontramos ante una mención interpolada: *aut procuratores maximorum principum* (l. 41/2) y *vel procuratori maximorum principum* (l. 50/1).

El que en la lín. 50 se incluya nuestro magistrado provincial entre los de Italia quizá pueda explicarse por la atracción de la palabra *provinciae* que indebidamente leemos tras *curatore*. Probablemente, un corrector que leyó en la línea 50 *qui praesidebit provinciae*, al advertir la inversión de términos (por *provinciae praesidebit*, que es lo normal), escribió al mar-



Bronce de Itálica: conjunto.

gen del modelo que sirvió a nuestro copista la palabra *provinciae*, con el fin de que se hiciera la corrección, pero el copista no acertó a entender la señal y creyó que se trataba de corregir la palabra *viae* que se hallaba, correctamente (cfr. línea 43), en el texto. Así, el dativo escrito en el margen *provinciae* pasó en funciones de genitivo a sustituir incorrectamente el correcto *viae*, y se dejó sin corregir la inversión *qui praesidebit provinciae*. Una vez en su nuevo lugar la palabra *provinciae*, hizo pensar al copista interpolador que allí se seguía hablando de magistraturas «provinciales» y por eso no tuvo reparo en insertar allí el *procurator maximorum principum*.

Si tanto en las líns. 41/42 como en las líns. 50/51 podemos sospechar fundadamente que se interpoló la mención de ese magistrado, lo mismo podemos pensar de la línea 57, que presenta otras dificultades que examinaremos después. Allí se habla del pago a los *procuratores eorum*, esto es, de los *maximi principes* (lín. 57), del precio de los *damnati ad gladium* que eran entregados para ser ejecutados en la arena. No hay que poner en duda la posible jurisdicción criminal de esos *procuratores*; pero no se explica por qué motivo sólo se habla de ellos y no de los otros magistrados provinciales y de Italia. Me parece que también en este caso tenemos una mención interpolada.

Aparece así una interpolación sistemática de los *procuratores maximorum principes*, que sin duda debía empezar ya en la columna anterior, de suerte que las interpolaciones que vemos en ésta son casi como un simple recordatorio de las que ya se habrían introducido en el texto de la *oratio* imperial que se conservaría en la primera columna.

Esta interpolación creo que tiene una razón que podemos conjeturar con probabilidad de acertar. En las líneas 41/42 nuestros *procuratores maximorum principum* aparecen netamente diferenciados de los *procuratores qui provinciis praesidebunt*, que también parecen mencionados en la primera línea de los citados (supra) fragmentos de Sardes. Esto quiere decir que aquellos son *procuratores*, no gobernadores de pro-

vincias procuratorias, sino sustitutos de gobernadores, incluso de gobernadores de provincias senatoriales, o sea los llamados *procuratores vice praesidis* o *qui partes praesidis funguntur*. Sobre ellos vid. Karlowa, *Röm. Rechtsg.* I 570.

El que este cargo aparezca interpolado en nuestro bronce, de alrededor del año 178, nos podría hacer pensar ya que su aparición en la historia administrativa romana tuvo lugar por aquellas fechas, después de darse el senadoconsulto. En efecto, las menciones que tenemos de *proc. vice praesidis* (vid. Marquardt, *L'organisation de l'Empire romain* I 584, nn. 2 y 3) son principalmente del siglo III. En CIL. V 1875, que es anterior, quizá no se trate de un *vice praesidis* propiamente dicho, sino de un *procurator* que se encargó del gobierno de Asia *vice defuncti pro consule*, y en Tácito, *Ann.* 14,32, el que se pida ayuda militar a un *procurator* tampoco parece indicar que se trate de un verdadero *vice praesidis*. Las referencias jurídicas que indican aclaraciones sobre la competencia de ese magistrado son también del siglo III, de la época de Caracala (Ulp., en *Collatio* 14,3 y Cód. Just. 9,47,2, del año 212) y hasta de Gordiano III (Cód. Just. 3, 3, 1, del año 242), salvo una referencia anterior de Papiniano (Dig. 49,1,23,1), lo que supone la existencia, por lo menos, en la época de Septimio Severo. Así, nos remontamos a una época muy próxima a la de nuestra corregencia de Marco Aurelio y Cómodo (CIL. III 1, 251?). Pero con esto no se precisa lo bastante para poner en relación la aparición de nuestro *procurator* con la interpolación del texto del senadoconsulto. Una precisión mayor creo que podemos conseguir teniendo en cuenta la situación de la Bética, donde se grabó nuestro bronce, en la época a que nos referimos.

En efecto, se puede afirmar que en el año 172, es decir, unos cinco años antes de nuestro senadoconsulto, Bética dejó transitoriamente de ser provincia senatorial (*Vit. Ant. Phil.* 22) y se sometió a un gobierno imperial, a consecuencia de una invasión de *Mauri* (*Vit. Sev.* 2,3). No sabemos qué tipo de gobierno fué ese, ni cuanto duró, aunque sí cabe afirmar que la reforma se hizo por razones estratégicas y cesaría al

desaparecer el peligro militar. En este sentido ya se observó (vid. María Marchetti, s. v. *Hispania* en *Diz. Epigr. De Ruggiero* III 887 sg. y la literatura allí citada) la importancia que tiene en esa época, en la misma Bética, el *procurator* que gobernaba la Mauretania Tingitana (cfr. CIL. 1120 y 2015), hasta el punto de que nuestra provincia aparece designada como *provincia nova Hispania ulterior Tingitana* (CIL. VIII 21813). Así, no es absurdo pensar que ese *procurator* de la Tingitana gobernó en la Bética, por razones estratégicas, durante cierto tiempo y precisamente como *procurator vice praesidis*. Esa situación pudo durar muy bien unos ocho o diez años. En efecto, el primer gobernador senatorial de que volvemos a tener noticia no puede ser anterior a la muerte de Marco Aurelio (CIL. VIII 12442, el cálculo por razón del *cursus honorum)*; otro es ya del 193 (CIL. II 5506).

Qué relación pueda tener ese gobierno procuratorio de la Bética con la aparición como magistratura definida de los *procuratores vice praesidis* no es del todo claro, pero creo que sí podemos ver en esa situación especial de la Bética la causa de que se interpolara sistemáticamente la mención del *procurator vice praesidis*, como *procurator maximorum principum*, en la copia italicense de nuestro senadoconsulto. De no hacerse así, no habría figurado expresamente en su texto la competencia del que estaba desempeñando actualmente el gobierno de la provincia y siguió desempeñándole todavía por tres o cuatro años más.

* * *

Línea 22: *clamant e⟨t⟩ ego censeam*, y línea 54: *oportere ⟨e⟩t ii etiam*. Reúno aquí los dos pasajes por presentar un accidente parecido: la reabsorción de la conjunción *et* en un final de la palabra anterior. En el primer caso, es verdad que se podría dejar el giro *quod universi de pectore intimo clamante*, tal como aparece en el bronce. Sin embargo, creo que la elisión del verbo resultaría ahí algo inelegante, sobre todo por la duda que surgiría respecto a la atracción de los dos verbos

vecinos: *sentiunt* y *censeam*. En cambio, el verbo *clamant* produce ahí un adecuado paralelismo: *quod singuli sentiunt, quod universi... clamant* (no hay que olvidar que se trata siempre de los efectos del rumor)... Pero también me parece que, en vez de suprimir simplemente la *e* final, como se suele hacer, es preferible, suplir una *t*, para reforzar así la adhesión de nuestro orador al clamor popular: *e⟨t⟩ ego censeam*.

Algo parecido con la línea 54. Aquí da el bronce, no *oportebit*, como indican los editores, sino *oporteret*. Como lo que la gramática requiere es un verbo infinitivo cuyo sujeto sea *se*, también hay que suprimir la última letra, en este caso una *t*. Pero prefiero suplir una *e* que habría sido absorbida por la *e* que antecede, para hacer resaltar que la obligación de ejecutar la medida se extiende «incluso» para aquellos gobernadores que no obtuvieron su gobierno en virtud del sorteo senatorial, y en este caso precisamente dentro del año a contar desde la fecha del senadoconsulto.

* * *

Línea 52/3: *vel si melius ei videbitur, ex eo modo quem peraequ[e] fi[er]i legit et trifariam pretia diducantur*. Los editores leen, mal conducidos por Hübner, de este otro modo: ... *quem persequitur effici⟨a⟩t et*... Creo que la *a* de *peraeque* puede tenerse por segura; aunque la *f* de *fieri* pueda leerse como *t* (de *persequitur*), la letra siguiente, un trazo netamente vertical, difícilmente podría ser una *u*, sino muy bien una *i*; por lo demás, *legit* creo que también es claro. Nuestra lectura tiene la ventaja de ser conservadora y dar más sentido. En efecto, se ha explicado antes (líns. 30 y sgs.) cómo se establecía una tarifa triple (lín. 31: *trifariam coetus*). El magistrado, ante el caso de una *res publica tenuior* no debe aplicar sin más esas tarifas que se establecen para las ciudades mayores, sino establecer (*constituantur*, no *conserventur*, lín. 52) unos precios especiales (*pretia* aparece en la línea 49, pero quizá se repitiera aquí: ⟨*pretia*⟩ *constituantur*). Para ello, pue-

de acudir a la forma tripartita que se establece para las ciudades mayores, aunque, naturalmente, con cantidades proporcionalmente menores. Ese *modus* tripartito que sirve de módulo general *(peraeque fieri)*, al establecerse en el texto del senadoconsulto, podrá ser leído, y de ahí *legit*. Así, también *(et)* en aquellas ciudades se podrán dividir los precios en tres categorías.

* * *

Línea 56: *Ad Gallias sedet princeps. Qui... expectantur...* Este décimo párrafo tuvo una especial desgracia, no sólo porque a estas alturas la lectura se hace más borrosa, sino porque los primeros editores, al tropezar con la primera dificultad de interpretación, recurrieron al cómodo pero poco recomendable criterio de suponer que el texto estaba incompleto aquí y, como veremos, al final del párrafo. Se pensó que el escriba español habría suprimido de buena gana unas cuantas explicaciones que sólo interesaban a las Galias, y que por eso el texto quedaba cojo por todas partes. Si no me equivoco, el texto está íntegro y no hay más que atenerse a lo que se lee.

La primera dificultad estaba en el *sédet*, y se pensó en un *sed et*. Observo que la omisión del punto entre *sed* y *et* no sería, por sí solo, un argumento decisorio. Al aceptar esta división, la oración quedaba incompleta. A la misma conclusión llegaba Hübner, aun manteniendo *sedet*, por creer que faltaría algo como *ludos spectaturus*, con lo que colocábamos buenamente a nuestro Emperador «sentado» en las gradas de un anfiteatro galo. Tampoco resolvía nada un *s⟨i⟩ edet* (de Buecheler), que colocaba a Marco Aurelio, no ya como espectador, sino de *editor* de aquellos juegos gladiatorios. Y contra toda razón de los ojos estaba la conjetura de Hirschfeld: *ad Galli⟨c⟩as ed⟨i⟩t⟨io⟩n⟨e⟩s*, prueba de la desesperación. En efecto, lo más prudente parecía cobijarse en la hipótesis de un *sed et* y unos puntos suspensivos para señalar una laguna (oratio hiat!). Pero creo que no hay razón para sospechar de

un escriba que puede tener, sí, algún error aquí y allá, pero que se nos muestra como bastante formal. ¿Por qué no allanarnos a aceptar una frase completa *Ad Gallias sedet princeps?* Un comienzo de capítulo con una frase corta, relacionada siempre con estilo oratorio de nuestro discurso, es altamente probable. Así vimos en el párrafo 2: *fiscus dicebatur*. La dificultad está más bien en la expresión algo insólita *sedere ad*. Ahora bien; si tenemos en cuenta la expresión conocida *sedere alicui*, en el sentido ya de gustar, ya de convenir, «sentar» bien, etc., quizá no sea demasiado forzado suponer que la misma expresión se podía construir con el equivalente *ad* y acusativo. Marco Aurelio—y nada tiene de particular, dada la menor edad de Cómodo, que sólo se hable de Marco Aurelio, en singular, aquí—acertó con su medida el mal de las Galias, donde los abusos de los *lanistae* eran especialmente graves. Dentro de esta idea, creo que se puede encontrar la traducción de *sedere ad* que se prefiera: «ser bien acogido»; «remediar», «atinar con». Se dirá que se rompe el nudo de la dificultad por el lado de la lengua, pero ¿tenemos acaso un material tan completo como para excluir con certeza una forma que en sí no tiene nada de absurdo? En este caso concreto, creo que el nudo debe romperse por ahí, y no por el bronce que documenta la expresión con toda claridad.

Aclarado así el comienzo del párrafo como frase corta, la oración siguiente *(Qui... expectabantur)* parece necesitar también una determinación del relativo *qui*. A primera vista, principalmente por las expresiones *veteri more ac sacro ritu*, parece que hay que pensar en los *ludi;* sin embargo, creo que el verbo principal de la oración, *praebeant*, cuyo sujeto son los *lanistae*, debe referirse indudablemente a los *gladiatores*. Estos son los que se «esperaban» en las ciudades de las Galias. Y no hay que olvidar que la expectación ante su llegada podía estar acrecentada por la fama que muchos de estos luchadores tenían, lo que elevaba mucho su precio. El Emperador pone coto a los posibles abusos, tasando el precio de esos gladiadores en dos mil sestercios como máximo, lo que equivalía a desbaratar la solemnidad, pues ése era el precio de los

gladiadores baratos. De ahí que el orador no hable en presente, sino en pasado *(expectabantur)*, pues ya no habrá que esperar, fijada esa tarifa, que aparezcan en los anfiteatros de las Galias gladiadores de mucha fama.

Evidentemente, la *oratio* de Marco Aurelio, aunque con valor general, lo que explica que encontremos una copia en Itálica, se enderezaba especialmente a las Galias. No es, por tanto, que el orador, por ser de las Galias, como suele conjeturarse (aunque no nos consta), se deleite en comentar aquellos extremos que se refieren a su patria, sino que la *oratio*, que, al parecer, comenta de una manera completa y objetiva (cfr. lín. 28), se refería muy especialmente a las Galias, y de ahí la expresión que emplea el orador: *Ad Gallias sedet princeps.*

* * *

Líneas 57/58: *cum maximi pr[i]ncipes oratione sua praedixerint fore ut damnatum ad gladium | procurator(ibus) eorum non plure quam sex aureis lui, sic servi[s s]it.*—Si las dificultades del comienzo de este párrafo décimo dependían de una expresión de estilo, las del final están supeditadas a dudas sobre la lectura. También aquí pareció lo más cómodo suponer una laguna, por omisión del escriba, y leer tras ella: *nisi plure quam sex aureis et nisi iuraverit.* Sin prescindir de una caída del final, se suponía todavía que había que introducir los siguientes suplementos: *procurator eorum ⟨traditurus non esset editori muneris privati⟩ nisi ⟨cautione interposita⟩ plure*, etc. Esto no dejaba de tener algún sentido. En efecto, el *procurator* (sin suplemento, como nominativo en los editores) *eorum* (esto es *maximorum Augustorum)* debía de tener alguna intervención en materia de condenas a muerte (cfr. *Collatio* 14, 3, 2). Esos condenados a muerte podían ser ejecutados en la arena, pero, naturalmente, el *procurator* que los custodiaba no podía entregar al *damnatus ad gladium* sin más precauciones, entre otras cosas, porque la sentencia debía ejecutarse dentro del año. Así, al entregar al condenado para un

juego gladiatorio (en ese caso, la ejecución), debía exigir una garantía de que realmente se iba a cumplir: esa garantía sería el juramento y de ahí el *iuraverit* de nuestra inscripción. Por otro lado, la entrega se tenía que hacer por precio, y así suponen los editores que se exigía del comprador un mínimo *(nisi plure)*, que es precisamente de seiscientos sestercios, esto es, seis áureos. Ahora bien, creo que esta interpretación es gratuita y cae por su base al revisar las letras del bronce.

Lo primero que hay que observar es que leemos con toda claridad *non* y no *nisi*. Y resulta más congruente que, tratándose de una tasa de precios (y la conexión lógica con eso aparece sostenida especialmente por el *cum* con que empieza nuestro texto), esa cantidad de seis áureos no sea un mínimo, sino un máximo. Observo de pasada que las dos últimas letras de *plure* no aparecen del todo claras, pero creo que en eso los editores no tienen por qué ser rectificados.

Ahora bien: si se trata de un máximo y no de un mínimo, de un *non* y no de un *nisi*, cae la relación con lo que se suponía segunda condición, pues resultaría forzado pensar en «por seis áureos como máximo y a no ser que jure». Por lo demás ¿quién debe jurar? ¿El *procurator?* ¿Un elidido *editor?*

La dificultad lógica para mantener el *iuraverit*, que además sería una referencia extemporánea, tratándose como se trata de una tasa de precios de gladiadores, se acrecienta con la dificultad proveniente de la vista. Lo que podemos leer al final de ese texto es lo siguiente: una *l*, que de ningún modo puede resolverse en un *et*, seguida de cuatro letras que se leen a primera vista como *visi*, pero que, suponiendo que se hubiese borrado un trazo, se podría todavía leer *nisi*. Después sigue un trazo ligeramente curvo, que me parece de *c* y no de *i*, a no ser que pensemos en una *i* contrahecha; pero después, aunque borrosas, se pueden leer *servi* (donde los editores leen *-urave)*, y, al fin, una *t*, quizá también la *i* precedente. Sobre estas letras creo que no puede leerse más que lo que me atrevo a proponer. Reconozco que ese final *sic servis sit* resulta quizá un poco lacónico, lo que, después de todo, no desdice del estilo de todo el discurso, pero me parece que el

sentido resulta claro. El Emperador, en su *oratio*, dispuso dos tasas para las Galias: dos mil sestercios, como tasa general para los gladiadores, normalmente esclavos *(servi)*, y otra especial para los *damnati ad gladium*, que necesariamente debían valer muy poco, pues eran inexpertos en el arte gladiatoria y llegaban a la arena tan sólo para que los mataran, muchas veces incluso sin armas. Nuestro orador se refiere en primer lugar a la tasa general y luego a la especial, indicando la correlación con el *cum... sic*: *cum praedixerint fore, sic sit. Erit* no cabría. El verbo *lui* es adecuado tratándose del precio que hay que pagar por el *damnatus ad gladium* (en acusativo). Ese precio debe ser pagado a los *procuratores*, y de ahí la solución conveniente: *procurator(ibus)*. (Cfr. sobre este *procurator* las observaciones supra.)

* * *

Líneas 59/60: *gladiatores a prioribus sacerdotibus su[s]/ceptos, vel si placet auctoratos, recipiunt, at post editi[o]n(em) pl[u]re ex pr[e]tio in succedentes tran[sf]e[r]unt. Ne quis...* También aquí creo que debemos apartarnos de las lecturas de los editores.—Se trata en este párrafo de un abuso que cometían los *sacerdotes*: aprovechaban los gladiadores comprados para venderlos, en precio superior, a los flámines que les sucedían. Como hemos dicho antes, los gladiadores, a no ser que quedaran lisiados, solían ganar fama y subir de precio con el tiempo, de manera que era hasta cierto punto natural que se especulara con ellos en esa forma. Como el Emperador quiere evitar por todos los medios que suban los precios, prohibe también la *oratio* comentada por nuestro senador que ningún *sacerdos (Ne quis...)* venda a su sucesor, para fines gladiatorios, un esclavo por un precio superior al que se puede pagar a los *lanistae*. La disposición se refiere concretamente en esta oración final *Ne quis...*, pero en las lecturas corrientes no aparece así, porque se lee incorrectamente *neque*, con lo que se enlaza esta oración como final de las anteriores. Con

eso se pierde la verdadera estructura de todo el párrafo. Este empieza por decir que también *(quoque)* los flámines, a pesar de no dedicarse al mismo negocio que los *lanistae (quibus... nullu[m cum] la[nist]is nego[t]ium e[s]t)*, contribuyen abusivamente a elevar los precios. Algunos editores leen *e[ri]t* por *e[s]t*, pero no cabe. Aunque no me parece tan claro como a los editores el *cum*, creo que se puede admitir, toda vez que otra palabra *(ut)* no llena tan bien el hueco como *cum*. Así, en eso sigo la lección común. Pero lo que llama ya la atención es que los editores no se extrañen de unir sintácticamente los indicativos *(recipiunt -unt)* con el *vendat*, como si existiese una relación final entre el hecho de que «reciban» los gladiadores del antecesor y que «no deban vender» a más precio; por lo demás, aquellos verbos están en plural y éste en singular. Acertado el *ne quis* como comienzo de una oración prohibitiva, los otros verbos se refieren de la manera más natural, no a una disposición de la *oratio*, sino a una descripción de la situación que la *oratio* trata de remediar. «A pesar de no ser negociantes, los flámines hacen esto y lo otro. Que ninguno venda ningún gladiador a más precio». Esta me parece la estructura clara de párrafo.

Ahora queda por aclarar la lectura quizá más difícil de todo el bronce: la de la línea 60, desde *vel* hasta el final de la oración, ya que el *ne quis* que sigue es indiscutible. Hübner leyó: *vel sibimet auctoratos recipiunt, at post editi[o]ne[m] ex p[re]tio in succedentes tra[mi]t[t]unt;* Hirschfeld: *...post editionem extemplo;* Mommsen: *post editionem eodem pretio*, que siguen Bruns y Riccobono. Al revisar el bronce, observamos lo siguiente. La palabra *vel* es dudosa; sólo la *v* es clara; luego hay como dos diminutos círculos subrayados; pero creo que se puede admitir que son como restos de *el* más un punto de separación, y así, podemos aceptar la lección común *vel*. En cambio, parece bastante evidente que no debemos leer *tramittunt*, porque, sobre todo la cuarta letra, presenta un trazo demasiado vertical para pertenecer a una *m*, y porque, después de un hueco de dos letras, parece leerse una *e*, no una *t*, y después de ella todavía se descubre un trazo que

parece el de la oblicua de la *r*. Es curioso observar, por lo demás, que hace el efecto de que el escriba iba a escribir un imperativo *-unto*, pero la *o*, quizá inacabada, fué aprovechada, al darse cuenta del error, para trazar la siguiente *n* de *ne quis*. La alteración del verbo, sin embargo, no altera el sentido.

La dificultad mayor está en el supuesto *sibimet*. Nadie que lea el bronce podrá decir que hay ahí ninguna *m*, sino, claramente, una *a* y luego, como encogida, pero desligada de la *a*, una *r;* por lo demás la supuesta *b* tampoco es indiscutible, y creo que puede ser *p;* finalmente, la letra que sigue, aunque la *i* puede confundirse muy bien con la *l*, presenta precisamente en este caso la raya horizontal bastante marcada. Así, pues, lo que realmente se lee es: *sib* (o *p)laret*. El primer punto de separación está después de la *t*. Evidentemente, tenemos aquí un error del escriba. No debe excluirse, por tanto, la posibilidad de *sibimet*, pero me parece más probable pensar en *si placet*. En efecto, fijándose bien, se percibe en la parte superior de la menguada *r* el trazo curvo típico de una *c;* hasta el punto de que se podría llegar a pensar, de preferir la lectura *sibimet*, que la *r* resultó de la conversión de una primitiva *c* en la segunda parte de una *m*.

De aceptarse la expresión *vel si placet auctoratos*, tendríamos un matiz algo distinto. Los *auctorati* debían proceder de Roma, ya que sólo allí era posible realizar el trámite ante el tribuno de la plebe a que se refiere el párrafo siguiente. Esos *auctorati* eran normalmente los más lucidos gladiadores, pues se dedicaban a ese oficio por voluntad y no perdían su libertad, aunque de hecho cayeran en una cuasi-esclavitud del empresario. El Emperador quería quitar alicientes a esa indigna profesión, y para ello vemos, en el párrafo siguiente, último de los conservados, que si el precio para su primera contrata se tasa en dos mil, como para los esclavos, en una segunda contrata, cuando salieron con vida de la lucha y quieren probar suerte nuevamente *(discrimen instauraverit)*, su precio no puede aumentar en proporción a la expectación provocada por su fama, sino que no puede exceder de doce mil

sestercios. Qué disponía finalmente la *oratio* para los que se reenganchaban como descalificados por la edad o la pérdida de facultades no sabemos, pues el bronce se acaba ahí. Pero vemos con esto que la especulación a que se dedicaban los flámines podía resultar más exagerada cuando se trataba de *auctorati*. Así, si en vez de una enumeración sin relieve, como es la de *susceptos vel sibimet auctoratos*, en la que, por lo demás, no queda bien diferenciada la primera clase de la segunda, admitimos la lectura *susceptos, vel si placet auctoratos*, quizá damos un mayor relieve a la intención del orador. En realidad los *auctorati* no son una clase distinta de los *suscepti*, que debe referirse a todos en general, sino una especie cualificada. Aquellos flámines especulan comprando y vendiendo gladiadores, hasta, «si viene al caso», con los que son profesionales *(auctorati)* y pueden proporcionar mayor lucro en la operación. Que el caso de los *auctorati* era de especial interés se patentiza también en el hecho de que nuestro bronce le dedica un párrafo aparte. Por todos estos motivos creo que es preferible la lectura *si placet* a *sibimet*.

La última dificultad está en las palabras entre *post*, que es clara, e *in*, que vuelve a serlo. La lectura *post editionem* me parece acertada, tanto más cuanto que la *d*, que Hübner leía *t*, creo que es cierta, a pesar de hallarse algo borrosa. Sin embargo, después de la *n*, que también es clara, no veo una *e*, sino una *p* bastante típica. Aún suponiendo que fuera una *e*, la que le sigue no puede ser *m*, sino, en todo caso, una letra con trazo vertical; para mí, una *l*. Pero, aun admitiendo que fuera una *m* contrahecha, resultaría que entre esta letra final y *ex*, que es claro, quedaba hueco tan sólo para tres letras, y sería difícil de llenar. *Eodem*, desde luego, es imposible, porque *ex* (y no *em)* parece claro, antes de *pretio*. Como esta última palabra, dados los restos que se pueden ver de la *pr*, me parece acertada, creo que no cabe más solución que suponer abreviada la palabra *edition(em)*, para hacer hueco a otra palabra que empiece por *p*. Como antes de *ex* creo que hay restos ciertos de *re*, me parece que no habrá duda en que debemos leer *post editi[o]n(em) pl[u]re ex pr[e]tio*. Que la frase da per-

fecto sentido, es evidente. La duda podría estar, como le ocurría a Mommsen, en que *ex pretio trammittere* o *transferre* no está documentado. Pero aquí vuelvo a hacer la misma observación de antes, a propósito de *sedere ad*: si no lo estaba, ya lo está. En apoyo de la posibilidad de esta expresión, hago observar el giro que hemos visto en la línea 53: *ex eo modo*.

* * *

Para otras explicaciones sobre este importante y conocido, pero mal leído, documento, me remito a mi futuro libro sobre las inscripciones legales de la España romana.

Alvaro d'Ors.

Universidad de Santiago, abril 1951.

TEORIA E PRASSI DEL PANEGIRICO BIZANTINO

(Continuazione.)

Panegirico e cerimonie di corte.

Panegirici in lode dell'imperatore venivano tenuti in presenza del popolo in giorni e circostanze solenni, quali il ritorno dell'imperatore nella capitale dopo aver riportato una segnalata vittoria sui nemici, la sua assunzione al trono, la sua morte, fausti eventi nella reggia, la partecipazione al trono quale συμβασιλεύς o le nozze del principe ereditario, la nomina del nuovo patriarca e altre circostanze consimili. A cominciare dal secolo XII troviamo assai spesso il panegirico imperiale in stretta connessione colla solènne cerimonia della πρόκυψις, che aveva luogo la vigilia di Natale e veniva ripetuta il giorno dell'Epifania (1). Le fonti sulla prokypsis risalgono appena all'età dei Comneni: nessuna traccia di essa nella particolareggiatissima relazione sul cerimoniale delle feste di Natale e dell'Epifania dataci da Costantino VII Porfirogenito (2). Dallo (Pseudo) Codino si desume che essa fu

(1) Sulla cerimonia della πρόκυψις cfr. A. Heisenberg, *Aus d. Gesch. u. Lit. d. Palaiologenzeit* («Sitz.—Ber. d. Bayer. Akad. d. Wiss.; Phil.—hist. Kl.», 1920, 10. Abh.) 85 sgg.; M. Andreewa, *O ceremonii «Prokipsis»*, in *Sem. Kondakovianum*, Praga I (1927), 157-173; Treitinger, op. cit., 112 sgg.; 189.

(2) Const. Porph., *De cerim.*, I 2 sgg. = I, 35 sgg. Bonn; I, 3 sgg. = I, 40 sgg. B.

aggiunta e incorporata alle preesistenti cerimonie di corte per la festa di Natale, ripetute per l'Epifania (1). Su tale cerimonia e sulle sue ripercussioni letterarie, ignote ancora al Krumbacher, parecchio è stato scritto in questi ultimi decenni, ma esistono tuttavia parecchi punti oscuri. Per esempio, i titoli di parecchi panegirici c'informano che essi venivano letti durante le feste di Natale o dell'Epifania (il giorno stesso della solennità o poco prima o poco dopo) in uno dei palazzi imperiali, dunque durante le cerimonie della prokypsis e in relazione con essa; ma non sappiamo esattamente in quale momento e in quale connessione col resto della pomposa e complessa cerimonia, che invano mirava a rialzare il cadente prestigio dei tardi basileis bizantini, cingendone la figura di una ieratica e mistica aureola. Le fonti tacciono in proposito (2). Sappiamo che nella stessa circostanza venivano pure declamati e spesso cantati in lode dell'imperatore e della sua famiglia inni in metro giambico (3), che sono il naturale complemento e commento dei panegirici pronunciati nella stessa circostanza e come questi contengono dati assai importanti sulle concezioni etiche, politiche, religiose e sull'ideale del sovrano nella tarda età bizantina (4). L'onore, non sempre forse ambito, dell'esaltazione ufficiale del sovrano durante tali cerimonie spettava al μαγίστωρ (più tardi μαΐστωρ) τῶν ῥητόρων, ὁ διδάσκαλος τῶν ῥητόρων, che, dal secolo XI in poi, si affianca come insegnante di rettorica all' οἰκουμενικὸς διδάσκαλος, ὁ διδάσκαλος τοῦ εὐαγγελίου, professore di esegesi biblica e rettore della scuola patriarcale (5). I due uffici potevano cumularsi nella stessa persona. Il primo «maes-

(1) (Ps). Kod. VI: 47, 18 sgg. Bonn; cfr. K. DIETERICH, *Hofleben in Byzanz* «Voigtländers Quellenbücher», Bd. 19, Leipzig (1912), 54 sgg.

(2) Rassegna delle fonti in HEISENBERG, 85 sgg.

(3) Lo Heisenberg esamina quelli di Nicola Irenico (97 sgg.) e di Manuele Holobolos (112 sgg.). Cfr. TREITINGER, 115.

(4) Cfr. TREITINGER, 79 sg. e n. 169.

(5) NICEPHORI CHRYSOBERGAE, *Ad Angelos orationes tres* ed. M. Treu., «Progr. des königl. Friedrichs-Gymn. zu Breslau» (1892),

tro dei retori» a noi noto è un metropolita di Tessalonica destinatario di una lettera di Psello (1); poi Teofilatto, più tardi metropolita di Acrida, che ebbe per allievo Costantino, figlio di Michele VI (1071-1078), il discepolo di Psello, e compose verso il 1092 un panegirico per Alessio I Comneno (1081-1118) (2).

Dopo Teofilatto i «maestri dei retori» ci sono noti nella tradizione letteraria solo nel lato pratico della loro attività rettorica, cioè come oratori ufficiali di corte (3). Bisogna arrivare ad Eustazio, metropolita di Tessalonica, di circa mezzo secolo posteriore a Teofilatto, per trovare di nuovo un «maestro dei retori» che sia nello stesso tempo un'eminente personalità letteraria. Non troviamo più traccia del titolo μαΐστωρ τῶν ῥητόρων dopo Niceforo Crisoberga (metà secolo XII dopo il 1203) (4). Le due dignità professorali rimasero in vigore anche in seguito, dopo la riapertura dell'antico glorioso οἰκουμενικὸν διδασκαλεῖον avvenuta nel 1267 ad opera di Michele VIII Paleologo, ma i titoli si trasformarono: l'οἰκουμενικὸς διδάσκαλος diventò ὁ μέγας διδάσκαλος od anche διδάσκαλος τῶν διδασκάλων, il μαΐστωρ τῶν ῥητόρων a sua volta ῥήτωρ τῶν ῥητόρων e, dalla metà del secolo XIV fino alla conquista turca e anche dopo, μέγας ῥήτωρ (τῆς ἁγίας τοῦ Χριστοῦ μεγάλης ἐκκλησίας) (5). Ma si tratta solo di un mutamento formale: privilegi e attribuzioni rimangono invariati.

---

39 sgg.; F. FUCHS, *Die hoheren Schulen von Kpel im Mittelalter*, «Byz. Archiv.» 8 (1926), 36 sg., 40.

(1) MIGNE, *P. G.*, 122, 1161 e 1168; FUCHS, 37 e 40.

(2) FUCHS 40 sgg.: sulla sua molteplice attività letteraria KRUMBACHER 133 sgg., 463 sgg.; Opere in MIGNE, *P. G.*, 123-126; *Paneg. per Alessio I Comneno* ibid. 126, 287 sgg.

(3) I titoli di parecchi panegirici contenuti nel famoso Codice Escorialense Y II 10 forniscono in proposito preziose testimonianze.

(4) TREU, op. cit., 41. Il Treu allega pure un catalogo dei «maestri dei retori» a lui noti fino al Crisoberga, ma stranamente omette il più famoso prima di Eustazio, Teofilatto di Acrida.

(5) FUCHS, 40, 57 sg., 75.

La raccolta rettorica del Codice Escorialense Y II 10.

La più ricca raccolta a noi pervenuta di orazioni d'apparato del secolo XII, assolutamente unica nel suo genere, è quella contenuta nel famoso codice Escorialense Y II 10 (1). Il prezioso codice, pervenutoci in unico esemplare, si salvò provvidenzialmente fra gli orrori della guerra civile spagnuola; ma già lo Heisenberg anni or sono aveva riportato in patria da un suo viaggio in Ispagna le riproduzioni fotografiche della maggior parte di esso, che formano ora il Codice Monacensis sim. 207*a* (2). L'Escorialense comprende esclusivamente discorsi degli ultimi sei decenni del secolo XII, composti dai più bei nomi della letteratura bizantina di quel secolo, quali Eustazio di Tessalonica, Michele Acominato, Giovanni Cinnamo, Costantino Manasse, Niceforo Crisoberga, Basilio Pediadite, Costantino Stilbe, Niceta Eugeniano, Michele Italico, Basilio di Acrida. Accanto ad essi figurano altri nomi di minor grido, tra cui alcuni «maestri dei retori», il gran drungario Gregorio Antioco, Giorgio Tornica, Michele di Tessalonica, Niceforo Basilaca e infini altri autori affatto oscuri, come Leone Balianite, Costantino Pantecne, Michele Anchialo, Giovanni Camatero, Giovanni Frangopulo, Costantino Psaltopulo, Giovanni Castamonite, Astorio di Amasia, Manuele Saranteno, Sergio Coliba, un certo Muzalone, Giovanni Diogène, Costantino di Nicea, Nicola ὁ κατὰ Φλῶρον, Cristoforo Zonara, Giovanni Siropulo, Schizeno Maestro, Manuele Mauropulo. Per la storia letteraria, ecclesiastica, politica e cortigiana di Bizan-

(1) Incompleto, composto di 536 fogli in — 4.° Sommariamente descritto da E. Miller, *Catalogue des mss. grecs de la Biblioth. de l'Escurial*, Paris (1848), 200-218 e da W. Regel, *Fontes rerum byzantinarum*, T. I, *Rhetorum saeculi XII orat. polit.*, Petropoli (1892-1917), III-V. Il Miller assegna il codice al secolo XIII, il Regel al XIV. Rinvio alla 1.ª parte di questo articolo, in Emerita, XVII (1949), p. 78 e n. 2 e alla descrizione che ne dà il Krumbacher, 470-475.

(2) F. Dölger, «B. Z.», 40 (1940), 353.

zio, osserva con ragione il Krumbacher (1), il *Corpus Escorialense* è una fonte di valore incalcolabile. Affine ad esso, ma meno unitaria e meno preziosa, è la raccolta di scritti rettorici e poetici dei secoli XI e XII contenuta nel codice Barocciano 131 del secolo XIV (2). Il Regel pubblicò in largo spazio di tempo, tra il 1892 e il 1917, un'ampia scelta di 22 orazioni trascritte tutte, tranne una, da tale codice (3).

I panegirici di Eustazio di Tessalonica.

E' benemerita fatica del Tafel aver reso accesibile ai bizantinologi la maggior parte dell'opera non filologico-esegetica del metropolita tessalonicense (4). Il Regel trascrisse dall'Escorialense, contenente ben 21 orazioni di Eustazio (assai verosimilmente la totalità di esse), cinque orazioni inedite di cui tre per Manuele Commeno, riproducendo anche le due per lo stesso imperatore già edite dal Tafel. Tutte queste orazioni spettano al decennio 1169-1179, cioè all'ul-

---

(1) KRUMBACHER, 472.

(2) Descritto da H. O. COXE, *Catalogi codicum mss. Bibl. Bodl.* p. 1, Oxford (1853), 211-230; KRUMBACHER, 476. Da esso deriva il Codice Langbainius 2, in-8° del secolo XVI, descritto dal COXE, op. cit., 878.

(3) Tutte inedite, tranne le orazioni nn. 3 e 7 di Eustazio di Tessalonica, già edite dal TAFEL *(De Thessalonica eiusque agro*, Berol. (1839), 401-432 e 433-439), l'orazione n. 13, di Niceforo Basilace, già edita come opera di Coricio di Gaza da A. MAI *(Spicileg. Rom.*, 5 (1841), 449 sgg.) e dal BOISSONADE *(Choricii Gazaei orationes*, Parigi (1846), 179 sgg.) e l'or. n. 20, già edita da V. Vassilievsky (Βυζαντικὰ Χρονικά, I (1894) 105-132). La sola orazione, n. 7, compresa nel Barocciano 131 e nel Langbainio 2, manca nell'Escorialense. L'orazione n. 3 è comune anche al Barocciano e al Langbainio, l'orazione, n. 13 al Vaticano n. 1898, l'orazione n. 20 al Petropolitano 250.

(4) EUSTATHII METROPOLITAE THESSALONICENSIS, *Opuscula*, ed. T. L. F. Tafel, Francof. a. M. 1832; TAFEL, *De Thessalonica* cit. Le due orazioni eustaziane a Manuele I Comneno ivi contenute tradotte pure in tedesco nell' opera *Komnenen und Normannen*, Ulm 1870². Edizione completa delle opere di Eustazio in MIGNE, *P. G.*, 135, 136.

timo periodo del lungo e fortunoso regno di Manuele I Comneno (1143-1180). Pare che questo imperatore, almeno allo stato attuale delle nostre conoscenze, detenga il primato in fatto di esaltazione ufficiale da parte degli oratori cesarei, mentre piuttosto scarsa pare la produzione panegirica in onore dei suoi predecessori. Non si esclude con ciò che un'esplorazione sistematica dei codici possa modificare tale conclusione (1). I retori dovettero nutrire sensi di sincera ammirazione per questo sovrano che assommava in sè accanto alle doti di guerriero di buona tempra e di perfetto cavaliere, secondo l'ideale cavalleresco occidentale, quelle di dotto e appassionato teologo e di forbito oratore e letterato (2). Veramente essi trovavano incarnato in lui, a prescindere dal suo «occidentalismo», il loro ideale di sovrano. Questa circostanza e la lunghezza del suo regno spiegano la fioritura panegirica particolarmente copiosa in suo onore.

L'economia della presente trattazione non mi permette un diffuso esame dei panegirici eustaziani, perciò mi limiterò a rilevare solo qualche particolare di struttura e di topologia. Interessante la dichiarazione iniziale dell'orazione n. 1. Prendendo lo spunto da un verso famoso di Euripide (Hec. 234) l'oratore così parafrasa e commenta: ὁ τοιοῦτος λόγος εἰς ἡμᾶς διαβαίνων καὶ ἐνδιδοὺς ὅμοια τὸν παρόντα λόγον ἐνίστησιν· ἐφίησι γὰρ καὶ ἡμῖν λαλῆσαι τῷ τῆς οἰκουμένης δεσπότῃ ἅπερ οὐκ ἂν δάκοι καρδίαν ἀκούοντος. (3) Compito del panegirista è di dire cose utili in

(1) Per Alessio I Comneno compose un elogio Teofilatto di Acrida (MIGNE, *P. G.*, 126, 287 sgg.). Il cod. Coisl. gr. 136, ff. 243-249 *v* contiene alcuni discorsi per lo stesso imperatore di Manuele Straboromano con la risposta dell'imperatore (KRUMBACHER, 464). Michele Italico tenne in qualità di διδάσκαλος τῶν εὐαγγελίων un discorso gratulatorio per Giovanni II Comneno (1118-1143) in occasione dei suoi trionfi in Siria e un panegirico a Manuele I Comneno (KRUMBACHER, 465 sgg.).

(2) Giudizi sulla complessa e suggestiva personalità di Manuele I in *Cambridge Med. Hist.*, IV (1926) 362 sgg.; A. A. VASILIEV, *Histoire de l'Empire byzantin* (trad. Brodin-Bourguina, Paris 1932) II; G. OSTROGORSKY, *Gesch. d. byz. Staates*, München (1940) 269 sgg.

(3) P. 1, 6 sgg. Questo è uno dei canoni fondamentali del β. λ.:

succinto (1). Si esalta il valore dell'imperatore che ha avuto in retaggio la perpetua vittoria (2) e dopo un fuggevole, e in Eustazio inconsueto, accenno alle doti fisiche (3), segue una nuova prolissa esaltazione delle virtù belliche (4), da cui si trapassa alla lode delle opere di pace, consistenti non soltanto nel governo dello Stato, ma anche negli studi letterari e soprattutto teologici in cui l'imperatore eccelle (5). Il sovrano è pei sudditi guida e norma, παιδαγωγὸς, εἰς ἀρετὴν ἅπασαν ποδηγός, καθηγητὴς ἁπάσης ὀρθότητος, ἀρκέτυπον βίου σπουδαίου, ῥυθμοῦ κανονικοῦ ἁρμοστὴς κτέ. (6); tutti luoghi comuni dei posteriori panegirici, come pure lo sviluppo dei temi dell'attività insonne (7), della similitudine con l'aquila (8) e col sole (9) e delle vittorie incruente nelle opere di pace (10).—L'orazione n. 2, pur essendo diretta al sebasta e grande eteriarca Giovanni Duca, inviato dall'imperatore a Tessalonica a ricevervi il giuramento di Lependreno (come apprendiamo dal titolo), può tuttavia definirsi un panegirico, perchè vi hanno parte preminente le lodi dell'imperatore, celebrato omericamente come

---

non dire al sovrano nulla di doloroso o di sgradevole; e i panegiristi bizantini lo osservarono fin troppo scrupolosamente!

(1) P. 1, 9 sgg. Eccellenti intenzioni: peccato che il buon metropolita se ne dimentichi subito.

(2) P. 2, 27: ὃ μαθὼν ἀεὶ νικᾶν βασιλεῦ.

(3) P. 3, 2 sgg.: τὸ εἰς κάλλος κρᾶμα καὶ τὴν κατὰ τὸν ἔξω ἄνθρωπον ἐπιτυχίαν (PAUL., *II Cor.*, 4, 16), a cui contrappone, p. 7, 5, τὸν ἔνδον ἄνθρωπον (PAUL. ibid. e *Rom.* 7, 22).

(4) Pp. 3, 10—5, 31.

(5) A p. 6, 14 l'orazione definisce il governo del Comneno βασίλειον ἱεράτευμα διὰ τὸ ἀπὸ σπουδῆς ἐν τοῖς ἱεροῖς καὶ ἱερατευτικοῖς εὐδόκιμον.

(6) P. 6, 28 sgg. Ancora più chiaramente delinea gli alti compiti etici del sovrano in 8, 19: Οὕτω χρὴ τοὺς βασιλεῖς, τοὺς τῆς οἰκουμένης ὀφθαλμούς, ὀρθὰ βλέπειν πρός τε θεὸν εἰς μίμησιν πρός τε ἀνθρώπους εἰς παίδευσιν κτέ. Il passo è di grande interesse per chi voglia approfondire l'ideale bizantino del sovrano.

(7) P. 9, 29 sgg. Concorda quasi alla lettera con AN., «B. Z.», 42 (1942), 22, 10. L'edizione non ha rilevato l'evidente richiamo a Ps. 132 (131), 4.

(8) P. 10, 21 sgg.

(9) P. 14, 8 sgg.

(10) P. 15, 9 sgg.

«buon re e valente guerriero» (1).—La lunga orazione n. 3 esalta soprattutto l'assurdo progetto del Comneno di convertire i Turchi Selgiucidi al Cristianesimo, perciò i frequenti accenni al crisma divino e all'acqua del Giordano (2). Tacendo l'oratore farebbe torto alle Grazie che gli sorrisero benigne e disonorebbe l'arte rettorica che l'allevò amorevolmente, e per di più peccherebbe di ingratitudine verso il sovrano (3). Come Gesù trionfò della morte, l'imperatore ha trionfato della guerra, che è scomparsa cedendo il posto alla pace (4). Al contrario di Circe l'imperatore trasforma le fiere (le popolazioni barbare a lui nemiche) in uomini (5). I suoi nemici sperimentarono già le sue invincibili braccia (6). Egli fonde in sè le qualità del braccio e del senno (7) e alterna la spada colla biblica verga che guida i popoli (8). I nemici (i Turchi) sono paragonati al mitico Tifone (9). Tutta l'ultima parte dell'orazione (pp. 44-57) è una dotta e faconda lode della dottrina teologica e dell'abilità oratoria del sovrano (10).—L'orazione n. 4 fu tenuta nel 1178 da Eustazio, inviato con gran pompa dai suoi concittadini tessalonicesi incontro all'imperatore a porgergli il saluto augurale della città. Come in tutte le orazioni di Eustazio il filo dello schema è tenuissimo e pressochè impercettibile. L'oratore proemia lungamente sul

(1) HOM. *Il.* III, 179; EUST., 23, 22; 69, 17; MICH. RHET., 133, 25; AN., «B. Z.», 42 (1942), 44, 8.

(2) Pp. 24, 18; 25, 23 sgg.; 45, 4.

(3) P. 26, 5 sg.

(4) P. 27, 22 sgg.

(5) P. 31, 23 sgg.

(6) P. 33, 23; cfr. AN., «B. Z.», 42 (1942) 38, 5 sg.

(7) L'antitesi e sintesi βουλή-ἰσχύς, di origine biblica, è uno dei luoghi comuni prediletti dal panegirico bizantino. Cfr. AN., «B. Z.», 42 (1942) 27, 19 e una nota ad h. l. Lo Holobolos, retore di vasta cultura e di grande facoltà di assimilazione, ha molto sfruttato Eustazio.

(8) P. 36, 10 sgg.

(9) P. 36, 25. Più sott (41, 29) si scusa d'introdurre nell'orazione la parola «sultano» (ὄνομα τὸ σουλτανικόν); il solito orrore della prosa d'arte bizantina per la concretezza storica.

(10) Altri topoi: l'imperatore secondo dopo Dio (42, 25); elogio dell' ἀνδρεία congiunta colla πραότης (43, 27 sgg.); la biblica citazio-

dolore dei sudditi per la mancanza della beatifica vista dell'imperatore. Il sovrano è assimilato al sole vivificatore, Dio in terra e secondo dopo l'Altissimo (1). Segue un elogio del benessere e della pace di cui i sudditi sono debitori al sovrano (2), meglio posto in rilievo da una serie di simboliche antitesi tra il precedente tempestoso inverno (periodo anteriore al regno di Manuele) e l'attuale fulgida primavera, tra tempesta e bonaccia, tra nubi e sereno, tra notte e luce (3). Topiche sono la solita citazione omerica sul re guerriero (4) e l'antitesi tra il θαῦμα per le gesta imperiali e il καιρός della loro esaltazione (5). I nemici, affascinati dal prestigio dell'imperatore, si assoggettano spontaneamente ἀσιδήρῳ πολέμῳ (6).—Lasciamo da parte l'orazione n. 5, per la novenne figlia del re Luigi VII di Francia, quando questa entrò solennemente a Bizanzio (a. 1179) per andarvi sposa all'undicenne Alessio, figlio di Manuele I (7).—La lunga orazione n. 6 (pp. 92-125), pure diretta all'imperatore Manuele, ha carattere, se così si

---

ne τὰ σὰ ἐκ τῶν σῶν (I *Chron.*, 29, 14; EUST., 46, 3; cfr. AN., «B. Z.», 42 (1942) 16, 4); l'elogio delle doti fisiche introdotto per mezzo di preterizioni (51, 7 sgg.); paragone col sole (53, 10) ecc.

(1) P. 58, 26 sgg.; 59, 2; 61, 11 sgg.: ὁ ἡμέτερος βασιλεύς, ὅ τι καὶ θεὸς ἐπὶ γῆς καὶ φύσει δεσπότης μετὰ τὸν πρώτιστον; 66, 24: θεὲ παμβασιλεῦ καὶ βασιλεῦ ἔνθεε. Strano linguaggio in bocca di un alto e pio prelato; ma i Bizantini non ne rilevavano la sostanziale, per quanto involontaria, empietà.

(2) P. 63, 19 sgg. Anche la citazione κουροτρόφος εἰρήνη (64, 10; HES., O. D. 228) è topica; cfr. GIORG. TORN., 260, 2 Regel; AN., «B. Z.», 42 (1942), 32, 21.

(3) P. 66, 6 sgg. L'antitesi simbolica luce-tenebra, tempesta-sereno, risalente alla Bibbia, è un passaggio obbligato di ogni panegirico bizantino.

(4) P. 69, 17, la famosa citazione omerica (*Il.*, III, 179) è però storpiata in ἀμφότερον, βασιλέα τε ἀγαθὸν καὶ πολεμιστὴν κρατερόν, metricamente impossibile.

(5) P. 70, 11.

(6) P. 77, 30; cfr. MAX. TYR., I, 6, 7 p. 96 R; EUST., 15, 9 Regel. È anch'esso un topos che si fonde coll'altro della superiorità del senno sulla forza. Pel concetto cfr. AN., «B. Z.», 42 (1942), 14 sgg. e la nota ad h. l.

(7) Cfr. REGEL, Introduzione, XIII sgg.

può dire, maggiormente storico perchè esalta, nel solito modo oratorio, le gesta di Manuele in Asia Minore e in Italia nel 1173, anno in cui verosimilmente l'orazione stessa fu tenuta. Notevole l'insistenza con cui l'oratore ritorna sul topos del θαῦμα (1). L'orazione non tratterà l'elogio delle doti fisiche (τὸν ἔξω κόσμον), perchè l'elogiato stesso non vuole che in ciò consista la grandezza del suo regno, ma le altre più veraci doti (τὸν ἄλλον κόσμον) (2). L'oratore sa alternare la persuasione all'intimidazione (3), vincere col braccio e col senno (4). Tra gli elementi tipici notiamo la synkrisis con Alessandro Magno e col nodo gordiano (5), l'accenno alle vittorie che sciolgono le ali della fama (6), alle vittorie incruente (7) ecc.—

(1) Pp. 93, 2; 93, 18; 97, 10; 107, 26 sgg.; 109, 12; 111, 24 sgg.; 113, 1; 117, 6.

(2) P. 94, 12 sgg. Anche questo concetto è topico; cfr. GREG. NAZ. (MIGNE, *P. G.*, 36), 580 A.

(3) P. 98, 7 sgg.

(4) Topica la citazione euripidea (fr. 200, 3 Nauck) σοφὸν ἓν βούλευμα τὰς τῶν πολλῶν χεῖρας ἐνίκησε. Cfr. EUST., 99, 27; AN., «B. Z.», 42 (1942) 35, 19; pel concetto EUST., 123, 9.

(5) P. 102, 23 sgg.

(6) Citazione topica da ACHILL. TAT., VI 10, 4. Cfr. EUST., 103, 26; MICH. RHET., 142, 13; 150, 14; RHET. AN., 211, 14; 340, 22; 349, 1 Regel; AN. «B. Z.», 42 (1942), 31, 3 sg. Il merito di averla introdotta spetta forse ad Eustazio stesso.

(7) P. 104, 12: αἱμάτων δίχα τρόπαια; cfr. DIOG. LAERT., I 77. L'esaltazione delle vittorie conseguite senza ricorrere alle armi è anch'essa un luogo comune. Notiamo ancora i seguenti topoi: nemici-Tifone (37, 17; 120,3), le mani del sovrano benefiche pei sudditi, terribili pei nemici (120, 20); il principe ereditario paragonato al sole nascente (121,19) e il sovrano al sole vivificatore (124, 28); il principe deve mirare a diventare πατρικῶν ἀρετῶν ἐκμαγεῖον (122, 26, citato da AN., «B. Z.», 42 (1942) 42, 11); tutto procede, κατὰ ῥοῦν (125, 20; cfr. EUST., 29, 20; 74, 14; GEORG. TORN. 260, 14; AN., «B. Z.», 42 (1942) 33, 4; probabile citazione da HOM. *Od.*, V, 327). Topico infine il πολυχρόνιον, l'augurio finale con cui Eustazio chiude tutti i suoi panegirici (16, 14; 24, 13; 57, 8; 80, 11; 92, 7; 125, 24). Spesso nei panegiristi l'augurio si allarga nell'affermazione dell'eternità dell'imperatore, come logico corollario di quello dell'*aeternitas imperii;* su ciò cfr. TREITINGER, 73 sg., 79, 81, 83, 114, 122 sgg.; AN., «B. Z.», 42 (1942), 41, 5.

L'orazione n. 7 edita dal Regel non ha carattere panegirico, ma è una preghiera che Eustazio indirizza all'imperatore a nome dei cittadini di C-poli, perchè rimedi mediante la ricostruzione di un acquedotto alla penuria d'acqua che travaglia la città.

Dopo averlo tanto lodato da vivo Eustazio volle ancora celebrare estinto il suo dilettissimo sovrano con un forbito discorso funebre (1). Anche qui l'oratore esordisce con le solite ambagi e dichiara di volersi emancipare dalle leggi rettoriche, dato che tali libertà si prendono gli stessi autori di esse (2). Si giustifica di non soffermarsi sul γένος perchè limitato è il tempo e l'attenzione degli uditori converge tutta sul θαῦμα o mirabili gesta del lodato (3). Dopo una breve trattazione della τροφή e un accenno in forma di preterizione ai presagi del regno, l'oratore inserisce un secondo proemio coi soliti luoghi comuni del tempo e della capacità in rapporto all'argomento (4), quindi passa alla celebrazione delle virtù. L'ammirazione di Eustazio va assai più al dotto ed eloquente teologo che al valente guerriero. L'elogio si svolge frammentariamente, senza unità nè piano prestabilito, con continui pentimenti, ritorni e ripetizioni, tanto che riesce quasi impossibile riassumerlo. Mancano persino il θρῆνος e la παραμυθία. Storicamente vuoto e inutilizzabile, l'epitafio è dal punto di vista letterario ampolloso e schiet-

---

(1) TAFEL, *Opuscula*, 196-214. L'orazione reca il titolo τοῦ αὐτοῦ τὸ γραφὲν εἰς τὸν ἀοίδιμον ἐν ἁγίοις βασιλεῦσι κῦριν Μανουὴλ τὸν Κομνηνόν. Ὅπερ ὅτι οὐ τυχόντως μεθώδευται, ὁ πεπαιδευμένος διακρινεῖ. Πολλῶν γὰρ ἄλλως γραψάντων, ἐστρυφνώθη πρὸς διαφορὰν ὁ παρὼν ἐπιτάφιος. Questo titolo, forse dettato dall'autore stesso, spiega parecchie singolarità del discorso.

(2) P. 197, 31 sgs.

(3) La voce θαῦμα ha nei panegirici bizantini un significato che oscilla tra causa ed effetto, cioè tra la «gesta insigne» e l'«ammirazione universale» ch'essa suscita e spesso l'orazione condensa nella voce i due significati e si balocca con essi.

(4) P. 198, 35 sgs.: Μεθοδευτέον οὖν ἡμῖν οὕτω τοὺς λόγους καὶ ὡς ὑπὸ κλεψύδρᾳ κτέ.

tamente tedioso. I sentimenti, certamente sinceri, di affetto, di ammirazione, di rimpianto, che il degno prelato nutriva pel suo cavalleresco sovrano, non riuscirono a tradursi in parola vibrante, soffocati ancora una volta dalla solita efflorescenza rettorica, dalle solite preoccupazioni del «bello scrivere» secondo il canoni dello pseudoatticismo del nascente Umanesimo bizantino (1).

Excursus sulle citazioni nei panegirici bizantini.

Nei panegirici della seconda metà del secolo XII cominciano ad apparire, accanto ai classici e alle Scritture, citazioni, parafrasi e argomentazioni dedotte dal Corpus aristotelico e introdotte per lo più a viva forza, senza alcuna necessità di ordine logico (e tanto meno artistico) e per pura ostentazione della famigliarità dell'oratore coll'opera dello Stagirita. Tale innovazione trionferà nel secolo successivo coi panegirici di Manuele Holobolos, che spingerà il vezzo al grottesco. Essa va messa in relazione col fatto che il panegirista è quasi sempre, come si vide, «maestro dei retori», quindi insegnante di logica e di rettorica nel Didascaleion, e come tale ha il suo Aristotele sulla punta delle dita. Un'altra osservazione che balza agli occhi è la maggior frequenza ed eclettismo delle citazioni. Dal diligente «Registro» del Regel (2) si rileva, ad esempio che il Vecchio Testamento è citato assai più spesso del Nuovo (686 volte contro 213) e che il posto d'onore spetta al libro dei Salmi (229 volte), poi ad Isaia (66 volte), alla Genesi (76 volte), all'Esodo (58 volte).

---

(1) Fondamentale lo studio di T. Hedberg, *Eustathios als Attizist*, Uppsala, 1915, a proposito del quale osserva F. Dölger, «B. Z.», 40 (1940), 358, 2: «Hedbergs Untersuchung hat uns eindrücklich gelehrt, wie zahlreiche und erstaunliche Irrtümer sich im 12. Jh. in die Lehre vom Attizismus eingeschlichen hatten. Eine Untersuchung auf breiterer Basis würde eine noch viel reichere Ernte geben».

(2) Regel, p. 386 sgg.—La statistica del Regel si riferisce, com'è evidente, solo alle 22 orazioni da lui edite.

Nel Nuovo Testamento viene in testa San Paolo (58 volte), Matteo (49 volte), Luca (39 volte), Giovanni (35 volte). Gli scrittori profani sono citati quasi quanto le Scritture (616 volte): viene primo Omero (217 citaz.), Plutarco (50 citaz.), Esiodo (20 citaz.), Sofocle (18 citaz.), Pindaro (9 citaz.). Aristotele appare appena 9 volte, ma ho buone ragioni di ritenere che al Regel siano sfuggite molte citazioni (1). Tra gli scrittori bizantini il più privilegiato è Eustazio Macrembolita, di cui il Regel ha identificato ben 53 citazioni. Ciò si spiega col fatto ch'egli era contemporaneo dei panegiristi editi dal Regel e che il suo romanzo erotico, puerile rielaborazione di Achille Tazio, con la sua abbondanza di antitesi, e di γοργιεῖα σχήματα, col suo mosaico di furti dai grandi classici e dalla seconda sofisitica, assecondava mirabilmente il gusto dell'epoca (2). Anche questa statistica sulla frequenza delle citazioni ha il suo lato interessante, perchè è uno spiraglio aperto sulle predilezioni letterarie e quindi sul gusto e sulle condizioni generali della cultura di quell'età. La «qualità» delle citazioni potrebbe fornire materia ad altri rilievi, quali l'assoluta prevalenza delle citazioni di carattere gnomico o rettorico su quelle di carattere più propriamente artistico. Ma è nel libro dei «Salmi» che il panegirista trova quasi tutti gli elementi per comporre, con paziente lavoro di mosaico, il suo ideale di sovrano, eletto di Dio. La maggior parte delle citazioni dai Salmi diventano esse stesse topiche origine di topoi, delle quali si potrebbe seguire l'ininterrotto e stereotipato sviluppo fino ai più tardi panegiristi. Del resto io ritengo che la maggior parte delle citazioni, siano sacre siano profane, ricorrenti con un'insistenza particolare nei panegirici, siano non casuali coincidenze, ma citazioni di seconda mano, derivate da altri panegiristi di fama eminente. La libertà dello schema dei panegirici del secolo XII dimostra che or-

---

(1) Ad esempio, p. 133, 21: τὸ δίκαιον ἐν ἰσότητι ARIST., *Eth. Nicom.*, V, 2, 1129 a, 34; 6, 1131 a, 10 sgg.; cfr. AN., «B. Z.», 42 (1942), 27, 11.

(2) Ed. Hilberg, Vienna, 1876; cfr. KRUMBACHER, 764 sgg.; E. ROHDE, *Der griech. Roman u. seine Vorläufer*, Leipzig. (1900)², 561.

mai i grandi modelli dell'età classica e protobizantina, da Eusebio a Procopio, agivano assai debolmente. I nuovi modelli o «classici» del genere erano moderni o contemporanei e si chiamavano Psello ed Eustazio.

Michele retore panegirista.

L'Escorialense contiene 4 orazioni del retore Michele di Tessalonica, πρωτέκδικος μεγάλης ἐκκλησίας e nel contempo μαΐστωρ τῶν ῥητόρων. Il Regel ne pubblica 3, tutte indirizzate al grande Manuele I Comneno e databili tra il 1150 e il 1155, perchè nel 1156 Michele scompare dalla scena letteraria e politica in seguito alla sua deposizione come seguace dell'eresia di Soterico Panteugenico (1). La prima di esse (n. 8, edizione Regel) celebra soprattutto la spedizione contro i Serbi e il passaggio del Danubio degli anni 1150-1151. L'oratore riconosce (interessante riconoscimento) che la rettorica bizantina del suo tempo è una modesta derivazione della grande rettorica classica e dichiara (vieta «captatio benevolentiae»), l'inferiorità della propria τέχνη di fronte alla superiore φύσις del sovrano (2). Topiche sono le due citazioni bibliche del cuore del sovrano nelle mani di Dio e dell'augurio di lungo e prospero regno (3). L'or. passa poi all'esaltazione delle imprese belliche e chiede di poter misurarsi, tra i molti trofei ugualmente degni di celebrazione, con uno solo, cioè le vittorie imperiali sui Gepidi e sui Daci (qui = Serbi e Ungheresi), perchè, anche in rettorica, chi troppo vuole nulla

(1) Cfr. Regel, Introduzione XVII; Krumbacher, 93, 124, 473; Fuchs, 36; Treu, op. cit., 40 s.; F. Chalandon, *Les Comnènes: Jean Comnène (1118-1143) et Manuel Comnène (1143-1180)*, Paris (1912), 640 sgg.

(2) P. 133, 8: καὶ νῦν τέχνη δὲ ἡ ῥητόρων τῆς ἀρχαίας τέχνης ἐπιφυλλίς-λεγέσθω γὰρ τἀληθές-καὶ ὑστέρα παρὰ πολὺ τῆς ἐν σοὶ καινισθείσης φύσεως ἔρχεται. Sincera o falsa modestia ? Inclinerei a crederla sincera.

(3) *Prov.*, 21, 1; cfr. 140, 3; 140, 21; *Ps.* 45, 3 sgg. Con tale citazione lo Holobolos chiude i tre panegirici in lode di Michele VIII Paleologo editi dal Treu, *Manuelis Holoboli orationes* ed. M. Treu («Progr. des Kais. Victoria-Gymn»., Potsdam, fasc. I, 1906; II, 1907).

stringe, come succede spesso a molti incauti oratori (1). Malgrado tali dichiarazioni però il panegirico non è meno vuoto di contenuto degli altri suoi confratelli. Topici i concetti della vittoria incruenta (2) e del sovrano più veloce dell'ala della fama (3). Non nuova, ma tuttavia meritevole di rilievo, la definizione che il retore dà dei compiti spettanti all'imperatore come sovrano e come uomo: altezza d'imprese e moderazione di costumi (4). L'oratore evita le synkriseis col solito sofisma dell'incomparabilità del celebrato (5). L'orazione si chiude colla similitudine-assimilazione dell'imperatore e della sua famiglia al sole e alle celesti costellazioni e coll'augurio di lungo e felice regno (6).—L'orazione n. 9, tenuta il giorno di Natale del 1155 (7), a differenza della precedente celebra svariate imprese di guerra, quali la campagna per l'isola di Corfù, la guerra del 1154 contro i Serbi e i Bulgari coalizzati e la sottomissione dei capi dei due popoli nel 1155. Scavando e scavando qualche cosa di storicamente utilizzabile si può ricavare, a condizione, beninteso, di conoscere a fondo l'opera storica di Cinnamo (III, 1 sgg.: 103 sgg. Bonn) e di Niceta Acominato (II, 7, 121 sgg.: III, 1: 133 sgg. Bonn). Gli storici sono la chiave magica che apre l'ermetica porta del simbolismo dell'oratoria cortigiana; a loro volta però le fonti rettoriche, purchè usate intelligentemente e con discrezione, come fonti sussidiarie insomma, senza pretendere da esse ciò che non possono dare, possono avere una loro non trascurabile importanza come conferma e illuminazione psicolo-

(1) P. 141, 19 sgg. ...ἐχρῆν μὴν ἕνα διαμιλλᾶσθαι πρὸς ἕν καὶ μὴ τὸν αὐτὸν πρὸς πλείωλογομαχεῖν· νῦν δὲ τοῦτο διακινδυνεύεται τοῖς πολλοῖς διά τε τὸ ἁπλήστως ἔχειν πρὸς ἅπαντα... καὶ μηδενὶ τῶν ἁπάντων ἐνευστοχεῖν κτέ.

(2) P. 146, 26 sgg.

(3) Cfr. sup. pg. 349, n. 6.

(4) P. 105, 18: ἀνθρώπῳ γάρ σοι ὄντι καὶ αὐτοκράτορι, ἑκατέρῳ τὸ προσῆκον ἀπομερίζῃ πάνυ σοφῶς· τῇ μὲν ἀρχῇ τὸ τῶν ἔργων ὕψος -τοῦτο γὰρ βασιλέων ἐστὶ δικαίωμα -ἀνθρώπῳ δὲ τὸ μέτριον τῶν ἠθῶν.

(5) P. 151, 25 sgg.

(6) P. 152, 9. Alla tradizionale formula augurale πολυχρόνιον è qui sostituita un'altra equivalente: τὴν βασιλείαν πολυετῆ.

(7) P. 164, 23: Χριστὸς ἄρτι γεννᾶται.

gica delle fonti storiche vere e proprie. L'oratore qui, non contento della similitudine col sole, afferma la superiorità dell'imperatore sul sole, perchè egli produce anche due raccolti, cioè due vittorie, in un anno (1). Siamo come si vede in pieno marinismo bizantino. L'oratore non tralascia nemmeno questa volta di rilevare il valore di tali trionfi ottenuti senza il ricorso alle armi, col solo prestigio di condottiero invincibile e di sovrano giustissimo (2).—Il terzo panegirico di Michele retore edito dal Regel (3) celebra soprattutto la spedizione fatta da Manuele I Comneno nell'anno 1149 contro la Serbia e la Bosnia. L'oratore esordisce col motivo del καιρός: ogni cosa a suo tempo e a suo luogo. Anche la lode all'imperatore non deve giungere intempestiva (4). L'oratore onorerà il sovrano coll'unico mezzo a sua disposizione, col tradizionale encomio (5). Il sovrano è paragonato al cielo e al sole (6), quindi assimilato all'aquila sterminatrice dei corvi (7). Non mancano nemmeno qui l'esaltazione della giustizia, la virtù che i sudditi maggiormente apprezzano nei loro sovrani, e la trita citazione del cuore del sovrano nella mano di Dio (8). L'oratore fa frequenti e faticosi quanto vani tentativi d'inquadrare la sua divagante logorrea in un più rigoroso ordine logico (9).

(1) P. 155, 13 sgg.

(2) P. 163, 29 sgg.

(3) Pp. 165-182. Il titolo dice: ἀναγνωσθεὶς πρὸ τῆς τῶν φωτῶν ἡμέρας, καθ' ἣν εἴωθεν ἀναγινώσκειν ὁ ῥήτωρ.

(4) P. 166, 1 sgg. E' concetto di derivazione biblica *(Eccl.*, III 1; 17) e topico del genere epidittico; Cfr. GREG. NAZ. (MIGNE, *P. G.*, 36, 582 C.; EUST. 1, 4; RHET. AN., 208, 21 Regel; AN., «B. Z.», 42 (1942), 15, 1 sgg. ecc.

(5) P. 169, 1 sgg.: δέξαι λόγον ὡς γέρας.

(6) P. 168, 9 sgg.; 170, 1 sgg.

(7) P. 172, 6. L'immagine è biblica: ὁ μέγας καὶ τανυσίπτερος ἀετός (EZECH., 17, 7). Caratteristica di tutti i panegirici bizantini è la fusione ed assimilazione, parziale o totale, del soggetto con l'immagine a cui viene paragonato, l'oscillazione tra semplice similitudine e metafora. Cfr. su ciò W. SCHMID, *Der Attizismus in seinen Hauptvertretern*, Stuttgart (1887-1897), IV, 479.

(8) P. 180, 18; 180, 25.

(9) P. 179, 6; 179, 21; 181, 15.

Altri panegiristi dei Comneni.

Il secondo fascicolo dell'antologia rettorica del Regel contiene altre dodici orazioni, che potranno essere adeguatamente utilizzate dallo studioso solo quando saranno corredate di un'introduzione, di un commento storico-filologico e di una traduzione dei passi più difficili. In mancanza di ciò, soprattutto in mancanza della traduzione, un testo della cosiddetta «prosa artistica» bizantina non può dirsi veramente acquisito alla scienza; è uno strumento pesante, non maneggevole e di difficile uso, di cui lo studioso rinuncia a servirsi.

Le prime due orazioni del 2.° fascicolo, anonime, sono rispettivamente un breve panegirico e un prolisso elogio funebre per Manuele I Comneno (1). L'uniformità livellatrice dello stile e del tono rende estremamente difficile, se non impossibile, l'identificazione dell'autore o degli autori, poichè non è affatto sicuro che le due orazioni appartengano ad un unico autore solo per il fatto che nell'Escorialense una segue immediatamente all'altra ed entrambe recano nel titolo il famigerato τοῦ αὐτοῦ, il dispettoso e maligno spiritello annidato nei codici bizantini. Difficilmente si potrebbe con più parole di e meno di quanto è contenuto in questo epitafio e bisogna convenire che sotto tale rispetto i Bizantini sono assolutamente imbattibili. Ma più di tutto urta la solita trasposizione, qui spinta fino all'inverosimile, della ricca materia storica (37 densissimi anni di regno) sul piano di un fumoso simbolismo biblico che tutto ottenebra travestendo ogni allusione storica in altrettanti pressochè insolubili enigmi. Quanto a struttura interna l'epitafio è un magma informe, rudis indigestaque moles, e quanto al concetto ci si aggira pur sempre nella stessa angusta cerchia d'idee ormai fin

(1) Orazione n. 11 (pp. 183-191); n. 12 (pp. 191-228). Quest'ultima, come c'informa il titolo, fu tenuta centoventi giorni dopo la morte dell'imperatore διὰ τὸ ὑπερτεθῆναι τὴν ἀνάγνωσιν ἐν τῇ τελετῇ τῶν τεσσαρακοστῶν, ὅτε καὶ ὁ λόγος ἐμπροθέσμως πεποίητο.

troppo nota (1).—L'orazione successiva è una monodia di Niceforo Basilace pel fratello Costantino e come tale esula dallo ambito della presente ricerca (2). Dai precedenti editori, il Mai e il Boissonade, essa era stata attribuita a Coricio di Gaza, il che conferma ancora una volta l'impersonalità e la fossilizzazione di questo infecondo «atticismo» bizantino, che permette di attribuire al VI secolo un'orazione che spetta invece al secolo XII; fenomeno unico, credo, nella storia delle lettere.

Nulla sappiamo del retore Giovanni Diogene di cui il Regel pubblica un breve e insignificante panegirico per Manuele I Comneno (3).—Il successivo discorso della raccolta del Regel è un epitafio di Basilio Acridense, metropolita di Tessalonica, per l'Augusta Irene, nata Berta di Sulzbach, cognata dell'imperatore Corrado III e prima moglie di Manuele I, morta verso il principio del 1160 (4). Il discorso, limpido di forma ed esente dalle esagerazioni dello «stile ornato» contemporaneo (sempre avuto riguardo al genere, beninteso), ha vari spunti interessanti e persino un apprezzamento soggettivo, che qui riporto, alquanto ostile verso la patria d'origine dell'Augusta, nel quale fa capolino, assai chiaramente e non

(1) Rilevo solo alcuni motivi topici: l'imperatore archetipo di perfezione (195, 7 sgg.), idillica situazione generale durante il suo regno (195, 16 sgg.); agrupnia del sovrano (197, 20 sgs.); la sua natura eccede i limiti di quella umana (198, 16 sgg.); egli imita il sole perpetuamente mobile (199, 1 sgs.); anzi è sole egli stesso (199, 22); interminabile serie di esclamazioni e di interrogazioni rettoriche (200, 25 sgg.), tra cui topica quella di 203, 18: Τίς οὕτω πᾶσι τὰ πάντα γένοιτο; (*I Cor.* 9, 22; cfr. AN. «B. Z.», 42 (1942), 22, 3; GREG. NAZ. (MIGNE, *P. G.*, 36), 582 B, 604 C); pseudomodestia a scopo propiziatorio (205, 3); paragone prolungato del sovrano col pentatleta (205, 12); la citazione biblica sul καιρός (*Eccl.*, III, 1 sgg.), per concludere che per l'imperatore ogni tempo era adatto a travagli e a guerre (208, 20 sgg.), eccetera.

(2) Orazione n. 13 (pp. 228-244).

(3) Orazione n. 14 (pp. 304-311), tenuta il giorno dell'Epifania (ἐν τῇ ἑορτῇ τῶν φώτων), come apprendiamo dal titolo, ma di quale anno? Il Regel non ha corredato il secondo fascicolo della sua raccolta di alcun cenno introduttivo od esplicativo.

(4) Orazione n. 20 (pp. 311-330). Cfr. CHALANDON, op. cit., 170 sgg., 209 sgg.

troppo opportunamente, l'indirizzo xenofobo popolare avverso alla politica occidentalizzante perseguita dall'imperatore (1).—Lasciando da parte la breve «didascalia» dell' οἰκουμενικὸς διδάσκαλος Schizeno per la nascita del porfirogenito Alessio, figlio di Manuele I (2), esaminerò ancora rapidamente il panegirico di un retore anonimo per Giovanni II Comneno (1118-1143) (3). L'orazione è tutta costellata d'interessanti accenni storici alle campagne dell'imperatore, che meriterebbero di essere decifrati e valorizzati in sede storica (4). Mi limiterò a rilevare alcuni concetti topici, veri e propri *leitmotive* del β. λ. L'imperatore è più fulgido degli astri e del sole (331, 14); secondo dopo Cristo e suo erede (331, 20); le parole sono ombre dei fatti (332, 16) (5); malgrado la propria insufficienza, rinunciare all'encomio sarebbe da parte dell'oratore offesa e ingratitudine verso l'imperatore (333, 1 sgg.);

---

(1) P. 324, 3 sgg.: Ταῦτα ἡ ξένη καὶ ἔπηλυς, ἡ ἀλλοδαπή τε καὶ μέτοικος καὶ τῶν τῆς καθ' ἡμᾶς πολιτείας, ὡς ἐδόκει, ὀψιμαθής, ἡ ἐξ ἔθνους γαύρου καὶ ἀλαζόνος καὶ τὰς ὀφρῦς ὑπὲρ τὸ μέτωπον αἴροντος, οὗ καὶ νεῦρον σιδηροῦν ὁ τράχηλος, κατὰ τὴν θείαν φάναι φωνήν, κάμπτεσθαι οὐκ εἰδώς, ἡ ἐκ γένους τοῦ σεμνοτάτου καὶ πρωτίστου τῶν ἐν τῷ ἔθνει. μυρίων γὰρ ὅσων ἐθνῶν τὴν ἐξ Ἰταλίας μέχρι καὶ ὠκεανοῦ νεμομένων κατά τε πλάτος καὶ μῆκος, ποταμοῖς τε πλείστοις καὶ ὄρεσι τοῖς μεγίστοις διειλημμένων, τίς οὐκ οἶδεν, ὅτι τὸ Ἀλαμανῶν ἔθνος ἄρχει μὲν τῶν ἄλλων, ἄρχεσθαι δὲ οὐκ ἀνέχεται ; κτέ. Dato così sfogo a quel che gli bolliva in petto, l'oratore si affretta però a soggiungere che (324, 18) οὐκ ἐζήλωσε τὴν τοῦ ἔθνους ἀγερωχίαν ἡ βασιλίς, ἀλλὰ τὴν τοῦ Χριστοῦ ταπείνωσιν ἐμιμήσατο κτέ.

(2) Orazione n. 22 (pp. 362-369).

(3) Orazione n. 21 (pp. 330-361). Il Barocciano 131 contiene ancora un discorso del patriarca Michele Anchialos per Manuele I Comneno e una monodia per la morte del sebatocrator Andronico, figlio dell'imperatore Giovanni II Comneno. Cfr. KRUMBACHER, 476.

(4) Importanti sopratutto gli accenni alle campagne in Oriente e alla riconquista di Antiochia (pp. 358, 4 sgg. e *passim*). La città si arrese nell'agosto 1137 e Giovanni II vi fece il suo solenne ingresso un anno dopo (cfr. CHALANDON, op. cit., 110 sgg., 119 sgg.; OSTROGORSKY, 268). Questo fatto colpisce la fantasia del retore e lo accende di schietto entusiasmo; ma purtroppo, come il calzolaio-cantore di cui parla lo Heine, egli canta con sentimento sincero e con voce falsa.

(5) Citazione topica da DIOG. LAERT. IX, 37; cfr. BAS. ACHR., 314, 28; AN., «B. Z.», 42 (1942), 31, 7.

valore congiunto a dottrina (333, 21); eletto di Dio l'imperatore, popolo eletto il suo popolo (336, 1 sgg.); ὁ δέ σε καὶ χρίσας καὶ βασιλεύσας θεός, τὸν καλῶς καὶ χρισθέντα καὶ βασιλεύσαντα (336, 5); (1) come Cristo percuote e risana, punisce e perdona (341, 25 sgg.); nemici paragonati a serpi e vipere (342, 8; 355, 14); synkriseis (343, 8 sgg. e passim); le sue mani sono invincibili e benefiche (347, 5 sgg.); piccola cosa al confronto le gesta di Achille cantate da Omero (350, 25 sgg.) (2); modestia dell'oratore, che si dichiara μικρὸν μὲν ὄντα καὶ ὡς ἐν ἀδελφοῖς πολλοστόν (360, 25); l'oratore si pone sotto la protezione di Ermes logios (361, 2); (3) ecc.

Persino Andronico I Comneno (1183-1185), malgrado la tragica fine, ebbe il suo lodatore funebre nella persona di Michele Italico, la cui monodia per Andronico giace tuttora inedita nel famoso Barocciano 131 (4). Un atto questo coraggioso, certamente, tanto più confrontandolo col vile accanimento con cui i panegiristi e i retori dell'età degli Angeli infierirono sulla memoria dello sciagurato imperatore (5); ma sarebbe assai interessante sapere che cosa il retore, in aperta sfida all'opinione pubblica, poteva trovare da lodare e da rimpiangere nel breve regno del Nerone e Robespierre bizantino.

---

(1) Concorda alla lettera con AN., «B. Z.», 42 (1942), 24, 13. Si potrebbero rilevare numerose altre derivazioni dello Holobolos da questa orazione.

(2) Cfr. AN., «B. Z.», 42 (1942), 34, 15. La synkrisis con Achille è frequentissima nel panegirico bizantino; cfr. la mia nota al passo citato.

(3) Per la predilezione dei retori bizantini per tale reminiscenza mitologica cfr. GREG. ANT., «B. Z.», 40 (1940), 387, 6 e la nota del Dölger a questo passo.

(4) Cod. Bodl. Barocc. 131, ff. 230 *v* sgg.; cfr. KRUMBACHER, 466.

(5) Ad esempio GREG. ANT. 300, 14 Regel; id., «B. Z.», 40 (1940), 371, 14 sgg.; 377, 1 sgg.; 379, 9 e le note del Dölger a questi passi, con copiosa esemplificazione. Il nome di Andronico non viene però mai fatto dai retori, mentre non manca mai l'accenno alla sua «usurpazione», sebbene, come osserva con ragione il Dölger, dal punto di vista dinastico Andronico, come Comneno, avesse certamente più fondate pretese al trono di Isacco Angelo.

I panegiristi dell'età degli Angeli.

La morte di Manuele I Comneno e l'ascensione al trono del suo dodicenne figlio Alessio II segnano l'inizio della vera e irreparabile decadenza dello Stato bizantino. Fata ruunt. Con Andronico I, il sanguinario avventuriero caduto vittima del suo tentativo di rivoluzione reazionaria contro l'aristocrazia feudale e l'indirizzo occidentale di Manuele I, si estingueva la gloriosa dinastia dei Comneni. Lo scettro imperiale passò nelle mani degli Angeli. I venti anni che vanno dalla morte dell'ultimo Comneno alla caduta di C-poli nelle mani dei Latini sono tra i più tragici e densi di fato nella storia di Bisanzio, ma i panegiristi bizantini non sembrano avvedersene. Per essi anche sotto i regni di Isacco II Angelo (1185-1195) e di Alessio III Angelo (1195-1203), cui di nuovo segue la breve parentesi del vecchio e cieco Isacco II che si è associato al trono il figlio Alessio IV (1203-1204) e persino durante la meteorica apparizione di Alessio V Murzuflo (1204), che suggella la tragedia di Bisanzio, tutto procede κατὰ ῥοῦν, nel migliore dei modi. L'infausta dinastia degli Angeli, che (certamente non soltanto per colpe proprie, bisogna riconoscerlo) porta lo Stato bizantino alla catastrofe, riceve il suo tributo di esaltazione ufficiale quanto la gloriosa dinastia che l'aveva preceduta. Nei panegiristi bizantini il primo e l'ultimo Alessio risultano ugualmente benemeriti della cosa pubblica.

Ad Isacco II Angelo sono diretti quattro panegirici del 2.° fascicolo del Regel: due dovuti ai «maestri dei retori» Giovanni Camatero e Giorgio Tornica e due al protonotario e grammatico imperiale Sergio Coliba (1). Gli encomi del Camatero e del Tornica sono, dal punto di vista della topologia,

(1) Rispettivamente orazione n. 14 (pp. 244-254); n. 15 (pp. 254-280); n. 16 (pp. 280-291); n. 17 (pp. 292-300). Rileverò, in forma necessariamente schematica, alcuni concetti topici. Dall'orazione n. 14: l'imperatore è il sole apportatore di luce all'ecumene (244, 11); sole di giustizia (244, 16); l'oratore celebra le gesta imperiali con parole come pittori e scultori le celebravano già con immagini (245, 13); lo

particolarmente interessanti, perchè veri repertori di motivi e concetti topici del genere.

Del grande drungario Gregorio Antioco il Regel pubblica un brevissimo discorso ad Isacco II Angelo, εἰσιτήριος e παρηγορητικός per la morte della madre del sovrano (1), ma è assai più interessante, come saggio dell'insopportabile oratoria aulica di questo retore, il discorso pel sebastocrator Costantino Angelo, fratello dell'imperatore, edito dal Dölger e spesso citato nel corso del presente lavoro (2): una forma composita di elogio (ἐπαινετήριος) e di preghiera (ἀναφορά) (3).

Stato è una nave al cui timone Dio pose il sovrano (246, 12); sull'antichissimo topos classico, risalente ad Alceo e Orazio, s'innesta il concetto cristiano della divina provvidenza; antitesi tra le condizioni dell'impero prima e dopo l'avvento del sovrano (246, 16); sorretto dalla madre Chiesa, nuovo Mosè (247, 17); la verga mosaica che sorregge e punisce (248, 16; 251, 5 sgg.); pieno dello spirito divino (248, 26); ἄνδρα κατὰ τὴν καρδίαν αὐτοῦ *(I Reg.* 13, 14; cfr. 249, 20; JOH. SYR. 17, 13 Bachmann; AN. «B. Z.», 42 (1942), 20, 1); nell'imperatore Dio concentrò ogni idea del bene (250, 10); il sovrano assimilato a Giacobbe, a Giuseppe, a Mosè, a Gesù figlio di Nun, i suoi avversari a Dan, ad Esaù, la Chiesa a Rebecca (251, 10 sgg.).—Dall'orazione n. 15 (interessante il titolo): l'imperatore è sole di fulgore insostenibile (255, 1 sgg.); quarto tra i fratelli come il sole è quarto nell'ordine della creazione (lo stesso spunto in AN., «B. Z.», 42 (1942), 19, 12); versatilità e polipragmosyne imperiale (è un passaggio obbligato di ogni panegirico); lunga digressione sui Turchi (258, 23); la citazione esiodea εἰρήνη κουροτρόφος e l'omerica κατὰ ῥοῦν (260, 2; 260, 14); sole che vivifica e disperde le tenebre (261, 20); τὸν καλὸν ποιμένα (263, 12); che però possiede pure la ferrea verga per punire (263, 17); assimilato a Dio, perchè punisce e perdona, dà morte e vita (266, 5 sgg.); consegue colla bontà ciò che altri non riescono con lunghe guerre (267, 9); paragone dell'impero al cocchio di cui Dio ha affidato al sovrano le redini (269, 1 sgg.); calpesta i nemici assimilati a serpi e scorpioni (270, 23); ψόγος contro Andronico paragonato al furente Saul, a Esaù, alla Gorgone, all'Idra lernea, a Tifone (269, 25 sgg.).—Meno notevoli, pel nostro assunto, le due orazioni del Coliba.

(1) Orazione n. 15 (pp. 300-304).

(2) Cfr. sup. 359, n. 3.

(3) Anche l'antichità conobbe già tali ibride forme oratorie; cfr. W. KROLL in PAULY-WISSOWA-KROLL, *Real Encycl. d. kl. Altertumsw.*, Suppl.-Bd. 7 (1940) col. 1132 sgg.

L'oratore, in tono di querulo postulante privo di dignità, prega il sebastocrator di farsi mediatore presso l'imperatore della sua richiesta di una sufficiente e stabile «pensione», quale ex-funzionario della cancelleria imperiale (prima βασιλικὸς γραμματικός e poi πρωτασεκρέτης). Il fatto che un alto funzionario statale debba così umiliarsi, piatire, chiedere come alto favore imperiale il riconoscimento di un proprio sacrosanto diritto è di per sè un'eloquente dimostrazione della grave decadenza dell'amministrazione statale bizantina (1). L'orazione è però tipica come esempio del barocco fiorito di quell'età e delle deplorevoli abitudini stilistiche invalse nell'oratoria d'apparato (2).

Anche Isacco II Angelo ebbe molti encomiatori ufficiali. Accanto ai già citati ricordiamo Giovanni Siropulo, di cui il Bachmann pubblicò un panegirico con ampio commentario storico-filologico, rilevando anche lo sviluppo della topologia tradizionale (3). Michele Acominato Coniate, discepolo di Eustazio e fratello del più famoso Niceta, aggiunse egli pure il suo bravo contributo all'esaltazione di questo sovrano, non sai se più disgraziato o più inetto, che a noi pare offrire così negativa materia di panegirico (4). Si tratta di un lungo e inconcludente ricamo verbale sui soliti temi, che non offre assolutamente nulla di notevole, ad eccezione di un violento ψόγος contro il predecessore di Isacco; Andronico I Comneno.

---

(1) Persino il mite e degno Michele Acominato fu spinto dall'indignazione ad indirizzare ad Alessio III Angelo uno scritto di protesta contro l'indegnità dei funzionari delle finanze (cfr. Μιχαὴλ τοῦ Ακομινατοῦ τοῦ Χωνιάτου τὰ σωζόμενα, ed. S. Lambros, Atene, I (1879), II (1880).

(2) Rinvio all'esauriente giudizio stilistico del DÖLGER, op. cit., 357 sgg. e nn. I discorsi e le lettere di Eustazio e di Michele Coniate, dice il DÖLGER, sono veri modelli di semplicità e di chiarezza in confronto a questo «Satz-und Wortgedrechsel» con cui si può paragonare al più il discorso di Giovanni Siropulo.

(3) M. BACHMANN, *Die Rede des Johannes Siropulos an den Kaiser Isaak II. Angelos (1185-1195)*, München 1935.

(4) Ed. cit. I, 208-258. Sulla sua attività oratoria, cfr. KRUMBACHER, 468 sgg.

Gli ultimi Angeli ebbero il loro panegirista soprattutto in Niceforo Crisoberga (metà XII, principio XIII secolo), di cui si conoscono tre panegirici editi dal Treu, due per Alessio III Angelo e uno per Alessio IV Angelo (1). Nella prima orazione si rilevano: un saggio di ethopoiia nel contrasto tra la parola e il tempo, accusato di aver prodotto un sovrano così eccezionale senza un oratore degno di lui per celebrarlo (2, 15 sgg.; non manca la classica citazione omerica sul «buon re e valente guerriero»); una lunga tirata contro gli avversari di Alessio, partigiani della fallita sedizione di Giovanni Comneno Crasso (4, 18-6, 5) e l'elogio della clemenza imperiale che il risparmió (6, 6-7, 2); il confronto-assimilazione col sole (9, 6 sgg.); la synkrisis con Cesare (9, 19). L'orazione non è un vero e proprio β. λ. ma, come si desume dal titolo, un λόγος προσφωνηματικός tenuto dal retore il 14 settembre del 1200 per celebrare la repressione del colpo di mano del pretendente al trono Giovanni Comneno Crasso, facilmente soffocata sullo stesso nascere senza alcuna attiva partecipazione dell'imperatore, che qui per tale mediocre operazione poliziesca viene grottescamente esaltato come addirittura superiore a Cesare vincitore fulmineo di Farnace re del Ponto (2). Il fatto fu celebrato pure in un discorso ad Alessio da Niceta Acominato Coniate, che però con lodevole misura non vi accenna nella diffusa narrazione che nelle sue «Storie» fa della fallita rivolta (3).—La seconda orazione, tenuta alcuni giorni dopo l'Epifania del 1202, come si apprende dal titolo, è un discorso gratulatorio ad Alessio III per la vittoriosa repressione di vari ribelli, e cioè il protostrator Manuele Camitze, Giovanni Spiridonace, Criso Blaco, prefetto di Prosaco e Strumitza e suocero del protostrator Camitze, Giovanni re dei Valacchi. L'orazione del Crisoberga trova un parallelo e una conferma in un'altra sullo stesso argomento di Niceta

(1) Ed. cit. (cfr. sup. pag. 341, n. 5). Sul Crisoberga, oltre ai cenni del Treu (p. 36 sgg.), cfr. KRUMBACHER, 470.

(2) Fonti in TREU, 42 sg.; cfr. OSTROGORSKY.

(3) Cfr. C. SATHAS, Μεσαι. Βιβλ. I (Venezia, 1872), 84-89; NICETAE CHON. *Histor.*, 697-699 Bonn.

Coniate (1). Si fa in quest'orazione un grande abuso della similitudine-assimilazione col sole (14, 16 sgg.; 21, 5; 21, 21; 22, 13 sgg.), tanto più inopportuna in quanto riferita ad uno scialbo e insignificanta sovrano come Alessio III; l'imperatore è θεομίμητος (16, 14) e, come a Giosuè in Gerico, gli basta la tromba per avere ragione dei suoi nemici (16, 15 sgg.), assimilati, more solito, a serpi (16, 29; 17, 36); la regina è assimilata alla luna (22, 13 sgg.); nè può mancare la trita citazione biblica di Ps. 45, 4 (22, 28). I ribelli di cui l'imperatore trionfa, sono indicati coi soliti giochetti di parole allusivi (15, 9; 17, 7; 19, 27; 21, 4; 21, 8; 21, 11). E' il massimo di audacia realistica che un retore bizantino si permetta. Il re valacco è designato con espressioni ancora più generiche (2). Data l'occasione di questo discorso l'elemento dello ψόγος prevale su gli altri motivi, fondendosi così strettamente con quello dell' ἔπαινος che riesce difficile separarli.—La terza orazione fu tenuta ad Alessio IV nel palazzo delle Blacherne il giorno dell'Epifania del 1204, cioè circa quattro settimane prima che il disgraziato imperatore «giovane d'anni e canuto di senno» (3), divenuto inviso sia ai Latini che ai Greci, perdesse tragicamente vita e trono. In proposito scrive il Treu (4): «Iuvat novisse os hominis grandiloqui: nullo opinor specimine melius degustabis perditissimun illud genus adulatorum Byzantinorum; videlicet quaecumque de ingenio, moribus, animo, actionibus Alexii promuntur cuncta ad verbum ficta et commenticia». L'onesto studioso s'indigna per la totale assenza di dignità, di pudore, di misura di questo prezzolato retore cesareo; però esagera, a parer mio, quando mette i panegiristi bizantini tutti in un fascio senza distinzione «in sordido illo grege rhetorum Byzantinorum, quorum si noveris unum noveris omnes», perché tutti ugualmente boriosi, bassamente

(1) SATHAS, op. cit., I, 90-97; NICET. *Hist.*, 707-709, Bonn.

(2) Cfr. pp. 18, 36 sgg.; 21, 9 sgg.

(3) P. 25, 23: νέος ἅμα καὶ πολιός. E' anche questo un luogo comune; cfr. ad esempio. AN., «B. Z.», 42 (1942), 41, 11 e la mia nota ad h. l.

(4) TREU, p. 47.

adulatori, privi di sensibilità morale ed artistica, grettamente pedanti (1). Non si può prescindere nella valutazione di tali prodotti dall'influenza onnipotente della tradizione e dello ambiente. L'oratore non era tenuto ad essere convinto di ciò che diceva e nessuno pensava ac indagare in tale senso; ma non si transigeva invece sulla sua fedeltà non ad uno schema tradizionale, (di scarsa importanza, benchè molti si ostinino a sopravvalutarlo), ma a un artificioso ideale di elevatezza stilistica e a un certo tono, a una certa atmosfera di idee tradizionali sull'ideale del sovrano. Forma, lingua e concetti, luoghi comuni, similitudini-assimilazioni, figure rettoriche, persino citazioni, erano già li bell'e pronti, *in medio*, forgiati nell'officina della scuola e della tradizione. L'oratore non aveva, si può dire, altra fatica che di sceglierli e sistemarli secondo le sue particolari predilezioni. Vale anche per la rettorica di corte la legge magistralmente fissata per la poesia di corte dallo Heisenberg, cioè la stessa legge dell'assoluta devozione ad un determinato stile solenne che vediamo applicata nelle tavole di avorio e nelle icone e in mille altre istituzioni della teocratica corte bizantina (2). «Die geschichtliche Bedeutung aller byzantinischen Kunst liegt nicht in ihrem Reichtum an schöpferischen Ideen, sondern in der absoluten Höhe ihrer Leistungen und in ihrer nie preisgegebenen Vornehmheit.» Acute ed esattissime constatazioni. Sarebbe d'altra parte errato negare o trascurare l'influenza, per modesta che sia, della personalità dell'oratore. Lo studioso ha lo stretto dovere di tenerne conto e di distinguere in ogni orazione quanto è prodotto della scuola e della tradizione, e perciò «res nullius», e quanto invece è frutto della personalità, delle particolari predilezioni, dell'indirizzo culturale e spirituale del retore.

E qui, alla caduta di C-poli in mano dei Latini, interromperò la presente trattazione, poichè la tirannia del tempo (e anche, confessiamolo, una certa sazietà dell'argomento)

(1) Ibid., p. 41 sg.
(2) HEISENBERG, *Aus der Gesch.* cit., 111 sg.

non mi permettono di estenderla fino alla caduta dell'Impero bizantino. Non potrei del resto scegliere altro *terminus ante* (o *post) quem* più significativo. Anno 1204! Caduta di Costantinopoli in mano dei «liberatori» Latini della IV Crociata, creazione d'un effimero Impero Latino d'Oriente (1204-1261), ma crollo definitivo della potenza e prestigio del vetusto Impero di Bizanzio, che d'ora innanzi sopravviverà a se stesso. La tradizione panegirica non s'interrompe certo con tale data, anzi continua nei due secoli e mezzo successivi, fino alla seconda caduta di C-poli (1453), ancora più copiosa; ma da questo momento il dissidio fra la realtà politica e l'esaltazione ufficiale si fa sempre più profondo e intollerabile e proporzionalmente diminuisce ai nostri occhi il valore storico-documentario e quindi anche l'interesse per questa rettorica di corte.

LUIGI PREVIALE.

DE PROVIDENTIA Y LA CRONOLOGIA DE LAS ULTIMAS OBRAS DE SENECA

I

Séneca consagró los años de su retiro político a una intensa actividad literaria. Lo indica Tácito (Ann. XIV, 56, 3), *quasi sapientiae studiis domi adtineretur*. En *Ep. Mor.*, 8, lo dice él mismo: *in hoc me recondidi et fores clausi, ut prodesse pluribus possim. Nullus mihi per otium dies exit; non vaco somno, sed succumbo...aliqua quae possint prodesse conscribo; salutares admonitiones... litteris mando.* En otros días más felices había propugnado la acción como línea de conducta del sabio (cf. Dial. IX *de tranquillitate animi)*, pero ahora la desesperanza se ha apoderado de su ánimo y el pasaje citado de las *Ep. Mor.* nos lo presenta poniendo en práctica esta abstención de la vida pública, tan estoica como la acción del diálogo IX, formulada teóricamente en el Dial. VIII *(ae otio)*. Los últimos años de Salustio y de Cicerón nos ofrecen ejemplos paralelos de la dedicación a la creación literaria de sus autores cuando las circunstancias políticas de Roma les obligan a desaparecer de la escena pública (1).

El tratado *De Providentia* (Dial. I), las *Naturales Quaestiones* y las *Epistulae Morales* corresponden según la inmensa mayoría de los críticos a estos últimos años de la vida literaria de Séneca.

---

(1) Oltramare.—Sénèque. Questions Naturelles.—Ed. Budé. Paris 1929, 2 vols. I, pág. 7.

La fijación en este tiempo de las *Ep. Mor.* no ofrece lugar a dudas: hay en ellas constantes referencias a la procuración de Lucilio en Sicilia, lo cual nos hace situar todo el corpus en una misma época; pasajes tan expresivos como el antes señalado y los de las cartas 106, 108 y 109 en que habla de sus entrañables proyectos filosóficos, lo confirman plenamente. Tampoco se puede dudar de que a estos años corresponden las *Nat. Quaest.* (1): en ellas cuajaron estudios y preocupaciones muy antiguas en el ánimo del autor. Durante el destierro de Córcega (años 41-49), al final de la Consolación a su madre Helvia (Dial. XII), trazó una especie de programa de estos problemas, que iba a ser realizado años después, siguiendo prácticamente el mismo esquema que proyectó entonces: la condición de las tierras (cf. *Nat. Quaest.* IV*a, de Nilo)*, los meteoros, rayos y truenos (ib. I, II), los vientos (ib. V), las nubes (ib. IV*b)* y el granizo (ib.), junto con otros asuntos, como las mareas, que no están desarrollados en la parte conservada de *Nat. Quaest.*, y cuya repetición en las enumeraciones de problemas de la naturaleza que hace nuestro autor (cf. infra, Dial. I), revela, a mi entender, que no se nos ha conservado toda la obra, o que Séneca no llegó a darle cima conforme a sus primeros proyectos (2).

Sólo Waltz, en dos ocasiones (3), ha propuesto otra fecha de composición para el tratado *De Providentia*, cuya redacción sitúa en los años del destierro. El filólogo francés reconoce que la mayor parte de los críticos sostienen otra cosa y, a mi juicio, la argumentación de Waltz efectivamente no prueba. Creo, sin embargo, que sus argumentos no han sido discutidos con la atención que merecen en la bibliografía posterior que

---

(1) Ib., pág. 8.

(2) La crítica se inclina a rechazar esta hipótesis que se había sostenido alguna vez. Cf. Schanz, Röm. Litt. Gesch. II, 2, pág. 399. Oltramare, *loc. cit.*, pág. XI. No he podido manejar directamente parte de la bibliografía sobre esta cuestión.

(3) Vie de Sénèque, Paris 1909, págs. 101, n. 1; 103, n. 1; 105, n. 1; 107, n. 4.—Sénèque. Dialogues. Ed. Budé. t. IV, pág. 7.

conozco (1): para Waltz, la inquietud de Lucilio ante las desgracias que pueden sobrevenir al *vir bonus*, sólo puede hacer referencia a un suceso concreto de la vida de Séneca, modelo de conducta del sabio ante sus ojos.

No es preciso pensar con el crítico francés en el destierro. La escena descrita por Tácito con tanta fuerza dramática en *Ann.* XIV, 53-55, después de la cual Séneca se retira a su casa *quasi valetudine infensa vel sapientiae studiis*, el fracaso personal de su obra de educación, que este prudente retiro reconoce, y la quiebra de la orientación política del famoso *quinquennium* de influencia de Séneca en el gobierno de Roma, incluso el peligro de la vida que desde entonces se cierne sobre el filósofo, aunque no quebrante su ánimo (2), constituyen un infortunio incompatible con el concepto vulgar de la providencia divina y la felicidad que en vida debe acompañar a la virtud del sabio.

El paralelismo tan cuidadosamente observado entre pasajes de este tratado y otros del Dial. II *(de constantia sapientis)* no obliga a suponer que sean coetáneos: nuestro autor repite con frecuencia conceptos y expresiones concordes y contradictorios, sin excesiva discriminación. Véase, por ejemplo, el lugar antes citado de Dial. XII, 20, 1-2, el principio de Dial. I y el *praefatio* a *Nat. Quaest.* III; lo mismo ocurre en Dial. VIII y *Ep. Mor.* 8 y en otros muchos lugares.

¿En qué relación cronológica se hallan entre sí estas tres obras (Dial. I, *Nat. Quaest.* y *Ep. Mor.)* de los últimos años de Séneca?

En *Ep. Mor.* 74, 10 se habla también de la providencia de Dios: *quicumque beatus esse constituit, unum esse bonum putet, quod honestum est: nam si ullum aliud esse existimat, primum male de providentia iudicat, quia multa incommoda iustis viris accidunt.* Binder creyó (3) que esta frase de Séneca era el pun-

(1) Cf. Münscher: Senecas Werke. Untersuch. zur Abfassungszeit und Echtheit. Leipzig, 1922.—Schanz, *op. cit.*, pág. 684, etc.

(2) Tác. *Ann.* XIV, 55 y ss.

(3) Binder. Die Abfassungszeit von Senecas Briefen. Diss. Tübingen. Según Münscher, *op. cit.*, págs. 63, 75 y ss.

to de partida de la pregunta formulada por Lucilio: *quid ita si providentia mundus regeretur, multa bonis viris mala acciderent* (Dial. I, 1, 1). El paralelismo es evidente, pero, a mi entender, la confrontación de ambos textos invitan a formular la hipótesis contraria: la carta da por probado que no hay contradicción entre la real existencia de una providencia divina y el hecho que sucede a diario de que a los buenos les ocurren desgracias. Esto se discute por menudo en Dial. I (cf. 2, 1 *quare multa bonis viris adversa eveniunt?)*. En la carta, por el contrario, se van recorriendo, en primer lugar, la desventura y la inquietud que acompañan a todos los otros aparentes bienes; el miedo a perderlos, el destierro, el naufragio, la envidia triunfante o el furor popular, etc: entre ellos no cabe la dicha. En el § 10, como argumento supremo, se añade la frase transcrita que sólo puede apoyarse en la demostración antes hecha por el autor en el diálogo, dedicado al mismo Lucilio, destinatario de la carta *(quia multa incommoda iustis viris accidunt, et quia, quidquid nobis dedit, breve est et exiguum, si compares totius mundi aevo, Ep. Mor.* 74, 10) (1). Por lo tanto hemos de suponer más bien que el diálogo I es anterior a la carta 74 del corpus luciliano. Si esta carta se puede fechar en mayo del 64, tenemos ya un *términus ante quem* preciso, para datar el tratado *De Providentia* (2). En todo caso obtenemos una precisión de cronología relativa.

II

En *De Prov.* 1, al responder Séneca a la pregunta de Lucilio sobre los males que pueden aquejar al *vir bonus*, hace referencia a una obra más extensa, en preparación en esos momentos, en la cual, ordenadamente, ha de quedar resuelto el problema planteado por el discípulo; por lo menos sus bases teóricas: *hoc commodius in contextu operis redderetur, cum*

(1) Cf. Brev. vitae (Dial. X), 1, 1; in exiguum aevi gignimur.
(2) Así la fecha Binder, según Münscher, *loc. cit.*

praeesse universis providentiam probaremus, et interesse nobis deum. No obstante, Séneca no rehuye responder a la pregunta de Lucilio, bien entendido que lo que ahora escriba en este pequeño tratado se comprenderá mejor, como parte integrante de todo un sistema: *sed quoniam a toto particulam revelli placet, et unam contradictionem, manente lite integra, solvere, faciam rem non difficilem, causam deorum agam.*

Desde Gertz (1) se ha pensado que la obra aquí anunciada es la *Moralis Philosophia* de que habla el propio Séneca en tres lugares del epistolario a Lucilio *(106,2; 108,1* y *109,7)* (2). Esta *Philosophia Moralis*, suele decirse, es probablemente la obra citada por Lactancio en tres pasajes que no tienen correspondencia con ninguno de los textos senecanos conservados *(Div. Inst.* 1, 16, 20; 2, 2, 14 y 6, 17, 28) (3). Los dos

---

(1) Studia critica, pág. 58 (cf. Schanz, *loc. cit.*, pág. 381), sobre la historia de esta hipótesis y las objeciones de Hilgenfeld, cf. Münscher y Schanz, *loc. cit.*

(2) Tardius rescribo ad epistulas tuas; non quia districtus occupationibus sum; hanc excusationem cave audias: vaco, et omnes vacant qui volunt. Neminem res sequuntur, ipsi illas amplexantur et argumentum esse felicitatis occupationem putant. Quid ergo fuit quare non protinus rescriberem ei de quo quaerebas? Veniebat in contextum operis mei; scis enim, me *moralem philosophiam* velle complecti. Itaque dubitavi utrum differrem te, an, donec isti suus rei veniret locus, ius tibi extra ordinem dicerem: humanius visum est, tam longe venientem non detinere. Itaque et hoc ex illa rerum cohaerentium excerpam, et si qua erunt huiusmodi, non quaerenti tibi ultro mittam. Quae sint haec, interrogas? quae scire magis iuvat quam prodest; sicut hoc de quo quaeris, an bonum corpus sit. (Ep. Mor., *106, 1-2.)*

Id de quo quaeris ex his est quae scire tantum eo ut scias pertinet. Sed nihilominus quia pertinet et properas, nec vis exspectare libros quos cum maxime ordino, continentes totam *moralis philosophiae* partem, satis expediam *(108, 1).*

Persolvi quod exegeras, quamquam in ordine rerum erat, quas *moralis philosophiae* voluminibus complectimur. Cogita quod soleo frequenter tibi dicere, in istis non nihil aliud quam acumen, exercere. Toties illo revertar: quid ista me res iuvat? fortiorem fecit, iustiorem, temperatiorem...? *(109, 17).*

(3) Ed. apud Haase, vol. 3, pág. 419. Lipsiae, 1853.

primeros se refieren a los dioses y su culto y el tercero a la inmutabilidad del sabio ante la muerte y el dolor físico y moral. En las tres ocasiones dice Lactancio que su cita la toma de la *Philosophia Moralis* o de los *Libri Morales* de Séneca, y cuando en algún otro lugar cita Lactancio a nuestro autor, dice inequívocamente el sitio de donde toma la frase: *in libris quos de ira conscripsit (de ira Dei,* cap. XVII) (1). O sea, que estos fragmentos han de proceder efectivamente de la *Moralis Philosophia* de Séneca que él dice a Lucilio, por tres veces, que estaba preparando, o de alguna miscelánea senecana que circulara por el siglo III con textos que no han llegado a nuestros días (2). Pero una idea más precisa que estas inseguras citas de Lactancio, sobre lo que fué o iba a ser la *Philosophia Moralis* y de su posible relación con el diálogo I, nos la deben dar las referencias auténticas del propio Séneca en las epístolas a Lucilio antes citadas.

En las tres cartas *106, 108* y *109,* dice Séneca a Lucilio que se trata de asuntos que han de ser tratados en los libros de la *moralis philosophia* que tiene en preparación: *scis, me moralem philosophiam velle complecti... itaque dubitavi utrum differrem te... an extra ordinem dicerem (106); libros... continentes totam moralis philosophiae partem (108); in ordine rerum erat* (tu pregunta), *quas moralis philosophiae voluminibus complectimur (109).*

Los asuntos son tres disputas escolásticas, sobre la corporeidad del bien *(106),* el modo de escuchar a los filósofos *(108)* y el provecho que el trato de un sabio puede producir en la vida de otro *(109):* este carácter escolástico lo subraya Séneca destacando la poca importancia que tienen para la vida práctica y el ejercicio de la virtud: *quae scire magis iuvat quam prodest, sicut hoc de quo quaeris, an bonum corpus sit (106); id de quo quaeris, ex his est quae scire tantum eo, ut scias per-*

(1) Varias citas más de los libros de ira en esta obra.

(2) Cuando Tácito redacta el libro XV de los Anales circulaba, in vulgus edita las palabras que dictó Séneca antes de morir (Ann. XV, 63, 3).

tinet (108); e insiste, *cogita quod soleo tibi dicere, in istis non nihil aliud quam acumen exercere (109)* (1).

En cambio lo que ofrece Séneca en *De Prov. 1* es, a mi entender, algo muy distinto y que dentro de su pensamiento tiene una extraordinaria importancia desde un doble punto de vista teórico y práctico: a lo largo de la obra que aquí se anuncia quedará probado que la providencia gobierna el mundo y que la divinidad se halla presente en medio de nosotros; estas conclusiones han de quedar demostradas en el contexto de la obra que se promete a Lucilio, pero ésta propiamente es aún de mayor alcance. Después del pasaje de *De Prov.* antes citado y de indicar que es superfluo, por evidente, demostrar que el orden general del universo implica la existencia de un divino vigilante—*aliquo custode*—y procede, todo él, según el mandato de la ley eterna, viene una enumeración de problemas físicos que no puede ser otra cosa que un breve guión de los asuntos que se han de tratar *in contextu operis:* la enumeración se cierra con estas palabras, *suo ista tempori reserventur,* o sea, que el análisis detallado de estos problemas físicos queda reservado para el momento en que se redacte la gran obra prometida.

Los problemas de la naturaleza cuyo estudio se promete en *De Prov. 1,* corresponden en su mayor parte a los contenidos en *Nat. Quaest.,* tal como nos son conocidas hoy: su enunciación parece uno de esos anuncios de futuros trabajos que tan aficionado es nuestro autor (2): *ne illa quidem quae videntur confusa et incerta, pluvias dico nubesque (Nat. Quaest.* IV *b) et elisorum fulminorum iactus* (ib. III) *et incendia ruptis montium verticibus* (no tratado ap. *Nat. Quaest.), tremores labantis soli (Nat. Quaest.* VI) *aliaque quae tumultuosa pars re-*

(1) La repetición del mismo concepto, subrayada tan expresivamente, *quod soleo tibi dicere,* por el autor es un fuerte argumento a favor de que estas tres cartas han sido escritas con muy poco intervalo de tiempo entre unas y otras, con lo cual se refuerza la hipótesis de una ordenación cronológica de todo el Corpus. Cf. Schanz, vol. citado, pág. 704.

(2) Cf. Nat. Quaest. 2, 28, 3; 2, 46, etc.

rum circa terras movet, sine ratione quamvis subita sint (ib.) *accidere, sed suas et illa causas habent non minus quam quae alienis locis conspecta miraculo sunt, ut in mediis fluctibus calentes aquae et nova insularum in vasto exsilientium mari spatia.* Por fin las mareas (Dial. I, 1, 4). En una palabra: una serie de fenómenos estudiados con detalle en las *Nat. Quaest.*; otros —los volcanes y las mareas—(mencionadas también en diálogo XII, 20, 1-2), que no están tratados en la obra; tal vez debían serlo en libros perdidos o que no llegaron a escribirse; otros, en fin, como las corrientes cálidas de agua en medio de mar y las islas de origen volcánico, cuya anormalidad—*alienis locis conspecta*—forzosamente los deja al margen de un estudio sistemático.

Sólo faltan dos monografías, comprendidas dentro de las *Nat. Quaest.*, de las que acertadamente ha dicho Oltramare (1) que constituían en aquel tiempo un tema corriente de las discusiones de los sabios: los cometas y el Nilo.

El enunciado de Dial. I guarda un cierto paralelismo con el de Dial. XII, 20: la diferencia fundamental está en el tono con que en la Consolación a Helvia se habla de una ocupación que llena los días del desterrado de Córcega y en el tratado *de providentia* de la promesa formal a Lucilio, futuro destinatario de las *Nat. Quaest.*, de una obra ya en preparación. Las frases *in contextu operis* y *suo ista tempori reserventur* se refieren sin duda a una misma cosa y están escritas con el mayor tono de seriedad utilizado por nuestro autor en promesas semejantes.

III

¿Pero tal vez el estudio de la providencia de Dios no es más propio, según la hipótesis tradicional de una *moralis philosophia* que de una *philosophia naturalis?* La respuesta nos la da el mismo Séneca en *Nat. Quaest.* I, 1 y ss.: *quantum inter philosophiam interest... et ceteras artes, tantum interesse existi-*

(1) *Op. cit.*, I, pág. 11.

mo in ipsa philosophia inter illam partem quae ad homines et h a n c quae ad deos pertinet. Altior est h a e c et animosior... Denique inter duas interest quantum inter deum et hominem. Altera docet quid in terris agendum sit, a l t e r a quid agatur in caelis... equidem tunc rerum naturae gratias ago cum illam (naturam) *non ab hac parte video qua publica est, sed cum secretiora eius intravi, cum disco, quae universi materia sit, quis auctor aut c u s t o s* (1), *quid sit deus, totus in se tendat an et ad n o s a l i q u a n d o r e s p i c i a t.*

Dios, su naturaleza, sus características se alcanzan, no por medio del estudio de la *moralis philosophia (quid agendum sit in terris)*, sino por medio de la *naturalis philosophia (quid agatur in caelis)*, trascendiendo *(cum secretiora eius intravi)* a una especie de metafísica de la naturaleza. Con esta interpretación, el *opus* anunciado en *De Providentia* sólo pueden ser los libros de *Naturales Quaestiones;* es más, las primeras frases del Dial. I, a lo que de ningún modo pueden referirse es a una *moralis philosophia.*

Así podemos concluir que el tratado *De Providentia* es anterior a las *Naturales Quaestiones*, por lo menos a la redacción definitiva de esta obra y desde luego al praef. del libro I de la numeración tradicional, al que ya sabemos que corresponde el núm. V en la ordenación original del autor. Este tratado *De Providentia* es también anterior a la carta 74 del corpus luciliano y probablemente a otras muchas más antiguas, acéptese totalmente o con reservas la ordenación cronológica de las epístolas en el corpus.

En otros términos, esta obrita, fruto de unos meses o unas semanas de trabajo es la primera de las obras que compuso Séneca en los días de su fecundo retiro de la política activa, que siguieron a la escena que minuciosamente pinta Tácito en Ann. XIV, 53-55. El mal que inquietaba a Lucilio era sin duda el que hemos supuesto: la caída en desgracia del maestro. Al discípulo, aun no sólidamente formado en los principios del estoicismo le faltaba la firmeza de ánimo y la sere-

(1) Non sine aliquo custode. Dial. I, 1, 2.

nidad necesarias para ver abatirse sin impaciencia el mal, sobre quien encarnaba a sus ojos el ideal de la virtud.

Al *De Providentia* siguieron las *Naturales Quaestiones* y las *Epistulae Morales*, y aun algunas otras cosas, no llegadas hasta nosotros que se cierran con el discurso pronunciado por Séneca en el momento de su muerte, publicado más tarde según el testimonio de Tácito (Ann. XV, 63, 3).

Antonio Fontán.

Universidad de Granada.

ANOTACIONES CRITICAS AL TEXTO DEL *MARTINI BRACARENSIS TRACTATUS DE IRA*

Claude W. Barlow, conocido ya por otros trabajos sobre este mismo autor y su relación con el texto senecano ha publicado la primera edición completa de las obras de San Martín de Braga (1). Del conjunto de este importante trabajo nos ocupamos en la sección bibliográfica de EMERITA. El *Tractatus de ira* se publica en las págs. 149-158, precedido de un interesante estudio (págs. 144-148).

El editor ha colacionado con esmero, en fotocopias, el mejor y más antiguo de los manuscritos del tratado de ira de San Martín: M III 3 del Real Monasterio del Escorial. Barlow ha manejado además el texto de las ediciones anteriores, que fundamentalmente es el de Tamayo de Salazar *(Anamnesis sive comm. omnium sanctorum Hisp.*—Lugduni, 1652. II, págs. 317-324), con las variantes que en el texto o en las notas ofrece Flórez (Esp. Sagr. XV, págs. 407-414). El método seguido por el editor, en principio, es excelente: parte de la hipótesis de que el texto de Tamayo procede de una fuente independiente de M-III-3 (E): de este modo resulta que hay dos fuentes para el conjunto de la obra, E y Tamayo, y la otra fuente accesoria que constituye el texto senecano, cuyas correspondencias con el de San Martín están perfectamente

(1) Martini episcopi Bracarensis opera omnia edidit Claude W. Barlow. Published for The American Academy in Rome. Yale University Press, 1950.

fijadas desde Bickel (Rh. M. 60, 1905, págs. 505 y sgg.); el texto de Séneca sólo entra en consideración para modificar el de Martín, según el criterio de Barlow cuando hay discrepancia entre las lecciones E y Tamayo.

Yo había leído con atención el códice escurialense antes de aparecer la edición Barlow: fruto de mis lecciones tomadas de E, y de la directa aplicación a la corrección del texto de Martín de ciertos pasajes de la obra de Séneca que tal vez Barlow no haya valorado en su debida importancia, son las siguientes anotaciones al *De ira* de Martín que propongo, y que creo que mejoran el *textus receptus* en los pasajes que se discuten.

1, 1 *mutuae conlationis:* el testimonio de E. y los códices de Flórez está reforzado por alguna referencia del Thes. L. L.; cf. *collatione mutua,* Rufino hist. mon. 1, pág. 404 *b* (s. v. *collatio).*

2, 3 *flagrant ac micant oculi,* leo en E, conforme al texto de Sen. 1, 1, 3 *(a,* edd.). Los otros códices de Séneca (excepto *a)* dicen *emicant* como recoge Bourgery en su edición. El testimonio de E (s. x) confirma además la lección de *a* (s. xiv) que habían aceptado los editores hasta Bourgery; pone de relieve el valor del texto de la mano *a* que rellenó la laguna inicial del Ambrosianus (C. 90, siglo x-xi), nuestro mejor códice de los diálogos de Séneca.

2, 7 *inquietae manus saepiusque compulsi coactus digitorum, dentes strident.* Barlow: *inquietae manus saepiusque compulsi quo hec tus* (sic) *digitorum scisos itaque dentium sonos.* E: *coitus* edd., *dentes strident,* edd.

Sén., en la descripción de las manifestaciones externas de la ira, dice, entre otras cosas, *articulorum se ipsos torquentium sonus.* Propongo que se lea en Martín: *inquietae manus saepiusque compulsae articulorum se ipsos torquentium sonus.* (Cf. Sén., 1, 1, 4). Se explican fácilmente, siendo sobre todo un mss. visigótico el modelo de E sus erróneas lecturas *scisos itaque dentium sonos,* y se elimina *dentes strident,* que no se

halla en Sén. ni en E, como tampoco, probablemente, en los códices de Flórez.

4, 5 *Nam sicut in corporum cura alia de conservanda sanitate, alia de restituenda praecepta sunt, alia de medendis morbo correptis.* Barlow: om. *alia de restituenda* edd.: om. *alia de medendis morbo correptis* E.

La última frase, *alia de medendis... correptis*, es indudablemente una glosa que debía explicar *alia de restituenda;* más tarde se incorpora al texto, sustituyendo a las palabras explicadas. Debe eliminarse del texto de Martín. No tiene precedente en Sén. (2, 18, 1) *ut in corporum cura alia de tuenda valetudine, alia de restituenda praecepta sunt.* La construcción tanto en Martín como en su modelo Sén. era bimembre, como confirma la segunda parte de la frase, que en uno y otro dice así: Sén. *ita aliter iram debemus repellere, aliter compescere.* Martín, *ita aliud est iram cohibere ne insurgat, aliud compescere iam erectam.*

5, 3 *nec apertis quidem manifestisque coniectationibus statim est accedendum.* Barlow: *coniectationibus* om. E, Sén. 2, 22, 1. Indudablemente la palabra omitida por E, que no se halla en Sén., tampoco es ajena al texto de Martín. Se introduce en él probablemente como una aclaración. El Thes L. L. cita el pasaje de Martín (s. v. *coniectatio).* La voz no es muy usual, aunque se halla desde Plinio, N. H. (Cf. Thes. L. L., *loc. cit.);* el testimonio del *Thes.* no contradice mi hipótesis de que sea una glosa introducida en los manuscritos de Tamayo.

5, 17-19 *dum enim prepetrantur* (sic!), *ad hoc perducuntur, ut videantur iniuriae. Sed in ea perpetratione alia defendenda sunt, alia donanda, alia deridenda...* Barlow: *inptrantur* corr. en *inpetrantur*, E.

Tanto en Sén. (3, 11, 1) como en Martín, el texto se refiere a los *malignos sermones* de los hombres que inquietan a quien de ellos se preocupa. Sén. *(loc. cit.)* dice: *quaedam in-*

terpretatio eo perducit ut videantur iniuriae: itaque alia differenda sunt, alia deridenda, alia donanda. inptrantur o *inpetrantur* de E, puede muy bien representar un *interpretantur* mal leído. De acuerdo con ésto y el citado texto de Sén. propongo: *dum enim interpretantur, ad hoc perducuntur, ut videantur iniuriae. Sed in interpretatione alia defendenda,* etc.

5, 21 *multas iniurias transit prudens et plerasque non accipit quia aut eas nescit, aut, si scierit, in ludum iocumque convertit.* Barlow: om. *prudens* E:

Cf. Sén. (3, 11, 1) *multae nos iniuriae transeant ex quibus plerasque non accipit qui nescit...*

Se puede eliminar *prudens* en el texto de Martín (según E) leyendo con Sén. *qui* por *quia: qui aut eas nescit, aut,* etc.

7, 1 *quin illud valde in haec illiberale et foedum, cum minimis sordidisque animus exacerbatur in rebus.* Barlow, edd.: *quin illud valde in hec illum et foedum,* etc. E. Podríamos leer *valde imbecillum et foedum.* Esta lectura la doy sólo como posible, porque no tiene el firme apoyo de las otras en el texto de Sén.

7, 6 *cum hoc non in tuam contumeliam fecit, nec sic ut te offenderet fecit, innocentibus parce:* Barlow, edd.: las dos últimas palabras faltan en E y en Sén. (2, 26, 3). Deben eliminarse.

7, 16 *non oportet peccantem peccato corrigere.* Barlow: léase *peccata corrigere,* según E y Sén. (1, 16, 1).

9, 16 *puta velle te, nam non erit.* Barlow. Yo leo *tamen non erit* en E, la frase se halla exactamente igual que en E en Sén. (3, 26, 2).

10, 7 *rigentem magis vim incitat commovenda.* Barlow, E, edd.. ¿podríamos leer *commovendo?* Cf. Sén.: *movendo* (3, 39, 2):

ANTONIO FONTÁN.

Universidad de Granada.

NOTAS DE CRITICA TEXTUAL NEOTESTAMENTARIA

Entre las muchas variantes insignificantes y triviales aparecen frecuentemente en el Nuevo Testamento algunas interesantes y dramáticas. Una de éstas se halla en el discurso de San Esteban a los sanhedritas (Act. 7, 46). Donde el *Textus receptus* y la Vulgata latina, conforme a la casi totalidad de los códices y versiones y a la mayoría de los críticos, leen *tabernaculum* DEO *Iacob*, unos pocos códices (B S* D 429 H), y con ellos Tischendorf y Weiss leen σκήνωμα τῷ οἴκῳ Ἰακώβ. ¿Cuál de las dos variantes será la auténtica?

Sin duda, si atendiéramos al número de los testigos y a la autoridad de los críticos, la solución no sería dudosa. Además, la variante Θεῷ, reproducción exacta del Salmo 131, 5, de donde está tomada, se recomienda por su sencillez y claridad. Así que no es extraño que la adopten la generalidad de los intérpretes.

Mas también a favor de la variante rival οἴκῳ militan otras razones dignas de tomarse en consideración. Οἴκῳ es una lección difícil, y sabido es que las variantes difíciles, como no sean absurdas, son generalmente preferibles. Además, al discrepar del Salmo resulta ser una lección no harmonizante, y tales lecciones no harmonizantes suelen ser las preferidas por los críticos. Sobre todo las variantes fontales o primordiales, es decir, las que explican el origen de las rivales (y no viceversa) suelen considerarse como originales. Ahora bien, si en el arquetipo se leyera Θεῷ, a nadie se le ocurriría trocarlo por οἴκῳ; inversamente, si había οἴκῳ, el cambio en

Θεῶ se explica perfectamente por dos razones: por ser la lección del Salmo, que todos conocían, y por ser incomparablemente más fácil e inteligible.

¿Qué valor tienen estas razones opuestas?

Las que militan a favor de Θεῷ distan mucho de ser decisivas. En cuanto al número de los códices, hoy ningún crítico le da el valor que se le daba hace un siglo. El que sea exacta reproducción del Salmo más bien la hace sospechosa de harmonización. Y el que sea tan fácil y llana podría colocarla en la categoría de las variantes facilitonas.

En cambio, las razones que favorecen a οἴκῳ, sobre todo tomadas conjuntamente, suelen hoy considerarse, si no siempre decisivas, por lo menos muy poderosas. Una sola razón podría motivar su repudio: el que su dificultad sea tan grande que resulte ser una lección inexplicable o sin sentido, por no decir absurda. Y éste es, en realidad, el punto de la cuestión. Jacquier, por ejemplo, la rechaza por no descubrir en ella sentido alguno aceptable. ¿Es así en realidad?

Es necesario remontarse a los principios si no queremos exponernos a lamentables equivocaciones o reprobables subjetivismos.

Dos principios prevalecen hoy entre los mejores críticos. Por un lado, hay que atender a la historia de la transmisión de los textos. Por otro, la última palabra la tiene la crítica racional. Más llanamente. Por una parte, toda variante, para poder ser considerada como genuina, debe tener suficiente base documental. Las conjeturas indocumentadas están cada vez más desacreditadas. Por otra, lo que realmente decide en la admisión de las variantes es la aplicación imparcial y objetiva de las normas racionales de la crítica textual. Según esto, ¿la variante οἴκῳ tiene sólida base documental? ¿Es más conforme con las normas, por todos reconocidas, de la crítica textual?

De la suficiente base documental no puede dudarse. Cinco son solamente los códices griegos que leen οἴκῳ; pero sobre ser de primera calidad, pertenecen a cuatro tipos distintos de texto. B y S*, si no son absolutamente los mejores, como

supusieron Westcott-Hort, Tischendorf y Weiss, lo son, sin duda, dentro del excelente grupo alejandrino. Y en este caso, por andar aislados, representan no el texto de la recensión alejandrina, sino más bien su base; es decir, un texto prerrecensional y antiquísimo, que representa, por lo menos, un texto del siglo II. D, a su vez, representa el texto llamado *occidental*, radicalmente distinto del alejandrino y que muchos consideran como el más primitivo y parece arrecensional. H (que von Soden designa K^6) pertenece al grupo antioqueno, el gran rival del alejandrino. El intermedio 429 pertenece a un grupo excelente y muy caracterizado, distinto de los tres anteriores, que von Soden designa I^{b1}. Por tanto, la base documental de οἴκῳ es innegable. Sobre base mucho más reducida apoyan frecuentemente los críticos sus lecciones preferidas.

Pero ¿ofrece οἴκῳ un sentido razonable?

Dos, por lo menos.

Primeramente, la expresión íntegra οἴκῳ Ἰακώβ puede entenderse en el sentido corriente de *pueblo* (o *raza*) *de Israel*. Precisamente poco antes había dicho Esteban: Ἡ σκηνὴ τοῦ μαρτυρίου ἦν τοῖς πατράσιν ἡμῶν ἐν τῇ ἐρήμῳ (7, 44): *El tabernáculo del testimonio teníanlo* (a la letra, *era, estaba, se hallaba para*) *nuestros padres en el desierto*. En vez del tabernáculo que los *padres* o antepasados israelitas habían tenido en el desierto, deseó David construir una morada *para la casa de Jacob*, para los israelitas contemporáneos. El sentido es uno mismo en ambos pasajes. Knabenbauer, en su *Comentario a los Hechos de los Apóstoles*, reconoció lo razonable de este sentido, y conforme a él habría adoptado la variante οἴκῳ, si su crítica textual hubiera estado a la altura de su pericia exegética.

Pero οἴκῳ Ἰακώβ puede tener también otro sentido, tal vez más satisfactorio. Οἶκος Ἰακώβ en vez de ser una frase conjunta o unitaria que signifique globalmente el *pueblo de Israel* puede descomponerse en dos expresiones de sentido diferente.

Οἶκος puede significar *santuario* o *templo*. Las expresiones οἶκος Θεοῦ y οἶκος Κυρίου son frecuentísimas en toda la

Escritura. Pero también con frecuencia, suprimidos los genitivos Θεοῦ o Κυρίου, οἶκος significa *santuario*. Dejando otros muchos lugares (1 Par. 4, 22; 6, 9; 6, 18; 6, 20; 23, 14; 35, 3; 35, 5; 35, 19; 2 Esdr. 5, 11-12; Is. 6, 4; Jer. 7, 14; 7, 30; 1 Mac. 4, 46; 4, 48...), sólo aduciremos un ejemplo, tan claro como interesante. Refiriéndose a la muerte del sacerdote Zacarías, donde San Mateo (23, 35), dice ναοῦ (Vulg. *templum*), San Lucas (11, 51) dice οἴκου (Vulg. *aedem*). Οἶκος, por tanto, equivale a ναός o santuario.

Supuesta ya esta significación de οἶκος, el sentido del genitivo Ἰακώβ resulta claro: se trata del *santuario de Israel*. No es ficticio ni nuevo semejante sentido del genitivo, ya se dé a Ἰακώβ significación etnológica, ya geográfica. ¿Quién no ha oído hablar del *Partenón de Atenas*, de *San Luis de los franceses*, de *Santiago de los españoles*, de *la capilla de los congregantes?* En los mismos *Hechos*, poco antes del pasaje que estudiamos, se halla una expresión semejante: *la sinagoga llamada de los Libertos, de los Cirinenses y de los Alejandrinos*... (Act. 6, 9). Más que parecida, es idéntica a la que estudiamos otra expresión que se lee en el Evangelio, y precisamente con la palabra οἶκος. Dijo el divino Maestro a los judíos, inmediatamente después de emplear la palabra οἶκος en sentido de ναός: ἀφίεται ὑμῖν ὁ οἶκος ὑμῶν [ἔρημος] (Mt. 23, 38 = Lc. 13, 35). El *templo* de Jerusalén es aquí denominado οἶκος ὑμῶν, *casa vuestra* (1), que es decir casa de los judíos, *casa de Jacob*. Según esto, el sentido de la frase entera será: *hallar una morada para* (que sea) *casa* (de adora-

(1) A la luz de estas observaciones podrá apreciarse la tremenda significación de estas palabras del divino Maestro a los judíos incrédulos. El templo podía denominarse igualmente *casa de Dios* y *casa de Israel*. Dice, pues, Jesús: «Este templo, que hasta ahora ha sido a la vez *casa vuestra* y *casa de Dios*, en adelante sólo será ya *casa vuestra*, y no *casa de Dios*, que la habrá abandonado, *dejando esta casa vuestra para vosotros*. Por más concurrida que sea por vosotros, por parte de Dios quedará *desierta*». La *gloria de Dios* que envolvía el templo de Jerusalén (3 Re. 8, 10-11; 2 Par. 7, 1-2) habrá desaparecido; la *Shekina* o σκήνωμα será una palabra vacía.

ción para el pueblo) *de Jacob* (o Israel). Ni ofrece especial dificultad la yuxtaposición de los dos términos semejantes σκήνωμα y οἶκος. Más duro o extraño podría parecer el acoplamiento τόπον σκηνώματος (Salm. 25, 8), y más todavía σκήνωμα οἴκου, que se lee precisamente en el mismo Salmo (131, 3).

Es, además, muy posible y verosímil que la sustitución de Θεῷ, que se lee en el Salmo, por οἴκῳ sea intencionada en la cita hecha por Esteban. Es, por lo menos, muy coherente con el contexto. Recuérdese que la acusación formulada por los judíos contra el diácono era: *Este hombre no cesa de proferir palabras contra este santo lugar* (el templo) *y contra la ley* (Act. 6, 13). Dado este carácter *local* de la acusación, era muy natural que, al defenderse, en vez del término personal Θεῷ emplease el local οἴκῳ.

Ponderadas todas estas razones, no podrá negarse que la variante οἴκῳ ofrezca un sentido razonable. Como, por otra parte, está sólidamente documentada, y es lección difícil, no harmonizante, original, parece consiguientemente preferible a la rival Θεῷ.

José M.ª Bover, S. I.

PROBLEMAS DE MORFOLOGIA VERBAL RELACIONADOS CON LA REPRESENTACION EN GRIEGO DE LAS RAICES DISILABICAS SET

I.—Presupuestos fonéticos (§§ 1-4).—II. El vocalismo radical de aor. ἐστόρεσα, ἐκόρεσα y fut. στορέω, κορέω (§§ 5-16).—III. El vocalismo radical del tipo aor. ἔθορον y fut. θορέομαι (§§ 17-20).—IV. El problema del fut. homérico ὀμοῦμαι, ὀμεῖται (§§ 21-22).

I

§ 1. El problema de la representación en griego de las raíces disilábicas *set*—una de las más intrincadas de la fonética griega—se encuentra complicado principalmente por el hecho de que no puede ser separado de la cuestión del tratamiento de las sonantes silábicas largas del grado cero de estas raíces y porque esta cuestión ha sido enturbiada en exceso por quienes se han acercado a los hechos con un esquema demasiado simplista, construído *a priori*, al que han intentado adaptar esos hechos sin dejarlos hablar por sí mismos.

Por ejemplo, en el caso de ide. $*\bar{r}$ y $*\bar{l}$ (que son los fonemas que nos interesan para los puntos que estudiamos a continuación), exceptuando el tratamiento ascendente ορ y ολ, ρω y λω serían los únicos fonéticos según la teoría de F. de Saussure, *Mémoires sur le système primitif des voyelles en i. e.*, p. 262 (seguida y desarrollada por Brugmann, *Grundriss*$_2$ I 1 p. 417 ss. y 477 ss., y Specht, *KZ* 59, p. 20 ss.), mientras que

Hirt (vid., por ejemplo, *Indog. Gr.* II, p. 133) y Walde, «*O*-farbige Reduktionsvokale im Idg.» en *Stand und Aufgaben der Sprachwissenschaft*, p. 152 ss., han sostenido que ρᾰ y λᾰ son el verdadero tratamiento de ide. *$\dot{r}$ y *$\dot{l}$. La realidad es que una y otra teoría dejan sin explicación numerosos hechos y que, por ello, sus defensores se han visto obligados a hacer uso de interpretaciones artificiosas—principalmente de la analogía—, de modo que no es de extrañar el escepticismo que muestra sobre este punto M. Lejeune en su buen *Traité de Phonétique grecque*, p. 169.

§ 2. Si no me equivoco, el problema encuentra una razonable solución al considerarlo desde el punto de vista de la génesis de las sonantes silábicas largas en indoeuropeo (1). Si *$\bar{r}$ proviene de *$r\partial$ en el grado cero de una raíz *set* y si este ∂ es susceptible de tener tres timbres distintos (2), que sólo el griego entre todas las lenguas indoeuropeas ha conservado, parece evidente que los tres vocalismos que se encuentran en griego ρᾰ, ρη, ρω son originarios y corresponden a los grados plenos ερα, ερε, ερο (y a ρᾱ, ρη, ρω, grados plenos de la segunda sílaba, que en griego coinciden con los tratamientos de las sonantes silábicas largas correspondientes). Una confirmación preciosa de esta hipótesis nos es suministrada por el hecho de que, lo mismo que para ide. ∂, las otras lenguas indoeuropeas no presentan más que un solo timbre en el tratamiento de estas sonantes silábicas largas. La oposición *$\bar{\imath}r/\bar{u}r$* en antiguo indio no reproduce un estado

(1) Y teniendo también en cuenta la coexistencia de raíces *anit* y la alternancia de timbre (por ejemplo, en γνωτός 'hermano', 'pariente cercano'), lo que no afecta a los problemas especiales que estudiamos en este artículo.

(2) Esta teoría de los tres timbres procede de Fick *BB* 9, p. 313 s., siendo la única que explica satisfactoriamente el material griego. Es la seguida por Schwyzer, *Gr. Gr.* I, p. 340 s., con bibliografía y discusión, y Lejeune, *Traité de Phon. gr.*, p. 163 ss. Los tres timbres son admitidos en la vocal reducida de la segunda sílaba de las raíces *set* por Specht, *KZ* 59, p. 88 s., que, por cierto, en la p. 83 no admite más que $\partial > \alpha$ para todos los demás casos.

de cosas indoeuropeo, sino que está condicionada por la naturaleza de los sonidos vecinos: por ejemplo, *tīrnás/tūrtás* (1).

Es verdad que Schwyzer, *Gr. Gr.* I p. 361 ss., ha apuntado ya esta solución (y en él se puede encontrar abundante material para esta teoría), si bien con la indecisión a veces propia de su manual.

§ 3. Pero Schwyzer quiere, además, establecer un cuarto tratamiento, común e indiferenciado, ρω, λω, que respondería al cuarto tratamiento ᾰ, que igualmente observa para *ə* en las p. 340 s.

No es mi intención examinar aquí minuciosamente esta segunda parte de la teoría de Schwyzer, que prudentemente tengo en cuenta por no tener inconveniente en ello en los problemas morfológicos que trato (§§ 10 y 19). Pero, a pesar de ello, conviene dejar sentado que, cualquiera que sea el origen de este cuarto tratamiento indiferenciado de *ə*, no está atestiguado de un modo seguro en el elemento final de las raíces *set* (ἀρα- en cret. ἀρατρον, heracl. ἀρασοντι, con -ᾰ- según Schwyzer, *Glotta* 12, p. 1, al lado de las formas ordinarias atestiguadas en otras partes ἄρο-τρον, ἀρο-τήρ, ἄροτος, ἀρόσαι, es seguramente el producto de una asimilación; Hesiquio ὄναται (2) frente a hom. ὄνοσαι, ὀνοστά, ὀνοτάζειν no es base para pensar en ese cuarto tratamiento ni tampoco en una asimilación ὀνα- > ὀνο-, pues, como razonablemente observa Specht, *KZ* 59, p. 85, tales presentes en -ο son tan raros que fácilmente se daría el fenómeno contrario, esto es, el paso a ὀνα- siguiendo el modelo de ὀνίναται; cf. § 13, nota).

§ 4. Sentados estos presupuestos, que exigen un examen atento de muchos puntos de detalle, en el presente trabajo

---

(1) Por su parte, M. Grammont, *Phonét. du grec ancien*, p. 319, admite también estos tres tratamientos descendentes ρᾱ ρη ρω. Pero el material aducido es de valor muy desigual y, además, no piensa en interpretar este triple vocalismo por la innegable relación entre *ə* y las sonantes silábicas largas de las que forma parte.

(2) Hom. ὄνατο (P 25) puede interpretarse como un imperfecto o un aoristo radical atemático, pero también como un aoristo sigmático antiguo: vid. Chantraine, *Gr. hom.*, p. 382.

vamos a discutir, intentando una solución razonablemente segura, algunos problemas de morfología verbal relacionados con la cuestión, que acabamos de replantear, de la representación en griego de las raíces *set*.

II

§ 5. El problema del origen del vocalismo de los aoristos ἐστόρεσα y ἐκόρεσα, atestiguados ya en Homero (y de los futuros -στορῶ y κορέω, para los cuales vid. § 12), se nos plantea desde el momento en que se observa que el vocalismo originario de la primera sílaba no ha podido ser sino *e* (1).

Para ἐστόρεσα en particular (ai. *ástarisam* es inutilizable para el problema que tratamos), Specht *KZ* 59, p. 110 ss. (se-

---

(1) Cf. ἐλάσαι, ἐράσαι, γελάσαι, κρεμάσαι, σκεδάσαι, τελάσσαι Hesiquio, ἐμέσαι. Los otros ejemplos con vocalismo radical distinto de -ε- no son difíciles de explicar. En las formas con ἀ- o con ὀ- en inicial debe tratarse de una antigua laringal (cf. Benveniste, *Origines*, p. 148 s. con bibliografía, y Lejeune, *Phonétique* p. 174 s.; para ὀμόσαι y ὀλέσαι vid. tb. EMERITA 17, p. 108 y Cuny, *Le Museon* 51, 1938 p. 165 s., que identifica gr. ὀλ- e hit. *ḫul-* (**ḫol-*) 'perder', con $ə_3$ inicial). En δάμασαι se tiene una asimilación de *δεμάσαι (Specht, *KZ* 59, p. 105; Schwyzer, *Gr. Gr.* I, p. 752, 6; cf. τελάσσαι: ταλάσαι) y quizá también en χαλάσαι, a no ser que haya una influencia analógica del presente, como es el caso de καλέσαι. Por su parte, el vocalismo de λοέσαι es chocante; pero hit. *la-a-ḫu-i-* [*laḫwi*] 'él vierte' supone ide, **ləu̯-*, cuyo *ə* era, sin duda, $ə_3 >$ gr. o; lat. *lauo* tendría, pues, el tratamiento normal *ə* > *a*, pues el latín no distingue los tres timbres del *šva* (para la forma hitita vid. Sturtevant, *A comparative Grammar of the Hittite Language*, p. 142, y especialmente H. Hendriksen, *Untersuchungen über die Bedeutung des Hetthitischen für die Laryngaltheorie*, p. 31). Ahora bien, ninguna de estas explicaciones es válida para στορέσαι ni κορέσαι. Las ideas de Walde sobre un hipotético grado ide, *o* no alternante para explicar στορέσαι y στόρνυμι (vid. *Stand und Aufgaben der Sprachwissenschaft*, p. 160 s. y p. 165 s. y cf. más adelante § 18; cf. tb. Walde-Pokorny II, p. 638) carecen de fundamento serio. Para στορέσαι y κορέσαι las correspondencias lat. *sterno* y lit. *šérti*, respectivamente, bastan para mostrar que el grado pleno no alternante presentaba en estas raíces el timbre *-e-*.

guido por Schwyzer, *Gr. Gr.* I, p. 361) ha creído poder afirmarlo basándose en el presente latino *sterno*, el cual, como *sperno*, lleva un vocalismo no originario, sino tomado, al parecer, del aoristo. En efecto, Specht supone en latín un antiguo aoristo **stere-uai* o **sterauai*, que fué sustituído por *strāui* por la acción analógica de *strātus*, después de que el presente *sterno* había adaptado su vocalismo al de ese antiguo aoristo, que luego desapareció y de cuyo vocalismo *sterno* es el único testimonio. Como es sabido, a juzgar por ai. *strṇā́ti* y por el vocalismo cero que es de regla en este tipo de presentes indoeuropeos, se esperaría en latín, no *sterno*, sino ***storno* con el tratamiento ordinario ide. * *r* > lat. *or*, lo mismo que en *tollo*, que deriva de **tol-no* y éste de ide. **tlnā́mi*, con el bien conocido paso a la flexión temática: vid. Stolz-Leumann, *Lat. Gr.*$_5$, p. 314, Meillet-Vendryès, *Traité*$_2$, p. 279, y cf. para *sperno*, que se encuentra en el mismo caso, aaa. *spurnu* 'pisotear' (citado por Sommer, *Hb. der lat. Laut- und Formenlehre*$_3$, p. 500) con *-ur-* de ide. **r*. Parece, pues, bien establecido que ha tenido que haber una influencia analógica de otra forma verbal, que no puede ser más que el aoristo, bien del subjuntivo **sterāt* (así, Marstrander, *Symbolae Osloenses* 2, p. 25), bien del indicativo (así Specht, *loc. cit.*, que encuentra un paso analógico paralelo en gr. ático τέμνω con relación a hom., jón., dór., τάμνω, sin duda más antiguo, cf. Schwyzer, *Gr. Gr.* I, p. 693, y en el arcadio δέλλω con relación a βάλλω, el cual se atestigua en ἐσδελλοντες *IG* V 2, 6, 49, en Arcadia, y las glosas δέλλει · βάλλει y ζέλλειν · βάλλειν en Hesiquio). En este mismo tipo de presentes indoeuropeos en *-nā́mi*, el griego nos ofrece también πέρνημι con el vocalismo tomado al aoristo ἐπέρασσα, mientras que πορνάμεν · πωλεῖν en Hesiquio, que debe ser una glosa tesalia o beocia a causa de la desinencia -μεν del infinitivo, presenta el vocalismo cero esperado en estos dialectos, en los cuales ide. **r* > ορ.

§ 6. Basándose en el supuesto bien fundamentado de un primitivo vocalismo -ε- en la primera sílaba radical de στορέσαι y κορέσαι, la interpretación del timbre -ο- que ha dado Specht, *art. cit.*, p. 110 ss., y que Schwyzer, *Gr. Gr.* I, p. 361,

parece aceptar (por otra parte ésta parece ser también la opinión de Brugmann, *Grundriss*$_2$ I, p. 478, y de Brugmann-Thumb, *Gr. Gr*$_4$ p. 103), consiste en un amplio juego analógico cuyo punto de partida sería el adjetivo verbal στρωτός (con ide. *$\bar{r}$ > gr. ρω, que para estos autores es el único tratamiento fonético; cf. lat. *strātus*, ai. *stīrnás)* y que habría provocado el paso de *στερέσαι > στορέσαι y sería también la causa del vocalismo -o- de στόρνυμι.

Ahora bien, creo que, después de haber establecido en mi artículo sobre el vocalismo del tipo ὄρνυμι y στόρνυμι, publicado en EMERITA 17, p. 106 ss., que -ορ- en στόρνυμι no es más que el representante de ide. *$\bar{r}$ (puesto que se demuestra que el indoeuropeo ha poseído en un momento dado presentes en *-*néumi* formados sobre el grado cero de raíces *set)*, la mitad del juego analógico supuesto resulta ya insostenible. En este estudio creo lograr demostrar que en los aoristos στορέσαι, κορέσαι (y en los futuros στορῶ, κορέω) las cosas han ocurrido de un modo bastante diferente del que hasta ahora se ha supuesto.

En efecto, es evidente que la influencia analógica de στρωτός sobre el vocalismo del aoristo στορέσαι—que es la que, por el momento, queda todavía en pie—es totalmente inaceptable, pues no se puede admitir que una forma de uso tan poco frecuente como στρωτός haya podido determinar el vocalismo de formas mucho más numerosas, aspecto de este problema descuidado hasta ahora. Por ejemplo, en la *Ilíada* y en la *Odisea* no se atestigua στρώτός, sino únicamente el pluscuamperfecto ἔστρωτο en K 155. A su lado, por el contrario, se encuentran en el texto homérico 21 ejemplos del aoristo στορέσαι infinitivo, participio, indicativo e imperativo (1).

§ 7. Si se quiere llegar a una verdadera solución del pro-

(1) Para κορέσαι se podría objetar también a la teoría de Specht, no sólo que ninguna forma *κρω- (por ejemplo, un adjetivo verbal *κρωτός paralelo a στρωτός) se atestigua en griego, sino también que no hay el menor rastro de ella en ide. (vid. Walde-Pokorny I, p. 408), indicio cuya importancia no se puede despreciar. Pero en buen método no es lícito el *argumentum ex silentio*, pues la ausencia de estas

blema que acabamos de replantear, hay que tener presente que en ἐστόρεσα, στορῶ, ἐκόρεσα, κορέω la cuestión del vocalismo de la primera sílaba radical no puede ser separada del estudio del timbre de la segunda vocal, ya que, dada la contigüidad de las dos sílabas no se pueden excluir de antemano interacciones fonéticas entre ellas y porque en la misma estructura de las raíces disilábicas las vocales de las dos sílabas están estrechamente ligadas entre sí.

Sin embargo, parece que los autores que han intentado interpretar estas formas han descuidado totalmente este dato del problema, cuya importancia es decisiva, como veremos más adelante. Por eso, ni siquiera se ha sospechado que la vocal -ε- de στορέσαι, κορέσαι puede no ser antigua, de modo que, tomando el camino más corto—que no siempre es el más seguro—, no se ha vacilado en considerar antigua esta -ε- y se ha postulado *στερέσαι y *κερέσαι como formas originarias de las que forzosamente habrían de derivarse στορέσαι y κορέσαι.

§ 8. Es claro que si hubiera que admitir un paso *στερεσαι > στορέσαι no podría tratarse más que de una analogía. Pero examinando la forma hipotética *στερεσαι, no se comprende, en la argumentación citada § 5, por qué Specht (quien, por cierto, siguiendo a Schulze, *KZ* 45, p. 23 = *Kleine Schriften* p. 423, admite para el latín, lo mismo que para el griego, los tres timbres *e a o* (!) en el tratamiento de las vocales reducidas de la segunda sílaba de las raíces *set)* supone para el aoristo antiguo de lat. *sterno* las formas **stere-uai* o **stera-uai* y no piensa siquiera en la posibilidad de **stero-uai*, que ciertamente no es lícito excluir de antemano, si se tienen las ideas extrañas de Specht sobre este punto de la fonética del latín. Pero por lo que al griego se refiere, es evidente que el hecho de no haber dudado de la antigüedad de -ε- en στορέσαι κορέσαι y el hábito de recurrir a la analogía para encajar

---

formas en nuestras fuentes puede obedecer a la casualidad o a causas que, en todo caso, no podemos determinar y, por consiguiente, es inútil proseguir en este sentido nuestra argumentación.

hechos rebeldes en su teoría sobre el tratamiento griego de las sonantes silábicas largas han sido la causa, sin duda, de que Specht haya pensado únicamente en *στερεσαι, y *κερεσαι para explicar στορέσαι y κορέσαι, omitiendo *στερασαι, *κερασαι y *στεροσαι, *κεροσαι, que en principio son igualmente posibles en las raíces *set* y que tienen un paralelismo exacto en otros aoristos: ἐλάσαι, κρεμάσαι, ἐράσαι; ἀρόσαι, ὀμόσαι, etc.

§ 9. Se trata, pues, en primer lugar, de determinar si en las raíces *set* correspondientes a στορέσαι y κορέσαι el grado pleno ha presentado la forma *στερε- *κερε- o bien *στερα- *κερα- o bien *στερο- *κερο-.

Ahora bien, puesto que para la raíz de κορέσαι no hay material suficiente para la comparación ni dentro del mismo griego ni en las otras lenguas indoeuropeas, tenemos de momento que limitarnos a examinar los datos referentes a στορέσαι, considerando que los resultados a que lleguemos para este último podrán ser aplicados a κορέσαι, que se encuentra absolutamente en el mismo caso.

§ 10. La forma στρωτός, con vocalismo cero bien seguro para el indoeuropeo (1), exige a su lado un grado pleno *στερο-, o bien *στερα- si admitimos el cuarto tratamiento indiferenciado de Schwyzer (cf. § 3), pero en ningún modo *στερε- (2). El aoristo στορέσαι tiene por consiguiente que

---

(1) El tipo στρῶμα (que se opone al ai. *starīman-*), con vocalismo pleno en la segunda sílaba, está atestiguado en griego en una fecha reciente y (a pesar de ciertos paralelos, como lat. *nōmen*, ai. *nāma* / gr. ὄνομα) debe ser considerado como un tipo rehecho (quizá sobre el perf. med. ἔστρωται), que no es, por consiguiente, el representante directo de un grado ide. **strō-* (cf. Specht *KZ* 63, p. 207 ss.). El lat. *strāmen*, así como perf. *strāuī*, están sin duda rehechos sobre *strātus*.

(2) El perfecto eolio ἐστόροται (= ἔστρωται), que procede de una forma ide. **-str₃-tai* (grado cero de regla para el perf. med.), en la cual el corte silábico, conservando el $ə_3 > o$ en su función vocálica, ha impedido la contracción en **r* y desarrollado una vocal de apoyo ante *r*, puede ser también utilizado para demostrar la autenticidad del grado pleno *στερο-; cf. θάνατος: θνᾱτός, κάματος: κματός en Hirt, *Indog. Gr.* II, p. 136 s. (a no ser que haya que ver una asimilación de *θόνατος, etc., como quiere Specht, *KZ* 59, p. 115 s.).

proceder de *στεροσαι o bien de *στερασαι. Ahora bien; es preciso descartar esta última forma, pues por ningún camino *στερασαι hubiera podido producir στορέσαι y, además, habría dado un futuro **στεράω, el cual, apoyado en los demás futuros y presentes en -άω, hubiera debido conservarse (sobre este punto, vid. § 14). Así pues, es manifiesto que la forma *στερο- de la raíz es la única posible en el origen de ἐστόρεσα y στορέω y paralelamente, *κερο- la única posible también para ἐκόρεσα y κορέω.

§ 11. No hace falta decir que si *στερο-, *κερο- son el punto de partida, la evolución hasta στορε-, κορε- ha tenido lugar por la acción de una metátesis. Pero señalar un fenómeno no es explicarlo. Por ello ahora vamos a tratar de determinar la causa o las causas que han provocado o favorecido esta metátesis.

Por razones prácticas estudiaremos primero el futuro, pues un examen atento de las condiciones especiales en que se encuentra nos permitirá encontrar, si no me equivoco, la interpretación del cambio en cuestión.

§ 12. Los futuros que se encuentran al lado de los aoristos ἐστόρεσ-, ἐκόρεσα presentan, como sucede muy frecuentemente, la misma forma de la raiz. Los poemas homéricos nos atestiguan ya la segunda persona del singular κορέεις (N 831) y la tercera κορέει (Θ 379, P 241) de un futuro sin -σ-, el cual ha sido sustituído en la lengua posterior por un futuro sigmático rehecho por analogía (κορέσω en Heródoto I 2 2,3). En cuanto al verbo στόρνυμι, el futuro «contracto» aparece por prime a vez en Aristófanes, *Equites* 481, παρα-στορῶ, y, después de él, en un fragmento de otro autor cómico, Eubulo, fr. 90, 1 Kock, ὑπο-στορῶ; cf. Magnien, *Le futur grec* I, p. 289 (1). Pero no es lícito negar la antigüedad de este futuro por el hecho de atestiguarse en fecha relativamente reciente, ya que por su sentido no era susceptible

(1) Apenas hace falta decir que la contracción -στορῶ encubre, al lado de ἐστόρεσα, un fut. στορέω, conforme a los pares ὀλέω: ὤλεσα κορέεις: ἐκόρεσα.

de un empleo frecuente (se observará a este respecto que los dos empleos conocidos han tenido lugar en comedias, es decir, en el género literario más próximo a la lengua hablada).

§ 13. Admitiendo *στερό-σω *κερό-σω como puntos de partida, hay que afirmar que en un momento dado de la prehistoria del griego, inmediatamente después del enmudecimiento de la *-s-* intervocálica (o de la aspiración resultante), el cual se ha producido, como es sabido, en una época temprana, estos futuros han presentado la forma *στερο(*h*)ω, *κερο(*h*)ω, semejante a ὀλέ(*h*)ω: ὤλεσα, ἐμέ(*h*)ω: ἧμεσα, ἐλά(*h*)ω, ἤλασα, κρεμά(*h*)ω: ἐκρέμασα.

Afortunadamente para nosotros, *στερο(*h*)ω y *κερο(*h*)ω no se encontraban solos, pues al lado del aoristo ὤμοσα y del perfecto ὀμώμοκα hay que admitir un futuro medio *ὀμόσομαι como la forma más antigua de ὀμοῦμαι (cf. *infra* IV). En cuanto a la otra raíz *set* terminada en -ο-, ἀρο-, un futuro del tipo «contracto» falta en toda la historia del griego, lo que no quiere decir que no haya nunca existido (1). Otros futuros en *-όω son postulados *infra* III.

Para *ὀμο(*h*)ομαι, el único futuro antiguo en -όω conocido hasta hoy, el paso a la flexión en -έω, -έεις (-ῶ, -εῖς) ha sido considerado como el resultado de una analogía. Ja-

(1) En efecto, al lado del aor. ἀρόσαι (desde Hesíodo, *Opera* 485) y del inf. pres. ἀρόμεναι ⏑—⏑⏑ (*ibid.* 22), con un alargamiento rítmico, no hay huellas de un futuro antiguo en -όω, que cabría esperar en esta raíz (cf. lit. inf. *ár-ti*, cuyo acento rudo o «Stosston» es explicado por la desaparición de **ə* después de la *r*; cf. también las formas griegas que comienzan por ἀρο- citadas § 3). Hay ejemplos tardíos de futuros sigmáticos secundarios: ἀρόσει, en Geminus, *Anthol. Pal.* IX, 740, 4, está formado sobre el aoristo y ἀρώσει en Antiphilos *ibid.* VII, 175, 5, está formado sobre el presente según δηλόω: δηλώσω. El fut. ἀρασοντι, en Heraclea (con ᾰ) es también sigmático y presenta un vocalismo -ᾰ- en lugar de -ο-, común al dominio dorio: ἀρατρον Creta, ἐναρατον Tera, Rodas, Πραρατιος Epidauro. En § 3 vimos que era difícil admitir una raíz ὀνο- sobre la base de 2.ª sing. pres. homérico ὄνοσαι. En todo caso, no se conoce el futuro «contracto» correspondiente; en Homero se atestigua ὀνό-σσεται. No hace falta decir que los futuros épicos en -όω con diéctasis (por ejemplo, κρεμόω < κρεμάω) no tienen nada que ver con el problema que estudiamos.

cobsohn, *Philologus* 57, p. 351, derivando hom. ὀμοῦμαι de *ὀμόομαι explicaba hom. ὀμεῖται por la analogía de los futuros en -ιεῖται; pero—observa Wackernagel, *Sprachl. Untersuchungen zu Homer*, p. 4, n. 1—no se ve la semejanza entre estos dos tipos de futuro y, además, habría que demostrar que en Homero ha existido realmente un futuro en -ιῶ, -ιεῖς de los presentes en -ίζω, pues hoy está fuera de duda que en la lengua épica hay que leer aún -ίω, -ίεις (Schwyzer, *Gr. Gr.* I, p. 785, y Chantraine, *Gramm. homérique*, p. 451). Por su parte, Schwyzer, *ibid.* p. 784 n. 3, y Chantraine, *loc. cit.*, piensan para ὀμέομαι en la analogía de los otros futuros en -έω.

§ 14. En realidad, el fenómeno estudiado no se limita a ὀμέομαι y, por ello, la verdadera cuestión es la de saber por qué estos futuros en *-όω han desaparecido pronto del griego, mientras que los en -έω y en -άω, que eran semejantes en todo a aquéllos, han subsistido sin sufrir alteraciones. La interpretación de este fenómeno se desprende de la historia de las otras formas verbales que presentaban este mismo tipo de flexión, es decir, los presentes en -άω, -έω, -όω.

En efecto, en griego desde el período indoeuropeo existían presentes deverbativos con valor intensivo, frecuentativo y causativo en *-ā̂i̯ō̂ y *-ei̯ō̂ (tipos πωτάομαι, ποτάομαι, ποτέομαι, ὀχέω, φοβέω: vid. Schwyzer, *Gr. Gr.* I, p. 717; Chantraine, *Morphol. hist. du grec* p. 281), así como denominativos en *-ā̂i̯ō̂ y *-ei̯ō̂ con flexión temática sin duda antigua (Schwyzer, *Gr. Gr.* I, p. 729), los cuales, después del enmudecimiento de la -i̯- intervocálica (o de la aspiración resultante) habían constituído una flexión del tipo -ά(h)ω, -έ(h)ω, incrementada por algunos presentes radicales procedentes de antiguos atemáticos, tales como ἀᾶται, ἀμάω, ἐράω, ἀλέω, ἐμέω, καλέω (sobre los cuales vid. Schwyzer, *Gr. Gr.* I, p. 682 s.; Chantraine, *Morphol. hist. du grec*, p. 270 s.). Si los futuros en -άω y en -έω pudieron subsistir en griego, ello sucedió, sin duda alguna, gracias al apoyo de estos numerosos presentes en -άω y en -έω (1).

(1) La reconstrucción analógica de ά(σ)σω, -έ(σ)σω no nos concierne aquí.

Por el contrario, una flexión -όω, -όεις no ha existido en griego más que en los presentes denominativos del tipo δηλόω (: δῆλος) (1) y es bien sabido que este tipo es una innovación del griego, desconocida a las otras lenguas indoeuropeas, la cual, además, se produjo con toda seguridad poco antes de nuestros primeros textos. Efectivamente, según las estadísticas hechas por E. Fraenkel, *Griech. Denominativa in ihrer geschichtlichen Entwicklung und Verbreitung* p. 104 ss., en Homero no se encuentran más que cinco verbos en -όω atestiguados sólo en el presente (junto a dieciocho atestiguados sólo en el aoristo activo o medio, cinco en el aoristo pasivo y cinco en el perfecto medio-pasivo), en tanto que se encuen-

(1) Es verdad que se suele citar en las gramáticas y en los léxicos un presente temático ἀρόω (del tipo ἐμέω, ἐράω). Pero la primera forma segura atestiguada de este presente es el inf. ἀροῦν en Teognis 582, que es precisamente una forma nominal, pues la 3.ª pl. hom. ἀρόωσιν (ι 108) corresponde forzosamente a una 1.ª sing. *ἀράω con diéctasis y el inf. ἀρόμεναι ⏑——⏑ Hesíodo, *Opera* 22, debe de pertenecer aún al antiguo atemático * ἄρομι, con alargamiento rítmico para evitar una serie de tres breves en el verso (Schwyzer, *Gr. Gr.* I, p. 683, y Chantraine, *Gr. hom.*, p. 363). Formas personales del presente ἀρόω no se atestiguan hasta bien entrado el siglo v a. C.: ἀροῖ Eurípides, frg. 661, 3 Nauck; ἀροῦμεν idem, frg. 670, 3 Nauck; καταρῶσιν Aristófanes, *Aves* 582, ἀροῦσιν frg. 569 Kock). Todos estos hechos parecen atribuir a una fecha bastante moderna la creación del presente temático ἀρόω, cualquiera que fuera su punto de partida. Si *ἀράω (atestiguado indirectamente por hom. ἀρόωσιν y heracl. ἀράσοντι) ha sido creado para evitar ἀρόω cuando los denominativos en -όω no existían aún, la construcción de ἀρόω ha debido de producirse, para sustituir el antiguo atemático (cf. ἐμέω: ai. *vami-ti*; ἐράω: ἔραμαι), sobre la forma ἀρο- de la raíz que se tenía en ἀρόσαι, según el modelo ἐμέω: ἐμέσαι, ἐράω: ἐράσαι, una vez que se había constituído la clase de los denominativos en -όω. Aunque desde un punto de vista totalmente diferente, tomando *ἀράω como punto de partida (cf. lat. *arāre*, Walde-Pokorny I, p. 78, opinan que ἀρόω ha sustituído a ἀράω al mismo tiempo que muchos verbos factivos en -άω han pasado a ser conjugados en -όω, según la analogía de los nombres en -ος y bajo la influencia de νεόω 'labrar de nuevo la tierra' (?), lo que no ha podido suceder sino en época también muy reciente. Pokorny, *Idg. Etym. Wb.* p. 62, es ecléctico en este punto.

tran sesenta y cuatro verbos en -άω y cuarenta y nueve en -έω atestiguados sólo en el presente (junto a dieciséis en -άω y treinta en -έω atestiguados sólo en el aoristo). Estas cifras muestran del modo más elocuente que estos presentes en -όω han sido creados a partir de formas distintas del presente y que esta creación—dado el escaso desarrollo del tipo en relación con el aoristo y el perfecto, a diferencia de los tipos en -άω y -έω, en los que la proporción es inversa—ha tenido lugar poco tiempo antes de la constitución de nuestros poemas homéricos.

De todos estos hechos se debe sacar esta conclusión: la desaparición de los antiguos futuros en -όω, que hay que admitir para un período bastante antiguo de la prehistoria del griego, se explica por el hecho de que entonces no había en ninguna parte en el verbo una flexión en -όω capaz de apoyar la de los futuros *στερο(*h*)ω, *κερο(*h*ω), *ὁμο(*h*)-ομαι, (cf. también § 19). Estos, a causa de su escaso número, fueron sentidos como algo extraño en el cuerpo de la lengua y por ello fueron eliminados de ella.

§ 15. En todos los futuros en -ό(*h*)ω que presentaban vocalismo radical -ε- (lo que era el caso de todos, excepto *ὁμό(*h*)ομαι), esta eliminación se produjo del modo más natural, mediante una metátesis de las dos vocales radicales *-ε-ο- > -ο-ε- (lo que induce a creer que esto sucedió cuando todavía se mantenía la aspiración *h* resultante del debilitamiento de *-*s*- intervocálica en los futuros y de *-*i̯*- intervocálica en los presentes deverbativos y denominativos antes citados) (1), con lo que estos futuros recibían un tipo de flexión muy extendido. En *στερο(*h*)ω > στορέ(*h*)ω la metátesis fué favorecida por el vocalismo -ο- del presente στόρνυμι (que es antiguo, vid. § 6), resultando un par στόρνυμι: στορέω semejante a ὄλλυμι: ὀλέω. El cambio *κερο(*h*)ω > κορέ(*h*)ω

(1) Esta aspiración intervocálica sólo se atestigua dialectalmente en época histórica, principalmente en la composición: εὐ*h*ορκος. La desaparición de -*h*- intervocálica no debe en esos dialectos ser muy anterior a los primeros textos. Cf. Schwyzer, *Gr. Gr.* I, p. 304.

pudo ser igualmente favorecido por la analogía de un presente *κόρνυμι, que puede suponerse según los pares recién citados y que habría desaparecido (aunque nunca se atestigua) cuando se creó κορέννυμι en fecha histórica; para el vocalismo -ορ- téngase en cuenta que se trata de una raíz *set* y consúltese EMERITA, *art. cit.* Sin embargo, el paso de *ὀμο(*h*)ομαι > ὀμέ(*h*)ομαι no pudo producirse más que sobre el modelo de στορέω y de κορέω (sin duda simultáneamente), pues siendo las dos vocales radicales del mismo timbre, una metátesis estaba excluída de antemano, sin olvidar que la causa fundamental fué la eliminación de la flexión en -όω.

§ 16. No hay duda de que el modelo del futuro, en el que se daban condiciones suficientes para provocar la metátesis, fué la causa de que en el aoristo se produjera la misma metátesis *στεροσαι > στορέσαι, *κεροσαι > κορέσαι, según los numerosos pares de futuro y aoristo ya citados y favorecida por la existencia de los presentes στόρνυμι y *κόρνυμι (? cf. § 15) y de los numerosos aoristos terminados en -έσαι, sobre todo de ὀλέσαι y λοέσαι, con un vocalismo -ο-ε-.

El aoristo ὀμόσαι, que no sufrió alteración, nos suministra una confirmación de nuestra interpretación: presentando el mismo vocalismo en las dos sílabas de la raíz, la metátesis era imposible y, por consiguiente, subsistió apoyándose en ἀρόσαι y en el perfecto ὀμώμοκα. En el futuro, en cambio, la causa fundamental del paso era de naturaleza flexional, por lo tanto, mucho más profunda y efectiva.

III

§ 17. El problema del vocalismo radical se plantea para los futuros θορέομαι (ὑπερθορέονται Θ 179, 2.ª sing. ὑπεκθορεῖ en Esquilo, *Suppl.* 874) y μολοῦμαι (Esquilo, *Prom.* 689; Sófocles, *Oed. C.* 1473; Hipócrates V 698 «semble corrompu», vid. V. Magnien, *Le futur grec* I, p. 261) en los mismos tér-

minos que para -στορέω y κορέω (1). Al igual que en éstos, existen al lado de dichos futuros formas de aoristos—esta vez radicales temáticos—provistos del mismo vocalismo -o-: ἔθορον (ya en Hom.) y ἔμολον (ya en Hom., relegado después a la lengua poética), dándose una vez más en estos dos verbos la conocida identidad de vocalismo radical entre aoristo y futuro: ἔκαμον: καμοῦμαι, ἔβαλον: βαλῶ, etc.

Hasta ahora sólo se han dado para θορέομαι y μολοῦμαι explicaciones implícitas en las muchas interpretaciones propuestas para los aoristos ἔθορον y ἔμολον (a los que se añaden ἔπορον ya hom., ἔτορον Λ 236 y κολεῖν· ἐλθεῖν Hesiquio, dado a conocer por Specht *KZ* 62, p. 225), pensando, sin duda, en que en gran número de casos la analogía ha actuado desde el aoristo sobre el futuro (así ἔβαλον: βαλῶ, etc.). Pero sucede que ninguna interpretación de las hasta ahora dadas para esos aoristos es aceptable y que incluso los mismos autores no parecen estar en este problema muy seguros de sus propias soluciones, hasta el punto de que Chantraine, *Morphol. hist. du grec* p. 191, con su conocida prudencia, se limita a la pura descripción de los hechos.

§ 18. El timbre -o- radical de ἔθορον, ἔμολον resulta problemático por cuanto que en estos aoristos radicales temáticos el grado cero antiguo debía estar representado en griego por -αρ- -αλ- (cf. ἔπταρον, ἔβαλον) o, en todo caso, se podía

---

(1) Los demás futuros con vocalismo -o- conocidos son ὀλέω, ὀμοῦμαι (para cuya ὀ- vid. § 5, nota), ὀρεῖται Υ 140 (para el vocalismo ὀρ- extendido a todo el verbo, vid. EMERITA 17, p. 113 s.) y una forma lésbica κασπολέω Safo, frg. 42 Diehl (= β′, pág. 22, 2 Lobel, que lee κασπελέω) en que σπολέω es una lección segura. Bien se mantenga la ecuación lesb. -σπολέω = at. στελῶ (cf. Hesiquio, σπελλάμεναι· στειλάμεναι, σπόλεισα· σταλεῖσα, εὔσπολον· εὐείμονα, εὐσταλέα, κασπολέω· ὑποστρέφω [ὑποστορέσω corr. Seidler]), bien se piense en una raíz distinta (como W. Schulze, *GGA* 1897, p. 910; Fr. Bechtel, *Griech.. Dial.* I, p. 125 s., y, al parecer, también C. Gallavotti, *La lingua dei poeti eolici* p. 27 s.), lo cierto es que se trata de un vocalismo reducido eolio extendido desde el aoristo ἐσπόλην (σπόλεισα Hesiquio), en el que es de regla (vid. Bechtel *ibid.*, p. 92).

esperar vocalismo pleno -ε-, procedente de antiguos imperfectos (tipo ἐγενόμην ἔτεκον), mas nunca -ορ- -ολ-, que en ningún caso pueden ser considerados como tratamientos normales de un grado reducido indoeuropeo, en contra de A. Walde, «*O*-farbige Reduktionsvokale im Idg.» en *Stand und Aufgaben der Sprachwissenschaft* p. 162 ss., quien construye una complicada teoría tratando de asignar al indoeuropeo fenómenos que son resultado de evoluciones secundarias en las diferentes lenguas (1).

Brugmann, *Grundriss*$_2$ I, p. 478, y Brugmann-Thumb, *Gr. Gr.*$_4$ p. 103,2, acuden a la cómoda explicación de -ο- por la analogía de las formas con -ω- (por ejemplo: θρῴσκω, βλώσκω, μέμβλωκα, πέπρωται), sin descartar la posibilidad de la influencia de θόρνυμαι sobre ἔθορον. Pero a esta interpretación pueden oponerse las objeciones que ya hicimos a propósito de ἐστόρεσα (vid. § 6) y, además, no hay que olvidar que en buen método sólo se ha de recurrir a la analogía en último lugar, sobre todo cuando los dos términos están en condiciones tan distintas como ἔμολον, con -ολ- descendente, y βλώσκω, con -λω- ascendente. Menos probable aún es la otra hipótesis que encontramos en Brugmann-Thumb, *loc. cit.*: «... hat man von themavokallosen Aoristen nach der Art der Bildung ἔφῡν

---

(1) No obstante, E. Fraenkel, *Mélanges Boisacq* I, p. 374, cree para todos estos aoristos en continuación fonética de ide. **əl*, basándose en la ecuación ἔκολε: lit. pret. *kìlo* :: ἔλιπε: lit. pret. *lìko*. Sin embargo, no sólo el inf. lit. *kilti* parece indicar que el vocalismo *-il-* no es exclusivo del perfecto, sino que κολεῖν es sumamente chocante como aoristo de κέλομαι, ya que no hay ninguna forma con -ω- atestiguada a su lado (cf., por el contrario, καλέω, κλητός), a diferencia de lo que ocurre con los demás aoristos citados. Por ello, en § 20 me inclino con Schwyzer a considerar κολεῖν, a pesar de la definición, como un presente deverbativo de κέλομαι. También para Specht, *KZ* 59, p. 111, estos aoristos muestran el grado reducido de regla delante de vocal para las raíces disilábicas. En todo caso, πολύς y πόλις no pueden ser aducidos en favor de esta hipótesis, pues en πολύς, cf. ai. *purú*, ολ es analógico de πολ-λό- (con *l̥* > ολ, Brugmann-Thumb, *Gr. Gr.*$_4$ p. 103, n. 2) y πόλις es problemático en extremo (cf. Schwyzer *Gr. Gr.* I, p. 344).

auszugehen und ορ ολ hätten als Vertreter von *$\bar{r}$ *$\bar{l}$ ursprunglich nur antekonsonantisch gestanden». Si comprendo bien a dichos autores, la hipótesis, insuficientemente formulada, supone *$m\bar{l}$-m, *$m\bar{l}$-s, etc. > *μολν, *μολς, *μολμεν, etc.; es de suponer que para Brugmann-Thumb el paso a la flexión temática se habría producido en la 3.ª plur. *$m\bar{l}$-ont > *μαλον > analógicamente μόλον, de donde habría salido toda la flexión temática completa. La artificiosidad e improbabilidad de tal interpretación son tan evidentes que nos consideramos dispensados de una crítica más detenida (1).

Schwyzer no debió considerar satisfactoria ninguna de las explicaciones propuestas, ya que él mismo propone otras dos en su *Gr. Gr.* (1939). Según la primera (I, p. 362), partiendo de que *ə* desapareció pronto ante vocal (cf. ai. *krī-nā-mi* : 3.ª plur. *krī-n-anti* de ide. *-*nə-onti*, lo mismo que gr. τάμνουσι de *-*nə-onti* respondiendo a 1.ª sing. *ταμνᾱμι, pasada a la flexión temática en τάμνω), ἔθορε, ἔμολε, ἔπορε, ἔτορε, se explicarían por la pérdida de una vocal reducida ante la vocal temática en las formas más antiguas *ἔθαρε, etc. Esta nueva interpretación tiene el grave inconveniente de necesitar de una nueva ley fonética, sin otros puntos de apoyo que esos problemáticos aoristos, según la cual en ide. *$dh_o r ə_3$- (o *$dh_o r\underset{\wedge}{o}$-, siguiendo la notación de Schwyzer) el timbre de la vocal reducida o laringal habría afectado al timbre de la vocal de apoyo desarrollada delante de la sonante. Y, además, habría que demostrar que ἔθορε y γένος están formados sobre una base *set* (*$\hat{g}$*enə-os)* y no sobre una base *ani* (*$\hat{g}$*en-os)*, que coexiste con aquélla y que es la más probable. Por lo menos θόρνυμι: θάρνυμι prueba la coexistencia de *dherə- y *dher- (vid. mi *art. cit.)*, y por esa misma ley fonética, junto a βλητός, ἐβλήθην, etc., habría que esperar **ἔβελον en lugar de ἔβαλον, forma que, por lo demás, den-

(1) Sobre todo hay que hacer constar que *$m\bar{l}$-t había de dar ἔβλω, forma que, por cierto, se atestigua en ἔβλω· ὤχετο Hesiquio y que los mismos Brugmann-Thumb, *Gr. Gr.*$_4$, p. 327, consideran forma reciente.

tro de la misma teoría de Schwyzer, probaría que en ἔθορε, etc., la raíz puede haber presentado la forma sin *-ə*.

Esta explicación no dejó satisfecho a su mismo autor y prueba de ello es que más adelante *(Gr. Gr.* I, p. 747, n. 1), renunciando a ella, aventura otra hipótesis, según la cual ἔθορον, ἔτορον, ἔμολον, ἔπορον pueden ser formaciones analógicas de los deverbativos con -ο-, como τορέω, es decir, según pares τορέω: ἔτορον: κτυπέω: ἔκτυπον. Esta nueva explicación de Schwyzer no parece mucho más verosimil que las anteriores y, en último término, es únicamente admisible para τορέω (en ἀντιτορεῦντα *hym. hom. ad Herm.* 119): ἔτορον (cf. ἀντιτορήσω *ibidem* 178, ἀντετόρησεν Ε 337, -ησας Κ 267), mas de ningún modo para ἔθορον, ἔμολον, ἔπορον, junto a los cuales no existen deverbativos del tipo ποτέομαι.

§ 19. Si, considerado desde el aoristo, el problema del vocalismo de estas formas se nos presenta sumamente obscuro, como hemos visto en la exposición crítica precedente, en los fut. θορέομαι y μολοῦμαι creemos que las cosas son mucho más claras.

Se trata, en efecto, de futuros «contractos», que, por corresponder a raíces *set* (cf. θρῴσκω, de **dhrō-* o de **dhr̥-*, y θόρνυμαι de **dhr̥-*; βλώσκω, μέμβλωκα, toc. A *mlusk, mlosk* 'entrinnen' de una raíz **mlō-*: cf. J. B. Hofmann, *Etym. Wörterbuch des Griech.* p. 37) han de ser considerados como la continuación directa de **θερə-σομαι* y **μελə-σομαι*, formas en las que únicamente hemos de precisar el timbre de la vocal reducida.

Para ello (vid. § 10 a propósito de **sterə-* y **kerə-*), las formas citadas suministran elementos de juicio seguros. En βλώσκω, toc. A *mlusk, mlosk* el grado pleno **mlō-* está bien atestiguado y hace esperar **mel- (*melo̯-* en la notación de Schwyzer) > gr. **μελο-*. Pero sin salir del mismo griego, aunque βλώσκω, θρῴσκω fuesen un antiguo grado cero con **r̥*, **l̥*, se esperaría, en el grado pleno, **μελο- *θερο-* o bien (admitiendo el cuarto tratamiento indiferenciado de *ə*, al que nos referi-

mos § 3), *μελα- *θερα- (1). Ahora bien, como *μελα-σομαι, *θερα-σομαι hubieran dado **μελάομαι, **θεράομαι y estos futuros, pertenecientes a un tipo muy extendido (ἐλάω, κρεμάω) se hubieran conservado (cf. §§ 10 y 14 el mismo razonamiento para *στερο- *στερα- *κερο- *κερα-), hemos de concluir que la forma más antigua de los futuros que estudiamos fué *μελό-σομαι y *θερόσομαι.

De este modo, hemos llegado a demostrar en una época prehistórica del griego la existencia de otros dos futuros del tipo de flexión -ο(σ)ω, med. -ο(σ)ομαι, que sumados a *στερο(σ)ω, *κερο(σ)ω y *ὀμό(σ)ομαι, elevan a cinco el total de estos futuros, los cuales evitan esa flexión, extraña al griego prehistórico antes de la creación de los denominativos en -όω, mediante una metátesis del timbre de las dos vocales de la raíz (seguramente antes de la desaparición de la aspiración intervocálica -*h*-) pasando a ser conjugados según el tipo -έω, med. -έομαι. Así, *θερο(σ)ομαι > θορέομαι, *μελο(σ)ομαι > μολέομαι > μολοῦμαι (cf. §§ 14 y 15)

§ 20. Creo que la derivación del futuro que acabamos de exponer ofrece toda seguridad y siendo así, no debe de haber duda de que la interpretación del vocalismo -ο- del aoristo ἔθορον y ἔμολον no hay que ir a otra parte a buscarla. Podemos asegurar que se trata de una igualación de vocalismo conforme a los numerosos pares de aoristo/futuro atestiguados en griego: (ἀπο)θανέομαι: (ἀπ)έθανον; καμοῦμαι: ἔκαμον; sobre todo, por el vocalismo -ο-, ὀλοῦμαι: ὠλόμην y, principalmente, πεσέομαι: ἔπεσον (2) y at. χεσοῦμαι: ἔχεσον (ἔχεδον) por mos-

---

(1) Un grado pleno θερα- es exigido también por τεθρᾶσθαι· ὠχεῦσθαι Hesiquio. En esta raíz se da la forma *anit* **dher-* en el grado **dhr-* en θάρνυμαι, junto a la forma *set* con dos distintas ampliaciones, **dherə$_3$-/*dhrō-* y **dherə$_2$-/*dhrā-*. Para esta particularidad cf. τρᾱ-νής, ἀ-τέρα-μνος: τρη-τός, τερέ-σσαι: τρώ-ω, τι-τρώ-σκω.

(2) El origen de -σ- es, desde luego, problemático: para Schwyzer, *Gr. Gr.* I, p. 271, surge en el aoristo por analogía con el aoristo sigmático. Sin embargo, para Brugmann-Thumb, *Gr. Gr.*$_4$ p. 118, surge fonéticamente en *πετε(σ)ομαι pasando luego al aoristo, a lo que parece inclinarse el mismo Schwyzer *ibid.*, p. 746.

trar una acción analógica ejercida en el sentido futuro → aoristo, semejante a la supuesta por nosotros para θορέομαι → ἔθορον. Por lo demás, existiendo en griego la tendencia a igualar el vocalismo del aoristo y del futuro, se comprende que en θορέομαι, *ἔθαρον, θόρνυμι, θρῴσκω y en μολοῦμαι, *ἔμαλον, βλώσκω, μέμβλωκα fuese el vocalismo del futuro el que se impuso, pues -α- del aoristo no contaba con apoyo alguno en los demás temas de dichos verbos.

Sólo nos resta por considerar si la explicación que hemos encontrado para ἔθορον y ἔμολον se puede aplicar a ἔπορον y ἔτορον. Como siempre se ha observado, también estos dos aoristos tienen junto a sí formas con -ω-: πέπρωμαι desde Hom., πρωτός Herodiano I, 215 Lentz; τρώω (cf., por ejemplo, Chantraine, *Gr. hom.* p. 391), τιτρώσκω. Unicamente no son atestiguados fut. *πορέω *τορέω, lo cual puede obedecer a puro azar de la transmisión de los textos (recuérdese, por ejemplo, la transmisión casual del fut. -στορῶ en dos pasajes de la comedia solamente, § 12).

Por otra parte, no podemos deshacernos de ἔπορον poniéndole la etiqueta de «eolismo» (así Schwyzer, *Gr. Gr.* I, p. 362) por *ἔπαρον, ya que se encuentra en las mismas condiciones que ἔθορον, ἔμολον con formas con -ω- a su lado. Para ἔτορον es ciertamente posible la interpretación de Schwyzer citada § 18 fin, según la cual estaría formado sobre pres. τορέω por analogía con pares como κτυπέω: ἔκτυπον.

Por consiguiente, no hay obstáculo para admitir que la génesis de ἔπορον por lo menos (y tal vez de ἔτορον) es la misma que la de ἔθορον, ἔμολον.

En cuanto a la glosa κολεῖν · ἐλθεῖν, correspondiendo al presente κέλομαι, la ausencia de formas con -ω- dentro y fuera del griego es un argumento decisivo para adherirnos a Schwyzer, *Gr. Gr.* I, p. 747, n. 1, que, a pesar del glosema, considera κολέω como presente deverbativo del tipo ποτέομαι (cf. § 18, n. 15).

IV

§ 21. Con los resultados adquiridos en el análisis e interpretación de los futuros στορῶ, κορέω, θορέομαι y μολοῦμαι estamos en condiciones de estudiar más de cerca el problema que plantean las formas homéricas del futuro ὀμοῦμαι (ὀμοῦμαι A 223, I 132, Φ 373, υ 229; ὀμεῖται I 274 y también Hesíodo, *Opera* 194). Cf. § 13.

Para Wackernagel, *Sprachliche Untersuchungen zu Homer* p. 3 s. (al que se ha sumado Chantraine, *Gr. hom.*, p. 451), ὀμοῦμαι en Homero parece estar aún formado sobre la raíz ὀμο-, puesto que *ὀμε-(σο)-μαι hubiera dado **ὀμεῦμαι según la contracción homérica habitual y, por consiguiente, ὀμεῖται debe ser forzosamente un aticismo, que ha sustituído a la forma auténtica *ὀμοῦται (ὀμό(σ)εται), pues las formas construídas sobre ὀμε- se encuentran abundantemente en ático y la 1.ª sing. ὀμοῦμαι puede remontarse también a *ὀμε(σ)ομαι en la fonética de este dialecto. O—añade Wackernagel, como hipótesis menos verosímil—si se admite ya para Homero una raíz ὀμε-, habrá que ver en ὀμεῖται la forma homérica, mientras que ὀμοῦμαι habrá de ser considerado aticismo.

La verdad es que con los elementos de juicio de que dispone Wackernagel no se ven suficientes razones para inclinarse por la primera hipótesis dando de lado a la segunda, como tampoco estaría justificada la decisión contraria. Wackernagel se ha dejado llevar aquí por la tendencia demasiado generalizada a ver por todas las partes arcaísmos en Homero.

§ 22. Sin embargo, los futuros en *-όω, que hemos sido llevados a admitir en el curso del análisis precedente, han sacado a ὀμοῦμαι del aislamiento en que se encontraba y nos suministran un dato decisivo para resolver esta cuestión.

En § 14 hemos establecido que el paso de los futuros en -όω a la flexión en -έω se produjo para evitar un tipo de flexión desconocido en griego en una época muy antigua, anterior a la creación de los denominativos en -όω, la cual, a su vez, es anterior a la constitución de los poemas homéricos.

Así pues, *ὀμο(*h*)ομαι no pudo mantenerse y su paso a ὀμέ(*h*)ομαι tuvo lugar mucho tiempo antes de Homero, punto sobre el cual la existencia en Homero de los futuros κορέεις, κορέει y ὑπερθορέονται no permite dudar.

Así, está claro desde ahora que ὀμεῖται es la forma homérica auténtica y que ὀμοῦμαι tiene que ser considerada un aticismo de la tradición.

MARTÍN SÁNCHEZ RUIPÉREZ.
Universidad de Salamanca.

TRATAMIENTO DE LOS GRUPOS -U̯I̯- Y -I̯U̯- EN JONICO-ATICO

I

Estos dos grupos, cuyos resultados son idénticos, presentan una serie de obscuridades sobre las que las gramáticas generales pasan un poco a la ligera. Para dar una idea de los problemas que plantean, vamos a poner, para comenzar, algunos ejemplos.

En la toponimia ática hay una serie de nombres de demos que remontan a una palabra conservada con valor independiente en jonio con el sentido de «aldea» *(G. D. I.* 5661, 46, Quíos, s. IV a. C.) (1). Estos nombres de demos presentan las siguientes formas, bien testimoniadas epigráficamente (2):

1. Οἴη, Ὄη, demo de la tribu Οἰνηίς. Cf. también Οἰνόη.
2. Ὄα, Ὤα, demo de la tribu Πανδιονίς.
3. Οἷον Δεκελεικόν, ídem íd. Ἱπποθωντίς.
4. Οἷον Κεραμεικόν, ídem íd. Λεωντίς.

---

(1) Y en ático mismo a juzgar por el frg. 130 de Sófocles (= Phot. Lex. 317, 7) οἰῆτας · τοὺς κωμήτας; pero cf. pág. 424. No se ve a qué dialecto pertenecen οἰατᾶν· κωμητῶν. οἶαι γὰρ αἱ κῶμαι y οἰητᾶν· κωμητῶν Hsq. En esta última glosa hay, sin duda, un error. Cf. también οἰᾶται, ciudadanos de un demo de Arcadia (Paus. VIII, 45).

(2) Véase la relación de los demos áticos de Wellmann (*R. E.* V, 1, col. 35 sigs.).

Breal, *M. S. L.* XIII, 14, se deshace de la forma Ὦα diciendo que sólo se basa en un título anterior al año 444 (que, naturalmente, no distingue ο y ω); pero la posterior publicación de la *Editio Minor* del tomo II-III de las *I. G.* (1913 sigs.) pone fin a este reparo; cf., por ejemplo, II-III, 1, 1.42 (403-402 a. C.); II-III, 1617, 1.95 (368-367 a. C.); II-III, 1622, 1.*d* 519 (342-341 a. C.), etc. Las inscripciones escriben a veces también espíritu áspero en estas formas (1).

Ahora bien; hay que aceptar el paralelismo de todas estas formas con el término lacedemonio ὠβαί y la glosa de Hesiquio οὐαί (probablemente tesalia). El término lacedemonio comparado designa una fracción de tribu (como las fratrías áticas); estas organizaciones gentilicias toman su nombre con frecuencia del núcleo urbano que habitan. En estos dos casos habría que partir de **ōu̯ā* y en los anteriores de **ōu̯i̯ā*. El intercambio entre *-i̯ā-* y *-ā* es, en efecto, frecuente; otras etimologías, que parten de formas con ŏ-, son incapaces de explicar las formas con ω-. Pero aun así nos encontramos con nuevas dificultades: por prescindir de la cuestión de la doble forma con -α y con -η, de que trataré al final, tenemos el problema de la coexistencia de ω- y ο- y el de la presencia o ausencia de ι, cosa esta última que a primera vista sugiere la existencia de un doble sufijo, aunque ello es improbable por existir las dos grafías (con y sin ι) dentro de un mismo topónimo, como se ve en la lista de arriba.

Más dificultades nos proporcionan las grafías fluctuantes de otras dos palabras derivadas también de **ōi̯u̯ā*: la primera es οἴη, ὄα, ὄη «serbal» (cf. lat. *ūua* < **ōi̯u̯ā*) junto a ὄον «serba», conforme al conocido tipo de oposición entre el fem. y n., designando el fem. el árbol y el n. el fruto. Aquí la ortografía es menos segura, pues los manuscritos de Teofrasto ofrecen, según los lugares, una de las tres formas οἴη, ὄα, ὄη e incluso οὔα. Es más: ὄα (n. pl.) es la lección adoptada por los editores en Pl. *Symp.* 190 D, basándose en Pollux VI, 79, y

(1) Se atribuye al influjo de la *F* interior de que se habla más adelante.

Timeo, *Lex. Plat.*, *s. u.* Pero los manuscritos se reparten entre las lecciones ὦα y ὠά (también Estobeo; una u otra lección encontró ya Eus., a juzgar por ὥτα, que dan sus manuscritos y representa una corrección). En otros autores está testimoniada la forma οὖα (cf. L.-S., *s. u.*).

La segunda palabra a que me refiero es ὦα, ὤα, ὄα. De estas formas, ὄα o ὀά está asegurada por el metro en Aristófanes (fr. 228, fr. 280 A) y designa el «borde de un vestido»; ὦα significa «piel de oveja» y «borde de un vestido» (sentido reciente por confusión). La ι está asegurada por inscripciones de Creta; en cambio, en Atenas hay en el s. IV ὤας (*S. I. G.* 1259) con el sentido de «filo, canto». Se suele distinguir ὄα < *ŏu̯i̯ā* (cf. lat. *ouis*, etc.) y ὦα <*ō̆u̯i̯ā* (con *vr̥ddhi* : cf. ai. *āvikā*). Pero en realidad ambas formas debieron tener *vr̥ddhi*, ya que ambas son derivadas y además ὄα presenta un sentido más evolucionado que debió partir del conservado en ὦα (el análogo de ὦα es tardío y debido sin duda a una confusión).

Por fin, tenemos uniformemente en todo el griego la forma ᾠόν «huevo» < **ō̆u̯i̯on*, con las formas eólicas y poéticas ὤιον, ὤεον.

En resumen, de un mismo grupo **ō̆u̯i̯-* (o **ō̆i̯u̯-*) tenemos: ω-, ωι-, οι-, ο.

Además, tanto tras ο como tras ι hay una oposición α/η representando la *-ā*.

Como se ve, el problema no es nada sencillo.

II

Las más recientes exposiciones generales de la Fonética griega (Schwyzer, Lejeune, Grammont), explican simplemente que los grupos a que nos referimos dan ι, que unas veces forma diptongo con la vocal precedente y otras cae (cf., por ejemplo, ático ποιέω/ποέω de ποιϝέω). En el caso de *-u̯i̯-* hay previamente una metátesis (cf. pamf. αἰβετός Hsq. junto a lat. *auis*). De pasada dice Schwyzer en pasaje aparte (p. 349) que *στωϝιά da στοιά y *λᾱϝία > *ληία > λεία; pero al mismo

tiempo quiere corregir en Homero παρειά en παρηά (< *-āu̯i̯ā). Esto es todo, salvo lo que se refiere a un caso especial más detenidamente estudiado en las gramáticas: cuando al grupo en cuestión precede una ă. La diferencia consiste en que aquí la forma sin ι va acompañada en ático algunas veces (y también en algún caso en Hom., aunque aquí predomina el tratamiento normal) de alargamiento de la ă en ā; pero si al grupo sigue ŏ, este último tratamiento no existe, ni tampoco el consistente en la caída de la ι. Por ejemplo: de *a̯i̯uesi tendremos tanto αἰεί como ἀεί, forma ésta que acabó por predominar en el ático (fuera del cual no se encuentra); además, en Homero tenemos la forma ἄεί, y, por otra parte, una forma como δᾱήρ < dŭi̯uer (en una palabra no ática). Como se ve, no se puede calificar el alargamiento de fenómeno exclusivamente ático, ni tampoco de tratamiento único del ático. La cosa es más complicada, pues sus raíces van más allá de la disgregación del grupo jónico-ático, y, verosímilmente, había varios tratamientos paralelos entre los que luego cada dialecto desarrolló uno solo de preferencia. Pero no hay duda de que el alargamiento se realizó sobre todo en época reciente (si no en vez de ă hubiera dado η), aunque el ejemplo de δᾱήρ nos demuestra que la tendencia hacia él era antigua; aquí si no hay η es sin duda por una disimilación como la de *ἠήρ > ἀήρ (cfr. Schwyzer, 187), aparte de por el paralelismo de formas como δᾱέρων, Ω, 762.

Por esto es más sorprendente el hecho arriba aludido de que ante -ŏ hay unanimidad en todo el griego para mantener la ι y no alargar la ă precedente: cf. de la raíz de αἰεί/ἀεί, αἰών; de la de ἐλαία/ἐλᾰ́α, ἔλαιον; y, además, λαιός, σκαιός, αἰώρα, etcétera.

Si nos salimos ahora de las gramáticas generales, encontramos que el más directo estudio sobre los problemas que plantean los grupos *-u̯i̯- y *-i̯u̯- es el de Ch. Bally, en *M. S. L.* XIII, 1 sigs.: «Les diphtongues Ω, Ᾱ, Η, de l'attique», cuyos resultados no parecen haber tenido gran aceptación; pero es, sin embargo, un punto de partida muy digno de tenerse en cuenta, aunque por un lado este artículo sobrepasa los límites

de nuestro tema y, por otro, tiene la limitación de no referirse más que a casos en que al grupo *-i̯u̯- (*-u̯i̯-) precede una vocal larga.

Fundamentalmente, en este artículo se trata de ᾱ, η, ω+u̯+i̯ᾱ, y de, ᾱ, η, ω+u̯+i̯ῡ. Veamos los dos casos separadamente.

En el primero, Bally acepta la abreviación de la larga con caída facultativa de la ι. Los ejemplos son claros y tajantes: στοιά/στοά < *στωϝια; λεία < *ληία < *λᾱϝια; παρεία < παραϝια (cf. eol. παραύα); χρεία < *χρηϝια. Ejemplos tan decisivos como éstos son generalmente admitidos, aunque, como dije antes, fuera de todo otro sistema que no sea la tendencia a la abreviación de los diptongos largos. Para Bally, los casos en que se conserva la larga y no hay rastro de ι, representan una final *-ϝᾱ y no *-ϝιᾱ; y aquellos en que se conserva la larga y también la ι son (en ático) falsas grafías. Finalmente, la evolución tipo στοιά es para él exclusivamente ática; en jonio, lo normal sería στωΐή o στῳή y por ello considera alteración de los disceuastas áticos formas como στοιά cuando aparecen, por ejemplo, en Heródoto y explica la inexistencia de -ώϊη, -ήϊη en Hom. por razones métricas (los manuscritos dan siempre -οίη, -είη). Todo esto es muy discutible y no ha obtenido aprobación general.

Pasando ahora, antes de proseguir, al segundo caso (ᾱ, η, ω+u̯+i̯ῡ), diremos que aquí Bally plantea el problema de una manera diferente, lo que ha sido fatal para su clara comprensión. Dice simplemente que el grupo preático -ωϊο- (o -ωϊω-) da -ῳο- (-ῳω-). La cosa es absolutamente evidente, pero para situarla en su verdadera luz hay que afirmar que todos los ejemplos que Bally nos ofrece presentan un grupo *-u̯i̯- o *-i̯u̯-. Así separamos este caso de la engañosa analogía de formas como μιμνήσκω, τραγῳδός o γρᾴδιον (<*-ᾱϝι-), en que el ático diptonga un anterior -ωϊ-, -ηϊ- -αϊ- (1); con ello recobra toda su importancia. Ejemplos terminantes son ᾠόν <*ōu̯i̯on (eol. ὤϊον), πατρῷος <*ōu̯i̯os (Hom., πατρώϊος), πρῷος

(1) Cf., sin embargo, también el at. γραΐδιον.

< *-ōu̯i̯os (Hom , πρώϊος), Ποσιδηών < *-āu̯i̯ōn, etc.). Pero también aquí a la aceptación de la afirmación central hay que acompañar una serie de reservas a otras. Sobre todo: el frecuentísimo -ειος < *-ēu̯i̯os sería según esta teoría una forma rehecha analógicamente sobre -εια.

Tenemos, pues, en conclusión que, planteando el problema de una forma distinta de la tradicional (que consiste en establecer una tendencia ática a reducir ηι, etc., a ει y ηϊ, etc., a ηι (η)), se establecen dos distintos tratamientos del grupo vocal larga + u̯i̯, según que siga -ᾰ̆ u -ŏ̆: en el primer caso hay abreviación de la vocal y diptongación, y en el segundo conservación de la larga, a la que sigue tras un hiato una ι, realizándose la diptongación (sin abreviación ya) en época ática. Este estado de cosas da al punto la impresión de que nos hallamos ante una diferencia de cronología en la evolución de las dos series de casos. Sin embargo, hay que estudiar antes de decidir nada una serie de tratamientos especiales negados por Bally a base de analogías insostenibles y que, sin embargo, existen (cosa que ha contribuído a embrollar la cuestión), tratamientos que al final vienen a facilitar y comprobar esta conclusión provisional.

Antes de empezar, estos resultados que acabamos de anunciar deben ser confrontados con un caso no tratado por Bally y al que se ha hecho referencia arriba: *ᾰ̆u̯i̯ᾰ̆ (o -ĕ̆)/ *ᾰ̆u̯i̯ŏ̆. Como se recordará, hay una diferencia esencial según que el grupo vaya o no seguido por *-ŏ̆. Con esto queremos decir que en el caso en que no hay *-ŏ̆ puede haber no sólo *-ᾰ̆ (desde luego es lo más frecuente), sino también *-ĕ̆. La diferencia consiste en que ante *-ŏ̆ se conserva siempre la ι (como en πατρώιος o πατρῷος), mientras que ante las demás vocales puede o no conservarse (como en ποιέω/ποέω, Οἴη/Ὄα), siendo un caso especial de no conservación el que se acompaña de alargamiento de la α. La cuestión de la calidad de la ι (vocal o segundo elemento de diptongo), no nos interesa por ahora: el hecho es este paralelismo y, sobre todo, que lo mismo que en *ōu̯i̯-, *ēu̯i̯-, *āu̯i̯- (ya lo veremos), el tratamiento más antiguo es en el caso en que sigue *-ŏ̆.

Este tratamiento, en efecto, es pangriego y se produce sin vacilaciones de ninguna especie, mientras que el otro, como vimos, continuó verificándose en época reciente, presenta una serie de vacilaciones y no tiene clara repartición dialectal. Es esta serie de coincidencias, que no pueden ser fortuitas, lo que me ha animado a proseguir el estudio de estos problemas.

III

Antes de continuar por este camino necesitamos ganar una base empírica más amplia exponiendo, como ya anuncié, una serie de casos aparte en el tratamiento de los grupos *-u̯i̯- y *-i̯u̯-. Advierto que estudio ya indistintamente el tratamiento de estos grupos tras cualquier vocal larga o breve (salvo ă, caso ya visto), y que distingo dos tratamientos: 1) ante vocal *-ŏ̄, y 2) ante vocal que no sea *-ŏ̄.

1) *-u̯i̯-(*-i̯u̯-) + ŏ̄. Hay dos casos de interés:

a) Habíamos visto que la ι se conservaba en forma vocálica, no sobreviniendo la diptongación hasta el período ático. Tan sólo tras ă era temprana la diptongación. Y, sin embargo, es éste un cuadro incompleto, pues a veces la diptongación, aun ante vocal que no es *-ă, ocurre desde antiguo. Concretamente me refiero a la declinación de *o̯uis, «oveja», que en Homero, junto a las formas disilábicas de N. sg. y Ac. sg. y pl., presenta ante las desinencias que empiezan por *-ŏ̄ tanto ὄιος, ὀίων como οἰός, οἰων (cf. Wackernagel, *K. Z.* XXVII, 277; Meillet, *R. Ph.* LIII, 197; Chantraine, *Gramm. Homérique*, 219). Esta duplicidad de formas parece, por lo demás, remontar al indoeuropeo: cf. ai. *aryaḥ* y *ar(i)yaḥ* (gen. sg. de *ariḥ*, «enemigo»), y en Homero mismo, junto al común μάντῐος, πόλῐος formas como πόλιος disilábico en B 811. Ahora bien, si la palabra en que se verificaba la diptongación tenía una vocal larga ante el grupo *-u̯i̯-, es natural que el diptongo resultante se abreviara, como ocurre en *-ōu̯i̯ā > -οία, etc. Y así logramos la explicación de la forma Οἴον del topónimo con que comenzamos estas

páginas: **ōu̯i̯on* > οἶον, como **ōu̯i̯ā* > οἴη u ὄα (1). De igual forma -**g*ōios* > -βοίος, -χρωu̯i̯ος > -χροίος, etc.

Vemos, pues, ahora cuál es la diferencia entre el tratamiento del grupo tras ă y tras las demás vocales: lo que ocurre es que tras ă da siempre una ι segundo elemento de diptongo (*i̯i̯*) y tras las demás o bien esta misma o bien ι vocal (*i̯i̯*). Ahora bien, secundariamente el griego ha elegido una de las dos soluciones, las más veces la segunda, al contrario que el ai., que acaba por eliminarla. Pero que la elección es secundaria se demuestra también porque el ático y el jónico se separan en alguna ocasión: el primero generaliza la flexión de οἷς con diptongo, y el segundo la con ι vocal. Οἶον es un arcaísmo conservado por la toponimia que nos da luz sobre un estado de cosas más antiguo que luego quedó casi borrado. En cuanto a ἔλαιον, etc., si ha habido una forma **ἐλάϊον* (como impone el paralelo), no ha llegado a la época de nuestros textos. De todos modos, una cosa queda clara: que en estos casos nunca ha caído la ι (2).

b) Estas conclusiones nos permiten comprender el caso que sigue. Dice Bally (pág. 22) que el grupo -ηϊο-con η < **ē* (y sus ejemplos hacen referir todo esto concretamente a **-ēu̯i̯o-*) debería dar en ático -ηο-, pero que sólo se encuentra -ειο-. Ya Wackernagel, *K. Z.* XXVII, 269 sigs., había propuesto una solución ει para el grupo **-ēu̯i̯-*, aunque sin distinguirlo de **-ēu̯i-* ni separar los casos en que sigue **-ō̄* de los demás. Bally tiene que acudir a la analogía de -εία < **ēu̯i̯ā*, que a veces alterna con **ēu̯i̯o-*: βασιλεία/βασίλειος, ἀχρεία/ἀχρεῖος, etcétera. Se añade la analogía de formas como ἀστεῖος < **-ĕu̯i̯o-* y, en general, del sufijo -εῖος, que es de varias procedencias y se aplica a toda clase de temas (δούλειος, βόρειος, et-

---

(1) Cf. con vocal breve οἰωνός, si es que viene, como parece, de **āu̯i̯onós* con asimilación, y sobre todo οἶος «solo» < **oi̯u̯os*.

(2) Ὄον «fruto del serbal» (caso de que la lección exacta del n. pl. sea ὅα y no ὅα en el pasaje de Platón aludido; ᾠά, desde luego, es una confusión motivada por un ᾠά «huevos» vecino) está naturalmente rehecho sobre ὅα «serbal».

cétera). Hay que reconocer además (cosa que desde otro punto de vista que luego trataremos no favorece a Bally) la oposición en Homero de Τροίη y Τρώϊος, παρήϊον y παρειά. Pero esto no obsta para que la solución -εῖος < *-ēu̯i̯o- tal vez en algún raro caso sea antigua. Por ejemplo, en Homero, jónico y ático tenemos siempre ἀχρεῖος, ἵππειος. Otras veces la ortografía homérica induce fácilmente a confusión (cf. Chantraine, *Grammaire homérique*, 9-10). Pero desde luego es evidente que la mayor parte de las formas en -εῖος hay que explicarlas por vía analógica. En jónio, por ejemplo, muchas veces se ve que son históricamente más recientes, sin tratarse por eso de evolución directa (que daría ηϊ > ηι (η)). En algún caso especial la caída de la ι de ει (aunque rara y tardía) testimonia a ciencia cierta que no nos hallamos ante una evolución directa de *-ēu̯i̯o-: así, en jonio tenemos tanto Ποσιδηϊών como Ποσιδεών para designar el mes consagrado a Poseidón; ambas formas están testimoniadas epigráficamente.

Como resumen de este primer apartado podemos decir que como alternativa a la solución *ō, etc., + u̯ + i̯ō̆ > ωi̯i̯o etc. > ωϊο, etc., existió primitivamente en griego otra: οιο, etc. A esta segunda solución fué preferida, en general, la primera, salvo tras ă.

2) *-u̯i̯- (*-i̯u̯-) + ā̆, ē̆. Lo general, como vimos, era que la vocal precedente, si era larga, se abreviara, permaneciendo la ι como segundo elemento de diptongo (nunca como vocal) o desapareciendo. Frente a las dos soluciones ὀϊος/οἰός tenemos, efectivamente, οἴεσσι/ὄεσσι (1). Y junto a Οἶον, Οἴα y Ὄα. También tenemos del nombre del serbal, οἴη, ὄα, ὄη, y de «borde de un vestido», ὄα. Pero conviene hacer también aquí dos observaciones:

a) Hay que recordar que junto a Ὄα, etc., había una forma Ὦα, bien testimoniada epigráficamente (nunca Ὦα!). También tenemos ὦα, «piel de oveja» (2). En uno y otro caso

(1) En este caso, claro está, no hubo nunca ō-. Cf. at. πόα, jon. ποίη < *poi̯u̯ā, etc.

(2) Sobre ὠά, véase más adelante.

se trata de arcaísmos: el primero conservado como topónimo, y el segundo gracias a una diferenciación semasiológica (cf. página 410). Su interpretación no puede ser otra que la siguiente: la *i̯* resultante del grupo *-u̯i̯- puede aquí hacer una de dos: o bien desaparecer al permanecer simple, o bien geminarse (-i̯i̯-) y formar diptongo con la vocal precedente, que se abrevia: de aquí el doblete ᾽Ωα (cuya α testimonia la antigua existencia de la *i̯*, una prueba más a favor de que no hay que partir de un sufijo *-*ā*) /Οΐη (1). Al llegar a este punto de la evolución fonética, las formas ᾽Ωα y ὦα detienen su evolución, y si sobreviven es por las razones dichas. En cuanto a *Οΐα y οΐη (2), han vuelto a dar secundariamente ᾽Οα y ὄη (ὄα), pues la alternancia entre -i̯i̯- y -i̯- es un fenómeno que constantemente se reproduce hasta el siglo III a. C.

Otros casos son menos claros porque ha podido existir un sufijo *-*ā* o bien la forma -οία, etc., junto a -όα, etc., es secundaria (3). Pero posiblemente se pueden señalar dos con verosimilitud de acierto. El jónico ἀλωή y dórico ἀλωά (ático ἄλως; desde luego interviene una ϝ tras la ω) vienen seguramente de ἀλωϝιά (testimoniado en at. ἀλοάω, πατραλοίας y μητραλοίας), aunque Bally, pág. 11, se esfuerza en deducirlos simplemente de ἀλωϝά. La diferencia de sentido justifica también aquí la conservación de dos tratamientos diferentes, frente al caso general de la pronta eliminación de uno de ellos. El verbo ἀλοιάω/ἀλοάω viene directamente de *ἀλοιά/*ἀλοά. Y lo que aquí es verosímil, es prácticamente seguro en hom. θωή «multa» y at. θοά y θοάζω (4); la conservación de ambas formas sólo se explica por tratarse de un tecnicismo jurídico.

b) También ahora el establecimiento de un doble trata-

---

(1) Véase pág. 409.

(2) Sobre la cuestión de la -α y la -η, véase más adelante.

(3) Por ejemplo, tal vez sea nuestro caso el de jón. ζωή frente a ζοή (la palabra no es ática), a juzgar por el eolio (Teocr.) ζοΐα, que puede tener una diéresis secundaria, y el también jónico ζωιή, que puede ser testigo indirecto de *ζοιή. Pero ello no es seguro.

(4) Cf. rastros de ι en Bally, pág. 12.

miento (aunque distinto) nos permite juzgar algunos casos dudosos.

Como vimos arriba, Bally atribuía la solución con abreviación y diptongo sólo al ático. En Hom. y jon. se debía esperar Τρωΐη, ἀγελῄη, παρηΐαί o, mejor dicho, en Hom. Τρώη, ἀγελῄη, παρηαί (por Τροίη, ἀγελείη, παρειαί de los manuscritos), pues el hexámetro no admite las formas arriba citadas (cf. δηώσας por δηϊώσας, etc., donde tal vez haya ya evolución real y no mero artificio métrico). Bally sigue inconscientemente la analogía de Τρώϊος, βαθυλήϊος, παρήϊον. Pero la realidad es que cuando se crearon, ya tardíamente, formas como las que Bally quiere, fué precisamente por analogía de Τρώϊος/Τρῷος, etc., analogía inversa de la que vimos contribuyó a la creación de formas secundarias en -ειος. Hay, pues, una igualación que también aquí es cosa secundaria, mucho más claramente que allí incluso. Una advertencia de ello debe ser vista en el hecho de que la forma Τρωΐα, que no existe en Hom., se halla en cambio en Píndaro. En general, puede decirse que sólo en jonio (no aún en Hom.) aparecen estas formas esporádicamente en virtud de dicha analogía; pero es imposible borrar las innumerables formas en -είη, -οίη, -αίη de Heródoto (por ejemplo), atribuyéndolas a los disceuastas atenienses. Considérese que estas formas son para nuestro oído una característica jónica: ¿cómo vamos a substituir χροιή < *χρωϝια (frente a cuya forma el ático tiene χρόα y χροιά) por un no atestiguado *χρῴα? Semejantes a éste hay muchísimos casos de palabras que no tenían al lado un masculino en -ος, que es lo que ha creado βασιλῄη (junto a βασιλείη, más frecuente) frente a βασιλῆος. Y tampoco se puede decir que nos hallamos ante dos estadios sucesivos de evolución, pues en ático -ηϊ-, por ejemplo, da normalmente -η.

En algunas de las palabras estudiadas en el apartado *a)* se ha introducido analógicamente esta grafía por una vía distinta. Θῳή (según Herodiano, I, 307; II, 523 Lenz) es una forma contaminada de θωή y *θοιή (at. θόα); ὤα, «piel de oveja», de ὤα y *οἴα (ὄα es la forma conservada), etc. Incluso

hay a veces grafías falsamente arcaizantes, como στωτά. Recuérdense a este respecto formas jónicas como ζωιή junto a ζωή o χνοίαι, junto a χνόη.

IV

Ahora podemos volver a coger el hilo del razonamiento que dejamos interrumpido en II y tratar de explicar en términos generales la evolución de *-u̯i̯- (*-i̯u̯-). Ante todo, es ya hora de hacer notar que ambos grupos tienen un tratamiento idéntico. La causa es conocida: el grupo *-u̯i̯- sufre una metátesis antes de continuar su evolución, al parecer en época muy antigua, pues no han quedado rastros de tratamientos diferentes. La metátesis está testimoniada por ejemplos como αἰβετός · αἰετός. Περγαῖοι Hsq., cor. αμοιϝαν (junto a διάμοιος· ὁ ἀντ' ἄλλου διακονῶν Hsq.), cor. Διδαιϝων (cf. δαίω, etc.), que Danielsson *I. F.*, XIV, 383 sigs., no ha logrado rebatir (cf. Hermann, *Silbenbildung im Griechischen und die anderen idg. Sprachen*, pág. 41) (1).

Una vez puesto esto en claro, hay que distinguir los dos casos consabidos:

1. Ante -ŏ: siempre se conserva la ι, bien como vocal (la diptongación no se produce hasta el ático), bien como segundo elemento de diptongo (que se abrevia si era largo). En general, salvo tras ᾰ, predomina la primera solución.

2. Ante las demás vocales: la i̯i̯ resultante es simplificable, y en este caso cae, provocando a veces un alargamiento de la ᾰ precedente. Cuando no se simplifica, forma con dicha vocal un diptongo que se abrevia si es largo; pero la simplificación puede tener lugar incluso posteriormente en cualquier momento.

Tenemos, pues, que tratar separadamente los dos casos.

---

(1) Piénsese que de no aceptarse esta métátesis, la identidad de tratamiento de -u̯i̯- con -i̯u̯- etimológico impondría la opuesta (no testimoniada).

El primero presenta caracteres de evolución más antigua porque, como el caso especial trás ă, es pangriego: mientras que *-u̯i̯- ante *-ā̆, *-ē̆ parece dar υ en eolio (παραύα) (1), ante *-ŏ̄ tenemos formas como ὤϊον en Safo (y nótese que aquí no existe el modelo homérico). Esto tiene que tener alguna explicación, que para mí es muy sencilla: es bien sabido (Schwyzer, I, 225) que ante -ŏ̄ (y -*ŭ̄) la ϝ inicial cae más temprano que ante las demás vocales, y con mayor motivo debió ocurrir esto mismo en interior de palabra, donde la ϝ es menos resistente. O sea que *-i̯u̯ŏ̄ quedó pronto reducido a -i̯ŭ̄, mucho antes de reducirse -i̯u̯ā a -i̯ā̆, por ejemplo, y, por tanto, la evolución es diferente. Lo que ya no podemos explicar es por qué esta diferencia consistió en que el caso más antiguo (el que ahora tratamos) se resolviera siempre en una i̯ geminada, que nunca cae, sea que resulte ι vocal (i̯i̯), o bien ι segundo elemento de diptongo (i̯i̯). Posiblemente es tras breve (cf. ἔλαιον, οἰός, οἷος) cuando más tiende dicha i̯ a formar diptongo, a fin de no destruir el equilibrio silábico abreviando una sílaba; pero cf. οἷον. Y en cuanto a la ι vocal, queremos apuntar que podría pensarse que la razón de su conservación está en el paralelismo con formas en *-u̯i- > i̯ (i̯i̯): así ἀΐω (Hom., etc.; posteriormente αἴω) < *ἀϝισω. Por ejemplo, junto a ὅιος, ὀίων, etc., tenemos ὄις, ὄιν, etc., en que lo indoeuropeo era -u̯i-; junto a πρώϊος tenemos en Hom. πρωΐ, etc. Pero el número de ejemplos en que no puede adoptarse esta solución es tan grande (2) que no se comprende que una razón semejante tuviera aquí esa fuerza y no ante -ā̆, -ē̆. Hay que admitir una diferencia original de tratamiento.

Cuando llegamos al grupo -i̯u̯- + ŭ̄, ĕ̄ nos encontramos con divergencias de opinión en la interpretación de su evolución (que afectan también a -i̯u̯- + ŏ̄, que no se suele dis-

(1) La cosa, sin embargo, no está bien estudiada. Cf. en contra φυγαδείω, etc.

(2) Cf. además, respecto a ὅιος, etc., lo dicho sobre el paralelismo del ai.

tinguir como caso aparte; pero allí la solución era evidente). Lo más común es pensar simplemente en una metátesis con caída de la ϝ a continuación; los ejemplos arriba citados parecen estar a favor de esta tesis. Sin embargo, Danielsson, *I. F.* XIV, 383 sigs., cree en una asimilación *-ϝi̯ > *-yi̯- > *-i̯i̯-; pero su interpretación del material es forzada, como vimos. Hermann, *Silbenbildung*, pág. 41, limita la metátesis al caso tras ο, α (como en **ani̯*, **ori̯*, etc.) para evitar una objeción que desde nuestro punto de vista no tiene valor. Jacobsohn, *Hermes*, XLV, 165, admite para el caso de preceder ε, ι un alargamiento compensatorio, análogo al que sufren estas vocales ante **ni̯-*, etc. El mismo autor no oculta que su teoría, en realidad, sólo está pensada para explicar δῖος < *διϝi̯ος (el eolio sería *διϝϝος según él) y falla con la ε (1). Schwyzer no parece hallar contradicción en seguir, en general, la teoría de la metátesis (I, 272: epéntesis se suele decir) y creer (I, 266) que en el caso especial de **ău̯i̯ā̆*, etc., αιϝ > ᾰϝϝ, «oder dann» ᾰi̯i̯ > ᾱ, cosa inverosímil en un fenómeno que cae dentro ya del jónico-ático.

En consecuencia, y a mi ver, hay que partir de la metátesis -u̯i̯- > -i̯u̯- o de la forma etimológica -i̯u̯-, por razones ya expuestas; posteriormente, y en época relativamente reciente (ya dialectal), cae la ϝ. Explicaremos a base de esta hipótesis los datos que tenemos. Estos son que el resultado del grupo que nos interesa ante vocal distinta de -ō̆, es -i̯i̯/-i̯- (sobre la abreviación del diptongo largo en el primer caso hablaré luego), cosa podemos decir que normal en la yod procedente de toda clase de grupos, y que cuando el resultado es -i̯- (que cae), a veces y predominantemente en ático hay un alargamiento de la ᾰ precedente.

Paralelizando con el tratamiento del grupo ante -ō̆, podemos descubrir una tendencia común del tratamiento tras breve: la de no permitir que la sílaba, al abrirse, se convierta en breve. Esto se lograba allí generalizando en tal caso la

(1) Aunque, advirtámoslo, no presenta verdaderos ejemplos de ĕ, sino de ē.

solución -i̯i̯- y no la -i̯i̯-; y aquí, o bien adoptando -i̯i̯- (ἐλαία) o bien cuando se simplifica, alargando la ă en ā. Lo notable es que aquí el fenómeno no se da con todas las breves (cf. πόα, ποέω), sino sólo con la ă. Lo que ocurre es que se trata de una tendencia que sólo se realizó cuando recientemente se simplificó con frecuencia la -i̯i̯- en -i̯- (que cae), pero que nunca llegó a su pleno éxito; Homero, como vimos, tiene δᾰ́ερων junto a δᾰ́ηρ y en ático alternan αι y ā (cf. Meiterhans-Schwyzer[3] pags. 30 sgs.) y, desde luego, el alargamiento no es tan antiguo como para que ā dé η. Si en este dialecto el fenómeno es, sin embargo, más general, es porque simplificó la -i̯i̯- en -i̯- (ante -ᾰ̆, -ᾰ̆) en una medida mucho mayor que el jonio: cf. χρόα, πόα, στοά, θόα y otras tantas palabras en que el jonio no conoce la forma sin ι.

Digamos para completar esta explicación de un hecho no justificado hasta ahora (Lejeune, pág. 217), que encaja perfectamente en las tendencias de la fonética griega. Formas como el jon. μοῦνος < *μονϝος no tienen otra justificación, y si en at. hay μόνος (al revés que en el caso que tratamos), es porque este dialecto silabea μό-νϝος. De igual modo, en vez de ἐλαιϝ-i̯α, con la segunda sílaba larga, tenemos ya ἐλαί-α, ya ἐλᾰ́-α por alargamiento compensatorio.

Lo que no es admisible es ver en ἀξετός, etc., una metátesis de cantidad con Schwyzer I, 266. Este autor parte de Ἀχᾰϊκός < *Ἀχαιϝικός, interpretando *Ἀχαιϝικός > *Ἀχᾰ̄ικός > Ἀχᾰϊκός. Pero este es un caso secundario y hay que partir de *ᾰ̆i̯ > αι > ᾱ, lo que representa un alargamiento compensatorio. Ἀχᾰϊκός debe venir de *Ἀχαιϝικός > *Ἀχαικός > Ἀχᾰϊκός.

Para terminar esta parte de nuestro trabajo, hemos de tratar de las abreviaciones de diptongos largos de que hemos hablado, que sólo en apariencia pudieran representar una tendencia contraria a la descrita, ya que no afectan a la estructura de la sílaba. Tenían lugar, como vimos, lo mismo ante -ŏ̄ que ante -ᾰ̆, -ᾰ̆ siempre que se adoptaba la solución -i̯i̯-. No hay mucho que decir sobre estas abreviaciones; pero sí interesa manifestar que no son ni más ni menos que una manifestación de la ley de Osthoff, que a lo largo de toda la

historia del griego clásico actuó sobre cuantos diptongos largos se formaban, salvo en posición final. Todavía en el siglo IV pueden ponerse a la cuenta de esta ley ejemplos como χρείζω < χρηίζω, en que el diptongo ático representa una -ηϊ- anterior. Sin embargo, nuestros ejemplos φόν, πατρῷος, etcétera (o sea ante vocal), no llegaron a ser afectados.

Tenemos que admitir, pues, que las abreviaciones de diptongos a que nos referimos tuvieron lugar por una geminación de la *i̯* (1) y no porque hubiera un grupo -*i̯u̯*- posteriormente reducido a -*i̯*-. En este caso no serían explicables las formas del tipo Ὠά de que antes he hablado. La única objeción que podría ponerse es la del nombre Οἴβαλος de un rey espartano, que Richard Meister, *K. Z.* XXXVI, 458, interpretó como Οἴϝαλος, que parangonó con Σθένελος y relacionó con ὠβά; etc. Pero en laconio esta palabra tenía -*ā* y no -*i̯ā* y la etimología no es segura (cf. Danielsson, *I. F.* XIV, 395), e incluso recientemente, y en atención a su formación y fonética, se ha pensado con verosimilitud que se trata de un préstamo del ilirio, estando su raíz relacionada con el griego οἴφω.

V

Vamos a acabar por donde empezamos, volviendo a nuestro demo ático Ὤα y a las otras dos palabras homónimas. Vimos que junto a Ὤα y *Οἴα había Ὤη y Οἴη; junto a ὅα y ὅον, οἴη y ὅη, y, en cambio, junto a ὥα, etc. «piel de oveja», no había forma alguna con -η. Esta -η no es tan fácilmente explicable, pues aun caída la ι tenemos que esperar -α en ático: así πόα, χρόα, θόα, ἀλοά. Podía pensarse un momento que tras la caída de la ι la -ᾱ volvía a -η por no haber caducado aún la ley según la cual se efectuaba este cambio. Pero chocamos con las formas últimamente citadas, en primer lugar; luego, οἴη tendría que ser explicado por analogía; ade-

(1) Cf. Οὐᾶται en Meiterhans-Schwyzer³, pág. 58.

más, las distintas formas del nombre del serbal vimos que no estaban textualmente muy seguras, añadiéndose que procedían de Teofrasto, autor más bien de koiné en quien pueden entrar, por tanto, ciertos jonismos, y, por último, el único paralelo posible, χνόη junto al jon. χνοίη, aunque está en los diccionarios, no sé que esté asegurado por ningún ejemplo inequívoco, esto es, de singular.

Por todo ello, la coexistencia de Ὄα, etc., para designar un demo y Οἴη, etc., para otro, se hace muy sospechosa. Y lo más prudente es acogernos a la hipótesis de Bally de que hay que contar con la analogía de los demóticos en -ῆθεν, que, efectivamente, son frecuentísimos. Sin duda, con este artificio se ha querido distinguir los nombres de los dos demos. Y en cuanto al οἰῆτας de Sófocles, que según Hsq. tenía el valor de κωμῆτας, pueden hacerse varias hipótesis: influjo del Οἴη mencionado o procedencia jónica (en jonio hay οἴη «aldea») son las más verosímiles. También puede pensarse que la existencia de Οἴη allanó el camino a la introducción de este jonismo.

FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS.

UN MANUSCRIT DE POLYEN

LE SCORIALENSIS T-I-12

Les manuscrits des *Strategemata* de Polyen n'ont pas encore fait l'objet d'une étude d'ensemble. Encore est-il qu'on sait depuis plus de quatre-vingts ans que les manuscrits de Polyen, tous mutilés au milieu du livre VI et à la fin du livre VIII, dérivent d'un seul exemplaire encore conservé, le *Laurentianus* LVI-1. C'est ce qu'avait démontré Valentin Rose dès 1864 (1). Mais il semble que les conclusions de ce savant, qui du reste n'avait parlé qu'incidemment de Polyen, aient été vite oubliées. Vingt ans après Rose, K. K. Müller, le philologue qui a peut-être le plus fait pour introduire un peu de lumière dans le problème si compliqué de la tradition des stratégistes grecs, proposait de voir dans le *Laurentianus* LVI-1 le prototype de la première famille des manuscrits de Polyen, tout en se demandant si le manuscrit n'était pas la source de la tradition tout entière de cet auteur (2). J. Mel-

(1) V. Rose, *Anecdota graeca et graeco-latina*, Berolini, 1864, erstes Heft, p. 4-8. Rose avait été amené à étudier le *Laurentianus* LVI-1 en vue de son édition d'Adamantius Περὶ ἀνέμων. A dire vrai, sa démonstration demeurait sommaire, n'atteignant qu'un nombre très restreint de manuscrits de Polyen.

(2) K. K. Müller, *Sur les manuscrits de Polyen*, dans *Mélanges Graux*, 1884, p. 723-729. L'article, traduit de l'allemand, est daté de Würzbourg, mars 1882. Plus tard, K. K. Müller eut connaissance du travail de son devancier et en reconnut la priorité: *Zu Polyän*, dans *Rheinisches Museum*, t. XXXIX (1884), p. 467.

ber enfin, dans la préface de son édition de Polyen (1), fournissait une démonstration sommaire, mais limpide, qui situait définitivemant le *Laurentianus* LVI-1 à la tête de toute la lignée des témoins de Polyen. Mais le problème du classement des manuscrits issus de ce prototype demeure entier. Il s'en faut même que le dénombrement de ces manuscrits ait été fait de façon exacte et complète (2). Avant qu'on puisse établir le classement des vingt-neuf manuscrits de Polyen que comporte mon dénombrement personnel (3), il se passera sans doute encore beaucoup de temps. Il convient d'ici là de faire connaître dans de courtes monographies les différents ma-

---

(1) *Polyaeni Strategematon libri octo ex recensione Eduardi Woelflin. Iterum recensuit... Ioannes Melber*, Lipsiae, Teubner, 1887. Cette édition, excellente de tout point, est la seule qu'il faille utiliser pour Polyen. La démonstration relative au *Laurentianus* LVI-1 est aux pages XIII-XIV.

(2) De la liste des manuscrits des *Strategemata* dressée dans la préface de l'édition de Melber (p. XIII-XVII), il faut retrancher le *codex Harleianus* 5637. Ce manuscrit, que j'ai eu en mains à Londres, ne porte que de simples notes sur Polyen. En revanche, il faut ajouter à cet inventaire le *Scorialensis* Ω -I-11 et le *Taurinensis* B-VI-19. Ce dernier volume a échappé à l'incendie de la bibliothèque universitaire de Turin, en 1904, mais l'eau destinée à éteindre le feu l'a gâté gravement; toutefois, comme j'ai pu le faire moi-même, on peut encore procéder à une collation du texte de ce témoin. Le *Codex Casauboni*, donné à la fin de la liste dressée par Melber et non identifié par lui, est le *Londinensis add.* 21095; j'ai eu l'occasion de donner divers renseignements sur ce manuscrit dans mon étude sur *La collection florentine des Tacticiens*, Paris, 1940, p. 21 et 48.—Ne traitant pas ici in-extenso des manuscrits de Polyen, je ne m'impose pas de corriger les autres erreurs de cotation, d'attribution et de datation que comporte l'inventaire de Melber. Ce dernier divise les manuscrits de Polyen en témoins darmariens et non darmariens. Cette division en deux groupes a peu de valeur et la liste des manuscrits attribués à Darmarios est gravement erronée.

(3) Je ne comprends dans ce nombre de vingt-neuf manuscrits de Polyen ni les exemplaires qui contiennent de simples *Extraits* de notre auteur (le plus ancien est le *Parisinus suppl. gr.* 607, du Xe siècle), ni les manuscrits des diverses paraphrases byzantines auxquelles j'espère consacrer prochainement une importante étude.

nuscrits des *Strategemata* qui méritent d'attirer l'attention. Les quelques pages qui suivent sont consacrées à l'un de ces témoins, le *Scorialensis* T-I-12. Pendant longtemps je me suis demandé si ce manuscrit, que j'avais pu étudier à deux reprises à l'Escurial, avait survécu aux destructions entraînées par la guerre civile. On sait aujourd'hui que la totalité des manuscrits grecs de la célèbre bibliothèque ont été sauvés, à la grande satisfaction des érudits.

Le *Scorialensis* T-I-12 est un beau manuscrit (1) de papier, dont le format est de 330 mm. × 220 mm. Il est écrit d'une seule venue par un calligraphe de métier. Il a trente lignes par page pleine. Les bandeaux qu'on voit en tête de chaque livre du traité de Polyen, les titres des chapitres et

(1) Voici toute la bibliographie relative au *Scorialensis* T-I-12: E. Miller, *Catalogue des manuscrits grecs de la Bibliothèque de l'Escurial*, Paris, 1848, n.° 129, décrit très sommairement le volume.—V. Rose, *Anecdota graeca*, I, p. 7, rattache le manuscrit au *Laurentianus* LV-1; il ne le connaît que par la description de Miller, mais la mention des *Paradoxa*, qui figurent à la fin du manuscrit de l'Escurial comme dans celui de Florence, suffit à lui permettre ce rapprochement.—Ch. Graux, *Essai sur les origines du fonds grec de l'Escurial*, Paris, 1880, p. 473 et p. 495, ne cite notre manuscrit que pour rappeler ses anciennes cotes.—K. K. Müller, et la chose est étonnante, ne mentionne pas notre *Scorialensis* dans son article *Sur les manuscrits de Polyen*.—J. Melber, préface de son édition de Polyen, p. XV, range le *Scorialensis* au n.° 12 de sa liste des copies issues de l'archétype florentin; il lui donne, comme avait fait Rose, la cote 129 (au lieu de T-I-12), ce chiffre étant le n.° d'ordre du catalogue de Miller (pour les autres manuscrits de l'Escorial Melber donne la vraie cote). C'est sans doute par lapsus typographique que Melber, qui n'a pas vu le volume, l'attribue au XVe siècle et non au XVIe.—A. Adler, *Catalogue des manuscrits grecs de l'Escurial rédigé par D. G. Moldenhaver et T. C. Tychsen en 1784*, dans *Mémoires de l'Académie Royale des Sciences et des Lettres de Danemark*, 7.e série, Section des Lettres, t. II, 1916, p. 351. L'auteur donne le détail des morceaux du *Scorialensis* copiés en 1784.—A. Revilla, *Catálogo de los Códices Griegos de la Biblioteca de el Escorial*, Madrid, t. I, 1936, n.° 132. L'auteur décrit le manuscrit moins sommairement que ne l'avait fait Miller: il ajoute les leçons relevées aux trois points critiques signalés par Müller.

des paragraphes, les initiales enfin sont en rouge. On ne relève que très peu de corrections en marge. Certaines sont des additions du scribe se relisant et comblant les lacunes de sa copie (1). Les tranches du manuscrit sont dorées et ciselées et, suivant le type habituel à l'Escurial, la tranche latérale du volume présente, ciselée, la cote du manuscrit: 12 ΠΟΛΥΑΙΝΟΣ + Z 11 (2). Le filigrane est l'arbalète inscrite dans un cercle surmonté d'une fleur de lys; cette marque correspond exactement au n.° 731 du répertoire de Briquet et désigne un papier italien, probablement de Vénétie, connu par un document daté de 1533. Incontestablement notre manuscrit a été écrit en Italie, à une date qui correspond sans doute à la quatrième décade du XVIe siècle. Il y a en tête du manuscrit trois folios de garde; le second porte une table sommaire du volume, de la main de Nicolas de la Torre, qui fut «écrivain grec» de l'Escurial dans le dernier quart du XVIe siècle. La reliure est en veau roux portant, frappées sur les plats, les armoiries traditionnelles, le gril à six tiges, surmonté d'une couronne. Cette reliure date du début du XVIIe siècle, sinon des dernières années du règne de Philippe II.

Les cent cinquante deux folios (3) du *Scorialensis* T-I-12 sont en majeure partie consacrés à l'oeuvre de Polyen, sous le titre Πολυαίνου στρατηγικά (fol. 1^{r}-143^{v}). Les quelques feuillets de la fin se répartissent de la façon suivante divers textes appartenant au genre des *paradoxa* (4): fol. 142^{r}-146^{v},

---

(1) Le travail de révision a été fait assez soigneusement. Notamment, le copiste a pris soin de combler les lacunes qui, au cours de la transmission du texte, s'étaient introduites dans les tables qui précèdent chaque livre des *Strategemata*.

(2) Graux et Revilla donnent comme cotes anciennes du manuscrit: I-Z-11, puis II-7-5. Cette dernière cote se lit encore aujourd'hui sur le deuxième folio de garde, suivie du reste de la cote actuelle, T-I-12.

(3) Les folios sont en réalité cotés de 1 à 151; on a omis en effet dans la numérotation le folio qui vient après 88.

(4) Il y a peut-être quelque abus à classer tous les textes que je vais citer dans la catégorie des *paradoxa*. On se rappellera cependant

Κρῆναι καὶ λίμναι καὶ πηγαὶ καὶ ποταμοὶ ὅσοι θαυμάσιά τινα ἐν αὐτοῖς ἔχουσιν; (1); fol. 147^{r}-147^{v}, Περὶ τῆς τοῦ Νείλου ἀναβάσεως; (2); fol. 147^{v}-149^{r}, Γυναῖκες ἐν πολεμικοῖς συνεταὶ καὶ ἀνδρεῖαι; (3); fol.

---

que ces divers textes, à l'exception du fragment sur le Nil, ont été édités dans la collection de A. Westermann, Παραδοξογράφοι *Scriptores rerum mirabilium graeci*, Brunsvigae-Londini, 1839.

(1) *De aquarum miraculis:* fragment tiré de la *Bibliothèque* de Photius (cod. 189), où il est attribué à Sotion. Le texte en question du pseudo-Sotion aurait, en réalité, été compilé, au moins en partie d'après le Περὶ ἀπίστων d'Isigonos de Nicée, auteur du Ier siècle après J. C. (V. Oder, *Philologus*, Suppl. VII, 1899, p. 343, note 154.) Editions: H. Stephanus, *Aristotelis et Theophrasti scripta quaedam* (Genevae). Ex officina Henrici Stephani Parisiensis Typographi, 1557, in-8.°, p. 138-143. (Ἐκ τῶν Σωτίωνος τῶν σποράδην περὶ ποταμῶν καὶ κρηνῶν καὶ λιμνῶν παραδοξολογουμένων).—Fr. Sylburg, *Aristotelis opera quae extant* (t. VI), Aristotelis varia opuscula... *Inserta sunt Sotionis et Athenaei collectanea De fluviis, lacubus et fontibus mirabilibus*, Francofurdi, apud Andreae Wecheli heredes, 1587, in-4.°, p. 123-128.—J. L. Ideler, *Physici et Medici graeci minores*, t. I, Berolini, 1845, p. 184-189.—A. Westermann, *Script. rerum mirabilium gr.*, p. 183-191.—C. Landi, *Opuscula de fontibus mirabilibus, de Nilo*, etcetera, dans *Studi italiani di Filologia classica*, t. III (1895), p. 532-538.—H. Oehler, *Paradoxi florentini opusculum*, Tubingen, 1913.

(2) *De Nili incrementi causis*, morceau qui appartient peut-être à la partie perdue du livre II du *Banquet des Sophistes* d'Athénée, et qui doit être rapproché de la *Bibliothèque historique* de Diodore de Sicile (I, 38). Editions: H. Stephanus, *Arist. et Theoph. scripta*, p. 144-146.—P. Wesseling, *Herodoti Halicarnassei Historiarum libri IX... Accedunt praeter vitam Homeri varia ex priscis scriptoribus de Persis, Aegyptiis, Nilo Indisque Excerpta*, Amstelodami, 1763, p. 788-789.—J. L. Ideler, *Phys. et Med. gr. min.*, t. I, p. 190 191.—C. Landi, *Opuscula*, p. 538-540.—Le fragment sur les crues du Nil se trouve dans les manuscrits de l'*Epitome* d'Athénée, avec les morceaux considérés comme les chutes du livre II de cet auteur. Certains éditeurs d'Athénée insèrent le morceau dans leur publication: J. Schweighaüser, t. I, 1801, p. 278; G. Dindorf, t. III, 1827, p. 163; A. Meineke, t. I, 1858, p. 129.

(3) *De mulierum fortitudine*, morceau attribué à Phlégon de Tralles par Luc Holste *(Barberinianus gr.* 59, fol. 117^{r}), et d'une manière dubitative à Artémon de Magnésie par Westermann. Editions: A. H. L. Heeren, *Bibliothek der alten Litteratur und Kunst*, Göttingen, fascicule 6, 1789, 3e partie *(Inedita)*, p. 1-24, sous le titre *De mulieribus*

149^{v}-150^{r}, Τίνες οἶκοι ἀνάστατοι διὰ γυναῖκας ἐγένοντο; (1); fol. 150^{r}, Τίνες φιλάδελφοι; fol. 150^{v}-151^{v}, *sedecim capita quorum initium* Κλέοβις καὶ Βίτων, *finis vero* φάλλους ὑπομνήματα τῆς εὐορκίας (2).

La présence de ces divers *paradoxa* à la suite du traité de Polyen va faciliter singulièrement la classement de notre manuscrit dans l'ensemble des témoins de la tradition. Ce corpus de *paradoxa*, en effet, se retrouve avec les *Strategemata* dans l'archétype de tous les manuscrits de Polyen, le *Laurentianus* LVI-1, et dans deux autres de ses descendants, le *Venetus* 414, copié par Michel Apostolios dans le troisième quart du XVe siècle, et l'*Urbinas gr.* 107, copié par le même Michel Apostolios à la même date (3). Le problème consiste donc à savoir si notre *Scorialensis* T-I-12 se rattache à l'ar-

---

quae bello claruerunt.—A. Westermann, *Script-rer. mir.*, p. 213-218.—C. Landi, *Opuscula*, p. 540-544.

(1) *De domorum eversione*, fragment à rapprocher d'Athénée, XIII, 560, *c* et *d*.—L'ensemble de tous les morceaux qui constituent la fin de notre corpus de *paradoxa* a été édité en bloc: A. H. L. Heeren, *Bibliothek*, fasc. 7, 1790, 2e partie *(Inedita)*, p. 1-20 avec le même titre que précédemment, *De mulieribus* etc.—A. Westermann, *Script. rer. mir.*, p. 218-233; Μυθογράφοι. *Scriptores poaeticae historiae graeci*, Brunsvigae, 1843, p. 345-348.—C. Landi, *Opuscula*, p. 544-548.

(2) Dans cet ensemble, les développements 2 à 7 sont relatifs à des personnages qui furent frappés par la vengeance des dieux; les développements 8 à 14 traitent de diverses métamorphoses.

Le second des développements *(inc.* Λυσύρσης Μίδου) présente un intéressant fragment de vingt-quatre vers du drame satyrique de Sosithée, intitulé *Daphnis* (Nauck, *Tragicorum graecorum fragmenta*, p. 822, fr. 2 et 3).—Tzetzès, *Chil.* II, 596, cite les vers 4-9 de notre fragment. Athénée, de son côté (X, p. 415 *b*) cite les vers 6-8 du même morceau. C'est à l'autorité de ce dernier que l'on doit l'attribution du passage à Sosithée, connu du reste comme poète tragique. Nos manuscrits des *paradoxa*, comme ceux de Tzétzès, avancent à ce endroit le nom de Sosibios. Le fragment de Sosithée avait été édité par Casaubon, d'aprés le texte de nos *Paradoxa*, dès 1596: *Theocriticarum lectionum libellus*, ch. XII.

(3) Il existe d'autres copies du corpus des *paradoxa*, prises sur le *Laurentianus* LVI-1, mais elles ne présentent pas le texte des *Strategemata* et du reste, comme elles sont très postérieures (XVIIe et XVIIIe siècle), nous n'avons pas à les examiner ici.

chétype lui-même, ou aux copies intermédiaires dues au copiste byzantin (1).

Au premier examen, nous sommes amenés à nous orienter vers les copies apostoliennes. Dans le *Laurentianus* LVI-1, en effet, le texte de nos *paradoxa* occupe une place de peu d'importance entre un fragment de Ménandre le Sophiste d'une part, et d'autre part le *Combat entre Homère et Hésiode* et divers morceaux de Theophylacte, de Polémon, de Grégoire de Corinthe, de Pollux; ce n'est qu'après cet ensemble que se lit le texte de Polyen. Michel Apostolios a donné à ses deux copies une disposition nouvelle: la presque totalité du volume est consacrée aux *Strategemata* et seuls les derniers feuillets présentent le texte des *paradoxa*, sans que rien ait été retenu des divers morceaux de Ménandre et des autres écrivains. C'est exactement la même disposition et le même contenu qu'offre le *Scorialensis*. Il paraît donc que notre manuscrit se rattache à la tradition de Michel Apostolios. Il est facile d'en donner des preuves décisives.

Ma démonstration sera fondée avant tout sur l'examen des deux endroits où le texte des *Strategemata* est mutilé. C'est d'abord la lacune importante du livre VI: on sait qu'à cet endroit dix-neuf chapitres font défaut (ch. 26-44). Cet accident, peut-être ancien, n'avait pas échappé au scribe du *Laurentianus* LVI-1 qui laissa en blanc, à l'endroit de la lacune, les deux tiers inférieurs du folio 248^{r} et tout le folio 248^{v} (2). Les différents copistes qui ont reproduit plus tard

(1) Les autres copies directes du *Laurentianus* LVI-1, antérieures à la date de notre *Scorialensis* (à savoir *Venetus app. gr.* VII-9, *Ambrosianus* R-37-Sup. (712), *Parisinus gr.* 1686 sont à éliminer de notre enquête, comme ne portant pas le texte des *paradoxa*; l'examen des leçons confirme ce jugement. Le *Londinensis Old Royal* 16-D-XVI, à peu près contemporain de notre *Scorialensis*, sinon de peu antérieur, est une copie du *Venetus app. gr.* VII-9 (voir A. Dain, *La collection florentine des tacticiens grecs*, 1940, p. 44-53).

(2) La partie laissée en blanc ne correspond pas à la longueur présumée de la lacune (sans doute de la valeur d'un cahier). Mis en présence de l'accident, le scribe du *Laurentianus* LVI-1 réagit comme

le *Laurentianus* LVI-1 ont réagi, chacun à sa façon, devant cet accident (1). Les deux manuscrits apostoliens présentent à cet endroit une particularité identique (2). Dans le *Venetus* 414, l'endroit où commence la lacune se trouve à la limite du folio 92^{r}: le bas du folio, son verso, et même les folios 93 et 94 en entier sont laissés en blanc. A l'endroit où commence la lacune, le scribe souligne l'accident par la note suivante: λείπουσι στρατηγοὶ ιθ' καὶ στρατηγήματα κε': le compte de 19 généraux et de 25 ruses de guerre pour correspondre à la partie perdue était aisé à faire à l'aide de la table initiale du livre VI. La même inscription exactement se retrouve dans l'*Urbinas gr.* 107: dans ce volume, la partie laissée en blanc correspond au bas du folio 92^{v} et aux folios 93 et 94 en entier. Les divers manuscrits de Polyen issus de la tradition apostolienne présentent la même disposition et la même formule. C'est le cas de notre *Scorialensis* T-I-12: la lacune intervient dans ce manuscrit après la troisième ligne du folio 98^{r}; le scribe reproduisit à cet endroit la formule de Michel Apostolios, et laissa

---

on faisait dans les ateliers de copie, et reprit la suite du texte en commençant en haut d'un nouveau folio. Dans la table qui précède le livre VI, une main plus récente que celle du copiste écrivit à la hauteur du chapitre 24: ἐντεῦθεν τὰ ἐφεξῆς οὐκ ἔχει, δηλονότι ἀπὸ τῶν Αἰτώλων μέχρι τοῦ Συλοσῶντος. Melber (p. XIII de la préface de son édition) estime à tort que cette note est due au scribe même du *Laurentianus*, et semble avancer qu'elle se trouve à l'endroit laissé en blanc dans le texte et non à la table du livre VI: l'éditeur a dû mal interpréter les notes qu'il avait prises en examinant le manuscrit.

(1) Michel Souliardos, qui écrivit dans le dernier quart du XVIe siècle le manuscrit de Polyen devenu aujourd'hui l'*Ambrosianus* R-37-Sup. (712), laissa en blanc les deux dernières lignes du folio 69^{v}, endroit où commençait la lacune, et tout le folio 70, se contentant, pour marquer la lacune, des mots λείπ(εται). Le scribe qui écrivit le *Venetus app. gr.* VII-9, à la même date, réagit d'une façon comparable: il laissa en blanc le bas du folio 222^{r}, à partir de la ligne 12, le verso entier de ce folio, et les 11 premières lignes du folio 223^{r}, sans signaler autrement la lacune.

(2) Michel Apostolios avait dû remarquer que la lacune du livre VI était assez importante.

en blanc le reste du folio 98, ainsi que les folios 99 et 100 en entier (1).

L'examen de la deuxième lacune dont souffre le texte de Polyen nous fera de nouveau toucher du doigt la parenté du *Scorialensis* T-I-12 avec les deux copies de Michel Apostolios. Il s'agit cette fois de la lacune finale de l'ouvrage, qui n'a d'ailleurs fait perdre que quelques lignes du traité. Se rendant compte qu'il ne manquait que peu de chose au texte, Michel Apostolios termine ses copies avec la formule suivante: Τέλος τῶν Πολυαίνου στρατηγημάτων· τὰ γὰρ λειπόμενα πάνυ ὀλίγα ἐστί; après quoi il ajoute la souscription qui indique son nom et les conditions de la copie. La formule est absolument identique dans les deux manuscrits de Michel Apostolios (2). Dans le *Scorialensis* T-I-12, au folio 142^{r}, à l'endroit où s'arrête le texte de Polyen, une note marginale reproduit la formule de Michel Apostolios: τὰ γὰρ λειπόμενα πάνυ ὀλίγα ἐστί. On observera que la conjonction γάρ ne peut se justifier ici, puisqu'on n'a pas retenu le début de la phrase, τέλος τῶν Πολυαίνου στρατηγημάτων. C'est une preuve de plus qui marque l'étroite parenté de notre copie avec les manuscrits apostoliens.

On peut, en manière de contre-épreuve, noter que le *Scorialensis* ne reproduit pas les éléments extra-textuels qu'on ne lit pas dans les copies de Michel Apostolios. C'est ainsi qu'au début du paragraphe 5 du προοίμιον du livre I, on ne voit pas dans ces exemplaires la note marginale, souvent introduite dans le texte, qu'on retouve dans le reste de la tradi-

(1) On observera que Michel Apostolios a une écriture si régulière que, sans qu'il copie ses manuscrits page pour page, la lacune se trouve, dans les deux exemplaires issus de sa main, au folio 98.

(2) Dans le *Venetus* 414, la fin du texte se trouve au folio 132^{r}, la formule finale et la souscription étant au bas du folio 132^{v}.—Dans l'*Urbinas* 107, la fin du texte est de même au folio 132, mais au verso cette fois; la formule et la souscription sont reportées au bas du verso du folio 133, laissé en blanc pour le reste. Dans l'un et l'autre manuscrit, ce n'est qu'après la signature de Michel Apostolios que commence le texte des *paradoxa*.

tion: τίνες δόλῳ ἐχρήσαντο. Cette note n'a été introduite, de seconde main, dans le manuscrit prototype, le *Laurentianus* LVI-1, qu'après que Michel Apostolios eût fait son travail de copie. On ne la retrouve donc pas dans le groupe des manuscrits appartenant à la tradition apostolienne.

L'examen des leçons du texte fait aboutir à la même conclusion. Toutes les leçons communes propres aux manuscrits de Michel Apostolios se retrouvent dans le *Scorialensis* T-I-12. Je citerai deux exemples seulement qui, en raison de leur peu d'importance, montrent que la parenté de ces divers témoins s'étend aux plus petits détails. Dans le chapitre I du livre VI, au premier paragraphe, le texte de la première phrase débute ainsi: Ἰάσων βουλόμενος ἐπιθέσθαι πόλει θετταλικῇ; la tradition apostolienne omet le mot πόλει; or, la même omission se constate dans notre *Scorialensis*. Pareillement, au paragraphe 7 du même chapitre, la leçon ἐνέδωκεν a remplacé, dans les manuscrits apostoliens, la leçon du prototype, ἀπέδωκεν. Or, c'est cette leçon ἐνέδωκεν qui se lit dans notre copie.

Il reste à déterminer quel est celui des deux manuscrits de Michel Apostolios auquel se rattache le *Scorialensis* T-I-12. A mon avis, c'est le *Venetus* 414, la plus ancienne des copies du scribe byzantin, qui a servi directement de modèle au scribe du manuscrit de l'Escurial; la seconde copie de Michel Apostolios, l'*Urbinas gr.* 107, avait du reste été prise sur ce même *Venetus* (1).

J'invoquerai d'abord le témoignage des tables placées au

(1) Les deux manuscrits de Michel Apostolios se ressemblent étroitement. Melber, qui ne mit pas en doute que l'*Urbinas* ne fût une copie du *Venetus*, ignore que l'*Urbinas* est dû, lui aussi, à la main du même scribe. Michel Apostolios exécuta deux copies des *Strategemata* de Polyen: l'une faite, sur beau parchemin, devint la propriété du cardinal Bessarion, et passa par cette voie dans la Bibliothèque de St Marc; l'autre, écrite sur papier italien (et non sur bombycin, comme le dit Melber) parvint, je ne sais dans quelles conditions, dans la bibliothèque des ducs d'Urbin, avant d'entrer au Vatican. Les deux manuscrits, copiés l'un et l'autre en Crète, portent la même souscription.

début de chaque livre des *Strategemata*. A dire vrai, le seul examen de ces tables, qui bien entendu ne remontent pas à Polyen lui-même, pourrait servir à procurer le classement de l'ensemble des manuscrits de Polyen: leur disposition extérieure, la manière dont on a comblé les lacunes, la façon dont on a corrigé les erreurs qui s'introduisent toujours dans les morceaux de ce genre plus facilement que partout ailleurs, ce sont là autant de traits particulièrement instructifs.—Je m'attacherai ici à l'examen de l'index du livre I. Dans le manuscrit prototype, le *Laurentianus* LVI-1, la table initiale du livre I se présente de la façon suivante: deux colonnes de noms, celle de gauche commençant par Διόνυσος γ', celle de droite par Θεμιστοκλῆς η', ce qui veut dire que le chapitre relatif à Dionysos rapporte trois stratagèmes, tandis qu'il y en a huit dans celui qui a pour objet Thémistocle; les colonnes doivent être lues verticalement, en commençant par celle de gauche. Diverses erreurs de classement, remontant sans doute assez haut, s'étaient introduites dans cetle table. Toujours est-il que dans l'index du livre I du *Laurentianus*, les noms de Πολυκράτης, de Πίττακος, de Βίας, de Θήρων et de Ἱέρων sont rejetés à la fin de la table, avec des signes de renvoi qui indiquent à quel endroit de la liste chacun de ces noms propres devraient figurer. Une main différente de celle du scribe ajouta dans l'interligne, à l'endroit où ils manquaient, les noms de Νικίας et de Ἑρμοκράτης. Quant aux noms d' Ἀκούης, de Κλεομένης et de Κόδρος, ils ont été omis aussi bien par le scribe lui-même que par le réviseur. Michel Apostolios, copiste soigneux, devait mettre bon ordre à cela. Ecrivant d'abord le *Venetus* 414, il reproduisit la table du livre I sur une seule colonne, avec la disposition suivante: Διόνυσος στρατηγήματα γ'. Chacune des additions introduites par le réviseur du *Laurentianus* a été copiée par lui directement, et chacun des noms déplacés a été remis à sa bonne place, en suivant l'indication des signes de renvoi. Ce travail fait, Michel Apostolios compara le contenu de la table avec le contenu du livre, et remarqua au cours de cette collation l'absence des noms d' Ἀκούης, de Κλεομένης et de Κόδρος dans l'index

initial. Il ajouta ces noms, dans l'interligne, à l'endroit convenable, en se servant d'*encre rouge*. Michel Apostolios s'aperçut en outre que l'index présentait le nom de Κλέων, puis celui de Θεόδωρος (ch. 37), alors qu'il s'agissait d'un seul stratagème, celui que Cléon opposa à Théodoros. Notre scribe mit alors une accolade devant les noms Κλέων et Θεόδωρος, avec la mention ἕν, et une autre accolade devant le chiffre α' placé en regard de chacun des noms. C'est exactement la même disposition, avec les mêmes parties écrites *en rouge* et les mêmes accolades que nous se trouvons dans le *Scorialensis* T-I-12.

Mais voici qui prove que notre manuscrit de l'Escurial ne dépend pas de l'*Urbinas gr.* 107, la seconde copie du scribe byzantin. Dans ce volume, la rubrication n'a pas été exécutée. Il en résulte que manquent non seulement les initiales des noms propres qui devaient être marquées en rouge, mais encore les noms propres eux-mêmes qui avaient été ajoutés à l'encre rouge dans le *Venetus.* 414 (1). L'absence, dans l'*Urbinas*, de ces particularités extérieures notables empêche que cette copie puisse être considérée comme un intermédiaire entre le *Laurentianus* et le *Scorialensis*, où ces particularités se retrouvent intégralement.

Le lecteur aimera sans doute savoir quelles sont les leçons du *Scorialensis* T-I-12 aux points sensibles signalés dans la préface de Melber, points correspondant à des accidents dont a souffert le manuscrit prototype, le *Laurentianus* LVI-1. Au premier paragraphe du chapitre 1 du livre VI, dans l'expression μηδενὸς προγνόντος, un trou de ver a fait disparaître le γ du participe. Les différentes copies issues du *Laurentianus* se séparent sur l'interprétation de ce point. Le *Marcianus* 414 de Michel Apostolios, compliquant la faute d'une confusion de voyelle, présente la leçon προ ἑντος avec un léger blanc au milieu du mot (2): c'est cette leçon qu'on lit encore dans le

(1) A noter toutefois que l'un des trois noms, Ἀκούης, a été ajouté après coup dans l'interligne, à l'encre *noire*.

(2) La préface de Melber (p. XIII) relève la leçon προ εντος, sans

Scorialensis, mais l'intervalle qui sépare les deux parties du mot est nettement plus réduit.—Au paragraphe 7 du même chapitre, on lit dans le prototype δεξάμενος τὸ χαρ(τάριον ?) ὄνομα ἔθετο τῷ παιδίῳ Π[ορ]θ[άο]να: la fin du troisième mot, mise ici entre parenthèses et de nature toute conjecturale, a été rongée par un ver: il en va de même pour les lettres mises entre crochets droits du nom propre Πορθάονα. Arrivé à cet endroit de la copie, Michel Apostolios écrivit simplement χαρ et laissa en blanc la place correspondant aux dernières lettres du mot; quant au nom propre, il l'écrivit Πορθανα (sans accent) (1). De nouveau, c'est ce même arrangement qu'on retrouve dans le *Scorialensis*.—Le troisième point crucial se situe au chapitre 49 du livre VII. Dans le prototype, le nom propre Ταΰγετον est altéré de la façon suivante: les trois premières lettres se trouvent à la fin d'une ligne, mais on ne lit plus qu'avec difficulté le υ final; à la ligne suivante, le γ a disparu, et le ε qui le suit ne se déchiffre plus qu'avec peine. Michel Apostolios interprêta ταυ τὸν, en laissant un blanc à l'intérieur du mot et en accentuant sur la finale. C'est cette même leçon, avec le même accent, que nous lisons dans le *Scorialensis*, mais le blanc médian a disparu. Toutes ces leçons confirment la parenté de manuscrit de l'Escurial avec celui de Venise (2).

Au total, notre scribe reproduit fidèlement son modèle: il maintient les fautes qu'il rencontre, sauf quand elles lui paraissent de purs lapsus. Les deux copies de Michel Apostolios portent μέλειν au lieu de μέλλειν (livre VI, ch. I, § 1); notre copiste rétablit la bonne leçon μέλλειν.

---

accent. Mes notes prises sur le *Venetus* portent un accent, comme d'ailleurs en présente le *Scorialensis*.

(1) Les leçons données sur ce point dans la préface de Melber (p. XIV) sous la cote *Venetus* sont, non pas celles de notre *Venetus* 414, mais celles du *Venetus app. gr.* VII-9.

(2) Dans mon étude sur *La collection florentine des tacticiens* grecs (p. 49 et 50) on trouve les leçons que présentent, pour ces trois points cruciaux, le *Venetus app. gr.* VII-9 et sa copie, le *Londinensis Old Royal* XVI-D-16.

On ne sait rien de sûr touchant le transfert de notre manuscrit en Espagne. Ni Ch. Graux, ni le P. Revilla n'ont avancé quoi que ce soit à ce sujet. Il est tout au moins permis de faire une hypothèse.—La Bibliothèque de l'Université de Barcelone possède dans le manuscrit 8-1-40 l'original d'une lettre adressée de Sarragosse par Manuel Clinzunis à Antoine Augustin, évêque de Tarragone, lettre datée du 6 avril 1581 (1). Ledit Glinzunis, originaire de Chio, était bouquiniste et semble avoir fait le commerce de livres en Italie. En 1581, il se trouvait en Espagne où, muni le lettres de recommandation de ses amis de Rome, il tenta d'écouler sa marchandise, et notamment s'adressa à Augustin «très illustre, très pieux et très philosophe archevêque de Tarragone» (2). La liste des manuscrits proposée à Augustin comprend, entre autres mentions, la note suivante: Πολυαίνου στρατηγημάτων βιβλία ὀκτώ. Ch. Graux estima «que la mention en question désignait le n.° 230 du catalogue des manuscrits d'Augustin, qui parut l'année même de sa mort, en 1586» (3). C'est là une erreur assez étonnante de la part d'un philologue aussi averti que l'était Ch. Graux. Le Polyen coté 230 dans l'inventaire d'Antoine Augustin est aujourd'hui le *Scorialensis* Ω-IV-21, que du reste porte encore le chiffre 230 à la marge inférieure du premier folio. Ce manuscrit a été copié en 1574, à l'Escurial même, par André Darmarios, pour le compte d'Antoine Augustin, alors évêque de Lérida (4). Ce volume ne saurait donc être confondu avec le manuscrit que Glinzunis avait apporté dans ses bagages. Je ne sais si Augustin acheta à Glinzunis quelques uns des manuscrits que ce bouquiniste lui proposait. En tout cas, il n'acheta pas le Polyen, puisqu'il avait déja fait exécuter lui-même une copie des *Strategemata*. J'ima-

(1) Publiée par Ch. Graux, *Les origines du fonds grec de l'Escurial*, 1888, p. 442 et 443.

(2) *Origines du fonds grec de l'Escurial*, 1880, p. 230.

(3) *Ant. Augustini archiepiscopi Tarracon. bibliotheca graeca ms. latina ms., mixta ex libris editis*, Tarracone, 1586.

(4) Ce manuscrit a été copié sur l'actuel *Scorialensis* T-II-20 écrit en France par Jacques Diassorinos.

gine que notre chiote vendit le volume à quelque autre collectionneur d'Espagne, et c'est par cette voie que le manuscrit entra, assez rapidement du reste, dans l'illustre bibliothèque de l'Escurial (1).

Le volume y resta profondément ignoré. Le texte des *Strategemata* n'attira jamais l'attention d'aucun philologue, et je suis sans doute le premier à l'avoir étudié, si l'on met à part les auteurs de catalogues. Si le *Scorialensis* T-I-12 connut quelque notoriété, ce n'est pas à cause du texte de Polyen. Ce sont les folios de la fin, portant le texte des *paradoxa*, qui ont exercé la sagacité des érudits. Il existe deux copies de ces textes. L'une, due à Janus Valckeneaer, constitue aujourd'hui, à la bibliothèque de Leyde, le *Leidensis* BPL 875. L'autre copie est due au travail commun de Tychsen, pour les deux premiers textes des *paradoxa*, et de Moldenhaver pour les deux autres. Cette copie manuscrite a servi à Heeren pour son édition des *paradoxa;* elle est aujourd'hui à la bibliothèque de Copenhague, nouveau fonds royal, in-fol. 426. Au moins, par cette voie détournée, le *Scorialensis* T-I-12 a-t-il joué un rôle dans l'histoire de la philologie. De toute façon, il importait de connaître ce témoin, et de marquer sa parenté avec les autres exemplaires des *Strategemata*. La source commune de nos manuscrits de Polyen étant conservée, notre manuscrit n'a pas à intervenir dans une édition de cet auteur: et c'est simplement comme témoin de l'histoire du texte des *Strategemata* que j'ai voulu étudier ce volume de l'Escurial.

A. Dain.

(1) Outre les *Scorialenses* T-I-12, T-II-20 et Ω -IV-21, le monastère royal possède encore un autre manuscrit de Polyen, coté aujourd'hui Ω -I-11. Ce volume, copie du *Venetus* 414 pour ce qui est du Polyen, vient de la bibliothèque de Hurtado de Mendoza et, en raison même des dates, ne peut être le volume proposé par Glinzunis. Il n'y a pas d'autre manuscrit de Polyen en Espagne.

INFIDUS - INFOEDUS

Bei Eutropius 10, 3, 2 heisst es: *Herculius ... vir ad omnem acerbitatem saevitiamque proclivis, infidus* (1), *incommodus, civilitatis penitus expers.* Die Lesart *infidus* stammt aus den Codd. des Archetyps A, während die Codd. L und O *infoedus* überliefern. Auf den ersten Blick möchte man eine graphische Variante annehmen, die auf einem Versehen des Schreibers beruht. Diese Erklärung scheint mir hier etwas zu einfach und sogar falsch zu sein, da wir paläographisch Verwechslung von 'i' und 'oe' in lateinischen Wörtern nicht finden (2). Bei der Prüfung der Ueberlieferung zeigt sich, dass zwar beide Codd. zur gleichen Familie des Archetyps B gehören, aber keineswegs voneinander abgeschrieben sind (3). Wichtig ist auch, dass die Orthographie beider Codd. nicht schlecht ist und weit gleichmässiger als die des korrupten Cod. G, der nur wenig älter ist (cf. Droysen a. a. O. VII).

Dass Eutrop selbst *infoedus* geschrieben habe, wäre bei näherem Zusehen nicht so undenkbar. Aus den dürftigen

---

(1) Die griechische Metaphrase des Paianios gibt ἄπιστος.

(2) Anders bei griechischen Wörtern. Cf. *goerus-girus, synaloephe-synaliphe,* etc.; *infedus* für *infoedus* wäre dagegen möglich gewesen; doch ist dann die natürliche Assoziation *infidus.* Zudem liegt der Fall hier nicht vor. Cf. L. Havet, *Manuel de critique verbale appliquée aux textes latines.* Paris 1911, §§ 909, 948, 1062.

(3) Droysen, praef. V 'L. Bertiniano quam maxime simili neque tamen ex eo descriptus'. Der Cod. Bertinianus (O) ist etwa 10. oder 11. Jahrh., der Cod. Leidensis (L) im Anfang des 10. Jahrh. geschrieben.

biographischen Angaben (cf. RE s. v.) können wir immerhin entnehmen, dass nicht das Lateinische, sondern das Syrergriechische seine Muttersprache war. Seine lat. Aussprache mag darum einige phonetische Eigentümlichkeiten gehabt haben. Mag er selbst also ἰνφῦδος gesprochen haben, so könnten wir aus der lautlichen Gleichheit von οι und υ zur Annahme kommen, dass er etymologisierend *infidus* mit *foedus* assoziiert hat. Beide Wörter enthielten für ihn den gleichen Laut *(oi-oe)*! Die Schreibung *infoedus* wäre demnach Eutrop selbst sehr wohl zuzutrauen gewesen (1). Umso mehr, als wir in seinem *Breviarium* ausser einer *varia lectio* kein unmittelbar zugehöriges Wort finden (s. u.).

Wenn wir diese *scriptura speciosa* des Eutrop nicht annehmen wollen, wäre es immer noch verwunderlich, wenn den Kopisten beider Codd. das völlig unbekannte Wort *infoedus* nicht aufgefallen wäre.

Betrachten wir darum die chronologische Entwicklung von *infidus* selbst: Zur Zeit des Eutrop ist das Wort bereits auf dem Wege des Abstiegs. Der Höhepunkt seiner Lebenskraft liegt zwischen Livius und Silius Italicus, Statius. Von den Späteren haben es in seiner profanen *(is qui fidem non praestat)* Bedeutung 'treulos' häufiger nur noch Ammian, Avien und Claudius Donatus. Sie fallen zeitlich mit Eutrop in den gleichen knappen Zeitraum - Ausgang des 4. Jh. Das Wort stirbt aus, weil sein Konkurrent *infidelis* bei den Ecclesiasten in der aktivischen Bedeutung 'ungläubig' Gnade gefunden hat und gerade in entgegengesetzt chronologischer Entwick-

---

(1) Dieser Ansicht möchte mein hochverehrter Lehrer Ernst Bickel Wahrscheinlichkeit zubilligen, wie er mir in mehrfacher Korrespondenz mitteilte. Es bleiben für mich einige Zweifel an der Wahrscheinlichkeit der Annahme, da wir über das Leben des Eutropius zu ungenau unterrichtet sind und als sicher annehmen dürfen, dass er der römischen Umgangssprache wenigstens in dem Umfange mächtig war, als es der Verkehr selbst an einem griechisch sprechenden Hofe erforderte. Diese etymologisch gelehrte Schreibung findet zudem bei Eutrop keine (mir bekannte) Parallelen. Man denke an das Beispiel des Apuleius!

lung im 3. Jh. zu machtvoller Bedeutung gelangt, die es bis zum Ausgang des lat. Mittelalters nicht mehr verloren hat (1). *Infidus* besass zur Zeit des Eutrop keine Lebenskraft mehr (2). So darf es nicht verwundern, wenn in der sowieso nicht sehr reichen Sprache des Eutrop unser *infidus (-foedus)* der einzige Beleg des Wortes ist. Von verwandten Wörtern finden wir einmal (7, 8, 4) *inamicos fidissimus*, wofür aber die Codd. P und D *fidelissimus* überliefern. Ferner *fides* siebenmal, jedoch ausschliesslich in der festen Verbindung *in fidem accipere. foedus, -eris* zweimal (4, 17, 1 sqq.). Vom Text her können wir demnach nur einen semasiologischen Aufschluss erhalten: *infidus (-foedus)* bedeutet in erster Linie 'treulos' in Sinne von 'vertragsbrüchig'. Herculius war ein Mann, der seinen Freunden das gegebene Wort brach und auf den in politischen Verträgen kein Verlass war. Ueberhaupt schimmert bei *infidus* durchweg die Bedeutung *foedus rumpens* oder *perfidus foedere rupto* hindurch (3). *infidus* hat also im persönlichen Gebrauch keineswegs den Bezug auf *foedus* verloren: Es bedeutet zunächst einfach 'der, dem man im persönlichen und staatlichen Verkehr keine *fides* schenken, mit dem man kein *foedus* eingehen kann'.

Vielleicht lässt sich von diesen semasiologisch-etymologischen Ueberlegungen zu weiteren Schlüssen gelangen. Dass der etymologische Zusammenhang (4) mit *foedus* auch den Alten bekannt war, wissen wir von Festus (Paul. Fest. p. 84 *foedus appellatum ab eo, quod in paciscendo foede* [*foedere*]R,

---

(1) Und das trotz der Rivalität mit *incredulus*, das von Hieronymus in der Vulgata einige Male dem *infidelis* der Itala entgegengesetzt wird. Cf. H. SCHMECK, *Infidelis. Ein Beitrag zur Wortgeschichte.* 'Vigiliae Christianae' 5, 1951, 129-147.

(2) Das zeigt sich aus dem Fehlen von Fortsetzern in den romanischen Sprachen, wo ebenfalls *fidus* von *fidelis* übertroffen, oft gar abgelöst wurde.

(3) Cf. Cic. *prov.* 33 *ceterae partes (sc. Galliae) a gentibus aut inimicis huic imperio aut infidis... tenebantur.* Hor. *carm.* 4, 15, 23 *Persae.* Liv. 24, 45, 3 *socius.* Sil. 6, 64 *Poenis.* et al.

(4) Cf. Walde-Hofmann[3] s. v., Sommer Hdb. § 49 A a.

fide T] *hostia necaretur...; vel quia in foedere interponatur fides)* und Cicero (Serv. auct. Aen. 8, 641 *Cicero foedera a fide putat dicta*, cf. rep. 4, 7. off. 1, 23) (1). Ebenso Isidor orig. 8, 2, 4 *et inde fides vocata, ab eo quod fit illud quod inter utrosque placitum est, quasi inter deum et hominem; hinc et foedus.*

Für Eutrop selbst hätte also genug Veranlassung bestanden, eine etymologisierte Form *infoedus* zu gebrauchen. Für die späten Kopisten bedenke man aber die Tatsache, dass die *Etymologiae* des Isidor zu den meistgelesenen Büchern des Mittelalters gehörten (2), und die Freude der Epoche am Etymologisieren überhaupt. So scheint es mir nicht absurd, dass die Schreiber von *infoedus* sich von etymologischen Vorstellungen haben 'irreführen' lassen. Bedenken wir zudem die nicht immer glückliche Kombination von Intelligenz und Schönschreibfähigkeit bei Schreibern und Abschreibern, so ist es nicht verwunderlich, wenn ein seltenes und in der Umgangssprache nicht mehr lebendes Wort zur Verdeutlichung 'frisiert' wird.

Damit wird *infoedus* (selbst als *vox speciosa)* kaum in die ehrenvolle Reihe klassisch-lateinischen Wortgutes vorstossen können. Für das Latein des Mittelalters und damit unserer Codices mag es immerhin Erwägung finden.

Helmut Schmeck.

München.

(1) Cf. das von Varro *ling.* 5, 86 für Ennius bezeugte *fidus, -eris.* Die Glossen geben u. a. II, 530, 30 *fidos synthece* aus Servius, das sicher vulgär entstellt *(-us* zu *-os),* aber dennoch, wie vielleicht auch *infoedus,* die etymologisierte Form des Schreibers wiedergeben kann. Hierher gehören auch *confoedusti* (Paul. Fest. p. 41) und *fidusta* (Paul. Fest. p. 89). Cf. Thes. L. L. s. vv.

(2) Cf. Manitius, pp. 53 und 66.

ANTROPÓNIMOS CRETENSES

I

En dos trabajos anteriores, publicados en esta misma revista—«Minoiká», EMERITA, XVI, págs. 92-122, y «Mitanni en Creta», EMERITA, XVII, págs. 212-246—he expuesto mi convicción de que las inscripciones cretenses de época minoica están redactadas por lo menos en dos lenguas asiánicas: la *lelege* y la *hurrita-mitanni*. La simple lectura del primero de dichos trabajos hace ver que esta tesis no responde a un propósito preconcebido del autor de demostrar a todo trance la identificación de la lengua de las tabletas cretenses con otras determinadas, sino que ha sido llevado a ella gradualmente por la sola comparación de las lecturas que ofrecen mayor garantía de solidez—las de palabras constituídas exclusivamente por signos que tienen indudables correspondencias dentro del silabario chipriota—con las de palabras aisladas pertenecientes a lenguas anatolias del segundo milenio. La existencia de dos series paralelas de palabras o grupos de signos, precedidas o no por el signo de lectura *le-*, le hizo atribuirlas al pueblo de los *leleges* cuya lengua se caracteriza precisamente por la formación del plural mediante el prefijo *le-*. Por otra parte, en el segundo de los artículos citados, el estudio de las palabras cretenses que por su posición en la parte introductiva de las tabletas siempre habían despertado sospechas de desempeñar una función puramente gramatical, y su comparación y coincidencia con algunas formas conocidas de la lengua *hurrita* o *mitanni*,

hacían lícita la conclusión de que la parte predominante, y más reciente, de las inscripciones eran debidas a pueblos de esta lengua. Así, pues, Creta habría sido colonizada por dos poblaciones de lengua asiánica, coincidentes con dos oleadas de expansión étnica desde la península minorasiática datables en el tercero y segundo milenios antes de J. C.

Por dos caminos puede proseguirse la investigación y eventual confirmación de la tesis asiánica: 1.°, por medio de un estudio más a fondo de dichas lenguas que permita aislar y conocer el mayor número de formas gramaticales, especialmente verbales, y su ulterior identificación en las inscripciones minoicas. Estas identificaciones son de importancia, pero no es de creer que aumente mucho el número de las ya logradas, por la índole de los documentos cretenses, en su inmensa mayoría destinados a la contabilidad y en los que la parte gramatical juega un papel mínimo.

2.° En atención a esta naturaleza de las tabletas, que deben ser concebidas como listas de nombres propios de oferentes, es a ellos a quienes debemos volvernos. Es difícil decidir *a priori* si estos nombres designaban exclusivamente localidades, como piensan Sundwall y Hrozny, o personas, tal como lo interpretaba Evans. Esta última es también la autorizada opinión del profesor Myres, de Oxford, según amable comunicación particular, para quien el contenido de las tabletas está constituído íntegramente por nombres personales. Es una posibilidad que no debemos descuidar, ya que la investigación a base de antropónimos en terrenos poco conocidos históricamente puede contribuir a la confirmación de resultados logrados por consideraciones de otro orden (1).

(1) Así, A. Götze, a base de topónimos y antropónimos, ha podido determinar la extensión de la capa hurrita por el territorio del lago de Van, precisamente donde más tarde, en el primer milenio antes de J. C., renacería bajo la forma de reino de Urartu. Vid. su *Kulturgeschichte des Alten Oriens, Kleinasiens*, München, 1933, pág. 175, y *Hethiter, Churriter und Assyrer*, Oslo, 1936, pág. 104. Ya señalada esta conexión por Lehmann-Haupt y por J. Friedrich en *Der gegenwärtige Stand unseres Wissens von der churritischen Sprache, Ex Oriente Lux*, Leiden, pág. 95 sig.

Y puesto que se trata de poner a prueba el fundamento de nuestra teoría sobre la presencia en Creta de las dos grandes oleadas asiánicas, debemos dirigir nuestra atención a las numerosas fuentes lingüísticas del Asia Anterior, fácilmente agrupables en dos grandes conjuntos que, en líneas generales, son atribuibles a ambos momentos de la expansión asiánica, esto es, las *tabletas capadocias* para el primero, y la masa de *nombres hurrita-mitannis* dispersos por las tabletas de Kerkuk, Mishrifé y, en general, por toda el área del Asia Anterior desde el Zagros a Siria y Palestina. El presente estudio se limita a los antropónimos contenidos en las primeras, dejando para otro trabajo la comparación con los abundantes nombres hurritas de persona.

* * *

Las tabletas capadocias sólo desde finales del siglo pasado han comenzado a ser objeto de estudio: T. G. Pinches presentó en 1881 una comunicación (1) sobre una tableta del British Museum con líneas trazadas entre los renglones, que le pareció ser un contrato. A ella asimiló otra de la Bibliothéque Nationale de París, y las atribuyó a Capadocia, de la que no se conocía nada aún. No le parecieron escritas ni en lengua accadia ni en asiria. Bertin juzgó el lenguaje nuevo, escrito silábicamente y debido a los *moscos*. Al año siguiente, 1882, Ramsay adquirió otras cinco cerca de Kaisariéh y Sayce las transcribió, haciendo notar que algunos de sus signos eran muy peculiares. De 1891 data la obra magistral del egiptólogo ruso Golénischeff sobre 24 nuevas tabletas (2): confirmó la autenticidad de las mismas y aumentó el material lingüístico hasta 486 líneas, de ellas 340 completas. Determinó que los signos son los babilónicos a la vez en sus formas anti-

(1) Vid. Pinches, Theophilus G., *The Cappadocian Tablets Belonging to the Liverpool Institute of Archeology, Annals of Archeology and Anthropology*, Vol. I, núm. 3.

(2) Golénischeff, W., *Vingt-quatre Tablettes Cappadociennes*, 1891.

guas y modernas, unas veces trazados con sencillez, otras con variantes retorcidas. Ya notó que uno de los rasgos más atractivos de las tabletas era el elevado número de nombres propios que contenían, a pesar de no estar provistos del determinante babilonio-asirio de nombres masculinos: como a cada uno seguía el de su padre, en total ascendían a unos 65, en gran mayoría formados por teóforos asirios y babilonios. Un nuevo paso en el estudio de las tabletas representó el trabajo clásico de Delitzsch (1), en que al fondo de las ya conocidas añadió otras 30 adquiridas por la Universidad de Pensylvania. Delitzsch profundizó el examen y análisis de los signos demostrando que lo que se creía ser variantes eran signos distintos con distinto valor. La lengua resultaba ser un dialecto de la asiria, si bien con numerosas palabras—entre ellas nombres propios en número creciente—extranjeras no semíticas. G. Contenau (2), añadió el análisis de los documentos que las excavaciones clandestinas habían proporcionado a museos y colecciones; su obra daba, además, una lista muy completa de todos los nombres propios de procedencia capadocia conocidos hasta la fecha.

La bibliografía ha seguido aumentando considerablemente sobre cada una de las cuestiones que para el conocimiento del mundo oriental plantean las tabletas: situación de los semitas en Capadocia, naturaleza de las relaciones comerciales y económicas, índole de los textos, escritura y lengua de los mismos; pero para el objeto de este trabajo, recopilación de nombres propios, es suficiente citar la obra de Ferris J. Stephens (3) que contiene un excelente tratamiento de la cuestión, además de bibliografía no sólo de los antecedentes sino de obras similares sobre antropónimos de otro origen en toda el Asia Anterior.

---

(1) Delitzsch, Fr., *Beitrage zur Entzifferung und Erklärung der kappadokischen Keilschrifttafeln*, Leipzig, 1893.

(2) Contenau, G., *Trente tablettes Cappadociennes*, París, 1919.

(3) Stephens, Ferris J., *Personal Names from Cuneiform Inscriptions of Capadocia, Yale Oriental Series: Researches: Volume XIII-1*, New-Haven, 1928.

Que las tabletas proceden, efectivamente, de Capadocia y la intuición de Mr. Pinches en atribuirlas a este origen fué certera, lo han demostrado las excavaciones de la misión checa, dirigidas en 1925 por Bedrich Hrozny en la colina de Kultepé, a unos 20 kms. al NE. de Kaisariéh, y en una pradera vecina: aquí multitud de tabletas han sido desenterradas en grupos de 20, 80 y hasta de 250, un tiempo contenidas en vasos y agrupadas, a juzgar por los individuos en ellas mencionados, por familias, como hace conocer la determinación de parentesco. Como en gran número de ellas se hace referencia a la ciudad de Kanès como sitio de residencia de las personas nombradas, parece natural identificar Kultepé con Kanès. Otras excavaciones llevadas a cabo en Alishar por el Instituto Oriental de Chicago en 1928-1929, aunque considerablemente más pobres en resultados en cuanto a la cosecha de tabletas no lo han sido tanto que, al lado de otras características—cerámica y glíptica—no permitan datarla y considerarla como perteneciente a la misma capa que Kultepé.

Tenemos así atestiguada en la cuenca del Halys la existencia de una sociedad muy mezclada (1) cuyo rasgo característico lo constituye la presencia de comerciantes asirios que recibían sus instrucciones de «la ciudad», es decir, de Assur, bajo cuya jurisdicción estaban, aun reconociendo las instituciones de la sociedad asiánica en medio o, mejor, al lado de la cual vivían. Pues su situación parece ser la de una cierta extraterritorialidad: sus despachos estaban situados

(1) Para Stephens, págs. 4 sig., el examen de los nombres revela una mixtura de razas con ligero predominio del elemento semítico constituído por semitas occidentales, babilonios primitivos y asirios. Los no semitas tienen grandes semejanzas con nombres hititas, subartios e incluso arios. Vid. además Hrozny, *Histoire de l'Asie anterieure*, página 123 sig., y Götze: *Hethiter, Churriter*, & pág. 28 sig. El elemento ide. más antiguo conocido en Anatolia está representado por los luvitas; los hititas (nesitas) sólo aparecen al final de la época de Kultepé: de tal manera coincide la brusca cesación de las tabletas capadocias con el comienzo del archivo de Boghaz-Koi que es necesario ver en ambos hechos consecuencias de la invasión hitita.

en Kultepé, fuera de la ciudadela, y fechaban sus años según los *limmu* o magistrados epónimos asirios, si bien se sospecha que aquí en lugar de designar el año solamente refieren a períodos de tiempo más breves. Como quiera que sea, los nombres de los *limmu* son siempre de cuño semítico. La lengua es siempre el accadio, más afín al viejo asirio que al babilonio. La fecha, a juzgar por un cilindro de Sargón de Asiria, debe colocarse en el año 2000 a. de J. C.; como los documentos no es probable que cubran más de un siglo, responden muy bien al período 2050-1950, o al 1900-1800, según la cronología corta, en todo caso al principio del segundo milenio, pero representando la continuación de un estado de cosas muy anterior, el que reflejan documentos de tiempo de Sargón de Agadé y Naram-Sin, cuando estos reyes debieron ir en apoyo de los comerciantes de su raza oprimidos por las poblaciones proto-hattitas. A esta capa étnica, la más profunda y fundamental de Anatolia, que en el estado de nuestros conocimientos debemos considerar como aborigen, hay que asignar la mayoría de los nombres no semíticos contenidos en las tabletas capadocias. Las analogías e incluso identidades que muestran con los nombres hallados en otros lugares como Kerkuk, atribuibles a la capa de población hurrita, permiten considerarlos como manifestaciones aisladas, temporales y locales, de la unidad lingüística existente en el Asia Anterior en torno a la parte meridional de Mesopotamia. Que esta vieja población asiánica no se mantuvo dentro de los límites continentales sino que mandó colonizadores a través del mar occidental hacia las islas del Egeo es lo que parece deducirse de la comparación que voy a establecer entre los nombres propios, o sus elementos componentes, contenidos en las tabletas de Capadocia y las lecturas de grupos de signos claramente legibles de las minoicas. Para ello me serviré de la citada obra de Ferris J. Stephens a la que constantemente aludiré con la indicación *Steph.* Las abreviaturas empleadas en la designación de las fuentes cretenses son las empleadas en mis dos trabajos anteriores al referirme a las obras de Evans, Sundwall y Pugliese-Carratelli. En lugar de

considerar las lecturas cretenses como un todo indistinto, tomaré primeramente las pertenecientes a la Clase lineal A y, a continuación, las de la B, con el fin de que se puedan sacar más fácilmente consecuencias basadas en la cronología y frecuencia de los antropónimos.

I. Clase lineal A

A-li-li (Steph., págs. 12, 77), con significado de «fuerte» más bien que conteniendo el nombre de Dios, *A-li*, usual en la primera dinastía de Babilonia. En las tabletas cretenses, *A-le-le* (lám. I, 1), frecuente como donante en HT. 1*a*, 3, 49, 88, 117*a* y 122*a*.

A-ni-na-m (Steph., págs. 14,78), relativo a *a-nî-nu* «gracia». En cretense, *A-ni-na-m(o)* (lám. I, 2), es decir, un nombre idéntico, en HT. 54*a*.

A-nu-a (Steph., págs. 15, 78), de la anterior raíz o de *annu*, igualmente «gracia». En Creta, *A-nu-* (lám. I, 3) sobre HT. 115 *b*, que desgraciadamente deja la lectura incompleta.

Bâ-nu (Steph., pág. 82), «constructor» «creador», como segundo elemento en numerosos nombres compuestos. En Hagia Triada, *Ba-nu-ue* (lám. I, 4) en HT. 94*a* y 122*a*.

Be-li-(Steph., pág. 26), elemento en *Be-li-a, Be-li-li, Be-lim-ba-ni*, y *Ba-ni* relacionable con la raíz del anterior. En la escritura capadocia con el mismo signo se expresan *li* y *ni*. En Creta, *Be-ni* (lám. I, 5) sobre la tableta de bronce de Psychros («Palace», I, fig. 471) designa al oferente.

Bu-li-, Bu-li-a, Bu-li-na (Steph., pags. 27, 81), con raíz que reaparece en nombres de época cassita. En Hagia Triada, *Bu-l/ri* (lám. I, 6) sobre HT. 49. Si en virtud de la ambigüedad mencionada del signo capadocio hubiese que leer *Bu-ni-na*, cf. en cretense *Bu-ni-nu* (lámina I, 7) en HT 96*a*.

Bu-ša-li, *Bu-ša-lim* (*Steph.*, pág. 27). En cretense, *Bu-sa* (lámina I, 8), también sobre HT. 96*a*.

Bu-šu-ba-ni, *Bu-šu-ki-in* (*Steph.*, pág. 27). En Creta, *Bu-su* (lámina I, 9) sobre HT. 123*b* y WB. III, fig. 32.

Bu-ta (*Steph.*, págs. 28, 82), de tema ampliamente extendido de Sumeria a Licia (1). En las tabletas cretenses, *Bu-ta* (lám. I, 10) sobre HT. 4.

Ga-ga-da-nim o *Ga-ga-ta-nim* (*Steph.*, págs. 38, 82), cuyo primer elemento es *Ga-ga*, nombre de divinidad que entra también a formar parte de nombres accadios y cassitas. En Creta se encuentra solamente este elelemento *Ga-ga* (lám. I, 11) en dos tabletas, HT. 85*a* y 97*a*, en ambas ocupando la misma posición en el grupo introductivo y precediendo al mismo ideograma que tal vez determine su significación. Incierto si deberá entenderse como nombre de diosa o de persona.

Ga-nu-a (*Steph.*, pág. 38). En Creta hay tres nombres que empiezan con el mismo tema: *Ga-nu-l/ri* (lám. I, 12), sobre HT. 96*a*; *Ga-nu-xe* (lám. I, 13), sobre HT. 6*a*, y *Ga-nu-šu-bu* (lám. I, 14), en HT. 87. Es notable que en este nombre, claramente compuesto, el segundo elemento, *šu-bu*, figura también en la lista de antropónimos capadocios de Stephens (pág. 93) en la composición de nombres no semíticos, por ejemplo, *Šu-bu-li*, *Šu-bu-ul-tum* y *Su-bu-nu-aḫ-šu*.

Ki-ki (*Steph.*, págs. 51, 87), nombre de divinidad presente en el de *Ki-ka-a*, de uno de los más antiguos soberanos de Assur conocidos, y en *Ki-ki-da-nim* = «la fuerza de Kiki». En Creta, *Ke-ke* (lám. I, 15), sobre una tableta de Hagia Triada («Urkunden» fig. 1-10), con la correspondencia entre las vocales de la serie anterior *e/i* ya notada en *A-li-li* (cf. núm. 1).

Ki-la-ri-tam (*Steph.*, pág. 51). Sobre la tableta cretense

---

(1) Vid. Sundwall, *Die einheimischen Namen der Lyker nebst einem Verzeichnisse kleinasiatischer Namenstämme*, KLIO, 1913, página 63.

HT. 25*a*, casi exactamente, *Ke-la-ri* (lám. I, 16).

Ki-na-aḫ-šu (Steph., págs. 51, 88), como demuestra su segundo elemento, nombre no semítico. El primero, *Kina*, y quizá parte del segundo, en dos palabras cretenses: *Ke-na-xe-bi-ra* (lám. I, 17) en un ara de Palaikastro (Pc. 11 *d)*, y *Ke-na-xe-bu-le(?)* (lám. I, 18) en el vaso de libación de Apodulu. Sus respectivas segundas partes, *Bi-ra* y *Bu-li*, también son elementos capadocios *(Steph.* págs. 82 y 81, respectivamente).

Ku-bu-lim (Steph., págs. 52, 87), con el nombre de divinidad *Ku-bum*, cf. *Ku-ba-a* o *Ku-ba-ba*. En Creta, *Ku-bu-l/ri* (lám. I, 19) en HT. 11*a*, encabezando la tableta.

Ku-ku-a, Ku-ku-i-im, Ku-ku-um (Steph., págs. 52, 87), con tema variante del de *Ki-ki*. En HT. 35, *Ko-ko-a* (lámina I, 20*a*) en posición introductiva. En otra tableta citada por Sundwall—«Urk.» 9-3*a*—la misma palabra está precedida del signo «doble hacha» (lám. I, 20*b*), no sabemos si con oficio de determinante o con valor fonético *ku*.

Ku-ra (Steph., págs. 52, 88), y atestiguado posteriormente en Licia. En Creta, *Ku-ra* (lám. I, 21) también—suponiendo que el segundo signo sea una variante del de valor *ra*—sobre la copa pequeña de Knossos («Palace», I, fig. 452).

Ku-ta-a (Steph., págs. 53, 88), también sobre tabletas de época cassita. En una de Tylissos («Ty.» 3*b*), *Ku-ta* (lám. I, 22).

Lă-li-a, Lă-li-im (Steph. págs. 55, 88) con tema muy frecuente en nombres sumerios, babilonios y cassitas. En Creta, *La-l/ri* (lám. I, 23) en HT. 103, al final, precediendo la suma total, por tanto, cuestionable; cf. «Mitanni en Creta», pág. 225, y «Algunos grupos introductivos de H. T.» en *Minos*, I-2.

na-dâ-nu «dar» *(Steph.*, pág. 90), entra en la composición de numerosos nombres. En tabletas cretenses, *Na-da-bu* (lámina I, 24) sobre HT. 117*a*.

na-mâ-ru «ser brillante» «lucir» *(Steph.*, pág. 91), también

como elemento de composición. Lo más parecido en Hagia Triada es HT. 155 *Na-m(a)-ma-k(o)-ko-ue* (lámina I, 25), graffito sobre una pared.

na-pâ-hu «levantarse» «surgir» (*Steph.*, pág. 91). En Creta, *Na-p/ba-a* (lám. I, 26), formando parte de la inscripción sobre la copa grande de Knossos («Palace» I, figura 451).

Ni-bu-um (*Steph.*, págs. 59, 90) = «brote» «vástago». Sobre HT. 117*a*, *Ni-bu-nu-l/ri-bu* (lám. I, 27) cuyo segundo elemento, *Li-bu* «corazón», también es frecuente en nombres capadocios.

Ša-bu-li (*Steph.*, págs. 60, 93). En Creta, abundantemente representado por *Sa-bu* (lám. I, 28) sobre HT. 86*a* y *b*, 94*a*, 95*a* y *b*, 123*a*.

ša-lâ-mu «estar seguro» (*Steph.*, pág. 94), forma parte de muchos nombres capadocios. En Hagia Triada, *Sa-lo-mo* (lámina I, 29), sobre HT. 73.

Šamaš-a-bi, *Šamaš-ba-ni*, *Šamas-damiq* (*Steph.* págs. 61, 94) y otros muchos compuestos con el de la divinidad *Šamaš*. A éste puede responder la lectura *Sa-ma* (lámina I, 30), muy abundante en Hagia Triada: HT. 6*b*, 10*a*, 39, 52, 88; sobre la HT. 52, en el primer lugar de la introducción.

šar (*Steph.*, págs. 62, 94), sobre todo como segundo elemento de composición. En cretense, *Sa-ri* (lám. I, 31) sobre HT. 62, siendo incierto si debe entenderse como nombre de persona o como un participio de presente con valor de fórmula; cf. «Mitanni en Creta», página 224. El hecho de figurar en el grupo introductivo aconseja esta última interpretación.

šarrum «rey» (*Steph.*, págs. 62, 94), en *Šarrum-Adad*, *Šarrum-kênu*, *Šarrum-Sin*. En Creta, *Sa-r(i)-ri* = *Sarri* (lámina I, 32) sobre HT. 30.

ŠÚ-La-ba-an (*Steph.*, pág. 66). En cretense, *Su-la-bu* (lámina. I, 33) sobre HT. 94*a*.

Šú-ma, *Šú-ma-a*, *Šú-ma-li-be-*, *Šú-ma-li-ba-* (*Steph.*, págs. 66 y siguientes), de la raíz *šú-mu* «nombre» «descendiente».

En Creta, *Sú-ma-ụe* (lám. I, 34) sobre HT. 29.

Šu-ra-ma, nombre de un lîmmu *(Steph.*, pág. 67), con tema atestiguado también en Licia. En la tableta HT. 36, lectura *Su-ra*-x (1) (lám. I, 35), con reservas sobre la lectura del segundo signo (cf. más arriba, el núm. 21).

Tâbu-Ašir, Tâbu-I-lí, Tâbu-zi-lá (Steph., pág. 68). Su primer elemento, seguramente, «compañero», como nombre cretense *Ta-bu* (lám. I, 36), muy frecuente: HT. *7a*, 10*a* y *b*, 85*a*, 122*a* y *b*.

Ta-mu-ri-a (Steph., pág. 68), con paralelo en babilonio. En Creta, *Ta-mo-ri* (lám. I, 37) sobre HT. 6*a*, 57 y 120. Hay que advertir que las 6*a* y 120 ocupa posición preliminar por lo que tal vez deba considerarse como participio (cf. artículo citado de *Minos*, I-2).

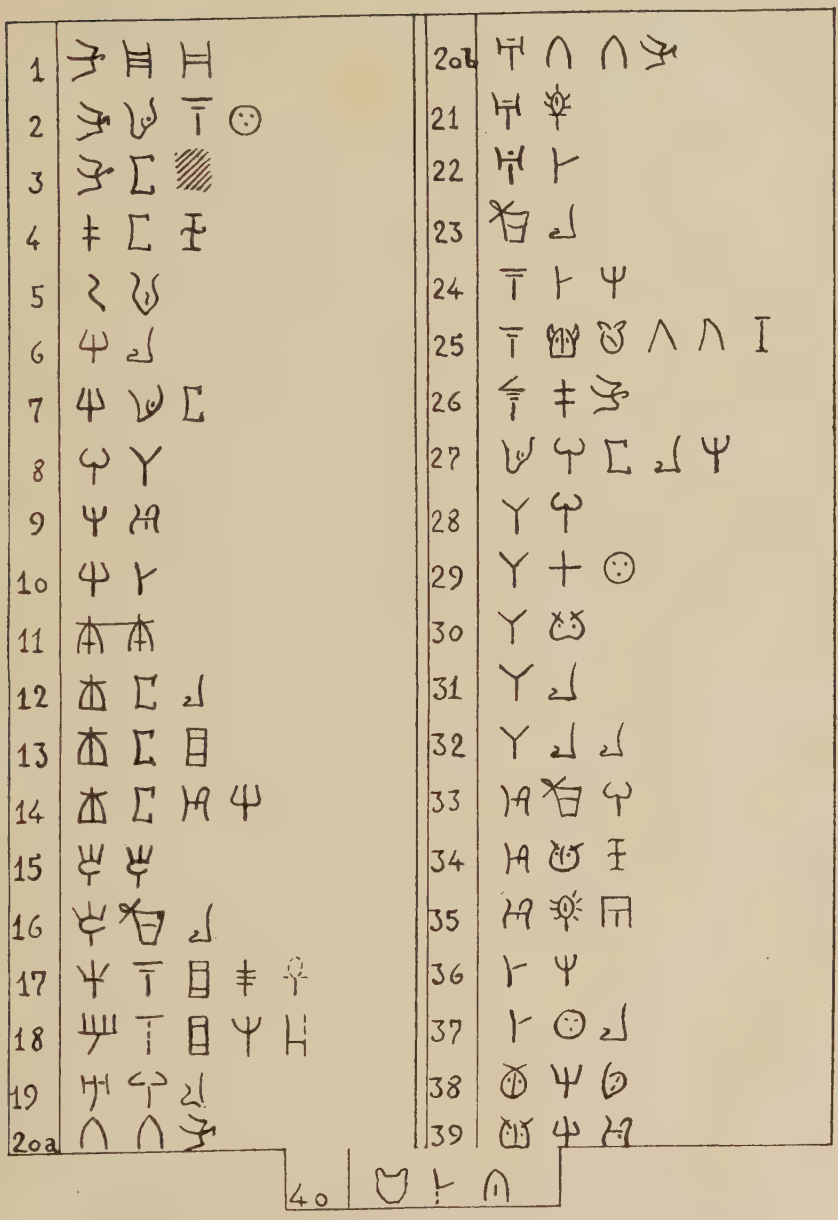
Aún podemos añadir algunos nombres cuya consideración puede arrojar alguna luz: examinando el conjunto de nombres de la clase lineal A (2), se ve que hay grupos que aparecen tanto precedidos del signo 𐄁, tanto sin él. Así sucede con los números 7 y 9 de la lámina I, *Bu-ni-nu* y *Bu-su*, a los que corresponden los números 38 y 39. El signo se revela, pues, como un prefijo móvil. Ahora bien, el valor fonético del signo, *ma*, se ha revelado particularmente fecundo para que se considere asegurado. Por otra parte, conviene también con el principio acrofónico aplicado al significado del signo, «cabeza de gato». Admitido esto ¿será demasiado aventurado considerar el signo como representación apropiada de la partícula *Mâr-*, «hijo de», en las lenguas asiánicas, que tan frecuentemente prefija los nombres capadocios? (3). Siendo así, los números 38 y 39 de la lámina I deberán leerse *Mâ*[*r*]-*Bu-ni* «el hijo de Buni» y *Mâ*[*r*]-*Bu-su* «el hijo de Busu», sobre HT. 89

---

(1) En esta y sucesivas transcripciones, la x no tiene valor fonético, sino el algebraico de incógnita.

(2) Por ejemplo, en Peruzzi: *Aportaciones a la interpretación de textos minoicos*, glosario final, y en mi *Lexicon creticum II* (en prensa).

(3) De análogo modo a *Ibn-* en los nombres árabes y Ψε-, Τσε- en los egipcios.



Fase lineal A: Antropónimos cretenses análogos a otros de las tabletas capadocias.

y HT. 43, respectivamente; en el último, como grupo introductivo. La lectura *Ma[r]-Da-g/ko* (lám. I, 40) sobre una tableta de Palaikastro («Pc.», 1, lín. 7) podría, en consecuencia, leerse «el hijo de Dako o Dago» con analogías de este nombre con los capadocios *Da-ga-nia* y *Da-ku-na*.

II. Clase lineal B

A-bu-di (Steph., págs. 7, 74); *a-bu* es «padre». En Creta también *A-bu-di* (lám. II, 1) citado por Hrozny (1).

A-na, A-na-aš (Steph., págs. 14, 78), de *A-nu*, nombre de divinidad que en Siria es *Anat* (2). En Knossos, *A-na* (lámina II, 2) sobre «Palace» IV, fig. 686, gran tableta de «hombres», lín. 20.

A-nu-a, A-nu-an: cf. el anterior y lo dicho más arriba sobre I, 3. En Creta, *A-nu* (lám. II, 3) en tableta del Museo de Hiraklion (Pugliese, fig. 74, 17*a*), y *A-nu-na* (lámina II, 4), muy abundante en tabletas de porcentaje o rebaños («Palace» IV, figs. 677*b*, 694*a*, 694*e*) en el lugar de las mismas en que Sundwall pensó que pudiera expresarse la divinidad a que se ofrecían hecatombes.

A-ta-ni (Steph., págs. 24, 80). En Knossos, *A-te-nu* (lám. II, 5) en el fragmento 835 de Evans («Palace», IV, fig. 665), sin poder sacar consecuencias de su posición por venir aislado.

Ba-na-ga (Steph., pág. 25, 82), de la raíz *banu* «construir» «crear». Solamente este primer elemento está presente en *Ba-na-lo-da* (lám. II, 6) sobre un trozo de tableta del depósito de carros de Knossos («Palace», IV, figura 762 bis).

Bu-da o *Bu-ta*: cf. más arriba en I, 10. En Creta, la misma

---

(1) *Kretas und Griechenlands Inschriften, Geschichte und Kultur.* I, *Archivum Orientale Pragense*, Band XIV, Juli, 1943, pág. 53, inscr. 14.

(2) Contenau, G.: *La civilisation des Hittites et des Hurrites du Mitanni*, pág. 77.

lectura (lám. II, 7) sobre «Palace», IV, fig. 682*a*, lín. 1.

Bu-lá-el (Steph., pág. 27). En Knossos, *Bu-la* (lám. II, 8) en «Palace», IV, fig. 721. El mismo nombre que también puede leerse *Pula*, es conocido sobre un vaso de Melos de la época lineal A («Palace», I, fig. 637).

Bu-li, *Bu-li-a*: cf. más arriba, I, 6. En Knossos, *Bu-le* (lámina II, 9) sobre la tableta de «Palace», IV, fig. 682*a*, línea 4. Sobre la correspondencia *e/i*, cf. I, 1 y I, 15.

Bu-ra-ma, *Bu-ra-ma-ma (Steph.*, págs. 27, 82), de *bûru* «niño». En Knossos, *Bu-ra-de-ga* (lám. II, 10), en una tableta («Palace», II, fig. 336) en la que aparece en dos registros, en uno, ante la representación de un riton, en el otro, ante una taza del tipo de Vafio.

Bûr-Ašir, *Bûr-Ištar*, *Bu-ur-ki-a (Steph.*, pág. 27), de igual raíz que el anterior. Sus correspondencias más cercanas se encuentran en Pylos, tabletas núms. 213, línea 1, y 131, lín. 4, en las lecturas *Bu-ru-te* (lám. II, 11), y *Bu-ru-na* (lám. II, 12), respectivamente. Con ellas logramos el extremo más occidental conocido hasta la fecha por nombres personales de la expansión asiánica (1).

Da-da, *Da-da-a*, *Da-da-nim (Steph.*, págs. 31, 83), de *dâdu*, *dîdu* «amado», cf. *tat-* en hurrita. En Knossos, *Da-da-bu*-x (lám. II, 13) en «Palace», IV, pág. 752.

Dî-dî-a, *Dî-dî-e*, *Dî-dî-na-ri (Steph.*, págs. 33, 83) de la misma raíz que el anterior. En cretense, *De-de-ụe* (lám. II, 14) lo da Evans aislado («Palace», IV, fig. 693*A*). Sobre *e/i*, confróntese I, 1; I, 15 y II, 9.

Ga-ga en composición; cf. I, 11. En la lineal B, con la misma lectura (lám. II, 15) sobre tabletas de Knossos («Palace», IV, fig. 734), desgraciadamente no reproducidas, y en inscripciones pintadas sobre «vasos de estribo» de la «Casa de Cadmo» en Tebas («Palace», IV,

(1) Sobre esta cuestión, consúltese el interesantísimo trabajo de Menghin: *Migrationes Mediterraneae* en *Runa*, vol. I (1948), página 111 sig.

figura 724). Es, pues, nombre muy extendido geográfica y cronológicamente, y quizá, algo más que un antropónimo.

Ga-ga-da-nim o *Ga-ga-ta-nim* «la fuerza de Gaga», cf. I, 11. El nombre compuesto más aproximado de la Clase Lineal B es el de la lám, II, 16, cuyo tercer signo parece que pertenece a los formados por *t* + *vocal* y, por tanto, su lectura será *Ga-ga-t*x-*na;* aparece en «Palace», IV, figura 658, tableta de «cereales».

Ga-ru-bu-a (Steph., pág. 38), de *gîru* «huésped». En Knossos, *Ga-ru-bu* (lám. II, 17), «Palace» IV, fig. 766*c*, tableta de armazones de carros; es incierto si el signo final deberá considerarse como ideográfico o como fonético, lo que es más probable por su posición; en este caso, añadiría un final *-va-(na)*. Cf. también el nombre capadocio *Ga-ru-wa-a*.

Ga-ta-tim (Steph., pág. 39). En la lineal B, tres nombres (lámina II, 18, 19 y 20) en los que únicamente se leen los dos primeros signos y aun el primero se sospecha sea diferente del inicial de II, 15 y 16; se encuentran respectivamente en «Palace», IV, fig. 693*B*; 682*a*, línea 1; 689, lín. 9 y «Urk». fig. 5-6*b*.

Ku-bu-lim que debe ser interpretado *Ku-bu I-lu (Steph.*, páginas 52, 87). En Knossos, *Ku-bu* (lám. II, 21) sobre «Palace», IV, fig. 734; también aparece en vasos de la Grecia continental.

Ku-na-ni-a (Steph., pág. 52), con cuatro paralelos en la clase lineal B: *Ku-na* (lám. II, 22), en «Urk», fig. 4, II-3*a*; 22, lín. 1; *Ku-na-nu* (lám. II, 23), también en «Urk.», III-20, lectura exactamente igual a *Ku-na-a-nu-um* sobre una tableta babilonia (1); *Ku-na*-x-y (lám. II, 24), en «Urk», fig. 11-3*b*, y *Ku-na*-x-*xe* (lám. II, 25) en «Palace», IV, fig. 689, lín. 2.

---

(1) En Grice, Ettalene, *Records from Ur and Larsa, Yale Oriental Series*, vol. V, 1919, pág. 31.

Ku-ra, *Ku-ra-ra*: cf. lo dicho en I, 21. Aquí, en Creta, *Ku-ra-na* (lám. II, 26) en la gran tableta de «hombres» de Knossos («Palace», IV, fig. 686, lín. 11).

Ku-ru-ub-, de *karâbu* «inclinarse hacia» «hacer gracia» (*Steph.*, páginas 53, 88). En Pylos, *Ku-ru*-x-*bu* (lám. II, 27) sobre la tableta núm. 131, lín. 8.

Ra-bû-Ku-be-im y *Ra-bû-Šá-li-a* (*Steph.*, pág. 60, 92), con el elemento *ra-bû* «grande». En Knossos, *Ra-bu-ụe* (lámina II, 28) en «Rechn.», 2 B 3.

ŠÚ-be-, *Šu-be-a-aḫ-su*, *Šu-be-a-ni-ga*, *ŠÚ-be-lam*, *Šu-be-ú-ma-an* con tema *šu-be-a* no semítico (*Steph.*, pág. 63 y siguientes, 93). En Knossos, *Su-bi* (lám. II, 29) sobre «Palace», IV, fig. 686, lín. 4. Para la correspondencia *e*/*i* tan frecuente, cf. I, 1, 15; II, 9, 14.

Šú-bu-ul-tụm, *Šú-bu-na-aḫ-šu*, tampoco semíticos a juzgar por este sufijo *aḫ-šu* (*Steph.*, págs. 64, 93). En Tebas, sobre vasos de la «Casa de Cadmo» existe *Su-bu-ga(?)-ụe* (lámina II, 30), según «Palace», IV, fig. 724*a*, y en Knossos, *Su-bu-bo* (lám. II, 31) sobre la gran tableta de «Palace», IV, fig. 686, lín. 17.

Al tema *ŠÚ-Lá-*, cf. I, 33, pertenece *Su-la-ke-* (lám. II, 32) en «Palace», IV, fig. 763*m*, tableta de carros.

Šú-na, *Šú-na-bar* (*Steph.*, pág. 67). En Knossos, *Su-na* (lámina II, 33) en la tan citada tableta de «hombres» de Knossos («Palace», IV, fig. 686, lín. 14 y 16) que tan gran número de antropónimos suministra.

Šu-ra-ma, cf. I, 35. En Knossos, *Su-ru* (lám. II, 34) sobre «Palace», IV fig. 687*h*, lín. 7.

Šu-wa-ak-ru (*Steph.*, pág. 67). En la lineal B, *Su-wa-ụe* (lámina II, 35) sobre una tableta que reproduce Alice E. Kober en *AJA*, vol. I, (1946), pág. 271, de *Antiquités crétoises*, fig. 1. Es una tableta de contabilidad en que todos los nombres de los contribuyentes terminan con el mismo signo que es final en II, 35, a mi parecer, el que indica la desinencia de genitivo. Siendo así, el nombre será propiamente **Su-wa*.

Tâb-ba, *Tâb-a-ḫi*, de *tappu* «compañero» (*Steph.*, págs. 68,

94). En Knossos *Ta-ba-le* (lám. II, 36) en la tableta de «Palace», IV, fig. 715, relativa a vasos.

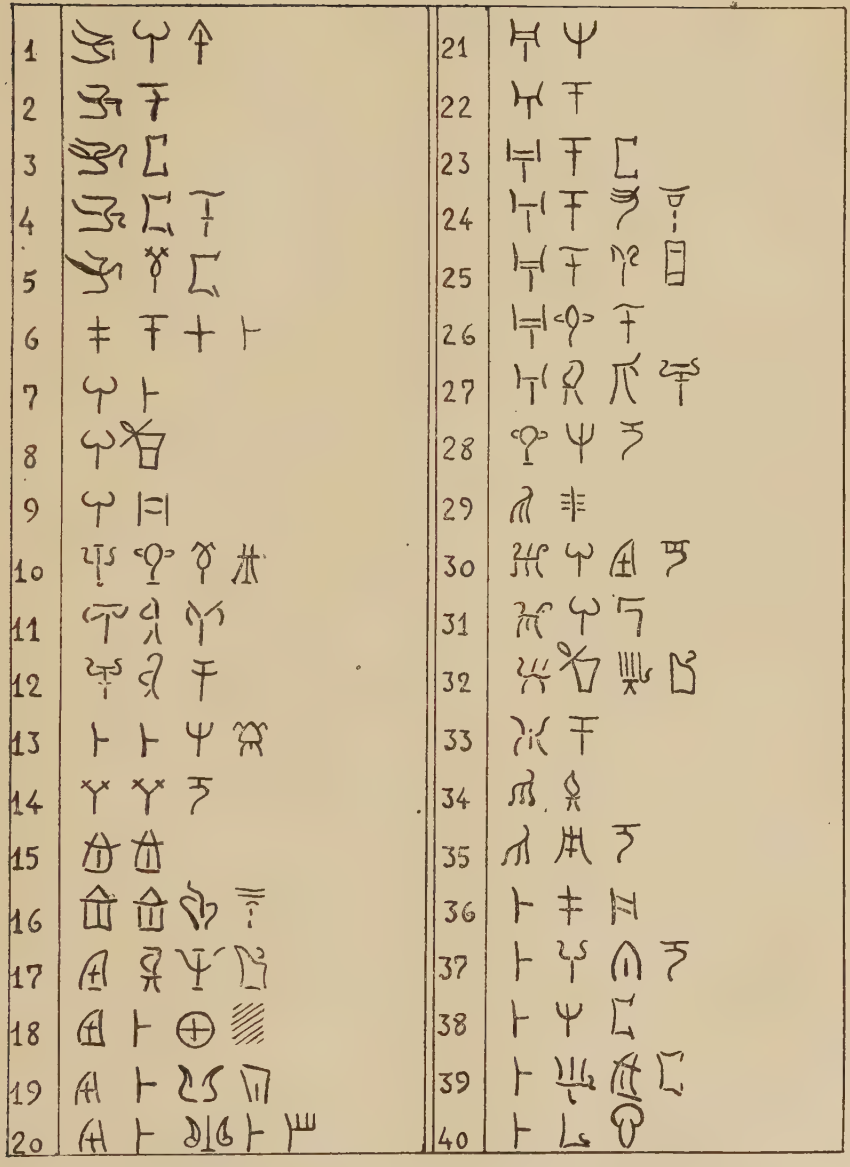
A los nombres capadocios compuestos con *Tâbu* (cf. arriba, I, 36), que tan bien representados vimos en la Fase lineal A, podemos añadir dos compuestos en la B: *Ta-bu-go-ụe* (lám. II, 37) y *Ta-bu-nu* (lám. II, 38), ambos de Knossos; el primero sobre una tableta de cultivo de azafrán («Palace», IV, fig. 704*h*), el segundo dado suelto por Evans (id. fig. 665).

Ta-kie, *Ta-ki-el-A-šir* (*Steph.*, pág. 67), igualmente sobre tabletas cassitas. En Creta, *Ta-ke-ga-nu* (lám. II, 39) sobre «Palace», IV, fig. 687*b*, lín. 1, inicial; para *Take* en lugar de *Taki*, cf. I, 15; II, 9, 14, 29. La segunda parte del compuesto, *Ga-nu*, también tiene identidad en capadocio: *Ga-ni*, *Gania*, *Ganua*, *Ga-ni-zi-a*, *Ga-ni-si-im* (*Steph.*, págs. 38, 83).

Ta-li-a igual que *ta-li* en nombres cassitas, o *Ta-ri-iš-ma-tum* o *Ta-ri-eš-ma-tum*, de *ta-ri-iš* «regocijar» (*Steph.*, página 67 sig., 95) pueden, a causa de la indeterminación del signo cretense, ser términos de comparación para la lectura *Ta-l/ri*-x (lám, II, 40) de «Urk.», fig. 21.

Tal es la serie de lecturas sobre inscripciones de las dos clases lineales que recuerdan y, en algunos casos, reproducen fielmente, nombres capadocios. Es obligado destacar los resultados y sistematizarlos.

En cuanto a la estructura, los nombres cretenses son, generalmente, más breves que los de Capadocia, correspondiendo a los simples de aquí—*Alili*, *Buta*, *Šuna*—o a uno de los elementos componentes—*Banu*, *Bušu*, *Šubi*—. No deja de haber excepciones en que la composición se presenta en el lado cretense y tanto más notables ya que en ellas ambos elementos componentes tienen su representación en las tabletas capadocias, así en la fase A, *Ganu-subu*, *Kenaxe-Bira*, *Kenaxe-Bule*, *Nibunu-Libu*, y en la B, *Take-Ganu*. No debe pensarse que este último sea el único caso de nombre compuesto existente en las inscripciones B, pues hay algunos grupos formados por cuatro o más signos en los que única-



Fase lineal B: Antropónimos cretenses análogos a otros de las tabletas capadocias.

mente se leen los dos primeros, permaneciendo incógnita la segunda mitad que tal vez sea el segundo término de un compuesto: la razón es, como ya he explicado en otros lugares, el menor apoyo que ofrece la escritura B, comparada con la A, para desciframientos por presentar menos correspondencias con el silabario chipriota. De todos modos, fácilmente se advierte que las lecturas dadas de grupos de signos de alguna complejidad de la fase A son mucho más fieles y completas—cf. *Aninam, Sulabu, Nibum*—que las logradas en la fase B en que los paralelismos más exactos versan principalmente sobre nombres bisílabos, *Ana, Bula, Buru, Kuna*, etcétera.

También puede establecerse alguna diferencia entre las dos fases de escritura en cuanto a la frecuencia de nombres con equivalencia capadocia (1). El número de nombres reseñados es exactamente el mismo 40, en ambas fases, pero es muy diferente el número de grupos de signos que componen el tesoro lingüístico de cada una de ellas: en lo que afecta a mi conocimiento, el número de grupos de signos de la clase lineal A es 650—y de ellos, unos 100 son claramente simples ideogramas, lo que reduce enormemente el de palabras estrictamente fonéticas—, el de los de la B que he manejado, 800, con escaso número de ideogramas; así, la razón al total de nombres capadocios en tabletas cretenses es el 7,2 por 100 en la lineal A, y desciende al 5 por 100 en la B. Esto en cuanto a nombres totalmente diferentes, pues aún es mayor la desproporción si consideramos el total de sus apariciones: los 40 nombres de la fase A se encuentran consignados 66 veces en los documentos conocidos, los 40 de la B sólo 44 veces. Todo indica, pues, que los portadores de nombres capadocios constituían una minoría en franco retroceso.

---

(1) No se pierda de vista que mi actual estudio versa únicamente sobre nombres cretenses que pueden leerse totalmente o en su mayor parte. Hay otros muchos que permanecen indescifrados, y el día que se lean alterarán las relaciones numéricas que siguen.

CUADRO COMPARATIVO

Total de grupos de signos	Antropónimos diferentes leídos	Número de apariciones
Lineal A: 650 (fonét[i]cos: 550).	40 (=7,2 %)	66
Lineal B: 800.....	40 (=5 %)	44

Su extensión geográfica puede decirse que recubre las áreas que han suministrado tabletas de cada clase. En la lineal A, la masa principal procede, como es lógico, de Hagia Triada, habiendo tabletas—HT. 6, 10, 94, 117, 122—que proporcionan tres nombres cada una; Palaikastro en el extremo E. de Creta y donde se halla la mención epigráfica de los *leleges*, dos nombres; Knossos, igualmente, dos; Apodulu y, tal vez, Tylissos, uno. En la B, era de esperar que Knossos fuese la fuente principal de antropónimos, y así es: la gran tableta de «hombres» enumera 72 nombres personales, de ellos 5 de nuestro grupo, las reproducidas en «Palace», IV, figs. 682*a*, 687*b*, 689, dos cada una; hay, sin embargo, otras procedencias: los vasos del «Cadmeion», de Tebas, suministran también dos nombres—*Gaga* y *Subu-Ga(?)ụe*—y las tabletas de Pylos, tres—dos con la misma parte inicial *Buru-*, un tercero *Kuru-*—, mostrando la persistencia de los nombres capadocios hasta la víspera de la invasión doria.

Nombres comunes a ambas fases de escritura que muestren la persistencia de población y hábitos familiares, son relativamente escasos: *Anu, Bud/ta, Bule, Gaga, Kura-, Tabu-*, aunque también en esto influye nuestro defectuoso conocimiento del cretense, pues de algunos de los signos que leemos en la lineal A no conocemos los correspondientes en la B, por ejemplo, *ma, mo, sa*.

Muchos de los nombres capadocios y, por tanto, de los cretenses análogos son teóforos. No carece de interés destacar que las divinidades consignadas en nombres cretenses son *Ana, Gaga, Kiki* y *Šamaš*. Sería arriesgado sacar consecuencias respecto a la vigencia de tales dioses en el más bien laxo

panteón minoico, pues los nombres personales suelen, en épocas alejadas de la de su creación, transmitirse mecánicamente sin consideración a su significado primitivo (1), sin embargo, debe notarse que los de *Anu* y *Gaga* se cuentan entre los más frecuentes, y el último aparece en Hagia Tríada (época lineal A), Knossos (época lineal B) y Tebas, aquí en un sitio tan apto para nombrar divinidades como son vasos que han podido contener ofrendas.

Creo de interés poner de manifiesto la relación que esta serie de antropónimos presenta con las tres clases de palabras que he hecho resaltar en mis dos trabajos anteriores, esto es, con *topónimos, plurales en le-* y *formas verbales hurritas*. Con la de los primeros no presenta más formas comunes que *Kuta*, «Ty». 3; *Salomo*, HT, 73, y *Suru*, «Palace», IV, figura 687*b*. El hecho de que en este último lugar figuran otros antropónimos aconseja dar a *Suru* esta categoría. La tableta HT. 73 es fragmentaria y el nombre *Salomo* casi su única lectura, de modo que para conjeturar su pertenencia no tenemos más apoyo que la mayor abundancia de nombres personales en los documentos de Hagia Triada. Respecto a *Kuta*, quizá sea topónimo, dada la relativa proximidad de esta localidad a Tylissos, de donde es la tableta donde está consignada: mayor precisión sólo podrá desprenderse del desciframiento del resto de la tableta.

Tampoco se recubren con los grupos de signos que citamos para ilustrar la existencia de plurales en *le-*, tanto en su forma plural como en la desprovista del signo inicial que representa este prefijo. Tienen en común el ser dos formaciones cuyo origen remonta seguramente a una fuente común, que se apoyan mutuamente y muestran el paralelismo de una evidente disminución de empleo de la fase lineal A a la B siguiente (2).

---

(1) Así, de la existencia en nuestra sociedad de individuos llamados Isidoro o Apolonio, no es evidente en modo alguno que se siga adorando a Isis o a Apolo.

(2) Es sensible que la investigación de la fase jeroglífica y de sus

Tampoco hay confusión posible con las formas propuestas como pertenecientes a verbos *hurritas-mitannis* a los que, por otra parte, su posición inicial o final hace inconfundibles. A la única lectura que podría prestarse a ambigüedad, *Lal/ri*, (lámina I, 23), el preceder a un resultado numérico final más bien que entre los antropónimos la sitúa entre las formas o fórmulas verbales. Por lo demás, coexisten en las mismas tabletas formas hurritas y antropónimos procedentes de una anterior capa étnica, como en las tabletas HT. 4, 11*a*, 25*a*, 30, 62, 73, 85*a*, 88, 94*a*, 97*a*, 103, 115*b*, 117*a* 120, 122*a* para la lineal A, y «Palace», IV, figs. 682*a*, 687*b*, 689, 721, 762 bis, 766*c* y Pylos núms. 131 y 213 para la lineal B. El que no haya concurrencia de los nombres personales con las formas gramaticales señaladas representa una confirmación o, por lo menos, no es obstáculo para las identificaciones lingüísticas adelantadas.

En resumen, en la época en que estuvo en uso la escritura lineal A en Creta, que en términos arqueológicos se designa como períodos MM. III y MR. I—aproximadamente 1800-1450—, hubo en Creta una población portadora de nombres idénticos o estrechamente relacionados con los protohattitas atestiguados en las tabletas de Capadocia, población que persiste en el período siguiente de Knossos, MR. II (1450-1400), y aún posteriormente en Pylos (siglo XIII) si bien con empleo de decreciente intensidad. Esta analogía en manifestaciones tan peculiares del ser de cada pueblo como sus nombres personales, a la vez reveladores de su lengua y de su religión primitiva, lleva a considerar a cretenses y protohattitas como pertenecientes a un mismo tronco étnico que se escindió en época anterior a la que las tabletas de Kultepé y Creta nos dan a conocer. Cuándo lanzó la población asiánica su oleada emigratoria desde Anatolia a la colonización del Egeo y Creta no podemos señalarlo exactamente; pero es

---

sellos e inscripciones se halle tan retrasada respecto a las dos lineales, pues sus lecturas pueden darnos preciosas indicaciones respecto al empleo de estas formaciones en tal época.

verosímil identificarla con el movimiento de los *leleges* en el tercer milenio, al comienzo de la época del Bronce. En todo caso constituyó la capa fundamental de la población cretense que, aun reducido su papel directivo por sucesivos aflujos étnicos, sigue siendo perceptible hasta el final de la civilización minoica. Y se confirman las sabias palabras con que Georges Karo cerraba su artículo «Kreta» en el *Reallexikon* de Ebert, vol. VII, pág. 90: *El carácter principal de la cultura minoica es no ser griega ni siquiera europea.*

Así, una de sus raícez asiánicas queda determinada.

BENITO GAYA NUÑO

Soria y enero de 1951.

NOTAS ETIMOLOGICAS VASCAS

Discuto en estas notas algunos elementos del vocabulario vasco pertenecientes, por lo general, a su estrato más reciente. Empleo en ellas las abreviaturas que ya señalé en el número anterior de esta Revista.

1. *anabia* «arándano».—En un artículo reciente (*BSVAP*, VI, pág. 452) he incluído las variantes del nombre vasco del «arándano» (sul. *ãhãbe*, vizc. de Marquina *arabi*, alto-nav., guip., ronc., vizc. *abi*, vizc. *afi*) entre los casos en que las formas con vocal geminada y aspiración eran más antiguas que las breves, es decir, entre los casos en que el resultado de la evolución ha sido una reducción y no un desdoblamiento. Al hacerlo se me pasó por alto la existencia de la forma riojana *anabia*, señalada por Miguel Colmeiro («Enumeración de las plantas de la península hispano-lusitana e islas Baleares con la distribución geográfica de las especies y sus nombres vulgares, tanto nacionales como provinciales». Madrid, 1885, III, pág. 519): «Nombre vulgar castellano..., anabias en la Rioja». Su existencia no deja lugar a dudas, a mi juicio, acerca de cuál fué el prototipo de las variantes vascas (confróntese vasc. *a(h)ate, arate, ate* < lat. *anāte; o(h)ore, ore* < lat. *honōre*). La continuidad geográfica está garantizada por las formas alavesas *abi* (Peñacerrada), *abia* (Salvatierra) (F. Baráibar. *RIEV*, I, págs. 142-143).

Meyer-Lübke (*REW*³ 824) señala como su origen, siguiendo a Schuchardt (*ZRPh*, Beiheft, 6, 24), el lat. *avia* «Name einer

nicht näher bezeichneten Pflanze», y agrupa vasc. *abi* (> alav. *abi(a)*, rioj. *anabia)* con bearn. *auyon, uyon, abayon,* aunque no sin reparos. No hay necesidad de insistir en que, en contra de lo que indica Meyer-Lübke, la forma vasca *abi* no puede explicar el rioj. *anabia,* mientras que éste explica no sólo el vasc. *abi* sino también las demás variantes vascas no mencionadas en el *REW.*

No estoy en condiciones de opinar sobre las formas bearnesas: no debe olvidarse, de todos modos, que también en bearnés se ha perdido la *n* intervocálica. En todo caso, el hecho de que se trate de voces pirenaicas «lato sensu» sin otra difusión en la Romania, habla más bien en contra de un origen latino.

2. *emakume* «mujer».—A pesar del apoyo, no incondicional ciertamente, que Uhlenbeck (1) ha prestado a la etimología propuesta por Van Eys, quien veía en *emakume* un compuesto, del tipo ἀρχέκακος de *ema(n)* y *(k)ume,* o sea «dadora de niños», esta explicación no parece haber conseguido el asentimiento general. Personalmente, no la creo justificada. Prescindiendo de que—dejando a un lado el aún más hipotético *emazte* < **ema(n)-gazte*—será probablemente el único ejemplo de compuestos de esta clase en la lengua, la dificultad que se opone a la etimología alternativa, «niña hembra» de *eme* y *(k)ume,* me parece poco consistente. Estriba ésta en que *emakume* debería ser normalmente un compuesto determinativo que significase «niña de la mujer» como *erbikume,* por ejemplo, significa «cría de la liebre». Pero no se puede ignorar que hay otro caso exactamente paralelo a *emakume* y cuya formación no es discutible: *gizaseme* «varón», junto a *gizakume,* de *gizon* «hombre» *(giza-* como primer elemento en composición*)* y *seme* «hijo». Por otra parte, en algunos de los ejemplos citados por Uhlenbeck *(ema-alhargun*

(1) «Las palabras vascas para designar la *mujer*». Trad. esp. en *E. J.,* II, págs. 623-631. El original en «A Grammatical Miscellany offered to Otto Jespersen on his Seventieth Birthday». Copenhagen and London, 1930.

«viuda», *ema-esklabo* «esclava»...) se ve que el empleo de *ema-* como prefijo ha sido uno de los procedimientos usados con más o menos continuidad y consecuencia para distinguir el sexo en una lengua en que el género en los nombres no parece haber tenido expresión gramatical especial. No es difícil encontrar casos análogos en lenguas en las cuales la situación con respecto al género es semejante. Así el uso inglés de *cock* y *hen*, *he* y *she* o *man* y *maid* como prefijos para indicar diferencias de sexo. Así también los compuestos georgianos *važišvili* «hijo», *kališvili* «hija» (de *važi* «hijo», muchacho», *kali* «hija, muchacha, mujer» y *švili* «niño, hijo») o *dedak'aci* «mujer», *mamak'aci* «hombre» (*deda* «madre», *mama* «padre», *k'aci* «hombre»), a pesar de que, de acuerdo con el valor normal de los compuestos, parece que *dedak'aci*, por ejemplo, habría de interpretarse por «hombre de la madre».

Esta explicación exige, naturalmente, que el significado original de *emakume* y *gizakume* fuera el de «niño varón» y «niño hembra», sentidos ambos atestiguados en el habla actual. De todos modos, aun cuando esta explicación sea correcta como creo, queda mucho por aclarar en cuanto a la historia de las designaciones vascas de la «mujer» y en particular el hecho, tan destacadamente puesto de relieve por Uhlenbeck, de que *emakume* falte por completo en los textos más antiguos.

3. *erika* «ericácea, planta del género del brezo».—Esta palabra se emplea, según Azkue, en el vizcaíno de Orozco. Hago mención de ella, porque el lat. *erĭca* «brezo», «un puro helenismo importado por los naturalistas (1)», tiene escasa prolongación en zona románica (REW³ 2896).

4. *ezkutu* «escondrijo» «lugar oculto».—Ch. Bouda (*E.-J.*, III, pág. 330) relaciona *ozkume* «escondrijo» con esta palabra y su referencia a «Baskisch-kaukasische Etymologien» hace pensar que ha propuesto una etimología vasco-caucásica para el grupo. Creo que está en un error al dividir *ezku-tu* como

(1) V. García de Diego: *Contribución al diccionario hispánico etimológico*. Madrid, 1943, pág. 186.

si se tratara de un participio (cfr. *gertu* < lat. *cĕrtus*, que tampoco puede dividirse *ger-tu*). Es cierto que al lado de su valor sustantivo, único indicado por Azkue, se emplea también como adjetivo (para citar un ejemplo: *leku ezcutua* «lugar oculto» en las «Fábulas en dialecto vizcaíno». *RIEV*, I, 537); pero no es menos cierto que no hay indicio de que tuviera valor verbal: «ocultar» es *ezkutatu*. Creo, además, que la perfecta coincidencia formal autoriza a suponer que *ezkutu* (variante *eskutu*) procede del lat. *scūtum*; cfr. *eskutari* «escudero», *ezkutari* «astuto» («ocultador»?) «alcahuete» y *ezkuta* «escudo» en Duvoisin, según Azkue. El paso de «proteger, escudar» a «esconder» en el verbo es perfectamente verosímil: confróntese esp. *guardar* «proteger» y «ocultar». Esta idea ha sido probablemente expuesta anteriormente.

5. *fau(n)* «flojo».—En el caso de vizc. de Oñate *fau* «flojo», alto-nav. *faun* «fofo, inútil», lab. de Ainhoa *faundu* «marchitarse, enervarse, mollear», es suficiente señalar como origen el lat. *vanus*. Axular (pág. 38) emplea *alfer* «inútil» y *huts* «vano», litt. «vacío», como sinónimos de *faun*. Si fuera necesaria una prueba, bastaría con aducir el bajo-nav., lab., sul. *bano* «blando, inútil, fofo». Para la inicial puede compararse el bajo-nav. *ferde* «verde», «crudo» y el bastante extendido *fite* «en seguida» (< fr. *vite*).

6.—*izoki(n)* «salmón».—A. Tovar, en sus «Notas sobre el vasco y el celta» (*BSVAP*, I, págs. 31-39) cita esta palabra como una de las que aseguran «una relación directa entre el vascuence y el celta». Esta relación directa fué negada en la misma revista, con referencia a *izoki(n)*, por F. C[astro] G[uisasola] (I, págs. 153-154). Más tarde (*ib.*, págs. 55-56 y 150), Tovar, sin descartar completamente el carácter indoeuropeo de *esox*, admitía que pudiera tratarse de una palabra del sustrato occidental, en cuyo caso el vasc. podría muy bien no haberla tomado del celta.

No puedo entrar en este problema. Me ciño a indicar que, en casos semejantes, me inclino con preferencia a ver en el latín—o en sus prolongaciones—el vehículo que ha transmitido al vasc. voces de distinta procedencia. En particular los

préstamos directos del celta—o, tal vez mejor, las pruebas de un intercambio inmediato—que hasta ahora se han presentado no son demasiado abundantes ni seguros. En unos casos se trata de voces galo-latinas (p. ej., vasc. *seska* «caña» y probablemente *gezi* «dardo»), que parece más acertado suponer que fueron tomados del latín, y en otros no faltan las dificultades fonéticas y semánticas *(h)artz* «oso», *maite* «amado», *tegi* «almacén, depósito, cuadra», etc.) que en algún caso *(iratze* «helecho», *lur* «tierra») parecen francamente insuperables.

Mi interés en este caso se centra en el aspecto formal. F. C. G. adujo un valioso elemento de comparación al recordar la existencia del asturiano *esguín, esguino* «cría del salmón» que supone procedente del lat. **esocīnum*. Pero, a pesar de ello, sigue creyendo, a lo que se deduce, que vasc. *izoki(n)* proviene directamente de *esox, isox*, pensando tal vez que en la nasal de una de las variantes vascas se conserva la desinencia latina de acusativo. Esto, sin embargo, como se ha demostrado ya repetidas veces, es inadmisible en general y tampoco puede aceptarse, aunque no es raro encontrar esa afirmación, una pérdida de *n* final en vasco, al menos en los nombres. La pérdida sólo se da en posición intervocálica, si bien en ocasiones se conserva la nasal (palatalizada o labializada) tras *i, u*. Las variantes vascas señalan, pues, como origen inequívocamente a un *esocīna* (atestiguado, como recuerda F. C. G., con el sentido de «vivero de salmones») o **isocīna*, latino-románico a juzgar por el sufijo. La *-a* se perdió por confusión con el artículo. Basta citar como paralelos *kate* «cadena» y *are* «arena». Otro caso semejante, de distinta procedencia, es el actual *burni* «hierro», que para Garibay y L. de Ysasti era todavía *burnia (burniaric)*. También en este caso la forma base que explica las variantes actuales es *burdina* o **burnina*, según se prefiera pensar en un proceso de asimilación o en uno de desasimilación (1).

(1) Recientemente se expresa también en este sentido Nils M. Holmer: *Las relaciones vasco-celtas desde el punto de vista lingüístico.*

7. *jaiz, jaizki.*—En esta Revista (XVII, pág. 208) cité la evolución semántica de esp. *jaez* en apoyo de mi etimología vasc. *moeta* «especie, clase» < lat. *monēta*. La voz tiene representantes vascos que no conservan el sentido original. Azkue recogió el salacenco *jaiz* «dimensión, talle», con *j* española, es decir, ajena a la fonología dialectal. En Rentería he comprobado la existencia de *jaizki*—o sea *jaiz-ki*—«casta», que en Oyarzun es *zaizki*, dato que debo a don Manuel de Lecuona.

8. *maiz* «con frecuencia».—Mi creencia de que esta voz no ha sido señalada como préstamo se basa principalmente en que no figura en el estudio de Meyer-Lübke acerca de los préstamos latino-románicos con *m-* («Romanobaskisches». *RIEV*, XIV, págs. 463-485). Más exactamente: en él sólo aparece *maiz* «maíz» (3.ª acepción en el Diccionario de Azkue). Si es así, habrá pasado inadvertido por su mismo carácter obvio.

Su procedencia del lat. *magis* puede defenderse con buenas razones. La dorsal, que había dejado ya de pronunciarse en latín (1), falta también en vasc. *maizter, maister (< magister)*, con quien resulta originariamente emparentado, y pienso que en una frase como *orain maiz nator* = *nunc magis uenio* el adverbio puede adquirir fácilmente un valor absoluto por pérdida de la referencia comparativa. Así, por ejemplo, en Oihenart *(Prov.*, 84) *mais-ago* «plus souuent».

Un caso semejante nos lo ofrece *mendre* «poco», «pequeño», insignificante», que, perdido el valor comparativo (confróntese a. fr. *mendre*, a. prov. *menre* < lat. *mĭnor)*, es un simple sinónimo de *aphur (gauça appurraz eta mendriaz.* «Onsa hilceco bidia», pág. 622) y puede recibir el sufijo de superlativo *(den mendrena* «por poco que sea». Ib., pág. 567).

BSVAP, VI, pág. 403: «La calidad de la vocal inicial así como el sufijo derivativo *(-ino-?)* habla en favor de una formación románica, y sin duda alguna valdría la pena de buscar formas análogas en los dialectos pirenaicos».

(1) C. H. Grandgent: *Introducción al latín vulgar*. Madrid, 1928, página 113.

Maiz está aislado en el vocabulario vasco. Su empleo adjetival, «ajado», en una zona, parece secundario. A su derivado *maiztu* se le conocen también ambos sentidos: «ajarse» y «frecuentar».

Un problema difícil plantea *Maiz, Maiza (Mayza* documentado en 1309), apellido que no parece fácil de explicar (1).

9. *ostu* «hurtar, robar».—Alguna vez había pensado en un representante del lat. *obstare* (cfr. a. fr. *oster* «ôter») como origen de vasc. *ostu* «robar». Una seria dificultad ofrecía, sin embargo, la variante, vizc. antigua, *onstu*. Ch. Bouda, no encuentra dificultad en declarar epentética esa *n (E.-J.*, III, pág. 325) (2). Pero existe además la forma vizc. *oostu*, coincidencia que hace indispensable, a mi juicio, descartar la posibilidad de que *ostu* sea la forma primitiva. Tal vez pudiera explicarse este verbo como un denominativo de *o(h)oin* «ladrón». Un caso semejante, bien dudoso, podría ser *ehortzi*, *ohortzi* (a. vizc. *ortzitu* «enterrar» si, modificando algo la idea de Bonaparte, pudiera descomponerse en *ohor-z-i*, denominativo de *ohore*, lit. «honrar».

La reducción del grupo *-nst-* no ofrece dificultades: recuérdese que en los «Refranes y Sentencias» de 1596 aparece *aztu* (16) junto a *anztu* (156) «olvidar». Tampoco el cambio de sibilante—si, como parece probable, hubiera que pensar en una *z* original—carecería de ejemplos. Basta recordar *komunski* «comúnmente» y, con un grupo distinto, *oski* «dentera» de *(h)ortz*. Este mismo cambio supuso R. Lafon en su explicación de *adiskide (adeskide)* «amigo» por **adinez-kide (RIEV*, XXVI, págs. 651-652).

---

(1) F. A[rocena], *BSVAP*, III, págs. 384-385.

(2) Bouda relaciona *ostu* con *oste* «partie derrière» et *b-uzt-an* «queue» de *izt-* dans *iztondo*, etc.». En otro lugar *(E. J.*, IV, pág. 56) trata de explicar también *estali* «cubrir», etc. por *oste, osten(du)*. Todo esto no sorprende demasiado cuando se ve que sólo encuentra la dificultad de una *r* fuerte para explicar el vasc. *(h)ur* por el lat. *abellana* y sus descendientes *(E. J.*, IV, 55).

10. *sagats, sahats, sarats* «sauce».—Es antigua la afirmación, que se repite con alguna frecuencia, de que lat. *salix* es el origen más o menos directo de vasc. *sarats*, etc. «sauce» (1). Podría pensarse también en un préstamo del celta (cfr. a. irl. *sail*, gen. *sailech)*. Si no hubiera más variante que *sarats*, las dificultades fonéticas serían de poca monta, pero la existencia de *sahats* y *sagats* hacen inaceptable la hipótesis, en tanto al menos que se puedan encontrar ejemplos paralelos, lo que no creo sea fácil. En otro lugar he intentado exponer una explicación de este tipo de alternancia, pero, prescindiendo de hipótesis, creo que se puede considerar como seguro que nunca tiene por origen una *-l-*. Incluso cuando es *-l-* la que alterna en vez de *-r-* (p. ej., *begarri, beharri, belarri)* la lateral es secundaria y producto de una disimilación. De tratarse de un préstamo del latín—o, en general, de un préstamo— esperaríamos la forma con *-r-* sola o junto a otra u otras con *-l-*. Confróntese *soro, solo; orio, olio; zeru, zelü*.

11. *sendo* «fuerte, firme», *sendatu* «sanar».—No juzgo excesivamente aventurado el suponer que, frente a *sendo* (la variante más extendida y que al parecer está ya documentada en 1107: *Urraca Sendoa, RIEV*, II, pág. 184), el ronc. y sul. *sent(h)o, sonto* representan, en cuanto al consonantismo, la forma más antigua (2). Tengo además la impresión de que no nos encontramos ante un elemento antiguo del vocabulario vasco (cfr. Uhlenbeck, *E.-J.* I, pág. 563: «*sendo*... peut-être étranger»). *Osasun*, la designación más general, y ronc., sul. *osagarri* «salud» (que se encuentra también en Dechepare y Oihenart) parecen indicar que *osatu*, vizc. actual, ha debido preceder a *sendatu* en la acepción de «sanar» (en los «Refra-

(1) Por ejemplo, H. Gavel; *Phonétique basque*», págs. 235-236. Nils M. Holmer (artículo cit., pág. 405), aunque no piensa que se trate «de un préstamo en el sentido ordinario», parte también de una *-l-* primitiva.

(2) Como juzgo también más arcaica, por ejemplo, la variante suletina *igante* «domingo» que *igande* de los otros dialectos, a pesar de la autoridad de Uhlenbeck *(RIEV*, IV, pág. 93).

nes y Sentencias» se traduce *sendari* por «gallardía»). El valor propio de *sendo* queda de manifiesto en este ejemplo de Tartas: «... aurqui osso eta sendo, guero eri, eta flakho...» «... ahora sano y robusto, luego enfermo y flaco...» y, de conformidad con esto, los «Refr. y Sent.» lo traducen por «rebusto».

Por todo ello me aventuraría a sugerir un préstamo del latín *exemptus*. En cuanto a la posibilidad semántica, Tobler propuso, según Meyer-Lübke (REW^3 7581), *exemptiare* como origen del a. fr. *sancier, essan(i)cier* «curar». Para la forma podría compararse vasc. *sayatu* «ensayar, probar» o *txertatu* «injertar», *txukatu* «enjugar».

12. **seni* «niño».—Podemos afirmar con una seguridad razonable que la forma antigua de vizc. *sei(n)* «niño», lab. *sehi* «criado» fué **seni* (v., p. ej., G. Bähr. «Los nombres de parentesco en vascuence», pág. 10), y una multitud de derivados y compuestos atestigua que en otros tiempos fué común a todas las variedades de la lengua. Me parece, pues, que puede identificarse sin gran temor con el primer elemento de aquit. *Seniponnis* (CIL, XIII, 267; para la descomposición, confróntese aquit. *Cissonbonis: Cison), Senitennis* (CIL, XIII, 125), etcétera. La presunción cobra un mayor valor por lo que sabemos de la formación de los nombres personales aquitánicos. No hay más que recordar *Nescato* (vasc. *neskato* «muchacha»), el ya citado *Cison* (vasc. *gizon* «hombre»), *Andere* (vasc. *and(e)re* «señora»), etc. A este hecho dedicó G. Bähr un curioso comentario («Baskisch und Iberisch», págs. 40-41).

Avanzando ahora en una dirección más peligrosa, cabe replantear la cuestión de si fué acertada la aproximación de aquit. *Seniponnis, Senitennis* y *Senicco* que propusieron H. Schuchardt *(RIEV*, III, pág. 246) y M. Gómez-Moreno («Sobre los iberos y su lengua». «Homenaje a Menéndez Pidal», III, pág. 490 y «Miscelánea», «Sobre los iberos: el bronce de Ascoli», pág. 251) con el ib. *Sani-belser* del bronce de Ascoli. Porque, aunque J. Caro Baroja («Los pueblos de España», página 154) parece ver un nombre propio *Sanigirsto*—que relaciona con vasc. *senar, senide*, aquit. *Senarri*, ib. *Sanibels*—en la patera de Tivissa, el hecho es que *sani* aparece en ella es-

crito separadamente: *boutintibaś sani girśto urceticeś* (M. Gómez-Moreno. «Inedita», núm. 26). Que la palabra que precede, *boutintibaś*, es un antropónimo parece altamente probable (cfr. *Illurtibas Bilustibas f.* en el bronce de Ascoli).

Tal vez no estará de más recordar que se ha sospechado la presencia de un sufijo *-me* en vasc. *seme* «hijo» (Uhlenbeck. *RIEV*, III, pág. 405) y que en ese caso resulta difícil eludir la admisión de que su radical fuera el citado **seni* (así G. Bähr, «Los nombres de parentesco...», pág. 10, que ve en **seni* el elemento común de *seme* y *senar* «marido»). Poco cambia las cosas el mantener la identificación de vasc. *seme* con aquit. *Sembe-ten* (cfr. *Cison-ten)*, *Sembedonis* (gen.), etcétera, que también resulta natural. El sufijo simplemente sería distinto: precisamente un sufijo con oclusiva labial (aunque por lo general en la forma *-ba)* es característico de los nombres vascos de parentesco.

* * *

Las etimologías vasco-caucásicas son tan actuales que no puedo resistir a la tentación de proponer, como una insignificante aportación que mucho temo no sea bien recibida, una aproximación que se me ha ocurrido, en la creencia de que no ha sido propuesta anteriormente, quizá por su mismo carácter inaceptable. La bibliografía es ya, por otra parte, tan abundante y dispersa que muy bien ha podido escapárseme a indicación.

bizi «vivo», «vida».—Los derivados *bizkor (pizkor)* «vivo, ágil», *biztu (piztu)* «resucitar, encender, (re)animar(se)» (radical verbal *bitz, p(h)itz)* justifican una descomposición *biz-i*. Su comparación con georg. *ghvidz- (v-i-ghvidz-eb* «me despierto», *v-a-ghvidz-eb* «despierto (a otro)», *na-ghvidz-eb-i* «despertado») parece fonéticamente irreprochable. La oclusivización de *w* es fenómeno frecuente y la correspondencia georg. *dz:* vasc. *(t)z* es perfectamente ortodoxa (v. R. Lafon. «Correspondances basques-caucasiques». *E.-J.*, II, pá-

ginas 359-370). Tampoco es necesario insistir en que «vivo» y «despierto», al menos en sentido traslaticio, son ideas próximas. El inglés mod. *quick* es testigo de alguna de las acepciones que pueden nacer de la idea de «vivo».

Debo advertir, sin embargo, que me falta un elemento de juicio indispensable: saber si el radical georgiano está o no representado, y de qué manera, en las otras lenguas kharthvélicas.

No creo que se haya repetido la idea de que vasc. *bizi* tiene un curioso aire de semejanza con voces indoeuropeas bien conocidas. Sin embargo, esta idea ha estado más o menos viva—y hablo por experiencia propia—en la conciencia popular: «*vizi*... La grafía con *v* (en lugar de *b)* choca, pues ni el sonido ni el signo son vascos... Evidentemente se ha relacionado *vizi* con el lat. *vivus*» (H. Schuchardt. «Primitiae Linguae Vasconum», § 37).

* * *

Quiero, antes de terminar, entrar en el estudio de dos topónimos para los cuales se puede sospechar una procedencia indoeuropea. La toponimia podría, en efecto, compensar, hasta cierto punto, la desproporción que existe, y a la que he aludido ya en estas líneas, entre lo que podemos descubrir de aportación indoeuropea pre-latina en el léxico vasco y lo que parece podíamos esperar «a priori». En otro momento intentaré mostrar que esa influencia ha podido ser decisiva en el campo de la derivación nominal. Ya señaló Uhlenbeck («Caractère de la grammaire basque». *RIEV*, II, página 517) que «en general la derivación vasca se caracteriza por el empleo de sufijos como la de las lenguas indoeuropeas y uralo-altaicas» y G. Bähr supone que hace dos mil años era ya el vasc. «eine suffigierende Sprache» («Baskisch und Iberisch», pág. 30). Sin embargo, al lado de la riqueza y precisión de los derivados actuales («juventud», por ejemplo, puede traducirse por tres palabras: *gaztetasun* «cualidad de joven», *gaztaro* «época de juventud» y *gazteri* «conjunto de

jóvenes»), se dan casos frecuentísimos de indiscriminación entre sustantivos y adjetivos *(itzal* «sombra» y «sombrío», *gose* «hambre» y «hambriento», *ezti* «miel» y «dulce») que son demasiado abundantes para no indicar la supervivencia de un estado anterior (1).

Guevara.—El nombre actual de la villa alavesa continúa, sin duda, el Γέβαλα que Ptolomeo (II, 6, 65) sitúa entre los várdulos. Constituye un excelente ejemplo de paso a *r* de *l* intervocálica, como vasc. *Araba* «Alava» o *Irumberri* «Lumbier», nombre vasco de la ciudad de los *Ilu(m)beritani.*

Guevara (o *Guebara)* es totalmente refractario, a lo que se me alcanza, a una etimología vasca. Podría explicarse, en cambio, como relacionado con got. *gibla* «πτερύγιον», gr. κεφαλή (macedónico κεβαλή), etc. (2).

En una altura cercana quedan todavía las ruinas del castillo medieval—tardío—de los Guevara.

El topónimo tiene una importancia adicional porque en Γαβάλαικα, situada también en los várdulos por Ptolomeo *(l. c.)*, parece documentarse por primera vez el suf. *-ika* (J. Caro Baroja. «Materiales para una historia de la lengua vasca en su relación con la latina», pág. 205), tan abundante en los nombres de población de Vizcaya y Alava. Así, por ejemplo, en el actual *Langarica* (Alava) con relación a doc. *Langara* (Alava, a. 1025) que parece el mismo nombre, con la sonorización vasca normal tras *n*, que *Láncara* (León y Lugo). El suf. se presenta también, con una sonorización debida a alguna extraña influencia románica que no resulta fácil de explicar—las variantes del nombre popular coinciden todas en

(1) Sobre la importancia de la aportación indoeuropea a la vida cultural del pueblo vasco ha insistido repetidamente J. M. de Barandiarán. Basta citar su *El hombre primitivo en el País Vasco.* Donostia, 1934, pág. 78 sig.

(2) Pedersen *(KG,* I, pág. 117) no señala como representante céltico más que el muy dudoso airl. *gúalu* «Schulter». Sin embargo, según ha tenido la amabilidad de comunicarme el profesor Nils M. Holmer, podría quizá relacionarse el airl. *gabal,* etc., con cambio de timbre en la vocal debida a una posible posición pretónica.

conservar la sorda—, en *Albóniga* (Bermeo, Vizcaya), doc. *Albonica* (a. 1093), que tuvo su homónimo en la Tarraconense, fuera de Vasconia.

* * *

Cambo, Gamboa.—Es tentadora la identificación del nombre de la población labortana *Cambo-les-Bains* (vasc. *Kambo)* con el primer elemento del nombre de varias ciudades célticas: *Cambo-dūnum, Cambo-rĭtum,* etc. (airl. *camb)* (1).

El mismo nombre se presenta en Alava bajo la forma *Gamboa* (doc. *Camboa,* a. 1025). Su *-a* es el artículo vasco (confróntese *Ermua, Opacua, Zaldua).*

Del estudio de la toponimia vasca parece desprenderse, sin embargo, que *Gambo* tiene un valor definido que se aparta del que se suele atribuir a *Cambo-* en la toponimia céltica.

Azkue, en su Diccionario, explica *ganbo-ur* por «agua sulfurosa en general, lit.: agua de Cambo». Supone, por lo tanto, que estas aguas son llamadas así porque las aguas sulfurosas por antonomasia son las de aquella población labortana. Resumo aquí algunos datos que indican que habría que invertir los términos de la explicación.

Dos pamploneses me señalaron que *gambo,* como nombre común, significa «manantial» (uno añadía «de agua ferruginosa») y ambos se refirieron como ejemplo al Gambo de Burdundogui (es el *Burdindogui* conocido por su ermita de Santo Cristo en Iragui, Esteribar), cuyo nombre alude inconfundiblemente al «hierro». En Gaztelu (Donamaria, Navarra) hay un término llamado *Gambo* con una fuente de agua mineral que se considera medicinal. Hay también una fuente de *Gambo* en la villa de Lanz (Navarra) en cuyo término hay yacimientos de hierro y manantiales ferruginosos. Fuentes

(1) Esta identificación fué propuesta, al parecer, por H. Gavel y G. Lacombe en un artículo publicado en la «Revue des Etudes Anciennes» (diciembre, 1934) que no me ha sido posible consultar. Véase René Cuzacq.: *Etudes basques.* St. Sever, 1936, pág. 17.

de *Gambo (Ganboko iturri)*, a cuyas aguas se atribuyen virtudes curativas, hay también en Elizondo y Oyarzun. El último manantial de ese nombre de que he tenido conocimiento está en Lasarte (Guipúzcoa). Cabe, pues, muy bien pensar que Cambo debe también su nombre a sus aguas sulfurosas y ferruginosas (1).

Con este motivo queda dibujada una zona, principalmente alto-navarra, que penetra en Guipúzcoa y Laburdi, en que *Gambo* (no he conseguido testimonios indiscutibles de que *ganbo* se emplee como apelativo vasco) alude directamante a manantiales. Sería prematuro afirmar que esta relación pueda extenderse a todo el País Vasco y principalmente al *Gamboa* alavés.

La traducción de *gamboa* «por lo alto» que da Lope García de Salazar («Bienandanças e Fortunas», XXI, 14) no pasa de ser una etimología popular que encaja perfectamente en el carácter legendario del contexto: la explicación del origen de las banderías vascas. Existe, sin embargo, una cumbre *Ganbo* en el Aralar, que la citada «Geografía» (Navarra, II, pág. 189) llama *Gamboagaña.*

L. MICHELENA.

ADDENDA

La semejanza entre el vasc. *emakume* y ciertos compuestos georgianos fué ya señalada por N. Marr («Origine japhétique de la langue basque», pág. 231), que en esta ocasión se atuvo estrictamente a los hechos: «L'idée «femme» dans les langues japhétiques est exprimée par le mot composé «enfant-femelle», littéralement «femelle-enfant» *(kal-i-švil-i* en géorgien) et nous avons la même chose dans le basque *ema-kume...*»

El procedimiento tiene, además, prescindiendo de otras lenguas indoeuropeas, un paralelo exacto en irlandés antiguo, que usaba

(1) Agradezco aquí a don Carlos Menaya, don José de Aguerre, don Manuel de Lecuona y a la señorita Victoria Echeberría los datos que me han facilitado. He aprovechado también el tomo segundo dedicado a Navarra por J. Altadill en la *Geografía del País Vasco-navarro.*

ban- como prefijo con el mismo valor: *ban-dea* «diosa», *ban-chú* «perra», etc. (R. Thurneysen, «A Grammar of Old Irish», Dublin, 1946, página 164).

* * *

A propósito de los posibles derivados de **seni* «niño», creo ahora que se debe rechazar resueltamente la identificación usual de *Senarri* (o *Sentarri*, dativo, CIL XIII, 342) con el vasc. *sen(h)ar* «marido». *Sen(t)arri* es, sin duda, un nombre de mujer *(Senarri Etoni filiae)* y todo lo que sabemos acerca del género de los nombres aquitanos de persona habla en contra de que una mujer pudiera llevar un nombre masculino.

Sobre esta cuestión del género podría tal vez dar alguna luz una observación que no recuerdo haber visto en ninguna parte. De la lista de sesenta y cuatro nombres de divinidades aquitanas que da Seymour de Ricci («Notes d'onomastique pyrénéenne», *Revue Celtique*, XXIV (1903), pgs. 71-83), de los cuales una buena parte no son más que variantes, sólo he encontrado tres de divinidades femeninas. Aunque puede haber alguno más entre los que no llevan la mención expresa *deo* o *deae*, la proporción es ciertamente muy pequeña. Los tres ejemplos son: *deae Andei* (15), *Mineruae Belisamae* (8) y *Lahe deae* (143, 145, 147). El segundo nombre es seguramente céltico y el tercero va una vez sin indicación *(Lahe*, 144) y otra con la mención *Lahe num[ini]* (142). También se consideraban masculinos los nombres latinos de los árboles: *Fago deo* (33, 223, 224, 225), *Sexs Arbori deo* (129, 132). No puedo aventurarme a sacar por mí mismo las consecuencias de este hecho con respecto a las ideas religiosas de los aquitanos; pero en todo caso parece denotar que no tenían de sus númenes la representación claramente determinada en cuanto al sexo de regla en las religiones politeístas.

L. M.

Crónica bibliográfica.

ALGUNAS RECIENTES PUBLICACIONES PAPIROLOGICAS

De una manera lenta, demasiado lenta para la impaciencia de quienes nos interesamos por estas materias, van afluyendo a nuestras Bibliotecas las publicaciones extranjeras de los tiempos de guerra y postguerra. Hemos creído oportuno recoger aquí algunos libros recientemente llegados que presentan, como característica común, la de tratarse de varios volúmenes pertenecientes todos a colecciones papirológicas. Algunos de entre ellos acaban, por así decirlo, de aparecer; otros son menos nuevos, y el dedicarles una reseña sería imperdonable para quien no tuviera en cuenta las dificultades bibliográficas de estos años y la carencia casi total de información en que, con respecto a tales temas, se encuentra el lector español. Trataremos, pues, de estos libros por orden cronológico y procurando dar una información lo más completa y objetiva que nos sea posible.

Papyri in the Princeton University Collections. Vol. III. Edited with notes by A. Ch. Johnson and S. P. Goodrich. Princeton University Press. 1942. Un vol. en 4.° de XII + 124 págs.—Se trata del tercero y último volumen de la colección papirácea de Princeton, en la cual, a lo largo de más de once años, han sido publicados unos doscientos papiros, algunos de ellos muy interesantes. Baste recordar, por ejemplo, los fragmentos del texto griego de *Ezequiel*, contenidos en unas hojas sueltas del códice de *Ezequiel*, *Daniel* y *Ester* de la colección Chester Beatty, que fueron publicados separadamente por Johnson, Gehman y Kase *(The John H. Scheide Biblical Papyri: Ezekiel;* Princeton, 1938). Ahora se nos presentan, como es natural en un postrer tomo, los textos cuyo menor valor o particular dificultad no prometían un trabajo fácil y agradable. Aun así, no faltan aportaciones curiosas y útiles. El libro está presentado modesta, pero pulcramente; los índices están perfectamente cuidados, como es ya norma inveterada en las colecciones de papiros; cada texto va acompañado casi siempre de una traducción, lo cual representa una ayuda considerable para el lector; y, en fin, si algo cabe objetar a los editores, es la parvedad de las introducciones, que eluden a veces una franca decisión en casos problemáticos.

Los números **108-115** son literarios, y no muy interesantes por cierto. De ellos los **108-111** (núm. de inv. GD 7740, GD 7656, AM 11227 E y GD 7533) son homéricos. El **108** (siglo II) comprende *Il.* I 209-39; el **109** (V) es una hoja de un códice que contendría cuatro columnas de 50 ó 55 líneas en cada página. La primera hoja del códice comprendería *Il.* I 1-215 (o más probablemente nada) en el *recto;* y nada (o más probablemente los versos citados) en el *verso.* La segunda tendría en el *recto* el texto de *Il.* I 216- ca. 430 (se conservan 216-37), y en el *verso,* ca. 431-646 (se conservan 574-97). En núm. **110** (I-II) se lee *Il.* IV 378-84. El **111** (III) es otra hoja de un códice (*r.* = *Il.* VI 1-15; *v.* = 25-39). El **112** (AM 11243; siglo IV) son tres pedazos de un códice de pergamino con texto de las *Helénicas* de Jenofonte (I *r.* = I 6, 30; II *r.* = 34; II *v.* = 36-7; I *v.* = 38; III *r.* = I 7, 30; III *v.* = 32). Ninguno de los cuatro papiros citados contiene la menor variante de importancia. El núm. **113** (GD 7527; s. II) es parte de un rollo con Isócr., *Antíd.,* 16-8. En la parte superior hay una fracción del texto omitida por el escriba en su lugar y añadida aquí por una segunda mano; la adición va señalada por una coronís a la izquierda y un κάτ(ω) a la derecha (probablemente otra coronís marcaría la omisión en el lugar correspondiente del texto). El número **114** (GD 7601; s. II/III) es parte de un tratado médico perteneciente tal vez a las escuelas empírica o metodista; las prescripciones parecen corresponder al tratamiento de un simple catarro nasal. El núm. **115** (AM 11227 C; s. II/III) es parte de un palimpsesto. En *r.* y *v.* aparecen algunos restos de la segunda escritura: palabras como φιλομαθοῦσι y τὰ ὑπομ[νήματα parecen indicar un tratado filosófico. Con el núm. **116** (GD 7534; s. I a.) comienzan los documentos: este primero está muy mutilado. Los editores creen reconocer una petición, pero Youtie *(Class. Phil.,* XXXIX, 1944, 119 y sgs.) y Mlle. Préaux *(Chr. d'Ég.,* XXIII, 1948, 199 y sgs.) consideran aventurada su hipótesis. El núm. **117** (GD 7518; año 52 ó 3 a J. C.; procedente de Teadelfia) es una petición dirigida al estratego por Taesis, que ha depositado 293 artabas de trigo en el almacén de Tesenufis, quien ahora no quiere devolverlas. El núm. **118** (AM 11227 A; siglo II; del nomo hermontita), muy mal conservado, corresponde a un pleito sobre una propiedad; y el **119** (GD 7531; siglo IV), a otro litigio entre Dioscoro y su hijo Macrobio, por una parte, y Dionisio y Amonio por otra. El núm. **120** (GD 7612; siglo VI) es una petición según los editores; una carta según Bell *(Class. Rev.,* LVII, 1943, 81 y sg.). Tampoco está del todo claro el núm. **121** (AM 8936; ¿año 140?), de Teadelfia, que parece contener el juramento de alguien que responde de un sitólogo, pero que a Bell le parece relacionado con una acción penal. El núm. **122** (GD 7933 A; siglo IV) es el nombramiento de un tal Alamón, que quizá va a ser encargado de vigilar la cosecha de

lentejas (εἰς φυλακίαν φακῶν). El núm. **123** (AM 8918; siglo I; tal vez de Filadelfia) es una lista de tributarios, bastante extensa, en la que se detallan el nombre y la edad de cada tributario y los nombres de sus padres. El núm. **124** (GD 7739; año 130/1; nomo arsinoíta) es un informe de los recaudadores de la λαογραφία (siempre que ταμειῶν sea masculino en l. 1: ἐκ λαο[γρα]φίας [κε]φάλαιο(ν) ταμειῶν) acerca de unos ciudadanos de dudosa clasificación. El núm. **125** (GD 7626; año 146) es el recibo de un impuesto sobre un jardín. La dueña del mismo, la anciana Atenarion, aparece en BGU 1897, 28, papiro de Teadelfia, por lo cual los autores suplen aquí [Θεαδ(ελφίας)]. El número **126** (GD 7935 B; ca. 150; del nomo arsinoíta) es una carta de dos πόλεως ἐξεταστὴ εἰδῶν dirigida posiblemente a un contribuyente moroso. El núm. **127** (GD 7926 B; 159/60; de Teadelfia) contiene el informe de unos laógrafos, referente quizás a una κατ' ἄνδρα ἀπογραφή. En el núm. **128** (GD 7926 C; después de 163/4; de Teadelfia también) hallamos otro documento dirigido por un κωμογραμματεύς a unos πληρωταί; y en el **129** (GD 7928 B; año 188/9; de Bubastis), una declaración censual con mención del ἡγεμών Tineo Demetrio, hasta ahora mal conocido. El núm. **130** (GD 7654; años 198/209; quizá del nomo oxirrinquita) es el informe de unos recaudadores; y el **131** (GD 7732; año 197; del mismo nomo) se refiere al impuesto sobre un terreno catécico (en pág. 35, 12 hay que leer τέλη). El núm. **132** (AM 11242; s. II) es otro informe de unos inspectores de tributos. El núm. **133** (GD 7738; año 303; del nomo oxirrinquita), recibo de tres mil dracmas, nos menciona un nuevo ἐποίκιον (Ταωτρι..). El núm. **134** (GD 7932; siglo IV) es un interesante registro catastral con muchos nombres conocidos por otros papiros de Teadelfia. No tiene importancia el **135** (GD 7666; siglo IV), que contiene nombres en *recto* y *verso;* en cambio, el núm. **136** (GD 7980 A) es otro extenso registro catastral que reviste interés, sobre todo, por ser el único que se posee de los siglos IV/V. No son muy importantes los núms. **137** (GD 7625; siglo V/VI; del nomo Hermupolita; carta de un funcionario a otro sobre un contribuyente moroso), **138** [AM 11237; siglo VI; recibo de trigo que nos da los nombres nuevos de la aldea de Παν( ) y el onomástico 'Ανηλίου], **139** (GD 7550; años 491/512, aunque, como hace notar Bell, θεοῦ no parece apropiado para un emperador cristiano; en el *recto*, una petición muy mutilada, y en el *verso*, unas cuentas), y **140** (GD 7652; siglo VI/VII; dos hojas ocupadas en *recto* y *verso* por un documento fiscal bastante extenso). Con el núm. **141** (AM 11228 A; año 23; recibo de un préstamo con sonoras por sordas como en γυρίου y δόκους) comienzan los documentos privados. El núm. **142** (AM 11226 C; ca. 23) es un reconocimiento de deuda, de la misma mano que el anterior; en l. 15 hay unas palabras en cursiva no descifradas y escritas por una segunda mano; se hallan también formas como τόγου, etc. El

número **143** (GD 7601 R; siglo III) es un recibo en latín. El núm. **144** (AM 8940; siglo III; nomo arsinoíta) se refiere a un préstamo anticrético: el prestamista recibirá en lugar de interés el derecho de habitación en una casa del prestatario. También se refiere a un préstamo el núm. **145** (GD 7528; siglo VI). Pertenecen, en cambio, a contratos de arrendamiento los núms. **146** (AM 11230; año 36; de Tebtunis; el arrendador, un Πέρσης [τῆς ἐπιγονῆς], cf. infra, recibe por anticipado la renta en una προδοματικὴ μίσθωσις) y **147** (GD 7520; año 87/88, de Oxirrinco); a un arriendo o venta de terreno, el **148** (AM 11229; año 172/3; de Senis, en el nomo licopolita); y a una venta, el **149** (de la col. privada de Scheide; año 176/80; de Bacchias; con un nuevo topónimo, Ποῦατβ). En el núm. **150** (GD 7934; siglo II; nomo arsinoíta) hallamos tres fragmentos de un rollo que contenía minutas de contratos recogidas en un γραφεῖον. El núm. **151** (AM 11246; posterior a 341; de Ibión) es interesante: Aurelio Dioscoro toma en arriendo dos esclavas propiedad de dos hermanos. La renta se pagará en trigo (seis artabas). Las esclavas serán ἀθανάτου[ς], es decir, que en caso de muerte el arrendatario deberá indemnizar al arrendador En cambio, los hijos de las esclavas pertenecerán a aquél, contra lo usual en el Derecho de la época. Esta circunstancia, junto con la falta de documentos paralelos sobre arriendo de esclavas, la circunstancia de que éstas son descritas como «roja» la una y «blanca» la otra y lo anormalmente bajo de la renta han hecho pensar a Keyes (*Am. Journ. Phil.*, LXV, 1944, 185 y sgs.) que se trata de dos vacas (leyendo [βό]ας en l. 6 y δ[άμα]λις en l. 8; es raro que tengan nombres de persona, pero esto también ocurre en Pap. Gen. 48). Son insignificantes los números **152** (AM 8915 *v.*; el *recto* es Pap. Princ. 53; año 55/60; unas cuentas), **153** (AM 11226; siglo II/III; orden de entrega de vino), **154** (GD 7617; año 545; de Oxirrinco; recibo del pago anticipado de una cantidad), **155** (AM 11224 B, escrito por ambos lados; siglo II/III; cuentas de artículos de droguería), **156** (GD 7736 A; año 302; orden de pago), **157** (GD 7929 B y GD 7935 C; siglo IV; lista de nombres) y **158** (GD 7926 A; siglo VI; de Oxirrinco; lista de terrenos con varios lugares nuevos, que cita la Srta. Préaux). El núm. **159** es de carácter distinto al del resto de la colección (AM 11230; siglo III/IV): se trata de un ensalmo en palimpsesto contra la fiebre, del tipo corriente, con un triángulo mágico cuya base es ζαγουρ[η]παγουρη y al final la fórmula acostumbrada: Κύριοι ἄγγελοι | καὶ ἀγαθὴ παύ- | σατε (en el pap. -αι) [...] διαν δν | ἔτεκεν [Σ]οφία | ἀπὸ τ[οῦ] ἀνέ- | χοντος αὐτὸν | πυρετοῦ ἐν τῇ | σήμερον ἡμέρᾳ | ἐν τῇ ἄρτι ὥρᾳ | [ἤδη ἤ]δη τα- | [χὺ τα]χύ.

Los núms. **160** (GD 7680; siglo I a.), **161** (AM 11232; año 33), **162** (GD 7535 *v.*; 89/90), **163** (GD 7529; siglo II), **164** (AM 11226 B *v.*; siglo II) y **165** (AM 11234; siglo II) son cartas: sólo reviste alguna importancia la última, en que un amigo pide a otro que le envíe al día

siguiente un pescado, «porque has de saber que es mi cumpleaños oficial» (κυρία ἐστὶ ἡ γένεσις; Youtie entiende γενέσι‹ο›ς, supliendo ἡμέρα, y cree que estas palabras se aplican mejor al cumpleaños de una persona de elevada categoría, quizá de un emperador, que al de un simple particular). También es curiosa la carta del núm. **166** (AM 11225 A; siglo II/III): un orífice encarga a otro que se haga cargo del cadáver de su padre hasta que él llegue para el funeral (la preocupación por la buena conservación del cuerpo es típicamente egipcia). Otras dos cartas menos importantes leemos en los núms. **167** (AM 11238; siglo III) y **168** (AM 11228 B; siglos III/IV). La del núm. **169** (GD 7526; siglo V) resultaba muy sugestiva (petición de mano de un novio a su futuro suegro con la frase ἐραστὴς γεγένημαι τῆς σῆς θ[υγατρός en l. 3), pero Youtie ha echado abajo tan romántica suposición leyendo θ[αυμασιότητος y viendo en «su Excelencia» el título aplicado a un alto personaje por un pedigüeño adulador. El núm. **170** (GD 7688; siglo VI) es otra carta, y luego siguen otros documentos menos interesantes que son sólo descritos y rara vez editados. En el **171** (GD 7736 B y 7734 B; siglo I) hay dos fragmentos unciales, quizá literarios; el **172** (AM 11233; siglo II) es un documento catastral; el **173** (AM 11234 A *v.*; siglo II), un registro de impuestos, cuyo texto no se nos da; el **174** (GD 7645 A *v.*; ca. 260; de Hermúpolis; Bell sospecha que procede del archivo de Heronino), un documento relativo a una granja; el **175** (AM 8941; siglo III; no se da el texto), unas cuentas de granos; el **176** (GD 7530; siglo III) trata de una división de propiedades; el **177** (AM 8944; año 202), de un arriendo; el **178** (GD 7238 C; año 250/1), **179** (GD 7554; siglo V/VI) y **180** (GD 7886 C; ¿siglo VI?) son documentos privados insignificantes; el **181** (GD 7677 A; año 344), un recibo; el **182** (GD 7886 B; s. III/IV), un informe oficial; el **183** (AM 8959 *r.*; año 345), un fragmento de correspondencia oficial; el **184** (GD 7635; siglos IV/V), una petición; y los núms. **185-91** (GD 7628 y 7642, AM 11235 B, 11245 B, 11230 D y 11245 A, GD 7886 B; de los años 162 y 28 y los siglos I, I/II, I/II, II y V, respectivamente) son cartas: destacaremos los núms. **185**, relativa a una tutela, y **188**, sobre la exposición de un niño. Y con esto terminamos nuestra rápida revista a este último volumen de la colección de Princeton: si en la mayoría de sus textos el grado de mutilación que presentan los papiros hace difícil y árida la lectura e interpretación, esto debe servir de moraleja a los futuros editores para que, al encontrarse ante una masa de materiales inéditos, procuren alternar en los primeros volúmenes lo más interesante con lo menos atractivo. En definitiva, los señores Johnson y Goodrich (a quienes ha ayudado Metzger editando los núms. **113** y **159**) han realizado una obra sumamente meritoria.

M. F. GALIANO.

Publications de la Faculté des Lettres de l'Université de Strasbourg. Fascicule 97. PAUL COLLOMP et ses élèves. *Papyrus grecs de la Bibliothèque Nationale et Universitaire de Strasbourg.* Les Belles Lettres. París, 1948. Un vol. en 4.° de 44 págs.—La serie de 43 papiros griegos que se presenta en este fascículo ya había sido publicada en el *Bulletin de la Faculté des Lettres de Strasbourg* de los años 1935/6 a 1940/1, como trabajo de la escuela de Collomp, en la que figuran los nombres de J. Schwartz, E. Kimmel, G. Tschantz, R. Karst, G. Cousin y R. Wernert. La numeración de esta serie empieza con el número **126**, para continuar así la colección iniciada por Preisigke, *Griechische Papyrus der Universitäts- und Landesbibliothek zu Strassburg*, I-II (1912/20).

Es lástima que al reeditar estos documentos no se hayan superado las deficiencias procedentes principalmente de la distribución del trabajo. Así resulta chocante que el **129** aparezca elaborado en la total ignorancia del **149**, el cual, prescindiendo de las últimas líneas, en que no aparece la fecha, coincide literalmente con aquél; suplementos inmediatos han sido, pues, desperdiciados. Por lo demás, se echa de menos todavía un comentario real de los documentos, así como la indicación de la procedencia y hasta un simple índice del libro. Pero esto no quiere decir que la publicación conjunta de estos papiros deje de tener utilidad; indudablemente, facilita la consulta.

Los documentos no aparecen ni por orden cronológico ni por orden de materias. Los agruparemos por este último criterio en nuestra breve reseña de los mismos.

Como queda dicho, en **129** (núm. inv. 608) y **149** (609 y 610) tenemos dos documentos gemelos, casi idénticos, consistentes en declaraciones dirigidas por las mismas personas a un mismo *praepositus pagi;* la primera está fechada en 331 d. J. C., y en la segunda falta la fecha. El objeto de la declaración es el no existir en el lugar χοιρέμποροι ni ὀρνιθοτρόπος. Tanto J. Schwartz como G. Cousin, editores independientes de los dos documentos, respectivamente, parecen resistirse a admitir el singular del segundo término, dado el plural del primero; pero me parece que el singular indica simplemente que no solía haber más que un ὀρνιθοτρόπος en cada lugar. Declaraciones son también el **134** (1164), relativo a la epícrisis (187 d. J. C.), y el **152** (1721 *r.*), para el catastro, del 298/9.

El **146** (1545) es un extracto del diario del prefecto de Egipto Sempronio Liberal, utilizado probablemente para un proceso, así como el **150** (2335; ¿siglo III?) conserva un comienzo de demanda. Una mujer, que actúa sin tutor por tener el *ius liberorum* κατὰ Ῥωμαί]ων ἔθη, parece reclamar contra un tal Κασιανός, al que arrendó una vivienda, por medio de su *procurator*, durante una ausencia de ella, para que sea desahuciado por falta de pago (?). El **128** (2164), que se edita

como «fin d'une pétition», es una denuncia presentada por un pobre viejo (186 d. J. C.), a causa de un hurto cuya investigación solicita. El encabezamiento y la narración de los hechos faltan y el fragmento empieza aproximadamente con la segunda parte, introducida por el consabido [Διὸ | ἐπιδ]ίδωμι τὸ βιβλείδιον | [ἀξιῶ]ν κτλ.

Mayor interés quizá tienen otros dos papiros matrimoniales. El **131** (2626) nos conserva un fragmento de contrato matrimonial del 363, por el que se establece la dote con cláusula de restitución en caso de separación. El **142** (2663) nos ofrece, en cambio, un acta casi completa de separación por parte de la mujer, que actúa con su madre como συνεστώς. El acto se califica de περίλυσις.

Otros papiros contienen distintos tipos de recibos. El **132** (1172) presenta un fragmento bastante largo de un libro de recibos de Flavia Isidora (262/7), ya conocida por Pap. Estrasb. 1207 y 1233 *(Mél. Maspéro* 335 y 344), que demuestran que el rebaño que aquí aparece arrendado a Nilamón pasó luego a otro dueño. El **126** (299; del 129) es también un recibo de la renta pagada por un colono. A un pago fiscal se refiere, en cambio, el recibo de dos δεκάπρωτοι (**153**, núm. inv. 763) del 262/3, es decir, de la misma época del documento análogo recogido por Wilcken, *Chrest.*, núm. 279). Uno de los δεκάπρωτοι aparece como βου(λευτής), y el otro como ἀγο(ρανόμος?) | βουλ(ευτὴς) εκα(?) γυ(μνασίαρχος?). Por último, un recibo del impuesto de manumisión (κηρυκικὸν τέλος) se documenta en el **135** (1165), de un año desconocido de la corregencia que dura del 198 a 211.

Los números **155** a **168** (663, 700, 148, 726, 728 *a*, 714, 671, 143, 662, 737, 677, 141, 657 y 644) son certificados de cumplimiento de contribución de trabajos, fechados del 119 al 144. La prestación de los servicios dura de cinco a siete días, y pertenecen todos al mismo contribuyente.

El **127** y el **141** (1350 y 1201; el último aparece sin rótulo) documentan negocios en que han mediado los sitólogos. El primero está fechado en el 136; el segundo es colocado por el editor en el siglo IV después de J. C. En el primero hay una orden de pago dada a los sitólogos ἀφ' ὧν ἔ|χετέ μου ἐν θέματι. En el segundo, una διαγραφή de cierta cantidad de dinero debida.

Otros documentos contienen contratos de distinto tipo. Así, de compraventa de tierras (**144**, núm. inv. 1224 *r.*, del 245), de casas (**151**, 756, de la época de Trajano), de una burra (**139**, 1212, del 277), de préstamo de dinero (**147**, 409, de la época de Trajano; **143**, 2597, del siglo III d. J. C.), de arrendamiento de tierras (**137**, 1229, del 325; **148**, 511, ἐφ' ὃν | [βούλει χρόνον], del 472) y una oferta de obra (**136**, 1673, del 281), además de un pequeño fragmento de contenido contractual incierto (**133**, núm. de inv. 376), que el editor data en el siglo V/VI. Todavía se presenta como posible quirógrafo el **145**

(155 y 169), del 61/2, que podría ser, como ya indica el editor, una simple carta sin interés jurídico.

Una carta privada tenemos en el **140** (258), que el editor data, con duda, a fines del siglo III d. J. C., pero de mayor interés es otra carta, **154** (1258), en la que una persona, al parecer influyente, se dirige a un alto funcionario para que releve al diácono Paulo del cargo de auxiliar del fisco que injustamente se le ha impuesto (π[α]ρ[ὰ] τὴν νομοθεσίαν τῶν βασιλέων | ἣν καὶ σ[ὺ] εὖ κατα[ν]οεῖς). El editor remite a las constituciones de Constantino y Constancio *(Cód. Teod.*, XVI, 2, 2 y 9), por las que se declara a los clérigos exentos de liturgias civiles. Así, pues, la carta puede ser de aquel mismo siglo o del siguiente. Por último, se nos conserva en **130** (2610, del 149 después de J. C.) el comienzo de una carta (en realidad sólo los títulos imperiales) de Antonino Pío a los magistrados, a la βουλή y al δῆμος de Antínoe. El **138** (1218, del 325 d. J. C.) es una carta de un λογιστής a unos κληρονόμοι.

La serie que acabamos de enumerar no presenta grandes novedades; pero, con todo, se hubiese podido desear un comentario más acabado y una presentación más diligente y uniforme, en vez de una simple reedición de las publicaciones parciales anteriores. Hasta qué punto esa imperfección se debe a las dificultades de los tiempos es algo que todos debemos reconocer, y en ese sentido el presente fascículo merece la máxima benevolencia.

ALVARO D'ORS.

A Descriptive Catalogue of the Greek Papyri in the Collection of Wilfred Merton, F. S. A., edited by H. I. BELL . . . and C. H. ROBERTS. Volume I. With Fifty-One Plates. Londres, Emery Walker, 1948. Un vol. en 4.° mayor de XIV + 182 págs. con 51 láminas.—El dueño de esta colección, Wilfred Merton, aprovechó tiempos más felices que los presentes para hacerse con una espléndida serie de papiros literarios y documentales; más aún, pudo incluso escoger, quedándose especialmente con aquellos ejemplares que, por estar datados o ser fácilmente datables, pudieran servir de ilustración preciosa a cualquier estudioso de la Paleografía antigua. Para ello era necesario que todos y cada uno de los papiros de la serie fueran reproducidos con su correspondiente facsímil fotográfico, cosa no corriente entre los editores de esta clase de textos, que, ante las graves dificultades económicas que tal proceder entraña, suelen limitarse a dar fotografías de las piezas más importantes. Pero los editores de los papiros Merton—Harold I. Bell y C. H. Roberts, y con ello no hace falta añadir más para que todos comprendan en seguida qué alta calidad científica alcanza esta edición—han logrado, como decimos, fotogra-

fiar todos los textos en láminas irreprochables sobre un papel verdaderamente regio; añádase a esto la pulcritud y belleza de la tipografía, la magnífica encuadernación, etc., y se comprenderá fácilmente que el libro haya resultado una auténtica obra maestra del arte editorial... y que su precio resulte solamente accesible para los próceres del mundo papirológico.

La impresión del volumen había comenzado ya en 1939—lo que hace que la bibliografía quede en algunos puntos ligeramente anticuada—; han sido precisos, pues, nueve años largos para la gestación tipográfica del volumen, y debemos esperar que el segundo tomo, del que se nos dice va a contener otra cincuentena de papiros muy interesantes, no tarde tanto en llegar a nuestras manos como su antecesor.

Los papiros están ordenados, como de costumbre, en las dos secciones literaria y documental; y dentro de cada una de ellas, por fechas, procedimiento muy cómodo y aconsejable. Sir Harold Bell es el editor de los 25 primeros textos, y Roberts de los últimos.

El núm. **1** (¿de Oxirrinco?) es muy antiguo (II a. J. C.); contiene Hom., *Od.*, VI, 190-1, 199-201, 204, 206-8, 236-75. El número de versos es el de la vulgata (parece, pues, mejor pensar en 150-100, porque en la primera mitad del siglo aún tenía cierto vigor el texto alejandrino). Hay variantes curiosas: un inexplicable ορος̣τ̣ων[(206);]γακιω[en 236, lo cual hace pensar que se escribió ἐπὶ θῖνα κιὼν ἀπάνευθε; κατ]ωρυχεσσιν[en 267 (¿hay quizás ahí un antiguo *ἀρυια, cfr. ἀμφιαχυῖα, ἄγυια, ὄργυια, etc.?); son errores vulgares φαλ[al fin de 270, εοικεν οι en 243, la glosa αλκινοου al principio de 256, κ̣αλη por atracción de ἀγορή en 266, etc.

El núm. **2** no es inédito; son dos hojas del códice Chester Beatty VII (Rahlfs 965) publicadas ya por Kenyon sin fotografía *(The Chester Beatty Biblical Papyri. VI. Text*, Londres, 1937), que contienen *Isaías*, XVII, 5-7 y 9-12, LIV 14-17 y LV 3-6. Proceden de la primera mitad del siglo III. Ofrece interés sobre todo por lo que respecta a las glosas en copto fayúmico (cfr. nuestra nota en *Est. Clás.*, I, 1950-1, 9-10).

El núm. **3** no es muy interesante: Homero, *Il.*, XIV, 108-26 y 162-77, en el *recto* y *verso*, respectivamente, de una hoja de un códice del siglo III. Llaman la atención los muchos signos de puntuación, puestos al parecer *post scriptum* según un sistema parecido al nuestro (sólo en 175 ἰδε, como en los papiros alejandrinos). La mala calidad del material, la forma de códice, la mano inexperta y los signos (otros también de cantidad) añadidos, quizá, por el maestro, indican un texto escolar.

El núm. **4** es el más antiguo de la colección: siglo III a. J. C. Como los nombres propios aparecen en los papiros de Zenón, es probable que también éste proceda del famoso archivo de Filadelfia. Es una

carta de Aristómaco a Zoilo y Dionisia para que den a Dífilo una cierta cantidad de trigo (πυρίδια, que aquí, como en Aristóf., *Lisístr.*, 1206, no significa sólo «Lohn in Weizen», según dice Preisigke) del que les dejó encomendado, porque él ha recibido ya el importe de antemano (se trata, pues, de un préstamo cuyo importe se devuelve en especie o, si se quiere, de una venta en que el vendedor recibe el precio anticipadamente, no sabemos si con deducción del interés; parece que hay aquí una nueva acepción de ἀποχράομαι, recogida ya por *add. et corr.* del Liddell-Scott; cfr. Pap. Cairo Zen. 59107, 5, χράομαι = «prestar»). Es curioso ἕως [τ]ῶν νέων = «hasta la nueva (cosecha)».

El núm. **5** es importante, aunque difícil por la mutilación de los finales de líneas y por ser una copia no muy cuidadosa, procedente del registro de peticiones de la oficina del estratego Boeto (del que sabemos que ejerció en la Tebaide en 149-135), de la petición en que la ἀστή Berenice, de la Ptolemaide, acusa al ἱππεύς Andrónico de haber desplazado los mojones en su finca colindante con una γῆ πολιτική propiedad de la denunciante. Merece especial mención la nueva palabra σχοινουλκία = «survey» (cfr. Liddell-Scott, *l. c.*). La edición de este papiro está enriquecida por aportaciones de Hunt y Skeat.

El núm. **6** es la certificación de un préstamo de trigo hecho en el Νέστου ἐποίκιον, del nomo arsinoíta, el 15 de enero del 77, por un funcionario macedonio llamado Castor. Como en otros documentos similares (cfr. Pap. Soc. Ital. IX, 1016), aparecen las firmas de seis testigos.

El núm. **7**, de la segunda mitad del siglo I a. J. C., es una lista de trabajadores. El **8** es del año 3-4 y procede de Teadelfia: Marsisuco había entrado en posesión de 24 aruras de δημοσία γῆ que le había cedido otro δημόσιος γεωργός, pero ahora le han sido arrebatadas por Sotérico, oficial del γραμματεύς de la aldea, de lo cual se queja el perjudicado en petición a un tal Κόραξ, que debe de ser un estratego. Es de notar ἀνέσπασάν με, de sintaxis embarullada (hay que interpretar ἀναspάω como «expulsar» o suponer un uso con doble acusativo, sobrentendiendo el de cosa, semejante al de ἀποσπάω).

El **9**, también de Teadelfia, es una declaración de fallecimiento del año 12. El **10**, de Filadelfia, un contrato de arrendamiento: se trata de un κλῆρον... ἐπικαλούμενον ἡμιαρουρίου (cfr. Pap. Soc. Ital. IV, 368, 14). Resulta rara la expresión ἐπὶ πασι πάντων τῶν προγεγραμμένων = «on all the aforewritten terms». El arrendatario Harmiusis es un Πέρσης τῆς ἐπιγονῆς: los editores parecen admitir, en este debatido problema, la tesis de Tait *(Arch. Papyrusf.*, VII, 1923, 175-82) y Pringsheim *(Zeitschr. Sav.-Stift.*, XLIV, 1924, 396-526), según la cual no hay en esta denominación más que una ficción legal con la que se designa al que se obliga a aceptar un determinado

modo de ejecución. El papiro está datado en el 21 d. J. C.

El **11**, también de Filadelfia, corresponde al 39-40 y está muy incompleto. Es una petición a un estratego relativa a una disputa por cuestión de aguas; nótese ὑδροφυλακέω = «vigilar (privadamente) los riegos».

El **12** es sumamente curioso: está datado el 29 de agosto del año 58. Queras, probablemente un médico, escribe a su colega Dionisio y, tras de unos cumplidos con cierto sabor literario, le hace una consulta profesional. Traducimos casi íntegramente este texto importante para la Historia de la Farmacia: «Queras a su queridísimo Dionisio que esté muy bien y que goce de continua salud. Al recibir tu carta me alegré tanto como si realmente me encontrara en mi patria, pues sin ésta no hay nada que valga. Se puede omitir el escribirte con grandes extremos de agradecimiento, porque a los que no son amigos es a quienes únicamente hay que darles las gracias con palabras... Me enviaste dos recetas (ἀντιγράφια), una del de Arcágato (τῆς Ἀρχαγαθήου = τῆς Ἀρχαγαθείου) y otra del cáustico (τῆς ἑλκωτικῆς). El arcagateo está bien, pero el cáustico no tiene la debida proporción (συνσταθμίαν) de resina. Yo te pregunto por un cáustico enérgico que pueda cauterizar (ἑλκῶσαι) sin peligro las plantas (de los pies); porque lo necesito urgentemente. En cuanto al seco (τῆς σκληρᾶς), me escribiste que lo hay de dos clases. Mándame la receta (γραφῖον = γραφεῖον) del resolutivo (τῆς διαλυτικῆς), porque el de cuatro ingredientes (ἡ τετραφάρμακος) es también seco...» Se trata, pues, de distintas clases de emplastos revulsivos o emolientes con que se intenta atajar una infección violenta de la planta del pie: algunos de ellos eran ya conocidos, como el arcagateo, citado por Celso, y el τετραφάρμακος, mencionado por Menón, Filón y Galeno, cuyos cuatro ingredientes eran cera, sebo, pez y resina. Interesan lingüísticamente los nuevos vocablos ἑλκωτική = «cáustico», γραφεῖον = «receta» y ὑγιῶς περιέχει en vez de ὑγιῶς ἔχει. Debe hacerse notar la ayuda prestada en la edición de este papiro por Withington.

El habernos detenido demasiado sobre el **12** nos obliga a ser más parcos acerca del **13** (una viuda dirige al exegeta de Oxirrinco, en uno de los años 98-102, un escrito con el inventario de lo heredado de su esposo; es nuevo ἐπ' εἴδους = «por menudo»), **14** (Oxirrinco, año 103; una cursiva muy difícil; Diógenes, persa de la descendencia, toma trigo en préstamo de otra persona; si se trata, como parece, de un exegeta, es difícil que tal cargo pueda ser desempeñado por un sujeto de origen realmente persa, y, por tanto, queda reforzada la tesis expuesta con respecto a **10**), **15** (Bacchias, 1 de oct. 114; es el comienzo de Pap. Wisc. 16, editado por Clauson, *Aeg.*, IX, 1928, 240-80, con las cuentas de un portazgo), **16** (Bacchias, 28 jun. 149; recibo de un impuesto pagado en trigo; un nuevo ejemplo del enigmá-

tico ἔπαιτον), **17** (Oxirrinco, 158; es el final de Pap. Oxy. 1685, que reedita aquí Bell; en ἀλληλεγγύ}γ{ων aparece la consabida γ parásita, naturalmente espirante, entre vocales), **18** (Oxirrinco, 7 ag. 161; tres ex gimnasiarcos a quienes no permite viajar la συγκομιδή, es decir, la siega o, más bien, como indica Mlle. Préaux, *Chr. Ég.*, XXV, 1950, 331-8, el almacenaje del grano recogido, otorgan un poder a un procurador para que les represente ante el ἡγεμών de Alejandría; es curioso que la madre de un gimnasiarco sea egipcia, como lo demuestra el nombre nuevo Ἐμσιουήσις), **19** (Oxirrinco, 31 marzo 173; acta de venta de un barco ἀπὸ ἰτεΐνων ξύλων, «de madera de sauce», lo cual es nuevo para nosotros), **20** (Bacchias, ¿184?; recibo de consumos) y **21** (Arsínoe, 29 mayo 188; recibo de λαογραφία).

El **22** es otra carta de difícil lectura (siglo II). Tolomeo escribe «a su padre», pero como luego dice «mi padre te saluda», se deduce que la primera vez es un título honorífico. El texto no contiene más que hiperbólicas adulaciones. El **23** (¿Oxirrinco?; siglo II; hay lecturas de Skeat) es una carta comercial (aparece un nuevo topónimo, la κώμη Νετρώ). Otro tanto decimos del **24** (ca. 200). El **25** (Oxirrinco, 12 marzo 214) se refiere a un préstamo de dinero. El **26** (Oxirrinco, 8 febr. 274) es un extracto de las minutas (ὑπομνηματισμοί) de un exegeta en relación con el nombramiento de un tutor (ἐπίτροπος) para un huérfano de padre y madre. En el asunto interviene el ἐπανορθωτής Claudio Firmo (Roberts dedica en las págs. 157-161 un interesante apéndice a estudiar la identidad de esta persona y el significado de tal designación). Parece que se habla de una enfermedad (φρικώδης νόσος) que ha hecho estragos en Oxirrinco.

El **27** (siglo III, probablemente del nomo arsinoíta) contiene unas cuentas relativas a trabajos agrícolas (en el *verso* hay una carta de fecha posterior). El **28** (siglo III) es una carta de Harpocras a Amonas (en l. 9, ἄππας significa seguramente «papá»). El **29** (siglo III/IV) está dirigido a los Ἀραβοτοξόται o policías árabes de una aldea del nomo arsinoíta, a los cuales se ordena, sin mucha amabilidad (εἰ δ' οὔ[ν τ]ο̣ύ[τ]ων ἀμελήσητε ὑμῖς ὑπὲρ αὐτ̣οῦ [λόγον δώσετ]ε), que detengan a una mujer. Los números **30** (302) y **31** (307; ambos del nomo arsinoíta) son recibos: Mlle. Préaux cree que proceden de los archivos de Aurelio Isidoro que están siendo publicados por Boak. El núm. **32** (siglo IV) es una carta de una mujer a un hombre, probablemente su marido: si se descuida se va a quedar sin el terreno que aspira a comprar, y tras del cual andan también otros; lo mejor es que vuelva en seguida (notemos σήμορον, πίστις = πίστεις, ἰ = εἰ, αὐτώ = αὐτό, ὀνήσασσται = ὠνήσασθαι, δυαί o διαί = διά, μέλλις, ἰσίν, τιναις = τινες, ἐπιθύμη[σαν], etc.; en el *verso* hay un documento oficial). En el **33** (Oxirrinco, 31 oct. 344) hallamos el recibo de un alquiler (10 talentos por semestre). En el **34** (id., 346/7), una orden de pago

firmada por Hiérax en el *recto;* la orden volvió al mismo que la había emitido, y éste aprovechó el *verso* para hacer unas cuentas. El **35** (Oxirrinco, 28 en. 348) es un recibo de oro recibido por el colector Silvano; se habla de unos πρεσβευτικά, que son probablemente tributos especiales para costear el envío de alguna embajada (hay un nombre nuevo, Παβῶφις). El **36** (Oxirrinco, 360) es una muestra de la conocida y antigua triquiñuela: «préstamo disfrazado de reconocimiento de deuda por parte del prestatario». En el **37** (nomo arsinoíta, 373) una mujer toma trigo y promete devolvérselo a otra (los dos nombres, Τετούεις y Κοττίνη, son nuevos). El **38** es la carta de un encargado (προνωητοῦ) al dueño (γαιούχῳ). Parece que el firmante teme ciertas reclamaciones que van a ser formuladas contra él: quiere hacer constar que ha pagado a los obreros, que, por otra parte, trabajan con mucha negligencia; necesita, además, dinero para varias cosas (las usuales faltas del siglo IV: ὥτι = ὅτι, της = τις, εἶνα, ἔτωκα, ἀπόστιλων = ἀπόστειλον, εἰκίας = οἰκίας, etc.).

El **39** (siglos IV/V) es un inventario de materiales de construcción (los καλημίδια deben de ser una especie de tablones). Es muy curioso el núm. **40** (siglos IV/V; ¿nomo arsinoíta?), que es una lista de cerdos con el destino dado a cada uno; un lechón es enviado «al filósofo»; otros, «a la ciudad para el cumpleaños de Fulano o Mengano» (pero Roberts hace notar que el cumpleaños de una persona se llama γενέσια, y que γενέθλια queda reservado para el aniversario de un dios o personaje sagrado: γενέθλια ἅπα 'Ιωάννου puede ser la fiesta de S. Juan, y más adelante quizá se habla de la de Sta. Eutropia). El **41** (Oxirrinco, ca. 406) es parte de la copia de una serie de órdenes de pago; el **42** (siglo V), unas cuentas de trigo (son nuevos los onomásticos Μησίας y Διχιῆλ y λανατουργός = «lanero»); el **43** (¿Oxirrinco?; ¿siglo V?), escrito en *recto* y *verso*, contiene los borradores de dos peticiones difícilmente legibles; el **44** (siglo V) es una orden de pago; el **45** (¿nomo heracleopolita?; siglos V/VI), un κομμωνιτώριον o carta de un superior a un inferior, en este caso, de un *praeses* a un subordinado, al que ordena proceda contra los contribuyentes morosos (en el *verso* hay restos de otra carta); el **46** (nomo heracleopolita; siglo VI), una carta en que un recaudador de impuestos, desesperado ante el caos de cuentas dejado al fallecer por un colega, se excusa ante su superior por no haber podido poner en orden los asuntos (σαβουρᾶτος = «lastrado», como el lat. *saburratus*); el **47** (de los siglos VI o VII), un recibo de alquiler firmado por un monje (en el *recto*, un documento en copto); el **48** (del nomo arsinoíta; siglos VI/VII), otro recibo de renta; el **49**, comprado en Edfû (siglo VII), se refiere a un arrendamiento y es probablemente posterior a la conquista árabe; el **50**, comprado en Akhmîm, es del siglo VIII y contiene unas cuentas, con varios nombres nuevos, en *recto* y *verso*.

No terminaremos sin decir que la inmensa mayoría de los papiros van acompañados de su correspondiente traducción. Buena costumbre, ciertamente.

Egypt Exploration Society. *The Oxyrhynchus Papyri. Part XIX.* Edited With Translations and Notes by E. LOBEL ... E. P. WEGENER ... C. H. ROBERTS and H. I. BELL. Londres, 1948. Un tomo en 4.° mayor de XVI + 180 págs. con 13 láminas.—Los lectores de nuestra revista recordarán, sin duda, la reseña tripartita que dedicamos al volumen XVIII de esta preciosa serie en EMERITA, XI, 1943, 435-60. Ya entonces podía preverse que los avatares guerreros ejercerían influencia decisiva sobre la impresión del siguiente tomo. En efecto, no han faltado ciertamente las dificultades: la Srta. Wegener quedó en Holanda, incomunicada con respecto a sus colaboradores; el prof. Roberts fué movilizado por el Foreign Office, y todo ello ha traído como consecuencia que, contra lo acostumbrado anteriormente, hayan mediado nada menos que siete años entre la publicación de los dos volúmenes. En el prólogo del XVIII se anunciaban muchos más textos de Safo y Alceo; pero con el fin de suministrar al profesor R. Pfeiffer, que preparaba una edición de Calímaco, todos los fragmentos de este autor que figuraran entre los fondos de la colección, se alteró el programa primitivo por lo que toca a los papiros literarios, de modo que la sección editada por Lobel (**2208-21** y **2225-6**), contiene en su mayor parte textos calimaqueos, y nos advierten que otro tanto sucederá con el tomo XX. Roberts ha publicado los números **2223-4**; la Srta. Wegener, bajo la supervisión general del mismo Roberts, los núms. **2222** y **2227-44** y los índices; Bell ha ayudado en las tareas de edición que se veían dificultadas por la ausencia de la mencionada señorita; Pfeiffer y Maas han aportado notables sugestiones, y entre los seis han elaborado un tomo que—basta este elogio—no deja nada que desear en relación con sus predecesores. ¡Lástima que todos ellos tengan tan pocas láminas!

Los núms. **2208-18** y **2225-6** son de Calímaco. Al comentar brevemente los primeros tenemos a la vista la ed. de Pfeiffer, *Callimachus I*, Oxford, 1949, y ello facilita sobremanera nuestra labor.

El núm. **2208** consta de tres fragmentos: indica que el primero es de Calímaco la coincidencia de los vs. 1-2 y 5 con los frs. 388 y 222 Schn. En Pf. es el fr. 2, posterior al famoso prólogo a los Telquines (Pap. Ox. 2079, fr. 1; fr. 1 Pf.) y anterior al primer αἴτιον del primer libro («por qué en Paros sacrifican en honor de las Gracias sin flautas ni coronas»; fr. 3-7 Pf.): Calímaco, a quien se han aparecido las Musas en sueños, se compara con Hesíodo, que gozó en tiempos del mismo honor, y así como a éste le revelaron el contenido de sus poemas, a él le han inspirado la composición del *carmen* etiológico.

El **2208**, fr. 2, es oscuro, amén de pequeñísimo: Pf. le da el número 113 y lo sitúa entre los frs. *incerti libri Aetiorum* dándolo con interrogante como del primer libro y como relativo a Ciris (cfr. Ps.-Virg. y Ov., *Metam.*, VIII, 150 ss.; K]εῖριν en vs. 4 y 9, οἰωνὸς en 3, quizá Δαυ[λιάδες en 2, cfr. Ps.-Virg. 200 y Ov., *Ep.*, XV, 154, con respecto a Filomela y Procne, convertidas también en aves).

El fr. 3 es algo más extenso; en Pf. es el 114, unido a otros papiros de este mismo volumen y a algún fragmento anterior (fr. 114 Pf., 1-13 = **2208**, fr. 3, 1-13; id., 14 = **2208**, fr. 3, 14 + 2211, fr. 2 *v.*, 1; id., 15 = **2208**, fr. 3, 15 + **2211**, fr. 2 *v.*, 2 + **2212**, fr. 19, 1; id., 16-7 = **2211**, fr. 2 *v.*, 3-4 + **2212**, fr. 19, 2-3; id., 18-25 = **2211**, fr. 2 *v.*, 5-12; es curiosa, pues, la casual yuxtaposición de los tres papiros; además, los vs. 5 y 9 coinciden con los frs. 315 *b* y 535 Schn.). Parece que es un diálogo entre el poeta y Apolo, arqueológicamente importante. Calímaco le pregunta por algunos pormenores de la famosa estatua de Delfos hecha por Angelión y Tecteo: si está recubierta de oro, si tiene una faja de bronce en torno a las caderas, si lleva en la derecha un dardo y en la izquierda a las tres Gracias. El dios contesta afirmativamente, jurando una vez por sí mismo (ναί, μὰ τὸν αὐτὸν ἐμέ), y luego explica qué significan estos atributos, con referencia quizás a la fábula del tracio Diomedes (Βιστονίδες en 21). Como los frs. han aparecido junto con otros del primero (**2208**, fr. 1) y del tercer libro de los *Aitia* (**2211**, fr. 1 *r.*), es difícil decidir a cuál de los dos libros corresponden.

El **2209** A (fr. 21 Pf.) es de fácil atribución y localización: v. 3 coincide con fr. 206 Schn. El texto, muy mutilado, forma parte del segundo αἴτιον del primer libro (por qué en el templo apolíneo de Anafe se celebran unas ceremonias en que hombres y mujeres se insultan mutuamente: porque, hallándose reunidos en aquella isla los Argonautas, a su regreso, después de haber sido salvados de un peligro por Apolo, en acción de gracias por lo cual habían consagrado dicho templo, las doce siervas que les habían sido regaladas por Alcínoo o su esposa, cfr. Apol. Rod. IV, 1219 ss., empezaron, embriagadas, a bromear con ellos).

El **2209** B es de la misma mano que el anterior y, como éste, contiene algunas adiciones interlineares (fr. 118 Pf.; «L. I (?)»). Es un fragmento oscuro en que se habla de un templo hecho a la buena de Dios (ἐξ αὐ]τοσχεδίης), de «pulir» (probablemente piedras); de una plomada y de Apolo: un ejemplo más del interés consagrado por Calímaco a los temas arquitectónicos.

El **2210** consta de varios fragmentos, todos muy pequeños: los frs. 1-15 y 17-21 los da Pf. como frs. 119-37 [«L. II (?)»], combinado el primero de ellos con el fr. 195 Schn. (alusión a «Mecone, sede de los Bienaventurados, donde por primera vez echaron suertes, repar-

tiéndose las honras, los dioses después de la guerra gigantea»). El fr. 16 se une a 2080 y a un pequeño fragmento que publica Lobel en los *addenda* de este tomo (fr. 43 Pf., del libro II, lo cual hace pensar que también los frs. 119-37, cfr. supra, proceden del mismo libro): no contiene más que dos o tres letras del principio de cada verso.

El **2211** son dos fragmentos de un códice escritos por ambos lados: el fr. 1 *v.* (frs. 63 y 64 Pf.) procede del libro III: primeramente aparece el final de un relato destinado a explicar porqué las solteras no podían presenciar las ceremonias de las Tesmoforias (el texto no está claro: *fabula, cuius personae infans, mulier, anus, vicinus, et Ceres dea esse videntur*, dice Pf.); a continuación, sin transición alguna, se pasa a unos versos en que cuenta Simónides (cfr. Suda *s. v.*) cómo Fénice, el general acragantino, destruyó su tumba para demoler una torre (hay curiosas referencias al proverbio μὴ κίνει Καμάριναν, cfr. mi nota a Pínd. O. V 2, al sistema mnemotécnico del poeta, a su salvación cuando se hundió el techo de la casa de Escopas; en general, el texto se lee con gusto y está bien conservado). El fr. 1 *r.* empieza con unas líneas en que el poeta se dirige a cuatro fuentes de Argos en relación con los usos a que se destina el agua de cada una de ellas (fr. 66 Pf., del libro III); y sigue, también sin transición, el principio de la conocida historia de Aconcio y Cidipe (fr. 67 Pf., también del libro III), de que se conservaba gran parte en 1011. Anotemos por curiosidad que en fr. 66, 1 Pf. hay otro ejemplo de νέποδες (cfr. EMERITA, XI, 1943, 109).

Del fr. 2 *v.* ya hablamos arriba; en el 2 *r.*, que se une al 2167, fr. 5, 1-21 formando el fr. 115 Pf., del libro I o III, tenemos restos de una extraña historia en que figura un tal Onnes (parece que tiene algo que ver con los Cabiros; también se habla de Hefesto y quizá de las islas Lípari, de forjar un escudo de hierro, etc.).

El núm. **2212** se compone también de muchos pequeños retazos. El fr. 1 (*a*) se une al **2213**, fr. 9, 1-6 (fr. 82 Pf.). El 1 (*b*), 1-3 = fr. 83 Pf. El 2 (*a*) y (*b*), 4 (*a*) y (*b*) y 5, cuya situación aclara Lobel en *add.*, se agregan también al **2213** (fr. 80 Pf.). El verso 4 de 1 (*b*) coincide con el primero de la historia del locro Euticles (cfr. *Dieg.* del Pap. Mil. 18, I, 37; fr. 84 Pf.). El fr. 18, más amplio y completado por **2169** y Pap. Berol. 11629 A^{v}, junto con fr. 103 Schn., pertenece a la historia de Molorco (fr. 59 Pf.). Del fr. 19 ya se habló; y los demás fragmentos figuran en Pfeiffer todos agrupados (fr. 3 y 6 = fr. 138-9 Pf.; fr. 7 = fr. 139 *a* Pf.; fr. 8-17 = fr. 140-9 Pf.; fr. 20 = fr. 150 Pf.; fr. 21 + fr. en *add.* = fr. 151 Pf.; fr. 22-7 = fr. 152-7 Pf.). Parece que todo el **2212** pertenece al libro III de los *Aitia;* la ganancia de texto es muy escasa.

El **2213** (25 fragmentos, cuatro de ellos con *add.*) está también muy repartido; probablemente proceden todos ellos del mismo li-

bro III. El fr. 2, 1-4 (fr. 77 *a* Pf.) termina con la narración de los ritos nupciales eleos (cfr. sch. A Λ 700); sigue una coronís, y después empieza la leyenda del huésped Isindio (Ovid., *Ib.*, 621 ss.; fr. 2, 5-6 = fr. 78 Pf.; cfr. *Dieg.* I, 10). El fr. 11 (*a*), (*b*) y (*c*) completa determinadas partes de la historia de Aconcio y Cidipe (fr. 75, 50-8 Pf.). Los frs. 1 (*a*) y (*b*) y 25 (éste contiene el signo esticométrico ×), con **2212**, 2 (*a*) y (*b*), 4 (*a*) y (*b*) y 5 (cfr. supra), nos dan parte de la historia de Frigio y Pieria (fr. 80 Pf.; cfr. Aristéneto *Ep.* I, 15, lugar del que ya se había sospechado que no era más que una paráfrasis de Calímaco, desgraciadamente muy mutilada; también es probable que correspondan al mismo relato los frs. 17 y 9 [frs. 81 y 82 Pf., unido el último a **2212**, fr. 1 (*a*); también el fr. 83 Pf., cfr. supra, pertenece a la historia citada]. Los frs. 3-6, 10, 12-6 y 18-24 están sueltos en Pf., como procedentes probablemente del libro III (frs. 158-74); y, por último, el fr. 8, más extenso que los demás, nos conserva una parte de la mencionada historia de Euticles (fr. 85 Pf.).

Es lástima que estén tan destrozados los 36 versos del **2214** (fr. 186 Pf.), en que se trata, al parecer, de los dones que fueron enviados a Delos por los Hiperbóreos (cfr. Calím., *Himn.* IV, 278 ss., Heródoto IV, 32 ss.). Y con éste (que no sabemos de que libro procede, pues no se encuentra en las diegesis) terminan los fragmentos de los *Aitia*.

El núm. **2215** consta de dos partes: la primera viene a unirse a **1011** para darnos una visión parcial del tercer yambo, del cual se conservan porciones, desgraciadamente muy pequeñas, de todos sus versos menos del 4, lo cual no ocurre, según parece, en ninguna otra de las piezas conservadas en papiros. El yambo en cuestión (fr. 193 Pf.) lamenta el materialismo de los tiempos, en oposición a las épocas anteriores, que apreciaban más la virtud que el dinero: Calímaco se queja de ser un amante pobre, a quien nadie concede sus favores.

La segunda parte, brevísima, se inserta en los versos 14-21 del yambo IV (disputa entre el olivo y el laurel; fr. 194 Pf.).

El **2216** procede de un códice: los textos del *recto* y *verso*, ambos atrozmente mutilados, pertenecen a la *Hécale* (fr. 1 *r.* = fr. 238, 1 14 Pf.; fr. 1 *v.*=id. 17-32; entre los dos se inserta el ya conocido fr. an. 24 Schn.; los exiguos frs. 2 *r.*, 2 *v.*, 3 *r.* y 3 *v.*, que da Lobel en *add.*, son también recogidos por Pf. como frs. 238 *a-d*). También es de la *Hécale* el **2217**, algo mejor conservado: los cuatro últimos versos coinciden con los cuatro primeros de la cuarta columna de la tablilla de Viena (**2217** = fr. 260, 44-58 Pf.; hay coincidencias con los frs. 205, an. 325, 49, 551 y an. 40): comienza el pasaje en que la corneja profetiza fieros males para el cuervo por llevar éste malas noticias a Apolo. El nuevo fragmento no aclara los puntos dudosos. Y, por último, el **2218** es un minúsculo retazo papiráceo que Lobel atribuye a Calímaco con interrogación: Pf. lo da como seguro y lo pone en cabeza

del yambo XII (fr. 202 Pf.), que, según *Dieg.* IX, 25, empezaba por la palabra Ἄρτεμι (aquí encontramos αρτε[con restos de una coronís encima). Con esto terminan los nuevos fragmentos de Calímaco: añadiremos que pueden ser datados en los siglos I a. J. C.-I d. J. C. (**2214**), principios del II d. J. C. (**2209** tal vez; **2210**, **2212**, **2213**), II o III (**2215**, **2218**), III (**2208**, **2211**, **2216**) y IV (**2217**), y terminaremos señalando que los textos en cuestión no son nunca muy claros ni importantes; mas, en manos de magistrales filólogos como Lobel y Pfeiffer, se han convertido en piezas firmes del armazón descarnado, pero sólido que es hoy la edición de un Calímaco que nuestros abuelos no pudieron ni soñar en poseer.

Los núms. **2219** (siglo II de nuestra Era) y **2220** (siglo I) son de Euforión; no se sabe de qué poemas pueden proceder. El **2221** es un interesante comentario a las *Theriaca* de Nicandro, independiente, por cierto, con respecto a los escolios ya conocidos (siglo I). Lobel cree que su autor es Teón, pero el argumento que da nos parece flojo: que con gran frecuencia aparece citado este gramático en los papiros de Oxirrinco. El nuevo texto nos aporta fragmentos de Calímaco (ampliando lo que conocíamos, por *Dieg.* VIII, 33, del principio del obsceno yambo IX, fr. 199 Pf.) y Sófocles (algunas palabras más del lugar de los Ποιμένες citado en el fr. 507 Pearson); también hay una cita de Hesíodo, *Trab.* 486-7. El texto de Nicandro parece aquí más afín a los códices *recentiores* que a H. Al dorso hay unas recetas médicas.

El núm. **2222** (principios del siglo I d. J. C.) es un fragmento de una lista cronológica, copiada quizá de la crónica de algún templo, en que aparecen relacionados los reyes Lágidas con los años que cada uno vivió y reinó. Hallamos varios datos de interés, entre ellos el de que Tolomeo VII reinó dos años con su padre Tolomeo VI Filometor, y luego él solo durante un breve período (en Bengtson, *Griechische Geschichte*, Munich, 1950, 472, aun se nos dice que, a la muerte de Filometor, subió al trono Tolomeo VIII Evérgetes II con su hermana Cleopatra II y su joven sobrino Tolomeo VII, y que éste fué asesinado en el 145 o lo más tarde en el 144).

El núm. **2223** (siglo II de J. C.) era ya conocido (cfr. nuestras notas de *Arbor*, VI, 1946, 150, y EMERITA, XIV, 1946, 318-9): contiene Eurípides, *Bac.* 1070-1136. Los núms. **2224-6** son textos ya conservados de antiguo: Eurip., *Hipól.*, 579-604, muchos versos del *Himno IV* de Calímaco y otros varios del VI del mismo autor (todos ellos son del siglo II d. J. C.).

M. F. G.

En la primera sección de los papiros documentales, bajo el título de «official», aparecen tres comunicaciones entre funcionarios. En

primer lugar, la carta **2227** del prefecto de 215/6, Aurelio Antínoo, al estratego de Hermúpolis Aurelio Sarapión, *alias* Apoloniano, según resulta de la muy probable restitución conjetural. Especial interés presenta aquí la aparición por vez primera de un πολέμαρχος (conocido hasta ahora tan sólo como título de magistrado en Grecia) con jurisdicción civil en Alejandría. Bajo el núm. **2228** encontramos unas copias de cartas oficiales de un estratego (seis dirigidas al estratego del nomo de Oxirrinco y una al estratego de varios nomos) sin un orden preciso y en seis tipos de letra distintos: presenta así un paralelo a Pap. Soc. It. 1125 y a Pap. Osl. III 82. El prefecto en cuestión, Aurelio Mercurio, sería, según el cálculo de los editores, del año 283 d. J. C. (Mlle. Préaux, *Chr. d'Ég.*, XXIV, 1949, 343-7, observa que puede ser también del 285). Los precios referidos en los documentos reflejan la época de gran inflación que corre del 279 al 288. Las cartas se refieren principalmente a la inscripción de cabezas de ganado.

El **2229** contiene una orden de entregar un preso que envía un ripario del nomo de Oxirrinco a un κεφαλαιωτής (jefe de policía local) entre el 346 y el 350 d. J. C. (cfr. el **2233**).

Cuatro declaraciones constituyen la segunda sección de documentos. La primera (**2230**) es del gremio de comerciantes de telas de Heracleópolis y se dirige al estratego en relación con la entrega de unos cobertores para el ejército y recepción del importe correspondiente (se fecha en un momento posterior al 119). Interés grande ofrece otra declaración del 241 dirigida a los βιβλιοφύλακες por una madre que heredó de su hijo, huérfano de padre, para que se haga la inscripción en el registro (παράθεσις) de la *agnitio bonorum possessionis*, cuya traducción griega presenta; la mujer actúa acompañada de un συνεστώς que firma al final. El interés de este documento (**2231**) radica principalmente en la mención, el año 241, de un prefecto, Domicio Filipo, que no era como tal conocido, pero con la particularidad de que se dice que en el momento de hacerse la *agnitio* no era todavía στρατηλάτης, cargo en que nos lo presenta Pap. Berl. Leihgabe 9, 2 para el 240/1: quizá sea el mismo *praefectus uigilum* de 241 de CIL, VI, 1092 (cfr. Groag-Stein, *Prosop. Imp. Rom., s. n.*, núm. 157), que los editores no tienen en cuenta. En todo caso, me parece que la identificación con el destinatario *Domitius* de dos rescriptos de Gordiano, del 240, sugerida ya por Kalén y ahora por los editores, es probable, tanto más cuanto que podemos muy bien creer que ese *Domitius* (cfr. Groag-Stein, *s. n.*, núm. 123) no fué prefecto del pretorio. En efecto, en el rescripto que se recoge en CJ 8, 30 (31), 2 no aparece como tal *praefectus praetorio*. El otro rescripto, en CJ 1, 50, 1, es el que nos presenta las siglas *p. p.* adosadas al nombre de Domicio. Como observa muy bien nuestro editor, el contenido del rescripto *(in*

causa quae spectat ad utilitatem rei publicae eum qui uice praesidis prouinciae administrat potuisse cognoscere in dubium non uenit) parece indicar que va dirigido, más bien que a un prefecto del pretorio, a un gobernador de provincia. Admitiendo, pues, que el *qui uice praesidis prouinciae administrat* puede ser el prefecto de Egipto, la identificación de los dos Domicios quedaría aclarada. Para explicar la sigla *p. p.* en el Código de Justiniano, el editor conjetura que, habiendo obtenido Domicio el cargo de prefecto del pretorio en una época posterior, los compiladores bizantinos habrían hecho la indicación con anacronismo. Esta diligencia erudita de los compiladores me parece poco probable, y no hay que olvidar que tal indicación falta en el otro rescripto. Francamente, lo que pasa ahí es que las siglas *p. p.* fueron introducidas indebidamente en un solo códice, el *codex Berolinensis* 273 (cfr. la *ed. maior* de Krüger, 1877, pág. 154, ap. crít.), y de ahí pasaron a las ediciones para hacer prefecto del pretorio a Domicio, que no nos consta lo llegara a ser. Por lo demás, los editores se plantean el problema de qué pueda significar en esa época el título de στρατηλάτης, que designa en edad posterior al *magister militum*, aunque también a cualquier jefe local de fuerzas militares (cfr. **2239**, del siglo VI) Se sugiere que signifique «prefecto del pretorio» (lo que se excluye por lo que queda dicho) o cualquier mando militar local, quizá relacionado con el peligro proveniente de Persia. De ser exacta la identificación con el citado *praefectus uigilum* del 241, habría que pensar también en esa nueva equivalencia.

El **2232** conserva, en dos copias, una propuesta que hacen un *tesserarius* y dos comarcos, al prepósito del pago, de unos recaudadores: la propuesta la hacen τῷ ἰδίῳ [ἡμῶν] κινδύνῳ. Es del 316. El **2233**, del 350 (cfr. **2229**), recoge una declaración de los *riparii* relativa a una investigación policíaca. Aparece aquí por primera vez un κεφαλαιωτὴς εἰρηναρχῶν, que hace suponer la organización de irenarcas en forma de gremio. El ripario Eulogio es el mismo que da la orden del **2229** y el mismo a que se dirige la denuncia del **2235**.

La tercera sección consta de dos denuncias. Una es la ya aludida (**2235**), por la que un tío se queja ante el mencionado ripario de Oxirrinco por las exacciones indebidas que sobre los sobrinos huérfanos quiere imponer un escriba de Terythis; probablemente se trata de una discusión sobre distinción territorial de competencias a consecuencia de la desaparición del registro. Rasgo curioso de la queja es la insinuación que hace el reclamante de que sus sobrinos, en caso de no obtener protección, quizá acudan a la ἀναχώρησις.

El segundo documento de esta sección (**2234**) es una denuncia del año 31 d. J. C., presentada a un centurión por daños que ocasionaron unos pescadores y un soldado pescando contra la exclusiva legal del denunciante.

Se incluyen a continuación cuatro contratos. El **2236**, de principios del siglo III, pero posterior al 212, tiene el interés de presentarnos el ejemplo más tardío de συγχώρησις alejandrina. Se trata de la venta de una cuota de la propiedad de una casa y sus accesorios, libre de cargas y con derecho a intervenir en la administración. Un préstamo del 498, con interés moratorio del 12 por 100, se documenta en **2237**. Se menciona en él a un νομικάριος, que parece equivaler a un tabulario local.

El **2238**, del 551, contiene una garantía personal que dan los fiadores de un ladrón por la devolución del objeto sustraído a la iglesia principal de Oxirrinco: dos hermanos de doble vínculo *(germani)* aparecen como ὁμογνήσιοι ἀδελφοί. En el **2239**, del 598, un superintendente (ἐπικείμενος) de una gran finca del στρατηλάτης Flavio Juan se contrata como tal para cuidar del cultivo y repoblación forestal de la finca, mediante una retribución en dinero y productos. El propietario actúa por administrador.

Finalmente, el volumen contiene una sección con seis documentos de cuentas: tres de ellos (**2240** y **2242**, *recto* y *verso* del mismo papiro, y **2241**) son del siglo III; los otros tres, **2243** (*a*) y (*b*) y **2244**, son cuentas relacionadas con la administración de las fincas de la familia Apión. El último es una larga relación de los ejes que cada colono recibió para el molino con que riega su campo.

A. O.

Pubblicazioni della Società Italiana per la ricerca dei Papiri greci e latini in Egitto. *Papiri greci e latini*. Volume tredicesimo. Fascicolo I. Nr. 1296-1314 a cura di MEDEA NORSA (con nove tavole fotocollografiche). Firenze, Caldini, 1949. Un vol. de 124 págs.—Dedicado al gran papirólogo G. Vitelli en el centenario de su nacimiento, este fascículo de la antigua y acreditadísima colección precede, por razones técnicas, al XII, 2, que ha sido publicado más tarde. También en este caso, como en el de los anteriormente reseñados papiros de Oxirrinco, la gestación del tomo fué laboriosa: en agosto de 1948 ya estaba redactado el prólogo en que Medea Norsa, la infatigable alumna y colaboradora de Vitelli, exponía las dificultades con que la edición había tropezado, entre ellas, el bombardeo aéreo que destruyó la vivienda de la propia editora el 23 de marzo de 1944. Más tarde, la Srta. Norsa hubo de abandonar—esperamos que no definitivamente—sus trabajos científicos, imposibilitada por grave enfermedad, y de ahí un segundo prólogo en que el prof. Terzaghi, nuevo director del Instituto Papirológico de la Universidad de Florencia, se excusa de que, por todas estas razones, el fascículo no haya quedado tan perfecto como sería de desear. Pero, a pesar de todo, resulta

un bellísimo libro, al que no podría ponérsele otro reparo sino la acostumbrada falta de índices—que quedan reservados para el segundo fascículo que cerrará el volumen—y el hecho de que muchos de los papiros eran ya conocidos, lo que quita a esta publicación una parte de su interés y novedad.

Ha sido realmente un acierto el encomendar al Emmo. Cardenal Mercati la publicación del **1296**: nadie hubiera editado mejor que él estos textos nada fáciles. Se trata de la parte superior de dos hojas (ocho páginas) de un códice de pergamino, hallado en Antínoe, en que primeramente se escribió «un notable texto copto», cuya publicación no se hará esperar, y más tarde, en los siglos VII u VIII, se intentó borrar el texto inferior, que queda con todo bastante visible, y se cubrió nuevamente las páginas con una miscelánea en grandes unciales de tipo bíblico. La pág. 1 de la primera hoja contiene una lista de los meses egipcios con la duración del día y de la noche en cada uno de ellos (por cierto que, según ha observado sagazmente Mlle. Préaux, *Chr. d'Ég.*, XXV, 1950, 128-32, los datos corresponden a latitudes mucho más septentrionales que la de Alejandría). En las págs. 2-4 de la misma se leen algunos fragmentos de una Συνζήτησις τῶν ἁγιωτάτων ἐπισκόπων Γρηγορίου καὶ Βασιλίου (discusión entre los dos Santos sobre las naturalezas divina y humana del Hijo), de la cual se conocía ya una redacción epitomal, de época posterior, que publicó Heinrici como Διάλογος τῶν ἁγίων Βασιλείου τοῦ μεγάλου καὶ Γρηγορίου τοῦ θεολόγου. Hay una cita del A. T. (*Bar.*, III, 36-8, con omisión de καὶ ante ἔδωκεν; aunque el lugar está mutilado, es probable que se leyera ταῦτα en vez de τοῦτο, como en el Διάλογος, y τοῖς en vez de ἐν τοῖς, según varios mss. y Padres). Las págs. 1 y 4 de la segunda hoja (en las 2 y 3 no se lee apenas nada) contienen fragmentos del *Apoc.*, XVIII, 16-7 y XIX 4-6.

También a Mercati se debe la edición del **1297**, una hoja irregular de pergamino (siglos VI/VII) en que alguien escribió versículos salteados de *Prov.* y *Ecl.*: en este último libro las variantes son afines a las de B y S^c.

Pieraccioni es el editor del **1298**, pergamino procedente de Antínoe. Se trata de fragmentos de doce hojas correspondientes a tres códices de la *Ilíada* escritos en los siglos V-VI: por la numeración de algunos de ellos se deduce que la epopeya estaba contenida en seis códices de 105 páginas, cada uno de los cuales comprendería cuatro cantos. El texto (partes de N 232-Ψ 536) no encierra novedades notables: lo más interesante es que, después del famoso pap. Harris, éste es el más extenso hallazgo en cuanto a códices papiráceos de la *Ilíada*. También viene de Antínoe el núm. **1299**, editado por Irma Merolle Tondi: dos fragmentos de otro códice homérico (siglos VI-VII) en que se conserva una parte de o 194-ρ 111.

El núm. **1300** no es otro que el famoso *ostracon* sáfico que tanta tinta ha hecho correr desde su publicación por Medea Norsa en 1937. Como es de todos sabido, apenas hay filólogo que no haya echado su cuarto a espadas sobre el tan debatido fragmento; el mismo autor de esta reseña no ha podido resistir tampoco a la tentación de aportar su granito de arena—nunca mejor empleado el modismo—en una nota que aparecerá próximamente en una revista argentina. Con ello hemos sumado una unidad más al enorme elenco de artículos (citados muy cabalmente por la Norsa en cabeza del número a que nos referimos, pero aún podrían añadirse los de Ferrari, *St. It. Fil. Class.*, XVII, 1940, 35-6; Gallavotti, *At. e R.*, XI, 1943, 11; Heichelheim, *Cambr. Univ. Rep.*, LXXV, 1945, 769, y *Proc. Cambr. Phil. Soc.*, CLXXVIII, 1946, 25; Wehrli, *Lyricorum graecorum florilegium*, Basilea, 1946, 23 y 87; Gallavotti, *La lingua dei poeti eolici*, Bari, 1948; Vogliano, *Acme*, I, 1948, 405; Schubart, *Phil.*, XCVII, 1948, 312-3; Lasserre, *Mus. Helv.*, V, 1948, 15; Lavagnini, *Aglaia*, Turín, 1948[3], 119-21; Steffen, *De duobus Sapphus carminibus redivivis*, Wroclaw, 1948; Gallavotti, *Lira ellenica*, Milán, 1949, 101-4; Rivier, *Mus. Helv.*, V, 1949, 227-39; Gallavotti, *La par. del pass.*, V, 1950, 81-3; Chantraine, *Rev. Phil.*, XXIV, 1950, 213) provistos cada uno de una solución más o menos convincente para el intrincado problema que el *ostracon* plantea. La señorita Norsa comienza con unas escépticas palabras dignas de ser leídas, no sólo por cuanto atañe al caso presente, sino porque en ellas, con gran inteligencia y donosura, se enuncia amargamente la cuestión candente de la Filología de hoy: «Ognuno di noi sa quanto esigua sia la proporzione tra le congetture buone e le altre. Non per questo si deve ritenere vana la fatica di chi tenta una ricostruzione: se ne può ammirare la virtuosità nel ricostruire i versi, e spesso vi affiorano osservazioni buone e ottime, da tenersi in conto come giustamente si meritano. Quando però molti si sono già provati sullo stesso argomento, e molti ancora continuano a provarsi, bisogna pur riconoscere che nessuno ha trovato la soluzione vera». Tiene razón la docta papiróloga; pero ¿no es ella en parte quien comienza por apartarse voluntariamente del camino aferrándose testarudamente a sus primeras conjeturas? No diré con ello que se obstine en negar siempre lo aportado por otros, sino que, al contrario, acepta con nobleza el ναῦον de Lobel, el λιβανώτω de Pfeiffer y Lobel, el ἱππόβοτος de Lobel y Schubart; pero al lado de esto persevera en otros patentes errores. ¿Por qué, por ejemplo, continuar escribiendo — ⏑ ⏑ — υρ | ὔμμε, Κρῆτες, πῤ [— ⏑ ⏑ — ⏑] ναῦον, con la observación de que, aun renunciando a la π inicial de su anterior πῦρ, no es posible acoger el δεῦρυ de Pfeiffer? Aparte de la observación hecha por éste de que un adónico no suele terminar en monosílabo (a lo que contesta la Norsa, y no sin razón, que no conservamos ni un 10 por 100 de los adónicos del primer libro, por lo

cual es un poco audaz el formular reglas; y dice muy bien, pues ya hemos hecho notar en alguna parte cómo ha fallado en Alceo, y fallará un día u otro en Safo, aquello de Lobel de que no se encontraba nunca el demostrativo unido al sustantivo sin artículo, y como este caso habrá muchos más en estos y en otros autores), aparte de dicha observación (¿y qué palabra que no sea πῦρ puede terminar en -υρ?) tenemos, con este reparto de versos, cinco sílabas para las cuatro o cinco letras que pueden faltar en la segunda línea conservada. ¿Qué palabras sería posible hallar que reunieran esa abundancia de vocales? Admitiendo δεῦρυ (que viene como anillo al dedo, y no vemos que sea imposible paleográficamente), y situándola en principio de verso, las cinco sílabas en cuestión quedan reducidas a cuatro, y ahí es donde encaja muy bien el προσίκοιο de Turyn: creemos, pues, que aquí no tiene razón la Srta. Norsa, ni tampoco en su recelo contra el ὅππᾳ de Lobel, ni en su preferencia por δέ νυ θυμιάμενοι, ni en alguna otra cosa. También nos parece atrevido el dar por cierto ὀρράνοθεν; pero reputamos, en cambio, como interesantísimas sugestiones otras novedades que aquí se nos comunican: por ejemplo, que podría haber trazos de escritura en el borde superior, que la alusión a Creta—tan criticada por Vogliano—queda en pie por el hecho de que ισ y κ no se confunden nunca en este tejuelo y, en fin, que pudiera haber una letra antes de la π final de la citada segunda línea.

El núm. **1301** era ya conocido desde que fué publicado por la Norsa y Vitelli en *St. It. Fil. Class.*, XII, 1935, 87-91. Bartoletti, que ya había añadido un pequeño fragmento *ibid.*, XXI, 1946, 3-10, edita aquí de nuevo este papiro (de Oxirrinco, siglo II) que deberá encuadrarse «nell'àmbito dei Κατάλογοι γυναικῶν esiodei».

El núm. **1302** es inédito (Oxirrinco, siglo II); tiene, además, el valor sentimental de ser el último papiro sobre el cual trabajó Vitelli. Contiene veinte versos en estado fragmentario: el 6 y el 7 coinciden en parte con el fr. 86 de Eurípides, citados como del *Alcmeón*, pero no se sabe si el trozo corresponde al *Alcmeón en Psófide* o al *Alcmeón en Corinto*.

Del **1303** (Oxirrinco, siglo III) hablamos ya en *Inv. y Progr.*, XVI, 1945, 149, nota 37: fué publicado la vez primera por Vitelli y Srta. Norsa en *Ann. Scu. Norm. Sup. Pisa*, IV, 1935, 14-16. Es una imitación de *Fenicias*, 446-637, pero hecha en forma sumamente compendiaria; los editores no admiten la hipótesis de Page, *Greek Literary Papyri*, I, Londres, 1942, 172-181, que creía ver en este papiro un fragmento de una tragedia original tardía.

También habían sido ya editados los núms. **1304** y **1305**. El primero de ellos fué divulgado en tirada aparte por su editor Bartoletti (cfr. ahora Maas, *Nova Hellenicorum Oxyrhynchiorum fragmenta post editionem principem mense septembri huius anni curatam a v. d. Vitto-*

rio Bartoletti denuo recensvit et examinavit P. M., Oxford, 1948): se trata, como es sabido, de cinco fragmentos de un rollo papiráceo del siglo II que vienen a unirse a los publicados en 1908 como número 842 de los papiros de Oxirrinco. Con esta nueva aportación adquiere todavía mayor valor la obra histórica desde entonces conocida como *Hellenica Oxyrhynchia*, que queda completada con algunos sucesos correspondientes a los años 410-407. Hay en el nuevo texto, cuya importancia no hace falta poner de relieve, ciertos indicios que dan más fuerza a la tesis que ve en Teompopo el autor de esta obra. El núm. **1305** fué editado por Medea Norsa en *Scritti dedicati alla memoria di Ippolito Rosellini nel primo centenario della morte*, Florencia, 1945, 191-8. Allí se demostró ya que el papiro (Oxirrinco, siglo I; procede, como los anteriores, del famoso túmulo de Ali-el-Gammân) contiene un trozo de la novela de Nino.

El núm. **1306** (un pedacito de pergamino procedente de Antínoe, de los siglos IV-V probablemente) corre también a cargo de Mercati. Es un fragmento minúsculo, pero realmente interesante; contiene en el *verso* el texto griego de la epístola a los Efesios, VI 11-12, y en el *recto* el texto latino—de la versión antigua latina—de los versículos 5-6 del mismo capítulo. Por la colocación de ambos textos se deduce que se trataba de un códice escrito a dos columnas, en la primera de las cuales se leía el original helénico y en la segunda la versión latina. El pergamino tiene importancia por varias razones: es el más antiguo fragmento bíblico latino procedente de Egipto y encierra un trozo de la más antigua versión latina que se conserva de este pasaje. Solamente hay otro papiro egipcio que nos haya transmitido partes de la Biblia en latín, y es—prescindiendo del fragmento gótico-latino de Giessen—el hoy conservado en Aberdeen al cual dedica Mercati un magistral excurso. No se puede, en verdad, sacar más provecho ni extraer más brillantes conclusiones sobre tan exiguas migajas papiráceas.

M. E. G.

De carácter documental son, en este volumen, los papiros **1307** a **1314**, entre los que se encuentran unos ptolemaicos, otros latinos y otros bilingües. Preparados por M. Norsa, fueron revisados por A. Segrè.

Los dos primeros son documentos militares. El **1307**, cuyo *verso* fué aprovechado para un ejercicio escolar bilingüe, nos presenta en su *recto* un fragmento de un libro de ordenanzas de una legión romana que nos ofrecería una información interesante sobre los *munera* de los legionarios y la organización de la vida militar de no hallarse tan incompleto; aun así, constituye una buena ilustración para la refe-

rencia que nos da Vegecio II, 19, acerca de los *acta* de las legiones. Desde un punto de vista paleográfico, la letra, que puede fecharse en el siglo I d. C., tiene interés por presentarnos una mayúscula semicursiva con mezcla de algunos elementos unciales y de minúscula (cfr. Pap. Soc. It. 730).

Latino también, pero del siglo III d. C., es el segundo documento militar (**1308**), que parece un trozo de *pridianum* del tipo de Pap. Mich. 447 (sálvese la errata «p.» en referencia, no a la página de los *Latin Papyri* de Sanders, sino al número del papiro), pero demasiado exiguo para poder captar su contenido. Llama la atención, de todos modos, que, al aparecer las referencias a los años consulares entre el 208 (?) y el 213 d. C., las letras conservadas coinciden con los nombres de los que sabemos cónsules de los años 209, 212 y 213, pero no para los otros años. En la l. 2, . *claro it cos* podría referirse quizás a *C. Iulius Erucius Clarus*, cónsul, con *Q. Sosius Falco*, el 193; pero las letras *it*, que podrían entenderse como II, nos llevarían a suponer que desempeñaba el consulado por segunda vez, lo que ocurrió en el año 146 con *Sex. Erucius Clarus*. Sin embargo, esas fechas se alejan demasiado de las otras en que se da la coincidencia, y vale más dejar, con los editores, ese punto sin resolver.

El núm. **1309**, ya editado por M. Norsa en *Papiri greci delle collezioni italiane*, III, Roma, 1946, 4, y parcialmente en *Miscellanea Mercati*, VI, 112, nos ofrece un fragmento de vista oral en la audiencia del *praeses provinciae Arcadiae*, del siglo V ó VI d. C. Procede de Oxirrinco. El *verso* se aprovechó, quizá medio siglo después, para un ejercicio escolar hoy indescifrable. El diálogo resulta muy animado, aunque no puede entenderse el contenido. Las partes litigantes hablan en griego, pero el gobernador, en latín; y en latín aparecen también los encabezamientos de las frases de los interlocutores: v. gr., *Aristides d(ixit)* δειξάτω. Ello es una prueba del esfuerzo oficial, pero difícil, por introducir el uso del latín en Egipto. El papiro tiene interés, además, por ofrecer ejemplos de letras equivalentes para el griego y el latín.

De Tebtunis procede el **1310**, del año 135/4 a. C. Un tutor había presentado una enteuxis al tribunal de los crematistas solicitando que se le autorizara a vender algunos inmuebles con el fin de subvenir a las necesidades de los pupilos a que pertenecían por herencia. El tribunal le autoriza, exigiéndole juramento «regio» y el compromiso de no gastar el dinero más que en las necesidades de los pupilos. La intervención de los crematistas, que aparecen como ἀπὸ τῶν ἀπο-[τεταγμένων] τῇ κατ[οικίᾳ], se explicaría por tratarse de inmuebles pertenecientes quizás a catecos. El papiro conserva una orden dirigida a un agoránomo de Arsínoe por el estratego para que aquél cumpla la decisión (ὑπογραφή) de los crematistas.

También de Tebtunis, el **1311** es del año 137/6 a. C. Presenta el típico documento doble de la época ptolemaica, con seis testigos y el *syngraphophylax*. Se trata de una caución de entrega de dote estimada dada por el padre a su yerno bajo la forma de un mutuo ficticio con usuras del 24 por 100.

Los tres documentos restantes proceden también de Tebtunis. En el primero (**1312**) se conserva un trozo de carta escrita por su hermano al ya conocido λάαρχος Comenis, en la que le comunica haber escapado de grandes peligros. El **1313** nos presenta un caso de promesa, en reconocimiento de la protección (σκέπη) otorgada por un personaje cuyo nombre no se conserva, de entregar «cuando haga falta» una cierta cantidad de productos agrícolas. Estos dos papiros son del siglo II a. C. El tercero y último (**1314**) es del siglo I a. C., y contiene un fragmento de informe sobre una inspección policíaca.

Al final del volumen se incluyen láminas de los números **1296**, **1297**, **1300**, **1302**, **1304-7** y **1310-1**.

LIONEL CASSON y ERNEST L. HETTICH, *Excavations at Nessana. II. Literary Papyri*. Princeton Univ. Press., 1950. XIV + 175 págs. y 8 láms.—Pap. Colt es la abreviatura que los editores proponen y debemos seguir para designar estos papiros. En efecto, se trata de una serie de papiros griegos descubiertos por la Colt Archaeological Expedition (1937) en las excavaciones de la actual Auja-el-Hafir, al sur de Palestina, una antigua estación caravanera que llevó el nombre de Nessana, entre Aila (hoy Aqabah), en el mar Rojo, y Gaza. Los restos más antiguos son del siglo II a. C., pero el apogeo del lugar parece haber sido en los siglos VI y VII, después de una época de decadencia del II d. C. al IV, en que comienza su renacimiento. En tiempos modernos aquel lugar valió como puesto de policía. H. Duscombe Colt, que dirigió la expedición, nos explica brevemente el descubrimiento en un prólogo; nos informa igualmente de que el vol. I (todavía sin publicar, según creemos) se dedicará a las noticias arqueológicas, y el III a los papiros no literarios. Sin duda que esta colección constituye un tesoro importante dentro de los hallazgos papirológicos en Palestina.

Los textos recogidos en este volumen coinciden por el tipo de letra (igual a la de los papiros egipcios) con el período delimitado por las fechas de los documentos que se recogerán en el vol. III, a saber, de principios del siglo VI a fines del VII. Esto explica ya que la parte más importante de estos textos literarios sea de carácter bíblico o, en todo caso, religioso. Tenemos así un *codex* (3) con fragmentos de varios capítulos del Evangelio de San Juan; otro *codex* (4) con cuarenta páginas consecutivas del mismo Evangelio (XVI, 29-XIX 26); otras hojas de *codex* con fragmentos sueltos de Epístolas de San

Pablo (**5**). Otros fragmentos de literatura cristiana son: varias hojas de otro códice con la narración del martirio de San Jorge (**6**); una hoja conteniendo la «carta» de Abgar a Jesucristo y «contestación», que sirve para completar las distintas narraciones de ese episodio sobre la evangelización de Edesa, de las que también se hace eco Eusebio, *Hist. Ecl.*, I, 13 (**7**); una copia de los llamados *Doce Capítulos de la Fe*, que solían atribuirse a San Gregorio Taumaturgo (**9**); y dos fragmentos teológicos (**10** y **13**).

Aparte de esos fragmentos de literatura cristiana, se nos presentan dos glosarios. Uno, contenido en los primeros folios del códice que contiene el núm. **9**, es un repertorio de definiciones muy relacionado con la tradición que reflejan Hesiquio y Suidas (**8**); el otro (**1**) es un códice, el más importante de los de su género, de un léxico de Virgilio, *Eneida*, I, II y IV, con traducción griega; en lo conservado de I y de II se recogen todas las palabras una a una, mientras del IV, en cambio, aparece tan sólo una selección. También de *En.* II-VI se hallaron unos fragmentos hasta de cincuenta páginas de códice (**2**), sin nuevas variantes.

La aportación más interesante, como los mismos editores reconocen, hubiera sido, de no tratarse de trozos tan incompletos, la de once fragmentos (**11**) y otro algo más largo (**12**) de carácter jurídico. Se trata probablemente de escritos jurídicos bizantinos del tipo de Pap. Ryl. 475, a que remiten los editores, pero son difícilmente identificables. En algunos fragmentos de **11** aparecen restos de expresiones latinas.

El volumen, magníficamente editado, termina con un índice de las palabras griegas de **1** y otro de las palabras griegas de los papiros no identificados. [Sobre la correspondencia entre el Pap. Colt 8 y el Glosario de Cirilo (cfr. A. B. Drachmann, *Die Ueberlieferung des Cyrillglossars*, Kopenhagen 1936) vid. ahora la nota de P. Maas en *Byzantinische Zeitschrift* XLIV 1951, 1/2 *(Festschrift Franz Dölger)* p. 409].

A. O.

Reseñas de libros.

VIGGO BRÖNDAL.—*Substrat et emprunt en roman et en germanique. Etude sur l'histoire des sons et des mots.* Copenhague-Bucuresti, 1948. 226 pgs.

El presente trabajo es la traducción de la tesis doctoral de V. Bröndal. Desgraciadamente, la muerte del autor le impidió revisarlo y refundirlo por completo, como habría querido. Es lástima, por otra parte, que el libro de Bröndal tuviera en la época de su aparición (1917) una circulación limitada, pues presenta ideas que si ahora pueden parecer del dominio común, en aquella época eran novedades importantísimas, que hubieran beneficiado extraordinariamente a la lingüística. Hoy, en cambio, cuando algunos detalles parecen anticuados, y en otros es preciso una rectificación, la novedad de aquellas ideas no resulta ya tan marcada.

Bröndal parte en su obra de una concepción muy sistemática. Tres conceptos fundamentales le guían en su investigación: *Norma* o lengua nacional y cultural, *Dialecto* o elemento variable e incierto, *Idioma* o realidad lingüística que emerge a través de una norma que puede ser impusta (pg. 61 ss.). Estos elementos sociales y psicológicos son en realidad lo que explica el fondo de toda la investigación de Bröndal, la cual recibe su impulso de una parte de Ascoli y de otra de Saussure. La consideración sociológica completa el punto de partida de este modo de considerar los fenómenos lingüísticos. Y señalemos que ya en esta obra—y aquí hay que recordar lo que indicábamos de la gran importancia que en su época tuvo este libro—, Bröndal insiste en la importancia del *Sistema* inherente a cada lengua. Todanía no aparece aquí el término *estructura*, pero la idea, de filiación saussuriana, ya está comenzando a guiar al autor.

En cuanto a la evolución fonética, Bröndal se coloca aquí en el punto opuesto al de Grammont. Si para los fonéticos en general no hay en el cambio fonético más que motivos fisiológicos, Bröndal ve en él, aparte de algunas razones psicológicas, la aparición del «idioma», es decir, de esa singularidad de un grupo lingüístico que emergen bajo «normas» impuestas.

De aquí la importancia que la «población», en el sentido de Ascoli, tiene para Bröndal. El sustrato representa para él precisamente la manifestación en la fonética de los elementos «idiomáticos». Es lástima, que hallemos en Bröndal como muestra de la fuerza del sustrato las conclusiones de R. Lenz sobre el español de Chile, definitivamente criticadas por Amado Alonso. Pero en muchos puntos los ejemplos son excelentes.

A continuación, el autor intenta definir las características del sustrato celta en Romania y Germania analizando la fonética del francés, antiguo galo, británico, italiano del Norte, francés del Sur, portugués (omite el español), dálmata, albanés, holandés, alemán, inglés, checo, griego del Ponto. El autor en estos análisis, desiguales en cuanto a su extensión, intenta reducir las particularidades fonéticas en cada caso a cuatro cuestiones: sonoridad, lugar (punto de articulación), forma de la articulación e intensidad. Con una simbología algebraica, el autor descubre en todas estas lenguas un sustrato común. No hay que decir que el intento es demasiado ambicioso y el análisis muchas veces demasiado sumario para tener valor. Por otra parte, el problema se convierte en algo sumamente complejo, pues no sabemos hasta qué punto es lícito confundir sustrato celta con sustrato occidental. Y en cuanto a ciertos territorios como los del dálmata, albanés y griego del Ponto, buscar allí sustrato celta debe ser empresa difícil de realizar.

La parte dedicada al préstamo es sumamente atractiva. El autor concede gran importancia a los elementos culturales, y aunque algunas de sus explicaciones hayan sido corregidas después (por ejemplo, para gótico *baúrgs*, cfr. Pokorny, *Ide. etym. Wb.*, pg. 141), se encontrarán muchísimas observaciones agudas e interesantes.

Es en el terreno de las ideas generales donde este libro conserva su valor y donde el pensamiento de la tesis de Bröndal puede servir después de más de treinta años de guía al lingüista.

A. T.

HERMANN BENGTSON.—*Einführung in die alte Geschichte*, Biederstein Verlag. Munich, 1949. VIII + 168 pgs.

La finalidad de este libro es proporcionar a los estudiantes de historia y de filología clásica una guía y un elemento de trabajo. El autor concede importancia primordial a las cuestiones informativas y bibliográficas, y tanto por esto como por el estudio de los conceptos fundamentales de la Historia antigua y la definición de sus límites y objeto, la obra es de gran utilidad.

Parte del concepto de E. Meyer, según el cual la historia antigua

no es sino parte de la única y general historia, y queda delimitada únicamente por la cronología y por procedimientos metodológicos especiales. Desde que surgen en Egipto y en el próximo oriente las primeras altas culturas humanas, se inicia el campo de la historia antigua; más discutido es el límite posterior de esta actividad científica, que el autor (p. 5) parece se inclina a situar en la invasión árabe, con la batalla de Poitiers (732) como fecha decisiva. Defiende Bengtson una concepción universalista, en el sentido de incorporar la historia de los países clásicos a la del antiguo oriente, sin distinción ni aislamiento entre una y otra, como ya ha hecho, por ejemplo, Wilcken en su conocida *Historia de Grecia*. Un capítulo muy interesante es el de la historia de la investigación desde la antigüedad hasta nuestro tiempo, con especial referencia a los descubrimientos en lenguas y culturas orientales. Al tanto de los más recientes descubrimientos y teorías está el capítulo sobre cronología.

Es especialmente digno de encomio que, al lado de ésta y de la geografía, tenga un apartado especial como ciencia colaboradora de la historia la antropología, bien que quizá el autor la entiende demasiado exclusivamente como antropología física, sin proponer se utilicen para la historia antigua los métodos de la antropología cultural y la etnología.

El resto del libro se refiere a la crítica en su más amplio sentido, y estudia la tradición en sus diferentes aspectos, de fuentes documentales, historiográficas, legendarias y tradicionales en sentido estricto, monumentos, monedas, inscripciones, papiros. Cada uno de estos capítulos, como los anteriores, lleva su bibliografía, muy bien ordenada, abundante y moderna. Casi treinta páginas al fin del libro contienen bibliografía sistemáticamente ordenada sobre historia antigua. Echamos de menos en ella la mención de algunas revistas españolas, como EMERITA en el campo de la historia antigua, *Ampurias* y *Archivo español de (arte y) arqueología* en el arqueológico, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, de Madrid, en el epigráfico. También podría citarse como revista de filología e historia antigua *Anales de Filología Clásica* de la Universidad de Buenos Aires.

Es el presente un libro que como resumen que es de resultados adquiridos, no se presta a la discusión. Pero terminaremos esta breve nota recomendándolo vivamente a la atención de todos los estudiosos de la historia antigua.

A. T.

ALPHONSE DAIN.—*Les Manuscrits*, Paris, Société d'Edition Les Belles Lettres, 1949, 182 pgs.

Se hacía necesaria una breve exposición de conjunto sobre la cuestión de cómo han llegado a nosotros las obras de los antiguos. El

que está familiarizado con los textos impresos no se percata fácilmente del problema, y bueno es que un maestro en paleografía y crítica textual lo exponga al alcance de todos. Sería difícil hallar en la bibliografía en cualquier lengua un tratado más ameno, claro y elegante del tema que el que aquí comentamos.

Es preciso insistir en que sólo quien tiene presente la historia de la tradición manuscrita y es capaz de leer el aparato crítico, está en condiciones de entender el legado de los antiguos. Sería un error profundo el que se creyera que tenemos un «Homero» o un «Platón» que representen algo así como el manuscrito del autor mismo. Los azares de los siglos, la fortuna que aguarda a las obras humanas, aun las más gloriosas, han dejado su huella en los textos antiguos, y hay que saber descubrirla aun en la más cuidada y filológica de las ediciones modernas. La actividad crítica sigue constituyendo el plano más elevado de la filología clásica, y cada año en mis cursos insisto en ello, y tengo la mayor de las satisfacciones cuando veo que he convencido a un estudiante, que tal vez así se inicia en esa conciencia de incerteza que es la base de la investigación.

El Prof. Dain recorre en cuatro capítulos los diferentes aspectos del problema de la tradición manuscrita del legado de la antigüedad. Los conceptos de manuscrito, de la negligencia del copista, del aspecto material de la copia y de los elementos psicológicos que en ella intervienen (con un resumen excelente de crítica textual, contenido en poquísimas páginas), son tratados en el primer capítulo.

Distingue luego el autor la paleografía de la codicología, con indicaciones muy útiles sobre el desarrollo de la primera de estas ciencias, hasta las novedades en la parte latina debidas a Mallon, Marichal y Perrat, y con una especie de definición de la misión asignada a la segunda.

El capítulo III desarrolla un resumen de historia textual. El concepto de original, las fases por que este ha ido atravesando, el concepto de arquetipo, el de «prearquetipo», el de próximo común antepasado de la tradición (plus-proche-commun-ancêtre-de-la-tradition), el de transliteraciones, el de prototipo, el de recentiores y deteriores, son expuestos breve pero concentradamente por el autor, que puede guiar al que se inicia en estos estudios, y despertar de la vocación hacia ellos.

Un cuarto capítulo expone el problema de la edición a partir del estado de la tradición manuscrita. La historia de las ideas críticas, a partir del Renacimiento, es brevemente hecha, y luego el autor expone su excelente doctrina teórica, bajo la rúbrica de «positions modernes». Rechaza los tópicos de «buen manuscrito», de «manuscrito antiguo», de «manuscrito base», y exige que para una buena edición se tengan presentes *todos* los manuscritos conservados. Una doctrina

conservadora es expuesta de modo casi lapidario en las pgs. 159 s., y a continuación da las normas sobre la fijación del aparato crítico.

Sería difícil dar en menos páginas más doctrina y más experiencia. Los jóvenes filólogos harán muy bien en estudiar cuidadosamente este breve y sustancioso libro de un maestro de crítica, pero también los más experimentados hallarán en sus páginas mucho que aprender.

A. TOVAR.

WERNER JAEGER.—*The Theology of the Early Greek Philosophers.* (Gifford Lectures, 1936.) Oxford, 1947 (2.ª ed., 1948). VIII + 260 páginas.—Ofrecemos una exposición detenida de las doctrinas del autor, para hacerlas asequibles, en tanto que una merecida traducción las divulga, mejor que criticar los puntos en que el propio parecer pueda diferir del suyo, como es necesario en libro dominado por ideas claras y firmes, y donde todo, naturalmente, se subordina a ellas. He aquí el nervio de su doctrina: presentarnos la filosofía griega presocrática como un movimiento religioso, una fase más en la flexible evolución de la religión griega. Cuando el conocimiento de ésta ha ganado tanta profundidad con el estudio de sus elementos ancestrales y—diremos—sentimentales por Nilsson, ahora de diverso punto viene a alumbrarla una concepción que hace entrar también la razón como un factor de la evolución religiosa griega.

Tras un prefacio en que se hace resaltar la importancia de la historia teológica griega como historia de su posición misma ante la naturaleza, el cap. I («The Theology of Greek Thinkers») nos aclara sobre el término de 'teología natural', no por oposición a 'sobrenatural' como en el cristianismo, sino a 'convencional' (el φύσει θεός distinguido ya por Antístenes de los θέσει θεοὶ de los poetas y culto oficial), 'teología' ya mitopoética y ya filosófica, de las que ésta es una creación griega, como la palabra misma. En los filósofos naturales preplatónicos, no sistemas, pero sí observaciones sobre 'Dios' o 'lo divino' se hallan. Dos excesos en los estudios del s. XIX llevaron a tenerlos o por muy míticos o por muy científicos; pero la historia de la religión los ha dejado siempre fuera: ahora, pues, «la genuina comprensión del intelectualismo religioso de los primeros pensadores griegos es una de las primeras etapas en el camino hacia una más adecuada evaluación de las fases históricas siguientes»: la teología καθολική, derivada de ellos esencialmente, junto con el *Romanum Imperium* y la παιδεία, es una de las bases de unidad de nuestro mundo. Jaeger, interesado a un tiempo en la filosofía presocrática y en el pensamiento cristiano, ha sido «hondamente impresionado por la continuidad de las formas fundamentales de concepciones y expresión, que, salvando

la sima entre ambos antitéticos períodos, los integra en una civilización universal». Según Aristóteles, 'teólogos' y filósofos tienen de común que σοφίζονται, aunque aquéllos μυθικῶς; pero los θεολογήσαντες son los πρῶτοι φιλοσοφήσαντες. Hesiodo (e. e. la Teogonía hesiódica) se opone ya a los poetas, pues sus Musas, además de imágenes de verdad, «también saben cantar verdades» (v. 28): ciencia, cuyo método (mítico aún) es en él la estricta genealogía (narraciones con trascendencia moral humana, como en lo del feliz estado primitivo y caída del hombre: paralelo con el pensamiento judeo-cristiano). Pero la doctrina teogónica lleva a la cosmogonía: así el caos (como 'vacío', no 'masa indigesta', concepción tardía y antietimológica) o Tierra y Cielo como orígenes: más atrás, a una ἀρχή, no puede llegar el pensamiento hesiódico, lo que no quita que sea precedente para la filosofía natural posterior: p. ej. con Eros, causa eficiente de las uniones que producen el cosmos natural y divino. Se confronta este Amor creador de la «Teogonía» y el Logos creador de Jehová, anotándose las divergencias de ambas cosmogonías: en la griega, los dioses dentro del mundo; en la judeo-cristiana, un dios fuera del mundo, que lo crea. Los dioses de Hesíodo tienen aún su raíz en la mitología: hasta que la fe en los mitos se derrumbe, no podía surgir una indagación sobre la naturaleza de lo divino.

Cap. II. («The Theology of the Milesian Naturalists».) Con éstos alcanzamos otro punto de vista, en que la razón no ya organiza el mito, sino que busca por objeto lo que está bajo la percepción, τὰ ὄντα, mientras que adopta ante los mitos la posición despectiva de Tucídides; aparentemente el llamarlos φυσικοὶ reduce su interés a la φύσις con exclusión de los θεοί y su posición sería 'no teológica'; pero esto es falsa modernización, que desatiende la significación misma de φύσις = γένεσις: la afirmación de Tales del agua como origen del mundo se diferencia de la homérica tardía de Océano, origen de todo en el abandono de la alegoría, mito; pero su especulación lo coloca, aun por competencia, entre los mitólogos de la creación, y su teoría, que nos aparece como física, tenía para él un valor metafísico. Esto aparece en su afirmación de πάντα πλήρη θεῶν, que es sin duda que «todo está lleno de misteriosas fuerzas vivas»; en todo caso Tales usa el concepto de dioses de una manera muy distinta de la tradicional: la experimentación de la realidad viene a ser así «una nueva fuente de conocimiento de lo divino»: alúmbrenos para el entendimiento de la filosofía griega desde ahora el «Entrad: también aquí hay dioses», de Heráclito. Pero es con Anaximandro cuando encontramos el afán de unificación del mundo, de hallar al universo «una significación racional». Repugnancias lógicas hacen al filósofo buscar un origen de las cosas que participe del ser de todas sin ser ninguna de ellas, y así nace el ἄπειρον; discute el autor (inclinándose a la afirma-

ción, apoyado en la terminología del discípulo Meliso) si la explicación del *ápeiron* como *arché* fué expresada por Anaximandro, así como la demostración de que no tiene principio (ni fin) por no tener límites, y por tanto (aunque esto ya es Aristóteles puro) es principio y fin de todo. Lo cierto es que Anaximandro ha puesto algo «sin comienzo al comienzo de su cosmogonía»; a lo que cfr. el verso órfico «Zeus es comienzo y medio y fin», donde se ve ya relacionado el ser sin comienzo ni fin con lo divino. ¿Hubo tal relacionamiento en Anaximandro? Un fr. conservado en Aristóteles dice que «ampara y gobierna todas las cosas... y es lo divino (τὸ θεῖον), porque es ἀθάνατον y ἀνώλεθρον, como dice Anaximandro y los más de los 'fisiólogos'»: este lenguaje no es de Aristóteles, sino el estilo de los viejos pensadores (contra otra vez que dice del *ápeiron* que es la ὕλη de las cosas); ya se ha hecho notar que al hablar aquéllos de su Principio, el lenguaje se acerca al tono del himno religioso, y 'τὸ θεῖον' no es un predicado más: es la indentificación del *ápeiron* con un concepto, un ser definido, el después *ens perfectissimum*, que no aparece antes de Anaximandro: de las cualidades de inmortal y gobernador dadas al *ápeiron* él deduce que es 'Lo Divino'. Este, contra los antiguos dioses, es además sin principio (apenas esto puede decirse que ya esté en el ἀιὲν ἐόντες épico). Frente a este divino Perfecto, en Anaximandro tenemos noticia de otros dioses no eternos, sino sólo δολιχαίωνες, que son los mismos infinitos mundos en que creía, que (en cierto modo por una genealogía teogónica) nacen del *ápeiron* y vuelven a él tras inimaginables tiempos; para el pensamiento griego (como tampoco, por ejemplo, para el budístico) no son incompatibles el Uno divino y los dioses finitos. Finalmente el único fr. textual sin duda de Anaximandro dice que las cosas deben pasar a aquello de que salieron, pagada por fin su injusticia (pecado de individuación), según sentencia del tiempo: hay una justicia racional en el cosmos natural como en el político, y aquél da un apoyo trascendental a éste. Todo esto permanece en Anaximenes, al identificar el *ápeiron* con un Aire dotado de poderes mentales desde luego (pues controla todas las cosas), del que salen aún los innumerables dioses. Los demás sucesores también perseveran en estas ideas; y basta esto para considerar como 'teología natural' la filosofía presocrática.

Cap. III. («Xenophanes' Doctrine of God».) La escuela italiana no es en realidad sino jonia ante todo también ella. Jenófanes, el primer filósofo cuya personalidad nos es dado ver, no tuvo ningún sistema: Jaeger cree que ni aun compuso su pretendido poema «Sobre la Naturaleza»; debió ser simplemente un entusiasta, intransigente campeón de la verdad nueva que sentía surgir: un revolucionario intelectual, que ve la trascendencia religiosa de los descubrimientos jonios y se apresura, lleno de una especial religiosidad filosófica, a

predicar un nuevo concepto de la divinidad, y por tanto a combatir a Homero y Hesíodo ardientemente. Aunque por algún fr. parece conservar el pluralismo (no el tradicional, sí el de Tales o Anaximandro), siente el Uno como dios, pero es el primero en que aparece personal: él reza a este Dios. Ataca a los tradicionales por el criterio de que tienen y hacen lo que no 'sienta bien' (ἐπιπρέπει) a lo divino, con lo que da un arma que se maneja hasta San Agustín. Formula el universalismo religioso, que se introduce en el cristianismo a partir, no de Israel, sino de Jenófanes, que veía en la propagación de la σοφίη la utilidad política. Así lo más peculiar de Jenófanes es la exageración de sublimidad para Lo Divino, como lo único que «le sienta bien»: de ahí la categoría estoica, esencial en la filosofía cristiana, de lo θεοπρεπές: nadie como Jenófanes influyó en que fuera aceptado el monoteísmo judeo-cristiano. Aunque en él esté el dios Uno, el ὄν de Parménides no viene de él, sin que por eso hayamos de ver en él un mero propagador de la doctrina eleática y aplicador teológico de ella; pero desde luego «Jenófanes no fué nunca un filósofo del tipo de Parménides, sino un hombre instruído, con sentido para las causas de los fenómenos naturales, y que sobre todo, preocupado por el trastorno que sentía que las nuevas teorías traían a la vieja religión, insistió en una nueva y más pura concepción de lo divino».

Cap. IV. («The so-called Orphic Theogonies».) Las nuevas ideas iban alcanzando más y más campo de la sociedad (hasta un fr. de Epicarmo nos presenta una disputa cosmogónica); pero en el s. VI florecía a su lado, hija de un mismo tronco, la especulación teogónica, que trata de vitalizar con nuevas interpretaciones los viejos mitos. Es por tanto equivocado poner las teogonías 'órficas' al comienzo junto a Hesíodo, cuando sólo pueden entenderse a la luz y en oposición de la ya extendida filosofía. Se han exagerado los influjos órficos en ésta: primero había que probar que hubo tales teogonías realmente órficas en tan tempranos siglos, a lo que los tardíos frs. y referencias no dan derecho; y es que suele creerse en la comunidad órfica como una verdadera iglesia: «los iniciados son los fieles, los ritos órficos, los sacramentos, los sacerdotes mendicantes, los apóstoles; los tardíos himnos órficos deben ser sus viejos cantos de iglesia; el dogma solo falta, y se encuentra enseguida en las teogonías atribuídas a Orfeo». Esto lleva a Jaeger a uno de los puntos capitales de su libro: esas nociones, demasiado semejantes al cristianismo, nacen del prejuicio de que, como el dogma y su teología (así para Kern, p. ej.) es repugnante al espíritu propiamente griego, si ahora aparece, debió entrar por una religión oriental: el orfismo. Pero si la religión griega no tuvo dogma, «fueron los griegos, en cambio, los que llevaron la fe cristiana a su forma de dogma: la sola manera de sentir los griegos la religión oriental era abordarla por los caminos de la filosofía»; Gregorio de

Nisa (¡en Asia!) reprocha a los griegos la errónea noción de que «la religión reposa enteramente en el dogma». Pero además es que nada de dogma puede rastrearse en esta época: las teogonías derivadas de Hesíodo no son sino esfuerzos para conciliar la antigua fe (por nuevas interpretaciones) con los nuevos problemas naturales, y sólo así es concebible la variabilidad entre doctrinas: Epiménides, p. ej., afirma ἀήρ (= el Vacío) y Noche en el principio: se ha llegado a una pareja macho-hembra (por los géneros gramaticales); más nos es conocido lo de Ferécides de Samos (que, siguiendo la innovación de Anaximandro, escribe en prosa): «*Zas* y *Chronos* y *Chthonie* han sido siempre»: los viejos nombres se modifican para llenarlos de una nueva esencia: *Zas* es, sin duda, el principio activo (de ζῆν) y *Chthonie* el pasivo; *Chronos* (< *Cronos)* es el tiempo; hay, pues, una verdadera *arché* (influencia, por tanto, de las concepciones filosóficas), aunque energética en vez de material: tres 'dioses' en lugar de un principio; Aristóteles anota cómo, en oposición a las viejas teorías de Caos o Noche, Ferécides puso algo perfecto y bueno en el comienzo. No se trata de la doctrina de una secta, sino de un teólogo revolucionado por las nuevas ideas filosóficas; mientras ya desde la Teogonía hesiódica la fantasía griega crea nuevos dioses abstractos, Ferécides la emplea en una amplia interpretación de los dioses; pero he aquí que siempre es el mismo el sentimiento que animara montes y árboles con Oréades y Dríades y el que diviniza y personifica el primer Principio. Todo lo cual necesariamente lleva al panteísmo, que ya en Esquilo aparece fuertemente: «Zeus es el Eter, Zeus la Tierra, Zeus el Cielo, Zeus es el Todo y lo que es más alto aún que todo esto». «Aunque la filosofía representa la muerte de los viejos dioses, también ella es religión» y así influyó en las nuevas teogonías.

Cap. V. («Origin of the Doctrine of the Soul's Divinity»). Si griegos y judíos crearon la fe intelectualizada en Dios, la doctrina de la naturaleza y destino del alma la debemos a sola Grecia. Existiera de antes, es en el s. VI cuando la creencia en la divinidad del alma recibe la forma intelectual que le hizo conquistar el mundo: ψυχή en Homero, a pesar de Rohde, es de un lado la misma 'vida', de otro una manifestación de la creencia en 'ánimas de difunto', doble significado al que pudo llegar, según Bickel, a partir del originario de 'aliento' (aliento vital y aliento que se va al morir); más tarde pasó a significar (lo que en Homero hace mejor 'θυμός') las potencias anímicas (así Anaximenes dice que συγκρατεῖ ἡμᾶς, en paralelo al Aire en el cosmos: v. arriba), y esta alianza de ambos significados (aunque no por ello haya que hacerla privativa de estas sectas, como extraña a lo griego y oriental por tanto) hizo posibles las teorías órficas y pitagóricas de un alma independiente pasando por varias vidas; a su vez seguramente lo más transcendental de las teorías transmigratorias fué

el empuje que dieron a esa concepción independiente del ser anímico. Mientras en los filósofos jonios, medio-panteístas, la muerte no podía ser sino una vuelta a la común Vida, las nuevas concepciones, en cambio, daban al alma una dignidad de agente intelectual y moralmente responsable (esta idea de la permanencia de la individualidad no aparece de repente: en los misterios, de probada raíz pregriega, y en el culto de Dioniso, con la separación de alma y cuerpo en el éxtasis, están ya sus raíces; el primer testimonio es Píndaro, sobre todo Ol. II), y consecuencia de la necesidad de vida pura es una regla de vida y una dieta ritual. El hombre, pues, se preocupa de la suerte de su alma, que es de divino origen y huésped de su cuerpo: sólo en el sueño y en la muerte (también un diálogo temprano de Aristóteles se expresa así) se libra del cuerpo el alma. La idea de su divinidad aparece causada en gran parte por la propia «experiencia interna de su conexión con un mundo más alto». Poco sabemos de las ceremonias de los misterios (a las que el hombre iba, no a μαθεῖν, sino a παθεῖν en su alma el sentimiento de lo divino), para saber cómo se relacionaba en ellas el alma con la experiencia divina; pero mucho de la doctrina de Platón y Aristóteles debe remontar a ellas, y aun sin ellas no se explicaría la de Sócrates sobre la salvación del alma por cima de todo. Es un verso de los órficos el que nos conserva la frase «yo soy también raza de dioses».

Cap. VI. («Parmenides' Mystery of Being».) Volviendo a la filosofía, después de ver cómo influía en las corrientes religiosas del siglo VI, Parménides, según Reinhardt, sería un indiferente a Dios, que «no desea más que conocimiento, no sufre otra cadena que la lógica». Pero, justamente por no haber nada de dogma en la religión griega, la filosofía no tiene que oponérsele (en el sentido que los científicos modernos se declaran librepensadores). La cuestión es ver si su especulación sobre el Sér tiene alguna significación religiosa, «aunque él no llame a su Sér Dios». El desdeñó la recién inventada prosa y sigue el modelo formal más bien de la Teogonía hesiódica, y aunque no pueda estrictamente pensarse en una contraposición de ambos poemas, en aquél aparece Eros y otras divinidades abstractas de la Teogonía, si bien relegadas a la 2.ª parte del poema, la de lo aparente, y como Hesíodo, Parménides presenta un proemio muy extenso (al que sólo hace poco se ha dado honda importancia) hablando también de su inspiración, y proclamando también cantar la 'verdad', opuesta a las 'opiniones de los mortales'; a las Musas corresponde la 'diosa', que lo recibe en su palacio de luz y le habla la 'verdad'. Esto es sin duda la narración de una experiencia religiosa, que no hace falta llamar órfica para comprender «el particular tipo de religión que está tras el relato de Parménides: un devoto que se siente encargado de pregonar la verdad de su propia revelación personal». Es característico de

todos los pensadores griegos fundar un *kosmos* y un *bios* sobre sus concepciones: Parménides TIENE que predicar la 'verdad' y hacer vivir de acuerdo a ella: el conocido 'camino' de su alegoría es realmente un camino de salvación; y he aquí que el hombre 'que sabe', el que ha llegado a conocer de un modo más elevado, es semejante a 'el que lo sabe', al iniciado de los misterios. Otras semejanzas son las revelaciones asombrosamente simples de Parménides (los más profundos secretos de los misterios chocaban por su simplicidad); sus famosos dos caminos, y la Y de más tarde en las sepulturas de los sectarios. Pero contra lo que combate, sobre todo, es contra un 'tercer camino', que afirma, no que 'lo que es es y lo que no es no puede ser', sino que una cosa ahora es, ahora no es. ¿Y estos ataques contra quién?: creyeron algunos en una individualidad atacada, Heráclito: más bien combate la común ingenua creencia en la realidad, incluídos los filósofos jonios: la unidad que éstos admiten por bajo de las cosas y ponen en la substancia primera, Parménides quiere elevarla más y darle lo que requiere una estricta concepción del Sér: esta misma palabra ὄν está en contraposición al hallazgo de los ὄντα plurales jonios como motivos de investigación: el λόγος descubre que el Sér no puede ser según la apariencia de los sentidos. En realidad es la necesidad lógica ínsita en el concepto mismo de ser, lo que hace la teoría de Parm. tan fuertemente convincente; pero él no concibe al Sér en lógica (la lógica formal es cosa que no ha nacido aún), y su Sér, muy distinto del Principio de los naturalistas, es, sin embargo, muy significativo que, como hemos visto, aparezca contrastado con él. Y la segunda parte del poema (donde Parménides, que no distingue bien 'objetivo' y 'subjetivo', contesta al por qué la apariencia ha llegado a su dominio universal, describiendo cómo se origina el mundo de la apariencia) aún es una cosmogonía encuadrada en la nueva concepción epistemológica de lo aparente y lo que es: la mezcla (de Luz y Noche por Eros) es el principio de la apariencia, y esa mezcla se extiende a todas las cosas, al hombre y su pensamiento: por eso éste sólo comprende el producto de la mezcla, la apariencia. Pero el Sér, al huir de ser un sustitutivo de la densa *arché* jonia, lo que corre es el peligro de parecerse demasiado al mismo hecho de ser (todas sus propiedades se obtienen por supresión de las de la apariencia: fr. 8; incluso la que más choca, la limitación). Sea como sea, tenemos de una parte que Parm. conecta su especulación (como muchos pensadores antes) con lo religioso: la PREDICA contra las ilusiones de los mortales y puesta en boca de una DIOSA de la luz; de otro lado evidentemente deja de indentificar a su Sér con Dios; pero no se puede negar el valor de experiencia religiosa que domina su ontología pura: así la llama Jaeger el 'mysterio' del Sér (o de ser). «En esta época el más fuerte motivo para mirar filosóficamente el mundo está en el

concepto de unidad. Pero Parm. le da nueva fuerza, al revestir esta unidad con las propiedades de integridad, inmovilidad y limitación».

Cap. VII. («Heraclitus».) Frente a los jonios, donde el ejercicio recién descubierto de la razón absorbe todo, el renacimiento religioso del s. VI hace a la filosofía dar verdaderos evangelistas con furor profético. A Heráclito se ha llegado, bien como a otro naturalista, cuya *arché* fuera el fuego, o como a un opositor a Parménides, con una teoría del devenir frente a la del ser; pero acudamos a sus fragmentos. «Es el creador de un nuevo estilo filosófico tremendamente efectivo en su incisividad y lapidario poder de formulación». El libro se abre proclamando 'la Palabra', que los hombres no entienden, aunque es eterna (si bien se refiere a sus propias palabras, es que se considera depositario de la 'Palabra', la verdad eterna; recuérdese también la imagen de los hombres 'que duermen', que se enteran de todo como el que sueña, frente al cosmos del hombre 'despierto' intelectualmente). No es el tono de un profesor, sino de un profeta, que quiere sacar a los hombres de su modorra; profeta ciertamente no de un dios, pero de una verdad; aunque no puramente teórica: es el primer pensador que quiere renovar con el conocimiento de la 'verdad' la vida de los hombres. Los 'despiertos' tienen un cosmos común, ξυνόν (el de los 'dormidos'—completa Jaeger—es privado e inservible para los otros), que es lo que deben seguir los hombres, «porque, aunque el *Logos* es común..., muchos viven como si poseyeran una sabiduría particular». Esto podría volverse sobre él mismo; pero Heráclito se siente poseedor, profeta del *Logos* común: una razón religiosa sostiene su doctrina (cfr. la revelación para Parménides); y en cierto modo, pues, el contenido del *Logos* es moral y político: el *Logos* se encuentra en el sentimiento de lo que es común a todos (como pasa en el fortalecimiento del individuo participante en la ley de las ciudades) y es conocimiento de una ley divina (primera entrada de 'la Ley' en la filosofía). Fuera cualquiera la naturaleza de la obra heraclitana (a Jaeger, incluso, le parece atendible lo que dice Diódoto, de que era política y las consideraciones naturales sólo ejemplos), el centro de la doctrina es la unidad de los contrarios: de un lado ejemplos cosmológicos ilustran esta verdad, y de otro obsérvase en Her. la tendencia a revolucionar por humanos términos concretos y chocantes nuestros hábitos de pensamiento: así su tono exaltado al entronizar la Guerra señor del universo; esta ley divina de la unión de contrarios es en otro fr. aplicada a Dios mismo (Dios es día-noche, invierno-estío, guerra-paz, hartura-hambre); 'Guerra' es el constante intercambio y choque de contrarios (incluyendo la misma antinomia guerra-paz); mas por bajo de todos estos pares de opuestos hay algo que se define en el choque y cambio: esto es lo que Heráclito llama Dios (imagen para expresar la unidad de los contrarios es la ἁρμονία de la música,

pero una «armonía invisible, mejor que visible»). «La naturaleza gusta de esconderse», y ésta se vuelve la adivinanza esencial de Heráclito: filósofo no es ya ni más ni menos que resolvedor de adivinanzas, que interpreta el mundo. De aquí su gusto por un estilo que tampoco debe revelar su sentido a la primera: su sibilinismo dice bien con su profetismo. Pues él habla por el *Logos:* «cuerdo es por parte de los que han escuchado, no a mí, sino al *Logos*, creer que todas las cosas son una»: he aquí el principio al que siempre vuelve. Pero en esto ¿dónde la originalidad de Heráclito?: no debe creerse que, como los jonios, buscó una *arché* más, el fuego (ni un sistema naturalístico dan derecho a suponerlo sus frs. ni una ἐκπύρωσις en su doctrina: el fenómeno se está produciendo ahora, continuamente, en la intertransformación de las substancias): lo físico le interesa sólo para hallar apoyo a su doctrina de que en todo hay choque de contrarios y en este choque se renueva perpetuamente la unidad. Pues, también contra Parménides, no fija su unidad en ningún rígido Sér, sino la encuentra en el mismo incesante cambio. Y él siente el cosmos como una revelación de lo Solo Divino y quiere imponer su Ley a los hombres: que «heroicamente la acepten en cada palabra y acto». Cuanto a la comparación con Jenófanes, no por lo dicho es Heráclito un hombre de la plaza, como él, sino un solitario: no mero heraldo de las nuevas luces racionales, sino poseedor de una doctrina que sujeta la vida a una nueva ley divina. Y declara haber sobrepasado a sus predecesores: «de todos los que he escuchado, ninguno ha llegado a enseñarme que lo Sabio es algo aparte de todas las cosas»; pero y esto, lo Sabio, ¿qué es? Otro fr. aclara: «una cosa, lo Sabio solo, puede y, sin embargo, no puede ser llamado por el nombre de Zeus»; he aquí su posición frente a la religión tradicional: de ella saca la idea del dios supremo, Zeus, cuyo nombre considera sagrado (lo que no indica nada de antropomorfismo en su idea de Dios); a ese Uno aplica también la palabra 'gobernar' el mundo. Concertando la idea democrática de la ley en su tiempo con la necesidad de conectar la ley divina a la unidad de un principio superior, afirma que «TAMBIEN es ley obedecer la voluntad de uno», cuando este uno es Dios.

Cap. VIII. («Empedocles».) En Empédocles el intento de una cosmogonía reaparece, complicado con el de interpretar metafísicamente nuestra existencia en este mundo: sus dos poemas nos muestran separadamente una cosmología naturalística racional y una concepción religiosa ferviente de la existencia humana: Parménides y el orfismo aparecen respectivamente por bajo de cada una de ellas. Varias explicaciones se dan a esta flagrante dualidad: o bien en los *Katharmoí* hay una mezcla inconsecuente de ideas del otro poema con creencias religiosas, como metempsícosis y demás, o bien los dos poemas son fruto de distintas edades. Pero, según la excelente obra de

Bignone, la comprensión de Empédocles está en descubrir su unidad bajo esta antinomia. Y en él tenemos el reflejo de toda una sociedad y época: racionalismo natural junto a pietismo órfico no son más sorprendentes que el racionalismo con el fervor cristiano en un hombre de nuestro siglo; ni hay conflicto: «ninguna de las dos formas de pensamiento invade a la otra, y cada una abraza el todo de la realidad a su manera»: en Emp. no decrece el poder mito-poético de Homero y Hesíodo por crecer la complejidad de elementos racionales, sino que aun parece aumentar para compensarlos; su filosofía natural aparece como una verdadera teogonía, y en clara contraposición a Parménides, pide a su Musa que le enseñe lo que pueden oír seres efímeros y que no se entronice a sí misma «en la cumbre de la sabiduría»: el sentimiento de la eternidad no estorba la entrega al mundo de los sentidos, y resuelve Emp. el dilema con que «nuestro mundo no 'es': el 'ser' está por bajo del devenir y pasar: en nuestro mundo no hay verdadero devenir ni pasar, sino mezcla y cambio de cosas que son fundamentales e inmutables». Limita su número a cuatro, que corresponden a los cuatro primeros opuestos: húmedo-seco, frío-caliente; les da nombres (Zeus, Hera, Aidoneus, Nestis), que muestran que los considera vivos y divinos; pero les falta una cualidad del 'ser': la entereza, unidad: ésta sólo corresponde a un estado que el mundo alcanza a veces; para llegar a él, los cuatro son movidos por las dos fuerzas o diosas, *Philía* y *Neîkos*, iguales a ellos en importancia y reverencia; la metáfora de la vida política vuelve a aparecer en el ferviente demócrata de Empédocles. La armonía de los elementos culmina, pues, en el *Sphaîros* (reminiscencias del ὄν 'esférico' de Parm.), victoria y reino del amor; pero su μονίη (= 'estabilidad' para Jaeger, como para Eudemo) sólo es una fase cósmica (mientras son siempre fijos los elementos); así el Sér eleático permanece, reducido a una fase, en relación con la armonía de Guerra y Acuerdo heraclitana; pero Emp., aun dándoles igual categoría, «odia al Odio y ama al Amor». Esta doctrina, como suele toda idea de paraíso perdido, contiene una escatología (cfr. las edades hesiódicas): los *Katharmoí* presuponen en verdad la doctrina de los cuatro elementos, de Odio y Amor. El orgullo con que se presenta en el proemio como dios, aunque se apoye en la confianza que el pueblo le tenía, se debe sin duda a la fe en una 'salvación', reunión con su divina fuente. El alma (relación con los órficos) es un 'demon' desterrado, que sigue un ciclo universal semejante al de la misma Naturaleza; la abstención de carnes viene de una metempsícosis; la corporalidad es algo transeúnte y no esencial, idea extraña al genio griego; él habla de sus diversas vidas como por sentimiento interno. «Haber venido a caer de arriba» es la expresión espacial de la contradicción interna, base de esta fe, entre la experiencia miserable (el niño llora al reconocer los ἀσυνήθεα χῶρα a que ha venido), y esa

alta aspiración inexplicable del alma. La solidaridad con los otros hombres aparece en el uso de la primera persona del plural. A este destierro se opone un pasado dominio del Amor, donde no había otros dioses ni espíritus que el Amor; en aquella edad—acaba el largo fr.—hubo un hombre rico de todo entendimiento; en que se quiso ver improbablemente a Pitágoras (dudosa su relación misma con Empédocles), y que sería la encarnación de su ideal del sabio. La importancia moral de la doctrina empedoclea es enorme: extiende a largos 'evos', hace casi inmortal al hombre por la conciencia de otras vidas. La presencia de lo divino no la prueba; es punto de experiencia inmediata. Su pluralismo ontológico cobra valor religioso, haciéndose politeísmo filosófico; mas sobre éstos está el más alto Dios, contenido en el *Sphaîros*, cuyo dominio fué y volverá a ser. De otra parte en los *Katharmoí* lo divino es hallado dentro del hombre mismo: el alma, y el régimen dual del mundo es derivado del sentimiento dualista interno en la experiencia religiosa.

Cap. IX. («The Teleological Thinkers: Anaxagoras and Diogenes».) Anaxágoras aparece más puramente racional, menos contaminado de elementos religosos (o poéticos). El estudio de la naturaleza no puede (desde que Parm. mostró su irrealidad) volver a las grandes concepciones jonias, y él lo que estudia son algunos raros fenómenos, meteorológicos, médicos (la enfermedad sagrada, p. ej., cuyo origen divino combate); es de éstos de donde saca su idea de la 'mezcla', que, para explicar las cosas, suplanta al 'devenir': todo consiste en variada mezcla de infinitas partículas diferentes cualitativamente. Sin embargo, queda aparte la 'Mente' (Νοῦς), lo solo que no está mezclado con nada y aparece sólo en ciertas criaturas, en más o menos 'cantidad'. Aún el lenguaje, al tratar del *Noûs*, se acerca al himno: sí que sigue una tradición estilística de la filosofía (cfr. Anaximandro sobre el *Apeiron*), mas por los predicados excelsos que le dedica y otras señales vemos que aplicó al *Noûs* la categoría de lo divino (cfr. Herácl. y lo *Sofón*): lo ve como especialmente calificado para regir el mundo; y ya que ha de explicar el 'cosmos' de éste (he aquí la teleología), acude al *Noûs*, aunque sea «como a un *deus ex machina*» (distingue clases de *noûs*, pero «lo divino es pura Razón, y a ello el hombre tiene acceso por los poderes semejantes que dentro lleva»). Aunque el *télos* sea un concepto socrático, ya está en esta *diakósmesis* por el *Noûs*, si bien no aplicado a explicación de fenómenos particulares. Esto se alcanza probablemente con Diógenes de Apolonia, que hay indicios de que vivió también en Atenas por ahora. Vuelve éste a un solo Principio (agua, fuego, etc., como simples fundamentales no habrían podido combinarse, si en el fondo no fueran uno y el mismo), preferencia de evidente raíz teleológica. Halla además modo de resolver el problema (que a Anaxágoras se presentara) de cómo un prin-

cipio (la Mente) aparte de las cosas podría influir en su mezcla: para él materia y espíritu no son fundamentalmente distintos: éste es sólo la cosa (χρῆμα) más pura y sutil. La idea de un Pensamiento divino dotado de un propósito en la naturaleza si se manifiesta en Sócrates (por Jenofonte y Platón), Eurípides, Aristófanes, es que debió haber en Atenas un profesor de esta concepción: Diógenes sin duda, aunque ellos pongan mucho de su parte. Lo cierto es que ya problemas anteriores, como «la forma de lo divino, se dejan en sombra como insolubles y la existencia de lo divino como tal viene a ser la verdadera cuestión que hay que probar»; «la naturaleza ha perdido su carácter divino; el ojo del hombre no más encuentra trazas de lo demónico a cada paso, y la filosofía se enfrenta con un difícil problema: ¿no estará el hombre, con su razón, aislado y solo en el universo? ¿Habrá algún Entendimiento o Alma en el mundo aparte de él?»; pero esto sería para él excesiva carga y arrogancia creerlo. A Sócrates (en Jenofonte) vemos aplicar el argumento del alma humana, «que también es invisible», para la Causa de la naturaleza. Este argumento de analogía es por Diógenes, más que por Anaxágoras, como entra en la filosofía posterior. Pero con ambos llegamos a una forma teleológica de argumento en la teología natural, a través de la intencionada organización que en la naturaleza se muestra; y a la vez se enseña al hombre que es por la razón que posee, y no por exaltaciones, como puede acercarse al secreto de una naturaleza tan racional como él: ὄψις τῶν ἀδήλων τὰ φαινόμενα (Anaxágoras).

Cap. X. («Theories of the Nature and Origin of Religion».) Ya, pues, lo Uno y Primero, fundamento del devenir, ha sido visto como lo divino, proceso paralelo al progreso en la visión de la naturaleza: el espíritu griego reencontraba a Dios por el mismo camino que le había llevado al hallazgo de sus antiguos dioses: una visión del mundo, que se transforma en visión de dios. Hasta la misma palabra θεὸς viene a sustituir a la expresión τὸ θεῖον; todas las ἀρεταὶ atribuídas a deidades son transferidas a aquel Principio. Así el movimiento filosófico estudiado viene a ser un factor en la evolución de la religión griega. Hemos visto a la vieja figura de Zeus cobrar de la filosofía una vida nueva, y hasta 'lo Divino' «tiene y no tiene derecho a ser llamado Zeus» para Heráclito; pero sin duda del *Apeiron* al *Noûs* su semejanza a Zeus aumenta. Por la forma himnódica que hemos visto en las alusiones a El, hallamos que para estos filósofos conocer es adorar, y filosofía realmente un modo *deum cognoscendi et colendi*. Ahora, en su fase final, también la filosofía se ocupa del origen de la religión misma, a lo que llevaba el interés por la sociología y filosofía de la cultura entre los sofistas y de otra parte el problema del conocimiento; todo ello muestra del vivo interés por el hombre, que, al contrario de los milesios, hace estudiar el problema divino desde el punto

de vista del sujeto. En el «Protágoras», Platón atribuye a éste la idea de que, por tener el hombre una chispa de lo divino, fué la primera criatura en creer en los dioses; el Sócrates de Jenof. habla de la religión como una característica del hombre frente a los animales, y él da la prueba del cuidado de los dioses para los hombres por la propia creencia de los hombres en los dioses; la adivinación se cita como apoyo. En esta justificación de las creencias populares tenemos el último intento de agarrarse a la mera credulidad como salvación. El criticismo racional sobre Dios se ha trocado en un estudio de la sabiduría innata, que es cimiento de la creencia religiosa, y que es así divina en cierto modo. Llegan también inevitablemente los sofistas al 'cómo' entrarían las creencias religiosas en la mente humana, y de su época tenemos, sobre todo, dos teorías: Pródico de Ceos afirma que cuanto es provechoso y nutritivo para el hombre es divinizado por él; Demócrito sostuvo que la creencia en los dioses procedía de apariciones en sueños de figuras (εἴδωλα); que no son alucinaciones, sino objetos reales; y a esto relegados los dioses, les concede, sin embargo, tamaño sobrenatural, difícil aniquilamiento, influencia mala o feliz sobre la vida humana; premios y castigos no hay, sino en el propio interior del hombre. A través de Sexto, que es quien nos da estos datos, encontramos la teoría semejante, pero opuesta, a la de Pródico, de que a través de las maravillas naturales (παράδοξα) el hombre llega por el miedo a la fe en los dioses. Pero Demócrito también sostuvo que la religión surgió, no de un sentimiento común a muchos, sino de la influencia de algunos hombres especialmente sabios. Con esto—observa agudamente Jaeger—no hace sino proyectar a tiempos primitivos la figura del sabio descubridor de la nueva iluminada religión de su edad; llega así a ver su propia obra como una rama del esfuerzo humano para alcanzar el conocimiento de lo divino. Pero una fuente más, supuesta para la religión, es la fuente moral: se ha llegado a pensar (así el Calicles del «Gorgias»), que el hombre dejado a su albedrío sólo se rige por el placer y daño en sus acciones; y así aparece en un largo fr. del «Sísifo» de Critias, que, para asegurar los legisladores la obediencia a la ley aun sin testigos, inventan los dioses como testigos eternos. En los sofistas se halla todo, desde la defensa de los dioses, como convenientes y esenciales, hasta la negación de ellos como meras ilusiones: también lo divino ha entrado en el torbellino de la relativización y subjetivización de todo. El tratado «Sobre los dioses», de Protágoras, quemado probablemente en Atenas, comenzaba: «Al venir a los dioses, SOY incapaz de descubrir si son o no son, o aun a qué se asemejan en su forma»: el pensamiento del hombre, medida de todo, aparece aquí, y bajo la restricción a su persona disfraza la opinión de la imposibilidad de conocer a los dioses. Pero no deja de seguir la corriente de la edad, que, en medio de su

racionalismo e incertidumbre, sigue considerando cosa necesaria (y digna de discusión) para la naturaleza humana la religión. Mas la crisis de la idea filosófica de Dios ha llegado, y cualquier intento de resolverla sólo puede partir del punto de vista del fin de la vida y acción del hombre, el problema del Bien, que Sócrates va a atacar, y con el que, también para la especulación teológica, comienza una nueva época.

Al final del libro (pp. 191-252) están colocadas las notas del autor, que con frecuencia nos ofrecen interesantes desarrollos sobre puntos particulares, y, encima de la jugosa doctrina aquí extractada, hacen a esta obra manantial de datos y sugerencias para el estudioso de filosofía o religiones.

AGUSTÍN GARCÍA CALVO.

EUGENE DUPREEL.—*Les Sophistes (Protagoras, Gorgias, Prodicus, Hippias)*. Bibliotheque Scientifique 14.—Philosophie et Histoire.—Editions du Griffon.—Neuchâtel, 1948, 407 pgs.

Intenta Duprèel, con una interpretación antitradicional, presentar el bloque sofístico como un movimiento serio, positivo e históricamente justificado dentro de la filosofía griega. De su intento, como ya ocurrió con su obra, aparecida en 1922, *La Legende socratique et les sources de Platon*, es éste quien peor parado sale, al cual imputa, de un lado, las interpretaciones aviesas fuente de toda la denigración tradicional de los sofistas; de otro lado, haberse apropiado de la mayor parte de los resultados filosóficos de aquéllos.

Consiste su método en analizar los diálogos platónicos corrigiendo las interpretaciones y las atribuciones a la luz que le dan algunos apócrifos y anónimos; utiliza asimismo material de Jenofonte y noticias dispersas en literatura filosófica. Las exposiciones son hechas por autores según el orden cronológico.

Protágoras (pg. 13 ss.): En torno a la frase famosa «el hombre es la medida de todas las cosas», Duprèel combate tanto la interpretación individualista de Platón (cfr. *Teeteto*, 151 *c* y *Cratilo*, 385 *c*-386 *a*), como la «genérica» de Gomperz *(Les Penseurs de la Grèce*, tomo I, pg. 478). El defecto de ésta es que supone un «naturalismo» humano que no conviene a Protágoras «qui le premier rejette tout recours à la φύσις» (pg. 16). La de Platón es, para el autor belga, aún peor por su carácter individualista y negativo: no hay ser estable ni en el sujeto ni fuera de él; todo, pues, para cada uno, es sensación momentánea, ocasional, irreductible a la de cualquier prójimo y a la de cualquier otro momento. Pero Duprèel dice que Protágoras no identificó todas las propiedades del conocimiento con las de la sensa-

ción, y que si hablaba de la irrefutabilidad de la sensación, era sólo un caso particular del relativismo subjetivo que había elaborado (página 22). Interpreta así el pensamiento del sofista: no hay naturaleza fija ni dentro ni fuera del sujeto, pero esto no impide la existencia de conocimientos comunes y su transmisión verbal, porque, y aquí se apoya en Sexto Empírico *(Pyrrh. Hyp.*, I, 216 ss.), los λόγοι o expresiones están potencialmente en la materia (pg. 18). Todo está postulando la finalidad primordial de Protágoras, la de educador. La pedagogía requiere conocimientos comunes, jerarquía de sapiencia, posibilidad de transmisión (v. la cuestión ὡς διδακτὸν ἀρετή del *Protágoras*, pg. 30 ss.), y, sobre todo, dice Duprèel (pgs. 23-24), ausencia de «naturaleza» fija, inmoldeable. A la doctrina, pues, de Protágoras le conviene, bajo la tónica general de relativismo subjetivo, la denominación de «convencionalismo psicológico». Abundando en el carácter positivo de la doctrina del sofista, niega, contra la tradición que arranca de Diógenes Laercio, que aquél afirmara la imposibilidad de contradicción en los juicios diversos acerca de una misma cosa (οὐκ ἔστιν ἀντιλέγειν); se trata, dice, de un simple procedimiento científico por el que el sofista de Abdera se oponía a las teorías de los «contrarios» de los filósofos de la naturaleza. Su postura sería la de que acerca de toda cosa son posibles dos juicios, el uno afirmativo, el otro negativo; con lo cual preparó, dice, la enunciación correcta del principio de contradicción (pg. 43).

Concluye (pg. 53 ss.): Filosofía audaz y original contra el Ser de los eléatas y el sustancialismo matemático de los pitagóricos. Intención moralizante. La *apariencia* tiene para Protágoras todos los caracteres subjetivos de la *verdad*. El valor de ésta es la conveniencia. Advierte Duprèel la contradicción que esto encierra, pero imputa a los enemigos del sofista haber torcido el sentido que para éste tenía el concepto *Verdad*, que no era otro que el de *lo Real*. Por fin, Duprèel cree salvar la integridad y la seriedad del famoso principio protagórico cambiando en su expresión el término «cosas» por «valores».

A guisa de crítica hemos de decir que Duprèel se empeña en una tarea que, con toda seguridad, estaba muy lejos de la intención del sofista, y para justificar científicamente a éste, emplea, él mismo, argumentos sofísticos y vagos. No hay camino lógico que del principio protagórico lleve a conclusiones distintas de las de Platón o Gomperz. Abusa de la vaguedad del término «naturaleza», sin precisar entre géneros y especies, lo que facilitaría grandemente la clara visión del problema. Por ello, puede emplear el argumento sofístico de que una pedagogía sería imposible con una naturaleza fija. Admite conocimientos comunes y su transmisión, pero no justifica una teoría del conocimiento. Respecto a las *antilogías*, decir que Protágoras sólo pretendía que en toda cosa hay dos juicios posibles, el uno afirmativo, el

otro negativo, es decir bien poco; hay que hablar de la veracidad de uno y otro; lo contrario no hubiera atraído la atención ni el comentario de nadie. Sustituir, en la frase básica, «cosas» por «valores», es volver a empezar, sin haber conseguido ningún fin: nada, por ello, se soluciona del problema objetividad-relatividad, que es el que está planteado. Enfocar el problema de Protágoras y en general el de los sofistas, frente al sustancialismo ontológico precedente, es enfocarlo bien; pero querer dar al relativismo sofístico un contenido epistemológico serio, es quedarse ignorando las raíces vitales de tal relativismo.

Gorgias (pg. 61 ss.): Coincidiendo con Calogero y otros, ve Duprèel en Gorgias, no un escéptico integral, como veía Sexto Empírico, y, en general, toda la tradición, sino el portador de un relativismo psicológico frente al absolutismo de los eléatas. Empieza contraponiendo a la exposición que S. Empírico (*Adv. Math.*, VII, 65 ss.) hace de los tres principios gorgianos (nada existe, si existiera no se conocería, si se conociera no podría transmitirse), la exposición que de los mismos se hace en el tratado pseudo-aristotélico *De Melisso, Xenophane et Gorgia* (979 *a* 11-980 *b* 21). Cuando S. Empírico imputa a Gorgias la anulación del criterio de la verdad, Duprèel lo corrige en el sentido de que no se trata del problema *de la verdad*, sino del *de la realidad* (página 67). Del análisis de la exposición de S. Empírico, el autor belga concluye (pg. 69) que los tres citados principios de Gorgias son como una *introducción filosófica a la ciencia del discurso;* porque, según él, desde el segundo de tales principios no hace más que afirmarse la independencia del conocimiento frente a la realidad sustancial, y el saber, añade, es inseparable de la expresión y de la comunicación del pensamiento. Junto a esta independencia del conocimiento, como condición necesaria, Duprèel dice que se da por sentada la comunicación de los espíritus (pg. 73), lo cual, añade, sería inconcebible en el caso de una coincidencia completa del conocimiento con el objeto existente fuera, en sí. Presenta a Gorgias como el primer defensor de la moral de ocasión, cuya posesión requiere siempre una inspiración divina, ya que la virtud no puede enseñarse (pg. 85). Y a este respecto atribuye a Gorgias las doctrinas sobre la posibilidad o imposibilidad de la deliberación (βουλεύεσθαι), que se debaten en los diálogos pseudo-platónicos *De iusto*, el *Demódoco* y el *Sísifo*.

Concluye (pg. 110 ss.): El tono general del pensamiento gorgiano es desenvoltura, humor, gusto por la broma. En realidad, entiende la moral como un estetista al modo de Montaigne, Shaftesbury o Bergson. La belleza vale para él más que nada, y, sólo ocasionalmente, es filósofo.

Está mejor vista por Duprèel la figura de Gorgias que la de Protágoras. Tienen, en efecto, valor por lo claras y lo discretas, las noticias que el autor nos da sobre la repercusión esporádica de pensamien-

tos de Gorgias en la literatura platónica. Pero, insistimos, no se puede ver, como hace Duprèel (pg. 82), coherencia lógica en todo el sistema. Por ejemplo, de la exposición del segundo y del tercer principio, tanto en S. Empírico como en el *De Melisso*, a la afirmación de la independencia del conocimiento como base de una ciencia del discurso, hay un salto lógico que Duprèel no quiere advertir y que no autorizan las exposiciones citadas. Y es que el autor no valora nada un principio de método, antifilosófico, desde luego, pero muy utilizado por los sofistas: aquel de *soluitur saltando*.

Pródico (pg. 117 ss.): Parte, en cuanto a material de reinvindicación de la moral de Pródico, del *Apólogo de Hércules*, perteneciente a las *Estaciones*, perdidas, del mismo Pródico; tal apólogo nos es conocido por las *Memorabilia*, de Jenofonte. Inmediatamente entra a cribar las doctrinas morales de la literatura platónica, pseudo-platónica y pseudo-aristotélica, para extraer de ellas las de Pródico. Los resultados son: la doctrina que expone Sócrates en el *Menón* (88 *c-d)*, según la cual la virtud es ciencia enseñable, es del sofista. Es ella la que ha pasado a la posteridad como la específicamente socrática (v. pg. 123), a pesar de que Sócrates, junto con Gorgias, en ese diálogo, opina que la virtud no se enseña. Pródico e Hipias se separan del «antinaturalismo» de Protágoras y Gorgias: la virtud comporta un objeto. Desde la página 132 introduce, con el análisis del *Cármides* (161 *b*-174 *b)*, la discusión sobre la moral-ciencia, oponiendo la que dice de Hipias, entendida como ciencia integral, a la que dice de Pródico, que es la adoptada por Sócrates y se entiende como ciencia específica del hombre. Las dos, dice, son conciliadas por Aristóteles (Met. 982 ss.). Persigue (pg. 144 ss.) la cuestión en el *Eutidemo* (280 ss), *Menexeno* (247 *a*-248 *a)* y en el *Primer Alcibíades* (121 *c* ss.), que considera apócrifo. A Pródico remontan, según Duprèel, la cuestión de ser superior o inferior a uno mismo; la μεγαλοψυχία, que Sócrates combate *(Alcibíades* II, 140 *c)*, al parecer, con argumentos de Pródico; asimismo las consolaciones del *Axioco* (v. p. 172 ss).

Concluye (pg. 179 ss.): Es de pensamiento más ascético que los otros sofistas. No tiene las consideraciones socializantes de Protágoras; se basa más bien la buena dirección en el conocimiento de una naturaleza particular, la de la especie humana. De aquí su psicologismo. Su moral es eudemonista como todas las de la antigüedad, pero, en ella, la bondad del acto moral no estriba directamente en el goce que se procura, ni en el mal que se evita, sino en que sea conforme a la naturaleza genérica del autor.

Por nuestra parte, y reconociendo la dificultad del intento que Duprèel se propone, criticamos tan sólo lo aventurado del mismo; que con tan pocos elementos de juicio, tan poco consistentes, por lo demás, saque consecuencias tan definitivas. Por ejemplo, no vemos

la razón para atribuir exclusivamente a Pródico—puesto que Duprèel no consigue probarlo claramente—el desarrollo de principios tan idóneos al refranero griego como los de τὰ ἑαυτοῦ πράττειν y τὸ γιγνώσκειν ἑαυτόν. Asimismo, interpretar como literaria (pg. 137) la insatisfacción de Sóctates ante ellos, que en realidad encierran vaguedad, es suponer demasiado. Este es el mayor defecto de la obra de Duprèel: que en una materia escabrosa de por sí, nos obliga a aceptar muchos supuestos y cosas probadas a medias.

Hipias (pg. 185 ss.): A éste está dedicada la mayor parte de la obra. Parte, de acuerdo con otros autores, de que es el pensamiento de Hipias el que, frente a Protágoras y Gorgias, detenta el autor de los *Dissoi Lógoi* al proclamar la unidad y universalidad de la ciencia, que tiene por objeto descubrir la esencia de las cosas, sin postular, sin embargo, un absolutismo radical. Con el análisis del *Hipias menor* contrapone (pgs. 196-200) la ciencia de Hipias entendida como progreso técnico a la de Pródico—que es la representada por Sócrates—entendida como una reformación del alma. Todo el *Hipias mayor* está, para Duprèel, construído sobre las ideas estéticas de Hipias, bien sea éste o Sócrates quien las formule. Del capítulo IV de los *Dissoi Lógoi* deduce Duprèel que para Hipias la realidad se extendía a las ideas generales también. La afirmación de las esencias lleva a Hipias (v. páginas 213-225) a contraponer el derecho natural a la ley positiva. Este afán científico es el que aparece en el *Político* elaborado todo él sobre ideas de Hipias (v. pgs. 225-242). Para apoyar esto, Duprèel apela al *Minos*, que no es, dice, ni de Platón ni aun platónico, a los dos *Hipias*, a los *D. Lógoi* y a los *Memorabilia*. Atribuye a Hipias el tratado hipocrático Περὶ τέχνης (pgs. 242-251), al cual, dice, le inspiran las mismas doctrinas que al *Político*. Remontan, asimismo, al sofista de Elis, las disquisiciones sobre el valor científico del μέτρον, que se exponen en el *Protágoras* y en el *De iusto*. Los métodos que Platón emplea en el *Fedro*, para criticar la retórica formal, no son otra cosa que la ciencia según Hipias (p. 259); apela para probarlo al capitulo VIII de los *D. Lógoi*. En la segunda parte de la obra (p. 281 ss.), ataca Duprèel el problema de *Hipias y el platonismo*: La doctrina del pluralismo ontologista que florece en el *Teeteto*, remonta al sofista; pero en la página 293 reconoce que para las nociones comunes universales (κοινά) confluyen, con las de Hipias, ideas pitagóricas: Hipias las habría «repensées» y sería así el intermediario entre los pitagóricos y el conjunto Platón-Aristóteles. Lo único original de Platón (página 315 ss.), en metafísica, es la concepción de las ideas como entes aparte, inamovibles; concepción opuesta a la filosofía dinámica de Hipias, que repugnaba esta separación del ser capaz y activo y sus nociones. Con la atribución a Hipias de las ideas que triunfan en el *Par-*

ménides, Duprèel pretende poner también al sofista en la raíz del aristotelismo.

Las críticas anteriores convienen en gran parte también aquí. Es de ver, que la mayor parte de las reivindicaciones, que el autor quiere hacer, son de asuntos comunes, perfectamente griegos; por ejemplo, la consideración del μέτρον para cualquier actividad humana (v. página 241 s., 251 ss.). A propósito del pluralismo ontologista que se discute en el *Teeteto*, Duprèel, para combatir la originalidad del pensamiento platónico, opone una parte de la exposición de Sócrates—que, según él, es de Hipias—, lógica, metódica, precisa, a otra, de Pródico, según él, llena de ascetismo y fervor religioso. Ahora bien, él mismo ha reconocido la frialdad religiosa de Pródico (pg. 157 ss.) expuesta en el *segundo Alcibíades*, y por otro lado no puede menos de admitir —aunque quiera disfrazarlo (v. *supra*)—que la doctrina de las Κοινά, precisamente en mismo lugar, remonta a los pitagóricos. ¿No es, entonces, mucho más fácil y científico pensar que toda la fuente del diálogo procede directamente de los pitagóricos, con lo que queda explicada la presencia de una lógica científica junto a un profundo *pathos* religioso? En descargo, nos parece bien atribuída a Hipias la originalidad de ver las cosas en bloque como una unidad vital.

En conjunto, aparte los aciertos particulares, nos parece que Duprèel no cumple el objetivo que se propone de desgajar de la doctrina platónica los préstamos sofistas; a lo sumo, puede alcanzar a presentarnos, en ocasiones, un magma de ideas y tonos de la época, sin perfil ninguno. En cuanto a la reivindicación de sus doctrinas, no es el epistemológico, ya lo he indicado, el camino que nos lleva a ella.

José Luis García Rúa.

Bengt Hemberg.—*Die Kabiren*. Inauguraldissertation. Uppsala, 1950. Almqvist & Wiksells Boktryckeri AB. 420 pgs. y 4 mapas fuera de texto.

De todas las ciencias surgidas en el siglo XIX con independencia de los textos y como parte de la «Altertumswissenschaft», la historia de la religión antigua—y especialmente la de la griega—ha sido la que en mayor grado ha estado sometida a las veleidades de la moda. Y no sólo han variado las interpretaciones (teoría astral, origen oriental, dioses olímpicos frente a dioses ectónicos, etc.), sino que lingüistas, arqueólogos, etnólogos e historiadores de la cultura se han acercado a ella por igual para casi siempre aplicar precipitadamente sus métodos de trabajo, siempre parciales, sin la debida consideración de los demás datos y aspectos de los problemas. Pues bien, a la mues-

tra de buen método y objetividad que nos ha dado la escuela sueca con la trascendental *Geschichte der griech. Religion*, de Nilsson (1941-1950), se suma ahora esta interesantísima monografía de Hemberg, que ha estudiado en intensidad un tema bien delimitado, mostrando bien la utilidad y la necesidad del trabajo filológico, consistente aquí en un minucioso examen y una cuidadosa interpretación de los testimonios.

El problema de estas divinidades menores del panteón griego que son los Cabiros, ha sido atacado con ideas preconcebidas. H. advierte (página 15) que se ha considerado *a priori* a los Cabiros como unos seres únicos aislados en la religión griega y por lo tanto todo el esfuerzo se ha dirigido a descubrir su lugar de origen, con ayuda especialmente de la interpretación lingüística del nombre. Sin embargo, como H. ve, con razón, el hecho de que en la época helenística y aun antes, se equipararan varias de esas divinidades (Cabiros, Megaloi Theoi, Dioscuros, Anakes, Coribantes, etc.), prueba que el supuesto aislamiento de los Cabiros carece por completo de base. Entonces el problema inmediato no es el de su origen, sino el de las relaciones con esas otras divinidades afines. Y puesto que se atestigua una *interpretatio* que da a unas los nombres de otras, el nombre pierde importancia como dato para dejar el primer lugar a la concepción. Con este punto de partida la sistematización del trabajo es clara y perfecta.

A una descripción de las divinidades de los distintos lugares (cap. I: Los Megaloi Theoi; II: Los Cabiros; III: Los Samothrakes Theoi; IV: Divinidades afines) sigue la parte verdaderamente interpretativa, en la que H. intenta una caracterización de los Megaloi Theoi (cap. V) y de los rasgos comunes a esas divinidades y a sus similares.

H. pone a contribución para el logro de su investigación una ingente suma de materiales—la totalidad de los testimonios literarios y epigráficos antiguos, los datos arqueológicos, una completísima bibliografía que se remonta hasta el mismo Escalígero—algunos de los cuales son dados en los seis apéndices que figuran al final del libro (páginas 303-354).

Pero, sobre todo, H. posee especiales dotes interpretativas. Sobre la base del material epigráfico H. prueba (pg. 73 ss.) que el nombre de los Cabiros no es originario de Samotracia, con lo que caen por su base el texto de Heródoto, II, 51, en el que C. resultan ser una *interpretatio*, y todas las especulaciones fundadas en él en cuanto al origen y el nombre de los C. Por eso niega H. la identificación apriorística de Cabiros=Megaloi Theoi (pg. 29) y establece (pg. 213) para los Samothrakes Theoi una diáspora del nombre sólo—por *interpretatio* estimulada por la fama de los cultos de Samotracia—fenómeno enteramente semejante al que para el nombre de Artemis estudié en EMERITA, XV, 1947, pg. 1-60. Hay que ser, pues, cauteloso ya que

las peculiaridades de un culto—por ejemplo, el de Tebas, tan arcaico, pg. 189—no están ligadas al nombre, sino al lugar. Este estado de cosas lleva a H. a no decidirse por ninguna de las etimologías de Καβεῖροι (pg. 137), sobre cuyo origen nada seguro se puede decir, como no sea que el nombre llegó—sólo probablemente—de Asia Menor antes de 500 a. C. Pero en cuanto a las divinidades en sí, el estudio comparativo de las mismas mueve a H. a ver su origen común en época pregriega, en la cual tendrían características particulares. En la koiné micénica pudo tener lugar una igualación y en época posterior—época arcaica, seguramente—recibieron diversas denominaciones locales que acentuaron su diversificación. El comienzo de las tendencias científicas y sistematizadoras del espíritu griego señaló también el comienzo del proceso de identificación de las distintas deidades.

La monografía de Hemberg es un modelo de trabajo filológico—en el sentido amplio del término—en el cual no se sabe qué apreciar más, si la cuidadosa y completa recogida del material o el método depurado o la frescura de ideas del autor, que rompiendo con todos los convencionalismos de que se había partido, hace sumamente atractiva la lectura del libro y presenta un panorama de estas divinidades totalmente nuevo.

M. S. RUIPÉREZ.

CARRIERE, JEAN.—*Théognis de Megare. Etude sur le Recuil élegiaque attribué a ce poète.* París, Bordas, 1948. 300 pgs.

Esta tesis doctoral nos ofrece un estudio sobre todos los problemas que plantea la colección elegíaca atribuída a Teognis. Su utilidad resalta del hecho de no existir un libro al día que abarcara todos estos problemas; lo más moderno eran dos estudios parciales (y contradictorios) de Jacoby y Kroll.

La primera parte del libro es la que plantea los problemas más complicados. Comienza por discutir los datos biográficos, sobre todo los de patria y fecha del nacimiento, cuestiones en que tras la discusión detallada de los desconcertantes pasajes Plat. *Leg.* 630A y Suidas *s. u.*, el autor se decide por la Mégara de Grecia y el año 600 aproximadamente. Pasa luego revista a los sucesivos tratamientos que de parte de la crítica ha recibido históricamente la colección de Teognis (por parte, sobre todo, de Camerarius, Welcker, Nietzsche, Geyso, Hudson-Williams, Jacoby y Kroll). Y con esto pasa al capítulo tercero, sobre el origen y la formación del poema, que es el decisivo.

En él funde tres criterios distintos con la comparación final de los resultados propios con los de otros. El primero es el fundado en los datos de la tradición directa: las *lectiones alterae* o versos repetidos, situados generalmente (no siempre) después del pasaje a que se deben

considerar como pertenecientes primitivamente. Carrière interpreta que dos colecciones de poemas (una de ellas más alterada) se han fundido secundariamente; los pasajes de nuestro *Corpus Theognideum* que abundan en *lectiones priores* formarían parte de la primera colección: versos 1-120 aproximadamente, 209-10 (¿aislados?), de antes del 367 a después del 418, de antes del 555 a después del 572, sobre todo. Estos datos concuerdan y son completados por los que suministra el segundo criterio, o sea el estudio de la tradición indirecta, de la que C. ha dado un cuadro muy completo. Los autores de época clásica, alejandrina o romana citan pasajes que caen en los límites de la primera colección y atribuyen a Solón, Eveno, etc., los pasajes de estos autores incluídos en nuestro *Corpus;* y, en cambio, los posteriores al siglo II citan de la hipotética segunda colección y atribuyen a Teognis los pasajes arriba aludidos. El único autor que parece ponocer ambas colecciones es Clemente de Alejandría. Hay unos pocos pasajes con doble tradición indirecta, que sin duda estaban en ambas colecciones (aparte de las *lectiones priores y alterae).* Así tendríamos, completando los resultados anteriores:

Primera colección: 1-128, 196-212, 336-419, 428-445, 538-577, 730-755, 800-854.

Segunda colección: 129-172, 213-335, 446-537, 578-603, 607-730, 756-799, 855-1069, 1117-fin del libro I.

Común: 173-195, 420-427, 604-605.

Mezcla: 1070-1116 (aproximadamente).

En cuanto al libro II, sus *lectiones alterae* son copia mecánica de los *priores* del libro I y su origen es secundario a partir de aquél.

Carrière concluye que a una primera colección ática de poemas de Teognis se fundió hacia el siglo IX una antología alejandrina que incluía a Teognis y otros poetas. El criterio de fusión consistió en guardar una aparente unidad a base de la igualdad de temas, semejanza o contraste de afirmaciones y del uso de lo que los alemanes llaman *Stichwörter.* Esta unidad es más descuidada conforme se avanza en el poema. En cuanto al libro II, consiste en trozos del final del primero separados por razones morales y suplidos allí por un conglomerado de *lectiones alterae.* Estobeo (IV, 49, 53, p. 724H) y Platón (Men. 95C-96A) nos testimonian la proximidad de pasajes que hoy día están distantes; y Suidas debió conocer sin duda las dos colecciones de que hablamos, incluído en la segunda el libro II actual, pues habla de la gnomología a Cirno (colección antigua) y de otras ὑποθήκας παραινετικάς... ἀλλ' ἐν μέσῳ τούτων παρεσπαρμέναι μιαρίαι καὶ παιδικοὶ ἔρωτες καὶ ἄλλα ὅσα ὁ ἐνάρετος ἀποστρέφεται βίος. Como se ve, se trata de una hipótesis no sólo ingeniosa, sino también sólidamente apoyada.

Además, encuentra confirmación en el estudio filológico (lingüísti-

co, diríamos mejor, tercer criterio); el poema antiguo se asemeja, frente al resto, a la antigua elegía en cosas como la evitación del hiato, de los alargamientos métricos, de la *correptio*, y en el uso de la cesura masculina. Finalmente, los poemas que por diversas razones suelen considerarse por los críticos como no pertenecientes a Teognis, pertenecen en la mayoría de los casos a la colección reciente.

La parte segunda del libro está dedicada al estudio literario del *Corpus*, en sentido muy amplio ciertamente. Estudia los diversos tipos de poemas que incluye el *Corpus*: de banquete (aquí C. se queda corto, a mi entender, admitiendo sólo verdaderas respuestas en cuatro ocasiones), amorosos, mensaje y epístola moral, epigrama, epitafios (sobre todo al final del libro I, con algunas interpretaciones muy ingeniosas), extractos morales y de fábulas (aunque no veo claro la referencia a determinadas fábulas esópicas de ciertas «moralejas»). La casi totalidad de los poemas de género bien definido y especies diversas pertenece a la segunda colección.

Para concluir, el libro de C. nos ofrece aún una serie de estudios originales sobre Teognis y su obra (características generales), sobre su filosofía, sobre el caracter lingüístico de la colección (procurando distinguir entre sus dos componentes) y sobre la versificación, la sintaxis y el estilo de la misma.

F. R. ADRADOS.

DR. MARCHINUS H. A. L. H. VAN DER VALK.—*Textual Criticism of the Odyssey*, Leyden, A. W. Sijthoff's Uitgeversmaatschappij N. V., 1949. Un vol. in 8.° de 296 pgs.

El presente trabajo es un exponente de la revisión que nuestro siglo va llevando a cabo frente a la doctrina crítica que venía rigiendo entre los filólogos desde hace ya siglo y medio. No se trata, naturalmente, de volver al tiempo anterior, ni de ignorar la magnífica labor que la crítica ha realizado en todo ese lapso de tiempo; se trata más bien de perfeccionar los métodos y de fijar el ámbito en que la crítica es posible, fijando conceptos y analizando la labor crítica del pasado dentro de la historia misma. En efecto, concretándonos ahora al campo homérico, los críticos modernos han incurrido en el error de creer que los procedimientos de los críticos alejandrinos semejan en algo a los modernos, y por esta razón han tendido a menospreciar la vulgata homérica en beneficio de las indicaciones que tenemos, admitidas o no en los manuscritos, acerca de las lecciones de Zenódoto, Aristófanes, Aristarco. «My principal aim—anuncia el autor, pg. 9—has been to investigate the value of ancient criticism especially of the Alexandrian critics. In my opinion, which has been put forward

in this book, the ancient critics are not to be trusted and have altered the original text in many places by making subjective conjectures. Consequently the readings of ancient critics are in the main worthless and do not go to nacient mss. By paying special attention to archaic mentality, customs, style, etc., we observed that in many cases the ancient scholars have misunderstood the mentality of the poet and have wrongly tried to bring the text into harmony with the ideas of their own time».

En dos partes desarrolla el autor su estudio. En la primera plantea el problema de la naturaleza de la crítica alejandrina, así como los conceptos fundamentales según lo que representa cada uno de los antiguos críticos y sus relaciones mutuas.

Van der Valk niega que los alejandrinos tuvieran para nada en cuenta el testimonio de los manuscritos, y cree resueltamente que los críticos modernos reflejan sus propios métodos cuando suponen que los antiguos tuvieron en cuenta códices para sus lecciones. En un buen número de pasajes el autor demuestra, en lo que coincide con Mazon, que las ediciones llamadas *politikai* corrigen arbitrariamente el texto primitivo. También las ediciones más cuidadas en la opinión de los antiguos reposaban en la conjetura y no en un trabajo personal de colación de manuscritos viejos conforme a unas reglas determinadas, que los antiguos estuvieron muy lejos de descubrir. Los gramáticos alejandrinos, sostiene el Dr. Van der Valk, no se sirvieron en modo alguno de manuscritos antiguos, y no cabe pensar que acudieran en ningún caso a *fidelissima exemplaria*, como los gramáticos latinos, por ejemplo, en el caso de Virgilio. Homero quedaba demasiado lejos en el tiempo, y la literatura griega no tuvo ningún centro comparable en su unicidad a lo que fué Roma (pg. 22).

El autor lo que hace es precisar la personalidad, dentro de esta idea general sobre su actividad, de cada uno de los grandes gramáticos alejandrinos. Frente a la vieja literatura crítica del siglo pasado, que imaginó un Aristarco actuando con los manuscritos casi como un escrupuloso crítico moderno (así pensaban Lehrs, Ludwich), estudia cómo todos sin excepción, Aristarco también, corrigen basándose en la conjetura. Al presentarse ésta por todas partes, Van der Valk llega (pg. 52) a la conclusión de que es imposible establecer familias en los manuscritos que representan el estado más antiguo que podemos alcanzar: «All our manuscripts show the traces of improvements made by ancient critics».

Muy acertadas son algunas observaciones estilísticas, donde la personalidad de Homero se contrapone a la de Hesíodo por menos arcaica y más depurada en su gusto, si bien el autor señala que Homero muchas veces está cerca de los modos de hablar populares. «Homer cannot be judged according to the rules of strictly and clas-

sical grammar» (pg. 58). El carácter expresivo y emotivo de la lengua homérica explica muchas particularidades de su estilo, y ha resistido al afán de los críticos de regularizar y hacer lógica la lengua del poeta.

En el aspecto lingüístico, el autor sostiene que muchos de los llamados aticismos o hiperjonismos pueden pertenecer al texto auténtico del poeta, y en este sentido hace algunas críticas a recientes expositores de la lengua homérica, como Chantraine. Ciertas contracciones, la metátesis de cantidad, asimilaciones, pueden pertenecer a una redacción anterior a toda actividad gramatical reflexiva.

Papiros y testimonios, gramáticos antiguos, son objeto de la consideración del autor en su significación para la fijación del texto que leemos. Zenódoto, Aristófanes, Aristarco, son caracterizados por algunas notas individuales, dentro de una nota común: la conjetura como único procedimiento crítico. Con mayor libertad en el primero de estos tres gramáticos, con una prudencia relativamente grande en el último, pero siempre sin acudir a otro procedimiento. Sería inútil intentar aquí un resumen, ni aun siquiera dar ejemplos, del estudio de Van der Valk en esta caracterización, especialmente detenida en Aristarco. En toda la primera parte del libro, la doctrina crítica creemos que se puede condensar en las siguientes afirmaciones: «The Vulgata is more reliable than it is usually supposed to be» (pg. 69). «The readings of Aristarch are subjective» (pg. 152). Aristarco «differs from Zenodotus in degree, but not essentially» (pg. 156). Las ediciones antiguas de que nos quedan restos en los escolios bajo el nombre de χαριεστέρα «are unreliable» (pg. 165). «The readings of the chariestera and those of Aristarch show a similar tendency» (página 166).

La parte II del libro está dedicada a la cuestión de las athetesis. Aquí la novedad del libro que nos ocupa consiste no sólo en la posición del autor, tan clara y radical como es en la primera parte, sino en el procedimiento crítico. Consiste éste en la apreciación de la mentalidad arcaica representada en muchos pasajes del poeta, y que no comprendida por los críticos alejandrinos descubre dónde las razones de la athetesis han sido puramente subjetivas y resultado de incomprensión frente a un estilo de vida y mentalidad. En este punto es donde el libro de Van der Valk utiliza el progreso que los últimos lustros han aportado al comparar tantos fenómenos de la religiosidad de los pueblos clásicos con los que se hallan en climas muy alejados. En realidad, aquí el autor no hace sino acentuar el sentido histórico de la crítica y seguir, no literalmente por cierto, pero dentro del mismo espíritu, la orientación marcada por los mejores maestros que fundaron la crítica moderna. Este mismo criterio se aplica al juicio que a los gramáticos antiguos merecía el estilo y modo de narrar ho-

mérico, también en la relación que la realidad del poeta ofrecía en comparación con las exigencias de quienes pretendían ajustar cada pasaje al ideal de perfección atribuído indefectiblemente al padre de la poesía.

Es interesante hacer notar que en la comparación de Homero con ciertos pasajes coincidentes en la poesía primitiva griega, Van der Valk se resuelve por la prioridad cronológica de Hesíodo sobre Homero (pgs. 234 y 236), como tantos antiguos. De la misma manera, el ciclo puede en parte ser considerado anterior a la redacción de nuestra *Odisea* (pg. 238). En este orden, el autor llega a tomar la más resuelta postura unitaria, hasta afirmar que la *Ilíada* y la *Odisea* son obra del mismo poeta (pg. 250).

En cuanto al problema de los versos supernumerarios que se hallan en los papiros «prearistarqueos», el autor se inclina por la superioridad de la tradición de nuestros manuscritos.

En conjunto, se trata de un libro optimista en cuanto al valor de la tradición manuscrita que nos ha transmitido la *Odisea*, así como en lo que se refiere a los medios que nos permiten criticar los restos llegados a nosotros de la tradición antigua. Mucho es lo que el libro nos enseña y lo que nos descubre sobre la vivacidad actual del problema homérico. Muchas de las cuestiones que el autor trata ahora han sido ya discutidas (y la referencia a las *Grundfragen*, de Cauer, es inevitable), pero era necesario plantearlas de nuevo y resolverlas girando sobre los puntos que ahora nos interesan más vitalmente. Esta facultad de volver sobre las cuestiones más importantes de la filología clásica es la que asegura la continua vitalidad de nuestros estudios.

A. T.

KARL RUPPRECHT.—*Abriss der griechischen Verslehre.* Munich, 1949. Max Hueber Verlag. 64 pgs.

Casi simultáneamente con la aparición de la tercera edición de su conocida *Einführung in die griechische Metrik* (1950), publica R. este *Abriss*, en cuyo título el término «Verslehre» parece anunciar ya el carácter científico de la obra, es decir, interpretación además de la pura descripción. Se trata, en efecto, de una interpretación genética de los metros griegos a partir del «Urvers» de Wilamowitz, para cuya *Griechische Verskunst* el mencionado manual de R. no pretendía ser más que una introducción, si bien con un punto de vista estático, puramente descriptivo. En el *Abriss* que ahora reseñamos la orientación de R. se ha definido con mucha mayor precisión dentro de la trayectoria de la métrica científica alemana. No sólo nos da una in-

terpretación genética, muchas veces original, al modo de Wilamowitz, sino que R. se ha convertido en un perfecto cultivador de la rigurosa *observatio* Maasiana. Nada ilustra tanto este nuevo aspecto del método de R. como la comparación del prólogo de la segunda edición de su *Einführung* (1933), en el que, contestanto a una crítica de Maas, R. se permitía amargas ironías contra el «inventor de las *bicipita*», con el tratado que ahora nos ocupa, en el cual R.—con la nobleza de la auténtica vocación científica—se ha incorporado definitivamente no sólo la substancia del método Maasiano, sino también lo ya más externo a este método, pero propio del espíritu cartesiano de Maas, como una extrema concisión en la expresión, el mismo término *biceps* (el plural ahora es *bicipites*, evitando el peligroso neutro) y hasta la notación formulària de los dáctilo-epítritos adaptada a la interpretación diferente que da R.

Como Wilamowitz, R. nos da una génesis de los metros griegos por un método puramente deductivo, que partiendo del postulado de un «Vierheber» trata de confirmar ese postulado por la mostración de cómo todos los versos (excepto los jónicos §§ 26-30) se pueden derivar del primitivo «Vierheber» en sus tres variantes, cataléctica, acéfala y acéfalo-cataléctica. Esta explicación integral de las formas métricas griegas se logra en gran parte operando con conceptos que en muchos de los casos sólo pueden tener cabida en una descripción puramente mecánica, mas no en una interpretación genética. Así, es lícito desconfiar, por ejemplo, del valor real de la derivación del endecasílabo sáfico a partir de un aristofanio precedido de un metro tetrasilábico (§ 70) o del falecio a partir de un gliconio seguido de un baquio (§ 66).

Llama la atención la «conversión» de R. a la escansión jónico-coriámbica de los dactilo-epítritos de Blas y Schroeder (§§ 85 ss.). Desgraciadamente, las dos responsiones en que R. fundamenta su postura son totalmente inaceptables: Pind., *Nem.*, IX, 19, οὐ κατ' ὀρνίχων ὁδὸν· οὐδὲ κρορίων admite naturalmente la escansión *e—D—* (no haciendo posición κρ- y con la larga -ī- de la prosodia homérica de Κρονίων) y no hay, por lo tanto, que separar artificiosamente un epítrito y dos coriambos. En *Isthm.*, V, 37, R. parece no haberse dado cuenta de que su análisis estriba sólo en la lección Ἡρακλέϊ de Schroeder frente a Ἡρακλῆϊ de Triclinio y en 58 en ἔκνιξ' (futurum doricum) también de Schroeder («vix sanum» para Bowra) frente a ἔκνισ' de Aristarco y Ceporinus, acogida en Turyn.

Lo realmente nuevo en el libro de R. es producto de la *observatio* y de la explotación de la «lex Maasiana», para la que R. prefiere la denominación de «erweiterte Lex Porsoni» y sobre la cual prepara desde hace años un amplio estudio. El zeugma (que R. denomina «continuum», § 25) entre *anceps* larga y la larga siguiente se convierte

por el minucioso y exhaustivo análisis de R. en una ley general para todas las formas métricas griegas. R. ha inventariado el número total de versos o *kola* en cada tipo y el porcentaje de violaciones de la «lex Porsoni» ampliada que se encuentra en cada uno de ellos. De este modo, como digo, Rupprecht hace una aportación esencial a nuestro conocimiento de la versificación griega por la vía de una estricta *observatio*.

Pero R. va más allá y trata de sacar consecuencias genéticas de la «lex Porsoni» ampliada, dándonos el origen del hexámetro épico (§ 49) y del trímetro yámbico (§ 53), de lo que parece estar seguro, a juzgar por sus propias palabras en la *Einführung* (1950), pg. 109. Sobre la base de un «Vierheber», el hexámetro es un compuesto de — ⏑⏑ — ⏑⏑ + — ⏑⏑ — ⏑⏑ — — ⏑ ⏑⏑ y no de — ⏑⏑ — ⏑⏑ — ⏑⏑ — ⏑⏑ + — ⏑⏑ — ⏑ (como pretendía Witte basándose en la frecuencia de la diéresis bucólica, que es del 60 por 100 en Homero). Entre las dos alternativas la observación constante del zeugma entre la cuarta *biceps* larga y la larga siguiente quita toda trascendencia genética a la diéresis bucólica, en tanto que la frecuente no observación en Homero del zeugma entre la segunda *biceps* larga y la tercera larga demuestra bien la importancia genética y estructural del corte en ese lugar del verso. Por el mismo camino llega R. a formular una teoría idéntica del origen del trímetro yámbico. El zeugma de Porson demuestra la unidad del dímetro final; por lo tanto los componentes (históricos) del trímetro son × — ⏑ — + × — ⏑ — × — ⏑ — o bien, estableciendo el corte detrás de la segunda *anceps*, que no observa el zeugma, × — ⏑ — × + — ⏑ — × — ⏑ —. Ahora bien, R. (§57) explica la estructura del trímetro de la comedia suponiendo que conserva la libertad del «Urvers». Como quiera que en la comedia es muy frecuente la violación de la «lex Porsoni», entonces, para ser consecuente, R. tendría que rechazar su propio análisis del trímetro, en cuyo estado primitivo, conservado por la comedia, la «lex Porsoni» no habría sido observada. Es decir, para mantener su génesis del trímetro R. hubiera debido negar el arcaísmo del trímetro de la comedia, cuya estructura libre es más bien una adaptación del trímetro a la libertad de la lengua hablada no sometida a regulación artística.

Como se ve, la reducida extensión de la obra de Rupprecht no es obstáculo para una extraordinaria riqueza de contenido. R. se encuentra en la línea de la mejor tradición métrica científica y al mérito extraordinario de un escrupuloso examen une en este *Abriss* el no menos sobresaliente de haber tendido un puente más que del examen e interpretación que pudiéramos llamar sincrónica conduce a la interpretación diacrónica, genética, de la métrica histórica.

M. S. Ruipérez.

CARLOS ALONSO DEL REAL.—*Noticias sobre España en Elio Arístides de Esmirna.* Publicaciones del Seminario de Historia Primitiva del Hombre. Notas. Núm. 5. Madrid, 1950. Un folleto de 24 pgs., 18 pesetas.

El presente trabajo, como indica el autor, «no tiene más objeto que llamar la atención sobre un texto antiguo referente a la geografía española y que no ha sido, a nuestro saber, utilizado o al menos no ha entrado en la circulación general de documentos sobre el tema». Lástima sólo que nuestras bibliotecas no le hayan permitido a Alonso del Real manejar las ediciones modernas del sofista esmirnés, que vivió en pleno siglo II d. C., de cuyo modo de vida y pensamiento es típico representante, y que se ocupó de nuestra península en algunas páginas de su discurso *Aegyptiacus*.

Alonso del Real presenta los textos de Arístides primero comentados y luego en su original y traducidos (no es cómodo el sistema de referencias de la primera presentación a la segunda). Seis mapas aclaran la interpretación dada a los textos.

En ellos se mezclan las referencias procedentes de un pasado remoto (opinión sobre el cierre del estrecho de Gibraltar por los púnicos) con indicaciones propias de la edad contemporánea. El autor descubre plausiblemente referencias a los viajes de Eutímenes y de Hannón e interpreta así el conjunto de las alusiones hechas por Arístides, procurando referir cada una a su época.

A los trabajos sobre el asunto del conocimiento de los antiguos sobre nuestra Península (Schulten, Bosch-Gimpera, García Bellido) hay que sumar esta contribución interesante sobre unos textos hasta ahora no considerados.

A. T.

A. KOLÁŘ.—*De re metrica poetarum Graecorum et Romanorum.* Accedit de solutae orationis apud Graecos et Romanos eurhythmia appendix. Praga, 1947. Publicado por el autor. 388 pgs.

Casi cuatrocientas páginas de apretadísimo texto constituyen este nuevo y ambicioso tratado de métrica antigua, escrito en latín correcto, ágil y claro «ut philologi ubicunque terrarum gentiumque fructum ex eo capere possint», presentado en una impresión pulcra y limpia de erratas y destinado a ocupar un puesto importante en la bibliografía métrica moderna.

Su publicación ha sido la coronación de un enorme y prolongado esfuerzo. K. ha contraído méritos excepcionales. No sólo es un buen conocedor de toda la bibliografía moderna, sino que su manual revela

una extraordinaria familiaridad con las doctrinas métricas antiguas y presenta una descripción completísima, prácticamente exhaustiva, de las formas métricas de las literaturas griega y latina. Comienza el libro con una parte general (pg. 7-76) en la que K. da, además de los conceptos básicos de su sistema métrico, una historia del cultivo literario de los metros griegos y una historia de la métrica desde la Antigüedad hasta nuestros días. La parte especial (pgs. 77-360) contiene la descripción de las formas métricas clasificadas por *ordines* (trocaico, yámbico, dactílico, anapéstico, etc.), dentro de cada uno de los cuales se distinguen netamente los *kola*, los versos, los sistemas y las estrofas (proceder que no merece más que alabanzas) y se da por lo general un inventario de todos los sistemas y estrofas del *ordo* en cuestión conocidos en la literatura griega. Lo que ya no podemos aprobar sin reservas es el tratamiento conjunto de la métrica griega y la latina, a pesar de la naturaleza diferente de ambas. Si bien con ese criterio se percibe mejor la raigambre griega de la métrica latina y se pueden apreciar las alteraciones en la técnica métrica (por ejemplo, de los *cantica* de Plauto o de las partes mélicas de las tragedias de Séneca) es seguramente mayor el inconveniente de esfumar la conciencia del carácter especialísimo de la métrica latina con sus problemas característicos sobre el *ictus* y el acento, que no es lícito despachar en pocas líneas. Una forma métrica como el saturnio (considerado como verso rítmico) recibe, como no podía menos de suceder, un capítulo aparte (pgs. 326-334) e incluso le añade, pra remediar las desventajas de la citada exposición analítica, un *conspectus* de los metros de Catulo, Horacio y de las tragedias de Séneca (pgs. 335-343). El apéndice sobre prosa rítmica a que se refiere el título (pgs. 344-360) termina el tratado de K., completado con tres valiosos índices, que hacen su consulta rápida y fácil.

Hacer una recensión crítica de un tratado de métrica antigua, sobre todo griega, exige, en primer lugar, una caracterización de los principios metódicos profesados por el autor. K. era conocido sobre todo por su monografía *Die Logaöden* (1933), en la que ya quedó manifiesta su filiación westphaliana, es decir, su adhesión a la rítmica de Aristóxeno—dotado de una aureola de infalibilidad—y con ello su repulsión casi sistemática de las teorías de los métricos tardíos, especialmente de Hefestión. Claro es que, aunque K. sigue también a Westphal en la doctrina de los metros logaédicos, no deja de reconocer (pg. 35) los numerosos errores a los que fué llevado el insigne métrico alemán por la aplicación del sistema musical moderno a la interpretación de la métrica antigua.

Lo que ya es una novedad en el libro de K. son sus ideas sobre el «rhythmus significans», que, si bien habían sido expuestas en un opúsculo aparecido en Bratislava en 1940, habían permanecido des-

conocidas para el mundo científico por estar dicho libro escrito en eslovaco y por las circunstancias en que entonces se encontraba Europa. K. sostiene la existencia de un *ethos* determinado en cada orden rítmico, hasta el punto de que cree poder utilizar el sentido del texto para interpretar en casos dudosos el metro, postura diametralmente opuesta a la de Paul Maas—y de Miss Dale, por ejemplo—, para quien, como es sabido, la relación entre ritmo y *ethos* no es natural, sino que, cuando existe, es producto de una convención literaria. En estas ideas de K. hay que reconocer una parte positiva, que es el haber buscado siempre una mayor conexión entre la forma métrica y el contenido literario. Con este criterio el autor logra una interpretación interesante del carácter del docmio (pg. 172 s.), si bien maneja conceptos rítmicos inadmisibles, y camina seguro en el análisis de las estrofas mixtas (pgs. 312 ss.), en el cual, sin duda, logra resultados apreciables. No obstante, el principio en sí es inadmisible, sentado con carácter absoluto y validez general. Texto y ritmo pueden compenetrarse mutuamente y puede verse *a posteriori* los nexos expresivos que los unen. Pero en ningún modo puede admitirse que esa relación sea unívoca, hasta el punto de que el *ethos* pueda decidir sobre el ritmo. Por otra parte, la apreciación del *ethos* es un hecho subjetivo y no hay una clasificación de los caracteres que descanse en una base real y objetiva, lo que quita a la base de partida todo rigor científico. No creo que se pueda, por ejemplo, definir precisa y distintamente el carácter de los troqueos, de los anapestos líricos, de los docmios, de los créticos, de los baquios. El mismo K. reconoce la no necesidad de esta relación entre *ethos* y forma métrica a propósito del hexámetro (pg. 122).

La adhesión por principio a la rítmica de Aristóxeno—que, como recientemente ha subrayado Gentili, atiende sólo a la parte musical, en una época en la que se había perdido toda relación entre texto poético y música, y que por lo tanto es inutilizable para la interpretación de la métrica que opera con el esquema cuantitativo del texto—lleva al autor a fallos importantes en la misma base de su sistema métrico. A pesar de que K. construye una métrica cuantitativa, falta en él la noción fundamental de ritmo cuantitativo como repetición periódica de sílabas largas. En contraposición violenta con el carácter subjetivo del ritmo, K. parte del χρόνος πρῶτος de Aristóxeno como unidad elemental de medida con carácter objetivo y validez universal para cualquier serie rítmica. Por la suma de esos χρόνοι πρῶτοι se forman los pies, los que, al parecer, para ser tales no necesitan de ningún elemento perceptible (i. e. la sílaba larga) que permita aislarlos y sentirlos como unidades de repetición. El mismo pirriquio (pg. 40) es un pie (!). Para K. el ritmo se manifestaba por una *vox fortior* que acompañaría, según él, el marcar los dos tiempos del

compás (pg. 48): un pirriquio tendría dos *ictus* y esa misma densidad lleva a Aristóxeno a excluirle del número de los pies. K. aduce la consabida e inaceptable prueba del alargamiento de las sílabas breves en el tiempo fuerte del hexámetro. «Non est igitur recta opinio eorum, qui dicunt nos versus antiquos scandendo male recitare numerosque sine ictibus ipso ordine syllabarum longarum breviumque manifestos fuisse» (pg. 50).

Sobre estos fundamentos rítmicos, K. construye su sistema métrico con consideración casi exclusiva de la poesía mélica, otorgando un valor real a conceptos que apenas son admisibles fuera de una pura descripción, con fines mnemónicos, como la catalexis, que dentro del esquema κατὰ μέτρον no puede dejar sin llenar por una pausa o por una larga *trísemos*, *tetrásemos* en incluso *pentásemos* el «hueco» producido por ella. Señalaremos aquí la nueva interpretación (pg. 60) de ὑπερκατάληξις, basada en Atilio Fortunaciano, como una catalexis en grado superior consistente en la falta de un pie y de una sílaba.

En realidad, todos estos fallos son la consecuencia forzosa de la adhesión por principio a las teorías de la Antigüedad, en especial a las rítmicas de Aristóxeno. El manejo de la catalexis está ligado a la falta de un concepto claro sobre la naturaleza y la función de la pausa, que K. no tiene inconveniente en admitir en el interior de un sistema (Aristófanes, *Pax*, 114, pg. 119) o de un verso *(passim)*, defecto imputable a toda la teoría antigua. A la misma causa hemos de atribuir el que K. no trate en ninguna parte de un elemento métrico, desconocido de la métrica antigua y bien estudiado por la moderna, de tan capital importancia como los *zeugmata*, de los que inútilmente buscará el lector una mención en todo el extenso tratado de K. Conviene, sin embargo, que todos reconozcamos hoy que una descripción del hexámetro épico, del trimetro yámbico o del tetrametro trocaico sin consideración de los *zeugmata* más conocidos, como los de Hermann, Porson, Havet—por no hablar de la más general *lex* Maasiana—produce un efecto sumamente extraño en nuestros días y es un buen ejemplo de las consecuencias que puede tener el desprecio de la *observatio*, que, aplicada con mayor o menor rigor es, en fin de cuentas, patrimonio desde Bentley y Hermann de la mejor tradición científica moderna.

Quedaría incompleta esta recensión si no analizáramos la postura de K. en la zona de fricción más importante de las teorías métricas antiguas y modernas: la interpretación de los logaedos y de los metros eolios.

Pisando las huellas de Westphal, K. (pg. 214 ss.) tiende a una aplicación general de la escansión logaédica. Como coriambos sólo quedan para K. aquellas formas que se dejan medir sólo a base de ese metro, por ej. — ⏑⏑ — — ⏑⏑ — o — ⏑⏑ — — ⏑⏑ — — ⏑⏑ —. Todos los demás metros son interpretados como logaédicos. Además no fijando

bien el concepto de la *basis aeolica*, K. procede a medir κατὰ μέτρον desde el principio de cada *kolon* o de cada verso, con lo cual resulta una estructura muy libre de los primeros pies y un esquema que se resiste a entrar en la escansión por pies, a la cual siempre tiende K., pues para él—ya lo hemos visto—lo primario es el pie, no el verso ni el *colon*. En parte hay que felicitarse de esta reacción contra la escansión coriámbica, tan de moda en Francia desde Weil, y luego en Alemania, porque puede ayudar a restablecer un sensato equilibrio. Así, por ejemplo, yo no creo que se pueda sostener la escansión coriámbica del endecasílabo alcaico, si en la misma estrofa el decasílabo muestra una estructura logaédica. En el sáfico la decisión es difícil porque a su lado falta un elemento de juicio semejante. Por las mismas razones hay contextos métricos que repugnan a la escansión coriámbica del ferecracio y del gliconio. Pero K. pasa por alto hechos de *observatio* tan manifiestos como la correspondencia del dímetro coriámbico puro (— ⏑⏑ — — ⏑⏑ — con las otras dos formas del mismo (× × × × — ⏑⏑ — y — ⏑⏑ — × × × ×) y con el gliconio (× × — ⏑⏑ — × ×), lo que no deja lugar a dudas sobre el carácter coriámbico de todas esas formas, por lo menos en esos pasajes. K. no retrocede siquiera ante los asclepiadeos, cuya interpretación es sumamente artificiosa. El asclepiadeo mayor (por ejemplo, Alceo, fr. 96, 1 Diehl) — — — ⏑⏑, — ∧ // — ⏑⏑, — ∧ // — ⏑⏑, —⏑ / — ∧ con el uso ya mencionado de catalexis y pausas en el interior del verso para introducirle dentro del esquema logaédico fijado de antemano (cuando por no haber diéresis la pausa es imposible, K. coloca una larga *trísemos* para llenar el pie).

He creído conveniente analizar el libro de K. especialmente en las cuestiones básicas, porque en ningún terreno hace falta este tipo de discusión en mayor grado que en la métrica, y espero que el lector pueda formarse una idea clara de él. Lo que sobre todo hace del tratado de K. un elemento bibliográfico de primer orden son sus completísimos inventarios de formas métricas. El no iniciado hará bien en no hacer en él sus primeros conocimientos de métrica antigua.

M. S. RUIPÉREZ.

ATTILIO DE LORENZI.—*I Precedenti Greci della Commedia Romana* (7.° vol. de la «Collana di Studi Greci diretta da Vittorio de Falco»). Nápoles, 1946. 136 pgs.

En el prefacio de este interesante estudio (pgs. 5-9) se nos da su propósito y método: buscar los «elementos comunes» («il convenzionale») que juegan en la comedia greco-romana al lado de lo personal:

tradiciones e innovaciones (religión y arte en su expresión más perfecta) se han repartido los papeles en esta evolución, hasta una victoria de lo personal, más completa en la comedia que en la tragedia. Las manifestaciones de «lo convencional» han de tener «en gran parte origen mítico y 'paratrágico' y aun... 'tragicómico'»; en la evolución posterior de la comedia restos fosilizados quedan de aquel κοινόν, y aun por apropiación mutua de innovaciones otro nuevo se forma. Para mostrar lo que pretende cree el autor necesario «delinear una evolución histórica, aun a costa de repetir datos conocidos».

El capítulo I («La Commedia Popolare Primitiva»), partiendo sobre todo de un texto de Ateneo (XIV 621 *d*) sobre «una antigua manera de comedia no muy elaborada» en Esparta y de pinturas de vasos, nos muestra a los 'flíacos' (semejantes a los falóforos) démones de fecundidad originariamente, actores ambulantes luego sobre un tablado, comunicado a veces con la plaza (donde el señor de Lorenzi ve origen de la comunicación entre actor y público, tan frecuente en Plauto), muy semejantes al tipo de Polichinela (aun en el gran nudo de la blusa, que le parece un recuerdo fálico), que con el tiempo pasaron de la representación mítica originaria (nada irreverente o impía a los ojos antiguos, sin embargo) a la humana, con personajes y movimiento escénico de lo más bufonesco: por ejemplo, pinturas de siervos amenazados de garrote y fusta por su amo (atenuación sería la amenaza al esclavo, tópico en Pl. y Ter.), de un banquete de siervos (cfr. el final del *Stichus*), de lucha entre padre e hijo por una muchacha (atenuado en semejantes rivalidades de varias comedias), etc.; y aunque las pinturas son posteriores a Epicarmo, sin duda tales farsas existían de siglos antes y pueden ser precedentes de éste.

En el capítulo II, «Epicarmo», a pesar de lo poco que sus muchos breves frs. nos enseñan, podemos ver que trató asuntos mitológicos y humanos: también políticos y filosóficos (precedente de «Las Nubes»); éste fué el que dió «unidad artística a la comedia siciliana dórica, hasta entonces compuesta de escenas desligadas», perfeccionamiento sólo relativo, ni largas ni complejas sin duda sus obras, y muchas reducidas seguramente (como «Tierra y Mar») a un ἀγών de vanagloria propia y denuesto del contrario (cfr. un mimo de labrador y pescador en Sofrón); una influencia sin embargo hemos de ver sobre la comedia ática vieja (sátira de actualidad), media (en los argumentos míticos de ésta), nueva (en los humanos), y sobre todo, según Hor. *Epist.* II 1 58, sobre Plauto.

En «La Commedia Attica Antica» (c. III) encontramos la parábasis como elemento de conexión con el público, en relación sin duda con ceremonias fálicas (tal como aún se ve en «Los Acarneses»), de la que aún a Pl. llegan como briznas las (mucho más cautelosas por supuesto) sátiras personales esporádicas. Pero la comedia de la pará-

basis, la antigua, es tal vez la que aportó menos a la palliata.

En el capítulo IV («La Crisi della Commedia Antica»), la desaparición de la sátira personal (y con ella la parábasis, y el coro en parte al menos) no cree el autor que fuera por una ley determinada (y menos de los Treinta: antes democrática, siendo filo-oligarcas los cómicos), pues dista mucho de ser repentino el cambio, sino por el cansancio de broma que la derrota traía, junto con el mayor peligro de atacar (y acaso influyó la reacción violenta de algún particular poderoso), sin que deje de haber podido contribuir lo costoso de los coros en la empobrecida Atenas.

Capítulo V, «La Tragicommedia»: Tragedia y comedia tenían de común su origen en temas míticos: tras el apogeo de su tratamiento más noble en aquélla, se prestaba ésta a la parodia, sobre todo en arte decadente como el de Eurípides. A ella movería, sí, la comodidad del comediógrafo, pero más el que el público prefería (como en la tragedia) desarrollos nuevos sobre figuras y temas conocidos; vedado atacar a personas actuales, quedaban las míticas. Mas no se volvió a la comedia popular salida de una religión, sino que «comedia vieja + tragedia = 'paratragedia'». De la de las tragedias (escaso repertorio temático) se va a la parodia de los mitos mismos, la 'comodotragedia', llegándose al fin, con la invención de temas originales sobre las figuras míticas, a la 'tragicomedia'; todo lo cual a lo largo del período de transición llamado (no antes del s. II d. J.) Comedia Media. Y así, 'patrágicos' son Antífanes y Eubulo (sobre Eurípides ante todo); 'comodotrágico', Alexis principalmente, con el que ya llegamos a verdaderas 'tragicomedias', que vienen a ser un renacimiento del viejo drama satírico; de las que sólo por el «Anfitrión» plautino podemos tener idea. Pero aquí un problema:

El capítulo VI («*L'Anfitrione* Plautino e Rintone») muestra que el «Anfitrión» de Rintón tarentino (fábula 'rintónica', 'hilarotragedia', género aún fliácico y bufonesco, y no comedia de dignidad literaria, al que responden pinturas de vasos con la visita de Zeus y Hermes a Alcmena) no es origen del plautino, que parece hecho sobre uno para auditores atenienses, y que no forma tanto como «grupo aparte» del resto de las comedias plautinas.

El VII («*L'Anfitrione* Plautino e la Tragicommedia»), recordando la marcha de esta comedia, concluye que debe remontar directamente o por la Nueva a una 'tragicomedia' mítica Media: ni es preciso suponer contaminación por la reduplicación evidente del argumento, ni detalles como cierta maniobra militar citada por Sosia y propia de los Diádocos (pero también posible innovación de Plauto) prueban nada.

Con el VIII («La Commedia Borghese») pasamos al punto en que el argumento cae de personas míticas a burgueses: aquéllas pueden quedar como símbolos humanizados, así Hércules es «el glotón»; el

paso se da en la Media, pero la nueva modalidad perfeccionada es la Nueva, en cuyos restos se puede rastrear una evolución anterior; de Lorenzi seguirá el hilo de un tema, la semejanza y confusión de personalidad, cuya forma 'tragicómica' mostraba el «Anfitrión».

Mas ¿cómo «Il Tema della Somiglianza e della Sostituzione» (capítulo IX), mítico primero, se 'aburguesó'?: juzgando harto simple la suposición de unos *Dídymoi* de Posidipo por fuente de los *Menaecmi* o cualquier comedia en que esté humanizada la trama del «Anfitrión» y estudiando especialmente los «Menecmos», en que restos incongruentes de la versión 'anfitriónica' subsisten (estupor en Sosicles inexplicable, rasgo de Sosias fosilizado en él; ambos Menecmos cleptómanos, rasgo de 'un Mercurio'), el autor propone por etapas: *A)* Mítica: 1.°, «Anfitrión» popular (elaboración grotesca del mito de la concepción de Hércules, algo sutilizada por Rintón); 2.°, «Anfitrión» plautino (el desarrollo por otra parte trágico del mito ha dado una 'tragicomedia'); *B)* Humana: 1.°, ya popularmente hay unos «gemelos», que complicados con la versión mítica darían una forma siciliana (conservada en la «Comedia de las Equivocaciones» de Shakespeare), sobre que obraría Posidipo (por ejemplo, reduciendo a uno los dos pares de semejantes), de donde , 2.°, los «Menecmos» plautinos.

El X («Gli *Epitrépontes* e loro Elementi Tragicommici») con motivo de esta comedia muestra cómo la Nueva procedía de la tragedia por varios pasos (tragedia, 'paratragedia', 'comodotragedia', 'tragicomedia' o tratación casi seria de los mitos, emburguesamiento de la 'tragedia'), pero volvía a ella para cobrar cierto tono que la hace más bien drama humorístico (curiosamente interpretado como autocrítica sobre su relación con la tragedia un pasaje de los *Epitrépontes)*; y cómo las peripecias humanas (antes míticas) quedan fosilizadas en pocos tipos, quedando la originalidad, gracias a imitación y contaminación (pues hay una indudable continuidad greco-romana) reducida a algo mucho más sutil.

Aún más: en XI («La Contaminazione negli *Epitrépontes* ed il Tema dell'Anello Fatale») se nos muestra en la comedia menandrea una contaminación: junto a la *Alópe* de Eurípides (adopción de niño abandonado, tras disputa y juicio) la *Auge* del mismo (violación en una fiesta y retención del anillo con que es reconocido el padre), con que los temas del *Rudens* y la *Hecyra* fundidos dan el de los *Epitrépontes*. La de Ter. debe proceder de Apolodoro (aunque con el estilo de Men.), que habría hecho un 'emburguesamiento' de la *Auge*. El anillo de estos dramas al 'emburguesarse' (pero ya en el mito de *Auge)* perdió, sin duda, un poder milagroso (y todavía el fin práctico del anillo o *crepundia* son discutibles) que lo enlazaba a tradiciones orientales como la de Aladino.

«Epitrépontes ed Hecyra» (c. XII), apasionadamente asemejadas,

resultan demasiado diversas para ello (ya vimos cómo sólo lateralmente familiares) y bien pudo de un lado exaltarse el arte de Men. (sobre todo en el 'agón' que da el título y falta en Ter.), sin desdeñar el noble *pathos* y finura incomparable del africano, que en virtud de ella casi representa un alejamiento más de la 'tragicomedia'.

De acuerdo con lo anterior, el capítulo XIII («Dimidiatus Menander») interpreta el discutido pasaje (que el autor cree de Cic. y no de Cés.), no en sentido estético, sino (opinión ciertamente no muy atendible) en el de que, siendo ya para los antiguos esas dos las obras cumbres de Men. y Ter., éste sólo desarrolló parte (violación y anillo) del tema que el otro (con el juicio).

Desde aquí el libro va a buscar lo tradicional (a través de Men.) que en seis comedia latinas, de Men. derivadas, haya por bajo de lo personal. Así, en XIV («Elementi Menandrei nella *Cistellaria*») se compara, especialmente en personajes, esta comedia con lo que de Men. sabemos, deduciéndose que está fielmente conservado su arte, y aun acaso exaltado en delicadeza (pues, en verdad, Men. no lo vemos) en la figura de Selenium, la dulce mozuela, alma de la comedia burguesa, y en que el autor ve la herencia del ideal femenino heroico (Helena, Ifigenia, etc.) con simbolismo lunar que el nombre ha conservado.

Igualmente menandrinos son los caracteres del «Andria» (capítulo XV); y basado en la diferencia de estilo entre la *Andría* y la *Perinthía* menandreas en ella contaminadas, supone A. de Lorenzi dos maneras de Men.: una más gruesa y vivaz (de su primera época), de que la *Perinthía*, y otra más fina, en que la *Andría*, más gustada de Ter., pero cuyo apogeo habría sido el modelo de la *Cistellaria*.

También de Men. viene lo más de los «Adelfos» (c. XVI): pero sin duda la revancha de Demea al final, en el 'agón' que con su hermano Mición sostiene por toda la obra, revancha de la tesis de educación severa y tradicional, es innovación de Ter., para romanos necesaria, frente al liberalismo y despreocupación propia sin duda de Menandro.

Otra vez en el *Heautontimorumenos* hallamos (c. XVII) personajes que «mudan de opinión» (herencia de la 'tragicomedia' al parecer), los «buenos en el fondo, que obran mal», tan característicos de Men.; hay un paralelo con los «Adelfos», en cuanto se nos muestran las consecuencias de la educación severa sobre el propio padre ahora. El *duplex* del prólogo se debería, no a contaminación, sí a la trama, doble ya en Menandro.

El «Eunuco» (c. XVIII, «Il Problema dell'*Eunuchus*») es considerado cosa de Men., pero de un Men. joven o en todo caso más sensual y menos puro, menos alejado de la 'tragicomedia' y en cuanto a lo que se separa del resto de Ter. (no más plautina por ello, como se dice) por su menor delicadeza y un obscuro sexualismo (insólito 'apaño de tres', insólita violación premeditada y consciente), se explica porque

los *nobiles* protectores de Ter. quisieron en ella reivindicar la figura del soldado (malparada en el *Miles)* aun a costa de la ética.

En XIX («Gli *Adelfoi* [*sic*] primi di Menandro attraverso lo *Stichus* Plautino») se acepta que Men. compusiera dos «Adelfos», saliendo de los β' los de Ter., de los otros en parte el *Stichus;* para explicar un título igual a dos comedias, se afirma que ambos argumentos no son tan radicalmente distintos en esencia como exteriormente, y a tal propósito se compara la pareja de maridos ausentes del *Stichus* (descuidada por Pl. para otros intereses de su arte) con la de los viejos o la de los hijos terencianos, y así otros detalles. Pero acaba el capítulo con uno de los más geniales rasgos del libro, al relacionar, a través de su 'paratragedia' y su 'tragicomedia' los «Adelfos» de Men. con el mito de una pareja de maridos, uno más fiel que otro por motivos conyugales también: Menelao y Agamenón; y otras circunstancias hábilmente traídas a observación nos lo hacen más creíble.

Finalmente, en XX («Conclusioni su Menandro») quiere A. de Lorenzi añadir por aprovechamiento rigurosamente científico (como afirma que debe ser la valoración estética) de la paliata más rasgos y más precisos al conocimiento de Men. alcanzado por su solo estudio directo: así su elaboración de los caracteres (no siempre congruentes, pero siempre reales, humanos) en pugna con los restos ancestrales del arte en él (la 'tragicomedia'); así las cuatro fases de su camino hacia la mayor pureza e idealización, en lo que Ter., más que su imitador, es su continuador; así la indulgencia, la condescendencia como su principal característica moral, casi la tesis central de toda su obra.

El autor promete un segundo volumen en que estudiará las mismas cuestiones sobre Dífilo y Filemón.

AGUSTÍN GARCÍA CALVO.

PEPE, LUIGI.—*Tibullo Minore.* Armanni. Napoli, 1948. 159 páginas.

La finalidad principal de esta obra es, para decirlo con palabras del propio autor, someter a nuevo examen, desde el punto de vista filológico, la cuestión de las elegías ligdameas, y proponer una nueva teoría sobre la fecha de nacimiento de Tibulo, fundándola en la propia solución al problema de la identidad de Lígdamo.

La tesis de Pepe no es original; más bien es una regresión a una posición que, por la mayor parte de los eruditos, aparecía como definitivamente abandonada. Según Pepe, el autor de las seis elegías del libro tercero es el propio Tibulo; un Tibulo joven, cuya inexperiencia se refleja en la pretendida inferioridad de estos poemas respecto de los dos primeros libros del *Corpus Tibullianum,* inferioridad que, por

otra parte, parece a Pepe harto discutible. Para el profesor italiano, en los poemas ligdameos resuenan acentos auténticamente tibulianos, avalorados, además, por una nota de espontaneidad, ingenuidad y frescura que no se da en los de los dos libros primeros.

Para llegar a esta conclusión, Tibulo somete a crítica las hipótesis conocidas sobre la personalidad de Lígdamo; refuta sucesivamente las teorías que lo identifican con Casio de Parma, con un hijo de Mesala Corvino, con Ovidio, con un hermano de Ovidio, con ciertos secuaces, no identificados individualmente, de grupos, sectas o escuelas literarias.

Pepe basa sus argumentos en una profusa erudición y en una interpretación de los hechos caracterizada por fina agudeza. Naturalmente, tropieza con aquellas objeciones tradicionales que habían hecho descartar, en general y desde antiguo, la identidad Lígdamo = Tibulo. Principal de ella: el anacronismo, ya señalado por Escalígero, que resulta de los versos 17-18 de la elegía quinta:

Natalem primo nostrum uidere parentes
cum cecidit fato consul uterque pari.

Se ha venido entendiendo que esta afirmación autobiográfica se refiere al año en que murieron los cónsules Hircio y Pansa en la batalla de Módena, es decir, al 43 a. C. Ahora bien: Tibulo acompañó a Mesala en su expedición a Aquitania el año 31; es inverosímil que lo hiciera siendo todavía un niño de doce años. Pepe acude, para resolver la cuestión, a un efugio ingeniosísimo: según él, el pentámetro que plantea la dificultad no se refiere a la muerte de Hircio y Pansa, sino a la deposición de los cónsules Publio Cornelio Sila y Autronio Peto, destituídos por presunta corrupción electoral *(ambitus)*, conforme a la ley Calpurnia. Ello ocurrió el año 66; si Lígdamo, es decir, Tibulo, nació en dicho año, bien pudo acompañar a Mesala a la campaña de Aquitania, porque entonces tendría treinta y cinco años. Ovidio reproduce después, con leves modificaciones, el discutido pentámetro; Ovidio consta que nació el 43, lo cual no deja de ser un argumento de peso contra la tesis de Pepe; pero pudo ocurrir, según el profesor italiano, que Ovidio aplicase a su propio caso, con un nuevo significado, el verso de Lígdamo, reducido a la condición de un clisé poético.

Las cuestiones de autenticidad sobre el *Corpus Tibullianum* han originado en los últimos tiempos estudios muy interesantes, que han sido objeto de recensión, por el propio Pepe, en *Giornale Italiano di Filologia*. Ha utilizado Pepe una bibliografía muy copiosa, en la que se destaca, como precedente y complemento del libro que reseñamos, la obra, anterior en dos años, de la doctora Esther Bréguet, *Le roman de Sulpicia*. Aun cuando ninguno de estos trabajos alcance conclu-

siones de indiscutible certeza, contribuyen meritoriamente al esclarecimiento de importantes cuestiones relacionadas con la poesía del siglo de Augusto.

M. Marín Peña.

Laet, Siegfried J. de.—Portorium. *Etude sur l'organisation douanière chez les Romains, surtout à l'époque du Haut-Empire.* (Publicaciones de la Facultad de Letras de la Universidad de Gante, número 105). Brujas, 1949.

Los nuevos hallazgos epigráficos y papirológicos imponían ya la redacción de una obra moderna sobre el asunto del presente libro que reemplazara las de Cagnat.

No siendo especialistas en estas cuestiones, no podríamos hacer una crítica de pormenor, en caso de que este libro la requiriera; y así nuestra reseña será una apreciación general de sus cualidades y de su utilidad incluso para los profesores y estudiantes de Filología clásica no interesados especialmente en el tema.

La bibliografía, el plan de sus capítulos, el interesante material gráfico (distribución de puestos aduaneros, caminos, etc.) llevan a la convicción de que el señor Laet domina plenamente su materia y sabe exponerla con todas las exigencias de método.

El estudioso de la Antigüedad clásica encontrará explicados o discutidos rigurosamente muchos términos técnicos relativos al comercio, a las finanzas y a la administración, reunidos, por cierto, con buen acuerdo, en un índice al final del libro.

A propósito de la medida de César de restablecer derechos de entrada sobre las mercancías extranjeras, el autor (pg. 61) muestra su disconformidad con la explicación del señor Carcopino, para quien el objeto de tal medida fué proteger la producción peninsular italiana. Según esta opinión, César tuvo en este punto una visión moderna de la economía. Para el señor Laet, por el contrario, la verdadera finalidad de la medida la expuso ya Suetonio, quien la presenta como un medio de combatir el lujo, restringiendo las importaciones de este carácter y el éxodo abusivo de metales preciosos en forma de monedas.

Otra importante rectificación, ésta a Marquardt y Cagnat a propósito de un texto de Dion Cassius sobre los impuestos, puede leerse en la página 62.

El dificultoso pasaje del *Pro Fonteio*, IX, 19-20, recibe un comentario amplio y utilísimo (pgs. 79 ss.).

Al tratar de los puestos u oficinas aduaneras de la Galia, el señor de Laet hace una exposición muy al día de los caminos a través de los Alpes.

En la cuestión de las aduanas interiores de la Galia, el autor se inclina por la solución siguiente: las mercancías, después de pagar sus derechos de entrada en los límites de la circunscripción (2,50 por 100) pagaban un impuesto más pequeño en las aduanas interiores de cualquiera de los tipos: peaje, vado, puerto de montaña, municipal, etc. También ciertos de estos puestos interiores tendrían por objeto una vigilancia comprobadora del paso por la aduana fronteriza.

Toda la Península Ibérica constituía una circunscripción aduanera. Los puestos aduaneros (stationes) en la frontera pirenaica correspondían a la Galia.

El autor localiza ocho aduanas ibéricas, todas en la Bética: *Iliberri, Ilipa* (Cagnat no la admitía y quizá con razón), *Astigi, Corduba, Hispalis, Malaca* y *Portus*, que el señor Laet identifica con Cádiz.

Para la información española nos parece que el autor concede una preferencia, casi una exclusividad, de ningún modo justificada, al libro del señor Touvenot sobre la Bética romana. De esta fuente le viene seguramente al señor de Laet la grafía «Illiberris».

Libro espléndido, en suma, e indispensable para el filólogo clásico.

J. VALLEJO.

Vetus latina. Die Reste der altlateinischen Bibel. I, *Verzeichnis der Sigel für Handschriften und Kirchenschriftsteller*, von B. Fischer. Friburgo, Herder, 1949. 104 pgs.

Múltiples han sido los intentos de publicar todos los textos bíblicos que se nos conservan correspondientes a versiones distintas de la Vulgata (**V**), o sea lo que se llama en conjunto *Vetus Latina* (**VL**), de la que suelen distinguirse dos grupos principales: la *Itala*, o versiones europeas, y la *Afra*, o versiones hechas en Africa, aunque es de advertir que las dos denominaciones se refieren más bien a los códices conservados más o menos fragmentariamente, quedando hasta ahora fuera de todo estudio sistemático las citas de **VL** que se recogen en las obras cristianas de las épocas anteriores al siglo VIII en que la difusión de **V** se fué haciendo poco a poco predominante. Esta falta de estudio, así como la gran cantidad de nuevos textos encontrados recientemente de San Ambrosio, San Agustín sobre todo, Máximo de Turín, Cesáreo de Arlés, etc., y la aparición, si no de grandes códices, sí al menos de fragmentos interesantes de **VL** en diversas bibliotecas, habían hecho envejecer demasiado la ya antigua de dos siglos edición de Sabatier. Y había, además, que reunir los textos de todos los códices, impecablemente editados casi todos en lo que va de siglo en diversos países.

Esta impresionante compilación es justamente lo que se ha propuesto la abadía alemana de Beuron al emprender recientemente los trabajos inmediatos, bajo la dirección del A., para la publicación de la **VL**, obra que según el deseo de los editores contendrá las versiones mantenidas hasta hoy en códices y las citas de **VL** que se leen en los autores cristianos o heréticos latinos, hasta Beda. Las primeras se basarán en un estudio directo de los mss., y la segunda sobre ediciones de la mejor calidad posible. Para este trabajo, una sistematización de códices y textos se imponía, y es, en efecto, lo que se hace en esta obra que comentamos, no tanto por su contenido—que el propio A. califica de «provisional» (p. 8)—, cuanto para saludar en ella la futura gran edición que tantos buenos servicios está llamada a prestar a la Filología y más que nada a la crítica textual.

Para dar una idea de la cantidad de material acumulado baste indicar que el índice de manuscritos reseña 333, de los cuales 41 son de los Evangelios o pericopas de los mismos, y 40 del resto del NT; para el AT, fuera del psalterio, que tiene nada menos que 154, se han reunido 98. A todos se les ha dado un número, procedimiento de localización más cómodo en tal cantidad que el actualmente utilizado de letras; varios índices los clasifican desde diversos puntos de vista. España está representada por 34, de los cuales 10 en bibliotecas extranjeras. A estos primeros índices sigue el de los códices manejados por Sabatier, que fueron 75, material incomparable para su época, pero que no cabe comparar con el que se prepara ahora.

Un nuevo índice nos introduce en los autores eclesiásticos, cuyas citaciones serán también aprovechadas. Aquí se ha logrado, tras grandes ensayos, como se aprecia inmediatamente, un perfecto, claro y sencillo sistema de siglas que prestará buenos servicios, siempre, sobre todo, que, como es de esperar, se eviten cuidadosamente las erratas. Los autores han sido ordenados alfabéticamente y sus obras se presentan según la edición mejor calificada en la actualidad. Queremos dar aquí unas cuantas notas que ayuden al A. a preparar mejor y mejor su material

P. 47 hay que añadir el *Glosarium biblicum Codicis Augiensis* 248, editado por A. Labhardt, Neuchâtel, 1948, glosario que se basa, para una parte del NT. en un texto bíblico emparentado con ff_2 (= 8 de nuestra obra), según dice el propio Labhardt en *Contribution à la critique et à l'explication des Glosses de Reichenau*, Neuchâtel, 1936, páginas 7 y 27.

P. 62. En Baquiario, *de fide*, hay que usar la nueva edición que dió el P. Madoz en *Revista Española de Teología*, 1 [1941] 463-74, donde no sólo se manejan nuevos códices, sino que el texto es, naturalmente, mucho mejor que el de Migne.

P. 63. Para Braulio de Zaragoza hay que anotar todas las cartas,

en que recurren abundantemente citas bíblicas, según la edición del P. Madoz, *Epistolario de Braulio de Zaragoza*. Madrid, 1942.

P. 74. En Pseudo-Euquerio de Lión, hay que añadir el fragmento *de monacis perfectis* (editado por R. Fernández Pousa, *San Valerio, Obras*. Madrid, 1942) que un ms. de la Biblioteca Nacional de Madrid atribuye a aquel autor mientras otro, de los dos únicos que hasta el momento se sabe contienen esta curiosa obra, no da nombre de autor. Es, sin duda, del s. V/VI y, posiblemente, no español.

P. 77, añadir Félix Urgellitanus episcopus, español, que sobre el 790 debió escribir la obra *liber de variis quaestionibus* (cfr. Madoz, en *Estudios Eclesiásticos*, 23[1949]147 sqq. atribuída por los editores a Isidoro de Sevilla, entre cuyas obras figura, falsamente por tanto, en la pg. 88.

P. 88. En San Isidoro de Sevilla, para *de natura rerum* debe hacerse la cita según la edición de G. Becker, Berlín, 1857, mucho más correcta que la de la *PL*. En cuanto a las *quaestiones de Veteri et Novo Testamento* y al *de ordine creaturarum*, hay que eliminarlas de esta lista de obras isidorianas porque es evidente ya, por diversos motivos, que no pertenecen a Isidoro. Si le han sido atribuídas estas dos obras es por el parecido contenido con otras indiscutiblemente suyas. De la segunda, sin embargo, creo que pertenece al propio siglo VII y no muy adelantado, pero no debe ser española.

P. 91. Para Liciniano de Cartagena, la edición del P. J. Madoz, Madrid, 1948, que aporta un nuevo códice fundamental sobre la edición de Migne aducida.

P. 92. Para Martín de Braga, actualmente, hay que tener en cuenta la recientísima ed. que acaba de lanzar C. W. Barlow en las Publicaciones de la Academia Americana en Roma. Roma, 1950.

P. 103. Falta Valerius Bergidiensis, Galicia († ca. 690), en cuyas obras puede encontrarse ciertamente buen material para el trabajo que se propone Beuron. Edición citada más arriba de F. Pousa, Madrid, 1942. Obras auténticas, a pesar de lo que dice el ed., son solamente algunas de las allí publicadas, entre ellas, con citaciones bíblicas, sólo las siguientes: *Epistola Egheriae laude; de septimo genere, monachorum* (transmitida sólo por Benedicto de Aniano, *Conc. reg.* 3, 7); *de vana saeculi sapientia;* su Autobiografía en tres partes o *narrationes* y, finalmente, el fragmento *de quinquageno numero psalmorum*, muy interesante para textos del salterio.

Estas breves anotaciones son una sumaria aportación al rico y cuidado material que ha reunido el autor. Se notan en la lista bastantes ausencias de escritores, pero suponemos que la omisión será debida a la falta de interés para los problemas de la **VL**.

Beuron, abadía bien conocida por su célebre Instituto del Palimpsesto, con un atelaje científico de primer orden y con la paz y tran-

quilidad de quienes trabajan paciente, cuidada e incesantemente, brindará a la ciencia la edición de conjunto deseada de la **VL**. La obra que hemos resumido es sólo una ordenación externa y previa que da por sí una idea de lo que será la futura publicación. Una empresa semejante sólo puede ser saludada con afecto y con esperanza, deseando la culminación de sus tareas y mostrándose ya impaciente por aprovechar los frutos.

M. C. Díaz y Díaz.

Åke J: son Fridh.—*Etudes critiques et syntaxiques sur les «Variae» de Cassiodore*. Göteborgs Kungl. Vetenskaps = och Vitterhets = Samhälles Handlingar. 1949-1950.—Numerosos pasajes de *Variae* son discutidos, utilizando para unos los hechos rítmicos y para otros datos de Sintaxis. El trabajo nos parece perfecto por la preparación irreprochable y la fina observación del autor. Además del *Index locorum* encontramos un *Indice de materias* que, como todos los índices de este tipo, proporciona un utilísimo instrumento de trabajo.

La presentación tan esmerada y agradable como todas las de la escuela filológica sueca.

J. Vallejo.

Giraldus Cambrensis in *Topographia Hiberniae*.—Text of the first recension [editado por] John J. O'Meara. (Proceedings of the Royal Irish Academy. Vol. LII, Section C, núm. 4.) Dublín, 1949. 4.° mayor, 178 pgs.—Espléndida y cuidadosa edición crítica de un texto latino escrito a fines del siglo XII que contiene la descripción —muy interesante—de Irlanda hecha por un conocedor directo. Esta descripción es amenísima y pintoresca, aunque, como dice el señor O'Meara, «no siempre sea imparcial o creíble». Es probable que el texto sea también interesante desde el punto de vista del léxico, pero el editor no se ocupa de este aspecto ni acompaña su excelente trabajo de ningún índice.

J. V.

Buescu, Víctor.—Sarmizegetusa *dans la toponymie Daco-romaine* (Extrait de la *Revista da Facultade de Letras* de Lisboa, XV, 2.ª serie, núm. 1.) Lisboa, 1949.—El señor Buescu expone con método y fina crítica el estado actual de la cuestión general de la toponimia rumana y de la especial relativa a la etimología del topónimo *Sarmizegetusa*. En cuanto a esta segunda, su conclusión honesta es que, hoy por hoy, la etimología del topónimo es un misterio. Lo único que se puede

asegurar es su carácter tracio (es decir, anterior a los invasores escitas, siglo VIII a. de C.). Esta afirmación la deduce el señor Buescu de la conclusión resultante de la segunda parte de su artículo: la toponimia de la Dacia muestra una gran pureza tracia. *Sarmizegetusa* es—según el autor—uno de tantos nombres pertenecientes al gran sistema toponímico dominante, es decir, al tracio.

J. VALLEJO.

MARTÍNEZ DEL RÍO, PABLO.—*Apuntes sobre los substratos lingüísticos cántabro-alpinos:* la base NAR. Méjico, 1949. 20 pgs.

El autor se muestra bien enterado de las cuestiones generales a que corresponde su presente artículo y de la pertinente bibliografía. Después de una exposición general, bien resumida, el señor Martínez llama la atención sobre la frecuencia de geónimos con la base *nar-*, geónimos que se encuentran «desde el Báltico hasta Sicilia, desde la desembocadura del Danubio hasta el cabo Finisterre, y en el Norte de Africa». Pero el señor Martínez se limita a ello, pues, por el momento, no investiga el significado de *nar-* («¿orónimo, cfr. *Naranco*?, ¿hidrónimo, cfr. *Nario*?»), ni aborda otras cuestiones que señala, ya que, como dice muy discretamente, «ni dispongo de todas las obras de consulta necesarias, ni quiero aparecer como uno de esos audaces...» y prefiere «someter la cuestión a la atención de los expertos en onomástica y en paleontología lingüística».

J. VALLEJO.

RIVAS SACCONI, JOSÉ MANUEL.—*El Latín en Colombia.* Bosquejo histórico del humanismo colombiano. Bogotá, 1949. (Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo.) 484 pgs.

Ya anteriormente había publicado el señor Rivas Sacconi varios trabajos sobre la tradición humanística de Colombia. Ahora los refunde y sistematiza en un amplio estudio que abarca cronológicamente desde la conquista hasta la actualidad. Al latín se limita porque, como él mismo afirma, decir humanidades, en Nueva Granada, es tanto como decir latín (aun es dudoso que la figura cumbre del humanismo colombiano moderno, Miguel Antonio Caro, conociese el griego). Pero en ese campo, ¡qué industrioso cultivo, qué ardiente dedicación, qué espléndidos frutos! No hay en la obra de Rivas Sacconi pasión nacional: la brillantez del cuadro es toda objetiva y brota del dato y del documento histórico. Ante el lector aparecen las figuras notabilísimas de aquellos conquistadores humanistas, como el Adelantado Jiménez de Quesada, capaces de citar, en sus arengas bélicas,

a César y a Catón, o de dedicar sus ocios castrenses a escribir versos latinos. Los soldados del XVI, como Rivas dice, dieron cosecha de obras intelectuales; los que fueron en pos de ellos, funcionarios, clérigos, militares, aportaron su inteligencia. En el siglo de la conquista se fundan las primeras escuelas de latinidad; de la emulación entre las órdenes religiosas se beneficia la cultura: dominicos, franciscanos, jesuítas, multiplican los estudios, y surgen las Universidades de Rosario de Santa Fe y de San Francisco Javier. En el siglo XVII la vida cultural está dominada por la omnipresencia del latín. La vida de las escuelas surge en animadísima evocación, en la que nada es imaginativo o retórico, sino que la amenidad brota de la pura erudición documental. El latín llega a la población indígena. Aparecen las bibliotecas, y aún sería más rápido el progreso intelectual si la introducción de la imprenta no hubiera sido relativamente tardía. La evolución intelectual de Nueva Granada, hace notar Rivas Sacconi, no es de las más precoces en el Nuevo Mundo, pero sí de las más firmes, estables y seguras. En el XVII empieza la verdadera vida intelectual novogranatense, pues lo anterior pertenece a los peninsulares. Y hallamos aquí una valiosísima afirmación: «la uniformidad de normas educativas, que no obedecía a principios absorbentes, sino a razones de conveniencia, iba acompañada por prácticas descentralizadoras... Cuando el soberano permitía o disponía tales fundaciones (las de las Universidades indianas), echaba, sin saberlo, las bases de las nacionalidades futuras...»

Tras de la época de los dictados o *mamotretos* viene la bibliografía impresa, tan influída por los humanistas peninsulares y, sobre todo, por Nebrija. Destácanse figuras como la de Valenzuela, con su abigarrado *Thesaurus*, y la del Agustino Recoleto Fr. Andrés de San Nicolás. Llegamos así al siglo XIX, que había de ser, como en tantos otros países, época de decadencia y casi de colapso para el humanismo colombiano. Llegóse, a mitad de siglo, a la supresión total del latín en la enseñanza oficial, y la lengua de Virgilio hubo de acogerse a seminarios eclesiásticos y colegios de religiosos. Aun en esta época hay detalles dignos de alabar. En los momentos de iniciación de la decadencia vemos el reglamento de las cátedras de latinidad de Medellín y Antioquia, cuyas normas pedagógicas, aun vistas a distancia de casi un siglo y medio, parecen acertadas y valederas. Llégase a nuevo florecimiento con Rufino José Cuervo y Miguel Antonio Caro, que en 1867 publicaron su «Gramática latina para el uso de los que hablan castellano». La figura prócer de Caro es estudiada ampliamente, con fervorosa admiración: «para el extranjero»—, dice Rivas—, «Colombia es la tierra de Caro, y Caro el traductor de Virgilio». La devoción por el humanista que sintió en sí, como pocos, el orgullo de la romanidad, se contagia al lector. Y en lo contemporáneo, aunque tal vez

un deseo de recoger lo más posible haya llevado al catálogo de Rivas nombres y títulos de escasa importancia, la vitalidad de los estudios latinos en la república novogranatense es una magnífica realidad, enorgullecedora para ella y para la nación que sembró los gérmenes de su cultura, y cuyos méritos, sin lirismos ni alharacas, sino con la sencillez de la verdad, se reconocen, con filial afecto y nobleza, en la obra que reseñamos.

M. Marín Peña.

INDICES DE REVISTAS

AEGYPTUS
Anno XXX, Fasc. 2
Luglio=Dicembre 1950

A. Segrè: *Note sulla storia dei cereali nell'antichità.*—E. Schönbauer: *Ein hellenistisches «Lösungsrecht» nachgewiesen?*—C. Dolzani: *Testi re=centemente pubblicati.*

AMERICAN JOURNAL OF PHILOLOGY
Vol. LXXI, 3
July, 1950

D. M. Robathan: *Another Fifteenth=Century Manuscript of the Ger=mania.*—R. Shafer: «*Pisidian*».—C. M. Dawson: *Some Epigrams by Leonidas of Tarentum.*—W. Hardy Alexander: *Five Minor Elucida=tions in Seneca's Moral Epistles.*—P. T. Stevens: *The Meaning of* οὔπω. J. H. Oliver: *Hadrian's Precedent, The Alleged Initiation of Philip II.* G. A. Papantoniou: *Observations on Thucydides.*

Vol. LXXI, 4
October, 1950

M. Combellack: *Contemporary Unitarians and Homeric Originality.* G. B. Townend: *More Oxytones in Latin Dactylic Verse.*—B. M. W. Knox: *The Serpent and the Flame. The Imagery of the Second Book of the Aeneid.*—T. B. Jones: *Notes on the Eteocypriote Inscriptions.*—B. L. Ullman: *Psychological Foreshadowing in the Satires of Horace and Juvenal.*

AMPURIAS
Vol. XII
1950

J. Bovio Marconi: *El problema de los Elimos a la luz de los descubrimientos recientes.*—M. Almagro Basch: *Las fuentes escritas referentes a Ampurias.*—P. de Palol Salellas: *Romanocristianos y visigodos (Ensayo de síntesis históricoarqueológica).*—P. Pericay: *El problema de la mención de Ampurias en el poema «Ora Maritima», de Avieno.*

ANALES DEL CENTRO DE CULTURA VALENCIANA
Año X. Núm. 24
Mayo-Diciembre 1949

F. Mateu y Llopis: *Las inscripciones del Obispo Justiniano y la Catedral visigótica de Valencia.*—D. Fletcher Valls: *Defensa del Iberismo.*

El artículo del señor Fletcher Valls es una exposición clara y perfectamente documentada del tema enunciado y de los con él relacionados, pudiéndose recomendar muy bien a todas aquellas personas que, a manera de introducción, deseen enterarse del estado de esta cuestión.—*J. V.*

ANNALI DELLA SCUOLA NORMALE SUPERIORE DI PISA
Vol. XIX. Fasc. I-II
1950

L. Gestri: *Il primo prologo di Terenzio.*— G. Puccioni: *Due note a Eroda.*—A. Perosa: *Testi umanistici (II).*—A. Curione: *Le Dissertationes Homericae di Angelo Maria Ricci.*—V. Santoli: *Linguistica e Filologia Germanica.*

Vol. XIX. Fasc. III-IV
1950

A. La Penna: *Orazio, Augusto e la questione del teatro latino.*—E. Paratore: *Rasegna di Studi sallustiani.*

L'ANTIQUITE CLASSIQUE
TOME XIX, 2° FASC.
1950

R. Charlier: *La Numidie vue par Salluste. Cirta Regia: Constantine ou Le Kef?*—C. Fontinoy: *Le Sacrifice nuptial de Polyxène.*—A. J. Van Windekens: *Notes pélasgiques.*—V. Basanoff: *Survivance des représentations religieuses de la Rome païenne chez Tertullien et chez Saint Augustin.*

ANZEIGER FÜR DIE ALTERTUMSWISSENSCHAFT
III BAND. 4. HEFT
Oktober 1950

A. Lesky: *Griechische Tragödie und Bühnenaltertümer. I. Fortsetzung.*
C. Völkl: *Zum Friedhofstein von Aguntum.*

ANZEIGER
(ŒSTERREICHISCHE AKADEMIE DER WISSENSCHAFTEN. PHILOSOPHISCH-HISTORISCHE KLASSE)
87. JAHRGANG
1950

J. Keil: *Persönlichkeiten aus der Werdezeit des Hellenismus.*—E. Locker: *Attributivum und Relativum. Ein Beitrag zur allgemeinen Sprachwissenschaft.*—P. Kretschmer: *Invasion der Phryger in Hellas.*—G. R. Solta: *Zum expressiven Charakter der indogermanischen Farbenbezeichnungen.*—R. Pittioni: *Historicher Ablauf und urgeschichtliche Terminologie.*—J. Keil: *Zeus Trosu.*—E. Schönbauer: *Neue staatsrechtliche Erkenntnisse aus der Inschrift von Heba.*—E. Schönbauer: *Die Legende vom ius respondendi ex auctoritate principis.*—F. Baethgen: *Monumenta Germaniae Historica. Bericht für das Jahr 1948/49.*—A. Lesky: *Hethitische Texte und griechischer Mythos.*—R. Egger: *Catacumbas und andere Flurnamen in der Umgebung Roms.*—E. v. Ivanka: *Die stoische Anthropologie in der lateinischen Literatur.*—K. Mras: *Die Prolalia bei den Griechen.*—E. Schönbauer: *Zwei Grundbegriffe der römischen Rechtsordnung: nexus und mancipium.*—A. Wilhelm: *Epigramme auf Kodros und einen zweiten Leonidas.*—H. Gerstinger: *Eine Grunderwerbsapographe bei der Bibliotheke Enkteseon von Hermupolis Magna aus dem Jahre 319 n. Chr.*—W. Kraus: *Apollon Aphetor.*—P. Kretschmer: *Hethitische Relikte im kleinasiatischen Griechisch.*

ATHENAEUM
Vol. XXVIII. Fasc. III-IV
1950

G. Tibiletti: *Ricerche di storia agraria romana.*—G. Q. Giglioli: *L'epigrafe reatina di Lucius Munius.*—E. Malcovati: *Questioni floriane.* E. Lepore: *I due frammenti Rylands delle Storie di Sallustio.*—P. Meloni: *Tiribazzo satrapo di Sardi.*

CLASSICA ET MEDIAEVALIA
Vol. XI, Fasc. 1-2
1950

Libri Epistolarum Sancti Patricii Episcopi. Introduction, Text and Commentary by L. Bieler.—ΞΕΝΟΦΩΝΤΟΣ ΚΥΡΟΥ ΑΝΑΒΑΣΙΣ *Œuvre anonyme ou pseudonyme ou ortho yme?*—W. B. Sedgwick: *A Note on the Performance of Greek Vocal Music.*—N. Alkjaer: *E. G. and Other Latin Abbreviations in English.*—K. Stackmann: *Senecas Agamemnon. Untersuchung zur Geschichte des Agamemnon-stoffes nach Aischylos.*

Libri Epistolarum Sancti Patricii.—Es el primer artículo de este número, pero, en realidad, se trata de un verdadero libro, porque sus 150 páginas comprenden un estudio monográfico completo del tema. Sobre el interés y la utilidad del trabajo ilustran bien unas palabras iniciales: «M. S. Patricius, conocido universalmente como San Patricio, Apóstol de Irlanda, ha sido casi completamente olvidado por los estudiosos de la Lengua y Literatura latinas. Los datos de Schanz... están ya hoy completamente anticuados. Treinta años de continua investigación han transcurrido, pero sus resultados no están todavía al alcance de los latinistas. Y, sin embargo, un escritor latino del siglo V, nacido en la Britania romana, educado para su oficio eclesiástico en Galia..., debería haber atraído a los estudiosos de la antigüedad como un representante del latín tardío, si no por otras razones.»

Así se introduce este magnífico trabajo, donde encontramos un estudio del texto, su historia, sus problemas; criterio de la edición, basada no solamente en los manuscritos, sino también en la tradición indirecta. Después de la edición, el autor nos da un *Index locorum*, otro *nominum et rerum* y un tercero *grammaticus*, que en realidad es un estudio completísimo de la lengua y estilo del texto publicado.—

En el apartado correspondiente al léxico, se registran los siguientes ἅπαξ λεγόμενα: *Dominicatus, effitior, profuga* y *rebellator.*—*J. V.*

THE CLASSICAL REVIEW
Vol. LXIV, Numbers 3=4
December 1950

P. B. R. Forbes: *Hesiod versus Perses.*—D. B. Gregor: *Sophocles, Electra 610=11.*—E. Laughton: *Flavus again.*—J. A. K. Thomson: *Catullus 4. 6=9.*—J. P. D. Bolton: *A Locus vexatus in Lucan.*—E. L. B. Meurig Davies: *Notes on Euripides, Lucretius and Claudian.*—D. A. Rees: δι' ὅλων.—B. H. Kemball=Cook: *Euripides, Electra 726=42.*—H. Thoma: *The oldest manuscript of Juvencus.*

DIONISO
Vol. XIII. Fasc. 4
Ottobre 1950

M. Untersteiner: *La tetralogia eschilea degli «Eolidi»: Parte prima: l'«Atamante» e gli «Epigoni».*—G. Caputo: *Architettura del teatro di Lepcis Magna.*—F. C. Goerschen: *De Fabula Myrmidonum Aeschylea.*—L. Alfonsi: *Gli «Agrypnuntes» di Nevio.*—C. Ferrari: *Saggio di versione poetica dell' «Edipo Re» di Sofocle.*

ERANOS
Vol. XLVIII
1950

S. Blomgren: *De P. Papinii Statii apud Venantium Fortunatum vestigiis.*—S. Blomgren: *De Venantio Fortunato Lucani Claudianique imitatore.*—A. M. Dale: *Stasimon and Hyporcheme.*—H. Erbse: *Griechisches und Apuleianisches bei Apuleius.*—E. Fraenkel: *Some Notes on the Hoopoe's Song.*—H. Frisk: *Zur griechischen Wortkunde: 16.* ὄπαρ.—† P. Haliste: *Zwei Fragen zum Katasterwesen in Platons «Gesetzen».*—† P. Haliste: *Das Servitut der Wasserleitung in Platons «Gesetzen».*—S. G. Kapsomenos: Ἐπὶ τῇ Φιλίου τραπέζῃ.—K. Latte: *Ein antikes Gygesdrama.*—O. Regenbogen: *Randbemerkungen zur Medea des Euripides.*—B. Axelson: *De loco Senecae Herculis Oetaei mendose tradito.*—S. Eitrem: *The sator arepo= formula once more.*—S. Ek: *Nochmals* Φιλίου τράπεζα.—A. Hudson=Williams: *Influus.*—K.=E. Ingvarsson: *Ingens dans la poésie et chez Tacite.*—E. L. B. Meurig Davies: *Ammianea alia.*—B. Olsson: Κολπιτεύω *'faire de la contrebande'.*

The Prose of Ennius.—En la discusión sobre si los fragmentos de Ennio, conservados en citas de Lactancio, reproducen las palabras de

Ennio o son simplemente paráfrasis o reproducción del contenido de los pasajes citados, el señor Laughton se adhiere a la opinión de Leo, de que los fragmentos en cuestión son trozos auténticos de Ennio, menos el X, que presenta el asunto con palabras propias de Lactancio. El señor Laughton apoya su actitud en dos pruebas. Por la primera, de carácter estilístico, señala coincidencias de redacción con pasajes de Catón y Calpurnius Piso, como ejemplos de prosa latina del siglo II a. de J. C.

La segunda es más original e interesante: el señor Laughton ha examinado la manera con que Lactancio cita a Cicerón, terreno en que podemos, naturalmente, hacer la comprobación con el original, y de este examen resulta que siempre que Lactancio introduce la cita afirmando que reproduce literalmente el original, efectivamente, el texto de Cicerón, con las pequeñas variantes que son siempre de esperar, aparece fielmente copiado; por el contrario, cuando tal fórmula introductoria no figura, el texto de Lactancio es sólo una paráfrasis.

Aparte la competencia del autor, este artículo está amena y bellamente compuesto.

Additional note on the prose of Ennius.—El señor Fraenkel refuerza la primera prueba del señor Laughton con un detenido y eruditísimo estudio estilístico, poniendo de manifiesto la identidad de ciertos rasgos de los fragmentos de Ennio con otros del estilo narrativo arcaico (o arcaizante) «de textos griegos de nivel preliterario o subliterario». El autor coincide completamente con el señor Laughton en la apreciación y distinción de los pasajes de Ennio. Y, para más firme remate, el señor Fraenkel, al final de su artículo, dice que ha recibido, posteriormente, un resumen de un trabajo del señor Krug (resumen publicado, por lo visto, en *Forschungen und Fortschritte*, 24, 1948), en que se trata el mismo asunto (no dice el señor Fraenkel en qué forma) y la conclusión es exactamente la misma que la de los dos artículos que hemos resumido.

Con los fragmentos «literales» de Ennio tenemos, pues, los primeros ejemplos de la prosa literaria latina.—*J. Vallejo.*

LES ETUDES CLASSIQUES
Tome XVIII, N.° 3
Juillet 1950

E. de Strycker, S. J.: *Platonica II. Socrate et l'au=delà d'après L'Apologie platonicienne.*—R. Cavenaile: *Un pastiche de Virgile, le P. S. I. II 142.*—A. Noirfalise: *Horace et Mécène.*—L. Arnoult, S. J. *Etude critique du Code de terminologie grammaticale.*—J. van Ooteghem, S. J.: *La danse minoenne dans l'Iliade (XVIII, 590=606).*

TOME XVIII, N.° 4
Octobre 1950

P. Cloché: *Philippe II, roi de Macédoine, de 359 à 351 avant J.-C.* E. de Saint Denis: *Les voies anciennes et les préliminaires de la bataille d'Alésia (52 av. J.-C.).*—G. Cotton: *Une équation sémantique: «mouvement rapide» = «lueur, éclat».*

HUMANIDADES

VOL. II, N.° 1
1950

J. M.ª Oleza, S. I.: *Valor formativo del Latín y del Griego.*—O. Robleda, S. I.: *La «aequitas» en Cicerón.*—J. Janini: *El sueño de San Jerónimo y su vocación literaria.*—D. Mayor, S. I.: *Sobre la pronunciación del latín.*

VOL. II, N.° 2
1950

J. M. Fernández, S. I.: *Paganismo y Cristianismo en los poetas grecorromanos: Ovidio.*

INDOGERMANISCHE FORSCHUNGEN

LIX. BAND: ZWEITES HEFT
Mai 1948

E. Fraenkel: *Umdeutungen von Flexionsformen und eventuelle Entstehung neuer Paradigmen in den indogermanischen Sprachen.*—H. Krahe: *Beiträge zur illyrischen Wort- und Namenforschung.*—K. Bouda: *Romanische syntaktische Einflüsse im Baskischen.*—K. Bouda: *Einige Wörter für «Schnecke».*

LIX. BAND: DRITTES HEFT
April 1949

E. Risch: *Griechische Determinativkomposita. (Fortsetzung.) III. Teil. Weiterentwicklung der Determinativkomposita.*—E. Fraenkel: *I. Zum anorganischen Anlauts-s vor Konsonanten im Baltischen unter Berücksichtigung anderer indogermanischer Sprachen. 2. Lit. (j)éras «Lamm», lett. jērs, preuss. eristian usw.*

LANGUAGE
Vol. 26 N.° 4
October=December 1950

Ch. F. Hockett: *Age=Grading and Linguistic Continuity.*—E. Pul=gram: *Spoken and Written Latin.*—W. E. Bull: *quedar .and quedarse: A Study of Contrastive Ranges.*—S. Belasco: *Variations in Color and Length of French: A Spectrographic Study.*—R. Smal=Stocki: *Taboos on Animal Names in Ukrainian.*—W. Winter: *The Reduplication Type bharībharti/bharibhrati in Greek.*—L. Spitzer: *On the Etymology of pet.*

Spoken and written Latin.—Buen resumen de la cuestión del «Latín vulgar», con la adecuada bibliografía. Como hay muchas interpretaciones ambiguas del término «Latín vulgar» y múltiples definiciones, lo mejor—dice el autor—es hablar siempre de «Latín escrito» y «Latín hablado». Estos términos pueden, por otra parte, ser más especificados en cada caso, conforme a criterios cronológicos, regionales y sociales.

LATOMUS
Tome IX, Fasc. 3
Juillet=Septembre 1950

V. Basanoff: «*Q. Caedicius, tribunus militum*».—V. Basanoff: *Caius Caedicius, legatus à Aquilonia.*—R. Verdière: *Les amours de Tityre.*—Em. Janssens: *Le «pyrotocon» de Pline l'Ancien.*—L. Herrmann: *Le nombre de la bête dans l'Apocalypse johannique.*

Tome IX, Fasc. 4
Octobre=Décembre 1950

J. Heurgon: *La lettre de Cicéron à P. Sittius (Ad Fam., V, 17).*—R. Verdière: *Vergilianum.*—J. Gessler: *Magie romaine diamétralement appréciée.*—M. Fiévez: *Novissimus villam in Misenensi posuit (Pline, N. H. XVIII 6).*—L. Herrmann: *La réplique d'Hadrien à Florus.*—J. G. Préaux: *A propos du «De fato» (?) de Minucius Felix.*—E. The=venot: *Médecine et religion aux temps gallo=romains: le traitement des affections de la vue.*—J.=J. Hatt: *La vision de Constantin au sanctuaire de Grand et l'origine celtique du labarum.*

MNEMOSYNE
Vol. III, Fasc. I
1950

J. H. Thiel: *On Solon's System of Property=Classes.*—J. C. Kamer=beek: *Sophoclea III.*—W. J. W. Koster: *De studiis recentibus ad rem*

metricam pertinentibus I.—A. G. Roos: *Remarques sur un édit d'Antiochos III roi de Syrie.*—W. B. Sedgwick: *Catullus' Elegiacs.*—P. J. Enk: *A propos du poète Lygdamus.*

VOL. III, FASC. II
1950

A. Hoekstra: *Hésiode, Les Travaux et les Jours, 405-407, 317-319, 21-24. L'élément proverbial et son adaptation.*—W. Vollgraff: *Observations sur deux discours de Lysias.*—H. G. Viljoen: *Notes on Euripides, Iphigenia Aulidensis, once more.*—D. A. Rees: *Antoniniana.*—W. J. W. Koster: *De studiis recentibus ad rem metricam pertinentibus II.*—A. G. Roos: *Lusius Quietus again.*—A. Hudson-Williams: *Lucretius VI 1180.*

VOL. III, FASC. III
1950

G. Italie: *De Euripide Aeschyli imitatore.*—L. Bijvanck-Quarles van Ufford: *La chronologie de l'art grec de 475-425 av. J. Chr.*—J. H. Waszink: *The Proem of the Annales of Ennius.*—J. C. Arens: *-fer and -ger, their extraordinary Preponderance among Compounds in Roman Poetry.*—W. den Boer: *Lusius Quietus, an Ethiopian.*

MUSEUM HELVETICUM
VOL. 7, FASC. 1
Juni 1950

A. Alföldi: *Die Geburt der kaiserlichen Bildsymbolik.*—K. Büchner: *Catull 68, 136.*—N. Yalouris: *Athena als Herrin der Pferde.*

VOL. 7, FASC. 2
August 1950

N. Yalouris: *Athena als Herrin der Pferde (Fortsetzung).*—Willy Theiler: *Vermutungen zur Odyssee.*—W. Eisenhut: *Der Tod des Tiberius-Sohnes Drusus.*

VOL. 7, FASC. 3
Oktober 1950

W. Steidle: *Der Dialog Laches und Platons Verhältnis zu Athen in den Frühdialogen.*—M. Niedermann: *Der Suffixtypus -ullus, -a, -um lateinischer Appellativa.*—A. Labhardt: *Tertullien et la philosophie ou la recherche d'une «position pure».*

Vol. 7, Fasc. 4
Dezember 1950

H. A. Cahn: *Die Löwen des Apollon.*—H. Dahlmann: *Bemerkungen zu den Resten der Briefe Varros.*—J. Hubschmid: *Ein etruskisch-iberischer Pflanzenname.*—G. Pasquali: *I sostantivi in -men.*

LA PAROLA DEL PASSATO
Fasc. XIII
1950

M. Pallottino: *Le correlazioni artistiche fra Grecia ed Etruria.*—Q. Cataudella: *Filodemo nella satira I 2 di Orazio.*—H. Th. Bossert: *Scrittura e lingua di Side in Pamfilia.*—G. Maggi: *Per la storia della terminologia del bronzo.*—S. Ferri: *Voltumna Volturnum Velsina.*—M. Gigante: *Di una lectio difficilior in un frammento di Timone.*—E. Gabba: *Lex Plotia Agraria.*—F. Bornmann: Αποκολοκύντωσις.—O. Masson: *Nouveaux fragments d'Hipponax.*—G. P. Carratelli: *Epigrafi rodie inedite.*

REVUE DES ETUDES BYZANTINES
Tome VIII
1950

R. Guilland: *Etudes sur l'histoire administrative de Byzance: Le domestique des Scholes.*—V. Laurent: *La direction spirituelle des grandes dames à Byzance: La correspondance inédite d'un métropolite de Chalcédoine.*—L. Charvet: *Les serments contre la calomnie dans la procédure du temps de Justinien.*—J. Darrouzès: *Les manuscrits originaires de Chypre à la Bibliotheque Nationale.*

REVUE DES ETUDES GRECQUES
Tome LXII, N.° 291-293
Juillet-Décembre 1949

J. et G. Roux: *Un décret du politeuma des Juifs de Bérénikè en Cyrénaïque au Musée lapidaire de Carpentras.*—H. B. Rosén: ΟΙΩΝΟΙΣΙ ΤΕ ΠΑΣΙ.—O. Masson: *Sur un papyrus contenant des fragments d'Hipponax (P. Oxy. XVIII. 2176).*—G. Soury: *Les «Questions de table» et la philosophie religieuse de Plutarque.*—R. Guilland: *Sur quel-*

ques termes du Livre des Cérémonies de Constantin VII Porphyrogénète. M.=J. Salesses: *Le problème de la langue grecque vu par le poète Cavafis.* P. Couderc et L. Séchan: *Platon et les sciences mathématiques.*

TOME LXIII, N.° 294=298
Janvier=Décembre 1950

M. Lejeune: *Sur le nom grec du «cas» grammatical.*—L. Roussel: *Sur i.=e. *y= > gr. ζ.*—P. Mazon: *Sur deux passages d'Eschyle et sur une formule d'Homère.*—V. Goldschmidt: *Théologia.*—E. de Srycker: *Trois points obscurs de terminologie mathématique chez Platon.*—R. Cadiou: *A travers le Protreptique de Jamblique.*—Q. Cataudella: *Chi è l'Anonimo di Giamblico.*—Chr. Pélékidis: *Notes d'épigraphie attique.*—G. Daux: *A propos d'un décret de la tribu Acamantis.*—L. Neyrand: *Un nouvel Homère.*

REVUE DES ETUDES ANCIENNES
TOME LI Ns. 1=2
Janvier=Juin 1949

M. Lejeune: *En marge d'inscriptions grecques dialectales VI.*—G. Méantis: *Théognis (v. 237=254).*—F. Vian: *Une gigantomachie étrusque au Musée de Marseille.*—R. Waltz: *Ordinal et cardinal: une «règle» caduque.*—Ch. Lacombrade: *Notes sur l'«aurum coronarium».*—P. Boyance: *Cicéron contre Cicéron?*—P. Cloché: *En vue de la nouvelle édition d'un ouvrage sur Demosthène.*

Ordinal et cardinal: une «regle» caduque.

Se trata de la regla, según la cual, cuando en griego y latín se emplea el cardinal, no se cuenta como unidad completa (día, mes, año) el término inicial; *decem dies* quiere decir «diez días», pero sin incluir el día de partida, como la primera unidad completa de esta serie. Cuando se emplea el ordinal, el uso, por el contrario, es incluirlo: *decimo die* vale, pues, «al noveno día», «al cabo de nueve días», según nuestra manera de contar; *annum iam tertium et vicesimum regnat* quiere decir «reina hace veintidós años» (griegos y latinos cuentan como una unidad el año, en el curso del cual empezó el reinado en cuestión, mientras que, para nosotros, el primer año va desde el día (no incluído) en que empieza el reinado hasta el mismo día del año siguiente).

Pero, como ya lo había demostrado el señor Halkin, hay un gran número de casos en que el cardinal se emplea del mismo modo que el ordinal. El verso famoso de Virgilio

Matri longa decem tulerunt fastidia menses

es uno de esos casos, y su traducción «tu madre durante *nueve* meses sufrió grandes fatigas».

El señor Waltz añade nuevos ejemplos y confirmaciones a lo probado por el señor Halkin, y concluye diciendo que en su opinión «no debe dudarse en abandonar la tradicional distinción entre cardinal y ordinal» o, por lo menos, si esta conclusión «parece demasiado radical», atenerse a la del señor Halkin, según la cual, muchos cálculos cronológicos deben ser objeto de una revisión cuidadosa, cuando los datos van expresados por un cardinal, comprobando si este cardinal se emplea o no en el sentido del ordinal correspondiente.—*J. Vallejo.*

Tome LI Ns. 3=4
Juillet=Décembre 1949

J. Bérard: *La question des origines étrusques.*—P. Grimal: *La composition dans les «dialogues» de Sénèque; Le De constantia sapientis.*—J. Carcopino: *L'hérédité dynastique chez les Antonins.*—J. Doise: *Les fonctionnaires dans l'Empire d'Occident au début du règne d'Honorius.*

REVUE DE PHILOLOGIE, DE LITTERATURE ET D'HISTOIRE ANCIENNES
Annee et tome XXIV, Fasc. I
1950

A. Ernout: *Tyrrhenus chez Virgile.*—M. Lejeune: *Les noms d'agent féminins en grec.*—P. Courcelle: *Plotin et Saint Ambroise.*—J. Heurgon: *L'effort de style de Varron dans les Res Rusticae.*—P. Chantraine: *Notes et discussions: C. Gallavotti: Saffo e Alceo.*—F. Chapouthier: *Notes et discussions: Giovanni Pugliese Carratelli: Le iscrizioni preelleniche di Haghia Triada in Creta et della Grecia Peninsulare, contributo alla Storia della Civilta Egea.*

Annee et tome XXIV, Fasc. II
1950

T. W. Allen: *Theognis, éd. Diehl 1936.*—B. Gerov: *Nouvelles données sur le début de l'histoire d'Oescus.*—P. Fournier: *Notulae Plinianae.* A. La Penna: *Le Parisinus Latinus 6370 et le texte des Commentarii de Macrobe.*

RIVISTA DI FILOLOGIA E DI ISTRUZIONE CLASSICA
Vol. XXVIII, Fasc. I
1.° trimestre 1950

A. Barigazzi: *Sulle fonti del Libro I delle Tusculane di Cicerone (Cont. e fine).*—S. Accame: *Trasibulo e i nuovi frammenti delle Elleni=*

che di Ossirinco.—L. Petech: *Tolomeo ed i resultati di alcuni scavi archeologici sulle coste dell' Asia Meridionale.*—I. Calabi: *Il sinedrio della lega di Corinto e le sue attribuzioni giurisdizionali (Nota a Polibio, IX, 33, 11).*

VOL. XXVIII, FASC. 2
2.° trimestre 1950

C. Gallavotti: *Studi sulla lirica greca: 8. Revisione metrica di frammenti eolici; 9. La responsione esterna della metrica eolica; 10. Figura e misura delle strofe eoliche (Contin.).*—T. Bolelli: *Cāritas. Storia di una parola.*—M. Guarducci: *Note sul KOINON cretese.*

VOL. XXVIII, FASC. 3
3.° trimeestre 1950

E.v. Ivànka: *Saeculum=Semina di anime.*—L. Alfonsi: *Talete e l'Egizio.*—G. Piccoli: *Gr. Θεός, Lat. Deus. Ricerche etimologiche.*—E. Manni: *L'Egitto tolemaico nei suoi rapporti politici con Roma. II: L'instaurazione del protettorato romano.*

VOL. XXVIII, FASC. 4
4.° trimestre 1950

L. Perelli: *Il carme 62 di Catullo e Saffo.*—P. Bosch=Gimpera: *Una guerra fra Cartaginesi e Greci in Spagna: la ignorata battaglia di Artemision.*—L. Moretti: *Una nuova iscrizione di Araxa.*—G. Pasquali: *L'epigramma fortunato e Cerelleo.*

RIVISTA DI STUDI LIGURI

ANNO XVI. NUMERI 1=3
Gennaio=Settembre 1950

M. Almagro: *Ligures en España.*—N. Lamboglia: *Questioni etnico=linguistiche sulla Valle del Rodano.*

ANNO XVI. NUMERO 4

N. Lamboglia: *La stratigrafia del Teatro di Albintimilium e la datazione dei monumenti romani.*

DIE SPRACHE
II. Band, 2. Heft
1950

P. Kretschmer: *Saturnus.*—W. Brandenstein: *Der Name Labyrinth.* H. Koziol: *Rhyming Slang.*—A. Sieberer: *Das Wesen des Deminutivs.*—G. R. Solta: *Alb. plak 'Greis' und das idg. k=Suffix.*

STUDIA LINGUISTICA
Année IV
1950

I. Dal: *Phonologie uud Sprchwissenschaft.*—F. Hintze: *Zur Frage der monophonematischen Wertung.*—J. L. Pierson: *Structural Analysis of the Unit of Speech.*—P. Menzerath y W. Meyer=Eppler: *Sprachty=pologische Untersuchungen.*—V. Polák: *La position linguistique des lan=gues caucasiennes.*

Václav Polák.—«La position linguistique des langues caucasiennes.»

Para el autor, el problema de la posición lingüística de las lenguas caucásicas es ante todo el problema de las relaciones internas de los distintos grupos caucásicos. El grupo meridional, el kartvélico, forma un conjunto homogéneo, pero la diversidad lingüística del Cáucaso septentrional, de la que ya dió testimonio Estrabón, no ha sido reducida todavía a una clasificación definitiva. Tipológicamente pueden distinguirse, sin embargo, dos grupos bien caracterizados en conjunto: el de Este y el del Oeste.

Dentro de los grupos del Norte se han fijado, especialmente por el príncipe Trubetzkoy, algunas correspondencias fonéticas. También se han dado los primeros pasos para establecer una morfología comparada.

El autor, tras una breve revista crítica de algunas de las ecuaciones propuestas por G. Dumézil entre las desinencias de declinación de las lenguas del Norte, señala la principal dificultad con que tropiezan los intentos de constituir la gramática comparada del «caucásico septentrional». Es ésta la coexistencia de dos hechos difícilmente conciliables entre sí dentro de la hipótesis usual de la evolución divergente a partir de una lengua común: el caucásico central forma con el del NE. un grupo que en muchos aspectos puede oponerse al del NO. y al del S., pero, por otra parte, no es posible establecer una separación tajante entre ambos grupos septentrionales, pues el grupo central se aproxima en una serie de aspectos al del NO. y en particular al circasiano, la lengua más oriental del grupo.

Estos hechos exigen, a juicio del autor, una explicación opuesta a las teorías mecanicistas generalmente admitidas. En vez de pensar en desarrollos divergentes a partir de una lengua común, puede muy bien suponerse una evolución convergente de lenguas distintas dentro de una «unión lingüística». En otras palabras: las lenguas del Cáucaso, sea cual fuere su origen (piénsese en el oseta y en el armenio), han podido tomar el tipo «caucásico» por influencia de condiciones comunes dentro de una misma zona geográfica.

Es natural que, si la tesis del caucásico común es por lo menos muy dudosa, todo intento comparativo de estas lenguas con otros grupos lingüísticos ha de ser esencialmente aventurada. Pero el autor considera que estas aproximaciones son muy útiles en el sentido de que ayudan a precisar la posición de las lenguas caucásicas en el cuadro de las uniones lingüísticas.

Aún con un muy somero conocimiento de la diversidad tipológica de las lenguas caucásicas, es difícil no estar de acuerdo con las conclusiones del autor en cuanto a que «la hipótesis de una lengua común es una manera muy primitiva» de explicar los hechos. Probablemente un estudio más atento no hará más que aumentar la impresión pesimista acerca de las perspectivas de éxito de los estudios comparativos iniciados para reconstruir el «cauc. septentrional» y con más razón el «cauc. común». No hay tampoco necesidad de insistir en lo poco fundado de las comparaciones extracaucásicas que a veces se presentan como definitivas. Seguramente seguirán siendo hoy por hoy lo más provechoso los intentos de caracterización tipológica como el agudo ensayo de Nils M. Holmer, publicado también en «Studia Linguistica».

El autor da también una muy interesante lista de semejanzas léxicas entre las lenguas cauc. (en especial kartvélicas) y las indoeuropeas en general y las eslavas en particular, así como de posibles elementos «mediterráneos» en aquéllas. En esta búsqueda de meros «parecidos» tal vez no sea ocioso señalar que junto al georg. *alagi* «lugar», etc., podría ponerse el vasc. *lek(h)u* «id.»—que Nils M. Holmer (BSVAP VI, pg. 408) ha relacionado con gr. λέχος, galés *lle*, etc.—, si como es posible, esta voz vasca no puede explicarse por el lat. *locus* o rom. *lueco*. También podría compararse el vasc. *Sara* (nombre de población) con el *Sala-* que aparece en la toponimia del Daghestan. Y, si una de las suertes desconocidas de *t-* en vasc. ha sido la pérdida—es sabido que no hay voces antiguas que empiecen por oclusiva apical—, sería posible relacionar el vasc. *ep(h)el* «tibio» con georgiano *tp'ili*, *t'bili* «caliente» (lat. *tepidus*, etc.).

Parece, en cambio, a primera vista, que georg. *borea(si)*, mingr. *boria* están más cerca, en todos los sentidos, del gr. βορέας que del esl. *bura*.—*Luis Michelena*.

STUDI ITALIANI DI FILOLOGIA CLASSICA
VOL. XXIV, FASC. 3-4
1950

M. Barchesi: *Cruces pascolianae.*—V. Bartoletti: *Rilegendo Filisto.*—F. Munari: *Codici heinsiani degli «Amores».*—R. Giomini: *Sul corsiniano dell' «Appendix Vergiliana».*—G. Giangrande: *L'epistola platonica X.* A. Barigazzi: *Per la costituzione del testo del* Περὶ φυγῆς *di Favorino.*—G. Puccioni: *Eroda, VI, 65.*—F. Solmsen: *Chaos and Apeiron.*—G. Monaco: *Sul prologo della «Medea» di Ennio.*—R. Merkelbach: Πειρίθου κατάβασις.

TRANSACTIONS AND PROCEEDINGS OF THE AMERICAN PHILOLOGICAL ASSOCIATION
VOL. LXXX
1949

J. A. Notopoulos: *Parataxis in Homer: A New Approach to Homeric Litterary Criticism.*—G. F. Else: *God and Gods in Early Greek Thought.* S. Levin: *Love and the Hero of the Iliad.*—A. W. Allen: *Solon's Prayer to the Muses.*—J. A. Davison: *The Date of the Prometheia.*—A. Turyn: *The Sophocles Recension of Manuel Moschopulus.*—F. M. Wassermann: *Agamemnon in the Iphigeneia at Aulis: A Man in an Age of Crisis.*—H. W. Miller: *On Ancient Medicine and the Origin of Medicine.*—M. D. C. Tait: *Spirit, Gentleness and the Philosophic Nature in the Republic.*—H. C. Youtie: *Critical Notes on Papyri and Ostraka.*—L. L. Lawler: *Airein Maschalên and Associated Orchestic Schêmata.*—W. Clausen: *Codex Vat. Reginensis 1560 of Persius.*—F. O. Copley: *The «Riddle» of Catullus 67.*—G. Highet: *The Philosophy of Juvenal.*—H. M. Hoenigswald: *A Note on Latin Prosody: Initial S Impure After Short Vowel.*—L. A. Holland: *Fore-Runners and Rivals Of the Primitive Roman Bridge.*—A. K. Michels: *The «Calendar of Numa» and the Pre-Julian Calendar.*—R. S. Rogers: *A Criminal Trial of A. D. 70 (Tacitus, Histories, 4.44).*—W. C. McDermott: *Vettius ille, ille noster index.*—E. A. Robinson: *Biennium praeteriit (Cicero Att. 13.12.3).*—R. E. Messenger: *Medieval Processional Hymns Before 1100.*—Abstracts.

HIGHET, GILBERT: *The Philosophy of Juvenal.*

Un satírico suele ser, en mayor o menor grado, un filósofo, pues es difícil atacar los vicios sin la previa adhesión a un credo moral. Esto no implica admisión en bloque de un sistema, ni siquiera construcción ordenada y consciente de un eclecticismo. Basta la asimilación, sólo a medias sistemática, de un acervo de ideas de vario origen, armonizadas con la propia experiencia.

Tal pudo ser el caso de Juvenal, auténtico satírico y no mero libelista; propenso, por tanto, sobre todo en sus últimas sátiras, al juicio generalizador. Ahora bien: ¿cuál es el origen de su filosofía? ¿A qué secta cabe adscribirle?

Es lo cierto que Juvenal no tuvo una educación filosófica propiamente dicha. Frecuentó las clases del *grammaticus* y del *rhetor*, pero no fué lo que hoy llamamos un universitario. Cita en sus sátiras a pensadores y filósofos, pero de modo tan superficial que denota que no estaba demasiado familiarizado con sus doctrinas. Ello marca un contraste, por ejemplo, con Persio y Horacio. Las ideas filosóficas de Juvenal no proceden, seguramente, del estudio reflexivo de tratados o cánones de escuela, sino que son adquiridas por *osmosis*, a través de discursos, debates o poesía, imbuídos de aquéllas.

Se le suele afiliar al estoicismo, pero es lo cierto que ni conocía bien esta doctrina, ni la alaba, sino que más bien pone de relieve sus fallos, o los de sus adeptos. Por otra parte, su carácter, en exceso apasionado, no se avenía con la serenidad estoica.

Tampoco es un cínico. Critica la sociedad romana de su tiempo, pero no toda sociedad; su credo es positivo, no negativo, y está muy lejos de ser un anarquista moral.

En cuanto a los epicúreos, los trata con un respeto inusitado en los extraños a la secta. Conoce algo de su dogmática, sobre todo en el aspecto moral. Algunas de sus sátiras son de fondo totalmente epicúreo. Esto supone tal vez una *conversión*, que forma parte de una total evolución de su vida, evolución que se manifiesta también en un importante cambio de su método poético. En suma: Juvenal, filósofo en cuanto necesita serlo un satírico, puede adscribirse, a lo menos en el estadio más avanzado de su producción satírica, al epicureísmo.—*M. Marín y Peña.*

Tácito, *Historias* IV, 44. El señor Rogers sostiene dos cosas:

1.° Que en la frase *monuit sermone molli et tamquam rogaret, rogaret* no debe traducirse «como rogándoselo», sino «como si les pidiera su parecer». En el fondo, viene a ser lo mismo. De todas maneras, el comentario histórico que hace el señor Rogers alrededor del pasaje es bastante interesante.

2.° En este segundo punto no podemos estar de acuerdo con el autor. Porque *ambo graui senatusconsulto damnati pulsique* puede decirse perfectamente de dos personas condenadas por el senado en fechas distintas. En cuanto a que Mucianus para no amnistiar a Sagitta y a Sosianus se aprovechó del hecho de haber quebrantado los dos el destierro, también se hace dificultoso de creer, porque en este caso parece más natural que encontrásemos delante de *egressos exilium* alguna expresión que señalase esa idea del pretexto. Al con-

trario, todo lo que explica Tácito sobre este episodio nos da claramente la impresión de que Mucianus, para la excepción hecha en estos dos individuos, se apoyó en el carácter de sus delitos y en lo grave de la sentencia del senado: *graui senatusconsulto.*

No obstante, también tiene interés el comentario históricojurídico del señor Rogers con motivo de este capítulo de Tácito.—*J. Vallejo.*

Biennium praeteriit (Cicero, *Att.* 13, 12, 3).

Ordinariamente se interpreta esta expresión, escrita a fines de junio del 45, como referente a los primeros meses del 46, para intentar compaginar las palabras *biennium praeteriit* con la fecha de abril del 46, señalada en *Paradoxa* y la alusión a la anterior publicación del *Brutus*. Pero ahora el señor Robinson, en esta eruditísima nota, nos explica cómo el año 46 fué «annus confusionis ultimus» en el que hubo que añadir tres meses intercalares y diez días más. De esta suerte, interpretando literalmente la expresión de Cicerón, tenemos que poner antes del 23 de junio del 45, setecientos treinta o setecientos treinta y un días, lo que lleva al 8 ó 9 de septiembre del año 47. Y, como Cicerón—concluye el autor—se refiere con *biennium praeteriit* a la fecha en que reanudó su actividad de escritor, y lo que nosotros, por otros conductos, sabemos de la vida de Cicerón en estos años nos invita a aceptar como muy apropiada la fecha de octubre o noviembre del 47, esta explicación del señor Robinson cobra más fuerza.

En una segunda parte de su artículo, el autor discute la fecha de otra carta, la *Fam.*, 9, I, y apoyándose en la que acaba de asignar a la de Atico, expresa su opinión de que también corresponde a octubre o noviembre del 47. La exposición y el razonamiento del señor Robinson dan que pensar.—*J. V.*

WIENER STUDIEN
Vol. LXIV
1949

L. Radermacher: *Zur Vita Homeri Herodotea.*—W. Krause: *Zeus und Moira bei Homer.*—R. Muth: *Zum Physis-Begriff bei Platon.*—K. Mras: *Die προλαλιά bei den griechischen Schrifstellern.*—M. Schuster: *Marginalien zu einer neuen Ausgabe Catulls.*—A. Lauton: *Zur Sprache des Augustus in Monumentum Ancyranum.*—G. Herzog-Hauser: *Zum Problem der imitatio in der lateinischen Literatur.*—A. Wilhelm (†): *Zu griechischen Gedichten.*

Summary of articles

OBSERVATIONS ON THE TEXT OF THE ORATIO DE PRETIIS GLADIATORUM MINUENDIS

A new edition of the well-known but badly read inscription of Italica (CIL II 6278). New readings are explained and justified, and interpolations of the Spanish copy are discovered.

THEORY AND PRACTICE OF THE BYZANTINE PANEGYRIC (SECOND PART)

The author after studying the relation between the imperial panegyric and the feasts and ceremonies in the court specially the Προκυψις (340-342) briefly analizes the contents of the Codee Escurialensis y 11, 10, the richest collection of ceremonial speeches in the 12th century (343) which has reached us, and afterwards those of the richest panegyrical works published until now by Eustasio, Archbishop of Tesalonica (344-351). It is followed by an *excursus* from which it is gathered that in the 12th century, the golden age of Byzantine panegyric, the quot tions are taken in equal proportions from the Bible and from the classics, and among the latter Homer (351-353) has a privileged position. Besides Eustathius, Michael Thessalonicensis whose three panegyrics published until now (353-355), are analized and several other oratores such as Nicephorus Basilaces, Joannes Dodiogenes,

Basilius Acridensis, Schizenus, Michael Italicus (365-359) who belong to the time of the Comnenos. Afterwards there is a survey of the speeches of the panegyrists of the time of the *Angeles* published by Regel, Dolger, Treu (360-364).

In the part devoted to make the praise, which is frequently really revolting, it is necessary to point out the importance of two ininterrupted traditions: that of the Rethoric Scholastic and that of the politic and mystic ideal of the sovereign (365). The essay ends with the fall of Contantinople into the hands of the Latins (1024) which in fact marks the definite downfall of the power and the prestige of the Old Eastern Empire, and therefore deprives the worn out court oratory of all its value, even of that as an historical document (366).

DE PROVIDENTIA AND THE CHRONOLOGY OF SENECA'S LAST WORKS

The treatises *de Providentia, Naturales Quaestiones* and the *Epistulae morales,* were written by Seneca in the last years of his life, when he had already retired from active politics and was devoted to an intensive literary activity (Cf. Tac. Ann. L4, 56, 3 and Sen. Ep. Mor. 8).

In this work the hypothesis that the short work *de Providentia* might belong to a former period of his life is discussed and rejected, and afterwards it endeavours to fix the chronological relation which exists between the three above mentioned works.

After comparing some of Seneca's works, it comes to the conclusion that *de Providentia* was written before the *Ep.* 74 and therefore very likely before the month of May of the year 64.

Afterwards it discusses which is the important work announced by Seneca in the first chapter of *de Providentia* and it rejects the possibility of it being the *Moralis Philosophica* which is the usual belief. The study of what, according to

the references made in the *letters* 106, 108 *and* 109 of the *Corpus Luciano* is for Seneca the *Philosophia moralis* and the difference with the *Naturalis* leads to the conclusion that the problems which Seneca promises to study in the work announced in *de Providentia* are those developed in the *Nat. Quaest.* From this the chronological priority of *de Providentia* with regard to the *Nat. Quaes.* is an obvious result. The above mentioned first *Dialogue* is probably the first of the works written by Seneca during his seclusion and in it, a problem which should implicitly stand out along the *Nat. Quaes.* is solved.

CRITICAL NOTES OF THE TEXT OF MARTINI BRACARENSIS «TRACTATUS DE IRA»

After studying Barlow's edition (1950) of the *Opera Omnia* of Martin de Brga, of an old version of the Codex E of the Escorial Library and of the confrontation of Seneca's *De Ira* a few corrections are suggested to the text published by the American philologue. One of them *(De Ira* 2, 3) points out the value of he who filled in the initial gap of the Codex of Seneca's Dialogues, Ambrosianus C-90 of Milan.

NOTES ON A TEXTUAL REVIEW OF THE NEW TESTAMENT

Between the two discrepancies, Act. 7, 46, *Tabernacle for Jacob's God* and *Tabernacle for Jacob's House*, preference is given to the latter, a fact which is supported by the codices B S D 429 H, because it is more difficult, because it does not harmonize with the Psalm 131, 5 and because it seems to be original and primordial. The most likely meaning of the expression, *Jacob's house* seems to be the following: *house* is the same as *temple* or *sanctuary* like in many other biblical contexts; *Jacob* means the people or race of Israel.

According to this the meaning of the whole sentence would be: *to find an abode to be turned into a house* of prayer for the people of Jacob. A similar meaning has the tragic evangelical sentence: *you will be left your own house* (Mt. 23, 28 = Lc. 2335).

MORPHOLOGICAL PROBLEMS OF THE VERB CONNECTED WITH THE GREEK REPRESENTATION OF THE DISSYLLABIC «SEṬ»-ROOTS

Upon the basis of a diversity of Indo-European reduced vowels (∂_1 ∂_2 ∂_3 Kurylowicz, Benveniste, e a o Schulze, Specht, $\underset{\wedge}{e}$ $\underset{\wedge}{a}$ $\underset{\wedge}{o}$ Schwyzer), respectively continued in Greek by ε α ο, and admitting that the evolution of the long syllabic sonant sounds includes the timbre which corresponds to that of the reduced vowel contained in the root, h. e. ρη ρα ρω (a solution which has already been suggested, though timidly, by Schwyzer), it is established, that the forms of the root *στερο- *κερο- are the only possible ones for στορέω κορέω στόρεσα ἐκόρεσα The old futures *στερο(s)ω *κερο(s)ω, which have no support in the rest of the verbal inflexion (because the denominative presents in -όω have been recently created in Greek), were replaced by στορέω κορέω by means of a simple metathesis produced or favoured by στορέννυμι, etc. The corresponding sigmatic aorists are derived from the future and from the numerous forms in -εσα by analogy. A similar explanation is given for θορέομαι ἔθορον μολέομαι ἔμολον and ἔπορον. The form ἔτορον can have a different explanation. Finally as in Homer the old futures in -ο(s)ω are already evident with the inflexion in -έω in the future of ὄμνυμι, we must admit the existence of a radical form ὀμε-: therefore, ὀμεῖται is an authentic homeric form and ὀμοῦμαι is an Atticism.

THE EVOLUTION OF THE GROUPS *-UI- AND *-IU- IN THE IONIAN-ATTIC DIALECT

In this work, the author tries to prove the two ways in which these groups change when they are followed either

by *-$\breve{\bar{o}}$- or by *- $\breve{\bar{a}}$- (*-$\breve{\bar{e}}$-). Beforean *-$\breve{\bar{o}}$- the *i* always remains the same, either as a vowel or as the second part of a diphthong (for example, Τρώϊος, Οἷον < *$\bar{O}$*u̯i̯on*); the latter solution, which as a rule only remains in some archaisms, prevails after ἄ(ϝιών). Before the other vowels, the resulting -*i̯i̯*- either remains, forming with the preceeding vowel a diphthong which if it is long is shortened (ποιέω, Τροίη <Τρωίη), or it is simplified and drops (ποέω, Ὦα <*$\bar{O}$*u̯i̯ā*); a special case in the latter evolution is that of ἄει, etc., which is a case of what we call a compensating lengthening. The difference between the evolution before *-$\breve{\bar{o}}$- and before *-$\breve{\bar{a}}$(*-$\breve{\bar{e}}$) depends on the chronology: if *-*u̯i̯*- and *-*i̯u̯*- come to identical results it is because *-*u̯i̯*- becomes *-*i̯u̯*- due to metathesis and it is known that the -*u̯*- drops sooner when it is followed by *-$\breve{\bar{o}}$- than when it is followed by the other vowels. There are several details which prove this chronology.

INFIDUS - INFOEDUS

In Eutropius 10, 3, 2, give the better manuscripts *infoedus* instead of *infidus*. The small probability to see here a mistake of copying clerk—the changing *i* to *oe* is paleographicaly unknown—entitles to several reflections: either *infoedus* is already the mode of writing of Eutropius and corresponded to his pronunciation of Syrl-Greek *(i-oi-oe);* then, *infoedus* would be a vox speciosa which moreover has a support of meaning through the connexion with *foedus*, —or, for the etymological (and right) binding with *foedus* an *infoedus* (in the meaning of breaking, acting contrary to the treaty) could appear more probably to the copiers, — in particular because *infidus* in later Latin perishes and must yield to the more robust *infidelis*.

CRETAN ANTROPONIMS

In this article the author reports the first part of the demonstration of his thesis, to which he was led by two former articles published in EMERITA XVI and XVII, about

the colonization of Crete by the two Asianac invasions of «*leleges*» and «*hurrites*» during the chalcolithic period.

Of the above mentioned people the former who spoke the *protohittite* language left numerous traces in the tables of Kultepe (probably the old Kanes) dating of the beginning of the second millenium. But the traces kept are only a continuation of former events. The author writes the history of the *Cappadocian* tables and their discovery, the features of the society which they reveal and the most interesting Bibliography about them, and the proper nouns used in them, some of which are semitic and others of Asianic origin. He compares the latter ones with the reading of certain groups of Cretan signs which offer no doubt. This comparison positively proves the equality or likeness of 40 readings of the line A and 40 of the line B with other Cappadocian antroponims. So we get *Alili, Animan, Banu, beli, Buli, Gaga, Kilari, Nibum, Sulabu,* etc., which have exact parallels in the Anatolic onomastic.

He compares the structure of nouns both in Crete and Kultepe: simple and compound ones, analizing them in their simplest forms: *nomina theophora* pointing out the names of the divinities which form them, and those which are common to both phases of written Cretan. By stùdying how often do the words of *protohittite* origin appear in them, he comes to the conclusion that it was a receding ethnic layer. And no incompatibility is formed on checking them with other particularities revealed by the author such as geographical names, the plurals formed with *le* and verbal forms of the «*hurrites*» language. The author therefore ascribes them with out any doubt to the *leleges* which he considers the main layer of the people of Crete.

NOTES ON BASQUE ETYMOLOGY

In these notes the discussion on some elements of the Basque vocabulary is continued with the aim of explaining as far as possible the layers which are more easily discerned

in it. Some Latin etymologies are pointed out: (ie. Bas. *maiz* «often» from the Lat. *magis*, Bas. *sendo* «strong, stout» from the Lat. *exemptus*) and others (Bas. *abi*(a) from the Lat. *auia*, Bas. *sarats* from the Lat. *salix)* which offer less satisfactory aspects, are discussed. Concerning the Basque *izoki*(*n*) «salmon» the general problem of the prelatin Indo-european words in the Basque language is put forward. In several cases they seem to show the Latin mediation while in others they do not present Celtic characteristics in a special way.

The disproportion which exists between the Indo-european contribution to the Basque prelatin vocabulary which has been discovered so far, and that which by historical reasons could be expected, might be counterbalanced by the study of the Indo-european elements in the Basque Toponimy. For this purpose the parallel of the toponymic name *Guevara* (the old Γεβαλα) with the I-E* *ghebhəla* is presented.

The etymological equation: Bas. *bizi* «alive», georg. *ghvidz-* «awake» is also presented but with reserve, and some of the aspects of the onomastic which appear in the inscriptions of Aquitaine in the Roman times, are studied.

CRITICA RECUSABLE

El Sr. Pisani, que, en uso de su perfecto derecho, no se siente conforme con los trabajos filológicos del Sr. Pariente, se ha creído en el caso de manifestar esa disconformidad en términos que no parecen propios, por su descompostura, de una crítica científica que se proponga la serena discusión de los problemas.

Lamentamos que una revista de la importancia de *Gnomon* se haya distraído dando cabida a una reseña de este estilo.

Libros recibidos.

PAIVA BOLEO, M.: *O barbarismo segundo os gramaticos latinos.* Coimbra, 1950.

CICERONE: *De Republica*, a cura di L. Ferrero. Firenze, 1950.

MACKAY, L. A.: *Notes on Lucretius.* Berkeley and Los Angeles, 1950.

PALMER, PHILIP M.: *The influence of English on the German Vocabulary to 1700.* Berkeley and Los Angeles, 1950.

HAAS, MARY R.: *Tunica Texts.* Berkeley and Los Angeles, 1950.

HERESCU, N. I.: *Notes additionelles à la bibliograhie de la Littérature latine.* París, 1951.

PLOTINI: *Opera.* Ediderunt P. Henry et H. R. Schwyzer. París, 1951.

MADOZ, J.: *Segundo decenio de Estudios sobre Patrística española.* Madrid, 1951.

LÖFSTEDT, E.: *Coniectanea.* Stockholm, 1951.

BJÖRCK, G.: *Das Alpha Impurum und die tragische Kunstsprache.* Uppsala, 1950.

GARCÍA Y BELLIDO, A.: *Iocosae Gades.* Madrid, 1951.

WIDENGREN, G.: *Mesopotamian Elements in Manichaeism.* Leipzig, 1946.

FRÄNKEL, H.: *Dichtung und Philosophie des frühen Griechentums.* New York, 1951.

BARLOW, C. W.: *Martini Episcopi Bracarensis opera omnia.* New Haven, 1950.

SEPÚLVEDA, J. G. DE: *Demócrates Segundo o de las Justas Causas de la Guerra contra los Indios.* Madrid, 1951.

DANIELSSON, O. A.: *Zur metrischen Dehnung im älteren griechischen Epos.* Uppsala, 1897.

SÖRBOM, G.: *Variatio sermonis Tacitei aliaeque apud eundem quaestiones selectae.* Uppsala, 1935.

HALLEN, M.: *In Scriptores Historiae Augustae Studia.* Uppsala, 1931.

YAKOV, M.: *The Hispanic Suffix -(i)ego.* Berkeley, 1951.

ALEXANDER, W. H.: *Seneca's Dialogues VI, IX, XII.* Berkeley, 1944.

RADERMACHER, L.: *Artium scriptores.* Wien, 1951.

SANCTIS, G. DE: *Studi di Storia della Storiografia Greca.* Firenze, 1951.

LOENEN, J. H. M. M.: *De «nous» in het systeem van Plato's Philosophie.* Amsterdam, 1951.

PADOVANI E SCIACCA: *Bibliografia Filosofica Italiana*. Milano, 1949.
PADOVANI, U.: *Storia della Filosofia*. Milano, 1950.
PATRONI, G.: *Commenti Mediterranei all'Odissea di Omero*. Milano, 1950.
BROUGHTON, T. R. S.: *The Magistrates of the Roman Republic*. New York, 1951.
FRAENKEL, E.: *Die baltischen Sprachen*. Heidelberg, 1950.
OVIDII: *Amores*, r. F. Munari. Firenze, 1951.
HERODAE: *Mimiambi*, ed. G. Puccioni. Firenze, 1950.
CASTORINA, E.: *Apuleio Poeta*. Catania, 1950.
JACOBSSON, G.: *Le suffix verbal -nq- en slave*. Göteborg, 1951.
MAYRHOFER, M.: *Handbuch des Pāli*. Heidelberg, 1951.
KRAHE, H.: *Sprachverwandtschaft im alten Europa*. Heidelberg, 1951.
HUBSCHMID, J.: *Studien zur Iberoromanischen Wortgeschichte und Ortsnamenkunde*. Lisboa, 1951.
LEO, F.: *Literatura romana*. Trad. por P. U. González de la Calle. Bogotá, 1950.
J. J. TIERNEY: *The Miles Gloriosus and Greek Comedy*. Proceedings of the Royal Irish Academy. Vol. XLIX, Section C, No 4. Dublín 1943.
F. J. de WAALE: *Titus Livius als Geschiedschrijver van Rome's Grootheid*. Nijmegen 1949.

INDICE DE AUTORES

Ahrens 76.
Alexis 41.
Antífanes 39, 41.
Aristófanes 37=41.
Aristóteles 35 s.
Avieno 6, 15, 16.
Bailly 42.
Bally 411 ss.
Chantraine 39 s.
Craso 3, 8.
Cratino 43.
Debrunner 39.
Diodoro 10.
Dionisio Perieg. 14.
Ehrenberg 40 s.
Epicarmo 37.
Eratóstenes 6.
Esteban de Bizancio 1 ss., 15.
Estrabón 4, 7, 9.
Eurípides 36.
Eustazio Tessalonicense panegirista 344 s.
Ferécrates 38, 40=42, 45.
Fita (Fidel) 120 ss.
Flórez 13.
Frínico 37.
Galeno (gloss.) 6.
Gallavotti 76 ss.
García y Bellido 14, 16.
Gow 86 ss.
Graux 72, 76.
Herodiano 6.
Herodoto 7.
Hesychius 43.
Hipócrates 37.
Hrozný, excavador de Kultepé 448.
Kock 37 s., 40=42.
Lactancio: citas senecanas 61.
Lampudis, Mateo (copista) 72 s., 75.
Latte 86 ss.
Van Leeuwen 37 s.
Leone VI il Saggio panegirista 89 s.
Liddell=Scott 42 ss.
Lisias 52, 54, 56=63, 64=65.
Locker 39, 44.
Luciano 42.
Marino de Tiro 3.
Martín de Braga: ediciones 67.
Meineke 38.
Mela 12.
Michele Retore panegirista 353 s.
Midacritus 14.
Monsalud (Marqués de) 104=137.
Moscópulo 81 ss.
Müller 16.
Nicómaco 41.
Núñez de Guzmán, Hernán (El Pinciano) 72 ss.
Obermaier, H. 16.
Plinio 9, 13, 14.

Plutarco 44.
Posidonio 4, 12.
Prisciano 15.
Procopio panegirista 87 s.
Protágoras 35 s., 37.
Ptolomeo 2, 12, 478.
Séneca 57 ss.
Serpa Pinto 16.
Sócrates 36.
Sófocles 6.
Solino 14.
Stephens, Ferris J., recopilador de nombres capadocios 448.
Tácito Ann. XIV 56, 3: 57.
Temistio panegirista 83 s.
Teócrito 71 ss., 85 ss.
Teognis 204 ss., 210, 213.
Torres 16.
Tovar 85 s.
Valla, Giorgio 78.
Wendel 76 ss.
Wilamowitz 76 ss.

INDICE DE MATERIAS

Abreviación de diptongos largos (en griego) 412, 414.
Acenchal (ladrillo de) 105, 132.
aestus 23 s.
Alargamiento compensatorio de tipo ἄεἰ 422.
Alba 7 ss.
Alcalá de Henares (teja de) 130.
Alishar, excavaciones en 448.
Antropónimos capadocios con paralelos en otros cretenses de la clase lineal A 450=456.
Antropónimos capadocios con paralelos en otros cretenses de la clase lineal B 456=460.
Antropónimos como medio de investigación histórica 445.
Antropónimos cretenses de la clase lineal A paralelos a otros capadocios 450=456.
Antropónimos cretenses de la clase lineal B paralelos a otros capadocios456=460.
Antropónimos de las tabletas capadocias 449.
Aoristos griegos con vocalismo radical *o* 386.
Armórica 11, 16.
Arteixo 5.
Artabros 4, 8, 12, 13.
auctoratus 337 s.
Baetica 328 s.
Barcarrota (pizarra de) 133.
Britania 6=10, 16.
Bronce de Itálica 311 ss.
Cabezo de las Pilas (pizarra y teja de) 129, 133.
celt. *Cambo=* 479=480.
Casitérides 1 ss.
Celticum (prom.) v. Touriñán.
CIL. II, 311.
CIL. II, 6278, v. Bronce de Itálica.
Codex Escorialensis Y II 10: raccolta di oraz. bizantine 343 s.
Cornide 1, 17.
Coruña 4 s.
Cronología de los antropónimos cretenses 465.
Cultura capadocia de fines del tercer milenio 447 s.
Deorum (insulae) 13.
Doble toponomástica en Ἰνδική 2.
Drangiana 15.
Elementos i.=e. prelatinos en el léxico vasco 470 s.
Elviña (castro) 5.
Estaño 2=6, 9, 13, 15, 16.
Estoicismo 312 s.
Estructuras comparadas de los nombres propios capadocios y de los cretenses 456.

Eume (río) 12.
Eupolis 43.
Extensión geográfica de los nombres cretenses con paralelos capadocios 463.
Falta de sujeto 207.
fenoris: fenerare 141=143.
Fisterra (Finisterre) 4, 15.
flamines 335 s.
fretum o *fretus* 24.
frigoris: =frigerare 141=143.
Futuros griegos con vocalismo radical *o* 394 ss.
Galia 6.
Galicia 11, 14.
Galliae 331 s.
Gladiatores 311 ss.
gratia appellationis 322.
gregarii 323 s.
havrek 17.
Hibernos 15.
hitita *ḫul=* 'perder' 389 nota.
**=i̯n̥* y **=n̥i̯* en griego: su tratamiento 408 ss.
Indicitani 11.
infidus 440 ss.
infoedus 440 ss.
interpretari, interpres 146=150.
Jubia (río) 12.
Kultepé, excavaciones en 448.
lanistae v. Bronce de Itálica.
lat. *lauare* 389 nota.
Leleges, movimiento emigratorio 466.
Lusitanos 10, 11.
Marco Aurelio v. Bronce de Itálica.
Mérida (pizarra de) 131.
Metátesis **=i̯u̯* > **u̯i̯=* 419=21.
Momentos de la expansión asiática 445, 465=466.
Moralis philosophia 62 ss.
Narbona 11.
Naturalis philosophia 63, 65.
Naturaleza proto=hattita de los nombres no semíticos de las tabletas capadocias 449.
Neme (monte) 4.
Nerium (prom.) v. Touriñán.
Nombres de persona en las inscripciones aquitanas 475=476.
Nombres cretenses con elementos teóforos 463.
Oestrymnium (prom.) 15 s.
Osthoff: ley de 422 s.
pars, partis 146 s.
patrare 138=142.
patratus (pater) 138 s.
pellere 142=145.
pignoris: pignerare 141=143.
Pollux 43.
Potencial sin ἄν 206.
Procuratores maximorum principum 326 ss.
Relación de los antropónimos con lecturas anteriores logradas sobre tabletas cretenses 464=465.
Representante vasco del lat. *magis* 472.
Sacro (prom.) 15.
Scilly (islas) 1, 6, 11, 16.
Senadoconsultos v. Bronce de Itálica.
lituano *šérti* 389 nota.
Setenta 42.
Sonantes silábicas largas indoeuropeas y su tratamiento en griego 386 ss.
Sorlingas v. Scilly.
lat. *sterno*, perf. *strāui* 390 s.
Tabletas capadocias, historia del descubrimiento 446.
Touriñán (cabo) 3, 12.
Uduagro 3 ss.
Undicescen 12.
Vilaño (cabo) 2.
Villafranca de los Barros (teja de) 104=137.
Vir bonus 60.

INDICE DE PALABRAS GRIEGAS

Αἰσχίνης 48, 51.
ἀλωή, ἀλοάω 417.
ἀμάρακος 15 ss.
ἄνδηρον 13 ss.
'Αριστοφάνης, hijo de Nicofemo 47=50.
ἄρμη · λευκή (Hesiq.) 8.
ἄρουρα 5 s.
ἀρόω 395 nota, 397 nota; infin. pres. ἀρόμεναι, aor. ἀρόσαι 395 nota.
αὔξησις nel panegirico bizantino 80 s.
βασιλικὸς λόγος 74 s.
βλαβερός 6 ss.
βλαβέρουρα 1 ss.
Δημάρατος 50.
εἰ con subj. sin ἄν 209.
-είη, -οίη jónico auténtico 418.
Θεοζοτίδης 66=69.
θοά, θωή, θῳη 417 s.
aor. θορεῖν, fut. -θορέομαι 400.
Ινδική 1 ss.
Ινδικῆται 1 ss.
κολεῖν Hesiquio 400.
aor. κορέσαι, fut. κορέω 386.
aor. λοέσαι 389 nota.
μαΐστωρ τῶν ῥητόρων 342 s.
μάραθος, μάραθον 15 ss.
Μαραθῶνος πεδίον 4 ss.
aor. μολεῖν 399 ss.
ὄα 'borde de un vestido' 410 s.
Ὄα, Ὄη, Οἴη, Οἷον 408, 414, 423 s.; οἰῆτας 424; οἷος/οἰός 414.
aor. ὀλέσαι 389.
fut. ὀμοῦμαι 399; ὀμοῦμαι aticismo en Homero, ὀμεῖται forma homérica auténtica 406 s.
ὄναται Hesiquio 388.
ὄνο-σαι, -στά, -τάξειν 388.
-ουρα en la toponomástica 6.
οὔτε... οὐδέ 206.
aor. πορεῖν 400 ss.
Πρόκυψις alla Corte bizantina 341 s.
Σάμβροκα 4 ss.
στόρνυμι pres. 391; aor. ἐστόρεσα, fut. -στορῶ 386 ss.; perf. ἔστρωται, eolio ἐστόροται 393 nota.
σύγκρισις nel panegirico bizantino 80 s.
τορεῖν 400 ss.
Χύτροι 46, 50.
Ὦα 408, 416 s.
ὦα, ὥα 'miel de abeja', 'borde de un vestido' 410, 416=418.

INDICE GENERAL DEL VOLUMEN XVIII

1 9 5 0

Páginas

LUIS MONTEAGUDO: Casitérides 1
M. MARÍN Y PEÑA: Sobre el *Agrícola* de Tácito 18
JOSÉ VALLEJO: Apuntaciones filológicas (IV) (Tácito, *Historias*, I, 23) 31
AMERICO DA COSTA RAMALHO: A questao do genero gramatical em greco, e um fragmento de Ferécrates 35
ANTONINO MESSINA: Di alcuni frammenti delle orazioni di Lisia (fine) 45
MARTÍN SÁNCHEZ RUIPÉREZ: El manuscrito de Teócrito del Códice griego núm. 230 de la Universidad de Salamanca. 70
LIDIA MASSA POSITANO: Miscellanea critica 89
JEAN MALLON: Recherches sur les inscriptions à la pointe sèche publiées par le Marquis de Monsalud 104
A. PARIENTE: *Patrare, interpretari* y *pellere* 138
PEDRO PERICAY FERRIOL: Sobre los nombres de *Indica* 150
JOSÉ VALLEJO: Exploraciones ibéricas (III) 174
L. MICHELENA: De etimología vasca 193
ALVARO D'ORS: Observaciones al texto de la *Oratio de pretiis gladiatorum minuendis* 311
LUIGI PREVIALE: Teoria e prassi del panegirico bizantino (continuazione) 340
ANTONIO FONTÁN: *De prouidentia* y la cronología de las últimas obras de Séneca 367
ANTONIO FONTÁN: Anotaciones críticas al texto del *Martini Bracarensis Tractatus de ira* 377
JOSÉ MARÍA BOVER, S. I.: Notas de crítica textual neotestamentaria 381
MARTÍN SÁNCHEZ RUIPÉREZ: Problemas de morfología verbal relacionados con la representación en griego de las raíces disilábicas *set* 386

Páginas

FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS: Tratamiento de los grupos -u̯i- y -i̯u- en jónico-ático 408
A. DAIN: Un manuscrit de Polyen. Le Scorialensis T-I-12 425
HELMUT SCHMECK: *Infidus-infoedus* 440
BENITO GAYA NUÑO: Antropónimos cretenses 444
LUIS MICHELENA: Notas etimológicas vascas 467

Discusiones y comunicados.

A. FONTÁN: Sobre Séneca. *De tranquillitate animi* y *De breuitate uitae* 186
F. R. ADRADOS: Sobre el texto de Teognis, a propósito de la edición de Carrière (París, 1948) 204
JOSÉ VALLEJO: Sobre el ibérico *-(s)ken* y *-en* 215
L. MICHELENA: Sobre el estado actual de la cuestión del genitivo vasco en *-en* 221
M. FERNÁNDEZ GALIANO y A. D'ORS: Crónica bibliográfica. Publicaciones papirológicas 482

Reseñas de libros.

ALEXANDER, W. H.: *Seneca's naturales quaestiones*, A. Fontán . 263
ALEXANDER, W. H.: *Seneca's Epistulae Morales*, A. Fontán .. 265
ANDRÉ, J.: *La vie et l'oeuvre d'Asinius Pollion*, J. Vallejo 266
BACCHYLIDIS *carmina cum fragmentis*, ed. SNELL, M. F. Galiano 251
BRANDENSTEIN, W.: *Frühgeschichte und Sprachwissenschaft*, F. R. Adrados 225
Catulli Veronensis, Liber, recognouit E. Cazzaniga, A. Ruiz de Elvira 268
CARCOPINO, JEROME: *Les secrets de la correspondance de Cicéron*, M. Marín y Peña 259
EARP, F. R.: *The Style of Aeschylus*, M. S. Ruipérez 242
ERNOUT, A.: *Les adjectifs latins en -osus et en -ulentus*, A. Pariente 262
FEVRIER, JAMES G.: *Histoire de l'écriture*, A. T. 229
FOURNIER, H.: *Les verbes «Dire» en grec ancien*, A. M. Echeverri 247
HOENN, K.: *Artemis. Gestaltwandel einer Göttin*, M. S. Ruipérez. 136
KRAHE, H.: *Ortsnamen als Geschichtsquelle*, M. S. R. 229
KRANZWALTHER: *Empedocles. Antike Gestalt und romantische Neuschöpfung*, F. R. Adrados 241

Páginas

LEONARD, J.: *Le Bonheur chez Aristote*, J. Zaragoza..... 249
LEROY, M. DE: *Sur le Concept d'Evolution en Linguistique*, R. F. Adrados..... 226
MONTENEGRODUQUE, A.: *Osco y umbro*, M. Marín y Peña..... 235
MONTIGNY, A. H. K. DE: *How did Language originate*, A. Tovar. 226
NUNN, REV. H. P.: *A short Syntax of Attic Greek*, M. S. Ruipérez..... 246
PLANQUE, A., LERMINIAUX, GHILIAIN Y DETELLE: *Gramática griega*, M. F. Galiano..... 246
POKORNY, J.: *Indogermanisches etymologisches Wörterbuch*, A. Tovar..... 231
PUELMA PIWONKA, M.: *Lucilius und Kallimachos*, F. R. Adrados. 250
RAGNAR HOSITAD: *Cynic Hero and Cynic King*, A. T..... 238
RUYSSCHAERT, J.: *Juste Lipse et les Annales de Tacite*, J. Vallejo. 267
Sancti Ambrosii Mediolanensis Episcopi. De Virginibus libri tres, A. Ruiz de Elvira..... 269
SERRA RAFOLS, J. DE C., y FORTUNY, E. DE: *Excavaciones en Santa María de Egara* (Tarrasa), 1949.—GALIAY SARAÑANA, J.: *Segunda Campaña del Plan Nacional en Los Bañales* (Zaragoza), 1949.—VILASECA ANGUERA, SALVADOR; SERRA RAFOLS, JOSÉ DE C. y BRULL, CEDO, LUIS: *Excavaciones del Plan Nacional en el Castellet de Bañolas*, de Tivisa (Tarragona), J. Vallejo..... 270
STRAKHOVSKY, L. I.: *A Handbook of Slavic Studies*, A. T..... 234
TOVAR, A.: *Antiguo eslavo*, F. R. Adrados..... 235
WEINREICH, OTTO: *Römische Satiren, eingeleitet und übertragen*, M. M. y Peña..... 258
WIFSTRAND, A.: *Die Stellung des enklitischen Personal pronomina bei den Septuaginta*, M. F. Galiano..... 254
BRONDAL, V.: *Substrat et emprunt en roman et en germanique. Etude sur l'histoire des sons et des mots.* (A. Tovar)..... 510
BENGSTON, H.: *Einführung in die alte Geschichte* (A. Tovar.).. 511
DAIN, A.: *Les Manuscrist.* (A. Tovar.)..... 512
JAEGER, W.: *The Theology of the Early Greek Philosophers.* (Agustín García Calvo.)..... 514
DUPREEL, E.: *Les Sophistes (Protagoras, Gorgias, Prodicus, Hippias).* (José Luis García Rúa.)..... 527
HEMBERG, B.: *Die Kabiren.* (M. S. Ruipérez.)..... 532
CARRIERE, J.: *Théognis de Megare. Etude sur le Recueil élegiaque attribué a ce poète.* (F. R. Adrados.)..... 534
DR. MARCHINUS H. A. L. H. VAN DER VALK: *Textual Criticism of the Odyssey.* (A. Tovar.)..... 536

Páginas

RUPPRECHT, K.: *Abriss der griechischen Verslehre.* (M. S. Ruipérez.) 539
ALONSO DEL REAL, C.: *Noticias sobre España en Elio Aristides de Esmirna.* (A. T.) 542
KOLAR, A.: *De re metrica poetarum Graecorum et Romanorum.* (M. S. Ruipérez.) 542
LORENZI, A. DE: *I Precedenti Greci della Commedia Romana.* (Agustín García Calvo.) 546
PEPE, LUIGI: *Tibullo Minore.* (M. Marín Peña.) 551
LAET, SIGFRIED J. DE: *Portorium.* (J. Vallejo.) 553
Vetus Latina. Die Reste der altlateinischen Bibel. I. Verzeichniss der Sigel fur Handschriften und Kirchenschriftsteller, von B. Fischer. (M. C. Díaz y Díaz.) 554
AKE J. SON FRIDH: *Etudes critiques et syntaxiques sur les «Variae» de Cassiodore.* (J. Vallejo.) 557
Giraldus Cambrensis in Topographia Hiberniae. (J. V.) 557
BUESCU, V.: *Sarmizegetusa dans la toponymie Daco-romaine.* (J. Vallejo.) 557
MARTÍNEZ DEL RÍO, P.: *Apuntes sobre los substratos lingüísticos cántabroalpinos.* (J. Vallejo.) 558
RIVAS SACCONI, J. M.: *El Latín en Colombia.* (M. Marín Peña.) 558

Indices de revistas ..... 272 y 561

Información 295

Noticias necrológicas 295

Summary of articles ..... 299 y 579

Libros recibidos ..... 309 y 586

Indices de materias y de autores 588

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
PATRONATO «MENÉNDEZ Y PELAYO»
INSTITUTO «ANTONIO DE NEBRIJA»

EMERITA

BOLETIN DE LINGVISTICA Y FILOLOGIA CLASICA

TOMO XVII. — SEMESTRES 1.º y 2.º
MADRID, 1949

Publicaciones sobre Arqueología y materias afines editadas por el Instituto Diego Velázquez y otros organismos dependientes de dicho Consejo.

REVISTAS

ARCHIVO ESPAÑOL DE ARQUEOLOGIA.—(Instituto "Diego Velázquez".) Publicación trimestral.

Precio de suscripción para España, 60 pesetas. Para Portugal y América, 65 pesetas. Para otros países, 70 pesetas. Número suelto, 18 pesetas.

AMPURIAS.—Revista de Arqueología, Prehistoria y Etnología. (Sección de Arqueología, de Barcelona, del Instituto "Diego Velázquez".)

BOLETIN DEL SEMINARIO DE ESTUDIOS DE ARTE Y ARQUEOLOGIA.—(Facultad de Historia. Universidad de Valladolid.)

Suscripción anual, 90 pesetas.

OBRAS

CAZURRO, M.: *Los monumentos megalíticos de la provincia de Gerona.*

Madrid, 1912. (19,5 × 27). 84 págs., 28 fotograbados, 36 láms. y 1 mapa. 7,80 pesetas.

GARCIA Y BELLIDO, A.: *Los hallazgos griegos de España.*

Madrid, 1934. (11 × 16). 176 págs. y 156 fotograbados. Tela, 11 pesetas.

GARCIA Y BELLIDO, A.: *Fenicios y Carthagineses en Occidente.*

(Instituto "Arias Montano".) 1942. (25 × 17,5). 316 págs., 24 láminas y grabados intercalados, 45 pesetas.

GARCIA Y BELLIDO, A.: *La Dama de Elche y el conjunto de piezas arqueológicas reingresadas en España en 1941.*

(Instituto "Diego Velázquez".) Madrid, 1943. (27,5 × 20). XV-206 págs., 136 figs. y 37 láms., 75 pesetas.

LOPEZ SERRANO, M.: *Bibliografía de Arte Español y Americano, 1936-1940.*

(Instituto "Diego Velázquez".) 1942. (26 × 18). 243 págs., 35 pesetas.

MATEU Y LLOPIS, F.: *Glosario hispánico de Numismática.*

(Sección de Estudios Medievales de Barcelona.) 1946. (21 × 16). 229 págs. y 26 láms., 60 pesetas.

PEMAN C.: *El pasaje tartésico de Avieno.*

(Instituto "Diego Velázquez".) 1941. (27,5 × 20). 118 págs. y mapas, 15 pesetas.

PERICOT GARCIA, L.: *La Cueva del Parpalló (Gandía).*

(Instituto "Diego Velázquez".) 1942. (32 × 22). 351 págs., 32 láminas y 648 figs., 75 pesetas.

VIVES Y ESCUDERO, A.: *Estudio de Arqueología cartaginesa. La necrópolis de Ibiza.*

Madrid, 1917. (27 × 19,5). XLVIII-190 págs., 176 fotograbados y 108 láms., 32,50 pesetas.

VIVES, J.: *Inscripciones cristianas en la España romana y visigoda.*

(Instituto Jerónimo Zurita".) 1942. (25 × 18). 300 págs., 20 láminas y 2 mapas, 48 pesetas.

CARTA ARQUEOLOGICA DE ESPAÑA:

Soria por B. Taracena.

1941. (28 × 19,5). 190 págs., 24 figs., 12 láms. y 3 planos, 25 pesetas.

Barcelona, por M Almagro, J. Serra Ráfols y J. Colominas.

1945. (27 × 19). 256 págs., 29 figs. y 16 láms., 56 pesetas.

CORPUS VASORUM ANTIQUORUM:

I y II fascículos: *Vasos del Museo Arqueológico Nacional*, por J. R. Mélida.

Precio de cada fascículo, 50 pesetas.

CORPUS VASORUM HISPANORUM:

Cerámica de Azaila. Museos Arqueológicos de Madrid, Barcelona y Zaragoza, por J. Cabré Aguiló.

1944. (32 × 24'5). XI-101 págs., 88 figs. y 63 láms., 100 pesetas.

S. Aguirre, Impresor. - Calle del General Alvarez de Castro, 38. - Teléf. 230366 - Madrid

B 8 JUL 1955